



ÓSCAR FÁBREGA  
PROHIBIDO  
EXCAVAR EN  
ESTE PUEBLO

Templarios, cátaros, sociedades secretas,  
curas millonarios y mentiras, muchas mentiras.



Lectulandia

A finales del siglo XIX un párroco de una pequeña aldea del Languedoc francés, zona de leyendas y herejías, de la noche a la mañana, se hizo enormemente rico, tanto que compró numerosas tierras, realizó construcciones fastuosas y comenzó a vivir como un marqués. ¿Cuál fue la fuente de su riqueza? ¿Fue la venta ilegal de misas, como afirmaron sus superiores eclesiásticos? ¿Encontró un tesoro escondido, como afirman otros?

Sea como fuere, la historia de aquel sacerdote y de aquel bello pueblo, Rennes-Le-Château, se convirtió en un mito moderno, en el que el protagonismo lo comparten, a partes iguales, los actores del drama y los escritores que lo investigaron. Además, la aldea se convirtió en el lugar preferido para los buscadores de tesoros, que durante años se dedicaron a excavar en el pueblo en busca de una riqueza que nunca encontraron.

Por desgracia en esta historia hay más mentiras que verdades. Y todo gracias a un señor que desde la sombra manipuló la Historia e inventó una extraña trama que fue poco a poco haciendo pública. Un verdadero embaucador que reclamaba el trono de Francia al considerarse último heredero de aquella estirpe real de la Edad Media, los merovingios... aquellos que, según "El Código da Vinci", de Dan Brown, se mezclaron con los descendientes de Cristo.

Lo que convertía a esta eminencia grise en descendiente de Jesús...

**Lectulandia**

Óscar Fábrega Calahorro

# **Prohibido excavar en este pueblo**

**Templarios, cátaros, sociedades secretas, curas millonarios y mentiras, muchas mentiras**

ePub r1.0

Titivillus 24.06.17

Título original: *Prohibido excavar en este pueblo*

Óscar Fábrega Calahorro, 2014

Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---



*Este libro, como todos los que vendrán,  
está dedicado a ti, Roberto.  
Nos vemos en el infierno*

## PRÓLOGO

### **Prohibido excavar aquí**

Existe un turismo esotérico que busca lugares mágicos cargados energéticamente, incluso un turismo ufológico, místico y espiritual cuyos destinos son aquellos enclaves donde se producen avistamientos de ovnis o donde haya templos cristianos, pagodas, sinagogas, mezquitas o ashrams en los que poder rezar, meditar o hacer determinados rituales. Y también existe un turismo macabro, tétrico o apocalíptico que busca inmuebles y castillos donde hayan ocurrido catástrofes, desgracias y crímenes, porque de todo hay en esta amplia aldea global llamada planeta Tierra.

Agencias que se encargan de diseñar viajes a medida del consumidor que busca sensaciones diferentes, fuertes, místicas o lo que a otros turistas ni se les ocurriría imaginar, alejados del sol, la playa y el «todo incluido». Y si existe ese turismo esotérico y misterioso, cada vez más en alza, uno de los lugares indispensables que aparecen señalados en casi todas sus rutas, además de la isla de Pascua o la fortaleza de Machu Picchu, sería Rennes-le-Château, que tiene de todo un poco, como en una buena botica.

Estaba en mi lista de preferencias para visitar algún día. Y ese día llegó. En la Semana Santa de 2007 aproveché para hacer la ruta cátara con un grupo de amigos y nos adentramos en El Camí dels Bons Homes (Camino de los Buenos Hombres), como así se denominaba a estos herejes por el hecho de denunciar la opulencia de la Iglesia, allá en el siglo XIII. Visitamos Carcassonne y varios castillos donde los albigenses estuvieron defendiendo sus vidas y sus creencias: el de Arqués, el de Quéribus o el de Peyrepertuse. Y, por supuesto, la fortaleza de Montségur, épico y mítico lugar donde resistieron todo lo que pudieron hasta que al final unos doscientos perfectos o cátaros fueron quemados en el Camps des Cremats (Campo de los Quemados) con una cruz de piedra, en la actualidad, que recuerda a los inmolados en 1244, y un epitafio: «A los cátaros, a los mártires del puro amor cristiano...».

Pero si todos estos lugares eran, de por sí, enclaves apetecibles, fascinantes, históricos y mágicos, aún faltaba uno de los platos fuertes de la ruta: Rennes-le-Château, un pequeño y aislado pueblo en lo alto de una colina. Desde Carcassonne recorrimos los cuarenta y cinco kilómetros que nos separaban de esta aldea, que con unos ciento cincuenta habitantes le tocó la lotería cuando en los años

sesenta el escritor Gérard de Sède editó sus libros sobre dicho lugar y su tesoro visigodo, y más tarde se publicaría un (1982), que tanto ha influido a escritores como Dan Brown. Desde entonces se ha convertido en el centro de mayor peregrinaje esotérico de Francia (el espiritual se lo lleva, con honores propios, el Santuario de Lourdes).

Y la pregunta sería: ¿qué es lo que a mí y a otros miles de personas nos atrae o queremos ver cuando nos acercamos a este apartado enclave en el área del Languedoc?

Pues, entre otras cosas, conocer la historia del abad Bérenger Saunière, personaje raro y misterioso donde los haya. La leyenda dice que Saunière habría encontrado unos documentos o un tesoro secreto en uno de los pilares del altar de la iglesia mientras llevaba a cabo su reforma a finales del siglo XIX. Y aquí empezó todo el tinglado que en este estupendo libro de mi amigo Óscar Fábrega se desarrolla a la perfección, con sus luces y sus sombras, con lo que se sabe (y ya se sabe mucho) y lo que aún se desconoce, con las teorías ortodoxas y conspiranoicas que se han barajado en estos últimos años. Cantidad de turistas que han llegado con sus coches y autobuses, curiosos, pirados y despistados, para ser los primeros en tocar sus piedras o en encontrar un tesoro o un secreto del que todo el mundo habla, pero muy pocos tienen idea de su auténtica naturaleza.

A la «fiebre del oro» de antaño la ha sustituido la «fiebre del oro de Rennes» de hoy en día, con ese ansia de excavar y excavar a ver si se encuentra algo, como si la tarea fuese tan fácil. Los incautos que tienen esas pretensiones seguramente no han leído las historias de supuestos tesoros escondidos y que todos ellos llevan aparejada una maldición. Así es, amigos, el tesoro nunca se encuentra o el que lo encuentra al final no puede disfrutarlo. Son tesoros de duendes, ilusorios, encantados, malditos y, cuando son reales y tangibles, la historia del que lo encuentra se ve teñida de sangre. En el caso del cura Saunière se dan todos esos ingredientes. Encontró algo, parece evidente, pero la riqueza le cegó (o le abrió los ojos) y de paso le hizo dejar valores en el camino, siguiendo la estela de la maldición de esas fortunas tan vertiginosas.

¿Encontró Saunière ese gran secreto que puede cambiar la historia de la humanidad o la del cristianismo? Lo que está claro es que la cambió su propia vida, la de una persona que no estaba preparada para asumir esa gran responsabilidad.

Y mira que lo advierte el dintel de la puerta de la iglesia de Rennes cuando una inscripción nos dice «Este lugar es terrible», que en latín suena más terrorífico: «Terribilis est locus iste». Y, para más inri, cerca de allí se encuentra el monte Cardou, donde dice otra leyenda que hay una tumba que podría albergar los restos de María Magdalena o incluso del mismo Jesús. Como ven, este lugar no sé si será terrible, pero tiene todos los ingredientes para que un amante del misterio y de las sociedades secretas se acerque algún día por allí para husmear y tal vez se lleve una decepción al ver una iglesia pequeña con grandilocuente fama. O no.

Muchos son los que se acercan y se acercarán, aunque hay que distinguir al

turista, que solo le interesa sacar la foto para demostrar que ha estado allí, del viajero, que no busca la foto, sino el instante sublime, la íntima sensación o el conocimiento profundo que atesora ese enclave. Para el ojo avizor, tanto el exterior como el interior de la iglesia están llenos de elementos arquitectónicos, de señales o de símbolos que demuestran que no es una iglesia más. Tiene poco de convencional, que el cura Saunière hizo y deshizo a su antojo a finales del siglo XIX para buscar «algo» y para dejar luego su impronta. Incluso estuvo visitando algunos lugares de España en busca de ciertas pistas y llevó a cabo una reforma en el cementerio de la iglesia cambiando de lugar las lápidas y borrando totalmente una de ellas. Demasiadas cosas hizo este curilla rural para que pasaran desapercibidas. Por no hablar de la sombra alargada de un tal Priorato de Sión...

Óscar Fábrega lo cuenta con todo lujo de detalles, y lo cuenta muy bien. Relata, como nadie, estos oscuros episodios que marcaron un antes y un después en la vida de esa pequeña población francesa.

Recuerdo de visita a Rennes-le-Château dos escenarios, dos momentos, dos imágenes que también fueron captadas por mi cámara fotográfica. Y no me refiero a la Torre Magdala (que la fotografié desde todos los ángulos posibles) o a la tumba de mármol de Saunière (aquí se puede decir con toda propiedad que «se llevó el secreto a la tumba»), o al cojitranco diablo Asmodeo que sujeta la pila bautismal, o a la propia iglesia dedicada a María Magdalena, cuya decoración o descripción daría para un *dossier*.

Uno de esos escenarios que me impresionaron fue ver los maniqués hieráticos de Bérenguer Saunière y su ama de llaves, Marie Dénarnaud, en la cocina de la casa adjunta a la iglesia, que hoy se ha convertido en museo. Él, vestido a la vieja usanza con su sotana negra, sentado cómodamente leyendo su misal, y ella, de pie, haciendo el ademán de prepararle la cena. Uno no se espera encontrar una escena doméstica, tranquila, tan hogareña, como si fuéramos intrusos y hubiéramos captado e inmortalizado un instante de pasado, sabiendo que ambos callarán para siempre todo lo que saben. Por cierto, ambos murieron de apoplejía, aunque con unos cuantos años de diferencia...

La otra imagen que me viene a la mente fue encontrar y leer ese cartel a la entrada del pueblo donde advierte: «Les fouilles sont interdites sur le territoire de la Commune de Rennes-le-Château». Lo fotografié y pensé de inmediato en la profusión de excavadores furtivos con sus detectores de metales y en los cantamañanas con ínfulas de arqueólogos que allí habrán acudido para que se colocara un cartel así, con este mensaje intimidatorio. Solo le faltaba una maldición al estilo egipcio o la excomunión para los infractores. Y quién me iba a decir a mí que años más tarde estaría prologando un libro que lleva precisamente ese título, muy acertado, por cierto, donde Óscar Fábrega pone el dedo crítico en él y analiza con precisión quirúrgica los intrínquilis, las imposturas, las verdades y las mentiras de este lugar tan sorprendente y terrible...



Desde luego, después de leer, releer y subrayar algunos párrafos de esta obra, con tanta información privilegiada, recomiendo al lector que vaya allí, a Rennes-le-Château, y lo conozca de primera mano. Yo lo hice porque un enclave como este, que está en todas las rutas del turismo esotérico, no debe dejarse de lado, no debe conocerse de oídas. Un lugar que, le aseguro, no deja indiferente a nadie. Pero si va, hágalo con la mente abierta, dispuesto a encontrar lo que esperaba y lo que no esperaba, como pasa con otros sitios considerados mágicos, lugares donde se aúnan el misterio, la historia, la intriga, la investigación, los rumores, los trapicheos y la leyenda. Y si además hay tesoros por medio, miel sobre hojuelas.

Luego, si quiere, vaya a Rennes-les-Bains a darse un baño termal en uno de sus balnearios para reposar y refrescar sus ideas...

JESÚS CALLEJO CABO,  
excavador de misterios



## INTRODUCCIÓN

La culpa de todo la tiene Dan Brown y su novela *El código Da Vinci*, que arrasó en las listas de ventas desde el primer momento que se puso en las estanterías de las librerías, allá por 2003. Esta novela, que no brillaba por sus características literarias, me abrió de par en par la puerta de un misterio del que no tenía la más remota idea. Y es que resulta que el bueno de Brown se había inspirado en una historia real acaecida un siglo antes en una diminuta aldea del sur de Francia, Rennes-le-Château, pasada por el filtro de un maravilloso, aunque algo fantástico, ensayo histórico escrito a principios de los ochenta por Henry Lincoln, Michael Baigent y Richard Leigh. *El enigma sagrado* se llamó, y al igual que la novela de Brown, fue un pelotazo en todo el mundo.

Ambas obras, además, fueron tremendamente polémicas por una idea tan controvertida como difícil de aceptar. En resumidas cuentas, planteaban que, a lo largo de la Historia, una sociedad secreta llamada el Priorato de Sion había custodiado un secreto enorme, tan enorme que, de ser descubierto, haría tambalear las paredes del Vaticano: afirmaban, ni más ni menos, que Jesús de Nazaret había tenido descendencia con María Magdalena, y que esta descendencia había dado lugar a un linaje «sagrado» que se habría mantenido en secreto y que acabaría desembocando en la dinastía merovingia. Ambas obras —una en clave de novela y otra, de estudio histórico— proponían que ese linaje aún existía en la actualidad y relacionaban todo este rollo con los hallazgos de un humilde cura rural, François-Bérenger Saunière, quien a finales del siglo XIX se hizo inmensamente rico gracias a, supuestamente, algo que encontró en su iglesia de Rennes-le-Château, dedicada, cómo no, a la Magdalena.

Toda esta historia me fascinó, en parte por culpa de la trama, interesantísima, expuesta por Brown en su novela.

Una cosa llevó a la otra, y tras varias investigaciones ligeras y torpes, propias de alguien que no sabe realmente el alcance, la magnitud y la densidad del movidón histórico en el que se estaba metiendo, en el año 2007 decidí viajar para ver en vivo el lugar protagonista de aquel embrollo, no sin antes —como es habitual en esta alma intrépida que os escribe— prepararme un detallado *dossier* sobre los sitios que quería visitar y sobre todo el asunto.

Así que a principios de noviembre de 2007 un servidor, acompañado de su inseparable pareja y ayudante, Raquel, y de Octavio Martínez, amigo y amante del misterio, nos plantamos en aquel Languedoc bello y mítico donde cátaros, templarios, griales y magdalenas se mezclaban para crear una de las zonas más inquietantes y

enigmáticas del mundo. Y recorrimos aquella misteriosa iglesia, según algunos llena de simbolismo, según otros, tremendamente hortera... Y saludamos al demonio guardián Asmodeo y a la Magdalena del altar... Y paseamos por los jardines que cien años antes había construido Bérenger Saunière entre su mansión palaciega, la Villa Betania, y la famosa torrecilla que se ha convertido en símbolo del lugar, la Torre Magdala... Y degustamos desde el mirador las espectaculares panorámicas del lugar con la preciosa paleta de colores con la que el otoño pinta el paisaje de la región.

Pero, además, sucedieron dos cosas curiosas en relación con la historia que poco a poco os iré desgranando: por un lado, en un pequeño quiosco de libros (La Porte de Rennes, junto a la iglesia de Rennes-le-Château) me compré un ejemplar de *El enigma sagrado*, el clásico libro del que ya os he hablado, que, no me preguntéis por qué, aún no me había leído. La señora que me atendió me comentó en un torpe español —mucho menos torpe que mi inútil francés— que uno de los autores, Lincoln, se encontraba en ese preciso instante en el bar de Jean-Luc Robin —otro historiador que durante años se encargó de gestionar y mantener el dominio del abad—, por si me apetecía pedirle un autógrafo. «Oooh, estupendo», pensé. No dudamos, obviamente, en acercarnos para intentar conocer a tan destacable eminencia en este tema que tanto nos estaba empezando a apasionar.

Robin, fallecido recientemente, nos atendió personalmente, nos sirvió una botellita del excelente vino tinto de la localidad y se ofreció a conseguirme un autógrafo del autor del libro, a lo cual acepté encantado. Y aquí pasó algo bastante perturbador: resulta que el tipo se negó a firmarme el libro por un motivo que en aquel momento no entendí. Pero es que, además, al ejemplar que le había entregado le faltaban las primeras cien páginas. Robin me recomendó que fuese a cambiarlo mientras intentaba convencer a Lincoln de que me lo firmase. Y eso hice.

Cuando regresamos, el escritor inglés se mostró más cercano y accedió, pese a mi nula insistencia, a firmarnos el ejemplar. Sin embargo, hizo una cosa curiosísima que me llenó de intriga y que provocó que me dedicase durante un tiempo —prácticamente a partir de entonces— a investigar sobre este tema: me lo firmó con la siguiente dedicatoria «With all good wishes. Henry Lincoln. 28.X.2007. R. Le. C.», y tachó su nombre de la primera página, en la que aparecía junto al de los otros dos autores...

Le pregunté a Robin por qué había tachado su nombre, y este nos explicó que era porque ya no estaba de acuerdo con las tesis defendidas en aquel libro, que ya no lo consideraba obra suya —aunque seguro que un dinerico por los derechos de autor se sigue embolsando, y no creo que sea poco.

Aquel fue realmente el detonante que me hizo investigar a fondo esta curiosa, extraña y surrealista historia. ¿Por qué no estaba de acuerdo con aquella bonita, aunque algo cogida con alfileres, teoría que había contado en *El enigma sagrado*? ¿Cuál es entonces su versión actual de los hechos? ¿Quién le engañó?

Todas esas preguntas quedaron en el tintero, ya que no pude preguntárselas. Pero



poco a poco me las fui respondiendo solico.

Todo es por culpa de unos falsos manuscritos... y de uno de los más grandes embaucadores de la Historia, al que unos años antes había estrechado la mano aquel señor que se negaba a firmar su libro...

Comencemos, pues, con esta trama, en la que tanto los actores reales como los escritores que la narraron comparten el protagonismo, y que se ha convertido con el paso del tiempo en un mito moderno.

## PRIMERA PARTE

### Así nace un mito

Con un cebo de mentiras pescas el pez de la verdad.

WILLIAM SHAKESPEARE

La verdad triunfa por sí misma;  
la mentira necesita siempre complicidad.

EPICTETO DE FRIGIA

A mediados de enero de 1956 apareció en el periódico francés *La Dépêche du Midi*<sup>[1]</sup> una serie compuesta por tres artículos, firmados por el periodista Albert Salamon y con el sugerente título de «La fabuleuse découverte du curé aux milliards de Rennes-le-Château». (El fabuloso descubrimiento del cura de los millardos<sup>[2]</sup> de Rennes-le-Château). Se publicaron los días 12, 13 y 14 de ese mes y fueron el primer impulso para la fascinante historia del abad Bérenger Saunière. En el primero de ellos, el del día 12, un subtítulo exponía lo que se acabó convirtiendo en un lugar común en todo este misterio: «¡A un golpe de pico en el pilar del altar mayor, el abad Saunière descubre el tesoro de Blanca de Castilla!»<sup>[3]</sup>. Aquellos artículos contaban la historia de un cura rural que, de la noche a la mañana, se hizo tremendamente rico y se entregó a una desmesurada y costosa labor constructiva: remodeló de su propio bolsillo la maltrecha iglesia de Santa María Magdalena; se hizo con varias parcelas de tierra y construyó en ellas unos cuantos edificios —entre ellos, una lujosa mansión y una torre neogótica que hacía las funciones de biblioteca personal— que desentonaban enormemente con la arquitectura humilde y rural de aquella pequeña aldea del mítico Languedoc francés.

Además, afirmaban que el sacerdote había llevado una vida de lujo y opulencia, digna de cualquier aristócrata de la época, y que aquella enorme fortuna procedía del

hallazgo de un tesoro escondido y desaparecido desde que en el siglo XIII la reina Blanca de Castilla lo depositó allí. Un tesoro de tal magnitud que el abad no había sido capaz de gastarlo, a pesar de intentarlo con ahínco.

Por este motivo, no es de extrañar que muchos de los que leyeron estas primeras noticias se presentasen en Rennes-le-Château en busca de lo que pudiese quedar de aquel fastuoso descubrimiento cargados de picos, palas y una gran ambición.

Por otro lado, es importante mencionar ahora, simplemente para contextualizar, que unos meses después de la publicación de estos artículos, en junio de 1956, se inscribió en el registro de sociedades de Francia una asociación llamada Chevalerie d'Institutions et Règles Catholiques, d'Union Indépendante et Traditionaliste (CIRCUIT). (Caballería de Instituciones y Reglas Católicas de la Unión Independiente y Tradicionalista), más conocida como Priorato de Sion, que unos años más tarde, a mediados de los sesenta, por un extraño giro del destino, acabó relacionándose con el supuesto tesoro encontrado por aquel párroco de provincias.

Ese año, a raíz de ambos acontecimientos, nació el Mito...

# CAPÍTULO 1

## El cura de los millardos

### *Marie y Corbu*

¿Cómo había conocido la historia, hasta entonces inédita, el autor de aquellos artículos, el periodista Albert Salamon, que años más tarde reconocería haberse dejado arrastrar por el entusiasmo al hacerse eco de ella? Su fuente fue un industrial parisino llamado Noël Corbu, que un par de años antes se había hecho con la antigua finca del abad —y todo lo que contenía— y que había decidido rentabilizar la inversión montando un pequeño hotel familiar en la fastuosa y tremendamente horterera casa señorial, llamada Villa Betania, que aquel extraño cura rural, Bérenger Saunière, se había construido en las inmediaciones de la hoy famosísima iglesia de Santa María Magdalena, en Rennes-le-Château.

De este pueblo, situado en un cerro que domina parte del valle del río Aude, se dice que en otros tiempos fue la ciudad visigoda de Rhedae, también conocida como Aereda, y que llegó a tener una importancia similar a Carcassonne. Desgraciadamente su localización exacta se desconoce y no hay nada que indique que se corresponda con Rennes-le-Château, aunque la tradición local así lo afirma<sup>[1]</sup>.

Sea como fuere, la localidad se encuentra en el corazón del mítico Languedoc, la región del sur de Francia, fronteriza con España y habitada desde tiempos inmemoriales, pues por ella han pasado celtas, romanos, godos y musulmanes. Además, fue el escenario de la tristemente famosa cruzada albigena dirigida por la Iglesia contra los herejes cátaros.

Noël Corbu, que en los primeros meses tras la apertura de su negocio vio que nadie se aventuraba a ir a la pequeña aldea, tuvo la genial idea de hacer pública la historia que los habitantes del pueblo contaban sobre aquel misterioso párroco que medio siglo antes se había hecho inmensamente rico gracias al supuesto hallazgo de un fabuloso tesoro. Además, Corbu había tenido acceso a una información valiosísima y de primera mano gracias a Marie Dénarnaud, la antigua criada y compañera del abad Saunière, a la que había «comprado» —por decirlo de alguna



forma— la propiedad.

En realidad, Marie había heredado la finca —la cual comprendía la Villa Betania, todos los jardines que la rodeaban y la Torre Magdala—, así como todas sus fantásticas y suntuarias posesiones, tras la muerte de Saunière, el 22 de enero de 1917. ¿Por qué heredó ella todas sus posesiones, en lugar de hacerlo, como era de esperar, la familia del párroco? Posiblemente porque Marie era algo más que una criada: fue su compañera, su amiga y su amante, como aseguraban los lugareños y como parecen demostrar los hechos. Eso sí, tras la muerte del abad, vivió el resto de sus años en la más absoluta pobreza, a pesar de tener unas posesiones vastísimas — que, por tanto, también conllevaban unos gastos importantes— y de conocer supuestamente el secreto de la riqueza de Saunière... Como veremos más adelante, la propia Marie afirmaba a sus allegados que «con lo que había dejado el cura, había para alimentar al pueblo entero durante cien años, y que aún sobraría». Pero ella «se negaba a tocar nada<sup>[2]</sup>» por algún motivo que desconocemos y que no acaba de encajar con la realidad económica de Marie, que durante cerca de tres décadas vivió en una absoluta precariedad, negándose a vender la finca —pese a haber tenido ofertas suculentas— y deshaciéndose poco a poco de todas las valiosas propiedades que fue acumulando compulsivamente el abad: joyas, cuadros, colecciones, libros, vajillas, muebles...

Hasta que en 1942 entró en escena Corbu. Nacido en París un 27 de abril de 1912, tenía orígenes aristocráticos —estaba relacionado con los condes de Cantimpré— y había pasado su infancia en Marruecos, donde trabajaba su padre como empleado de la Embajada francesa. Se acabó doctorando en Ciencias en París y, tras terminar sus estudios, se estableció en Perpignan, donde en 1935 se casó con Henriette Coll, madre de sus dos hijos y su fiel compañera durante toda esta aventura. En 1939 montó una pequeña fábrica de pastas manufacturadas con la que hizo cierta fortuna, pero poco después, en 1942, temeroso y preocupado por la ocupación de su ciudad por el ejército nazi, decidió buscar un sitio donde proteger a su mujer y a sus hijos. Y lo encontró en Bugarach, una pequeña aldea cercana a Rennes-le-Château a la que acabaron trasladándose, aunque Corbu permaneció al frente de su negocio en Perpignan y visitaba a su familia solo durante los fines de semana.

Por esta misma época, y como prueba de la febril imaginación de la que gozaba este señor Corbu, escribió una novela detectivesca llamada *Le Mort Cambrioleur* (El ladrón de la muerte), que fue publicada por la Imprimerie du Midi, de Perpignan, en 1943, y a la que, desafortunadamente, no hemos tenido acceso.

Durante el retiro familiar en Bugarach, Corbu conoce, un buen día de 1942, al maestro de sus hijos, quien le habla de la existencia de una finca en venta que podría interesarle, pues el industrial andaba detrás de una propiedad por la zona. Se entera así de que en un pueblo cercano, Rennes-le-Château, un cura enormemente rico había legado su patrimonio a su criada, quien, al carecer de medios para mantenerla, estaba interesada en vender. El profesor conocía aquella historia porque un tiempo atrás

había estado dando clases en el pueblo y se había alojado, precisamente, en casa de la señora Marie.

Dicho y hecho.

El domingo siguiente la familia se va de *picnic* a Rennes. Noël Corbu quedó absolutamente embriagado con aquel lugar —que, como hemos podido comprobar, ejerce una magnética atracción sobre todo aquel que se aventure a visitarlo—. Así que el *picnic* dominical al lado de la extraña y emblemática Torre Magdala se convirtió en un ritual que celebraron todas las semanas, a la espera de poder conocer por fin a Marie, que por aquel entonces vivía como una ermitaña, aislada del pueblo y con escasa afición por relacionarse con desconocidos.

Un buen día, durante uno de aquellos almuerzos domingueros, se quedaron sin agua para beber. Corbu decidió acercarse con su hija pequeña, Claire, a la casa parroquial —donde vivía Marie, como hizo durante toda su vida Saunière, a pesar de disponer de la enorme y espaciosa Villa Betania— para pedirle a la anciana un poco de agua. Se produjo así la primera toma de contacto con la finca que acabará siendo suya, y con la señora Dénarnaud, que no tardó en contarle la historia del «pobre señor cura». Como él mismo diría posteriormente, «nos hizo prometer que volveríamos. Y así lo hicimos<sup>[3]</sup>».



© Fernando López Angulo, 2013

1. Entrada a la iglesia de Santa María Magdalena (Rennes-le-Château).

Y, efectivamente, lo hicieron. A lo largo de los meses continuaron con sus excursiones a Rennes-le-Château, en las que siempre aprovechaban para reunirse con la anciana Marie —*mademoiselle* Marie, le llamaban, por sus refinadas maneras y exquisita conducta, tan diferente de la de sus vecinos del pueblo—, y poco a poco fue surgiendo una gran amistad entre ellos.

Finalmente, Corbu le ofreció un trato: Marie permanecería como dueña de la finca hasta su muerte, y le dejaría la propiedad en testamento a la familia Corbu a

cambio de que esta asumiese las deudas y, lo que es más importante, se hiciese cargo de la anciana señora durante el resto de sus días —Marie contaba setenta y ocho primaveras por aquel entonces—. No era un mal trato para ella. Estaría acompañada y cuidada, sin tener que preocuparse por buscar dinero para pagar los impuestos y sus gastos. Además, siempre sienta bien al alma tener niños correteando por una casa.

Así, el 26 de julio de 1946, Marie nombró a la familia Corbu herederos universales de su patrimonio mediante su testamento: el antiguo *domaine* de Saunière pasó a ser suyo en la práctica, y desde entonces, y hasta el final de sus días, la señora Dénarnaud vivió con ellos, ejerciendo de abuela adoptiva de la familia.

Noël Corbu seguía al frente de su empresa de pastas en Perpignan, que no acababa de ir del todo bien en aquellos primeros años de la posguerra. Llegó a plantearse un cambio radical de vida y de negocio, motivo por el cual viajó en 1950 a Marruecos, donde se había criado, con la idea de montar una refinería de azúcar. La cosa no prosperó y, con la ruina siguiendo sus pasos, regresó a Rennes, donde su familia y *mademoiselle* Dénarnaud le esperaban.

Cada vez más anciana, con un sempiterno vestido negro y una mente mucho más despierta que activo su cuerpo, Marie siempre se mantuvo discreta respecto al tema de la fortuna de Saunière, algo que cada vez intrigaba más y más a Corbu. Pasaba sus días en la cocina, recordando y recreando aquel guiso de conejo de campo que tanto le gustaba a su querido cura. Dormía, como entonces, en la casa parroquial, mientras que los Corbu disfrutaban de los lujos y amplitudes de la Villa Betania. Eso sí, las comidas las compartían todos juntos, en familia, al igual que aquellas entrañables charlas al anochecer, a la orilla de la chimenea, en las que se fue forjando un mutuo cariño entre la familia y nuestra dama... y en las que Corbu intentaba por todos los medios sonsacar algo de información sobre «el secreto», convencido como estaba de que Saunière había encontrado un tesoro enorme.

Tampoco ayudaba Marie a frenar los delirios de grandeza de Corbu ni su afán por descubrir el origen de la riqueza del abad. En más de una ocasión le dijo cosas como: «No se preocupe usted por sus problemas de dinero, querido señor Noël. Usted ha sido muy bueno conmigo y, antes de morirme, le revelaré un secreto que le hará muy rico», o «Verás, querido, verás. Antes de morir, te contaré el secreto y tendrás tanto dinero que le tendrás que preguntar a la gente cómo gastarlo<sup>[4]</sup>». Claire Corbu, hija de nuestro industrial de Perpignan, mencionará años después que jamás escuchó a Marie decir nada de esto, pero que sí había escuchado en varias ocasiones de boca de la anciana decir que «La gente de este pueblo está pisando oro sin saberlo<sup>[5]</sup>». Y eso mismo le había dicho a Jean Bousquet, otro maestro que fue alojado como huésped por la familia Corbu durante cinco años mientras ejerció en Rennes-le-Château.

¿Era cierto lo que contaba Marie, o era simplemente un seguro de vida para que la familia Corbu no la repudiase? Nunca sabremos realmente si aquella señora, que rondaba las ocho décadas, decía la verdad o mentía cuando afirmaba conocer el secreto de la fortuna de su querido Saunière. Y no lo sabremos porque se llevó el



secreto a la tumba: el 24 de enero de 1953 sufrió un derrame cerebral que la dejó paralizada y sin poder hablar. Cinco días más tarde, el 29 de enero, falleció. Y lo hizo sin poder transmitir a Noël Corbu la prometida resolución del enigma.

Enterrada junto a su querido Bérenger en el cementerio de Rennes-le-Château, como siempre había querido y añorado y como le había pedido encarecidamente a Corbu, por fin descansaban juntos aquellos dos protagonistas de una historia que sin duda alguna les superó... Y se hubiesen quedado allí por toda la eternidad de no haber sido porque, en el otoño de 2004, al alcalde de turno se le ocurrió la diabólica idea de trasladar los restos del abad a un mausoleo construido para la ocasión en el interior de su antigua finca. El destino volvió a separarlos una vez más.

Corbu estaba desolado. Había fallecido no solo aquella señora a la que tanto cariño había cogido, sino también la única persona que podía revelar el secreto de la fortuna del abad Saunière, según ella misma había prometido. Eso sí, el testamento de Marie le cedía toda la finca, así como todo lo que había en su interior, incluidos los archivos del sacerdote, que contenían todas las facturas de las obras, sus diarios, su contabilidad y sus cartas. Igual gracias a esto conseguía dar con el origen de aquella enorme riqueza, pensaba Corbu, que cada vez estaba más convencido de que Saunière había encontrado un tesoro.

El tesoro existía.

Creía.



© José María de la Portilla López, 2013

2. Villa Betania, el Hôtel de la Tour, en la época de Noël Corbu

Pero no apareció ni una sola pista entre todos sus papeles. El dinero comenzaba a escasear y los gastos eran enormes, así que a Corbu se le ocurrió una idea que cambió para siempre su destino, el de la Historia y el de este pequeño pueblo del Languedoc: decidió abrir un hotel restaurante en sus propiedades, aprovechando la enorme casa palaciega, la Villa Betania, y las excelentes dotes culinarias de su mujer, Henriette, experta en comidas tradicionales de la zona. Además, sus hijos ya eran mayores y podían ayudar en el negocio familiar.

Así, el día de Pascua de 1955 se inauguró oficialmente el Hôtel de la Tour, con un restaurante en los bajos de la Torre Magdala y del mirador, y con ocho habitaciones, dos por planta, en la Villa Betania, que la familia había dejado libre al trasladarse a la casa parroquial tras renovar el alquiler con el ayuntamiento.

### ***Publicidad***

Es precisamente este año, 1955, el que marca el comienzo de la leyenda de Rennes-le-Château, y todo gracias a una estratagema publicitaria ideada por Noël Corbu para atraer clientes a su nuevo negocio al que, como era de esperar, no iba nadie.

Nadie tenía por qué ir a aquel pueblo recóndito y mal comunicado del valle del Aude, excepto algún despistado dominguero —que tampoco tendría intención de alojarse en el hotel; como mucho, comer en el restaurante—. Corbu pensó que para

hacer interesante y atractivo el lugar podría contar a sus pocos clientes, mesa por mesa, la fabulosa historia del tesoro encontrado en Rennes-le-Château por el difunto abad Saunière, tesoro que le había hecho enormemente rico y que, seguramente, aún se encontraba en algún lugar oculto de aquel cerro de las inmediaciones de los Pirineos. Y empezó a hacerlo. Y comprobó así cómo sus clientes se quedaban encantados con aquella fantástica historia... supuestamente real.

Dando un paso más, decidió grabar una cinta de casete en la que contase la historia con su propia voz para ponérsela a sus clientes del restaurante, y en la que por primera vez se registró la trama para la posteridad.

Acababa la temporada y se acercaba el durísimo invierno en Rennes-le-Château. La cosa no había ido mal, pero para poder mantener el negocio a flote no iba a bastar con sus dotes teatrales ni con su ingeniosa recreación de la historia. Así pues, Corbu decidió, a principios de 1956 y con la colaboración del periodista Albert Salamon, publicar su historia en aquellos famosos artículos de *La Dépêche du Midi*, con el pomposo título de «La fabuleuse découverte du curé aux milliards de Rennes-le-Château». Ese mismo 12 de enero, en una serie de artículos titulada «Tesoros encontrados en el Aude», publicada en el diario *Le Midi Libre*, se hizo otra mención a la historia con el título de «Le fabuleux trésor des Wisigoths a-t-il été découvert par le curé de Rennes-le-Château?». (¿El fabuloso tesoro de los visigodos fue descubierto por el cura de Rennes-le-Château?). Y un mes más tarde, otro diario, *Le Détective*, que se publicaba a nivel nacional, volvió a hacerse eco de la historia con el mismo titular.

El anzuelo estaba lanzado. Y gracias a ello, a partir de la siguiente temporada, Corbu descubrió el único tesoro que encontraría en toda su vida: su Hôtel de la Tour comenzó a llenarse, el dinero a entrar y, de paso, la leyenda a crecer.

Pero entremos en materia. Tanto en la famosa cinta magnetofónica que ponía a sus clientes del restaurante como en los artículos de *La Dépêche* contaba lo que le había confiado Marie sobre el misterio del párroco, aunque con añadidos suyos, fruto de su investigación entre las posesiones y archivos del abad y de lo que le habían contado otros vecinos del pueblo.

Su versión de la historia viene a ser la siguiente. El 1 de junio de 1885 llegó a Rennes-le-Château el nuevo sacerdote, Bérenger Saunière, que durante los primeros siete años que pasó en el pueblo llevó una vida normal y corriente, la que uno podía esperar de un cura rural y modesto. Todo cambió en 1892 cuando, gracias a un dinero que obtiene prestado del ayuntamiento, procede a restaurar el altar mayor de la iglesia. Al levantar la enorme piedra horizontal que lo formaba encontró, en un hueco labrado dentro de uno de los pilares de piedra que la sujetaban, unos cartuchos de madera con unos pergaminos en su interior. Sea lo que sea lo que contenían aquellos legajos, provocaron la alarma del cura, que paralizó las obras y, atención, se marchó al día siguiente para París, no se sabe muy bien por qué. (Posteriormente veremos cómo el propio Corbu argumentó que el motivo del viaje fue ir en busca de alguien

para descifrar los textos, supuestamente codificados). Tras regresar de París, continuó con la restauración de la iglesia. Pero, además, comenzó a realizar extraños trabajos en el cementerio, destruyendo la tumba de Marie de Nègre<sup>[6]</sup>, condesa de Blanchefort y señora de Rennes-le-Château, y borrando los escritos de su lápida sepulcral.

Poco después, en 1897, parece disponer ya de una fortuna enorme, como demuestra el hecho de que comenzó a realizar una serie de grandes edificaciones: construye la mansión (la Villa Betania), la biblioteca (la Torre Magdala), los jardines, el mirador, el invernadero... También pasó a llevar una vida de lujos y desparrame, celebrando fiestas y banquetes a menudo, a los que asistían la flor y nata de la sociedad local, y gastando cantidades ingentes de dinero en colecciones y mobiliario.

Como era de esperar, esa nueva vida que pasó a llevar Bérenger Saunière llamó la atención de sus superiores eclesiásticos, que empezaron a alertarse. El obispo de Carcassonne, monseñor de Beauséjour, intrigado ante la enorme fortuna que parecía manejar el cura, y por la ausencia de explicaciones por su parte, le acabó acusando de vender misas ilegalmente, algo que para Corbu no explica la gran fortuna que logró amasar Saunière. El proceso llegó incluso a Roma, donde sería absuelto por falta de pruebas tras dos años de litigios, en 1913. Finalmente, en 1915, sería definitivamente condenado a no volver a ejercer como sacerdote por rebelarse contra sus superiores (siempre según Corbu).

Aun así, durante todo aquel proceso siguió dando misa en la capilla privada que se había construido, ante la desolación del cura sustituto, que cuando iba a dar misa se encontraba con una iglesia vacía.

Afirmaba, además, el hostelero que, aunque se mantuvo parco en sus afanes constructivos durante aquellos años, al final de sus días volvió a las andadas y planeó una serie de proyectos megalómanos —como dotar de agua corriente al pueblo, construir una carretera hasta la cercana Couiza, levantar una nueva biblioteca...— e incluso se planteó comprarse un coche. Unos proyectos valorados, según Corbu, en ocho millones de francos de su época —una cantidad enorme incluso en los años cincuenta—. Lamentablemente, el abad falleció unos días después de firmar el visto bueno para aquellas nuevas construcciones, el 22 de enero de 1917. Fue expuesto al día siguiente para que todos los vecinos se despidieran y se le cubrió con un mantón rojo con pompones que, según cuenta, fueron arrancados a modo de homenaje por los lugareños.

Tras su muerte todo pasó a manos de Marie Dénarnaud, su asistente y su compañera de toda la vida, que años después se lo cedería, como sabemos, a la familia Corbu.

Sin duda, la pregunta clave es la siguiente: ¿de dónde procedía la fortuna del abad?

Corbu afirmaba que lo que había hecho enormemente rico a Saunière había sido el hallazgo del tesoro de los Capetos, oculto en el siglo XIII por Blanca de Castilla (1188-1252), que había sido regente del trono francés mientras su hijo, Luis IX de

Francia (1214-1270) y conocido como San Luis, estaba en las cruzadas. Veamos brevemente qué dice la Historia sobre estos personajes.

La reina Blanca fue nieta de la legendaria Leonor de Aquitania (1122-1204), hija de Alfonso VIII de Castilla (1155-1214) y esposa del monarca francés Luis VIII (1187-1226), conocido como el León. Se casaron el 22 de mayo de 1200, cuando la joven tenía solo doce años y su marido, el futuro rey, trece. Sobra decir que fue un matrimonio acordado, en este caso por un pacto entre el soberano francés, Felipe II Augusto (1165-1223), y el rey inglés, Juan sin Tierra (1167-1216), que pretendían con ello reconciliarse tras años de enfrentamientos. Así deciden que el delfín Luis, el heredero de la Corona gala, se case con una de las infantas de Castilla. Y fue precisamente Leonor de Aquitania —entonces una anciana de ochenta años— quien eligió a su nieta Blanca entre todas las candidatas posibles. El caso es que, pese a ser un matrimonio de Estado, los jóvenes esposos se hicieron íntimos amigos y continuaron juntos su formación hasta que tuvieron edad para llevar vida marital, y con el tiempo llegaron a quererse de verdad. «Nunca reina alguna amó y reclamó tanto a su señor, ni tanto también a sus hijos. Y el rey no les amó menos», cuentan los cronistas.

En 1223, con treinta y cinco años de edad, serán coronados. Y pronto se ganarán la estima y el cariño de su pueblo, en gran parte debido a la enorme generosidad de la reina, que no dudaba en ayudar a los menesterosos con ingentes cantidades económicas.

Luis VIII estuvo inmerso en varias campañas militares importantes: por un lado, logró algunas victorias contra los ingleses, recuperando algunas zonas para la Corona francesa. Por otro, continuó con la cruzada albigense contra los herejes cátaros, que en 1208 había comenzado su padre con el apoyo del papado, liderado en aquel entonces por Inocencio II.

Aquella cruzada podía ser una ocasión estupenda para incorporar a la Corona el Midi francés, hasta aquel momento una zona independiente. Pero no lo pudo ver el monarca: en el curso de una campaña en Avignon enfermó de disentería y falleció el 8 de noviembre de 1226, no sin antes proclamar soberano a su hijo Luis, que solo tenía doce años, por lo que su esposa, Blanca, se convirtió en reina regente.

Quedó desolada. Se había quedado viuda con treinta y ocho años y, para colmo, tuvo que tomar las riendas de un país cargado de problemas, envuelto en varios frentes militares y con la oposición declarada de los barones del reino, que no veían con agrado que una extranjera tomase las riendas de su país. Sin embargo, gracias a su bien hacer y a sus enormes dotes para la diplomacia, sazonadas con una pizca de un magnético encanto personal, acabó integrando a los rebeldes en su bando.

Una vez que su hijo Luis IX tuvo edad de gobernar, Blanca se hizo a un lado, aunque siguió gobernando en un segundo plano, situación que no duraría demasiado: las inquietudes religiosas de su hijo le llevaron a encabezar en 1248 una nueva cruzada contra el Islam que acabó, como era de esperar, en un estrepitoso fracaso y

con la captura del propio monarca. La marcha de su hijo hacia Tierra Santa provocó que la reina regresase a la primera fila de la política, haciéndose de nuevo cargo del país.

Se produjo en esta época la revuelta de los pastores. Corbu señala este acontecimiento como la causa de que la reina Blanca tuviera que trasladar el tesoro a un lugar seguro. A Rennes-le-Château, precisamente. De esto no existe confirmación histórica, pero sí de ese extraño suceso, la Cruzada de los Pastores: a mediados del siglo XIII, numerosos jóvenes de las regiones del norte del país comenzaron a engrosar las filas de un movimiento liderado por un curioso caudillo, conocido como el *maestro de Hungría*, un asceta iluminado de unos sesenta años que afirmaba que la mismísima Virgen se le había aparecido y le había pedido que iniciase la Cruzada de los Pastores con el fin de obtener para la cristiandad, de una vez por todas, las perdidas colonias de Tierra Santa. Consiguiendo reunir auténticas hordas de miles de personas, la historia se puso realmente compleja cuando los jóvenes cruzados deciden dirigirse hacia París, y convierten el movimiento en una auténtica subversión que amenazaba directamente a la Corona. Y a ello tuvo que hacer frente la reina Blanca, que por aquel entonces tenía cerca de sesenta años.

Tras entrevistarse con el *maestro de Hungría*, decide que lo mejor es dejarlos marchar. No en vano su intención era llegar a Tierra Santa, lo que podría representar una ayuda para su hijo, el rey San Luis, que había caído preso en Egipto —durante lo que se conoce como la Séptima Cruzada—. En realidad lo que hizo fue dar permiso a una horda de muchachos que, dirigidos por un lunático, fueron saqueando y destrozando todo aquello que encontraban en su camino. Tanto es así que al final el propio *maestro* cayó muerto en una de sus tropelías.

El 27 de noviembre de 1252 la reina Blanca falleció, sabiendo que su hijo había sido al fin liberado de su cautiverio. Curiosamente este monarca no se rindió en sus pretensiones de conquistar Jerusalén, y en 1270 proclamó una nueva cruzada, la octava, que terminó como todas las demás: en un estrepitoso fracaso. Fallecería durante el sitio de Túnez, el 25 de agosto de 1270.

Con su muerte se extinguieron para siempre las cruzadas<sup>[7]</sup>.

\* \* \*

Pero retomemos nuestra historia. Corbu propone que Blanca de Castilla, al tomar el control del país mientras su hijo estaba preso en Egipto, y durante el episodio aquel de la revuelta de los pastores, se llevó el tesoro de la Corona a un lugar seguro, eligiendo para ello a Rennes-le-Château. Se trataba de un tesoro tan enorme que, cuando seis siglos después lo encontró Bérenger Saunière, no lo pudo gastar al completo, a pesar de derrochar a manos llenas.

Esto es algo realmente difícil de aceptar, ya que en la época de Blanca de Castilla, recordemos, aún estaba en marcha la Cruzada contra los cátaros del Languedoc, por

lo que el pueblo protagonista de nuestra historia, situado en el centro de aquella región, no era el lugar más indicado para esconder el tesoro real. Aun así, Corbu afirmó que había sido llevado a Rennes y que el secreto de su localización solo lo conocía San Luis, quien a la vez se lo confió a su propio hijo, Felipe el Atrevido (1342-1404), su sucesor en el trono de Francia.

Lamentablemente, no existe constancia histórica de que se produjese ese traslado del tesoro real al sur de Francia, y mucho menos de que fuese llevado a Rennes-le-Château. ¿De dónde sacó aquella idea Corbu? Seguramente se trate de alguna leyenda local que toma como protagonista a un personaje de singular importancia y carisma como fue Blanca de Castilla. Posteriormente veremos que otros autores, como Gérard de Sède, se harán eco también de esta posibilidad, que no tiene el más mínimo rigor histórico.

Si Saunière encontró un tesoro, no fue el de la reina Blanca.

Corbu realizó, además, una serie de afirmaciones que tendrán una relevancia enorme en la posterior evolución de esta historia que nos ocupa. Por ejemplo, ya en el primer artículo de *La Dépêche*, el del 12 de enero de 1956, así como en la cinta que ponía a sus clientes del restaurante, mencionaba el supuesto hallazgo por parte de Bérenger Saunière de unos viejos pergaminos escritos en latín dentro de uno de los viejos pilares que sustentaban el altar mayor de la iglesia. En el tercer artículo, el del día 14, decía: «Gracias a que los pergaminos cayeron en sus manos descubrió el famoso tesoro de Blanca de Castilla [...], un tesoro real, siempre según los archivos que proporcionan una lista del tesoro, este se componía de 18 millones y medio de monedas de oro, el equivalente a unas 180 toneladas de oro, además de numerosas joyas y objetos religiosos. Su valor intrínseco, según dicha lista, es de más de 50 mil millones. Por el contrario, si tenemos en cuenta su valor histórico, al equivaler la moneda de oro de aquella época a 472 000 francos, se obtiene un total de 4 billones<sup>[8]</sup>».

Es decir, ya en 1956 Corbu afirmó que el tesoro había sido encontrado gracias al hallazgo de unos pergaminos. Esto es sumamente significativo, ya que, aunque la veracidad de lo narrado por Corbu carece de todo rigor histórico —por no aportar prueba alguna—, nos sirve para comprobar que en el momento de gestación del Mito, antes de las manipulaciones posteriores realizadas en la historia, ya se hablaba de unos pergaminos y se decía que habían sido responsables y necesarios para la localización del tesoro, y la explicación a su vez de la fortuna del abad. Más adelante veremos el tremendo juego que han acabado dando los dichosos pergaminos, sobre todo cuando a finales de los sesenta aparecieron unas falsificaciones que darían un giro radical, esperpéntico y maravilloso a esta historia.

Por otro lado, Corbu relató gran parte de la historia, tal y como sabemos por fuentes objetivas, que fue, lo que demuestra que se informó bastante bien —algo no demasiado extraño si tenemos en cuenta que convivió durante siete años con Marie Dénarnaud, la persona que más sabía al respecto— y que estuvo investigando el

tema. Aunque, precisamente, las partes más jugosas y misteriosas de la trama (los pergaminos, el viaje a París, el tesoro de Blanca de Castilla...) no han podido ser demostradas. Eso sí, significativamente, Corbu menciona algo que se convertirá en otro eje protagonista del Mito: habla de la lápida de la marquesa de Blanchefort, cuya tumba se encontraba en el cementerio de Rennes-le-Château y que, al parecer, tuvo gran importancia en todo este embrollo, ya que Bérenger Saunière borró la inscripción que tenía la piedra cuando se hizo rico. ¿Por qué cometió semejante tropelía con la tumba de la antigua señora de Rennes? ¿Qué escondía aquella inscripción? ¿Alguna pista sobre la localización del tesoro?...

También es importante mencionar lo que Corbu no menciona: no dice nada sobre la extraña decoración de la iglesia tras la reconstrucción que llevó a cabo Saunière. No dice nada sobre qué había escrito en aquellos pergaminos. No dice nada sobre el misterioso y supuesto viaje a París que contarían posteriores cronistas, en el que nuestro abad se codeó con la flor y nata del ambiente cultural y ocultista de la capital gala, ni de las supuestas reproducciones de cuadros que compró en el Louvre. Ni tampoco menciona en ningún momento a otros dos curas locales que se convertirán en personajes secundarios importantísimos de toda esta trama: el abad Henri Boudet, de Rennes-les-Bains, y el abad Antoine Gélis, de Coustaussa, asesinado de una manera terrible en 1897.

Como veremos, todos estos elementos que Corbu no menciona pasarán más tarde a formar parte de la mitología del misterio de Rennes-le-Château.

### ***El informe Cholet***

Sin duda alguna se puede considerar a Noël Corbu como el padre de toda esta historia que se ha convertido con el paso de los años en mito moderno. Pero es necesario mencionar que no fue el primero en hablar sobre esto. Veinte años antes, en 1936, un tal Jean Girou escribió una obra sobre un viaje que realizó por la zona, titulada *L'Itinéraire en Terre d'Aude* (El itinerario por tierras del Aude), en la que ya se asocian las extrañas construcciones de Rennes con el supuesto hallazgo de un tesoro por parte de un cura local. En un extracto de dicha obra dice lo siguiente:

*A la salida de Couiza, una carretera asciende abruptamente hacia la izquierda. Ese es el camino de Rennes-le-Château. Sobre la cresta de la meseta se recorta un decorado singular: casas en ruinas, un ruinoso castillo feudal que sobresale y se confunde con el acantilado; también villas y torres con miradores, nuevas y modernas, que contrastan de forma extraña con las ruinas. Esta es la casa de un sacerdote que construyó esa suntuosa mansión con el dinero, dicen los lugareños, ¡de un tesoro descubierto<sup>[9]</sup>!*



Esto demuestra que Corbu no se sacó de la manga la historia del tesoro como explicación de la riqueza de Saunière. Ya se hablaba de ello en el pueblo, por lo menos, veinte años antes.

Por otro lado, el 4 de marzo de 1948 —doce años después de que Girou publicara su libro, y dos desde que la familia Corbu se fuera a vivir con Marie Dénarnaud— apareció un artículo firmado por un tal Roger Crouquet titulado «Visite à une ville morte: Rennes-le-Château, autrefois Capitale du Comté de Razès, Aujourd’hui bourgade abandonnée». (Visita a una ciudad muerta: Rennes-le-Château, antiguamente capital del condado de Razès, hoy aldea abandonada) y que fue publicado por el magacín belga *Le Soir Illustré*, del que era corresponsal. Crouquet había ido a la zona del Aude para visitar a un amigo suyo, Jean Mauhin, un belga que había montado una fábrica en Quillan. Fue él quien le propuso visitar Rennes-le-Château, pues estaba enterado de la extraña historia del cura local. En dicho artículo se hace la primera referencia escrita que se conoce sobre Bérenger Saunière, del que dice que, según le contó un lugareño, era «un sacerdote extraño que prefería el vino y las mujeres a practicar el sacerdocio. A finales del siglo XIX tuvo una original idea: puso en periódicos extranjeros, sobre todo en Estados Unidos, un anuncio en el que afirmaba que el pobre cura de Rennes-le-Château vivía entre herejes y que los recursos de que disponía para ello eran bastante exiguos. Provocó así en cristianos de todo el mundo una profunda lástima al relatar que la vieja iglesia, una joya arquitectónica, se veía abocada inevitablemente a la destrucción si los trabajos de restauración no se llevaban a cabo lo antes posible<sup>[10]</sup>». Crouquet menciona, además, que «la pila de agua bendita, que adorna la entrada a la capilla, es llevada por un demonio con cuernos y pezuñas. Una anciana nos dijo: “Es el viejo sacerdote, convertido en un demonio<sup>[11]</sup>”».

Significativamente, haciéndose eco de lo que le cuentan los lugareños, no menciona el hallazgo de ningún tesoro, pero sí habla del tráfico de misas y de las donaciones que recibía de sus fieles. Esto nos demuestra que entre los habitantes de Rennes-le-Château se manejaban, ya antes de Corbu —al que, curiosamente, no se menciona para nada, a pesar de que por entonces vivía ya en el *domaine* del abad—, ambas tentativas de explicar el misterio de la riqueza de Saunière: el tesoro de la reina Blanca y las misas.



© Óscar Fábrega Calahorro, 2013

3. Torre Magdala

Aunque interesantes para nuestra investigación, estas menciones anteriores sobre el misterio de Rennes-le-Château no llegaron al gran público. Fue sin duda Corbu el que realmente impulsó el tema con aquellas publicaciones de *La Dépêche du Midi* a principios de 1956. Y de ninguna manera podría haberse imaginado entonces las consecuencias que tendría aquella historia que contó para intentar rentabilizar su inversión en aquella finca abandonada por la mano de Dios. De hecho, el pobre Corbu tampoco hizo fortuna con todo este embrollo. Sí, al Hôtel de la Tour acudirán muchos más clientes de los que podría esperarse, pero solo llegaba para vivir y poco más, teniendo en cuenta, además, que era un negocio de temporada, ya que durante

los meses del crudo invierno permanecía cerrado por las condiciones climáticas tan adversas de la zona. Y, por otro lado, los clientes que iban al hotel tampoco es que fueran gente pudiente ni adinerada. Eran soñadores que, fascinados con la historia y cegados por el oro, iban a aquel lugar recóndito a tentar a la diosa Fortuna, ataviados con el indispensable «*kit* del buen buscador de tesoros», unos más serios que otros, unos más locos que otros.

Curiosamente, en marzo de ese mismo año, 1956, un tal André Malacan, al parecer un arqueólogo, obtuvo los permisos necesarios de las autoridades para realizar una excavación arqueológica, la primera que se haría en la iglesia de Santa María Magdalena de Rennes-le-Château. Afirmó que, tras levantar con sumo cuidado las losas del suelo del templo, y debajo de una capa de un metro, aproximadamente, de arena removida, habían encontrado algunos huesos mezclados con cal, y que entre ellos había, al parecer, una calavera marcada con un agujero ritual, que el doctor Malacan conservará siempre consigo. Algo digno de estudiar y que, sin embargo, apenas se menciona en la bibliografía sobre el tema, por desgracia. De Sède, por ejemplo, en su libro *El oro de Rennes* se hace eco del hallazgo de este cráneo y dice que la incisión es «análoga a las que se encuentran en los cementerios merovingios de Lorraine y de Montferrand (Aude<sup>[12]</sup>)».

Aparte de este enterramiento, cuya localización exacta se desconoce, no se encontró nada más, o al menos esto asegura René Descadeillas —un afamado investigador sobre el tema que estuvo presente en las excavaciones— en su mítica obra de 1974 *Mythologie du Trésor de Rennes: Histoire véritable de l'abbé Saunière, curé de Rennes-le-Château*. De Sède comenta que en los jardines se encontraron, además, tres cadáveres en descomposición, que correspondían a tres varones de entre treinta y cuarenta años, pero que nunca pudieron ser identificados —hoy en día se cree que fueron miembros de la Resistencia francesa que murieron allí durante la Segunda Guerra Mundial.

Posteriormente, entre 1959 y 1963, el profesor Jacques Cholet, un ingeniero parisino, obtuvo también permiso para excavar en la iglesia gracias a que poseía un documento sumamente interesante: una nota de un cura anterior de la parroquia, del siglo XVIII, tío del abad Antoine Bigou —que se convertirá en un personaje clave de esta historia y que, por raro que parezca, no es mencionado para nada en las afirmaciones vertidas por Corbu—, en la que se menciona la existencia de una cripta bajo la iglesia cuyo acceso había sido cegado. En esta nueva excavación colaboró de nuevo Malacan, así como el cura del momento, el abad Rivière. Pero tampoco se encontró nada, según el informe que se redactó (el 25 abril de 1967), en el que sí se mencionan diferentes indicios que hacen pensar en la existencia de construcciones subterráneas bajo la iglesia.

El informe que redacta Cholet introduce en la historia un par de modificaciones interesantes. Por un lado, menciona al abad Antoine Bigou, que fue párroco de la localidad un siglo antes de Saunière, al que relaciona con un nuevo descubrimiento

de Saunière —que, insisto, no es mencionado en ningún momento por Corbu—, según el cual el campanero del cura, Antoine Captier, encontró un día una pieza de madera que cayó desde el campanario<sup>[13]</sup>. En su interior había un pergamino escrito en latín. Este vendría a sumarse a los otros legajos encontrados en el pilar del altar, que según Cholet eran tres y habían sido escondidos allí por Antoine Bigou durante la época de la Convención y antes de huir a España. Además, Cholet propuso que estos legajos contenían indicaciones para encontrar algo que había sido dejado allí por Bigou antes de marcharse del pueblo, entre otras cosas un cáliz de oro con el que daba misa, y que años después le regalaría Saunière a su amigo el abad Eugène Grassaud para agradecerle su apoyo en su causa legal con Roma. Como vemos, Bigou pasa a ser un secundario destacado de esta historia.

Pero durante sus excavaciones, lamentablemente, Jacques Cholet no encontró nada.

Tan infructuosas fueron estas tentativas, autorizadas por el ayuntamiento, de encontrar algo en el subsuelo de la iglesia como todas las intentonas de aficionados que a partir de 1956 comenzaron a excavar por la zona. Dichosos buscadores de tesoros que, embriagados por las astronómicas cifras que había expuesto Corbu, pensaban solucionar —a golpe de pico y pala y de una vez por todas— sus inquietudes económicas.

Aunque también estaban aquellos que, influidos por las corrientes esotéricas y paranormales tan de moda en los sesenta, pensaban encontrar allí un tesoro de otro tipo, quizás algo espiritual y místico. Tenemos, por ejemplo, a una extraña pareja formada por un rico hipnotista normando, experto en el manejo del péndulo, llamado Roland Domergue, y la médium Germaine Goyard, que se presentaron en la zona en 1958 y convencieron a Corbu para que los dejase investigar en la finca y en los archivos del abad, sin encontrar nada, como siempre. El tal Domergue, obstinado, se compró una casa en el pueblo a la que regresaba cada verano para proseguir con su infatigable búsqueda. Cuenta Jean-Luc Robin, cronista destacado de Rennes-le-Château —más que nada porque durante algunos años estuvo al cargo de la finca y de todas las posesiones de Saunière—, que unos muchachos del pueblo decidieron un día gastarle una broma: en una botella vacía metieron un papel amarillento y con los bordes quemados, para simular antigüedad, con el siguiente texto escrito: «Si sigues este plano, accederás a las cuevas de la ciudadela en donde se halla el poder». Luego la enterraron en el jardín de la casa de Domergue, junto al cementerio, en la que estaba excavando. A la mañana siguiente el normando, que se había tragado la broma pese a lo burda que era, pidió ayuda a varios lugareños —lógicamente, se presentaron voluntarios aquellos que le habían preparado la broma— y se dirigió al lugar señalado en el plano. Al final, tras excavar un enorme agujero de más de tres metros de profundidad, dio con roca pura. Pero esto no iba a ser obstáculo: con unos cartuchos de dinamita podrían abrirse camino. Dicho y hecho... El hoyo hizo de cañón y los trozos de piedra salieron disparados por todo el pueblo,

destrozando varios tejados y provocando diversos daños.

Esto, entre otros motivos, fue lo que llevó al alcalde de Rennes-le-Château, Étienne Delmas, quien ostentaba el cargo desde 1935, a aprobar un decreto municipal en el que se prohibían las excavaciones en la villa.

Esta norma sigue estando vigente, como recuerda un cartel que todos los visitantes pueden observar al entrar en el pueblo y que dice lo siguiente:

LAS EXCAVACIONES ESTÁN PROHIBIDAS  
EN EL TERRITORIO DE LA LOCALIDAD DE RENNES-LE-CHÂTEAU.  
APROBADO EL 28-07-1965



© Fernando López Angulo, 2013

4. Cartel a la entrada de Rennes-le-Château



## CAPÍTULO 2

### La versión de Charroux-Corbu

Entre los buscadores de tesoros que visitaron Rennes-le-Château, como consecuencia de la popularidad que alcanzó el tema gracias a las noticias vertidas por Noël Corbu, cabe destacar a Robert Charroux (1909-1978), un escritor francés cuyo nombre real era Robert Grugeau y que en 1951 había fundado junto a su mujer y varios amigos el Club Internacional de Buscadores de Tesoros. Será la primera persona que hable del misterio en un libro de gran tirada.

Charroux era todo un personaje: campeón de natación, pescador de perlas, cazador submarino, aficionado a la Arqueología y la Historia... De hecho, fue el descubridor de las cavernas de Poitou y de la necrópolis merovingia de Savigné. Pero además fue uno de los escritores que más vendieron en la Francia de los sesenta y principios de los setenta —en plena fiebre por los temas ocultistas y esotéricos, en parte generada por el éxito de *Le Matin des magiciens* (El retorno de los brujos), la clásica obra fundacional del realismo mágico publicada por Louis Pauwels y Jacques Bergier en 1960, que puso de moda el concepto de «historia perdida».

Su éxito se deberá a que fue un pionero de la tan de moda *théorie des anciens astronautes* (teoría de los antiguos astronautas), teoría que defiende que habitantes de otros planetas, extraterrestres, visitaron en la antigüedad la Tierra y contactaron con nuestros antepasados humanos. Este contacto influyó, según los que defienden esta idea, en la cultura, la tecnología y el origen de las religiones —de hecho, esto último, el considerar que todas las deidades son en realidad extraterrestres cuya avanzada tecnología fue tomada como evidencia de su divina condición, fue uno de los principales aportes de Charroux—. A este tema dedicó gran parte de su obra, con títulos como *Histoire inconnue des Hommes depuis cent mille ans* (Historia desconocida del hombre desde hace cien mil años, 1963), *Le Livre des secrets trahis* (El libro de los secretos descubiertos, 1963), *Le Livre des maîtres du monde* (El libro de los dueños del mundo, 1967) o *Le Livre des mondes oubliés* (El libro de los mundos olvidados, 1973).

En ellos plantea, resumiendo, que la humanidad fue creada por extraterrestres que, antes de abandonar la Tierra, cedieron parte de sus conocimientos a los hombres, aunque con el tiempo se olvidaron. Aquellos primeros humanos vivieron en la

Atlántida y en la Hiperbórea, y aquel saber «perdido» en realidad se ha conservado, mantenido en la clandestinidad por un grupo de Maestros Ocultos que a lo largo de los milenios han ido dosificando la información que revelaban. Esta idea sobre la existencia de un cónclave de sabios que custodian conocimientos de antiguas civilizaciones desaparecidas ya se refleja en el citado *El retorno de los brujos* de Pauwels y Bergier.

La influencia de la obra de Charroux —sobre todo aquella de 1963, *Historia desconocida del hombre desde hace cien mil años*— es más que evidente en la obra de Erich von Däniken<sup>[1]</sup>, escritor suizo nacido en 1935 que defiende una postura bastante similar. De hecho, en el primer libro de Däniken, *Recuerdos del futuro* (1968), había párrafos y argumentos tomados directamente de la obra del francés, al que no menciona en ningún momento. (Hay que tener en cuenta que antes de aquel año, 1968, Charroux había publicado ya tres obras sobre el tema). Este, en contra del consejo de su representante, no quiso denunciar judicialmente a Däniken, y las editoriales respectivas llegaron a un acuerdo, considerando que la moda creada por el autor suizo iba a beneficiar a las ventas de las obras de Charroux. Eso sí, en las dos siguientes obras de Däniken, *Regreso a las estrellas* (1971) y *El oro de los dioses* (1974), tuvo que incluir las obras del francés en la bibliografía.

Pues bien, este señor, Robert Charroux —unos años antes de alcanzar el éxito como escritor, en 1958—, se marchó con su esposa Ivette y varios colegas más, miembros de su Club de los Buscadores de Tesoros, a Rennes-le-Château. Y examinó la iglesia, la finca de Saunière y parte del pueblo utilizando un detector de metales, un novedoso invento que prometía revolucionar el mundo de los buscadores de antigüedades. Sobra decir que no encontró nada, pero quedó para la posteridad una fantástica fotografía<sup>[2]</sup> que muestra a Noël Corbu, a Ivette y a una amiga más del club con el extraño aparato para detectar metales, peinando el suelo de la iglesia de Santa María Magdalena. Poco después Charroux distribuyó un folleto, titulado *L'ébouriffante histoire du curé aux milliards*, del que no se conserva ninguna copia, pero que versaba sobre la historia de Saunière.

Finalmente plasmó un relato sobre el misterio del abad y su enorme fortuna en su clásico libro de 1962 *Trésors du Monde enterrés, emmurés, engloutis*<sup>[3]</sup> (Tesoros ocultos: enterrados, emparedados, sumergidos), dedicado a estudiar diferentes tesoros perdidos del mundo, tanto europeos —templarios, cátaros— como americanos —incas, mayas— o marítimos —los tesoros de los piratas, los de la Segunda Guerra Mundial—, y otros tesoros legendarios, encantados y fantasmales. Pues bien, en el capítulo XIX, titulado «Setenta y cinco tesoros en una abadía: ocho mil millones en una tumba», dedicó unas páginas al recién nacido misterio de Rennes-le-Château, usando como principal fuente de referencia el relato que personalmente le transmitió Noël Corbu.

Y aquí es donde la historia cogerá una nueva dimensión...

Charroux proponía en esta obra que el abad Saunière encontró un tesoro enorme,



tanto que solo pudo gastar una pequeña parte, legando las pertenencias que con el hallazgo adquirió a su criada Marie, que a su vez se lo legó a Noël Corbu, en aquel entonces dueño de la finca y de todo lo que contenía. Este, desde ese momento, estaba tratando de encontrar la ubicación del resto de aquel fastuoso tesoro, que en otro tiempo perteneció a la Corona francesa —allá por el siglo XIII— y que necesariamente tenía que hallarse en el pueblo o en los alrededores. Corbu afirmó textualmente en esta obra que «según algunos historiadores de Carcassonne, el origen del tesoro data de febrero de 1250, durante la Revuelta de los Pastores, iniciada en los departamentos del norte por el misterioso Maestro de Hungría<sup>[4]</sup>». Por culpa de este acontecimiento, la reina Blanca de Castilla se dirigió a Rennes-le-Château con la intención de depositar en un lugar seguro el enorme tesoro de Francia, por miedo a que fuese saqueado por las hordas de los pastores. «Noten de pasada que la ciudadela de Rhedae se consideraba inexpugnable, y se situaba en la ruta de España, donde Blanca de Castilla sabía que podría encontrar refugio en caso de peligro<sup>[5]</sup>». El secreto de su localización pasaría de Blanca a su marido San Luis, que a la vez lo pasaría a su hijo Felipe. La transmisión se cortó cuando este último, Felipe III, no pudo transmitírselo a su sucesor, Felipe IV el Hermoso. En definitiva, la misma historia que contaba Corbu unos años antes.

Menciona también, por primera vez en un medio escrito, la leyenda de Ignace Paris, la cual ya había sido mencionada de pasada por Corbu en aquella dichosa cinta que ponía a los clientes de su restaurante. Charroux cuenta que, en 1645, este joven pastor de Rennes-le-Château perdió una de sus ovejas. Al ir a buscarla descubrió que se había caído por una galería subterránea. Bajó a por ella y en el fondo de la galería encontró una cripta llena de esqueletos y cofres repletos de monedas de oro. La noticia del hallazgo se extendió por el pueblo, pero Ignace no quiso decir dónde había encontrado el tesoro, así que fue acusado de ladrón y ejecutado, sin que desvelase la localización de aquella galería y de todas aquellas monedas de oro. Durante un par de siglos el tesoro cayó nuevamente en el olvido... hasta que en 1892 el abad Saunière, tras siete años ejerciendo como sacerdote en Rennes-le-Château, decidió hacer unas reparaciones en la deteriorada iglesia del pueblo y al mover el altar encontró unos pergaminos: uno de ellos estaba escrito en una mezcla de latín y francés y contenía lo que a primera vista parecían extractos de los Evangelios. Acto seguido el cura decide suspender, inexplicablemente, las obras de la iglesia.

Aquí la cosa se pone interesante. Charroux narra, en palabras de Corbu, cómo el cura intentó descifrar los pergaminos: tuvo éxito al identificar los versículos de los Evangelios, y reconoció el sello real de Blanca de Castilla que aparecía en el escrito, «pero lo demás es para él un jeroglífico. Va, pues, a París en 1892 a consultar algunos lingüistas, a quienes, por prudencia, no entrega sus documentos, sino fragmentariamente<sup>[6]</sup>». Corbu ha modificado su versión inicial. Ahora se da una explicación plausible para aquel viaje a París que mencionaba escuetamente en su primera versión: descifrar el mensaje secreto de los pergaminos, que le permitirá

después encontrar el magnífico tesoro.

En este momento de su narración, Corbu le hace una declaración trascendental (para nuestra investigación) a Charroux:

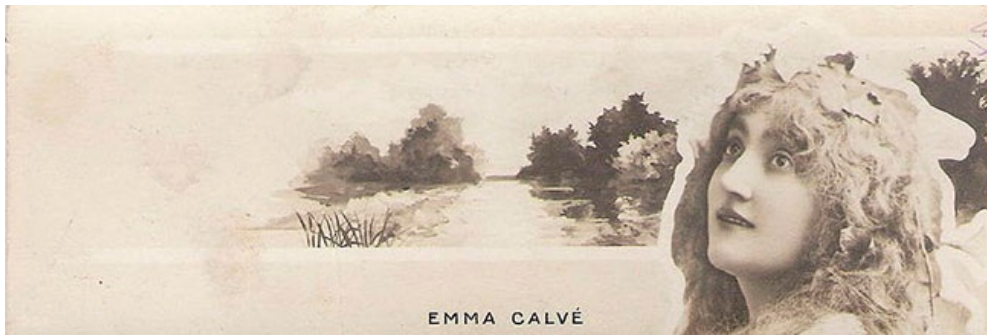
*No puedo revelar las fuentes de mi información, pero puedo asegurar que se trataba del tesoro de la Corona de Francia: 18 millones en quinientas mil monedas de oro, joyas, objetos del culto, etc. El cura vuelve a Rennes, sin conocer con exactitud el lugar del escondrijo; pero con indicaciones precisas y suficientes<sup>[7]</sup>.*

¿Quién estaba informando a Corbu? ¿Por qué no podía revelarlo? Algo me dice que en algún momento descubriremos quién está detrás, pero tiempo al tiempo...

Según esta versión, el abad regresa de París con una serie de pistas que le servirán para localizar un tesoro. Pero, además, encuentra nuevas pistas en el camposanto: «Marie, por su parte, se siente intrigada por una vieja losa del cementerio, que tiene una inscripción rara: es la losa sepulcral de la condesa Hautpoul-Blanchefort. ¿Y si allí estuviera el tesoro<sup>[8]</sup>?». Sea como sea, lo cierto es que durante varios días Saunière y Marie llevaron a cabo extraños trabajos en el cementerio hasta que finalmente encuentran algo, y «terminan por reconstruir el jeroglífico, del que las inscripciones de la losa sepulcral les han dado los primeros elementos<sup>[9]</sup>». Es de destacar que en esta versión de la historia —recordemos, seis años después de la aparición de los artículos de *La Dépêche*—, Marie ya se ha convertido en una fiel confidente y colaboradora del abad, algo que en la primera versión no se mencionaba en absoluto.

Corbu aportó, además, una información nueva y bastante temeraria: aseguraba que existían seis accesos que conducían al lugar donde estaba escondido el tesoro, siendo uno de ellos el que encontraron nuestros protagonistas en 1892, gracias a los pergaminos, y que los condujo al mismo lugar que un par de siglos antes, en 1645, había descubierto el pastor París. «Las monedas de oro, las alhajas, las vajillas preciosas están allí, cubiertas por una espesa capa de polvo, pero intactas<sup>[10]</sup>».

Marie y Saunière acordaron un plan: el cura se marcharía de viaje a varios países (España, Bélgica, Suiza y Alemania) con el propósito de cambiar las monedas de oro, y mandaría el dinero de vuelta mediante giros postales a Couiza, donde los recogería Marie. «Y eso fue lo que hicieron<sup>[11]</sup>», asegura Corbu.



5. Emma Calvé

Así, para 1893, Saunière se había convertido en un hombre tremendamente rico, «tan rico que a su costa ordena todas las refacciones de la techumbre de la iglesia, a la que embellece de manera suntuosa<sup>[12]</sup>». Reparó también el deteriorado presbiterio y construyó un muro alrededor del cementerio, y, por supuesto, comenzó a derrochar y a vivir a cuerpo de rey, a celebrar cenas y recibir visitas todos los días.

Por otro lado, Saunière se hizo con tierras en la zona aledaña a la iglesia y la casa parroquial, eso sí, poniendo todo a nombre de Marie, de la que ya se insinúa que mantenía una relación más allá de la amistad con el padre. Y es aquí donde Charroux introduce un detalle nuevo que pasará a formar parte de la mitología de Rennes-le-Château: habla, por primera vez, de Emma Calvé (1858-1942), la diva de la ópera de principios de siglo que versiones posteriores de la historia convertirán en confidente, amiga y amante de Saunière. Dice Charroux: «A decir verdad, otras hermosas se comparten el corazón del nuevo millonario. Se han dicho los nombres de Emma Calvet (sic), de la hermosa condesa de B. y de muchas otras<sup>[13]</sup>». Siempre según Corbu, que conste en acta.

Por supuesto, el abad fue cuidadoso al ocultar a los ojos de los demás las pistas que podían conducir al tesoro: borró la inscripción de la lápida de la condesa y guardó los pergaminos «en la sala de los tesoros<sup>[14]</sup>». A sus vecinos y a las autoridades les daba explicaciones de su enorme riqueza argumentando que había recibido una herencia de un tío suyo que había emigrado a América: quinientos francos en oro. Corbu insinúa, además, que compró el silencio del alcalde y de monseñor Billard, el obispo de Carcassonne. No pudo hacerlo, en cambio, con monseñor de Beauséjour, el sucesor de Billard, que comenzó un proceso contra Saunière al negarse este a dar cuentas del origen de su fortuna: le acusó de venta de misas y fue suspendido de su puesto, y se nombró un nuevo cura en Rennes, a pesar de lo cual nuestro abad siguió dando misas en su capilla privada.

El resto ya lo conocemos: Saunière planea una serie de proyectos megalómanos en sus últimos días, pero la muerte le sorprende el 22 de enero de 1917. Marie se queda con todo. Vivirá a partir de entonces en la más estricta soledad y con graves problemas económicos. «Es más que probable que nunca volviera a la cripta del tesoro<sup>[15]</sup>». Pero ¿por qué vivir con problemas económicos si tenía una fortuna a su

alcance?

Esta es la historia tal y como se la contó Corbu, «tercer personaje de la novela y heredero de Marie Dénarnaud<sup>[16]</sup>», según Charroux, quien, además, menciona aquella famosa promesa de Marie a Noël, aquello de «va a tener más dinero del que pueda gastar» y «te lo diré antes de morir». Algo que, lamentablemente, no pudo hacer al sufrir un derrame cerebral que la dejó encamada durante cinco días antes de morir el 18 de enero de 1953 —curioso error este de Charroux, pues en realidad falleció el 29 de enero.

*He aquí nuevamente perdido el tesoro de Blanca de Castilla, completamente perdido esta vez, según parece [termina diciendo Charroux en su referencia al misterio de Rennes-le-Château]. Pero, en realidad, nada demuestra que ese tesoro sea el de la madre de San Luis. Algunos suponen que se trataría del tesoro de Alarico, cuya capital era Rennes-le-Château (sic); otros, y es más verosímil, creen que sea el tesoro de los cátaros, tomando en cuenta que Rennes era su segunda ciudadela después de Montségur (sic)... [para, acto seguido, hacer una propuesta sorprendente]: Sin embargo, el secreto no es impenetrable. Un habitante de Rennes-le-Château, que sin duda mucho sabe, le dijo un día a un miembro del Club de Buscadores de Tesoros: «El secreto del cura de los millones está al fondo de una tumba; solo se trata de saber en cuál...». Un día, pues, los miles de millones escondidos por el viejo cura serán tal vez encontrados por el sepulturero; y tanto peor para el pueblecito colgado de las rocas: perderá lo más claro de su misterio, o lo más sombrío, si se prefiere<sup>[17]</sup>.*

Al margen de las valiosas diferencias que observamos entre este relato de 1962 y el publicado por Noël Corbu seis años antes en *La Dépêche du Midi*, como, por ejemplo, la importancia que adquiere Marie Dénarnaud en la historia —pasa a ser considerada cómplice activa en la trama y se sugiere que era la amante del abad— o la explicación que da al viaje de Saunière a París en 1892 —para traducir los pergaminos—, la versión que narra Charroux tiene importancia en nuestra investigación por un motivo trascendental: en su narración Corbu afirma que posee información privilegiada, pero que no puede revelar quién se la ha proporcionado.

Pero déjenme hacer hincapié en lo que afirma Charroux al final de su relato: que alguien «que sin duda mucho sabe» le había dicho eso de que «el secreto del cura de los millones está al fondo de una tumba; solo se trata de saber en cuál<sup>[18]</sup>». Ambas cosas, la existencia de una «eminencia gris» que, en la sombra, se dedica a filtrar información sobre el tema, y la idea de que el tesoro se halla escondido en una tumba, adelantan dos puntos claves en la bibliografía inmediatamente posterior sobre el tema, bibliografía que se verá enormemente influida por los datos aportados por un

tal..., bueno, ya veremos más adelante de quién se trata.

Por ahora, quédense con esa idea. Y con la posibilidad de que ya alguien estuviese aportando información «inédita»...

### ***Las dos piedras***

El 29 de abril de 1961 se estrenó en televisión el primer documental sobre el misterio de Rennes-le-Château, dirigido por una tal Marina Grey para la RTF (Radiodiffusion-Télévision Française). Se llamó *La Roue Tourne* (La rueda gira). Como gran curiosidad cabe mencionar que la persona que interpretó el papel de Bérenger Saunière en las recreaciones históricas fue el protagonista de nuestra historia hasta ahora, Noël Corbu. Recordemos también que por aquel entonces se están realizando las excavaciones de Cholet y las del hipnotista y experto en péndulos Domergue, de las que ya hemos hablado. Aunque Noël no escribió el guion, su influencia es más que manifiesta en la trama que narra la cinta, hoy recuperada, aunque buena parte del metraje se haya perdido<sup>[19]</sup>.

En el documental se muestra cómo Saunière descubrió los pergaminos gracias a que el campanero encontró bajo el balaustre que sujetaba el antiguo púlpito una cápsula con un pergamino en su interior. Recordemos que Corbu no menciona nada de esto en sus versiones de la historia, aunque sí encontramos esta idea en el informe que confeccionó en 1967 Jacques Cholet tras las excavaciones que llevó a cabo.

En junio del año siguiente, 1962, Corbu depositó un manuscrito de cinco páginas en los Archivos del Aude, en Carcassonne, titulado *Essai Historique sur Rennes-le-Château*, en el que contaba, aproximadamente, lo mismo que había expuesto en *La Dépêche* y en la cinta que ponía a sus clientes. Seguramente contenía la versión propuesta en el libro de Charroux —el cual se publicó en abril de ese mismo año—, aunque por desgracia no hemos podido acceder a este documento para comprobarlo.

Un mes después, en julio, se grabó un programa de radio que será clave para nuestra historia. Fue retransmitido desde Rennes-le-Château, y estaba presentado por el periodista Robert Arnaut, de la emisora France Inter, y por nuestro querido Robert Charroux, que organizó una entrevista a Corbu. Además de contar la historia del abad, Charroux centró su discurso en la lápida de Marie de Nègre d'Ables, marquesa de Hautpoul-Blanchefort<sup>[20]</sup> —aquella que, según había contado Corbu, fue borrada por Bérenger Saunière—, y en otro par de piedras de las que hasta entonces no teníamos conocimiento: otras dos losas, ambas triangulares, que un tal Ernest Cros había encontrado en 1928 en el cementerio de Rennes-le-Château, pero que, desgraciadamente, se las llevó consigo a París y estaban desaparecidas en aquel entonces. Una de ellas, a la que llama la Piedra de Coumesourde, de pequeñas dimensiones, contenía unas inscripciones bastante crípticas: «SAE SUS IN MEDIA LINEA



UBI M CECAT LINEA PARVA P.S. PRAECUM», y una cruz templaria debajo. Corbu explicó que «SAE» significaría «Sub Altarum Iglesias», es decir, «bajo el altar de la iglesia»; «SIS» sería una antigua palabra francesa que viene a significar «aquí». El resto parecen indicaciones, aunque no se atrevió a aportar una explicación. En el trascendental libro que en 1967 publicó Gérard de Sède sobre este tema, *El oro de Rennes*, del que hablaremos dentro de poco, mostró un dibujo de esta piedra atribuido, supuestamente, a un tal *Mr. Cros*, quien lo había publicado a su vez en un panfleto mecanografiado que se distribuyó por la zona y que recogía su informe de la historia. Según comenta De Sède, Cros afirmaba que fue el marqués de Fleury — marido de Elizabeth, una de las hijas de Marie de Nègre y François d'Hautpoul y, por tanto, señor de Rennes-le-Château— el que, camino del exilio por culpa del estallido de la Revolución francesa, «había hecho grabar otra losa que se había de descubrir más tarde, por casualidad, enterrada bajo una encina, perdiéndose de nuevo para ser hallada otra vez, en 1928, oculta en el hueco de una roca en Coumesourde, cerca de Rennes-les-Bains<sup>[21]</sup>».

Esta Piedra de Coumesourde apenas tendrá relevancia en la trama. En cambio, la otra piedra, que también fue llevada a París por el tal Ernest Cros, sí que tendrá una enorme importancia en el desarrollo y la evolución del Mito. Según explicó Corbu en este programa de radio, tenía inscrito lo siguiente: «P.S. REDDIS CELLIS REGIS ARCIS PRAECUM». El hecho de que en una fecha tan temprana como 1962 nuestro primer protagonista, Corbu, hable ya de esta losa, afirmando que también formaba parte del conjunto funerario de la marquesa de Blanchefort y que había sido confeccionada por el antiguo párroco de Rennes-le-Château, Antoine Bigou, es sumamente significativo y relevante.

Y es que, unos años después, esta losa alcanzará un gran protagonismo al aparecer reproducida en varios de los panfletos depositados en la Biblioteca Nacional de París conocidos como los *Dossiers Secrets*, lo que la convertirá en una parte esencial del Mito.

Como vemos, la trama se ha ido poco a poco complicando gracias, en parte, a las nuevas informaciones y/o hallazgos que van apareciendo y que van transformando la historia. Conforme avancemos en nuestra investigación, iremos descubriendo qué estaba pasando en realidad y de dónde procedían estas nuevas vías de estudio, que desembocarán finalmente en la citada obra de Gérard de Sède sobre este tema, *El oro de Rennes*, obra capital en la creación del Mito.

Pero dejemos por el momento Rennes-le-Château y vayamos en dirección norte, en busca de otro tesoro...

## CAPÍTULO 3

### **El otro tesoro: El castillo de Gisors**

Dejemos por un tiempo Rennes-le-Château, centro de todas nuestras pesquisas hasta ahora, y viajemos al norte, más al norte incluso de París, hacia una zona conocida como la Alta Normandía. Allí, en el departamento de Eure, existe una pequeña localidad llamada Gisors que se convertirá en un sitio clave del Mito a raíz de la publicación de un libro titulado *Les Templiers sont parmi nous, ou L'Énigme de Gisors* (Los templarios están entre nosotros, o El enigma de Gisors), escrito por Gérard de Sède, personaje protagonista de esta trama, y que fue publicado en 1962. De ello hablaremos a su debido tiempo; ahora profundizaremos un poco en la historia de este pueblo, conocido hoy en día como *la capital del Vexin normando*, y cuyo principal punto de interés es su famoso castillo.

#### ***Una pizca de historia***

Gisors está en un sitio clave. No solo porque coronaba una colina que dominaba todo el valle del Epte, sino porque estaba en el corazón de una zona disputada durante años entre las Coronas de Francia e Inglaterra. Además, no dista mucho de París — hoy en día a menos de una hora.

La ciudad está dominada en la actualidad por un castillo medieval, el castillo de Gisors, una construcción anglonormanda del siglo XI bastante peculiar desde el punto de vista arquitectónico y en la que se desarrollará la acción de esta historia, ya que, como veremos, hay quien dice que allí se ocultó el supuesto tesoro de los Templarios.

Como hemos comentado, se conoce a Gisors como la capital del Vexin normando, una pequeña comarca, más geográfica y cultural que política, habitada desde tiempos inmemoriales. Su nombre procede del pueblo galo de los véliocasses, que ocupó la región en la antigüedad. El *pagus* de los véliocasses (Beliocassinus Pagus) se convirtió en el país de Vexin. La comarca se encuentra dividida en dos por el trazado del río Epte, un pequeño afluente del Sena: por eso tenemos el Vexin normando, al oeste, y el Vexin francés, al este. Este río fue, además, la división natural durante siglos entre los anglonormandos y los francos y escenario de un sinnúmero de batallas. Y

justo en el centro estaba Gisors.

En el año 1066, el rey francés Felipe I (1052-1108) tomó la ciudad, arrebatándosela al normando Guillermo el Conquistador (1028-1087), aunque rápidamente se la volverían a intercambiar. Este último era el duque de Normandía (con el título de Guillermo II de Normandía) y, además, era hijo natural de Roberto I el Diablo (1004-1035), de quien heredó el título, y de una aldeana, por lo que también fue conocido como Guillermo el Bastardo. Tuvo que defenderse de los ataques tanto de los ingleses como de los franceses, hasta que él mismo, en el 1066, se convirtió en rey de Inglaterra<sup>[1]</sup> por la fuerza. Desde entonces recibió el nombre de Guillermo el Conquistador.

Gisors se convertirá en una posición clave en la lucha que a lo largo de cuatro siglos enfrentará a franceses e ingleses por el control de la Normandía; de ahí la importancia de su castillo. Aunque ha sido objeto de varias reconstrucciones, bajo la estructura actual se encuentran los restos de una antigua fortaleza que fue levantada en el 1097 por Roberto II de Bellême, un aristócrata local<sup>[2]</sup>, siguiendo las órdenes del duque de Normandía (y rey de Inglaterra), Guillermo II el Rojo (1056-1100), hijo de Guillermo el Conquistador, que había tomado posesión de la ciudad en el 1096. En *Los templarios están entre nosotros*, De Sède cuenta que las primeras piedras las puso en realidad un tal Thibaud Payen, conde de Gisors, hijo del conde Hugo de Chaumont y de Adelaida de Payen, hermana de Hugo de Payns (1070-1136), ni más ni menos que uno de los fundadores de la Orden del Temple, del que sería sobrino Thibaud.

Sea como fuere, el que lo convirtió en una auténtica fortaleza fue Guillermo II el Rojo, que estaba rearmando la zona por los problemas que tenía con su hermano Roberto Curthose<sup>[3]</sup>. Y el que lo diseñó fue, como hemos adelantado, Roberto de Bellême, que, además, eligió la ubicación y dirigió la construcción, levantando una torre cuadrada orientada al norte (conocida como Torre del Gobernador) y una muralla exterior. Las construcciones posteriores solo ampliaron el plano original planteado por Bellême.

Falleció Guillermo el Rojo en el 1100. Y su hermano Roberto Curthose recuperó los derechos sobre la Normandía. Pero en 1106 el hermano menor de ambos, Enrique I (1068-1135), convertido en rey de Inglaterra, se los vuelve a quitar. Este será el final de Bellême, que por un extraño juego de la Historia se había convertido en el senescal de Roberto —en aquellos tiempos inmerso en una cruzada—, así que Gisors fue arrebatada a Bellême.

Será Enrique I de Inglaterra quien prosiga la construcción del castillo. En 1113 se decide fortificar la estructura para dominar el valle del Epte, pero no será hasta 1120 cuando se produzca el primer sitio y asedio al castillo, durante la rebelión de los señores normandos frente a la realeza francesa. Tras dicho sitio, se construye una torre de piedra con forma octogonal y una gran base.

Enrique I muere sin descendencia. La Corona de Inglaterra, tras ostentarla un



tiempo Esteban de Blois, nieto de Guillermo el Conquistador, pasará en 1154 a manos de Enrique II Plantagenêt (1133-1189), que será el primer rey de esta famosa dinastía. Y en sus manos recae el castillo de Gisors —que había sido cedido provisionalmente al rey de Francia, Luis VII— gracias a una curiosa triquiñuela: había prometido al rey francés casar a su hijo Enrique con la hija de este, Margarita, con la condición de que ella llevase a modo de dote la ciudad de Gisors y su castillo. Aceptó el francés, pero resulta que por aquel entonces los futuros contrayentes solo tenían tres y cinco años, así que se convino que hasta que fuesen adultos y pudiesen casarse, la ciudad se mantendría neutral. ¿Imaginan quiénes fueron los elegidos para custodiar Gisors durante aquel tiempo?... Pues nada más y nada menos que los caballeros templarios...

Robert de Piron, Tostes de Saint Omer y Richard de Hastings<sup>[4]</sup> serán los tres templarios que se harán cargo de la fortaleza desde noviembre de 1158. Pero dos años más tarde, en 1160, Enrique II ordenó celebrar súbitamente el matrimonio de los infantes y exigió la entrega de la dote —la cual incluía además la cercana fortaleza de Neaufles—, sin esperar el plazo fijado y provocando la indignación del monarca francés. Todo este asunto es sumamente interesante; más aún si tenemos en cuenta que la esposa del monarca inglés, Leonor de Aquitania, había sido anteriormente esposa de... ¡Luis VII, el monarca francés!

Cómo son estos reyes...



6. El castillo de Gisors

En 1170, a instancias de Enrique II Plantagenêt, será reconstruido de nuevo el castillo, tras unas obras que duraron diez años y en las que se consolidó la torre, se agrandó el foso y se creó un nuevo perímetro fortificado de ochocientos metros, flanqueado por ocho torres y comunicado por numerosas galerías subterráneas. Será entonces cuando se construya el torreón octogonal, característico del actual castillo.

Con la Tercera Cruzada (1189-1192) se declara una tregua en la frontera anglonormanda. El castillo permanecerá en poder del reino francés durante los dos siguientes siglos.

El 13 de octubre de 1307 se produce la gran redada contra la Orden del Temple. La trama había sido urdida por Felipe IV el Hermoso (1268-1314), rey de Francia, y el papa Clemente V (1264-1314). De Sède plantea en su libro, basándose en la

declaración de un historiador del siglo XIX, J. Depoin, que Jacques de Molay (1244-1314), último gran maestro del Temple, había estado preso en el castillo de Gisors hasta su muerte<sup>[5]</sup>. La veracidad de esta propuesta es dudosa y parece más bien apoyar la tesis que plantea De Sède en su obra, que ya veremos cuál es en su debido momento.

En 1419, una campaña del duque de Clarence —durante la Guerra de los Cien Años— recupera temporalmente el castillo para los ingleses. Ochenta años después, en 1499, el monarca francés Carlos VII el Victorioso (1403-1461) toma la Normandía y se hace de nuevo con la ciudad, que pertenecerá desde entonces al país galo.

El hermoso castillo de Gisors entrará a formar parte, desde 1862, de la lista de *monuments historiques* del Ministerio de Cultura de la República francesa. Y cien años después, pasará a engrosar el Mito que nos ocupa...

## ***El gran de Sède***

¿Qué tiene todo esto que ver con el tema del presente libro, el misterio de Rennes-le-Château? Pues resulta que mucho. No tanto por el propio misterio de este castillo —que lo tiene— como por las personas que lo lanzaron a la fama.

Como ya hemos dicho, en 1962 se publicó *Los templarios están entre nosotros*, de Gérard de Sède. En él, como veremos, se plantea la extraordinaria idea de que en este castillo se depositó el fabuloso tesoro de los Templarios. Y en él, como también veremos, colaboró activamente la *éminence grise* que, por otro lado, ya estaba empezando a manipular el misterio de Rennes-le-Château. Pero antes, conozcamos a su autor.

Géraud Marie de Sède, barón de Lieoux, nació en París el 5 de junio de 1921. Tenía, pues, cuarenta y un años cuando publicó *Los templarios están entre nosotros*, y cuarenta y seis cuando vio la luz *El oro de Rennes*, obra clave en esta investigación. Pertenecía a una familia de origen noble de la zona de Gascogne, cerca del Languedoc. Según el propio De Sède, descendía del papa Clemente V<sup>[6]</sup>, aunque esto no está comprobado. Lo cierto es que se trataba de una antigua familia noble que a finales del Medievo llegó a tener algo de fama y fortuna, pero que, como consecuencia de los acontecimientos de la Revolución francesa, perdió gran parte de sus posesiones y privilegios. Además, algunos de sus miembros, oficiales del Ejército real, harán campaña primero contra la Convención y posteriormente en favor de Napoleón Bonaparte, así como de la Restauración. Es decir, se trataba de una familia reaccionaria y monárquica, que, por otro lado, tuvo siempre especial cuidado en mantener el viejo castillo de Lieoux<sup>[7]</sup>, su propiedad más importante, como una reliquia bucólica de un pasado esplendoroso ya perdido.

Su madre, Aimée Marie Antoinette, se casó con su primo Marcel de Sède, aunque en la práctica, debido a las constantes ausencias de su padre, fue criado solo por esta,

una señora autoritaria y asfixiante. Vistos los antecedentes familiares, no es de extrañar que ambos estuviesen vinculados a Action Française<sup>[8]</sup>, un movimiento monárquico y nacionalista de derechas que surge en Francia a finales del siglo XIX, que fue impulsado a principios del siglo XX por Charles Maurras y que tendrá especial importancia e influencia política en la época de la Tercera República francesa y en el desarrollo de las corrientes ultraderechistas del período de entreguerras.

Buen y aplicado estudiante, Gérard será formado por un tutor hasta 1931, cuando contaba diez primaveras, fecha en la que entra en la escuela secundaria. Mostraba más talento para las letras que para las ciencias. Sus vacaciones las pasaba en Lieoux, donde se impregnaría de la cultura rural occitana, algo que marcará su carácter y su devenir. En sus primeros años, influido por la ideología familiar, se acerca también a la Action Française, pero todo cambia en 1936, cuando tenía solo quince años: estalla la Guerra Civil española (el 18 de julio) y De Sède se compromete con la legítima república derribada por los militares de derechas, influido además por la victoria en Francia del Frente Popular, una amalgama de partidos de izquierdas que gobernó entre 1936 y 1937<sup>[9]</sup>. De hecho, parece ser que se planteó seriamente incorporarse a las milicias que apoyaban al bando republicano español, algo que al final no hizo. Pero una cosa quedó clara: había roto con la tradición monárquica familiar y con el catolicismo. Era el rebelde de la familia.

Una vez licenciado, comienza estudios superiores de Derecho, Literatura y Filosofía en la Universidad de La Sorbona, París. Por esta época comenzará a relacionarse con los movimientos surrealistas y conocerá a la que será su futura esposa, Marie-Andrée, una compañera de la Resistencia, conocida por sus amigos como Sophie. Pero cuando estalla la Segunda Guerra Mundial, en septiembre de 1939, deja La Sorbona y se matricula en la Universidad de Toulouse. Francia es ocupada, y el mariscal Pétain se convierte en el ídolo de su familia. Pero De Sède piensa exactamente lo contrario: se une a la Resistencia activamente, produciéndose la ruptura definitiva con los suyos, y llega incluso a ser encarcelado en alguna ocasión por sus actividades.

Esta actividad no le impide desarrollar inquietudes creativas. Así, inició una mediocre carrera como poeta. Y lo hace integrándose, en 1942, en un movimiento conocido como *La Main à plume*<sup>[10]</sup>. Se trataba de una publicación colectiva semiclandestina de diferentes escritores y artistas surrealistas de la que se llegaron a editar doce números. El tercero fue obra de De Sède y se tituló *L'Incendie habitable* (El incendio habitable). Entre los que colaboraron y escribieron en algunos números de esta publicación aparecen nombres tan sobresalientes como Pablo Picasso, André Breton o René Magritte.

Sus posturas políticas, por otro lado, se van haciendo cada vez más radicales, convirtiéndose en un revolucionario convencido, aunque en vez de alinearse con el estalinismo imperante, muestra posturas más cercanas al trotskismo.



Al término de la guerra es condecorado por su participación en la Resistencia y se une durante un tiempo al ejército regular, con el rango de teniente. Además, prosigue sus estudios de Filosofía y, en 1946, se casa con Marie-Andrée. Curiosamente en esa época es cuando decide cambiar su propio nombre, Géraud, que le recordaba a su abuelo materno, por Gérard.

Tendrá varios trabajos hasta que acaba por convertirse en periodista y se especializa en temas políticos y diplomáticos. Poco a poco se va apartando de la militancia política activa, aunque siempre mantendrá sus vínculos y creencias. Aun así, se marchará un tiempo a Yugoslavia para apoyar la lucha de Tito contra el estalinismo. Más tarde, quizá un poco harto del mundo de la capital, se instala en Las Landas y se convierte en un agricultor. Algo después se traslada a la Normandía, ya con cuatro hijos en la maleta, y es aquí donde, en 1956, dice conocer a Roger Lhormoy<sup>[11]</sup>, a quien contrata para que trabaje en su finca y que le contará la fascinante, pero dudosa, historia acerca del tesoro escondido bajo el suelo del castillo de Gisors de la que hablaremos a continuación.

Poco después regresa a París —una muestra más de su carácter inestable— y al periodismo, para trabajar en la Agence France-Presse. Publicará un libro titulado *Petite encyclopédie des grandes familles*, sobre las excéntricas costumbres de la nobleza, en 1961 (en 1975 publicará una obra titulada *Aujourd'hui, les nobles...*, en la que desarrollará estas mismas ideas).

Su siguiente obra será *Los templarios están entre nosotros* (1962), y poco después, siguiendo con el tema de los tesoros, se marcha al sur, al Languedoc, y pone sus ojos en Montségur, último bastión de los cátaros. Publica así, en 1966, *Le Trésor cathare* (El tesoro cátaro), obra en la que propone que aquellos *bonhommes* del Medievo fueron los custodios del grial. Se trata de una obra correcta, bien fundamentada y documentada —lo cual no quiere decir que sus propuestas sean acertadas—. Y su siguiente obra será *El oro de Rennes*, que verá la luz en 1967 y que se convertirá en un pilar fundamental de la historia que pretendemos desarrollar en este libro.

Justo después, en 1968, escribe una monumental obra de setecientas páginas titulada *Pourquoi Prague? Le dossier tchécoslovaque 1945-1968* sobre la invasión soviética de Checoslovaquia, que se había producido ese mismo año. Además, gracias al dinerillo que se había embolsado por sus exitosos libros, realizó una serie de viajes por medio mundo —Japón, Cuba, América Latina, Oriente Medio, Asia Central, Países Bajos, Grecia...—, trabajando para varios periódicos y revistas. Se separa de su mujer, Sophie, varias veces, para regresar con ella otras tantas. Seguirá escribiendo, mudándose de sitio, desapareciendo por un tiempo... hasta que, gracias a la entrada de Henry Lincoln en acción, a mediados de los setenta, vuelve de lleno al misterio de Rennes-le-Château, escribiendo varias obras más sobre el tema y convirtiéndose en poco menos que representante oficial del Priorato de Sion y de las personas que lo dirigían...

En 1988 se produce uno de esos bruscos cambios en su trayectoria y abandona Francia para vivir durante un par de años en la Nicaragua sandinista. Al morir su madre, en 1992, regresa a Francia y regresa con su mujer, de la que se había vuelto a separar y con la que vuelve a colaborar en algunos trabajos, como la obra de 1994 *L'Occultisme dans la politique* (El ocultismo en la política).

De Sède fallece, finalmente, la noche del 29 al 30 de mayo de 2004. Curiosamente, esto sucedió el mismo año en que verá la luz la novela de Dan Brown *El código Da Vinci*, que en parte tanto debe a este autor...

### ***El gran Lhormoy***

El protagonista del libro *Los templarios están entre nosotros* es un señor llamado Roger Lhormoy (1904-1974). El escritor, De Sède, como hemos comentado, cansado de la vida de la gran ciudad, se había convertido en granjero y se había mudado a la Normandía, allá por 1956. Estando allí, un buen día, se le presentó un señor de cincuenta y un años, aunque con aspecto de anciano, en busca de trabajo. Era Lhormoy, y tenía una historia que contar.

Aquel señor de origen humilde pasó por el seminario con la intención de hacerse cura, aunque acabó dejándolo. Se había casado y tenía varios hijos cuando, en 1929, fue empleado por el municipio de Gisors como guarda, guía turístico y jardinero del castillo. Allí su vida cambiará para siempre.

De Sède plantea en su obra que en realidad Lhormoy no accedió a este trabajo por casualidad, sino que se empeñó en conseguirlo, ya que, inspirado por una leyenda local sobre la reina Blanca de Navarra (1332-1398)<sup>[12]</sup>, pensaba que allí había un tesoro escondido.

Otra pizca de historia.

Blanca de Navarra, o Blanche d'Evreux, fue hija de Juana II de Navarra (1311-1349) y de Felipe III el Noble (1306-1343), y reina consorte de Francia tras su matrimonio con Felipe VI de Valois (1293-1350) en enero de 1349. Cuenta la leyenda que, asediada en Gisors por los ingleses durante uno de los numerosos enfrentamientos que protagonizaron ambas coronas, rompió el cerco de sus asaltantes y se refugió en un castillo cercano de su propiedad, en Neaufles, que también fue sitiado. Cuando los asaltantes consiguieron entrar, la reina ya no estaba allí..., sino que, sorprendentemente, se encontraba de nuevo en Gisors. Y es que, sigue contando la leyenda, había un subterráneo que unía ambos castillos —separados por unos cuatro kilómetros—. Pues bien, se afirma también que en ese subterráneo se guardaba un tesoro grandioso...

Según De Sède, ese fue el motivo por el que Lhormoy dejó el seminario y buscó trabajo en el castillo: quería encontrar el mítico tesoro. Aunque esta afirmación hay que ponerla en duda por un sencillo motivo: hasta quince años después de comenzar a

trabajar allí, en 1929, no empezará a buscarlo, a comienzos de 1944.

Lo cierto es que ese año comenzó a excavar por las noches, a escondidas, sin más ayuda que una pala, un pico y una linterna. Realizó agujeros en varias partes del castillo, algunos con decenas de metros de profundidad, y se encargaba siempre de borrar el rastro para no levantar sospechas. Eso sí, fue lo suficientemente cauto como para solicitar con antelación —y conseguir— al Secretariado de Estado de Bellas Artes la autorización escrita que le permitiese realizar excavaciones en el castillo, catalogado como monumento histórico. Además, había obtenido permiso del ayuntamiento, sin mencionar en ningún momento que andaba detrás de un tesoro, como era lógico...

En marzo de 1946, tras dos años de excavaciones secretas, descubre, supuestamente, una cámara subterránea.

Toma la palabra Roger Lhormoy:

*Lo que vi en aquel momento no lo olvidaré jamás, ya que era un espectáculo fantástico. Me encuentro en una capilla romana, de piedra de Louveciennes, de treinta metros de largo, nueve de ancho y cuatro y medio, aproximadamente, de alto hasta la piedra angular [...]. En los muros, a media altura, sostenidas por cuervos de piedra, se encuentran las estatuas de Cristo y los doce apóstoles en tamaño natural. A lo largo de los muros, colocados en el suelo, sarcófagos de piedra de dos metros de largo y sesenta centímetros de ancho: hay diecinueve. Y en la nave, lo que ilumina mi luz es increíble: treinta cofres en metal precioso colocados en columnas de diez. Y la palabra cofre es insuficiente: debería hablar, más bien, de armarios acostados, armarios que miden dos metros y medio de largo, uno ochenta de alto y uno sesenta de ancho, cada uno<sup>[13]</sup>.*

Lhormoy estaba convencido de que aquellos «armarios» están repletos de oro.

Decide informar a las autoridades, que se prestan a comprobar la veracidad de la historia. Los operarios del ayuntamiento llegaron incluso hasta la entrada del túnel, pero se negaron a bajar a la cámara por el peligro que entrañaba. Y es entonces cuando el destino da un brusco giro en contra de las aspiraciones de Lhormoy: las autoridades locales, que hasta entonces se habían mostrado receptivas, ahora consideran que todo es una mentira, le toman por loco, le expulsan de su puesto de jardinero y guía del castillo y, para colmo, ordenan tapar el agujero que conducía a la supuesta cámara. «Y aquel mismo día, un equipo de prisioneros alemanes, por orden del ayuntamiento, vuelve a tapar en unas horas el agujero de las Mil y Una Noches<sup>[14]</sup>», comenta De Sède.

Lo volverá a intentar, pero le siguen negando el permiso: «Le prohíbo terminantemente continuar con sus elucubraciones de desequilibrado<sup>[15]</sup>», le espetó el



teniente de alcalde en una misiva.

Aun así, persistió en su empeño y en 1952 consiguió el apoyo de dos hombres de negocios parisinos: un hotelero llamado Lelieu y un fabricante llamado Guiblet. Juntos constituyeron una sociedad, consiguieron los permisos oportunos del secretario de Bellas Artes e, incluso, «un delineante industrial está encargado de elaborar un plano acotado de la capilla subterránea<sup>[16]</sup>» (veremos la importancia posterior de esto...). Solo faltaba el consentimiento del Ayuntamiento de Gisors para que pudiesen comenzar las excavaciones. Pero no se fiaban de Lhormoy y exigieron que una agencia de seguros cubriese los riesgos —por lo que pudiese pasar—, además de pedir una fianza de un millón de francos y las 4/5 partes de todo lo que se encontrase. La propuesta del ayuntamiento, claramente abusiva, no interesó a los inversores parisinos, que veían desvanecerse sus posibles beneficios..., y el sueño de Lhormoy se tornó en pesadilla y frustración.

Cuatro años después, en 1956, Gérard de Sède y Roger Lhormoy se conocen. Otros cuatro años más tarde, en junio de 1960, el escritor viaja a Gisors junto con dos colegas reporteros, Pierre Blanche y Daniel Lefèvre, acompañados de Lhormoy.

De este viaje y de la información aportada por Lhormoy surgió un artículo que De Sède escribió para el semanario *Ici Paris* y que fue publicado ese mismo año 1960.

Y es en este preciso momento de nuestra historia, tras la publicación de este artículo y antes de la del libro *Los templarios están entre nosotros*, cuando entra en acción uno de los personajes fundamentales del misterio: la *éminence grise* de la que llevábamos tiempo sospechando.

Con todos ustedes, Pierre Plantard de Saint-Clair.

## ***La eminencia gris***

Suena el teléfono.

*Su reportaje está muy logrado —me decía una voz, cargada de ironía, al otro extremo del hilo, y admito que ante semejante tema no lo tomé en serio—. Pero mucho me temo que, sin quererlo, haya metido las narices en un asunto al que no conviene darle publicidad. A veces hay, usted tiene que saberlo, coincidencias muy extrañas. Si quiere tener una idea, venga a verme; estos son mi nombre y dirección<sup>[17]</sup>.*

Dicho y hecho. De Sède va a visitar a aquel misterioso señor, que vive «a un cuarto de hora en coche de París<sup>[18]</sup>». Se encuentra con un tipo extraño, distante, con pose aristocrática, refinadas maneras y aparentemente culto. Se muestra intrigado por el plano que había publicado en su artículo en *Ici Paris*. Le sorprendía, porque

aseguraba tener un plano muy parecido:

*Mire lo que poseo desde hace varios años: un plano. Siempre he buscado en vano el lugar al que podía referirse; y, sin embargo, le juro que ardía en deseos de saberlo, pues los documentos adjuntos a este plano aseguran que designa un lugar en el que fueron puestos a cubierto, en el siglo XIV, los más importantes secretos de la Orden del Temple. No le mostraré esos documentos dado que no estoy autorizado para ello. Pero mire este plano, creo que le interesará<sup>[19]</sup>.*

Se trataba, en efecto, de un plano muy similar al confeccionado, según las indicaciones de Lhormoy, por aquel delineante industrial en 1952, aunque con pequeñas y sutiles diferencias y con aspecto de ser muy antiguo. Especialmente destacaba que en la parte inferior aparecía la *croix pattée* de los templarios<sup>[20]</sup>.

De Sède consideró aquel plano como auténtico, pese a que podía tratarse de una falsificación realizada a partir del publicado en prensa. De hecho, es bastante probable que lo fuese.

Por otro lado, aquel extraño personaje le dijo, además, algo trascendental: «Gisors, así como otros tres lugares, son conocidos entre los iniciados por ser un antiguo santuario de la Orden del Temple; pero el secreto del Temple no se ha perdido: se ha escondido de los profanos. Hasta que dispongamos de más información, no creo que se haya encomendado al señor Lhormoy la misión de continuar con la investigación<sup>[21]</sup>».

¿Quién era este señor? Pues nada más y nada menos que Pierre Plantard, uno de los dos protagonistas principales de esta trama (junto a Bérenger Saunière) y del que hablaremos largo y tendido en la tercera parte de esta obra. Por ahora, baste con decir que este señor se convertirá en el colaborador de Gérard de Sède en la confección de *Los templarios están entre nosotros*. De hecho, la idea clave de este libro, que viene a ser que aquello que encontró Lhormoy en la cámara subterránea del castillo de Gisors era el tesoro de los Templarios, procede directamente de Plantard. Porque el antiguo jardinero de Gisors en absoluto mencionó nada de esto. Y nada llevaba a pensarlo, excepto la información aportada por este caballero.

Pero antes de seguir, una cuestión: ¿qué es esto del tesoro de los Templarios?

Cuenta la leyenda que antes de ser apresados, en 1307, los altos mandos de los caballeros templarios, avisados de lo que se les venía encima, pusieron a buen recaudo el conjunto de sus archivos, así como la inmensa fortuna que acumulaban en el Temple de París, sede principal de la orden, para evitar que cayesen en manos del ambicioso Felipe IV el Hermoso, quien, compinchado con el papa Clemente V, fue el que orquestó su disolución. La Orden, formada dos siglos antes en Jerusalén durante la primera cruzada (a finales del siglo XI), se había hecho enormemente rica gracias a

las donaciones de los nuevos miembros, así como a sus tejemanejes económicos prebancarios. Tanto que incluso prestaban dinero a los países. De ahí que fueran el blanco de las iras y de las envidias de algunos. O de todos.

Hay quien dice que los archivos y/o el tesoro fueron llevados en barcos a Escocia. Una vieja leyenda cuenta que la flota templaria, ubicada en el puerto de La Rochelle, se hizo a la mar con parte del tesoro, para dividirse en dos grupos. Uno de ellos iría hacia Portugal y el otro hacia Escocia, donde gobernaba Roberto I Bruce (1274-1329), enemigo del papa y amigo de los templarios. Entre los nobles que lo apoyaban estaba, precisamente, la antigua familia Saint-Clair —con la que Pierre Plantard pretendió relacionarse posteriormente—. Un tiempo después, un miembro de esta familia, William Saint-Clair, construyó una extraña y preciosa capilla en las cercanías de Edimburgo, la famosa Capilla Rosslyn. Allí fue donde, según plantean algunos, se escondió el tesoro de los Templarios. Hay incluso quien dice que fue llevado a España, o incluso a Estados Unidos (¿en 1307?), donde los templarios tendrían ya una base<sup>[22]</sup>. Recordemos que estamos casi dos siglos antes de que Colón llegase a América...

Por supuesto, como veremos, se ha propuesto que aquel tesoro fue lo que encontró nuestro querido abad Saunière en Rennes-le-Château. Y, además, se han mencionado otros sitios, como por ejemplo el castillo de Arginy, en Beaujolais, o la danesa isla de Bornholm, en el mar Báltico, donde Henry Lincoln —otro personaje clave en nuestra historia— y Erling Haagenzen aseguran que se encuentra...

¿Estaba entonces en Gisors, como propone De Sède en este libro? Al igual que el resto de los lugares comentados, no existen pruebas históricas definitivas al respecto, como era de esperar. La conexión de Gisors con los templarios, por mucho que se empeñe este autor, es más bien pequeña: es cierto que en 1109 la fortaleza se encontraba a cargo de un tal De Payns (Thibaud Payen, según De Sède), pero no está claro que haya relación con el fundador de los templarios, Hugo de Payns. Efectivamente, el castillo estuvo bajo la tutela de la Orden entre 1158 y 1161, por la historia aquella del matrimonio entre los hijos de Enrique II Plantagenêt y el rey de Francia, Luis VII. Pero nada parece indicar que en 1307 el montante del tesoro y los archivos fuesen llevados allí, a un lugar que, además, no estaba en posesión de la Orden, sino del rey, que era su principal enemigo.

De Sède argumenta que el único templario importante que consiguió huir de Francia, Gérard de Villiers, se llevó el tesoro a la costa, desde donde huyó en barco. Y como la ruta más corta para llegar desde París hasta el mar pasa cerca de Gisors..., ¿qué mejor lugar para esconder los cofres antes de huir allende los mares?

La teoría, como vemos, no tiene ni pies ni cabeza, ni posee el más mínimo rigor histórico. Más si partimos de que gran parte de la información que se maneja en este libro, *Los templarios están entre nosotros*, procede de alguien tan tremendamente sospechoso como es Pierre Plantard. De hecho, la información clave, la conexión templaria, así como la principal prueba de cargo proceden de él.

## ***Las pruebas***

De Sède, cuando se dispone a ofrecer sus pruebas sobre la existencia de una antigua capilla (dedicada a santa Catalina), bajo el castillo de Gisors, en la que se encontraría el tesoro y que sería la que había descubierto Roger Lhormoy en 1946, menciona un manuscrito de unas cien páginas, de 1906, titulado *Notas sobre la historia de Gisors* y escrito por un tal Alejandro Bourdet. Este documento, del que existirían dos copias, se había mantenido en secreto, «fuera del alcance de los curiosos en archivos privados<sup>[23]</sup>». Una de ellas estaba en poder de un vicario de Gisors de finales del XIX llamado Lefebvre, que arrancó desde la página 82 hasta la 91. La otra copia, la de «la condesa de la Torre del Pino», es la que llegará a los autores del libro, gracias a un tal abad Petit, vicario de la iglesia de la Santa Trinidad en París, «que tuvo a bien dejárnoslo conocer»; esta copia sí contiene las páginas arrancadas por Lefebvre, que son, precisamente, las que hablan de «la existencia bajo el torreón de construcciones subterráneas<sup>[24]</sup>». Además, incluye un plano de la capilla «con las estatuas y los cofres» que se incorpora al libro de De Sède. Este plano, efectivamente, concuerda con la descripción de Lhormoy, con lo que solo nos quedan dos opciones: o este dice la verdad sobre la cámara subterránea que dijo encontrar, o se inspiró en este plano para describirla.

Hay una tercera opción, que es la más probable: este documento fue aportado por Plantard, que lo sacó de sus supuestos «archivos privados». La prueba la tenemos en el propio libro: casi al final de la obra se dice que «el señor Pierre Plantard encontró en Sceaux, en 1961, en la biblioteca de un eclesiástico [el abad Maurice Petit, vicario de la iglesia de la Santa Trinidad en París] un ejemplar completo del manuscrito Bourdet<sup>[25]</sup>».

Sin duda este es el plano que le mostró Plantard a Gérard de Sède en su primer encuentro, en 1961, tras aparecer el plano realizado por el delineante que trabajó con Lhormoy en 1952 en el comentado artículo de *Ici Paris* de 1960. Y este plano relacionaba claramente aquella capilla subterránea con la Orden del Temple.

Además, la otra gran prueba de De Sède también parece tener la impronta de Plantard: cuenta nuestro autor que en 1938 el cura decano de Gisors, un tal M. Vaillant, escribió a un arquitecto parisino «al que le había sido confiado un paquete de antiguos archivos de la colegiata»; en la misiva, de la que se aporta, incluso, una fotocopia, el cura le pide al arquitecto que le devuelva «el documento latino del año 1500 de los treinta cofres de hierro de la iglesia de Gisors<sup>[26]</sup>». Cosa que le sirve a De Sède para demostrar que aquello que mencionó Lhormoy sobre los treinta cofres que había en la cámara subterránea era cierto. Además, para dejar claro que la carta fotocopiada es de un documento real, se la muestran al actual (en ese momento) cura decano de Gisors, el abad Adelina, que ratificó su autenticidad

diciendo: «He comparado la escritura de la fotocopia con la escritura de las actas redactadas por el canónigo Vaillant en 1938: es ciertamente la misma escritura y la misma firma; no hay ninguna duda posible<sup>[27]</sup>».

Bien. Pero ¿de dónde había sacado Gérard de Sède la fotocopia de esa supuesta carta, clave en su argumentación? ¿La habría falsificado él? ¿Quién es ese arquitecto parisino que poseía un paquete de antiguos archivos de la colegiata al que supuestamente le escribe Vaillant? Mucho nos tememos que se trata, de nuevo, de Pierre Plantard, que en alguna ocasión dijo que era arquitecto, así como delineante.

Sea como fuere, el libro fue un exitazo en Francia y, en pleno *boom* sesentero por los temas ocultistas, esotéricos y relacionados con la historia secreta, se convirtió en un tema que atrajo a una gran cantidad de interesados..., y que tendría interesantes consecuencias en nuestra historia.

Además, influyó para que en mayo de 1962 el castillo fuera clausurado por orden del Ministerio de Cultura —en aquel entonces dirigido por el escritor André Malraux— que, tres meses después, en agosto, comenzó a excavar en Gisors. Eso sí, eran unas excavaciones rutinarias, como menciona el propio De Sède en su libro. Tras reabrir las galerías, se procedió a llamar a Roger Lhormoy para que comprobase personalmente los trabajos. Y ¿saben ustedes quién le acompañaba en calidad de asesor? Pues, de nuevo, nuestro querido Plantard<sup>[28]</sup>. Significativamente, a Lhormoy le permitieron descender, ante la atenta mirada de los medios de comunicación allí presentes. Cuando estaban, según él, a un metro y medio de la cámara, inexplicablemente, se ordenó que parasen las excavaciones.

Fueron reanudadas en febrero de 1964, casi dos años después, aunque esta vez intervino el ejército: la zona fue declarada temporalmente zona militar y fueron realizadas por un regimiento de ingenieros del ejército de Ruan. Un mes después se anunció a bombo y platillo que no se había encontrado nada, aunque, eso sí, se reconocía oficialmente que el objetivo de aquellas excavaciones era «verificar ciertas declaraciones relativas a la presencia de un tesoro<sup>[29]</sup>», algo que hasta la fecha se había negado.

Después todo fue cubierto de cemento. Y hasta ahora.

Resulta curioso que finalmente el Ministerio de Cultura, dirigido por el interesante André Malraux —personaje, como veremos, recurrente en nuestra historia—, se decidiese a investigar el supuesto tesoro de Gisors. Y, además, que lo hiciese en dos ocasiones, en una de ellas movilizándolo incluso al ejército, para terminar diciendo que no se había encontrado nada. Seguramente es cierto y se dejaron arrastrar por la trama urdida, con diferentes cuotas de participación, por Lhormoy, De Sède y Plantard; pero a muchos les queda la duda sobre si en aquella intervención militar no encontraron realmente algo que se ha mantenido en secreto. Posiblemente están equivocados.

De Sède se inclina por pensar que Malraux tenía pruebas de la existencia del tesoro distintas del testimonio de Lhormoy. Entre ellas el manuscrito latino del año

1500 que menciona la existencia de treinta cofres al que nos referíamos hace un rato. Se rumorea que «estas pruebas les habían sido remitidas por un personaje envuelto en las intrigas de mayo de 1958 que se hacía llamar el “Capitán Way”, ya que se le podía llamar por teléfono en ese momento formando las siete letras WAY.PAIX<sup>[30]</sup>». Pues bien, este personaje, supuestamente relacionado con los sucesos de 1958 que tuvieron que ver con el regreso al poder del general De Gaulle, y que usaba el extraño seudónimo de capitán Way, es nada más y nada menos que Pierre Plantard, como posteriormente tendremos ocasión de demostrar...

Si partimos, como creemos, de que esas supuestas pruebas fueron «manufacturadas» por Plantard, y que este se las entregó a De Sède como parte integrante de falsos archivos secretos de sociedades secretísimas —y ficticias—, esta alusión de que Malraux había recibido las pruebas es obviamente una falsedad. Esas pruebas no existieron nunca.

Pero aun así, la verdad está ahí: Malraux ordenó en dos ocasiones, en 1962 y 1964, excavar en Gisors en busca del tesoro de Lhormoy.

## ***El apéndice***

En 1961 se depositó en la Biblioteca Nacional de París un documento titulado *Un punto de vista hermeticista*, según afirman Lynn Picknett y Clive Prince en su monumental obra *La revelación de Sion*. Un año después aparece el libro de Gérard de Sède que estamos tratando, *Los templarios están entre nosotros*, en el que aparece aquel como apéndice. ¿Quién fue su autor? ¿No se lo imaginan? Pierre Plantard, que se presenta a sí mismo como arqueólogo y hermeticista, y que, bajo la forma de una entrevista realizada por De Sède, contesta a ocho preguntas sobre el tema del tesoro de Gisors.

En este apéndice, por primera vez, se menciona la existencia del Priorato de Sion, esa mítica sociedad secreta que se convertirá en parte esencial de la trama unos años después.

Entre otras cosas afirma que, para determinadas sociedades, Gisors es importante por ser el punto más al norte de un triángulo equilátero proyectado sobre Francia. Los otros dos vértices serían Montrevel-en-Bresse, cerca de la frontera suiza, y Jarnac, junto al Atlántico. En el centro se sitúa la ciudad de Bourges, la cual tiene cierta importancia en la trama. Habla de alquimia, de Isis, de simbología, de astronomía, de arquitectura, y siempre con reiteradas referencias a «iniciados» y «determinadas sociedades».

Cuenta que la Orden del Temple fue creada en 1128 en el Concilio de Troyes, fecha en la que, efectivamente, recibió la sanción papal y se aprobó su regla oficial —redactada por Bernardo de Claraval, el creador de la Orden del Císter—, aunque en realidad la Orden se formó nueve años antes, en 1119, por los primeros nueve



templarios, liderados por Hugo de Payns.

Plantard, además, habla por primera vez de algo trascendental en la evolución posterior del Mito: la abadía de Nôtre-Dame du Mont Sion, de Jerusalén. Construida en la época de la Primera Cruzada, allí se fundó una orden monacal que no fue demasiado conocida. Posteriormente, algunos de los monjes de esta orden fueron llevados a Francia por Luis VII (1120-1180), tras su regreso de las cruzadas. Unos se instalaron en el Priorato de Saint-Samson de Orléans, mientras que otros se unieron a la Orden del Temple. Cuenta, además, que «los archivos secretos, propiedad de determinadas sociedades, afirman que en 1188 “se taló el olmo” y que una de sus ramas, Ormus, que tiene por emblema una cruz roja y una rosa blanca, daría lugar a los rosacruces. En 1188 los miembros de Ormus se instalaron en Saint-Jean-le-Blanc, en el priorato del Monte Sion, bajo la protección del Priorato de Saint-Samson de Orléans<sup>[31]</sup>».

Está hablando del célebre Priorato de Sion, al que dedicaremos bastantes páginas conforme avancemos en la trama.

«Desde 1188, el número de miembros ha sido 13, el mismo que el de los signos del zodiaco. El maestro supremo, llamado *nautonnier*, siempre ha adoptado el nombre de Juan. El primero adoptó el nombre de Juan II. En la actualidad, nos encontramos en el vigésimo primer reinado de Juan<sup>[32]</sup>».

Dice también que tras la caída del Temple, «el Arca, el barco del Nautonnier, se escondió en un lugar secreto, quizá Gisors<sup>[33]</sup>». Plantard sugiere con esto que el tesoro de Gisors —aquello que se custodiaba en la cámara secreta encontrada por Lhormoy— era algo relacionado con el Priorato de Sion, posiblemente sus archivos. Además, menciona el suceso conocido como *la tala del olmo*, de 1188, lo cual vuelve a ser una referencia, implícita, a Gisors porque, efectivamente, ese año se produjo allí un extraño suceso relacionado con un olmo. Resulta que Felipe II de Francia (1165-1223) y Enrique II Plantagenêt se reunieron en un olmo cercano al castillo donde tradicionalmente, y no sabemos muy bien por qué, se solían producir los cónclaves entre franceses e ingleses. Parece ser que el motivo era preparar la tercera cruzada y acordar una tregua en el enfrentamiento que ambos estados tenían desde hacía tiempo. Por alguna causa que se desconoce, se montó una bronca entre ambos monarcas que acabó desembocando en la tala del dichoso árbol. La leyenda dice que se pelearon por ver quién debía gozar de la sombra del olmo. Plantard sugiere, en cambio, que fue un acto de simbolismo esotérico que representaba la ruptura en el seno de la Orden del Temple, de la que surge escindida Ormus<sup>[34]</sup> (el Priorato de Sion).

Curiosamente, en la obra de De Sède se comete un error flagrante al hablar de la anécdota esta de la «tala del Olmo»: se asegura que los reunidos en 1188 (un 15 de agosto, por cierto) fueron Enrique II, Felipe II de Francia y Guillermo de Tiro (1130-1186), el mismo que escribiría la primera crónica que narra el origen de los caballeros templarios, que estaba en aquel entonces, según De Sède, preparando y



predicando la tercera cruzada. Por un motivo desconocido, los franceses acaban talando el árbol, ante la indignación de los ingleses. Pero algo falla aquí, y mucho: Guillermo de Tiro no podía estar en Gisors en 1188, simple y llanamente porque estaba muerto.

También se menciona en esta obra que a la sombra de aquel olmo «San Bernardo meditó la regla de los templarios<sup>[35]</sup>», algo que no hemos podido comprobar.

Otra de las cosas que explica Plantard, curiosamente, es el origen del nombre con el que se denominaba al gran maestro de la futura sociedad que se inventó —el Priorato de Sion—, el *nautonnier*<sup>[36]</sup> o *timonel*: los masones constructores del Medievo solían viajar por mar o río para desplazarse a los lugares donde eran contratados. Por este motivo eran conocidos como *nautes constructeurs*, (navegantes constructores)...

En resumidas cuentas, lo que Plantard está indicando aquí es que la Orden del Temple surge a la vez que la supuesta Orden de Sion, aunque en 1188, con la «tala del Olmo», ambas órdenes se separan. Surge así el Priorato de Sion.

Todo esto, como veremos, es el germen de una historia que, años después, cobrará gran importancia. Por ahora quedémonos con algo ciertamente importante: aún no se ha mencionado nada sobre los merovingios, dinastía de la cual, posteriormente, asegurará proceder Plantard... El Mito estaba todavía en plena etapa de gestación.

Por aquel entonces, la *éminence grise* ya había puesto sus misteriosos ojos sobre nuestra querida aldea del Languedoc. Y haciendo gala de su afición por repartir conocimientos «secretos» —que ya dejan de serlo, obviamente— sin ton ni son, conoce a Noël Corbu, no se sabe muy bien cuándo, y hace que la historia cambie. De hecho, las versiones modificadas que aparecen en el libro de Robert Charroux *Tesoros ocultos: enterrados, emparedados, sumergidos*, y la entrevista radiofónica, en la que habla por primera vez de las otras dos piedras de Rennes-le-Château —la «otra» lápida de Blanchefort y la conocida como Piedra de Coumesourde—, parecen ya fruto de los tejemanejes de Plantard, como hemos insinuado en páginas anteriores.

Algo se estaba cocinando a fuego lento en la marmita secreta de Plantard...

## CAPÍTULO 4

### **Buthion**

Volvamos de nuevo a Rennes-le-Château. En 1964 Noël Corbu decide vender la finca a Henri Buthion. Este era dueño de una empresa de electrónica en Lyon junto a su socio, un tal Jean Pellet, conocedor y amante del misterio del abad Saunière, que, además, pasaba largas temporadas en el pueblo y que fue quien introdujo al primero en el tema. Sería interesante averiguar cómo el tal Pellet había conocido la historia que nos ocupa, pero, por desgracia, desconocemos cómo dio con ella.

Buthion, que por aquel entonces tenía cuarenta años, sin ser millonario tenía medios suficientes para comprar la finca, ya que procedía de una familia de terratenientes de Argelia. Así, desde ese año, se convirtió en el nuevo propietario del *domaine* de Saunière.

Con el dinero de la transacción —ignoramos su cuantía—, Corbu se compró el castillo de Saint-Félix-du-Lauraguais, en el departamento cercano de la Haute-Garonne, conocido por haber sido la sede del primer concilio cátaro, celebrado en 1167. Se llevó consigo todos los documentos y fondos de los archivos del abad, que años después verán la luz gracias a su hija, Claire Corbu —la cual, por otro lado y por un capricho del destino, se acabó casando con Antoine Captier, nieto del campanero de Saunière, aquel que encontró, según algunas versiones, un frasco con un pergamino dentro del balaustre que sujetaba el púlpito.

Finalmente, el 20 de mayo de 1968 Noël Corbu sufrió un grave accidente de tráfico, en el cruce de Prouilhe, que terminó con su vida, curiosamente cerca del lugar al que fue enviado Saunière para cumplir el castigo que le puso su obispo, al principio de sus problemas con la justicia eclesiástica. Algunos investigadores, como Gérard de Sède, plantean que igual no se trató de un accidente, sino de un homicidio. Indicios no tenían ninguno, desde luego.

Su esposa había muerto dos años antes, en 1966. Ambos fueron enterrados juntos en el cementerio de Rennes-le-Château.



© Fernando López Angulo, 2013

7. Camino de Rennes-le-Château

Mientras, en el pueblo, se ha establecido en la finca el bueno de Henri Buthion. A diferencia de Corbu, que poco a poco fue descubriendo todo el embrollo de esta historia, llegó allí siendo totalmente consciente del tema del tesoro y con la clara intención de ir a buscarlo. Como hemos comentado, era un señor con posibles debido a que su familia poseía en Argelia miles de hectáreas de campos de olivos e importantes almazaras. Pero la independencia de este país, el 5 de julio de 1962 — que tendrá, como veremos, gran importancia en los acontecimientos de esta trama—, hizo que perdiesen todo, lo que explica el rencor que siempre sintió, como muchos otros *pieds-noirs*<sup>[1]</sup>, hacia el general Charles de Gaulle —que había sido llamado de nuevo a tomar las riendas del poder en Francia por el ejército, precisamente para evitar la pérdida de la provincia argelina—. Como señala Jean-Luc Robin, Buthion era un ferviente católico y tradicionalista, y, cómo no, monárquico, al igual que Saunière y Corbu. Aun así, después de la pérdida de sus propiedades en la antigua colonia, la familia seguiría recibiendo una indemnización durante años, que en parte le permitió vivir medianamente bien.

Buthion mantuvo abierta la Villa Betania como un hotel, negocio que no llevó todo lo correctamente que debía, quizá porque su mente estaba en realidad centrada en la búsqueda del tesoro. Muchas veces reclutaba entre sus clientes mano de obra para sus propias excavaciones, sin cobrarles nada por su estancia en el hotel, lo que no ayudaba a pagar las facturas, ciertamente. Su salvación fueron aquellas rentas que recibía por la pérdida del patrimonio familiar, pero en absoluto nadó en la abundancia. De hecho, tuvo serios problemas económicos, lo que se notó en el progresivo deterioro de la Villa Betania y del antiguo *domaine* de Saunière.

En resumidas cuentas, la obsesión de Buthion era el tesoro.

Siempre afirmó que, incluso antes de su llegada a Rennes-le-Château, el abad sabía que había algo en el pueblo. Buthion afirmaba que, de pequeño, Saunière acostumbraba a decir «Vámonos a Rennes-le-Château a buscar el tesoro<sup>[2]</sup>», y finalmente, aseguraba, lo encontró...

Pero además, creía que había enterrado el resto del tesoro que no había podido gastar en algún lugar de sus posesiones, y pensaba que él iba a ser el afortunado en dar con él. Por eso se agarraba a cualquier clavo ardiendo que se le presentaba con nuevas informaciones, por ridículas que estas fuesen. Lamentablemente, nunca encontró nada. Eso sí, destruyó y agujereó la finca al completo en su incesante y obsesiva búsqueda, y desmanteló prácticamente en su totalidad la Villa Betania y la antigua finca. Como dice Robin —que del tema sabe, ya que durante varios años se encargó de administrar las antiguas posesiones de Buthion después de que este las vendiese—, «No creo que quede ni un solo centímetro cuadrado de la finca del abad Saunière que Henri Buthion no haya sondeado ya. Hizo estallar todas las chimeneas, arrancó los suelos de la segunda planta de la villa. Había tres galerías que partían del subsuelo, una de ellas desde el pie de la escalera [...] el techo del recibidor estaba destrozado y se inundaba cuando había tormentas. Lo mismo sucedía con el comedor. En el parque, al haber una galería cada diez metros, caminar se convertía en una peligrosa hazaña<sup>[3]</sup>».

En una de las galerías que hizo bajo los jardines del parque ideó «un astuto sistema de aire a presión [que] permitía que el buscador pudiera respirar en el fondo de ese agujero exiguo y lleno de polvo. Cuando llegaba un cliente, Henri Buthion, avisado por un astuto sistema de detección, salía de su agujero y se dirigía a su encuentro sacudiéndose el polvo de su pantalón blanco<sup>[4]</sup>».

Imagínense el grado de obsesión y/o de locura del que estamos hablando. ¡Y todo para no encontrar nada!

Curiosamente, desperdició una oportunidad interesante para ganarse un dinerillo, que buena falta le hacía, allá por 1989 —tras llevar allí veinticinco años—. Una cadena de televisión estaba interesada en la realización de una miniserie inspirada en la vida y obras de Saunière, basada en la novelas *L'Or du diable* (El oro del diablo, 1987)<sup>[5]</sup> y *Les Tentations de l'abbé Saunière* (Las tentaciones del abad Saunière, 1986) de Jean-Michel Thibaux, un autor francés que, además de estas dos obras, dedicó una tercera al misterio de Rennes-le-Château, al publicar en 2005 *Le Secret de l'abbé Saunière*<sup>[6]</sup>.

Sería dirigida por Jean-Louis Fournier y protagonizada por Jean-François Balmer (Saunière), Michel Aumont (el abad Boudet), Laura Favali (Marie Dénarnaud) y Arielle Dombasle (Emma Calvé). Y contó con seis episodios de cincuenta minutos de duración titulados «Une étrange paroisse», «Le secret du maître-autel», «La force du destin», «L'or du diable», «La confession de l'abbé Boudet» y «L'habit rouge».

Curiosamente, y pese a que le hicieron una oferta bien generosa, Buthion se negó

a que se filmase ni en sus propiedades ni en el pueblo, con la excusa de que en el guion, como en los libros, había escenas de sexo explícito y conducta moral deplorable —algo relativamente comprensible, ya que los libros contienen numerosas alusiones a los encuentros sexuales de Saunière con Marie, una menor, y con Calvé—. Quizá pecó de mojigato Buthion, o puede que no quisiera más moscas en su sopa. Pero lo cierto es que el drama sobre el misterio de Rennes-le-Château no se rodó allí, sino en un pueblo cercano a Montpellier, Pégairolles de Buèges, también en el Languedoc-Roussillon, así como en el bosque de Saint-Guilhem-le-Désert, otra localidad cercana, y en la cueva de Clamouse, situada en Saint-Jean-de-Fos, también en las cercanías de Montpellier. Las escenas operísticas fueron rodadas precisamente en el Teatro de la Ópera de esa localidad francesa.

La serie tuvo un gran éxito televisivo y provocó un aluvión de visitantes —otro más— a la pequeña localidad de Rennes-le-Château, pese a no aparecer en la producción, que se encontraron con unos escenarios que en nada se parecían a los de la ficción televisiva. Eso sí, tuvo como consecuencia varias novedades en el pueblo: se creó la asociación Terre de Rhedae y se instaló un museo en la casa parroquial, recién recuperada por el ayuntamiento, gracias a los fondos del matrimonio de Antoine Captier y Claire Corbu.

Y mientras tanto, Buthion permanecía enclaustrado en sus propiedades.

Cada vez más aislado, huraño y solitario.

## CAPÍTULO 5

### **El tesoro maldito**

Recapitulemos rápidamente antes de continuar.

En 1946, la familia Corbu llega a un acuerdo con Marie Dénarnaud, convirtiéndose en heredera del antiguo patrimonio del abad Saunière. En 1953 muere Marie, los Corbu heredan la finca y deciden montar un hotel-restaurante para ganarse la vida. Con vistas a darle publicidad al poco rentable negocio, en 1956 Corbu lanza a los medios la fantástica historia del cura de los millardos en aquellos artículos publicados en *La Dépêche du Midi*. Fue el nacimiento de un mito que seis años después, con la publicación del libro de Robert Charroux *Tesoros ocultos: enterrados, emparedados, sumergidos*, se verá ampliado con una versión de la historia algo modificada.

Por otro lado, ese mismo año aparece otro libro clave, *Los templarios están entre nosotros*, escrito por un tal Gérard de Sède, y en el que colabora, por primera vez, la *éminence grise* de nuestra historia, Pierre Plantard, aportando información «secreta» de esa que tanto le gustaba compartir —pese a ser secreta—. Este libro, en cambio, no habla del tesoro de Rennes-le-Château, sino del supuesto tesoro del castillo de Gisors que había afirmado encontrar el señor Lhormoy en 1946.

Como ya hemos mencionado, intuimos también la mano de Plantard en esa evolución que produce la historia narrada por Corbu, especialmente en aquella entrevista radiofónica de 1961 en la que habla de dos nuevas piedras encontradas en el cementerio de Rennes-le-Château: la Piedra de Coumesourde y la segunda estela funeraria de Marie de Blanchefort.

Pues bien, en 1967, todos estos hilos convergen con la aparición de una obra definitiva y fundamental en la creación del Mito. Ese año sale a la luz *L'Or de Rennes ou la Vie insolite de Bérenger Saunière, curé de Rennes-le-Château* (El oro de Rennes o La vida insólita de Bérenger Saunière), escrita por Gérard de Sède, y que posteriormente fue publicada en edición de bolsillo bajo el título de *Le Trésor maudit de Rennes-le-Château* (El tesoro maldito de Rennes-le-Château), y algo más tarde, en 1977, con el título de *Signe: Rose + Croix* (Signo: Rosa + Cruz).

Se trata del primer libro dedicado exclusivamente al misterio que nos ocupa, la primera toma de contacto de su autor con la historia, y tendrá una importancia

posterior tremenda debido a la gran cantidad de personas que se interesarán a partir de entonces por el tema, entre ellos Henry Lincoln —uno de los autores de *El enigma sagrado*, otra obra clave de la intriga—, quien poco después se topó con la citada edición de bolsillo y comenzó a estudiar el misterio.





8. El abad Saunière

En este libro —que se escribe «en colaboración con Sophie de Sède<sup>[1]</sup>», todo sea dicho— se narra la versión «definitiva» o estándar de la historia del abad Saunière, lo cual no quiere decir que sea la más cercana a la realidad. Esta versión será la que hasta la actualidad aparezca en la mayoría de las obras sobre el tema, la que la mayor parte de la gente conocerá y la que se convertirá, queramos o no, en leyenda. Y es que De Sède, aprovechando todo el material anterior proporcionado por Corbu y uniéndolo a ciertos datos aportados por individuos relacionados con «ciertas sociedades», da un giro radical a la trama hasta entonces difundida, introduciendo nuevos personajes y nuevas ramas paralelas que contribuirán a engrandecer, aún más

si cabe, el Mito de Rennes-le-Château.

Es curioso cómo, nada más empezar la obra, se le da una importancia tremenda al cercano pueblo de Rennes-les-Bains. Y es curioso porque hasta ese momento ni este pueblo ni su extraño abad, contemporáneo de Saunière, habían aparecido en la trama. Rennes-les-Bains —en otro tiempo Bains de Rennes— era, según De Sède y según la tradición local, parte de la antigua Rhedae, la mítica ciudad visigoda de la que hablaba Corbu, que también estaba compuesta por Rennes-le-Château. Supuestamente era una poblada ciudad, de unos treinta mil habitantes, que nada tenía que envidiar a Carcassonne y de la que hicieron su segunda capital, junto a Toledo, los visigodos, hasta que en 1361 fue destruida por las hordas de Enrique de Trastámara, es decir, el monarca español Enrique II de Castilla (1334-1379). Así, según esta obra, los dos Rennes son los restos de aquella mítica ciudad de Rhedae, algo que se da prácticamente por hecho por la cultura popular local, pero de lo que no existe ni una sola prueba histórica, como hemos comentado anteriormente.

Saunière nació un 11 de abril de 1852 en la cercana población de Montazels, y fue el primero de siete hijos, lo que le permitió hacerse eclesiástico y ser ordenado sacerdote en 1879, con veintisiete años. Tras pasar por las pequeñas iglesias de Alet-les-Bains y Le Clat, será nombrado en 1885, según esta obra, profesor del Seminario de Narbonne. Pero solo un mes después, en junio, es trasladado a Rennes-le-Château, dice De Sède, porque «sus superiores le consideraban demasiado independiente de ideas y desembarazado de modales<sup>[2]</sup>». Tenía treinta y tres años cuando llega a nuestro pueblo, entonces —y ahora— una pequeña aldea de unos doscientos habitantes.

Allí le esperaba la deteriorada y casi en ruinas iglesia de Santa María Magdalena y una casa parroquial inhabitable. Esto último hace que tenga que alojarse en casa de una de sus feligresas, Alexandrine Marro. Además su economía está terriblemente maltrecha, en parte porque está sin sueldo —había sido privado de él por el Estado, que era quien pagaba a los curas por entonces, «a causa de un intempestivo sermón preelectoral<sup>[3]</sup>» que hizo fuese considerado un reaccionario militante—. No tiene ni para pagar el alquiler.

De Sède muestra a Saunière como un hombre fuerte y atlético, aficionado a la caza y a la pesca, y con grandes inquietudes intelectuales. Además sabía latín, griego y hebreo —algo tampoco demasiado excepcional, pues al menos los dos primeros son estudios comunes en una carrera eclesiástica—. Por supuesto, como oriundo de la zona, tenía gran interés por el pasado del mítico Razès —nombre con el que se denominaba a la comarca antiguamente.

Entra en la historia la joven de dieciocho años Marie Dénarnaud, que se convertirá en su criada y a lo largo de los años en confidente, amiga y amante. De Sède no lo admite, pero dice cositas como «quedan los apetitos de un hombre en la plenitud de sus energías<sup>[4]</sup>» al presentarla...

Poco después, en 1888, con los fondos legados por el antiguo párroco, el padre

Pons, comienza a hacer algunas reparaciones en la iglesia. También consigue, a finales de 1891, un préstamo del ayuntamiento de mil cuatrocientos francos para comenzar con las obras. Así, tras reparar el techo, decide meterle mano al altar mayor, que reposaba sobre dos pilares visigóticos. Al levantar la losa de piedra que lo cubre, junto a los albañiles Rousset y Babou, descubre en uno de los pilares tres tubitos de madera sellados y camuflados entre helechos secos. Contienen unos pergaminos. Cuatro, para ser exactos.

El alcalde, enterado del hallazgo, le pide a Saunière los legajos, pero este le convence de que es mejor venderlos, al menos por el importe de la deuda que el cura tiene con el ayuntamiento y no sin antes entregar unos calcos fieles de ellos para custodiarlos en el archivo local. «Como es natural, el cura era la única persona capaz de realizar aquel trabajo de benedictino. En nuestras manos hemos tenido dos de dichos calcos, de los que volveremos a hablar más adelante<sup>[5]</sup>...».

A principios de 1983 (¿dos años después?), Saunière va a visitar a su obispo, Félix-Arsène Billard, a Carcassonne, llevando consigo los cuatro pergaminos que había encontrado en el pilar. El obispo le ordena marchar a París, con todos los gastos pagados y con una carta de recomendación, con el objetivo de llevar los pergaminos a unos eclesiásticos que conoce y que podrían descifrar el mensaje oculto en los textos. Además, le pide que mienta al alcalde de Rennes-le-Château, al que debía decir que había conseguido venderlos. Los mil cuatrocientos francos que Saunière debe al ayuntamiento serán abonados por el obispado para fingir la supuesta venta.

En París visitará al director de la iglesia de Saint-Sulpice, el padre Bieil, al que confía los documentos durante varios días para que pueda examinarlos. Este le presentará a su sobrino, el editor Ané, y al hijo de este, Émile Hoffer, un oblatto culto e intelectual interesado por el Medievo, la paleografía y la criptografía, que con los años se convertirá en una eminencia, especialmente en todo lo relacionado con el ocultismo y las sociedades secretas, tan de moda en aquella época.

Durante esos días de espera, visita la capital gala y hace una adquisición curiosa en el Louvre, las reproducciones de tres cuadros: un retrato del papa Celestino V de autor desconocido, el *San Antonio Eremita* de David Teniers y *Les Bergers d'Arcadie* (Los pastores de la Arcadia) de Nicolas Poussin. Conocerá asimismo en París a la María Callas del momento, Emma Calvé, una exitosa cantante de ópera con la que iniciará una relación amorosa, según De Sède: «Sus amoríos, que fueron del dominio público, habían de durar varios años<sup>[6]</sup>». ¿Cómo logró conocer a esta diva? Pues es sencillo: por medio de Hoffer, íntimo amigo del genial compositor Claude Debussy, que a su vez era íntimo de Calvé.

Tres semanas después, sin los documentos, que se habían quedado en París, regresa a Rennes-le-Château, pasando antes por Carcassonne, donde su obispo le entrega a Saunière dos mil francos, mil cuatrocientos para pagar la deuda con el pueblo y seiscientos para él.

Inmediatamente reanuda las obras de la iglesia. Y lo primero que hace,

significativamente, es levantar una losa enorme situada a los pies del altar. Al darle la vuelta, se da cuenta de que el reverso está esculpido —se trata de la piedra conocida como la Losa de los Caballeros<sup>[7]</sup>—, y allí mismo ordena excavar una fosa de un metro de profundidad en la que se encuentran dos esqueletos y una olla con objetos brillantes, según dijeron los testigos, sin demasiado valor para el cura...

A partir de entonces comenzará a ausentarse todos los días del pueblo, acompañado siempre por Marie, con la excusa de ir a recoger rocas para construir una gruta en homenaje a la Virgen de Lourdes, excusa que no acaba de convencer a los vecinos ni a De Sède. Pero, además, se entregará a otra misteriosa faena: por las noches, y también en compañía de Marie, comenzará a realizar extrañas actividades en el cementerio. «Allí, pegadas a la iglesia, alzábanse dos piedras sepulcrales que señalaban la sepultura de Marie de Negri d'Ables, esposa de François d'Hautpoul, marqués de Blanchefort, señor de Rennes. Dicha dama había fallecido poco antes de la Revolución y el párroco Antoine Bibou (sic), su capellán y confesor, había redactado con cariño su epitafio<sup>[8]</sup>». Por algún motivo que desconocemos, Saunière pulió una de ellas e hizo desaparecer la otra.

Estas actividades nocturnas en el cementerio alertaron a los vecinos. Se quejaron a las autoridades pertinentes, que acabaron ordenando al abad que cesase con sus macabros quehaceres en 1895.

Entra en escena un enigmático personaje que mencionamos por lo trascendental de su presencia en nuestro estudio y del que ya hablamos con ocasión de aquella entrevista radiofónica que le realizaron a Noël Corbu en 1962: el ingeniero Ernest Cros, arqueólogo aficionado que se había instalado en la región. De Sède se saca de la manga un supuesto diálogo que este señor mantuvo con Saunière, y que no he podido evitar compartir:

—¿Y por qué, señor cura, ha sido desplazada esa tumba?

—Verá usted, cada año fallecen varios feligreses y el cementerio se había hecho demasiado pequeño para que recibiesen una sepultura decente. Así, pues, con los restos de los muertos más antiguos, he hecho el osario que ve usted aquí. Y tenía que cubrirlo; para ello me ha servido esa piedra sepulcral.

—¿Y cómo es que un hombre como usted, tan culto y enamorado del pasado, ha borrado esa antigua inscripción?

—Sobre un osario hubiese carecido totalmente de sentido<sup>[9]</sup>...

Pero aquel trabajo de Saunière había sido inútil, ya que unos años antes «habían sido copiadas» por arqueólogos locales. «Una de ellas fue reproducida en el *Bulletin de la Société d'études scientifiques de l'Aude*, y la otra figura en la obra (difícilísima de encontrar hoy) de Eugène Stüblein, *Pierres Gravées du Languedoc*<sup>[10]</sup>». Y a

continuación adjunta las imágenes de las dos lápidas. Posteriormente veremos la importancia de estas dos losas sepulcrales, de las que unos años antes ya hablaba Corbu, y la falsedad de algunas de estas afirmaciones...

Poco después, Saunière comenzó a viajar mucho, y parece que lejos y durante varios días, aunque no se sabe muy bien adónde iba. Cuidadoso y precavido, antes de marchar prepara una serie de cartas-plantilla que Marie debía rellenar en caso de que alguien escribiese a Saunière en su ausencia.

Cartas como esta:

Rennes-le-Château, \_\_ de \_\_\_\_\_ de \_\_\_\_\_

Señor \_\_\_\_\_

*He leído con el más humilde respeto la carta que me ha tenido usted el honor de escribirme y a la que presto la mayor atención. Puede usted creer que el interés del asunto que plantea no se me escapa, pero merece reflexión. Le ruego, por lo tanto, me perdone si, impedido en este momento por una ocupación urgente, aplazo unos días mi respuesta. Su att. Y s. s...*

B. SAUNIÈRE, sacerdote<sup>[11]</sup>

Además, comienzan a llegar giros desde lugares distantes (Alemania, España, Suiza, Italia) y desde varias comunidades religiosas, giros que cobrará siempre Marie en la cercana estafeta de Couiza.

Y Saunière comenzó a tener dinero a raudales. Y a gastarlo.

Primero transformará la iglesia de arriba abajo, añadiendo esculturas, relieves y vidrieras nuevas, así como un nuevo púlpito y un nuevo altar —en el que él mismo pinta a María Magdalena, según asegura De Sède—. El conjunto fue terminado en 1897 y el obispo Billard fue invitado a la inauguración.

Poco después construye la Torre Magdala y la Villa Betania: la primera, para albergar su biblioteca; la segunda, para vivir en ella —algo que en realidad nunca hizo, ya que siempre vivió en la casa parroquial—. Comenzó a coleccionar sellos y postales, muebles antiguos, telas, cuberterías, vajillas... Creó incluso un pequeño parque zoológico en los jardines, en los que plantó árboles exóticos. Organizaba comilonas y cenas suntuosas en su Villa, a las que acudían la flor y nata de la región y personalidades de relieve. De Sède menciona algunas: el secretario de Estado de Bellas Artes, Dujardin-Beaumetz, Emma Calvé o, incluso, el archiduque Juan de Habsburgo, primo del emperador del Imperio austrohúngaro...

Eso sí, el cura sibarita también hace buenas obras a su alrededor para beneficio de la gente de Rennes-le-Château. Según De Sède, había concedido una renta anual de cinco mil francos al ayuntamiento, así como importantes donaciones a las familias

menesterosas. «Por eso al cura se le perdonan muchas cosas<sup>[12]</sup>».

Todo iba a las mil maravillas hasta que en 1902 monseñor de Beauséjour sucedió a monseñor Billard como obispo de Carcassonne. Este comenzó a perseguir a Saunière, intrigado y molesto con la supuesta fortuna que manejaba y con la forma que tenía de gastársela. Fue llamado a declarar, pero nuestro cura se negó en diferentes ocasiones, alegando motivos de salud, hasta que finalmente se vio obligado a acudir. El obispo quería que comunicase la fuente de sus ingresos. Saunière se explicó afirmando que procedían de donaciones particulares cuyo nombre le estaba prohibido dar bajo secreto de confesión. Beauséjour insistirá y le volverá a pedir un informe detallado de sus ingresos y gastos. «Con muchas triquiñuelas, conseguí reducir el gasto de sus construcciones a 193 000 francos», afirma De Sède, lo que no supone «ni la quinta parte de los gastos reales<sup>[13]</sup>».

El obispo, descontento con la explicación, le acusa finalmente de traficar con misas. Algo más que curioso, porque una misa costaba unos cincuenta céntimos, y no podían celebrarse más de tres al día. Para poder ganar esos 193 000 francos ¡tenía que haber oficiado 386 000 misas durante trescientos cincuenta años! No tenía sentido —para De Sède—. Aun así, el 5 de diciembre de 1910, lo declaran *suspens a divinis*. Ya no puede impartir sacramentos ni dar misa en la iglesia.

Saunière apela a Roma. Su abogado, un tal Huguet, canónigo, se pasa dos años, a costa de nuestro protagonista, en el Vaticano, y consiguió al final demostrar la falsedad de las acusaciones. En 1913 la condena es desestimada. Poco duró su alegría: el 11 de abril de 1915, tras el contrarrecurso del Obispado de Carcassonne, fue suspendido de nuevo y de forma definitiva. Incluso habían nombrado un sustituto en Rennes-le-Château, el padre Henri Marty, que tuvo que vivir en Couiza —pues la casa parroquial la seguía teniendo alquilada el abad Saunière— y dar misa en una iglesia vacía, pues la verdadera misa, a la que acudían los vecinos, se daba en la capilla privada que el abad se había construido al lado de la Villa Betania.

Por otro lado, la guerra parece mermar la fuente de riqueza de Saunière —al no poder viajar— y comienza a tener deudas. Pero pronto, de alguna manera, encontrará la solución a sus necesidades, ya que hacia 1917 concibe varios proyectos caros y magníficos: quiere construir una carretera desde Rennes-le-Château hasta Couiza, hasta entonces un mero camino de tierra, para poder conducir el coche que se quiere comprar; pretende instalar el agua corriente en el pueblo, edificar una nueva capilla —provista de una piscina bautismal—, y planea la colosal idea de construir una torre gigantesca, de sesenta metros de altura, cuyas paredes estarán tapizadas de libros. De Sède asegura que el 5 de enero de 1917 firma el presupuesto de dichas obras, que sube a un total de ocho millones de francos.

Pero no podrá llevarlas a cabo: dos días después le da «una congestión» —palabras textuales de De Sède— en la puerta de la Torre Magdala. No se recuperaría. Y el 22 de enero de 1917 fallece, a sus sesenta y cinco años. Su cuerpo fue expuesto en el mirador cubierto con un mantón con madroños encarnados. El pueblo entero



acudió a despedirse de su querido cura, llevándose como recuerdo, uno a uno, esos madroños.

Pero algo curioso pasó antes de su muerte: mandó llamar al padre Rivière, del vecino pueblo de Espéraza, para que le diese la extremaunción. Algo extraño debió pasar, ya que, desde entonces, el carácter de este cura se transformó, volviéndose huraño y reservado. Algo terrible hubo de confesarle Saunière, hasta el punto de que no llegó a darle los últimos sacramentos, los cuales recibiría dos días después de muerto...

«Todos sus bienes muebles e inmuebles pertenecían a Marie Dénarnaud, su sirvienta<sup>[14]</sup>», descubrieron todos sus familiares cuando se abrió el testamento. Fue la última jugada maestra del cura.

### ***El oro de Rennes***

Tuvo que ser un tesoro. Y es que, efectivamente, el cura manejó cantidades ingentes de dinero: 425 000 francos de la época, asegura De Sède, si creemos las cifras que el abad entregó al obispo de Carcassonne. Aunque «sabemos con certeza [dice], por las facturas, que dichas obras costaron en realidad un millón treinta mil francos nuevos<sup>[15]</sup>». Y eso sin tener en cuenta todo lo que no estaba contabilizado, como la decoración de la iglesia, los libros y los lujos varios que se permitió. Ni tampoco el millón de francos que le entregó al obispo Billard para que le dejase tranquilo, según afirma nuestro autor, que se plantea que el montante final debió ser de entre «un mínimo de quince millones de francos y un máximo de veinticinco millones<sup>[16]</sup>». Cantidades así no pueden explicarse con la venta de misas ni por la enorme generosidad de Emma Calvé, como algunos han querido argumentar.

Tuvo que ser un tesoro, como creían sus vecinos. Pero ¿cuál era su procedencia? Igual descubrió el mismo tesoro que unos siglos antes, en 1645, había encontrado a su vez el joven pastor Ignace Paris al ir a buscar una oveja perdida. En el fondo de una galería subterránea descubrió, según cuenta De Sède, unos esqueletos y montones de oro. Luego fue al pueblo a contar su aventura, sin revelar el lugar exacto del hallazgo. Pero no le creyeron, le acusaron de haber cometido un robo y le mataron a pedradas. Otras leyendas locales hablan de otros tesoros, como aquel que el diablo en persona protege en Blanchefort...

Pero también pudo ser el tesoro de Blanca de Castilla —como afirmaba Noël Corbu, nombre que, por cierto, no menciona De Sède, a pesar de repetir, una por una, muchas de sus afirmaciones—. La reina, que tuvo que huir de París por culpa de la Cruzada de los Pastores, se refugió en la zona, construyendo el castillo de Blanchefort y ocultando allí su oro. El secreto solo lo sabrá su hijo San Luis, quien lo transmitió a su vez a su propio hijo, Felipe el Atrevido, quien no pudo seguir la tradición familiar y contárselo a su vástago, Felipe el Hermoso. Otra tradición habla



de que el castillo de Blanchefort tomó su nombre por haber estado en él Blanca de Francia (1252-1320), hija de San Luis y nieta, por tanto, de Blanca de Castilla, quien al parecer también enterró un tesoro cerca de allí.

Pudo ser igualmente el tesoro de los Visigodos, aquel que se trajo de Roma el rey Alarico I (370-410) tras saquearla el 24 de agosto del 410, y que contenía, a su vez, los despojos del tesoro del Templo de Jerusalén, de los que se había apoderado el emperador Tito (39-81) en el año 70 d. C. Los godos, enfrentados desde el siglo V con la dinastía franca de los merovingios —que hacen su aparición estelar en la historia en este preciso momento—, dividen su tesoro en dos partes, según De Sède: una va para Toledo; la otra se queda en Rhedae.

Por otro lado, en la obra se afirma que los templarios se establecieron en la zona gracias a los vínculos que tenían con dos familias lugareñas, los A Niort y los Blanchefort, familia esta última que dará, incluso, un gran maestro a la Orden, Bertrand de Blanchefort (1109-1169), elegido en 1156. Por esta época, cuenta nuestro autor, el tal Bertrand trae desde Alemania una colonia de trabajadores para explotar una supuesta mina de oro en Blanchefort, bajo prohibición expresa de no mezclarse con los vecinos. Además, en 1307, cuando se suprime la Orden, ninguno de los templarios de la fortaleza del Bézu, cercana a Rennes-le-Château, fue detenido; quizá estos consiguieron esconder en algún lugar de la zona los tesoros o los archivos de la Orden.

Cien años después se produce la cruzada de los cátaros, otros candidatos a ser el origen del tesoro de Saunière. Y es que, durante el asedio de Montségur, se cuenta que consiguieron sacar sus riquezas de oro y plata y las depositaron en una gruta de la zona. Aunque De Sède se plantea que en realidad el tesoro de los cátaros era más bien algo espiritual, algunos objetos o textos religiosos de gran valor, como pudo ser el Santo Grial. Aquí introduce una idea nueva y con conexiones laterales inmensa: quizás Blanca de Castilla «obtuvo la rendición de Montségur a cambio de documentos genealógicos de suma importancia que los defensores del castillo, en cuanto los tuvieron en sus manos, ocultaron, al parecer, en lugar seguro<sup>[17]</sup>».

Quién sabe.

## ***El linaje***

Es en este momento cuando entra en escena una nueva teoría, que ya veremos de quién procede, y que se inspira en «dos obras muy singulares publicadas en estos últimos años en Ginebra, con una tirada muy pequeña y cuyos autores se ocultan bajo seudónimos evidentemente simbólicos<sup>[18]</sup>». Dos obras de las que duda («a falta de haber podido disipar las incertidumbres que envuelven sus fuentes y designios<sup>[19]</sup>»), pero que menciona. Se trata de *Généalogie des Rois Mérovingiens et Origine des diverses Familles Françaises et Etrangères de Souche Mérovingienne d'Après*

*L'Abbé Pichon, le Docteur Hervé et les Parchemins de l'Abbé Saunière de Rennes-le-Château (Aude)*. (Genealogía de los reyes merovingios y origen de diversas familias francesas y extranjeras de origen merovingio según el abad Pichon, el doctor Hervé y los pergaminos del abad Saunière de Rennes-le-Château), de un tal Henri Lobineau; y de *Les Descendants Mérovingiens ou l'Énigme du Razès Wisigoth* (Los descendientes merovingios o El enigma del Razès visigótico), de una tal Madeleine Blancasall, traducida del alemán por Walter Celse-Nazaire. Estas obras, como veremos más adelante, forman parte de la colección de folletos depositada en la Biblioteca Nacional francesa en los años sesenta, conocida como los *Dossiers Secrets* —aquellos de los que se hablaba en el prólogo de *El código Da Vinci...*

¿Qué cuentan estos libros de nombre rocambolesco? Pues exponen la teoría de que el linaje del último rey merovingio, Dagoberto II, que falleció en el 679, no se extinguió, sino que continuó en la clandestinidad gracias a que su hijo, Sigeberto IV<sup>[20]</sup> —al que la historia oficial considera asesinado a la vez que su padre—, se refugió en Rhedae. Allí «tomó el título de conde del Razès, dejó descendencia, murió y fue enterrado, en el 758, en la iglesia, bajo la losa llamada “de los Caballeros<sup>[21]</sup>”». Este linaje se habría mantenido oculto en la clandestinidad hasta el día de hoy. Serían, según plantea De Sède, los legítimos herederos del trono francés.

Y, en parte, algo tenía que ver con esto la casa de Hautpoul, argumenta nuestro autor, una de las familias más ilustres y antiguas de la zona. En 1422, un miembro de esta familia, Pierre-Raymond d'Hautpoul, se casa con Blanche de Voisins, hija y heredera de Jacques de Voisins, barón de Rennes-le-Château, y se convierte en señor de Rennes. Ambas familias continuarán mezclándose entre sí a lo largo de las generaciones hasta que, en 1752, fallece François d'Hautpoul, último barón de Rennes, señor de Bains de Rennes y autodesignado marqués de Blanchefort. Su mujer fue Marie de Nègre d'Ables y al morir deja tres hijas con esta, Marie, Elizabeth y Gabrielle. Ningún varón.

Entra aquí en escena un curioso testamento, parte esencial de esta trama: en 1644 François-Pierre d'Hautpoul —un ilustre miembro de esta familia de señores de Rennes— hace testamento e incorpora en él una serie de documentos sobre sus posesiones y títulos, legitimados por varias genealogías que incluye. Pero al morir, sus herederos no pudieron acceder a él. Había desaparecido. En 1780 reaparece en manos de un notario de Espéraza, que informa a la familia que no puede comunicar su contenido, ya que «sería una falta de prudencia por mi parte desprenderme de un testamento que puede tener grandes consecuencias<sup>[22]</sup>». Y vuelve a desaparecer de nuevo. Pero en realidad, argumenta De Sède, tanto el testamento como los documentos adjuntados habían sido entregados a Marie de Nègre, viuda de François d'Hautpoul, «quien a su vez se los había confiado, en enero de 1781, al padre Antoine Bigou, párroco de Rennes-le-Château, que era al mismo tiempo capellán suyo<sup>[23]</sup>». Dichos papeles quedaron, cuando falleció Marie, en manos de su segunda hija, Elizabeth, que se negó a comunicar nada sobre ellos, alegando que «había que

descifrar y distinguir lo que era título de familia y lo que no». Todo un lío.

Los últimos depositarios conocidos de ese testamento, que quizá contenía, propone De Sède, los datos sobre una ascendencia imposible de revelar, fueron Marie de Nègre, su hija Elizabeth y el abad Bigou. Este sería el que confeccionaría el epitafio en su losa sepulcral tras fallecer Marie el 17 de enero de 1781. Lamentablemente, al inicio de la Revolución francesa, Bigou tuvo que exiliarse a España, donde fallecerá en 1794...

¿Adónde nos quiere llevar De Sède? Ahora verán...

En febrero de 1964, en París, «me confiaron tras muchos titubeos dos documentos, jurándome que los mismos me pondrían sobre la pista del más insólito asunto que darse pudiera. Eran las copias de dos de los pergaminos hallados por Bérenger Saunière bajo el altar mayor de su iglesia y en los que se leían dos párrafos de los Evangelios, escritos en latín<sup>[24]</sup>». Nuevamente manos que desde la oscuridad le entregan documentos secretos a De Sède... como había sucedido anteriormente cuando escribió sobre Gisors.

Los textos no le parecen demasiado antiguos. Además, están cifrados: «En el texto claro del primero figuran ciento veintiocho letras suplementarias cuya sucesión no ofrece sentido aparente alguno; en el segundo se ven letras fuera de su sitio, otras subrayadas con un punto [...] En ambos aparecen una especie de jeroglíficos que pudieran ser claves de lectura<sup>[25]</sup>». Desconfiado, llevó los documentos a varios peritos. Uno de ellos, el comandante Lerville, presidente de la Asociación de Reservistas del Servicio de Cifra del ejército, le dijo que uno de los textos había sido cifrado «por medio de una sustitución a doble clave y luego por una transposición efectuada por medio de un tablero de ajedrez<sup>[26]</sup>».

Pero, curiosamente, no aporta en su obra el texto descifrado, pese a que, aparentemente, había dado con el método empleado para codificarlo. Efectivamente, como veremos, así fue como se hizo la encriptación de ese pergamino<sup>[27]</sup>. Pero ¿por qué no pudo decodificarlo De Sède si sabía incluso el método?

Por otro lado, el Pergamino Corto contiene un mensaje aún más claro, que se obtiene simplemente seleccionando las letras con anomalías. El mismo De Sède dice de este texto que «se ven letras fuera de su sitio, otras subrayadas con un punto<sup>[28]</sup>». ¿Por qué, entonces, no fue capaz de transcribirlo? Sin duda lo tuvo que hacer, pero ¿por qué no lo publicó?

«Dado que en uno de los manuscritos aparece el jeroglífico “PS” que figuraba en la losa sepulcral de la marquesa de Blanchefort, creemos que se puede, sin gran riesgo de equivocarse, poner bajo todos estos textos una misma firma: la del padre Antoine Bigou<sup>[29]</sup>».

## ***Códigos y curas varios***

Aparece ahora el nombre, casi sin venir a cuento, de Henri Boudet, párroco de la vecina localidad de Rennes-les-Bains desde 1872, nacido en la cercana Quillan en 1837 y un gran y reconocido erudito, al menos en el ámbito local. Fue el autor de una extraña obra titulada *La Vraie langue Celtique et le Cromleck de Rennes-les-Bains* (La verdadera lengua céltica y el enigma de Rennes-les-Bains), una locura extravagante en la que afirma que la madre de todas las lenguas de la humanidad es la de los celtas, que se había mantenido hasta nuestros días en dos idiomas hermanos, el inglés y la lengua de oc. Algo tan absurdo que lleva a De Sède a plantearse si se trata en realidad de una obra codificada; de ahí las descripciones e ilustraciones de construcciones megalíticas de la zona que incluye. Sin duda, piensa nuestro autor, estaba hablando del secreto de un lugar de la zona, del que da pistas —para el que sepa leerlas— en su narración, y asegura que dejó otras pistas en los alrededores y en su propia iglesia de Rennes-les-Bains.

Sea como fuere, ese libro es una rareza y extraña enormemente que sea obra de un cura contemporáneo a Saunière y de un pueblo vecino. Este autor afirma, además, que el libro en aquel momento estaba perdido. «En la biblioteca nacional figura, efectivamente, en el catálogo, pero no podréis leerlo: ha sido robado. Quedan algunas sociedades muy cerradas que lo conservan cuidadosamente<sup>[30]</sup>». Más adelante hablaremos de ello, pero por ahora es necesario decir que en 1978 apareció una edición facsímil, publicada por la editorial de Pierre Belfond, con un prólogo de, ni más ni menos, el propio Pierre Plantard...

De Sède plantea que la extraña decoración de la iglesia de Rennes-le-Château, confeccionada por Saunière («fiel discípulo del padre Boudet<sup>[31]</sup>»), es también una pista, una guía, en la que se mencionan veladamente los sitios que había explorado y entre los que debió encontrar el tesoro. Todo mediante símbolos para iniciados y entendidos: Asmodeo, el diablo cojo que nos recibe a la entrada bajo la pila bautismal, guardián del tesoro del rey Salomón; las extrañas inscripciones en el tímpano; el suelo ajedrezado al que miran atentos el demonio y el Nazareno; las estatuas del interior; el bajorrelieve del altar —que asegura había pintado el propio Saunière—; el relieve del confesionario que representa al pastorcillo Paris; los extraños pasos del viacrucis... Todos estos elementos, según nuestro autor, son alegorías de lugares reales de la zona, camuflados por alguien versado en cultos esotéricos y ocultistas. Es decir, un iniciado. «¿Quiénes pudieron ser estos [los inspiradores]? Probablemente una secta rosacruzista<sup>[32]</sup>», afirma De Sède.

Introduce en la historia, además, a otro cura, el padre Antoine Gélis, que se incorporará a la mitología de Rennes-le-Château. Este señor, la mañana del día 1 de noviembre de 1897, apareció muerto en su casa parroquial en Coustaussa, localidad cercana a Rennes, en medio de un enorme charco de sangre. Había sido asesinado. Fue un crimen bastante extraño y nunca esclarecido, ya que en la casa se encontró una gran cantidad de dinero (mil quinientos francos), pese a que existían claros signos de que había sido registrada. ¿Qué buscaban si no era dinero? A su entierro,

obviamente, asistieron Boudet y Saunière como curas vecinos que eran.

Habla De Sède de otro cura más, el padre Joseph Courtauly, párroco de Villarzel-du-Razès, a quien afirma haber conocido en 1963 y al que, significativamente, está dedicada *El oro de Rennes*. Este señor aseguraba que en 1908 había pasado dos meses en la casa de Saunière en Rennes-le-Château —cuando solo tenía dieciocho años—. «Con su ayuda realicé yo una pequeña pintura en la iglesia de Rennes: se preocupaba del menor detalle<sup>[33]</sup>». Afirma también haber conocido a Boudet y a su sustituto, el padre Rescanière, quien intentó esclarecer lo que se traían entre manos Saunière y Boudet, y que también apareció muerto repentina y sospechosamente, tras recibir a dos misteriosos visitantes, el 1 de febrero de 1915. Solo un mes después, el 26 de marzo, el propio Boudet fallece entre terribles dolores. «Aquel mismo día había recibido la visita de dos hombres<sup>[34]</sup>».

De Sède intenta argumentar que alguien se estaba cargando a varios curas de la zona...

Courtauly dice, además, algo sorprendentemente curioso y oportuno: «Las losas sepulcrales de Rennes-le-Château fueron copiadas por Stüblein, cuyo libro ha sido destruido sin que se sepa exactamente por qué. Yo soy probablemente el único que tiene ese libro. Era de la época del padre Mocquin...». Este libro, *Pierres Gravées du Languedoc*, es el mismo al que hacía referencia De Sède cuando hablaba de las dichas lápidas de Marie de Nègre, aquel que incluía una copia de la segunda lápida funeraria de la marquesa. Así fue como —dicen— lo consiguieron. El tal Courtauly les enseña también unas monedas que, según él, fueron parte del tesoro de Saunière. Pero no son monedas de la época de Blanca de Castilla ni de San Luis, sino de Dagoberto, aunque también las hay del tiempo de los visigodos.

Resulta oportuna la intervención de este cura, más que nada porque fueron, «sin duda, los últimos en haber hablado de los enigmas de Rennes con el anciano padre Courtauly; este había de morir al año siguiente, en noviembre de 1964<sup>[35]</sup>».

### ***Novedades significativas***

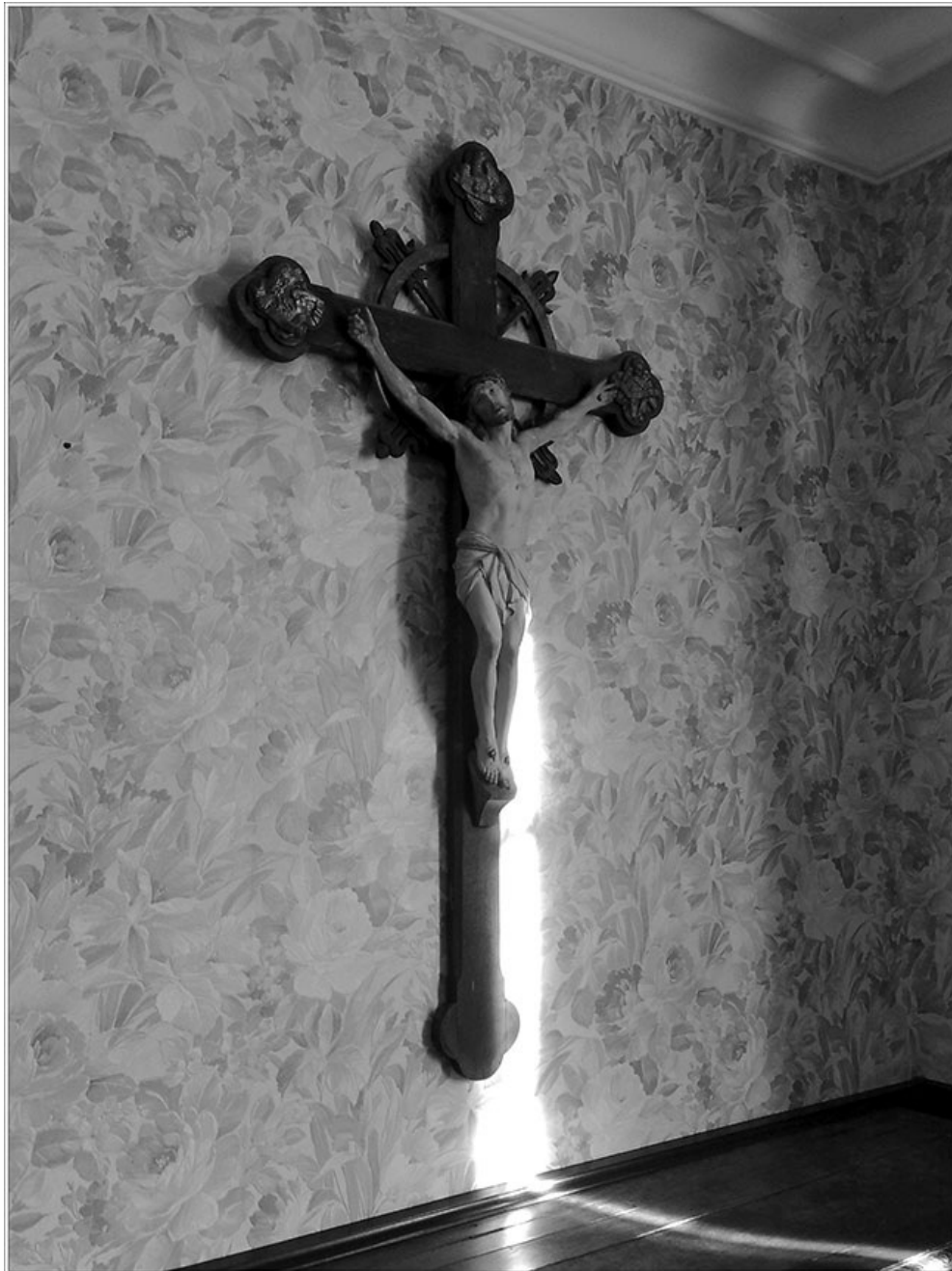
¿Qué encontramos nuevo en esta versión que escribió De Sède, en colaboración con su esposa, en 1967? Pues algunas novedades más que significativas. Ciertas diferencias respecto al guion planteado por Corbu, que a su vez había modificado en 1962 su propia historia de 1956. El Mito sigue creciendo.

Destaca, para empezar, la aparición en la historia del párroco de la vecina localidad de Rennes-les-Bains, Henri Boudet, que se convierte aquí en colaborador y socio en los extraños quehaceres de Bérenger Saunière y Marie Dénarnaud.

Por otro lado, se profundiza en la figura de Saunière y en su biografía, que en las versiones anteriores de la historia se exponía bastante sesgada. En cambio, el hallazgo de los supuestos pergaminos continúa tal como lo contó Corbu: fueron

encontrados en uno de los pilares visigóticos que sujetaban el altar. Eso sí, se introduce una novedad importantísima y trascendental al comentar el supuesto viaje que llevó a nuestro abad a París, algo que narraba escuetamente Noël Corbu, aunque sin entrar en mucho detalle. Irá, según De Sède, siguiendo órdenes y financiado por su obispo, monseñor Billard, a ver al padre Bieil, director de la iglesia de Saint-Sulpice, quien, junto con Émile Hoffet, serán los que se encarguen de decodificarlos. Los manuscritos se los quedaron estos, pero De Sède asegura haber tenido acceso a una copia de ellos —de hecho, los publica en el libro—, posiblemente aquella que el alcalde le pidió a Saunière que hiciera para conservarla en los archivos municipales. En París, además, comprará nuestro abad tres reproducciones de cuadros en el Louvre, algo tampoco mencionado hasta ahora, entre ellos *Los pastores de la Arcadia*, de Nicolas Poussin, que tendrá una significativa importancia en la evolución posterior de la trama; tanta que se ha convertido en todo un símbolo del misterio de Rennes-le-Château.





© Óscar Fábrega Calahorro, 2013

9. Interior de la Villa Betania

Otra novedad es la introducción en la historia de la llamada Losa de los Caballeros, que solamente había sido mencionada con anterioridad por el profesor Jacques Cholet, aquel que entre 1959 y 1963 excavó en la zona. Este menciona que el campanero del cura, Antoine Captier, encontró una pieza de madera que cayó desde el campanario —será en posteriores versiones cuando la encontrará en el balaustre que sujeta el púlpito—. Dentro había un pergamino en latín que había sido escrito por el antiguo abad Bigou y que le indicaría dónde excavar: en el suelo frente al altar. Pues bien, ahí es precisamente donde dice De Sède que se encontraba la dicha Losa de los Caballeros, que, parece ser, cubría una antigua tumba, ya que al levantarla descubrieron restos humanos y una pequeña olla con objetos de culto y algunas joyas.

Por supuesto, menciona la existencia de las dos lápidas funerarias dedicadas a Marie de Nègre, ambas construidas por Antoine Bigou. Como podrán recordar, en aquella entrevista radiofónica que Robert Charroux realizó a Corbu en 1961, este último adelantaba la existencia de dos piedras más, aparte de la que Saunière borró y colocó para tapar el osario: una sería la Piedra de Coumesourde, sin especial relevancia en la historia; y la otra, la segunda lápida de la marquesa de Blanchefort. Aquí De Sède va más allá: muestra dibujos de ambas piedras funerarias, uno extraído de la copia que realizaron unos estudiosos de la zona —publicada en el *Bulletin de la Société d'études scientifiques de l'Aude*— y otro, el de la «nueva», que aparece en una extraña obra de un tal Eugène Stüblein, *Pierres Gravées du Languedoc*, obra que pudieron conseguir, oportunísimamente, gracias a otro cura de la zona, el padre Courtauly, que falleció, cómo no, dos días después de entregárselo. Más adelante veremos que esta obra no existió nunca o, mejor dicho, fue un documento elaborado por Plantard y depositado en la Biblioteca Nacional de París en los sesenta. Uno más de los *Dossiers Secrets*.

Estas dos piedras funerarias, que supuestamente pertenecieron a Marie de Nègre, tendrán una relación trascendental con la decodificación de los supuestos pergaminos —de hecho, le queda claro a nuestro autor que ambas cosas, lápidas y documentos, habían sido confeccionadas por las mismas manos—. Algo que curiosamente no había conseguido realizar De Sède..., o más bien parece que no había querido hacer pública dicha decodificación —por algún motivo que desconocemos, aunque nuestras pistas tenemos...—, como demuestran dos hechos decisivos y concluyentes:

En primer lugar, en la bibliografía menciona una obra titulada *Les Descendants Mérovingiens ou l'Énigme du Razès Wisigoth*, de Madeleine Blancasall. Significativamente, en esta obra —que analizaremos posteriormente con esmero— aparece el texto codificado de uno de los pergaminos: el conocido como *Pergamino Largo*. ¿Cómo puede ser que De Sède no se percatase de ello, siendo como es una obra mencionada en la bibliografía y que, por lo tanto, usó para confeccionar su libro?

Por otro lado, cuando habla de que le entregaron en febrero de 1964 unas copias de los pergaminos, por no se sabe muy bien quién —o sí...—, asegura que los llevó a varios peritos para comprobar su autenticidad e intentar decodificarlos. Significativamente, De Sède, pese a conocer el método con el que fueron codificados ambos pergaminos, lo que lleva implícito que conocía el texto en claro, no publica en esta obra el mensaje oculto que contenían. ¿Por qué?

La respuesta a todos estos interrogantes la tendremos años más tarde, cuando Henry Lincoln entre en la historia y le pregunte estas mismas cuestiones en persona al propio Gérard de Sède. La respuesta de este último fue de lo más sorprendente: «Porque nosotros pensamos que podría interesarle a alguien como usted descubrirlo por sí mismo<sup>[36]</sup>...».

Cambiando de tema, De Sède, que da un gran protagonismo en su obra a todo lo

relacionado con Marie de Nègre —las lápidas y los pergaminos, ambos manufacturados, según cuenta, por Antoine Bigou, tienen mucho que ver con ella—, introduce otro tema con consecuencias posteriores más que notables: habla de que, desde 1644, la familia Hautpoul andaba detrás del testamento redactado ese mismo año por François Pierre de Hautpoul, en el que se habían incorporado unas genealogías que acreditaban sus títulos y sus posesiones y que se hallaba perdido, como hemos comentado antes, hasta que finalmente llegó a manos de la marquesa Marie, y esta, a su vez, los confió al padre Bigou. Con esto deja claro De Sède que los otros pergaminos que encontró Saunière —aparte de aquellos dos codificados— eran parte de aquel misterioso testamento. Más adelante veremos qué contenían, supuestamente.

Para terminar, hemos de mencionar otra novedad que aparece por primera vez en *El oro de Rennes* y que tendrá una relevancia posterior tremenda. En este libro se baraja por primera vez la posibilidad —muy esquivamente, todo sea dicho— de que lo que pudo encontrar nuestro querido abad fuese algún tipo de información y/o tesoro relacionado con la mítica estirpe de los merovingios. Y, significativamente, se hace eco de esta posibilidad gracias, según De Sède, a esas dos obras (la *Généalogie des Rois Mérovingiens* y *Les Descendants Mérovingiens ou l'Énigme du Razès Wisigoth*). De ellas extrae la idea de que el último merovingio no fue Dagoberto II, sino su hijo, Sigeberto IV, que se refugió en Rhedae y cuya estirpe ha sido mantenida en secreto, no se sabe muy bien por qué, desde entonces. Se dice incluso que el tal Sigeberto IV fue enterrado en la propia iglesia de Rennes-le-Château. Resulta muy significativo que, tras mencionar de manera escueta esta posibilidad, pase a hablar de todo aquel rollo del testamento de François-Pierre d'Hautpoul, que contenía unas antiguas genealogías, etcétera, etcétera.

Y es que el plan está urdido...

... Aunque verá la luz más de una década después, cuando en 1982 se publique *The Holy Blood and The Holy Grail* (El enigma sagrado), aquella obra de tremendo éxito y polémica que planteó la temeraria idea de que Jesús de Nazaret y María Magdalena tuvieron descendencia, y que esa descendencia —por motivos que posteriormente analizaremos— se acabó mezclando con los antiguos reyes merovingios, dando lugar a una estirpe secreta que se ha preservado hasta la actualidad gracias, en parte, a una misteriosísima sociedad secreta conocida como el Priorato de Sion —de la que, por otra parte, no se menciona ni una sola palabra en *El oro de Rennes*, pese a que en la obra anterior de De Sède, *Los templarios están entre nosotros*, se hablaba bastante de ella.

Pierre Plantard, como veremos, en más de una ocasión afirmó ser el último descendiente de aquella estirpe merovingia y, por lo tanto, ¡legítimo heredero al trono de Francia! Toda una osadía.

Me vienen a la memoria aquellas palabras de De Sède en las que se preguntaba el porqué de la extraña iconografía de la iglesia de Santa María Magdalena en

Rennes-le-Château —justo después de hablar del no menos extraño y simbólico libro de Boudet—. Convencido de que detrás de ellos había algún tipo de asociación ocultista o esotérica, se pregunta: «¿Quiénes pudieron ser estos [los inspiradores]? Probablemente una secta rosacruzista<sup>[37]</sup>». ¿Estaba el Priorato de Sion detrás de la pareja Saunière-Boudet? Lo cierto es que esta idea, sin ir más lejos, la planteaba aquel extraño libreto del que hemos hablado hace unas páginas, el que aportaba la decodificación del Pergamino Largo y que proponía la tesis de los merovingios: *Les Descendants Mérovingiens ou l'Énigme du Razès Wisigoth...*

Por todo esto, no deja de resultar curiosa una nota que aparece a modo de prólogo en *El oro de Rennes*:

#### ADVERTENCIA

*Cualquier parecido entre los hechos narrados en este libro y una ficción es pura casualidad. Y ello es tanto más extraño cuando el parecido es extraordinario<sup>[38]</sup>.*

## CAPÍTULO 6

### Voces críticas

Imagínense. Si no eran bastantes los chalados buscadores de tesoros que habían minado y excavado prácticamente todo el pueblo —motivo por el cual el Ayuntamiento de Rennes-le-Château decidió prohibir este tipo de actividades en 1965—, imagínense los que llegaron desde que vio la luz *El oro de Rennes*, la clásica obra de Gérard de Sède que se convirtió en todo un éxito de ventas y que catapultó a la fama la historia de nuestro querido abad Saunière.

No es de extrañar, por otro lado, que rápidamente apareciesen voces críticas con el Mito que se estaba engendrando y ante el escaso rigor histórico de determinadas afirmaciones que se estaban vertiendo. Una de ellas, por ejemplo, la realizó el vicario general de Carcassonne, un tal Georges Boyer (1892-1982), que también era presidente de la Société des Arts et des Sciences de esa misma ciudad desde 1959, y que en un semanario religioso de la zona, el 1 de junio de 1967, se mostró tremendamente escéptico con todo lo que se estaba contando sobre varios párrocos de su diócesis. Con el título de *Mise au point y mise en garde*<sup>[1]</sup> (*Clarificación y precaución*) se queja de la fiebre del oro que ha invadido la zona por culpa de determinadas publicaciones sensacionalistas y documentos apócrifos, así como por el rumor que se había extendido de que su diócesis era conocedora de aquel supuesto secreto de Saunière, pero que se negaba a comunicarlo. Además, renegaba de la idea de que varios curas de la zona estuviesen involucrados en aquel turbio asunto y no creía que la misteriosa fortuna del abad Saunière se debiese al supuesto hallazgo de un mítico tesoro.

Pero, además, realiza una interesante acusación, sobre todo para el tema que nos ocupa —ver cómo se fue gestando el mito de Rennes-le-Château—. Se queja de muchas cosas, pero dice: «Sería un asunto diferente si algún autor publica documentos falsos, direcciones inexistentes y obras elaboradas (fotocopias, por supuesto) y atribuye, además, la titularidad o la creación a algunos miembros de nuestro clero y encima fallecidos. Uno de ellos, nuestro colega el abad Courtauly, a quien conocía bien, y que era un hombre humilde y modesto, se convierte así, en una publicación del 22 de octubre de 1966, en un mascarón de proa del “clero francés que se estaba moviendo y no siempre en la dirección de Roma”. La desgracia es que el

padre está muerto y, por lo tanto, no está en condiciones de defenderse de la publicación en cuestión, llamada *Semaine Catholique Genevoise* (Semanario Católico de Ginebra), desconocida por la diócesis de Friburgo y Ginebra, y que este “documento” (y otros de la misma calaña) consiste solo, como es de esperar, en fotocopias de un original que es imposible de verificar y que fue probablemente inventado<sup>[2]</sup>». Indignado, asegura que no va a permitir que el nombre de determinados miembros del clero se utilice para este tipo de publicaciones con fines dudosos y con lucro comercial, y que acudirá si es necesario a las autoridades pertinentes.

¿De qué documento está hablando este señor Boyer? Pues, curiosamente, de la citada obra *Généalogie des Rois Mérovingiens et Origine des...*, de Henri Lobineau, que mencionaba De Sède en su libro y de la que hemos hablado anteriormente. Esa obra es en realidad un legajo depositado anónimamente, como veremos más adelante, en 1964 en la Biblioteca Nacional de París. Y aparece editado por una editorial falsa: la *Semaine Catholique Genevoise*. Sin duda es también significativo que defienda a Courtauly, aquel cura que supuestamente entregó a De Sède la reproducción de la segunda lápida de Blanchefort y al que estaba dedicada su obra.

Este mismo señor, Georges Boyer, afirmará posteriormente, a finales de 1967, en un artículo publicado por *L'Indépendant*<sup>[3]</sup>, que era imposible que el abad Saunière hubiese recibido dos días después de muerto los últimos sacramentos. Y que aquella historia de que su último confesor, el abad Rivière, cura de Espérasa, nunca volvió a reír desde entonces, convirtiéndose en un personaje huraño, era totalmente falsa. Él mismo aseguraba haberlo visto varias veces desde entonces y encontrarlo absolutamente normal. Repasa, además, otras cuestiones que considera errores y/o mentiras graves: pone en tela de juicio el supuesto millón de francos que le entregó Saunière al obispo Billard, supuestamente para restaurar el monasterio de Prouilhe, obra que en realidad no se pudo acabar por falta de dinero; duda que este obispo, Billard, le pagase para ir a París en 1901, pues en aquella época su salud estaba regular —de hecho, estaba recogido en el citado monasterio de Prouilhe—; señala que el abad Courtauly, del que se dice que fue cura de Villarzel-du-Razès, nunca lo fue en realidad, ya que, aunque nació y murió allí, no ejerció; y, por último, asegura que el Obispado de Carcassonne jamás tuvo ningún problema con Boudet.

Es decir, tira por tierra parte de lo narrado por De Sède, como, por otro lado, era de esperar de un miembro de la sede episcopal, puestos a pensar en plan conspiratorio. No en vano había sido nombrado sacerdote por el obispo Beauséjour, aquel que inició el proceso contra Saunière..., que, por supuesto, no se niega en ningún momento.

Otra voz crítica será la del gran historiador local René Descadeillas (1909-1986), conservador de la Biblioteca de Carcassonne y uno de los principales miembros de la Société des Arts et des Sciences de Carcassonne, de la que era presidente el padre Boyer. En 1974 publicó un libro clave sobre todo este misterio, *Mythologie du Trésor*

*de Rennes: Histoire véritable de l'abbé Saunière, curé de Rennes-le-Château.* Se trata de la primera obra razonada y seria sobre este tema, en la que aporta detalles esenciales de la historia de Saunière extraídos de los datos de los archivos del departamento, del Obispado de Carcassonne y del archivo del abad, en posesión de Antoine Captier y Claire Corbu, hija de Noël Corbu. Es importante mencionar que Descadeillas había escrito unos años antes (en 1962) una obra pionera en este tema, *Notice sur Rennes-le-Château et l'abbé Saunière*, para los Archivos Departamentales de Aude, lo que le convierte en uno de los primeros en hacerse eco de esta historia, aunque en un ámbito local.

En esta obra de los setenta, *Mythologie du Trésor de Rennes*, entre otras cosas da por cierta la historia del hallazgo de unos pergaminos: «La mayoría de los testigos declaran que, al extraer el anclaje, descubrieron una cavidad rellena de helechos secos, en cuya mitad descansaban dos o tres cilindros de madera: estos cilindros contenían manuscritos en pergamino. El cura se los llevó y dijo que los descifraría, los leería y los traduciría si era capaz. Los rumores se adueñaron de la localidad. El alcalde le pidió al cura la traducción. Poco después, este último le confió una traducción escrita de su puño y letra. Se dice que el texto estaba relacionado con la construcción o restauración del altar de la iglesia, lo que resulta plausible. No sabemos qué fue de los documentos, al igual que desconocemos dónde ha ido a parar la traducción<sup>[4]</sup>». Pero reniega, por ejemplo, de la veracidad de los pergaminos presentados por De Sède, a los que también tuvo acceso.

Descadeillas parte de la creencia de que algo tuvo que encontrar el abad Saunière —por ejemplo, una olla llena de monedas de oro— al levantar la Losa de los Caballeros, pero que la fuente principal de su enorme fortuna fue, sin duda, el tráfico de misas, aunque reconoce que en un primer momento se creyó la versión aquella del tesoro. Afirma también que el abad recibía una gran cantidad de giros postales provenientes no solo de Francia, «sino también de Bélgica, Alemania, Suiza y el norte de Italia, así como de un buen número de comunidades religiosas. Esos giros postales eran destinados para el pago de “intenciones de misas”. El abad Saunière estaba traficando con misas<sup>[5]</sup>». Recordemos que ya en 1948, Roger Crouquet, corresponsal de la revista belga *Le Soir Illustré*, proponía esta teoría de las misas como explicación de la fortuna del abad<sup>[6]</sup>.

Entre otras cosas, para terminar con él, Descadeillas afirma la relación, al menos de amistad, con Emma Calvé y las visitas del archiduque de Habsburgo, el famoso Johann Salvator, a Rennes-le-Château.

¡Ah!, por cierto, ¿saben ustedes a quién se refiere, sin mencionar su nombre, precavidamente, al hablar de los «informadores» de Gérard de Sède? Pues nada más y nada menos que de nuestro querido amigo Pierre Plantard: «Era una persona difícil de definir, anodina, misteriosa, astuta, bastante locuaz, de la que aquellos con los que trataba decían que era imposible conocer. No seguía ningún tratamiento médico convencional. Uno se pregunta también los motivos de sus apariciones recurrentes,



pues venía incluso en invierno<sup>[7]</sup>».

Quizá así entendamos las palabras que De Sède le dedica en *El oro de Rennes*, obra en la que, básicamente, le acusan de mentiroso. «René Descadeillas, conservador de la biblioteca de Carcassonne, hombre sabio y bien informado, conoce a fondo la historia de la antigua capital del Razès, a la que ha consagrado la importante obra<sup>[8]</sup> que en el curso de nuestro relato hemos tenido ocasión de citar varias veces». Prosigue afirmando que en 1966 fueron —que conste el plural— a hacerle una visita: «Bérenger Saunière —nos dijo— no era más que un vulgar estafador al mismo tiempo que un embaucador; era pillo pero inculto, casi ignorante. En cuanto al origen de su fortuna, no hay misterio alguno; se hizo entregar donativos de personas ricas que guardaron el anonimato para no indisponer a sus herederos. Y, además, traficaba con misas. ¿Los manuscritos? No los encontró; los confeccionó él mismo para impresionar a aquellos a quienes engañaba. Y la decoración de la iglesia la compró ya hecha, en París, cerca de Saint-Sulpice<sup>[9]</sup>». Al margen de la veracidad o no de estas palabras, realmente dudosas —aunque dentro de la lógica interna de la tesis de este autor, ya que en ningún momento Descadeillas califica a Saunière de estafador ni de pillo—, hay un error grave: la estatuaría de Rennes-le-Château no se compró en París, sino a la casa Giscard de Toulouse, como veremos más adelante; y eso es algo que debería haber descubierto entre los archivos de la familia Corbu; pero bueno, un error lo tiene cualquiera...

De Sède intenta desacreditar la versión que Descadeillas propone en *Mythologie du Trésor de Rennes* aludiendo a la famosa excavación que en 1956 se llevó a cabo por el tal doctor Malacan, de la que hemos hablado en capítulos anteriores, y en la que el propio Descadeillas participó. Lo que no tiene en cuenta De Sède es que esas palabras que asegura le dijo en 1966 se producen diez años después de aquellas excavaciones, y que el propio Descadeillas afirmaba que en un principio sí creyó posible la historia del tesoro. Simplemente había ido cambiando de opinión conforme investigaba el tema.

Sea como fuere, la polémica estaba servida entre los que creían que Saunière había encontrado un tesoro fabuloso, procediese este de donde procediese, y los que pensaban que simplemente se había enriquecido traficando con misas. Igual queda un camino intermedio. Igual hizo ambas cosas...

## CAPÍTULO 7

### El enigma sagrado

Entramos ahora en una parte clave de la creación del mito del misterio de Rennes-le-Château —el Mito, como lo venimos llamando—, y en parte se debe a que llevó esta historia local, hasta entonces, a todos los rincones del mundo gracias al éxito de una asombrosa publicación de 1982 titulada *The Holy Blood and The Holy Grail*, escrita a medias por Michael Baigent, Richard Leigh y Henry Lincoln. Desde entonces nada volverá a ser lo mismo, aunque sus teorías son, vistas hoy en día, absolutamente imposibles de sostener... Lo cual no quita que sea una obra de una calidad e interés extraordinarios.

#### *Lincoln*

Todo comenzó en un caluroso verano de 1969. Durante el mes de agosto, un guionista de televisión llamado Henry Lincoln estuvo de vacaciones en una casa rural de Les Cévennes, un parque nacional montañoso del centro-sur de Francia, junto a su mujer, Patricia, invitados por una familia de amigos franceses.

Aburrido, un buen día compra un puñado de libros, entre los que se encuentra uno que cambiaría su vida: *Le Trésor maudit de Rennes-le-Château*. Sí, el tesoro maldito. En realidad se trataba de la edición de bolsillo de un libro que había salido dos años antes con el rimbombante nombre de *L'Or de Rennes ou la Vie insolite de Bérenger Saunière, curé de Rennes-le-Château*, escrito por Gérard de Sède y que todos ustedes ya conocerán. Allí, entre excursiones, baños en los ríos, comilonas y un pegajoso calor tendrá tiempo de leerlo... y quedarse prendado con su trama.

Especialmente le pareció curiosa una reproducción que aparecía de un viejo pergamino, uno de los que, supuestamente, ocultaban las claves del misterio. Sin demasiada complicación lo consigue descifrar «Simplemente... se trata de... un código de boy scout<sup>[1]</sup>», se dice a sí mismo. Pero le intriga que el autor, el tal De Sède, no aporte en su libro el texto descodificado. ¿Acaso no había podido dar con el texto oculto? No podía ser así. Tenía que haberlo logrado. La omisión era intencionada. Pero ¿por qué?

Esto es lo que rezaba el texto cifrado:

A DAGOBERT II ROI ET A SION CE TRESOR

ET IL EST LA MORT<sup>[2]</sup>.

(Este tesoro pertenece al rey Dagoberto II y a Sion y él se encuentra allí muerto).

Pasa el verano. Y luego un año entero. La idea había seguido agitándose en su cabeza. Se le empieza a antojar la posibilidad de realizar un programa de televisión sobre aquel cura misterioso del sur de Francia que se había encontrado un tesoro. La trama parecía tener conexiones sorprendentes con varios temas paralelos sumamente interesantes y populares: templarios, cátaros, el tesoro de Salomón, el Santo Grial, sociedades secretas... Así podría matar, además, dos pájaros de un tiro, uniendo su trabajo como escritor con la diversión que le producía investigar este sugerente misterio.

Henry Lincoln, nacido en realidad Henry Soskin, contaba por aquel entonces, 1970, cuarenta años. Gracias a sus estudios en la Real Academia de Arte Dramático tuvo una mediocre carrera como actor televisivo, llegando a participar en producciones tan conocidas como *Los vengadores* (1961-63) o *El Santo* (1967). Pero también era guionista, carrera con la que tuvo bastante más éxito. De hecho, escribió numerosos guiones de la serie *Doctor Who*, creada por Sidney Newman. Llevaba ya unas cuantas decenas de producciones televisivas escritas cuando tropezó con la extraña historia de Bérenger Saunière. Fue quizás por esta dilatada experiencia, que le había permitido adquirir cierto renombre, y, evidentemente, por lo jugoso de la historia por lo que pudo convencer a la BBC para que dentro de su programa *Chronicle*, que abordaba temas históricos, se realizase un documental sobre el misterio de Rennes-le-Château que tanto había apasionado a Lincoln.

Junto a Paul Johnstone, director de *Chronicle*, viajó a París para entrevistarse con Gérard de Sède, el autor de la obra. «Un hombre moreno, bajo y fornido, con una expresión sincera y ojos inquisidores<sup>[3]</sup>». Durante este encuentro, Lincoln le preguntó a su contertulio por algo que le intrigaba especialmente: ¿Por qué no había publicado el texto decodificado de uno de los manuscritos, texto que él mismo había resuelto en un santiamén? «Porque nosotros pensamos que podría interesarle a alguien como usted descubrirlo por sí mismo<sup>[4]</sup>», le espetó De Sède. Finalmente, el autor francés les proporciona nueva documentación sobre el tema. Será el inicio de una colaboración irregular, difícil y tensa, que mantendrían durante unos años.

A finales de febrero de 1971 se marcha con el director del proyecto, Andrew Maxwell-Hyslop, a visitar el epicentro de la trama, el pequeño pueblo de Rennes-le-Château. Allí son recibidos y alojados por el bueno de Henri Buthion, el

entonces propietario de la antigua finca del abad Saunière, reconvertida en hotel. Junto a él conocerán el pueblo, la finca y la iglesia de Santa María Magdalena, de la que dijo Lincoln: «Todo a nuestro alrededor es una increíble y detallada masa de decoración. Estatuas, cuadros, toda la superficie de las paredes, todo está pintado y, donde es posible, dorado. El efecto total es aplastante y roza la vulgaridad. No existe delicadeza allí; todo resulta más bien una expresión extravagante de enorme vitalidad que se aproxima al mal gusto, y aunque resulte chillón de alguna manera es también extrañamente atrayente<sup>[5]</sup>». Quien haya estado allí entenderá la contundente y obvia verdad de esas palabras.

Henri Buthion acepta colaborar en el documental y permite el rodaje en sus posesiones, que se llevará a cabo unos meses después, sin complicaciones. Se estrenará, con enorme éxito, el 12 de febrero de 1972, con el título de *The Lost Treasure of Jerusalem* (El tesoro perdido de Jerusalén). Curiosamente la emisión se vio afectada por un corte del suministro eléctrico provocado por unos actos de protesta, lo que tendrá como consecuencia que no pudiese ser visto en muchos lugares de Gran Bretaña. Así que deciden volver a emitirlo un tiempo después, el 31 de marzo del mismo año, Viernes Santo.

El éxito y la cantidad de información nueva que estaba recibiendo hacen que Lincoln plantee a los productores la realización de una continuación. Dicho y hecho. Se estrenará el 30 de octubre de 1974, con el título de *The Priest, the Painter and the Devil* (El cura, el pintor y el diablo). Finalmente, cinco años más tarde, gracias a la gran cantidad de nuevas pistas que sigue recopilando, verá la luz el tercero y último de los documentales de la colección incluida en el programa *Chronicle*. Se llamará *The Shadow of the Templars* (La sombra de los templarios) y se estrenó el 27 de noviembre de 1979.

En este último colaboraron dos personas que Lincoln había conocido recientemente: Richard (Harris) Leigh (1943-2007), un novelista e investigador estadounidense experto en el mundo de los templarios al que conoce durante unos cursos de escritura, en una escuela de verano, a los que fue invitado Lincoln en 1975; y Michael Baigent (1948), un fotógrafo y periodista neozelandés, licenciado en Psicología, nacido en 1948, amigo de Leigh y que también se había interesado desde hace tiempo por el tema de la Orden<sup>[6]</sup>.

Los tres juntos se pondrán a trabajar con todo el material que habían preparado para *The Shadow of the Templars* en un proyecto literario en el que pretenderán relacionar la historia de Rennes-le-Château con una hipótesis que se habían planteado durante la preparación del documental. Una hipótesis atrevida y arriesgada, aunque no por ello certera, de la que hablaremos más adelante y que sería objeto de una profunda controversia.

Fruto de esta colaboración verá la luz, pues, el 18 de enero de 1982, una obra clave titulada *The Holy Blood and The Holy Grail*. Y cinco años después, *The Messianic Legacy* (El legado mesiánico), su segunda parte.

## ***El libro***

En el año 2003, Dan Brown publicó su enormemente exitosa novela *The Da Vinci Code* (El código Da Vinci), en la que plantea, a modo de ficción, la existencia de un linaje mantenido en secreto a lo largo de la historia por una sociedad llamada el Priorato de Sion, a la que habrían pertenecido personajes tan importantes como Isaac Newton, Leonardo da Vinci o Victor Hugo. Se trata nada más y nada menos que del linaje que fundaron Jesús de Nazaret y su pareja, María Magdalena, y que, posteriormente, se mezcló con el de la dinastía franca de los merovingios. Como recordarán, se desató una polémica tremenda tras la publicación de la obra, lo que, sin duda, ayudó a que las ventas del libro subiesen como la espuma. Al fin y al cabo, la teoría era absolutamente provocadora y atentaba de lleno contra las creencias de millones de personas convencidas de la veracidad de lo narrado en las Sagradas Escrituras. Pero el caso es que la teoría, como muchos de ustedes sabrán, no era nueva...

En 2006, un tribunal inglés decidió investigar la denuncia que Michael Baigent y Richard Leigh, dos de los autores del libro *El enigma sagrado*, habían interpuesto contra Random House, la editorial del libro de Dan Brown<sup>[7]</sup>, por plagio, ya que consideraban que el autor americano había robado la idea central de su obra del libro de estos. Perdieron el juicio al dictaminar el juez que no existía plagio. Recurren, y vuelven a perder el 28 de marzo de 2007, cuando el Tribunal de Apelaciones de Londres ratificó la sentencia, y condena, encima, a Baigent y Leigh a pagar las costas del juicio, estimadas en seiscientas mil libras esterlinas. El caso es que no se consideró que usar la idea de otro fuese plagio al ser dos obras de carácter sumamente distinto: una novela, por un lado, y un ensayo histórico, por otro. «Los libros forman parte de la cultura y hoy es un gran día tanto para los escritores como para aquellos que disfrutan con la lectura<sup>[8]</sup>», dijo Brown al salir impune de la demanda.

Sea como fuere, lo cierto es que una parte importante de lo que planteó Brown en *El código Da Vinci* es fruto de la enorme investigación previa de estos tres señores, Baigent, Leigh y Lincoln (entre otras fuentes). Es de caballeros reconocerlo, y Brown no lo hizo.

Por otro lado, en el libro hay un personaje llamado Leigh Teabing cuyo nombre es una clara combinación de los de dos de los autores de *El enigma sagrado*. Curioso que no aparezca por ningún lado Henry Lincoln, que ni entró en la denuncia ni es mencionado para nada en la novela de Brown. En cambio sí que se menciona *El enigma sagrado*, aunque no se la cita como inspiración o como referencia. Entre las obras que el tal Teabing tiene en su biblioteca aparece *El enigma sagrado*. El aclamado *best seller* internacional, entre otras. «La verdad es que en la década de 1980 causó cierto revuelo. Para mi gusto, sus autores incurrieron en sus análisis en

algunas interpretaciones criticables de la fe, pero la premisa fundamental es sólida, y a su favor debo decir que lograron acercar al gran público la idea de la descendencia de Cristo<sup>[9]</sup>».

Esa, precisamente, era la tesis argumental principal tan controvertida, novedosa y temeraria que llevó a este trío de colegas a plantearse escribir *El enigma sagrado*, tras colaborar en aquel documental de 1979, *The Shadow of the Templars*. De alguna forma llegaron a esa insólita conclusión que, sin la más mínima duda, tuvo que dejar acongojado a nuestro querido Pierre Plantard, piedra angular de este drama y principal proveedor de la información que llevará a estos tres autores a plantearse aquella curiosa hipótesis. Plantard no apostaba tan alto..., y es que esta teoría le convierte en —¡tachán, tachán!— ¡descendiente de Cristo! Pero no fue el único: en la misma introducción ya nos dejan claro quiénes van a ser los «proveedores» de información y los *sherpas* que los guiarán por el correcto camino. El primero de ellos será Gérard de Sède, cuyo libro *El oro de Rennes*, como hemos mencionado, suscitó el interés de Lincoln por el tema de Rennes-le-Château. Desde finales de 1970 Lincoln se entrevistó varias veces con De Sède. Y en cada una de esas entrevistas fue aportando datos nuevos provenientes de Pierre Plantard, para quien actúa, en la práctica, a modo de representante.

### **La versión**

La obra comienza contando la historia de Bérenger Saunière, aquel cura que el 1 de junio de 1885 llegó al solitario pueblo de Rennes-le-Château para hacerse cargo de sus feligreses. Cuenta la misma historia que había narrado De Sède en su obra quince años antes, aunque con algunas incorporaciones interesantes. Entre ese año y 1891 fue un cura pobre, acompañado siempre por su criada y amiga Marie Dénarnaud, y amigo del cura de la vecina Rennes-les-Bains, Henri Boudet. Será este, precisamente, quien le inste a que realice una pequeña restauración en su templo, para la que conseguirá ciertos fondos gracias a un préstamo del ayuntamiento. Al ir a cambiar la piedra del altar, encontró dentro de uno de los pilares que la soportaban cuatro pergaminos. «Se dice que dos de los pergaminos eran genealogías, datando una de 1244 y la otra de 1644. Al parecer, los otros dos documentos los había redactado en el decenio de 1780 uno de los predecesores de Saunière, el abate Antoine Bigou<sup>[10]</sup>», el capellán de la última marquesa de Blanchefort. Estos dos documentos-Bigou eran textos de los Evangelios. Y aquí muestran, por fin, los textos descriptados: el Pergamino Largo —el que tenía un cierto número de letras interpuestas añadidas— daba el siguiente mensaje:

BERGERE PAS DE TENTATION QUE POUSSIN TENIERS GARDENT L CLEF PAX DCLXXXI  
PAR LA CROIX ET CE CHEVAL DE DIEU J'ACHEVE CE DAEMON DE GARDIENT A



## MIDI POMMES BLEUES<sup>[11]</sup>

(Pastora, ninguna tentación. Que Poussin, Teniers, tienen la clave; paz 681. Por la cruz y este caballo de Dios, completó [o destruyó] este demonio del guardián al mediodía. Manzanas azules).

El otro documento-Bigou, el Pergamino Corto, era mucho más sencillo: las letras elevadas respecto a la línea de las frases formaban un mensaje coherente:

## A DAGOBERT II ROI ET A SION CE TRESOR ET IL EST LA MORT<sup>[12]</sup>

(Este tesoro pertenece al rey Dagoberto II y a Sion y él se encuentra allí muerto).

¡Por fin tenemos la decodificación de los dichosos pergaminos!, pese a la reticencia de De Sède a publicarla en su obra de 1967. Y eso que debía conocer, al menos, la del Pergamino Largo, ya que, como hemos comentado anteriormente, uno de los libros que menciona en su bibliografía, *Les Descendants Mérovingiens ou l'Énigme du Razès Wisigoth*, mostraba el texto en claro. Lo curioso es que de esto no se dieron cuenta los tres autores de *El enigma sagrado* —posiblemente porque no tuvieron acceso a dicha obra, como demuestra el hecho de que Lincoln afirma<sup>[13]</sup> que hacia finales de 1971 recibieron la decodificación de ambos documentos por parte de De Sède.

La historia prosigue tal como se había contado en *El oro de Rennes*: el obispo Billard manda a Saunière a París, con todos los gastos pagados, para que, con la ayuda del abad Bieil, director general del Seminario de Saint-Sulpice, y su sobrino, Émile Hoffet, un tipo relacionado con diversos grupos ocultistas y esotéricos —de ahí que conociese a Debussy, Calvé, etc.—, así como un experto en paleografía y encriptación, intenten decodificar los pergaminos. Durante las tres semanas que pasa nuestro abad en París conocerá, y parece que bastante bien, a Emma Calvé. Pero, además, comprará tres reproducciones en el Louvre, como también mencionaba —por primera vez— De Sède: un retrato de Celestino V, una obra de David Teniers y *Los pastores de la Arcadia*, de Poussin. La conexión de estos dos últimos con el texto decodificado del Pergamino Largo («Pastora, ninguna tentación. Que Poussin, Teniers, tienen la clave...») explica, en parte, el porqué de dicha compra.

Y como en las historias anteriores, al regresar de París, Saunière continúa con las obras de reconstrucción de su iglesia. Levanta la Losa de los Caballeros y descubre debajo unos esqueletos y unas joyas. Borra la inscripción de la lápida de la tumba de Marie de Blanchefort, que se encontraba en el cementerio, también realizada por el abad Bigou. Curiosamente resulta que el texto escrito es un anagrama perfecto de la decodificación del texto largo:



CT GIT NOBLE M  
ARIE DE NEGRE  
DARLES DAME  
DHAUPOUL DE  
BLANCHEFORT  
ANTE SET ANS  
DECEDEE LE  
XVII JANVIER  
MDCOLCXXXI  
REQUIES CATIN PACE

Aunque nuestros autores hablan de «la lápida y la losa que señalaban su tumba», solo mencionan el paradero de la lápida. La otra será aquella de la que habló por primera vez Noël Corbu en un programa radiofónico de 1962, aquella con las inscripciones «P.S. REDDIS CELLIS REGIS ARCIS PRAECUM» que también mencionaba De Sède en *El oro de Rennes*.

Sea como fuere, a partir de entonces nuestro abad empezó a comportarse de manera extraña: se daba grandes caminatas, acompañado de Marie, supuestamente para recoger piedras destinadas a construir una gruta en honor a la Virgen de Lourdes; comenzó a recibir una enorme correspondencia de diferentes países del entorno; compró terrenos y construyó varios edificios, entre ellos la Torre Magdala y la Villa Betania; y por supuesto, reconstruyó la iglesia prácticamente en su totalidad.

Antes de continuar, es preciso señalar un error grave que en parte puede crear confusiones a largo plazo —y ya lo ha hecho, ya que en varias obras posteriores este error se da como una verdad absoluta por culpa, por supuesto, de no acudir a las fuentes originales—. Nuestros autores aseguran que realizó loables obras públicas: «Hizo construir una carretera moderna hasta el pueblo, por ejemplo, así como las instalaciones para el agua corriente<sup>[14]</sup>». Esto no es cierto. Pero lo más grave es que la idea procede de unas afirmaciones que De Sède hace en su obra —y que también hizo en su momento Corbu— sobre unos megalómanos proyectos que Saunière tenía previsto realizar en sus últimos tiempos, entre los que se incluían precisamente estos: una carretera nueva y dotar a la villa de agua corriente.

Así es como se crea un mito...

Comenzó a vivir, en definitiva, como un millonario, gastando dinero a raudales en porcelanas, telas, mármoles, sellos, libros, etcétera, así como ofreciendo banquetes suntuosos a sus feligreses y a notables visitas que recibía en su Villa Betania, entre las que se encuentran las de Emma Calvé y el archiduque Johann von Habsburgo, primo de Francisco José I, emperador de Austria.

Sin embargo, la cosa se torció cuando el obispo Billard es sustituido por Beauséjour. Donde el primero había mostrado tolerancia, el segundo se mostrará preocupado por la fortuna del abad y le pide en más de una ocasión una explicación.

Como no la da, es acusado de traficar con misas, por lo que es suspendido. «Saunière apeló al Vaticano, que le exoneró y reintegró en su puesto<sup>[15]</sup>», dicen los autores. Como veremos más adelante, esto es falso. El Vaticano no le absolvió.

El 17 de enero de 1917, a los sesenta y cinco años, sufre una apoplejía. Cinco días después fallece, sin haber podido recibir la extremaunción, ya que su última confesión dejó patidifuso al párroco que se la dio, tanto que salió huyendo. Recordemos aquí lo ridícula que le pareció esta historia al vicario general de Carcassonne, Georges Boyer, que unos años antes de la publicación de *El enigma sagrado* escribió sobre el tema, negándolo rotundamente.

¿El resto? Pues ya lo sabemos: Marie Dénarnaud, ante la sorpresa de la familia de Saunière, lo hereda todo. Tres décadas después, en 1946, cede sus posesiones a la familia Corbu, para acabar falleciendo en 1953, «llevándose sus secretos consigo<sup>[16]</sup>».

Y hasta aquí, la historia de Saunière tal como la relatan los autores de *El enigma sagrado*. Como podemos apreciar, no se diferencia apenas nada de la versión publicada por De Sède quince años antes, excepto en un detalle clave: aporta la traducción de los dichosos pergaminos...

### **¿Qué encontró Saunière?**

Baigent, Leigh y Lincoln ven posible que Saunière hubiese encontrado un tesoro.

La historia de la región —la antigua y tan citada Rhedae— da pie a pensar en varios posibles candidatos, dada la gran cantidad de pueblos que han pasado por allí. Pudo ser el tesoro de los Cátaros, que, se dice, guardaban «algo cuyo valor era fabuloso e incluso sagrado, y ese algo, según varias leyendas, era el Santo Grial<sup>[17]</sup>»; pudo ser el de los caballeros templarios, ya que, recordemos, uno de sus grandes maestros, Bertrand de Blanchefort, era de la zona —algo que, dicho sea de paso, no es cierto—; pudo ser el tesoro de los Merovingios, aquella mítica dinastía que entre los siglos V y VIII gobernó parte de la Francia moderna, lo que explicaría la alusión a Dagoberto II que aparece en uno de los pergaminos descifrados; pudo ser el tesoro de los Visigodos; o quizás, incluso, el tesoro del Templo de Jerusalén, saqueado por Tito y llevado a Roma —que a su vez fue saqueada por los visigodos.

Pero, por otro lado, la historia les lleva a pensar que, sea lo que sea lo que el abad Saunière descubrió, debió tratarse, además, de algún secreto histórico de gran importancia, algo que incluso podría molestar a la Iglesia de Roma o que podría ser importante para alguna casa real. Mencionan, por ejemplo, una carta que recibieron poco después del estreno del segundo documental de Lincoln; una carta que aseguraba que lo que había encontrado Saunière eran «pruebas incontrovertibles de que la crucifixión era un engaño y de que Jesús aún vivía en el 45 d. C.<sup>[18]</sup>».

Creen posible que exista una relación con Nicolas Poussin, el célebre pintor

francés que cada vez estaba más presente en la trama. Este, en 1656, recibió la visita del abad Louis Fouquet, hermano de Nicolas Fouquet, superintendente de Hacienda del rey Luis XIV de Francia. Desde Roma, el abad escribió a su hermano lo siguiente: «Él [Poussin] y yo hablamos de ciertas cosas que con facilidad podré explicarte detalladamente, cosas que te darán, por mediación del señor Poussin, ventajas que hasta a los reyes les costaría mucho extraer de él y que, según él, es posible que nadie más vuelva a descubrir de nuevo en los siglos venideros. Y lo que es más, estas son cosas tan difíciles de descubrir que nada que haya ahora en esta tierra puede ser de mayor fortuna ni igual a ellas<sup>[19]</sup>». Cualquiera que fuera aquel secreto, lo cierto es que poco después Nicolas Fouquet fue detenido y encarcelado para el resto de sus días por orden del monarca Luis XIV, que además se hizo con la obra *Los pastores de la Arcadia...*

... Y es que resulta que en la localidad, a principios de los setenta, se localizó una tumba que era «idéntica a la del cuadro, idéntica por su ubicación, sus dimensiones, sus proporciones, su forma, la vegetación que la rodeaba<sup>[20]</sup>...». Estaba en las cercanías del pueblo vecino de Arques. Resulta curioso comprobar que la información de esta tumba es aportada, cómo no, por De Sède —y Plantard—, como el propio Henry Lincoln menciona en su obra *La clave del enigma sagrado*: «Llegan los prometidos “más detalles” de Gérard de Sède. Se trata de fotografías de una tumba en un paisaje campestre [...] al parecer, tanto la tumba como el paisaje son, sin ninguna duda, idénticos a los pintados en el cuadro de Poussin<sup>[21]</sup>».

Efectivamente había una tumba allí tremendamente parecida a la del cuadro. Su antigüedad, por desgracia, no se ha podido aclarar, aunque los lugareños afirman que está allí desde siempre. En realidad sabemos con certeza que se construyó a principios del siglo XX, y que no tenía inscritas esas crípticas palabras: ET IN ARCADIA EGO...

La conexión con Poussin viene, todo sea dicho, por el texto en claro del Pergamino Largo, en el que también se menciona a Teniers. Los autores de *El enigma sagrado*, en especial Henry Lincoln, consideraron que era una pieza clave del puzle; de ahí que el segundo documental de Chronicle se titulase, precisamente, *The Priest, the Painter and the Devil*. Posteriormente veremos qué hay de verdad en todo esto...

## ***Dossiers y prioratos***

«En 1956 empezaron a aparecer en Francia una serie de libros, artículos, opúsculos y otros documentos relativos a Bérenger Saunière y al enigma de Rennes-le-Château [...] Parece ser que el material inicial salió de una sola fuente concreta [...] ha sido filtrado de forma deliberada y sistemática<sup>[22]</sup>». Además, se ha difundido este material de varias maneras: «Una de ellas han sido los libros populares, que incluso han alcanzado gran éxito de ventas. Son libros más o menos sensacionalistas, que se valen

de medios más o menos crípticos para despertar la curiosidad del lector<sup>[23]</sup>», dicen, haciendo clara alusión a la obra de De Sède, del que consideran que se ha inspirado en información que alguien, desde la sombra, le ha aportado. Y es aquí donde introducen en su libro a Pierre Plantard, aquel que había escrito el apéndice de *Los templarios están entre nosotros* (Gérard de Sède, 1962).

Por otro lado, la información más interesante y sugestiva procede de unos extraños documentos que fueron depositados en la Biblioteca Nacional de París a mediados de los años sesenta, todos provenientes de la misma fuente, aunque con seudónimos como Madeleine Blancasall («Madeleine» por Magdalena, como la iglesia de Rennes-le-Château, y «Blancasall» como combinación de dos ríos que pasan por Rennes-les-Bains, el Blanque y el Sals), supuesta autora de la ya mencionada *Les Descendants Mérovingiens ou l'Énigme du Razès Wisigoth*. El más importante de todos estos documentos es una recopilación llamada *Dossiers Secrets*, atribuida a Henri Lobineau, aunque las genealogías que incluye, se dice, son obra de un tal Leo Schidlof.

Todos estos documentos, de los que hablaremos largo y tendido posteriormente, serán conocidos con el nombre de esa última obra, *Dossiers Secrets*, y formarán una parte esencial del estudio de Baigent, Leigh y Lincoln. Gracias a ellos conocen la supuesta orden secreta que había detrás de los templarios, el Priorato de Sion, dirigida a lo largo de mil años por varios personajes ilustres —entre otros totalmente desconocidos— y que permaneció en la sombra tras la destrucción de la Orden del Temple. Esta sociedad será «la responsable de la información que se ha difundido desde 1956<sup>[24]</sup>», argumentan, y su objetivo declarado es —apriétense los cinturones— «la restauración de la dinastía y la estirpe merovingia en el trono, no solo de Francia, sino también de otras naciones europeas<sup>[25]</sup>». Esta dinastía se habría mantenido desde Sigeberto IV en la clandestinidad, mezclándose con determinadas casas nobles de Francia.

Hemos de recordar en este punto que en la obra de Gérard de Sède *Los templarios están entre nosotros*, de la que hablamos en capítulos anteriores y que versaba sobre «el otro tesoro», el de Gisors, ya se mencionaba la existencia de esta sociedad —para ser exactos, en el apéndice escrito por Pierre Plantard—: «Los archivos secretos, propiedad de determinadas sociedades, afirman que en 1188, “se taló el olmo” y que una de sus ramas, Ormus, que tiene por emblema una cruz roja y una rosa blanca, daría lugar a los rosacruces. En 1188 los miembros de Ormus se instalaron en Saint-Jean-le-Blanc, en el priorato del Monte Sion, bajo la protección del Priorato de Saint-Samson de Orléans<sup>[26]</sup>».

Posteriormente hablaremos de esta supuesta sociedad secreta, clave en el Mito, aunque por desgracia un mero invento de Pierre Plantard y compañía. Pero no está de más recordar, en este punto de nuestra narración, aquellas palabras con las que empezaba la famosa obra de Dan Brown *El código Da Vinci*, protagonizada, en parte, por esta dichosa sociedad:

## LOS HECHOS

*El Priorato de Sion —sociedad secreta europea fundada en 1099— es una organización real. En 1975, en la Biblioteca Nacional de París se descubrieron unos pergaminos conocidos como Les Dossiers Secrets, entre los que se identificaba a numerosos miembros del Priorato de Sion, entre los que destacaban Isaac Newton, Sandro Boticelli, Victor Hugo y Leonardo da Vinci<sup>[27]</sup>.*

Baigent, Leigh y Lincoln dedicarán gran parte de *El enigma sagrado* a comprobar la veracidad de lo narrado en estos *Dossiers Secrets* sobre el Priorato de Sion, con el objeto de intentar demostrar su existencia histórica. De hecho, como veremos, es bastante probable que en el siglo XI sí existiese una *Ordre du Sion* en Jerusalén. El problema es demostrar toda su supuesta historia posterior, así como su supuesto papel en la formación de la Orden del Temple, con la que rompe en 1188 tras «la tala del Olmo» de Gisors; o la relación con los rosacruces, mediante la introducción de Johann Valentin Andrea, autor del famoso opúsculo *Las bodas alquímicas de Christian Rosenkreutz*, del que se dice que fue gran maestro del Priorato, o mediante otras referencias explícitas a la Rosa-Cruz; o la fascinante lista de grandes maestros de la Orden, repleta de nombres famosos mezclados con nombres absolutamente desconocidos, que nuestros autores creen necesario revisar uno por uno, comprobando las conexiones entre ellos, su conexión con lo «oculto» (alquimia, herejías, esoterismo, masonería...) o la relación con determinadas familias (Estuardo, Guisa, Lorena, Blanchefort, Hautpoul, Habsburgo, Sinclair...) y lugares (Rennes-le-Château, Gisors, Stenay, Saint-Sulpice...). Y resulta que, efectivamente, la conexión entre todos estos grandes maestros existía y es más que sorprendente, lo que, por supuesto, no quiere decir que su adscripción a dicha sociedad sea real.

Parece, en definitiva, un trabajo bien hecho, aunque nuestros autores finalmente dan por real y relativamente comprobable la existencia del Priorato de Sion, y por veraz la información aportada por los *Dossiers Secrets*.

Consideran que a lo largo de diez siglos esta sociedad ha estado albergando y custodiando un secreto enorme, camuflada entre otras sociedades y movimientos, y apoyada por importantes familias europeas. De hecho, descubren que el Priorato de Sion fue, incluso, registrado (el 20 de julio de 1956) en el archivo de sociedades y asociaciones del Gobierno francés bajo el pomposo subtítulo de *Chevalerie d'Institutions et Règles Catholiques, d'Union Indépendante et Traditionaliste*, (CIRCUIT) —nombre de su propia publicación.

Detrás de todo este embrollo estaba, como bien pudieron comprobar Baigent, Leigh y Lincoln, la *éminence grise* que tanto apreciamos, el señor Pierre Plantard de

Saint-Clair, cuyo abuelo, «según documentos revelados recientemente», conocía personalmente a Bérenger Saunière, y que era, supuestamente, propietario de varios terrenos en las cercanías de Rennes-le-Château, «incluyendo la montaña de Blanchefort<sup>[28]</sup>» (cosa que, por cierto, no hemos podido comprobar). El mismo Plantard que por aquel entonces había salido a la luz pública concediendo entrevistas a determinados medios, como, por ejemplo, a nuestros autores para su documental *The Shadow of the Templars*, emitido en 1979.

En su investigación descubren un montón de datos sobre este señor: había colaborado con la Resistencia, había sido detenido por la Gestapo, había estado relacionado con un complot militar que pretendía llevar al poder al general De Gaulle —algo que, efectivamente, lograron—, había editado un folleto titulado *Vaincre*, supuestamente relacionado con la Resistencia...

Y, sobre todo, obtienen una declaración en la que Plantard se reconoce a sí mismo heredero, por línea directa, de los antiguos reyes merovingios, y, por lo tanto, merecedor de ocupar el trono de Francia. Que se dice pronto. Pero, claro, la cosa no queda aquí. Por otro lado, en los *Dossiers Secrets* se afirma que estos merovingios procedían de una de las doce tribus de la antigua Israel, la tribu de Benjamín<sup>[29]</sup>; lo que supone decir que eran semitas y merecedores del trono de Jerusalén.

## ***El linaje***

Así pues, el Priorato de Sion estaba íntimamente relacionado con la custodia y cuidado de un linaje real formado por la línea benjaminitas-merovingios, que, tras la desaparición de estos últimos de la escena pública, fue mantenido en la sombra, regresando solo en momentos puntuales, como cuando Godofredo de Bouillon (h. 1060-1100), supuesto fundador del Priorato de Sion, tomó Jerusalén. Él, como descendiente directo de este linaje, merecía el trono de la Ciudad Santa por derecho propio.

Y desde entonces, el Priorato se habría encargado de guardar el secreto de aquella estirpe.

Además, resulta que aquella estirpe, aquella «Sangre Real», fue la que dio origen, aseguran nuestros autores, al mito del Santo Grial, que nada tendría que ver con la copa en la que bebió Jesús en la Última Cena o en la que José de Arimatea recogió su sangre en la cruz, como cuentan las leyendas —que, por otro lado, también hablaban de una «familia del grial»—. La clave estaría en que en muchos de los antiguos manuscritos sobre esta supuesta copa se le llamaba por su nombre original, el Sangraal o Sangreal, según el autor. Esto, según Baigent, Leigh y Lincoln, lleva a pensar que «puede que en un principio no existiera el propósito de que la palabra “Sangraal” o “Sangreal” se dividiera en “San Graal” o “San Greal” (Santo Grial), sino en “Sang Raal” o “Sang Real”, es decir, sangre real<sup>[30]</sup>». Así, defienden que



aquella mítica reliquia no era una copa sino una familia que, por algún motivo desconocido, era mantenida en secreto y custodiada.

Si ponemos en relación esta idea del Santo Grial como una familia importante mantenida en la sombra con la citada idea del linaje secreto de los benjaminitas-merovingios tenemos una visión más que interesante: el Santo Grial son los merovingios. Pero ¿por qué era tan importante esta dichosa familia? ¿Por qué le dedicaron romances diferentes autores, con tremendo éxito? ¿Por qué encubrían, por otro lado, el supuesto linaje centrándose en la importancia de la sangre de Jesús?

Pues bien, la clave, aseguran, está en un personaje trascendental que según las leyendas galas llegó al sur de Francia en el siglo I d. C.: María Magdalena, aquella a la que estaba dedicada la iglesia de Rennes-le-Château. Y es que aquellas historias dicen que allí llevó consigo el Santo Grial (o la sangre real)... Dos más dos, cuatro.

Es en este punto donde introducen el polémico tema de la descendencia de Cristo: «Quizá la Magdalena era en realidad la esposa de Jesús. Quizá esa unión produjo vástagos. Después de la crucifixión tal vez la Magdalena, con un niño como mínimo, fue llevada clandestinamente a la Galia, donde ya existían comunidades judías y donde, por consiguiente, encontró refugio. Resumiendo, quizás había una estirpe hereditaria que descendía directamente de Jesús. Quizás esta estirpe, esta Sang Real suprema, se perpetuó luego, intacta y de incógnito, durante unos cuatrocientos años [...] y quizás en el siglo V el linaje de Jesús se alió con el linaje real de los francos, engendrando así a la dinastía merovingia<sup>[31]</sup>». Así, el Priorato de Sion no solo estaba custodiando el linaje secreto de los merovingios. ¡Estaba custodiando la estirpe de los descendientes de Cristo! Un secreto de una categoría inmensamente mayor que, además, atacaba directamente la versión de la historia defendida por el Vaticano.



10. Jesús y la Magdalena, según Tiziano (1512).

Esta hipótesis, según sus autores, explicaría la gran importancia que se le ha concedido a la Magdalena, la condición sagrada atribuida a los merovingios, el intento de borrarlos de la Historia, la misteriosa familia del Grial de la que hablan los romances y, sobre todo, la importancia que debía tener aquel secreto como para haber involucrado a gente como Newton, Da Vinci o Victor Hugo. Asimismo, explicaría por qué el Priorato había apoyado, supuestamente, a lo largo de la Historia diferentes herejías, como los templarios o los cátaros, que atacaban directamente a la todopoderosa Iglesia de Roma, la cual, además, habría dejado de tener toda legitimidad si se demostraba esta versión de la historia.

Así, se había mantenido una Iglesia en la sombra, liderada —según Baigent, Leigh y Lincoln— por los que conocían el secreto del linaje y la importancia de la Magdalena como legítima heredera del mensaje auténtico de Cristo, enfrentada a la otra Iglesia, la de Roma, liderada por los partidarios del mensaje, la Iglesia de Pablo, un edificio falso construido con retales de otras religiones conforme fue

imponiéndose en los diferentes lugares por los que avanzó. Para los primeros, Jesús fue mortal, esposo y padre, aparte de profeta y rey legítimo de Jerusalén. Para los otros, fue el Hijo de Dios, nacido de la Virgen, que murió y resucitó al tercer día. El triunfo definitivo de la Iglesia de Pedro se produjo cuando se unió con el Imperio romano, gracias a Constantino: el poder político y el poder divino se unieron de tal forma que la otra «Iglesia» quedó apartada y proscrita... hasta perderse en las sombras de la Historia.

El Santo Grial representaría, pues, tanto al linaje de Cristo, la sangre real, como al receptáculo de esta en primer lugar, la Magdalena. Así, se plantean incluso como posible la idea de que en el Templo de Jerusalén se guardase algún registro de dicha historia —¿un certificado matrimonial?, ¿una partida de nacimiento?—, lo que quizás provocó la creación de la Orden del Temple, que se encargaría de encontrar dichas pruebas, y lo que, a la vez, explicaría los nueve primeros años de la Orden, encomendados a una misión secreta camuflada como ayuda hospitalaria.

Este linaje, según plantean nuestros autores, intentaría desde entonces, «ayudados, dirigidos o protegidos (o todo ello a la vez), por el Priorato de Sion», recuperar su patrimonio, en primer lugar erosionando el poder de la Roma cristiana con el fomento de herejías —cátaros, herméticos, rosacruces, francmasones—, pero también mediante la maquinación política y los matrimonios dinásticos. De hecho, en esta obra se citan varios momentos históricos en los que, supuestamente, estuvieron a punto de lograrlo, destacando especialmente la unión de la casa Lorena con los Habsburgo en el siglo XVIII: María Antonieta (1755-1793), hija de François de Lorraine (Francisco I, emperador del Sacro Imperio romano germánico, así como duque de Lorena), se casó en 1770, a los catorce años, con el futuro Luis XVI de Francia (1754-1793). La cosa no triunfó, desafortunadamente para el linaje, por culpa del estallido de la Revolución francesa en 1789, un golpe devastador para los planes de estas familias del Grial.

Pero, ahora que lo pienso, ¿qué tiene que ver todo este embrollo con nuestro pobre cura rural, Bérenger Saunière, y su misteriosa fortuna? Pues muy sencillo. Saunière encontró, argumentan Baigent, Leigh y Lincoln, los pergaminos —que incluían dos genealogías, por cierto, algo que en ninguna versión anterior de la historia se comentaba—. Dos de estos, los dos famosos legajos encriptados, le llevaron a la tumba de Marie de Hautpoul, marquesa de Blanchefort, cuyas losas sepulcrales —dos, recuerden, como había adelantado De Sède— habían sido realizadas por el antiguo abad de Rennes-le-Château, Antoine Bigou, en las postrimerías de la Revolución, al igual que los legajos.

Los otros dos pergaminos encontrados por Saunière —las dos genealogías de 1244 y 1644— no han sido vistos nunca, aunque los *Dossiers Secrets* afirman utilizar su información para crear sus propias genealogías, y, en teoría, demostrarían la supervivencia de la estirpe merovingia, camuflada bajo determinadas familias europeas (la casa Lorena, los Sinclair, los Plantard, los Habsburgo). Todas estas pistas

llevarían a algún lugar determinado en los alrededores del pueblo —o quizás en el mismo pueblo— donde se encontraba un gran secreto enormemente valioso para el Priorato de Sion.

Quizá así se explique la fortuna de Saunière: le pagaron para que buscara algo y, además, para que se mantuviese callado. O quizá lo único que necesitaba la Orden eran aquellas dos genealogías que encontró el abad junto a los pergaminos. O, yendo más allá, había un poco de todo: unos documentos de vital importancia que fueron bien pagados, así como un tesoro oculto en algún sitio que le hizo aún más rico.

Así, el tema de Rennes-le-Château estaría en relación con el intento de determinadas personas, pertenecientes a una sociedad secreta, el Priorato de Sion, de restaurar la monarquía en Francia —y probablemente en toda Europa—, amparándose en un linaje legítimo mantenido en secreto a través de los siglos, y que no solo descendería de los merovingios, primeros reyes de Francia —algo que, como veremos, no es cierto—, sino de los antiguos benjaminitas y de la casa de David —significativamente, David no pertenecía a esa tribu, aunque su antecesor, Saúl, sí—, pasando por Jesús de Nazaret.

Y ¿quién sería el último heredero de esta saga? Pues, señores, ni más ni menos que el bueno de Pierre Plantard, que llegó a reconocer ante las cámaras que era el legítimo descendiente de los merovingios, aunque, todo sea dicho, nunca dijo nada del linaje de Cristo. Eso se lo dejó a Baigent, Leigh y Lincoln, que hicieron un trabajo excelente al elevar aún más las pretensiones megalómanas de Plantard. Eso sí, si se considera la historia así, el Nazareno no fue ningún ser especial, ni Hijo de Dios, ni resucitó al tercer día, ni nada por el estilo, sino un simple profeta, merecedor del trono de Israel por ser descendiente de David. Con lo cual, Plantard sería un humano más, con sangre real, pero humano, al fin y al cabo...

Pero no sería este el único objetivo del Priorato. Sus propios papeles y las declaraciones de Plantard dejan clara otra curiosa aspiración: la creación de una confederación paneuropea, unos Estados Unidos Teocráticos de Europa, gobernados por una dinastía legítima que, incluso, podía descender de Jesús. Y es que, como veremos, esta idea de unos Estados Unidos de Europa está íntimamente relacionada con Plantard y con su historia «oculta».

De hecho, aseguran, aún están trabajando en ello. A eso dedicarán una segunda obra...

### ***El legado mesiánico***

En 1987, cinco años después de la publicación de *El enigma sagrado*, convertido en un enorme éxito de ventas, los mismos autores, Michael Baigent, Richard Leigh y Henry Lincoln, publicaron una esperada continuación bajo el título de *The Messianic Legacy*, que en España se llamó *El Legado Mesiánico*. ¿Hubo más de un Cristo? En

esta obra nos pondrán al día de sus nuevos «descubrimientos», intentando además comprender las actividades del Priorato de Sion, la dichosa orden secreta que a lo largo de los siglos ha custodiado el secreto del linaje benjaminitas-Jesús-merovingios y que salió a la luz a mitad de los años cincuenta del siglo xx.

¿Qué métodos, se preguntan, emplearán para lograr su objetivo declarado, que no es otro que la restauración de la estirpe en el poder francés y/o europeo? «La respuesta, evidentemente, parecía encontrarse en campos tales como la psicología de masas, el poder político y las altas finanzas<sup>[32]</sup>», responden nuestros autores. Consideran, además, que para el primer punto —la psicología de masas— utilizaron un mal de nuestros tiempos, la «crisis de sentido» tras la muerte de Dios, proclamada por los filósofos, y el materialismo al que la sociedad capitalista nos había lanzado a todos. Para ello, argumentan, el Priorato de Sion utilizó un concepto místico y arquetípico: el del Mesías, el encargado de liderar la marcha de un pueblo unido por un objetivo común. El líder de la manada. Y es que, efectivamente, el mesianismo, la idea de un gurú que lidere y marque la senda de un pueblo, ha sido un concepto importante a lo largo de la Historia, apropiado por personajes tales como Napoleón, Hitler o el propio Jesús.

Ya lo dijo el papa León X (1475-1521) en el siglo xvi: «Quantum nobis notrisquē quē ea de Christo fábula profuerit, satis est omnibus séculis notum...», lo que viene a significar «Cuán provechosa nos ha sido, desde tiempos inmemoriales, esta fábula de Jesucristo<sup>[33]</sup>». Y es que el Nazareno, aparte de su papel como líder religioso, también podría haber tenido inclinaciones políticas. De hecho, el concepto de «mesías» para los judíos representaba eso: el descendiente de la estirpe del rey David, merecedor legítimo del trono, que habría de llegar para liberar al pueblo de Israel del pesado yugo de los romanos.

Claro, este concepto choca, de primeras, con la idea de un Hijo de Dios encarnado que no solo dirige su mensaje a los judíos, sino que lo hace también a los gentiles, a toda la humanidad.

Tenemos, pues, dos visiones distintas del Nazareno: una lo muestra como un líder religioso humanista y apolítico, atemporal y divino, y resucitado al tercer día; la otra, como un líder político-religioso —ambas cosas son inseparables en el concepto mesiánico judío— que busca la independencia de Israel en un contexto determinado. Sin duda, para una mente religiosa el primer modelo, el Cristo Hijo de Dios, es creíble. Para una mente escéptica o atea es mucho más probable el segundo modelo. Nuestros autores se decantan por la segunda opción: «A nosotros nos parece más verosímil, más probable, más de acuerdo con nuestra experiencia de la humanidad, que un hombre se casara e intentase recuperar su trono legítimo que el que naciera de una virgen, caminase sobre el agua y resucitase de su sepultura<sup>[34]</sup>».

Así pues, para Baigent, Leigh y Lincoln, Jesús era un rey legítimo que aspiraba al trono. Claro que ser «rey» en Israel implicaba varias cosas: en una teocracia tan extrema como aquella, el monarca y el Estado mismo eran una manifestación de la



voluntad de Dios. De hecho, los propios judíos se consideraban los elegidos de Dios, por lo que su rey tenía que ser un rey especial apoyado por su divinidad. Un papa judío, si se me permite la licencia. Esto era lo que significaba la palabra *mesías* para los judíos de la época, y esto era lo que esperaban ver: un libertador que, apelando a la sangre de David y con el apoyo de Dios, recuperase su trono y liberase a Israel de su larga opresión. Y es que, poniéndonos en contexto, desde el 63 a. C. la zona había sido conquistada por los romanos, que para más inri habían colocado a un rey marioneta, Herodes, al que se consideraba un usurpador y un colaboracionista, un Pétain del siglo I a. C.

Ese papel lo pretendió cumplir Jesús, argumentan, pero lo negó la tradición cristiana posterior, que lo consideraba un mesías religioso, no un mesías político. Un claro error de interpretación, ya que en su época ambas cosas estaban entrelazadas.

Los mismos Evangelios repiten una y otra vez aquello de Cristo como rey de los judíos. Por ejemplo, en Lucas 23, 2, se dice de Jesús que «comenzaron a acusarle, diciendo: “A este hemos hallado que pervierte a la nación, y que prohíbe dar tributo a César, diciendo que él mismo es el Cristo, un rey”». O en Juan 1, 49, cuando Natanael le dice a Jesús: «Tú eres el Rey de Israel». O cuando se narra la matanza de los inocentes decretada por Herodes, discutible como hecho histórico pero interesante desde esta perspectiva, pues la supuesta matanza se realiza para evitar que el legítimo rey le usurpe el trono.

Lo cierto es que el propio Jesús actuó como rey e intentó cumplir una por una las profecías que los antiguos profetas habían anunciado para señalar la llegada del mesías. Por ejemplo, la famosa entrada triunfal en Jerusalén el Domingo de Ramos a lomos de un asno cumple a la perfección la antigua profecía de Zacarías, que predice la llegada del Mesías: «Alégrate mucho, hija de Sion; da voces de júbilo, hija de Jerusalén; he aquí que tu rey vendrá a ti, justo y salvador, humilde, y cabalgando sobre un asno, sobre un pollino hijo de asna» (Zacarías 9, 9). Además se insiste en más de una ocasión en la importancia de ser ungido<sup>[35]</sup>, ya sea por María de Betania o por Juan el Bautista, que lo reconoce como Mesías. Por otro lado, hay ciertos indicios que avalan que Jesús estaba relacionado con facciones militantes antirromanas, como, por ejemplo, los zelotes.

Como es obvio, esta idea de un Jesús independentista y con aspiraciones a tomar el trono de Israel no podría haber tenido el éxito que tuvo la versión religiosa que se extendió triunfalmente. Y es que este éxito se debió en gran parte a la aceptación, tardía pero efectiva, del cristianismo por el Imperio romano. ¿Cómo podía aceptar Roma una religión liderada por un monarca judío antirromano? Pues muy sencillo: modificándolo, convirtiéndolo en un dios encarnado —algo nada extraño para los romanos, que consideraban dioses a sus emperadores, aunque sí para los judíos, que jamás hubiesen aceptado esa idea— y liberándolo de cualquier aspiración política.

«Mi reino no es de este mundo» (Juan 18, 36). Esa es la clave.

Además, en parte, el triunfo del cristianismo en Roma se debe a otro «mesías»:



Constantino el Grande (272-337), aquel que mediante el Edicto de Milán, del 313, prohibió la persecución de los cristianos. Aquel que presidió en el 325 el Concilio de Nicea, que tuvo como resultado la conversión de Roma en el centro oficial de la ortodoxia cristiana. Aquel que mezcló aquella religión procedente de Israel con sus propias creencias en el Sol Invictus<sup>[36]</sup>, adoptándose el domingo, en vez del sábado, como día sagrado, y el 25 de diciembre como fecha del nacimiento de Jesús —antes se celebraba el 6 de enero—. El cristianismo se alineó con el régimen romano, que toleraba perfectamente a un dios encarnado en humano, aunque tenía a sus espaldas la muerte de miles de cristianos anteriores. Y, por supuesto, la muerte de Jesús también había sido responsabilidad suya. Pero no hay problema: se cambia un poco la historia, se transmite la totalidad de la culpa a los judíos, y todo resuelto.

Así, para poder expandirse por el Imperio romano, el cristianismo tuvo que modificar aspectos fundamentales del cristianismo primitivo: Jesús tenía que ser un dios encarnado, dócil y místico, no el mesías libertador de su pueblo; un simple humano, aunque hijo de reyes, dispuesto a levantar su espada contra Roma. Sería el triunfo de la religión creada por Pablo, a la medida de Roma y de los demás pueblos por los que fue pasando. Jesús tenía que competir con las divinidades locales, a las que debía desplazar..., y así fue creciendo la mentira, maquillando al antiguo profeta judío con aspiraciones monárquicas, que para nada quería crear una nueva religión.

Jesús, pues, se convirtió en una mezcla de elementos provenientes de otras tradiciones, como las de Tammuz, Osiris, Atis, Adonis, Dioniso, Mitra o Zoroastro.

Por este motivo, Baigent, Leigh y Lincoln se plantean la amenaza que podría representar para esta Iglesia romana la existencia, en algún lugar del mundo, de descendientes del Nazareno. Y por esto, este linaje, de existir, habría tenido que permanecer en la clandestinidad. Por otro lado, no es raro, pues, que aquel cristianismo oficial, aliado con Roma, tuviese multitud de problemas desde sus primeros tiempos con las versiones heterodoxas que fueron apareciendo por todos lados, tachadas rápidamente de herejías. El arrianismo o el movimiento de Prisciliano, por ejemplo, y por mencionar algunas de las primeras. Y es que pensaban: ¿por qué esa versión iba a ser la buena si contradecía claramente lo dicho en las Escrituras?

¿Pero qué tiene que ver todo esto con el tema de Rennes-le-Château, ahora que lo pienso? En realidad, poco. En este libro, los autores de *El enigma sagrado*, en su objetivo de intentar comprender aquella mítica organización conocida como Priorato de Sion, se plantearán cómo tienen pensado conseguir sus objetivos. Consideran que parte de su actividad consistiría en apelar a la psique colectiva de una humanidad —tanto aquella de los años ochenta como la de hoy en día— que sabe que algo va mal y que ve cómo las antiguas instituciones que habían dotado de sentido a la comunidad humana —las religiones, las democracias, la moral, etcétera— se están derrumbando una tras otra. Esto en parte es por culpa del materialismo galopante que ha protagonizado el siglo xx, tanto desde la perspectiva capitalista, en la que los valores

morales se venden al mejor postor, como desde la perspectiva socialista, en la que la moral está supeditada al control del Estado. En otras palabras, lo que la humanidad necesita o ansía para salir de esta crisis de valores es espiritualidad. De ahí la proliferación en los últimos años —que conste que aunque este libro fue publicado en 1987, es totalmente aplicable, incluso más, a la situación actual— de un nuevo fundamentalismo en las grandes religiones (cristianismo, islamismo y judaísmo), así como la aparición de nuevos cultos alternativos inspirados en doctrinas New Age. Y todo esto —como no iba a ser menos en una sociedad mercantil como la nuestra— previo pago.

Es aquí, en esta situación de desamparo espiritual, moral, político y social —que Nietzsche llamaría una *situación nihilista*— donde puede lograr un gran poder el mesianismo, el cual, según nuestros autores, puede trabajar eficazmente y cubrir esos déficits gracias a la «activación y utilización de símbolos<sup>[37]</sup>». ¿Cómo puede ser esto? Muy sencillo. Un repaso a la historia del siglo xx nos daría la clave con el alzamiento de dos regímenes que aunaron todas esas inquietudes en un eficaz sustituto de la religión como creadora de sentido, apoyándose en una fuerte carga simbólica que manipuló la psique colectiva de pueblos enteros: la Rusia soviética y la Alemania nazi. Ambos movimientos se apoyaron en líderes que apelaron al mesianismo y se autoproclamaron libertadores necesarios y absolutos. Hitler y Stalin fueron totalmente conscientes del poder del impulso religioso en el pueblo y lo canalizaron en sus movimientos políticos. Se convirtieron en dioses terrenales, venerados en vida. Y en ello colaboraron, en gran medida, los símbolos: la omnipresente esvástica —o el retrato de Stalin en la URSS—, las marchas multitudinarias, los himnos, el ceremonial repetitivo, los discursos exaltados o la recurrencia a los mitos (la raza aria, por ejemplo). En definitiva, ambos utilizaron parafernalia religiosa y manipulación psicológica para erigirse en mesías directores de sus pueblos. De hecho, el nazismo, más que sustituir a la religión, como sí hizo el estalinismo, se convirtió en una nueva religión. (Y todo esto sin entrar en los aspectos esotéricos de este movimiento, que tenerlos los tuvo y bastante inquietantes, además).

Pues bien, Baigent, Leigh y Lincoln se plantean si el Priorato de Sion no quiere apoyarse en el desencanto nihilista del mundo actual —tanto el de 1987 como el de hoy en día— para crear un nuevo Estado basado fundamentalmente en principios espirituales, con los que se pretendería solucionar el citado desamparo moral, político y social. Y para ello harían uso, al igual que los regímenes nazi y soviético, de la simbología como potente manipulador de masas. Arquetipos tales como las sociedades secretas —con su profundo poder de atracción para los profanos, más que nada por lo de «secretas»—; «el Rey Perdido», como canalizador de un pasado histórico perdido que reaparece, fomentando la unidad nacional; la misma monarquía, entendida como símbolo arquetípico de lo que fue un país; las versiones alternativas contrarias a la religión institucional, convertidas en salvoconducto válido para escapar lejos de las versiones ortodoxas y arbitrarias de las religiones; o incluso el

poder del «secreto desvelado» tras ser mantenido a lo largo de los siglos.

Todas estas ideas, evidentes en la historia del Priorato de Sion, producirían — argumentan— un cambio en la psique de las personas. Y aunque parezca raro, no lo es: imagínense que un iluminado asegura ser descendiente de Jesucristo y perteneciente a un linaje que a lo largo de los siglos ha sido ocultado y mantenido en secreto por determinadas sociedades (secretas), y que para ello aporta pruebas históricas —aunque sean de dudable validez científica—. Muchas personas racionales lo repudiarían por farsante; pero muchos otros lo creerían al menos posible.

Personalmente, no creemos que vayan por aquí los tiros. Más que nada porque, como después intentaremos demostrar, el Priorato de Sion no ha tenido nunca el más mínimo poder. Eso sí, el poder que ha tenido es, precisamente, el que le han otorgado los que daban como posible su existencia.

Así, para terminar con nuestro estudio sobre esta segunda parte de *El enigma sagrado*, estos autores plantean que de alguna forma el Priorato de Sion ha sido el símbolo arquetípico utilizado por determinadas sociedades y movimientos para cambiar el mundo, algo que, efectivamente, no han conseguido. Y es precisamente con la novela *El código Da Vinci* —gracias a la que el falso Priorato llegó a millones de hogares de todo el mundo— con lo que algo que empezó siendo una farsa de un megalómano con delirios de grandeza se convirtió en real por el mero hecho de ser «secreto»... y, por lo tanto, atrayente.

Quizá el éxito de esta novela de Brown sea el éxito definitivo del Priorato de Sion. Gracias a ella, Roma ha sido atacada como hacía tiempo que no lo era, y eso sin que el cristianismo haya perdido fuerza en realidad. Simplemente se ha mutado en un cristianismo más humano. Gracias a ella otros arquetipos como la Magdalena, el Cristo humano o las sociedades secretas que controlan el mundo se han convertido en verdades más creíbles que las verdades que hasta ahora muchos creían. Y eso que, no olvidemos, este libro se escribió en 1987, diecisiete años antes que *El código Da Vinci*.

¿Será Dan Brown un miembro del Priorato? Al fin y al cabo, su novela ha sido, junto a *El enigma sagrado*, la obra que más popularidad le ha dado a la dichosa sociedad. Aunque parezca mentira, algunos ven esto posible. Y es que así de fuerte trabaja el Mito...

... Cuando está bien hecho, claro.

## CAPÍTULO 8

### De nuevo en Rennes

El tremendo éxito de *El enigma sagrado*, la genial obra de Michael Baigent, Richard Leigh y Henry Lincoln, convirtió a nuestro querido pueblo del Languedoc, Rennes-le-Château, en uno de los centros de interés mundial para los amantes del misterio y el ocultismo. Los visitantes llegaron por miles al pequeño pueblo francés atraídos por aquella fantástica historia. Muchos pensaban llegar y descubrir una losa que pusiese: «Aquí yacen enterrados María Magdalena y su esposo, Jesús de Nazaret». O quizás esperaban encontrarse un pueblo habitado por templarios y cátaros, una reliquia del pasado medieval, glorioso y mítico del Languedoc.

Pero en realidad se toparon con una pequeña, pequeñísima aldea, una iglesia bizarra y extraña y un par de edificios absolutamente fuera de contexto... Y, claro está, con una población algo harta de tanta tontería y de tanta mentira que se estaba vertiendo sobre su antiguo cura.

Por supuesto, también llegaron nuevos aportes bibliográficos que fueron acotando el Mito —los más escépticos—, o llevándolo a nuevas dimensiones —los más iluminados—. Por ejemplo, en 1983 se publica una obra titulada *Le Fabuleux trésor de Rennes-le-Château. Le Secret de L'Abbé Saunière*, de un tal Jacques Rivière (1945-2006), un libro serio y documentado que intenta acercarse a lo que de verdad sucedió, alejándose de mitos elaborados y basándose solo en documentación corroborada.

Al año siguiente aparece una curiosísima publicación, *Mon Enseignement à Antugnac, 1890*, que recogía sermones de Bérenger Saunière durante la época (desde el 4 de mayo de 1890 al 12 de junio de 1891) en la que dio misas los domingos en Antugnac, recopilados por el padre Bruno de Monts<sup>[1]</sup>. Su principal valor es el de aportar una idea sobre las verdaderas inquietudes del abad y su ortodoxia religiosa, algo que queda más que demostrado con solo leer unos cuantos de estos sermones. Saunière expresa en ellos —como era de esperar en un cura— una profunda fe y una firme creencia en los principios y dogmas de su Iglesia; algo que para muchos sería contradictorio con su vida y con sus actividades. Pero es que a veces olvidamos que los seres humanos somos tremendamente complejos, y Saunière, sin duda, no era una excepción. Además, hay que tener en cuenta que esta recopilación de sermones

corresponde a palabras suyas antes de que, supuestamente, encontrara el tesoro, es decir, antes de que hiciese fortuna.

En 1985 saldrán dos obras fundamentales: *Histoire du Trésor de Rennes-le-Château*, de Pierre Jarnac, un autor que dedicará cerca de una decena de títulos a este tema; y *L'Héritage de L'Abbé Saunière*, de Claire Corbu y Antoine Captier, una obra clave, ya que fue escrita por dos personas que vivieron de cerca, aunque indirectamente, la historia de Saunière. (Claire Corbu, recordemos, es la hija de Noël Corbu, aquel a quien Marie Dénarnaud, la fiel compañera del abad, cedió sus posesiones en 1946. Antoine Captier no solo es su marido, sino que es, además, nieto de Antoine Captier, el jardinero y campanero de Saunière, aquel que encontró el pequeño tubo de cristal con un pergamino, supuestamente escrito por el abad Bigou, en el interior del pilar de madera, el balaustre que sujetaba el púlpito). Este documento será, les dijo Antoine Captier a sus familiares, el que permitió a Saunière hacerse rico. Y es que justo después comenzó a excavar en el cementerio... En esta obra se aporta una enorme cantidad de información y documentos reales (facturas, fotografías, dibujos, mapas, los testamentos...) pertenecientes al legado de Marie, lo que hace que tenga un valor incalculable en esta investigación. Por eso resulta significativo que su conclusión sea que, efectivamente, Saunière encontró un tesoro o un secreto que le hizo rico.



© Óscar Fábrega Calahorro, 2013

11. Torre Magdala

Y desde entonces han salido decenas de títulos que pretenden, cada uno a su modo, desvelar por fin el secreto de Rennes-le-Château y el misteriosísimo abad Saunière. En 1988 dos bibliógrafos contabilizaron ya unas 473 obras dedicadas al tema<sup>[2]</sup>. ¡Imagínense quince años después!

Algunas, como la nuestra, pretenden desmitificar la historia y demostrar que todo ha sido una gran farsa. Destaquemos en este sentido, especialmente, la labor de Paul Smith, que desde Internet se ha dedicado a desmontar una por una todas las mentiras que se han vertido sobre el tema de Rennes-le-Château y sobre todo lo relacionado con el Priorato de Sion. Entre estas obras críticas destaca también la de Bill Putnam y John Edwin Wood, *The Treasure of Rennes-le-Château. A Mystery Solved* (El tesoro de Rennes-le-Château, un misterio resuelto), publicada en 2004, en la que plantean



que la fortuna de Saunière se debió al tráfico de misas y a las suntuosas donaciones que consiguió —quizás con tejemanejes—, y que toda la leyenda posterior fue un gigantesco fraude montado por Pierre Plantard y compañía.

Pero, lamentablemente, las obras críticas son escasas.

En cambio han seguido apareciendo un montón de libros y estudios que, de manera tendenciosa o totalmente acrítica, han continuado reproduciendo la misma historia, obviando los datos y las pruebas que la refutan y amparándose en otras pruebas o teorías nuevas.

Además, siguen realizándose nuevos descubrimientos, aunque algunos realmente dudosos y desconcertantes. En 1995, por ejemplo, el investigador André Douzet presentó una maqueta con un paisaje en relieve que supuestamente había encargado Bérenger Saunière poco tiempo antes de morir, acompañada de unos papeles que demostraban que aquel supuesto encargo era real. En la maqueta se ven unos cerros, unos valles y unos ríos junto a una construcción cuadrada. Se supone que se trata de los alrededores de Jerusalén y representaría lugares «sagrados», como el Gólgota o el huerto de Getsemaní. Pero como no se parece en nada a la Ciudad Santa, Douzet se planteó si se podía tratar en realidad de Rennes-le-Château. Jean-Luc Robin comenta —sin mencionar el nombre de este señor, por cierto— que el tal Douzet intentó alquilárselo para el museo, con éxito, aunque lo consideró una estafa. (Lo hizo para evitar que el museo de la competencia, el de la asociación Terre de Rhedae, se lo quedase). De hecho, menciona que el vaciado era un objeto de fabricación en serie encargado en 1904<sup>[3]</sup> con fines educativos.

Otros han planteado que el misterio de Rennes-le-Château estaba relacionado con la supuesta pertenencia de Bérenger Saunière y/o Henri Boudet a organizaciones masónicas, para lo cual se basan en la extraña iconografía de la iglesia de Santa María Magdalena. Así, por ejemplo, Jean Robin —no confundir con Jean-Luc Robin— afirma que Saunière pertenecía al Rito Escocés Rectificado —una rama de la masonería de la que posteriormente hablaremos, que está relacionada con los templarios— y que ello estaba atestiguado por los registros de la diócesis de Carcassonne. Antoine Captier, nieto del campanero de Saunière, afirma que «pertenecía a una logia masónica. Se le envió a un lugar donde había algo. Él descubrió ciertas cosas. Pero lo repito: no estaba solo. No actuó a solas<sup>[4]</sup>». Captier cree también que pertenecía al Rito Escocés Rectificado; y lo mismo pensaba De Sède.

En los últimos años han proliferado las obras que han centrado sus miras en un análisis geométrico de la zona o de los documentos publicados. Por ejemplo, Richard Andrews y Paul Schellenberger, en su obra de 1996 *The Tomb of God* (La tumba de Dios: el cuerpo de Jesús y la solución a un misterio de 2000 años), proponen una teoría, cuando menos, atrevida: sostienen que lo que descubrió Bérenger Saunière es el lugar donde estaban enterrados —agárrense— los restos mortales de Jesús de Nazaret. Y el sitio exacto sería una montaña cercana, el monte Cardou. ¿Cómo dieron

con ese lugar? Pues por unas complicadísimas estructuras geométricas que según ellos están ocultas en los dos famosos pergaminos, así como en varios cuadros relacionados con el misterio, como el de *Los pastores de la Arcadia* de Poussin. Esas estructuras, aplicadas en un mapa de la región, darían como resultado la ubicación secreta de la supuesta tumba. ¿Cómo acabó el cuerpo del Nazareno allí? Apuntan varias posibilidades: igual Jesús no murió realmente y huyó a las Galias, donde sí terminó falleciendo; o igual sus restos fueron traídos por su familia o sus seguidores; o fueron los templarios los que encontraron su cadáver durante las cruzadas y se lo trajeron... El problema —aparte de lo osado de plantear que Jesús estuviese enterrado en el sur de Francia— es que el punto de partida, los manuscritos, no es válido, ya que, como demostraremos, estos son una farsa creada por Philippe de Chérisey (1923-1985), la mano derecha de Pierre Plantard en toda esta trama. Además hacen cositas tan tendenciosas como modificar la inscripción de la obra de Poussin, «Et in Arcadia Ego», por un anagrama, «Arcam Dei Tango, Iesu» (estoy tocando la tumba de Dios, Jesús), para justificar su hipótesis. Y eso sin tener en cuenta que la obra repite acríticamente varios de los lugares comunes de esta trama que hace ya bastante tiempo están más que descartados como válidos, como, por ejemplo, que Marie Dénarnaud pagó el ataúd de Saunière meses antes de su muerte, algo que se debe a una confusión de sobra aclarada.

Por último, esta teoría de «la tumba de Dios» no explica lo que para nosotros es el gran misterio de Bérenger Saunière, el motivo de su supuesta fortuna; aunque estos autores apuntan a que, posiblemente, cobró de la Iglesia para mantener el secreto...

Henry Lincoln, después de alejarse de los otros dos autores de *El enigma sagrado*, se ha centrado también en investigar una serie de extraños alineamientos y formas geométricas, tanto naturales como construidas, que se dan en la zona de Rennes-le-Château. Por ejemplo, existe un triángulo isósceles perfecto que une Rennes-le-Château, el pico del Bézu y las ruinas de Blanchefort. A partir de ahí establecerá un sinfín de relaciones, curiosamente coincidentes, entre estos puntos y otras formaciones naturales y construcciones de varias localidades de la comarca. Lincoln, además, ha encontrado en los pergaminos algunas estructuras geométricas —como un pentagrama irregular inscrito en un círculo, en el Pergamino Corto— que también aparecen, según este autor, en el cuadro de Poussin *Los pastores de la Arcadia*. La figura más repetida es el pentágono y su asociado, el pentagrama, que era entendido desde la antigüedad como símbolo de vida y de salud, pero que también se asociaba con el planeta Venus y con la feminidad —y, por otro lado, con los cultos satánicos—. Además, desde la época de Pitágoras se asocia el pentagrama con el número áureo<sup>[5]</sup>.

Su conclusión definitiva viene a ser que alguien en la antigüedad, posiblemente los celtas, moldeó el paisaje, aprovechando puntos naturales existentes, configurando esquemas geométricos coherentes y precisos, mediante menhires, dólmenes y otras construcciones. Esto, lógicamente, implica que debían tener unos vastos

conocimientos de matemáticas, geometría y técnicas topográficas<sup>[6]</sup>. «Que sus habilidades se perdieron parece evidente, pero que poseían esas habilidades resulta igualmente evidente<sup>[7]</sup>», dice el propio Lincoln, que también afirma que «la “santidad” del paisaje de Rennes-le-Château proviene de la configuración pentagonal (y, por tanto, de la sección áurea) de sus montañas, que refleja en la tierra el movimiento de Venus en el cielo<sup>[8]</sup>».

Pero ¿qué tiene todo esto que ver con el tema que nos ocupa? ¿Cuál es la relación de estas curiosas formas geométricas con la riqueza repentina de aquel cura rural del Languedoc? Lincoln propone que quizá fue esto lo que descubrió Bérenger Saunière: la existencia de formaciones geométricas enormes en la zona. Y que estas mismas formaciones le condujeron al hallazgo de un tesoro..., aunque igual ese tesoro «ha demostrado ser un conjunto de conocimientos protegidos, conservados y transmitidos siglo a siglo<sup>[9]</sup>», quizá con la intención de ocultar algo.

El problema es que parte de los argumentos que expone no son válidos: los pergaminos son falsificaciones realizadas en los sesenta, y la relación con el cuadro de Poussin se da solamente como consecuencia de estos. Plantear que existe una asociación entre las figuras geométricas que se puedan extraer de estos y las que aparentemente existen en la zona de Rennes-le-Château sería, por lo tanto, una falsedad. Por otro lado, aunque es posible que existan alineamientos geométricos en la zona, pretender que eso se debe a antiguos constructores expertos que los dejaron para la posteridad es una temeridad enorme, aunque no deja de ser sumamente curioso y digno de estudiar<sup>[10]</sup>.

Por otro lado, en Rennes-le-Château, Henri Buthion, el propietario de la finca desde 1964, seguía buscando el tesoro y, al igual que sus anteriores compañeros de fatiga, Marie Dénarnaud (fallecida en 1953) y Noël Corbu (fallecido en 1968), se negaba a vender, pese a que las deudas le tenían prácticamente arruinado. Hasta que en 1993 cedió ante la oferta de dos extranjeros: Bert Gerards, un empresario americano-indonesio-holandés, y Bob Kroon, un periodista holandés. Y aceptó, probablemente, porque se veía acabado y la finca estaba a punto de ser embargada. Aun así, en el despacho del notario, Buthion pidió que se añadiera una cláusula en el contrato de compraventa en la que se dejaba claro que, en caso de encontrarse posteriormente el dichoso tesoro, le correspondería un diez por ciento de su valor.

Acabó falleciendo en 1999, curiosamente en otro Rennes, el de la Bretagne.

Se iba un personaje secundario de esta historia que, desde la soledad del buscador de tesoros, desde las frías habitaciones de la Villa Betania, había visto cómo, desde que compró la finca en 1964, la historia que le llevó allí, la extraña fortuna del cura de los millardos, se había transformado totalmente. Y todo por culpa de nuestra querida *éminence grise*, Pierre Plantard, que durante las tres décadas que Buthion estuvo en Rennes-le-Château se encargó de hacer crecer el Mito gracias a sus secuaces, conscientes o no, Gérard de Sède y Henry Lincoln.

En octubre de ese mismo año, 1999, el Ayuntamiento de Rennes-le-Château, a

instancias de Jean-Luc Robin, por aquel entonces encargado de la finca —aunque los propietarios seguían siendo Bert Gerards y Bob Kroon—, compró las antiguas propiedades de Bérenger Saunière, en parte gracias a una serie de subvenciones que además permitieron acondicionarlas para el público. Jean-Luc Robin, por otro lado, abrió frente a la Villa Betania, en unos jardines diseñados por Saunière y que fueron anteriormente propiedad suya, un pequeño restaurante, La Table de l'Abbè, donde tuvimos oportunidad de conocerle en nuestra visita de 2007. Falleció al año siguiente.

A Buthion le hubiese encantado presenciar lo que sucedió en 2003, cuando un equipo estadounidense, con dineros y tecnología puntera —incluido un georradar—, se presentó en el pueblo. El equipo, dirigido por el doctor Robert Eisenman —un arqueólogo y erudito bíblico estadounidense conocido por sus trabajos sobre los Rollos del Mar Muerto y que contaba con Michael Baigent como colaborador—, iba en busca de un supuesto cofre o caja que un testigo aseguraba que había bajo la Torre Magdala. Encontraron una enorme piedra rectangular. Pero el georradar mostró que debajo de la iglesia parecía haber una cripta..., algo más que probable, aunque, recordemos, esto ya se excavó en los años cincuenta y sesenta.

Tras este repaso introductorio en el que hemos ido narrando cómo poco a poco fue creciendo el Mito, gracias a la intervención de varios escritores, es el momento de la verdad. Llegados a este punto, tenemos claro que existen dos protagonistas destacados en todo este embrollo, sin los cuales este Mito no tendría ni el alcance ni la curiosa significación que posee.

Bérenger Saunière y Pierre Plantard, por diferentes motivos, tienen la clave de esta historia. Comencemos por el primero...

## SEGUNDA PARTE

### **Destruyendo un mito**

El que busca la verdad corre el riesgo de encontrarla.

MANUEL VICENT

La verdad es lo que es,  
y sigue siendo verdad aunque se piense al revés.

ANTONIO MACHADO

¿Qué sabemos realmente de la fascinante historia del abad Saunière, aquel cura francés que se hizo tremendamente rico de la noche a la mañana? ¿Es cierto todo lo que nos han contado? ¿Qué es verdad y qué es mentira? ¿A quién debemos creer?

No vamos a ser nosotros quienes los saquen de dudas. Evidentemente no disponemos de las respuestas definitivas ni vamos a aportar pruebas contundentes que fundamenten nada. De ser así, esta obra hubiese tenido un título rimbombante y comercial como *La verdad revelada sobre Rennes-le-Château* o *La clave de Rennes-le-Château: por fin la verdad sale a la luz*, y no este título que tiene.

Pero sí partimos de una hipótesis que creemos ser capaces de demostrar con evidencias más que sobradas: el mito de Rennes-le-Château ha sido un montaje magistral, documentado y fascinante de un no menos fascinante personaje llamado Pierre Plantard, un megalómano sin escrúpulos, con una imaginación desbordante y una capacidad increíble para convencer a la gente de las cosas más absurdas.

Eso no quiere decir, que conste, que la historia del abad Saunière sea falsa.

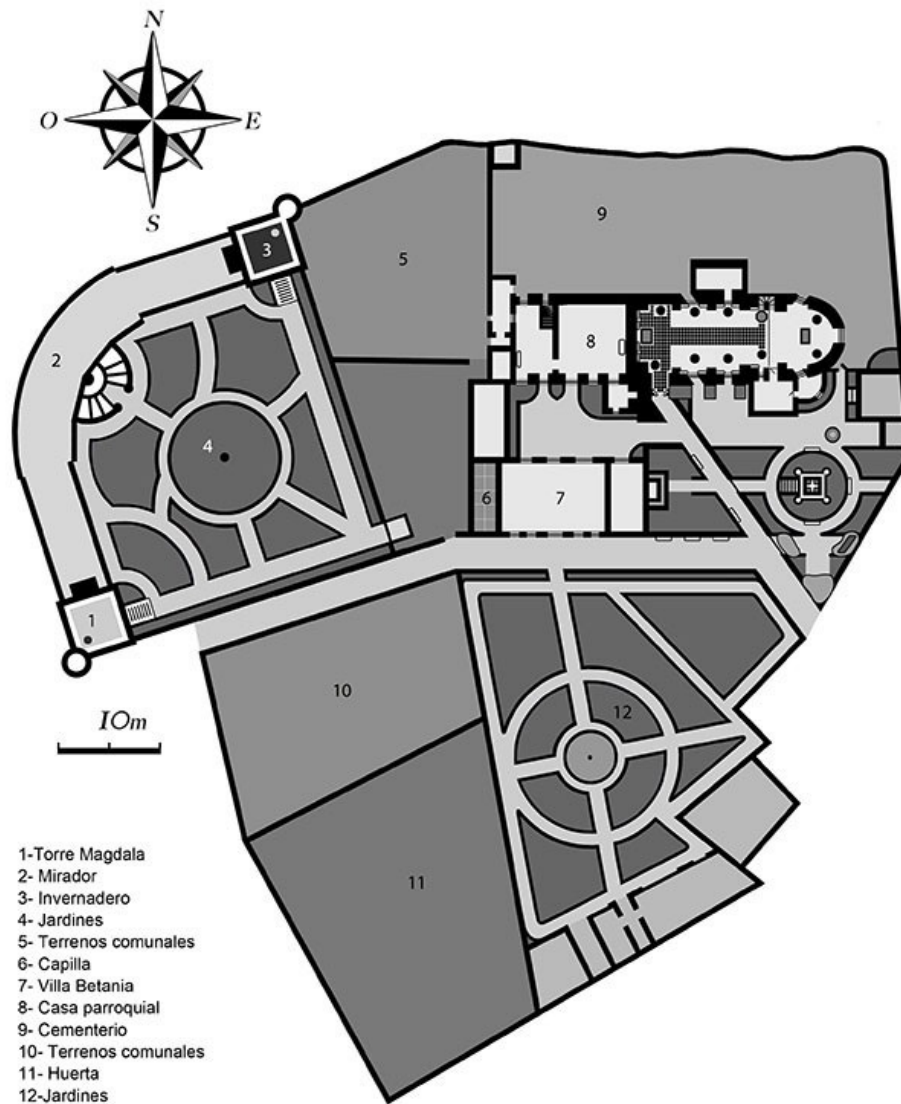
Lo que quiere decir es que la mitología de Rennes-le-Château, esa conexión entre Saunière, los merovingios, el Priorato de Sion, los templarios y la creación de unos Estados Unidos de Europa, es la obra de toda una vida de un señor con delirios de grandeza y mucho descaro que, a finales de los setenta, llegó a asegurar que era el

legítimo descendiente de los merovingios y, por tanto, digno candidato a ser monarca en Francia. Este señor, como veremos, manipuló aquella historia de un cura rural — que probablemente ya había sido manipulada previamente por Noël Corbu— y la relacionó con toda una locura cosmogónica que le tenía a él mismo como epicentro del terremoto. Eso sí —que conste también—, no estaba solo...

Así que, sin más preámbulos, intentemos averiguar la verdad y destruir el Mito.

Empecemos, como no podía ser menos, por ver quién fue Bérenger Saunière y qué fue, realmente, de su vida y su obra.





- 1-Torre Magdala
- 2- Mirador
- 3- Invernadero
- 4- Jardines
- 5- Terrenos comunales
- 6- Capilla
- 7- Villa Betania
- 8- Casa parroquial
- 9- Cementerio
- 10- Terrenos comunales
- 11- Huerta
- 12- Jardines

© Octavio Martínez González, 2013

12. Plano de la finca de Saunière, junto a la iglesia y el cementerio



© Octavio Martínez González, 2013

13. Plano de la iglesia de Rennes-le-Château y del parque delantero

## CAPÍTULO 9

### Saunière

François-Bérenger Saunière nació el 11 de abril de 1852 en Montazels, una pequeña aldea cercana a Couiza —al otro lado del valle del Aude— y, por tanto, muy próxima a Rennes-le-Château —a unos cinco kilómetros—. Sus padres se llamaron Joseph Saunière y Marguerite Hugues, y no fueron para nada pobres, como algunas versiones de la historia han asegurado. Tampoco fueron ricos, pero sí tuvieron el suficiente dinero para vivir con comodidad, como demuestra el hecho de que tanto Bérenger como su hermano Alfred hiciesen carrera religiosa —de haber sido pobres, solo podría haber accedido a los estudios el primogénito<sup>[1]</sup>—. Joseph, su padre, era dueño de una tienda de ultramarinos, capataz del molino de trigo local y administrador del castillo del marqués de Casemajou —el cual aún permanece en pie en el centro del pueblo—. Bérenger Saunière fue el primogénito de una familia de siete hijos. Tuvo tres hermanos (Alfred, Martial y Joseph) y tres hermanas (Mathilde, Adeline y Marie Louise).

Estudió en el colegio de Saint Louis, en la cercana localidad de Limoux, hasta los dieciocho años, fecha en la que ingresó en el Seminario Menor de Carcassonne. Cuatro años después, en 1874, se marchó al Seminario Mayor de la misma ciudad para completar sus estudios eclesiásticos. Algunas fuentes proponen que en realidad cursó sus estudios en el Seminario de Narbonne, pero se trata de una confusión debida a que posteriormente fue enviado allí como castigo por sus proclamas antirrepublicanas. Será finalmente ordenado sacerdote el 7 de junio de 1879, cuando contaba veintisiete primaveras.

Un mes después, el 16 de julio de 1879, fue nombrado vicario en la aldea cercana de Alet-les-Bains, una localidad a medio camino entre Couiza y Limoux en la que antiguamente estuvo la sede episcopal<sup>[2]</sup>. Pasaría allí casi tres años, hasta que el 16 de junio de 1882 fue trasladado a la pequeña aldea de Le Clat, cercana al pueblo de Axat, al sur del Aude, ya como sacerdote, donde ejercería, prácticamente, durante otros tres años.

El 1 de junio de 1885 fue trasladado a aquel pequeño pueblo en lo alto de un cerro que dominaba todo el valle del Aude y que por aquel entonces no contaba con más de doscientos habitantes: Rennes-le-Château. Allí pasaría el resto de sus días hasta su

muerte, el 22 de enero de 1917.

Tenía, pues, treinta y tres años cuando llegó al pueblo para sustituir a Antoine Croc, el recientemente fallecido párroco, que solo había ejercido allí durante un año. Este le legaría una casa parroquial en ruinas y una iglesia dedicada a Santa María Magdalena —construida en el siglo x y que fue en su día capilla de los señores de Rennes—, que desde hacía décadas se hallaba en un estado ruinoso, tanto que las autoridades locales habían decidido que era más barato echarla abajo que restaurarla, pero como no había dinero, se iban apañando como podían. Al igual que el presbiterio, la casa parroquial estaba inhabitable, por lo que tuvo que alojarse provisionalmente en casa de una vecina, Rose Octotipe Saunière, pariente lejana suya, para terminar estableciéndose un tiempo después en la casa de la familia Dénarnaud, cercana a la iglesia.

### ***Contexto histórico***

En aquellos momentos Francia se encontraba en una etapa convulsa de su historia. En realidad lo ha estado durante los últimos dos siglos.

En octubre de 1885 se iban a celebrar unas elecciones en las que una coalición conservadora pretendía, en caso de ganarlas, reinstaurar la monarquía —cosa que ya había pasado en alguna ocasión desde la Revolución francesa—, enfrentándose a los liberales republicanos, que estaban, por supuesto, en contra. Pero también se estaba fraguando una batalla en la que andaba metida la Iglesia, que apoyaba, obviamente, la postura monárquica y conservadora, garante de sus privilegios. Estamos, pues, en el período de la historia de Francia que se conoce como la Tercera República (1870-1940), tras las otras dos intentonas republicanas: la primera, tras el destronamiento de Luis XVI, entre 1792 y 1804 —que termina cuando Napoleón se autoproclama emperador—; y la segunda, tras la Revolución de 1848, que destronó a Luis Felipe I y que durará hasta 1852, cuando Napoleón III instaure el Segundo Imperio.

En 1870, el canciller prusiano Otto-Leopold von Bismarck (1815-1898), dispuesto a unificar todos los Estados alemanes, inicia una guerra contra Francia, aún gobernada por Napoleón III. Este será encarcelado en septiembre de ese año durante la Batalla de Sedán, y se deja al país sin jefe de Estado. Aprovechando esto, el líder republicano de la Asamblea Nacional, León Gambetta (1838-1882), proclamará el 4 de septiembre de 1870 la República —dos días después de la detención del monarca—, en un clima de gran descontento popular por la derrota en Sedán, y se establecerá una Junta de Defensa Nacional que hará de gobierno interino. En febrero de 1871 se celebrarán unas elecciones legislativas en las que se nombra a Louis-Adolphe Thiers (1797-1877) presidente provisional, a la espera de una constitución republicana. El problema es que en aquellas elecciones ganaron los monárquicos. La Guardia

Nacional, por otro lado, descontenta con este gobierno de Defensa Nacional, establecido en Versalles, se levantó y tomó en marzo el control de París, instaurando un gobierno municipal que fue conocido como la Comuna de París. Esta acabaría violentamente el 28 de mayo.

Los monárquicos estaban decididos a instaurar una monarquía constitucional. El problema es que había dos candidatos a sentarse en el trono, apoyados cada uno por bandos enfrentados. Por un lado, estaba Enrique de Artois (1820-1883) —Enrique V para sus seguidores, conde de Chambord, nieto de Carlos X (derrocado en 1830) y de la rama de los Borbones—, que era apoyado por los «legitimistas». Por otro lado, estaba Luis Felipe, conde de París, nieto de Luis Felipe I (último rey de Francia, derrocado en 1848), apoyado por los «orleanistas». Como veremos posteriormente, el primero, Enrique de Artois, tendrá una gran importancia en la historia de Saunière. Finalmente, ambos grupos monárquicos enfrentados pactan que el conde de Chambord fuese el elegido. Pero no tuvo éxito esta tentativa, en parte por culpa suya: se mostró contrario a liderar unas instituciones heredadas de la Revolución francesa, y se negó a aceptar la bandera tricolor, símbolo nacional desde décadas antes —exigía la *drapeau blanc*<sup>[3]</sup> borbónica—. Oponiéndose a aquella forma de gobierno conocida como monarquía constitucional, se mostraba más proclive a un gobierno absolutista, aunque moderado. Todas estas pretensiones hicieron que la opinión pública se posicionase en contra de ese regreso al Antiguo Régimen al que aspiraba Enrique V. Es más, aunque en 1873 ocupó la presidencia un monárquico radical, el mariscal Edme Patrice Maurice de Mac-Mahon (1808-1893), y aunque había una clara mayoría monárquica en el Parlamento, la intransigencia absolutista del conde de Chambord hizo imposible su nombramiento, al dividir a los monárquicos y hacer fuertes a los republicanos, que fueron ganando cuotas de poder.

Y esto se plasmaría en el proceso constitucional, entre febrero y julio de 1875, en el que sentaron las bases de la Tercera República y quedaron anuladas, por ahora, las pretensiones monárquicas. Las primeras elecciones a la Asamblea Nacional, del 20 de febrero de 1876, dieron la victoria a los republicanos, aunque el presidente seguía siendo Mac-Mahon. Tuvo que ceder y nombró primer ministro a Jules Simon (1814-1896), republicano. La cosa estaba complicada, así que el presidente disolvió las Cortes y convocó nuevas elecciones en octubre de 1877, con la esperanza de que fueran ganadas, en esta ocasión, por los monárquicos. Volvieron a perder.

El enfrentamiento entre el presidente Mac-Mahon, monárquico, y las Cortes republicanas se fue haciendo cada vez más tenso, hasta que el primero fue acusado de golpe de Estado —al intentar de nuevo disolver las Cortes—, y fue obligado a renunciar en 1879.

Le sucedería Jules Grévy (1807-1891), republicano, iniciándose el régimen parlamentarista que caracterizaría a esta Tercera República. Es decir, cedía el poder, en la práctica, al presidente del Consejo de Ministros. El primero fue Jules Ferry (1832-1893), un político importantísimo en la historia de Francia que en 1882 aprobó

la conocida como Ley de Alienación, que permitió vender gran parte de las joyas de la Corona francesa con el supuesto objetivo de pagar el acceso del pueblo a los museos nacionales, aunque con el objetivo real y propagandístico de atacar a los monárquicos, con el lema de «No puede existir un rey si ya no existe corona ni cetro».

Por otro lado, este auge del republicanismo iba emparejado al ascenso del laicismo, algo que culminará en 1905 con la decisiva Ley de Separación de las Iglesias y el Estado. Y es que se consideraba que la Iglesia francesa era, efectivamente, un fuerte bastión de los conservadores más reaccionarios y, por lo tanto, de los monárquicos. Además, se instauró la enseñanza gratuita, obligatoria y laica, y se aprobó el divorcio. Eran, en definitiva, malos tiempos para la anteriormente todopoderosa Iglesia francesa.

La Tercera República durará hasta junio de 1940, fecha en la que Francia caía rendida ante las tropas de Adolf Hitler. Llegó el momento del mariscal Philippe Pétain (1856-1951), que tendrá bastante importancia en momentos posteriores de nuestra historia.

### ***Un cura monárquico***

Analizado el contexto político de la época, regresemos de nuevo a la trama: entre el 4 y el 18 de octubre de 1885 hubo nuevas elecciones generales en Francia. Nuestro cura, que llevaba solamente cuatro meses en Rennes-le-Château, era un monárquico convencido y odiaba profundamente a los republicanos, enemigos declarados de la Iglesia a la que pertenecía. Saunière usó el púlpito para lanzar proclamas antirrepublicanas que exhortaban a las mujeres del pueblo, su principal audiencia en las misas, para que convenciesen a sus maridos y votasen por la agrupación monárquica (llamada la Unión de Derecho y formada por conservadores, monárquicos y bonapartistas<sup>[4]</sup>).

El abad leerá desde el púlpito uno o varios de los artículos publicados<sup>[5]</sup> en la *Semaine Religieuse de Carcassonne* sobre las elecciones, en los que se atacaba a los enemigos de la Iglesia. No sabemos cuál fue exactamente el que leyó. Por eso, para hacernos una idea de lo que pudo decir, os transcribo una versión de su discurso incluida en el magnífico trabajo sobre este tema, *Rennes-le-Château. Le Secret de Saunière* (Rennes-le-Château, el secreto del abad Saunière), escrito en 2005 por Jean-Luc Robin, aquel que durante varios años se hizo cargo de la finca de Saunière:

*Mis queridos hermanos, la República nos llama para elegir a nuestros representantes. No permitamos que se nos escape una oportunidad tan buena como esta para despojarnos de esta infame institución con las armas que ella misma nos ofrece. Para derribar a este régimen impío, todos los medios son*



*buenos, ¡incluso legales! La República es obra del diablo y los republicanos tienen sus manos manchadas con la sangre de nuestros reyes. Ahora quieren derribar la Iglesia católica y podéis estar seguros de que, si los dejamos donde están, harán todo lo que sea necesario para conseguirlo. Me dirijo sobre todo a vosotras, mis muy queridas hermanas, para que, cuando regreséis a casa, les expliquéis a vuestros maridos el peligro que corre nuestra Iglesia, el peligro que corren nuestros hijos si se les priva de la enseñanza religiosa, así como el peligro que corren nuestras almas sometidas a la propaganda atea y revolucionaria. Si el partido republicano consigue ganar al partido monárquico, vaticino que a nuestra Iglesia y a nuestro país les espera un futuro muy negro*<sup>[6]</sup>.

No sirvió de nada. No pudieron frenar a la República. Y eso pese a que en las elecciones aumentó el número de escaños de los monárquicos: ganaron las elecciones con 201 de los 383 asientos.

Pero esta acción política de Saunière tuvo consecuencias. Parece ser que alguien del pueblo —posiblemente el maestro, republicano convencido— denunció ante las autoridades al párroco por sus reaccionarios discursos. En una carta escrita el 30 de octubre de 1885 por René Goblet, ministro para la Instrucción Pública, las Bellas Artes y los Cultos, al entonces obispo de Carcassonne, monseñor Félix-Arsène Billard (1829-1901), que ocupaba el cargo desde 1881, le informaba de que cuatro párrocos locales —entre los que se encuentra Saunière— se habían manifestado contra la República y habían demostrado un comportamiento reprobable, y le pedía que fueran transferidos. Unos días después, el 15 de noviembre, el obispo responde aludiendo que lo único que habían hecho estos cuatro párrocos había sido defender la religión leyendo un artículo de la *Semaine Religieuse de Carcassonne*:

*En su memorando del 30 de octubre 1885 me dio los nombres de cuatro eclesiásticos de mi diócesis que usted afirma que han sido culpables de discursos y acciones reprobables durante el período electoral.*

*Tiene que creerme, señor ministro, cuando digo que estos sacerdotes no tenían intención de atacar a la forma ni a la composición del Gobierno, que, en todo caso, no son realmente los objetivos del artículo.*

*El abad Saunière, al igual que sus colegas, cree que solo estaba cumpliendo con su deber al actuar como defensor autorizado de la religión cuando avisó a los electores en su parroquia sobre los programas anticristianos y anti-Concordato que estaban siendo expuestos por algunos de los candidatos parlamentarios.*

*Me atrevo a esperar, señor ministro, que sus sabios consejos estarán de acuerdo conmigo y que la amonestación impuesta a los cuatro eclesiásticos mencionados anteriormente le parecerá suficiente reparación para una*

*concatenación puramente accidental de acontecimientos*<sup>[7]</sup>.

Dado que el obispado no había tomado acciones contra estos sacerdotes rebeldes, iban a ser suspendidos de sueldo, según una carta firmada el 2 de diciembre de 1885 y escrita de nuevo por Goblet:

*Señor obispo:*

*Las explicaciones que me ha hecho el honor de hacerme llegar a fin de justificar la conducta de cuatro sacerdotes de su diócesis, que se han visto comprometidos durante el período electoral, no han conseguido modificar mi opinión acerca de los actos que se les imputan, actos que usted discute, pero cuya realidad material reconoce implícitamente.*

*Puesto que no manifiesta usted intención alguna de acogerse a mi deseo de reasignarlos para evitar las justas represalias que se merecen, me veo hoy en el deber de castigarlos hasta donde me lo conceden mis prerrogativas disciplinarias.*

*Los titulares abajo mencionados se verán pues privados de los subsidios correspondientes a sus títulos a partir del primero de diciembre del presente año:*

*Señores Saunière, párroco de Rennes-le-Château*

*Tailhan, párroco de Roullens*

*Jean, párroco de Bouriège*

*Delmas, vicario de Alet*

*Reiterándole mi más alta consideración*

GOBLET

*Ministro para la Instrucción Pública*<sup>[8]</sup>

El obispo Billard, también monárquico convencido, no pudo hacer nada para evitar la sanción y tuvo que aplicar el castigo. Eso sí, el día 13 de diciembre de 1885 se publicó un escrito en la *Semaine Religieuse de Carcassonne* en el que se dice lo siguiente:

*A la larga lista de sacerdotes que han sido víctimas de una sistemática persecución hay que añadir, desde el último período electoral, los nombres de cuatro párrocos de la diócesis local: Jean, Tailhan, Delmas y Saunière. El prefecto del Aude les notificó la decisión ministerial de privarlos de sus estipendios con efecto del 1 de diciembre de 1885. En vano su obispo ha intentado defenderlos de las acusaciones realizadas por el ministro para la*

*Instrucción Pública con una firme pero digna explicación de su conducta. Tuvo la mala suerte de ver cómo el ministro no hacía caso en absoluto de ella. Los informantes han triunfado. ¿No pueden comprender la seriedad de su error, dadas las consecuencias inevitables que se desarrollarán en sus parroquias<sup>[9]</sup>?*

Así que, aparte de quedarse sin sueldo, nuestro protagonista, el abad Saunière, recibirá una orden de traslado al Seminario Menor de Narbonne para ejercer de profesor de apoyo. Estaría allí hasta el 1 de julio de 1886, fecha en la que, gracias a la intervención de los vecinos y del alcalde, fue reincorporado a la iglesia de Rennes-le-Château.

Y fue en ese preciso momento, a su regreso de Narbonne, cuando comenzará a efectuar las primeras reparaciones en la iglesia de Santa María Magdalena, gracias a seiscientos francos que las autoridades locales le conceden para las obras más urgentes.

Además, por otro lado, contaba con otros mil francos que habría recibido, según afirman algunos investigadores, de un personaje enormemente importante y con el que había contactado en Narbonne...

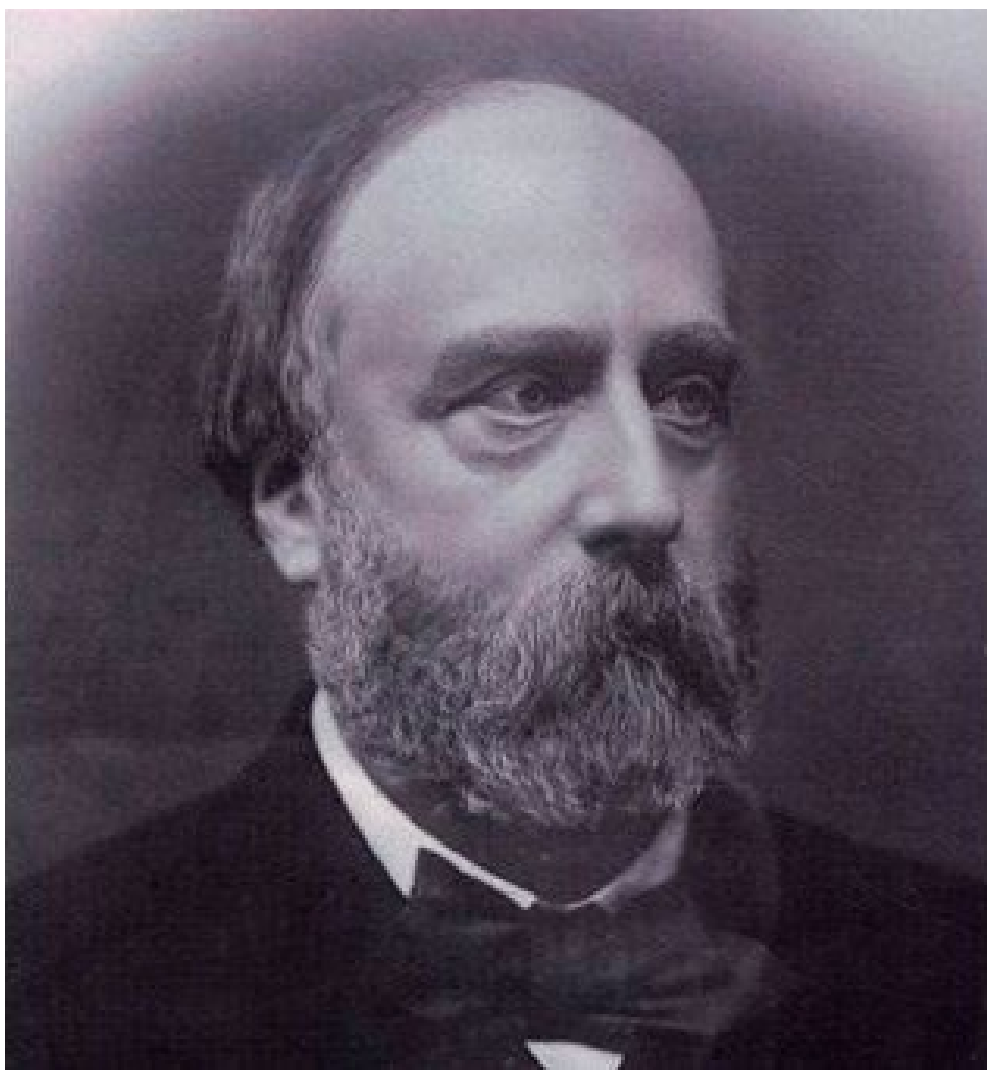
### ***La conexión Habsburgo-Chambord***

María Teresa de Austria (1817-1886), condesa de Chambord, era la mujer de Enrique de Artois, del que hemos hablado páginas atrás, cuando nos hacíamos eco de las intentonas de restituir la monarquía en Francia. Este señor, Enrique de Artois, era hijo póstumo del príncipe Carlos y de la princesa María Carolina de Borbón-Dos Sicilias, y nieto de Carlos X, el último Borbón que reinó en Francia —con lo cual su nombre era, en realidad, Enrique Carlos de Borbón y Borbón Dos-Sicilias—. Carlos X, tras los acontecimientos revolucionarios de París en 1830, abdicó en su nieto Enrique y obligó a su hijo, Luis Antonio de Borbón, a que también abdicase en el joven Enrique, que por entonces tenía solo doce años. Era, pues, el legítimo heredero de la rama borbónica al trono francés y, como tal, era también el jefazo del partido legitimista.

Exiliado en Frohsdorf, Austria, durante la época en la que gobernó Napoleón III, Enrique de Artois, conde de Chambord, no intentó seriamente acceder al trono, aunque sí mantuvo una actividad política importante. Su oportunidad se presentó, como mencionábamos anteriormente, durante la guerra franco-prusiana que terminó en 1871 y que tuvo como consecuencia la instauración de la Tercera República francesa. Con una mayoría monárquica, estuvo a punto de acceder al trono, de no ser porque sus ímpetus absolutistas crearon un gran descontento entre los republicanos y entre los monárquicos moderados, que veían en él una posible y temible vuelta al

Antiguo Régimen.

No pudo acceder al trono y, finalmente, en 1883, falleció en el castillo de Frohsdorf sin haber tenido hijos.



14. Enrique de Artois, conde de Chambord

Curiosamente esto supuso —haciendo un pequeño paréntesis en nuestra narración— que la línea carlista de los Borbones españoles heredase los derechos a la Corona francesa durante unas generaciones, hasta que Alfonso Carlos de Borbón (1849-1936) falleció sin descendencia. Los derechos pasaron al exiliado, por la instauración de la Segunda República española, Alfonso XIII (1886-1941). A este fue al que los legitimistas franceses consideraron rey en el exilio, con el nombre de Alfonso I de Francia y Navarra. El segundo hijo de Alfonso XIII, Jaime de Borbón (1908-1975), era sordo de nacimiento. En España abdicó a favor de su hermano Juan de Borbón (1913-1993), padre de nuestro campechano monarca, Juan Carlos I (nacido en 1938). Pero en Francia, don Jaime sí fue considerado, pese a su sordera, el candidato de los legitimistas con el nombre de Enrique VI de Francia y Navarra.

Pues bien, ¿saben ustedes quién sería el siguiente de la saga? Pues el hijo de este, conocido como Alfonso de Borbón y Dampierre (1936-1989), duque de Cádiz, aquel que se casó con María del Carmen Martínez-Bordiú y Franco (nacida en 1951), nieta del dictador Francisco Franco (1892-1975) y peculiar personaje de la prensa rosa y de los medios televisivos en la actualidad. Así que el aspirante legitimista al trono

francés en la actualidad es el hijo de ambos, Luis Alfonso de Borbón Martínez-Bordiú (nacido en 1974), bisnieto de Francisco Franco, por un lado, y de Alfonso XIII, por otro...

Pero volvamos atrás. En 1883 fallece Enrique de Artois, aspirante al trono francés. Su esposa, María Teresa de Austria, queda viuda. Esta señora, por otro lado, era una distinguida dama perteneciente a la dinastía de los Habsburgo, los protectores del Vaticano y la casa real que gobernaba por aquel entonces en el Imperio austrohúngaro bajo las riendas de Francisco José I (1830-1916), el hombre, sin duda, más poderoso de Europa y que apoyó, como era de esperar, las pretensiones de Enrique de Artois. (Recordemos que el hijo de este, el archiduque Francisco Fernando [1863-1914], heredero al trono, fue asesinado el 28 de junio de 1914 en Sarajevo por Gavrilo Princip, un terrorista serbio, acontecimiento que daría lugar al estallido de la Primera Guerra Mundial).

Pues bien, esta señora, María Teresa de Austria, viuda del conde de Chambord, le donó, según algunos autores, mil francos a Bérenger Saunière —aunque años después, cuando tuvo que explicar sus cuentas, diría que fueron en realidad tres mil—. ¿Cómo se establece el contacto entre estas dos personas de mundos tan dispares? Jean-Luc Robin<sup>[10]</sup>, por ejemplo, explica que la conexión se produjo gracias al hermano del abad, Alfred Saunière, también sacerdote y precepto de los hijos del marqués de Chefdebien, un monárquico convencido con grandes posesiones en el Languedoc y que vivía en Narbonne —adonde había sido enviado Saunière para cumplir su castigo—. No sería raro que durante su estancia en Narbonne, en alguna visita a su hermano, Bérenger conociese al marqués.

Este, a su vez, había sido íntimo del conde de Chambord, Enrique de Artois —de hecho, fue uno de los que sujetaron el paño mortuario en el entierro de este—. Sería este marqués de Chefdebien quien, al parecer, entregó esa donación procedente de la marquesa de Chambord, María Teresa de Austria, a Saunière.

La pregunta lógica es: ¿por qué? Quizá la respuesta sea, simplemente, porque conoció la triste situación de aquel cura local que había sido castigado por arremeter contra la República. O igual le pagaron por algo, como plantea, por ejemplo, Robin<sup>[11]</sup>.

Alfred Saunière, por otro lado, dejaría a esta familia Chefdebien en circunstancias extrañas: por lo visto fue despedido por algún tipo de delito menor. Un descendiente de ellos, Aynard de Bissy, diría que fue por robar documentos de los archivos de la familia<sup>[12]</sup>...

Quizás todo esto tenga relación con algo muy interesante que luego estudiaremos: en 1779, un antepasado de este marqués de Chefdebien, su abuelo, François Chefdebien d'Armissan, creará un curioso rito masónico, el Rito Primitivo de los Filadelfos, que el Rito Antiguo y Primitivo de Memphis considera como su origen. Este señor, además, tuvo mucho que ver con la creación del Rito Escocés Rectificado, una de las obediencias masónicas más extendidas en la actualidad. El otro rito, el de



Memphis, de tradición templarista, fue fundado por Jacques-Étienne Marconis de Nègre, en 1839, familiar a su vez de Marie de Nègre d'Ables, la mujer de François d'Hautpoul, último señor de Rennes-le-Château. La de la famosa lápida que destruyó Saunière y que ¡estaba enterrada en el cementerio!

Una curiosa coincidencia. O no...

La respuesta sería clara si no fuese por otra asombrosa conexión: ¿saben ustedes quién fue el preceptor del conde de Chambord, el dichoso Enrique de Artois, aspirante al trono francés? Pues ni más ni menos que Armand d'Hautpoul-Felines, sobrino nieto de Marie de Nègre, tan fiel a la causa que se negó incluso a cobrar.

## CAPÍTULO 10

### El altar. Los pergaminos

Volvamos de nuevo a Rennes-le-Château, que la cosa se va poniendo interesante. En julio de 1886 Bérenger Saunière regresó tras su exilio forzado de ocho meses en Narbonne. Y nada más llegar comenzó con las obras de rehabilitación de su iglesia gracias al dinero cedido por el ayuntamiento (seiscientos francos), a la donación de la marquesa de Chambord (otros mil francos) y a un pequeño legado de cuatrocientos francos que le dejó su antecesor, el abad Pons.

¿Qué es lo primero que hace? Cambiar el deteriorado altar gracias a la donación de una señora de la zona, exactamente del pueblo de Coursan, Marie Cavailhé, como cumplimiento de una promesa que hizo un tiempo atrás, cuando cayó enferma en Rennes-le-Château y se recuperó milagrosamente. Esta señora pertenecía a una familia monárquica y poderosa de la zona, y en 1874 había publicado un libro de poemas titulado *Fleurs-de-Lys*, como homenaje a la monarquía, en el que el primero de esos poemas estaba dedicado al conde de Chambord.

El altar costó setecientos francos y fue instalado el 27 de julio de 1887, como demuestran las facturas que conservó Saunière. El antiguo altar era una losa de piedra sujetada por el centro por un pilar de piedra antiquísimo —posiblemente de época carolingia, aunque hay quien plantea que era visigótico— y por uno de sus extremos unida a la pared. En el interior del pilar, en un pequeño hueco rectangular, se encontraron —según casi todas las versiones de la historia— una serie de documentos dentro de unos cilindros de madera, tal como comentaron los albañiles que ayudaban en la obra a Saunière y como contó Corbu unas décadas después. Se trataba de dos o tres tubitos de madera con unos pergaminos manuscritos en su interior.

A partir de aquí resulta extremadamente difícil realizar una reconstrucción fiel de los hechos.

Se dice que Saunière se llevó los pergaminos para intentar descifrarlos. Pero el alcalde del pueblo se enteró y le pidió una traducción de ellos, que el sacerdote le dio tras un tiempo, escrita de su puño y letra. El texto, al parecer, tenía que ver con la construcción del altar. De hecho, ese tipo de cavidad era normal en los altares primitivos: se llamaba *capsa* y en ella, en el momento de la consagración de un

templo, se solía introducir un documento que atestiguaba dicha ceremonia, a veces acompañado de alguna reliquia.

Pero por desgracia nada de esto se sabe con seguridad, ya que las distintas versiones de la historia difieren al respecto: en su primera versión del Mito, Corbu decía aquello de «¡A un golpe de pico en el pilar del altar mayor, el abad Saunière descubre el tesoro de Blanca de Castilla<sup>[1]</sup>!», y afirmaba a continuación que «uno de los viejos pilares revelaba providencialmente un agujero, del que fueron extraídos unos tubos de madera que contenían unos viejos pergaminos escritos en latín» gracias a los que «descubrió el famoso tesoro de Blanca de Castilla<sup>[2]</sup>».

Tiempo después, Gérard de Sède, en *El oro de Rennes*, afirmaba también aquello, precisando que Bérenger Saunière había encontrado tres tubitos de madera con cuatro pergaminos en su interior. Hará una copia de ellos por petición del alcalde y luego, a instancias del obispo Billard, se marchará a París para que los descifren Émile Hoffer y el padre Bieil de Saint-Sulpice. Pero no se aportan los textos decodificados, como ya comentamos en su momento, a pesar de que De Sède tenía que haberlos conocido —como demuestra el hecho de que uno de los libros que menciona en su bibliografía, *Les Descendants Mérovingiens ou l'Énigme du Razès Wisigoth*, de Madeleine Blancasall, mostraba la traducción.

En *El enigma sagrado* se cuenta la misma historia que narró De Sède, aunque agregando unos cuantos datos más sobre los pergaminos: «Se dice que dos de los pergaminos eran genealogías, datando una de 1244 y la otra de 1644. Al parecer los otros dos documentos los había redactado en el decenio de 1780 uno de los predecesores de Saunière, el abate Antoine Bigou<sup>[3]</sup>». Y aquí, por fin, se muestran los textos descifrados. Lo curioso de esto es que tampoco los tres autores de *El enigma sagrado* obtuvieron las transcripciones de la obra de Blancasall, a pesar de que hablan de dicha obra en el libro y la citan también en la bibliografía, ya que afirman<sup>[4]</sup> que a finales de 1971 recibieron la decodificación de ambos documentos por parte de De Sède, que aseguraba haberlas recibido de una tercera persona...

Baigent, Leigh y Lincoln, en la segunda parte de aquel libro, *El legado mesiánico* (1987), afirmaron que Saunière había encontrado cuatro pergaminos, tres de los cuales se conocían con bastante precisión, pero nunca habían sido fotografiados ni salido a la luz pública —curioso, ¿no?—. Serían los siguientes:

1. Una genealogía fechada en 1244, con el sello de Blanca de Castilla, madre de San Luis, que confirmaría la existencia de la estirpe merovingia.

2. Otra genealogía que abarcaría el período 1244-1644, obra de François-Pierre d'Hautpoul, señor de Rennes-le-Château.

3. El famoso testamento de Henri d'Hautpoul, fechado en 1695, cuyo contenido se desconoce. En nuestro análisis de la obra *El oro de Rennes*, de De Sède, ya hablaba de esto y aseguraba que la última depositaria de este testamento fue Marie de Nègre, quien en 1781 se lo confió al párroco Antoine Bigou.

Pero, por otro lado, estaban los dos dichosos pergaminos que mostró por primera

vez De Sède en su libro...

Un momento. ¡Tenemos cinco documentos! No se alarmen: Pierre Plantard, años después, en 1983<sup>[5]</sup>, explicó que eran efectivamente cuatro legajos compuestos por las dos genealogías, el testamento y otro con los dos textos bíblicos, uno por cada cara de un mismo pergamino, que eran los que había mostrado De Sède, los que estaban codificados.

Estos pergaminos con los textos bíblicos, parte esencial de este drama, se dice que fueron creados por Antoine Bigou entre 1781 y 1792 y tenían todas sus palabras unidas unas con otras sin espacios, aunque a veces aparecen rotas al final de las líneas: uno de ellos, el conocido como *pergamino largo*, era un texto compuesto por varios párrafos de los Evangelios de Lucas (6, 1-5), Mateo (12, 1-8) y Marcos (2, 23-28). Contenía ciento cuarenta letras añadidas y fue sometido a un complicado sistema de encriptación, que analizamos pormenorizadamente en el apéndice al final del libro. Baste con decir que el método de codificación que empleó su autor era tan ridículamente rebuscado y complejo que lo hacía imposible de descifrar en aquella época —sin ordenadores—. El texto en claro decía lo siguiente:

BERGERE PAS DE TENTATION QUE POUSSIN TENIERS GARDENT L CLEF PAX DCLXXXI  
PAR LA CROIX ET CE CHEVAL DE DIEU J'ACHEVE CE DAEMON DE  
GARDIENT A MIDI POMMES BLEUES<sup>[6]</sup>

(Pastora, ninguna tentación. Que Poussin, Teniers, tienen la clave; paz 681.  
Por la cruz y este caballo de Dios, completó [o destruyó] este demonio del  
guardián al mediodía. Manzanas azules).

JESVS EVRGOANTCSCKDTPESPAJCSHA EYENJTBETH 9 ANFACOVKAT  
 JYKAO TIAZA VUSMORTYVVS 9VCEMOSVJCTYTAVITIVESVS FEACEKXNT  
 LAVIEMTTCAENAPMTBETOTOMARTHAHMINISTRKABATIBLSARUSO  
 VCROVNXVSEKATTE\*ATSCOVOLIENTDILVJCVJOMARTALERGOACB CEP  
 TTIKTBRACOMYNNGENTTJNARATPFJSTICTYPRHETIOVSTETVNEXTPE  
 DECSIKRVAETEKTCSKSTICAUPRIKTSNSVJSPEPDESEKTPTEETDOMBESTO  
 PLTITAESTEECHVNGEINTTODAEKEDIXALTEKGOVRNVMEKDGISTVUHL  
 TSETVTXTVDDXSCARJORTIS 9VITENATCVHOTR2ATTIVRVS 9TVAREHOCVU  
 HENVTVCNONXVENVTGKEENPAGSACN2ARVSETDAAZUCMESGIE  
 GENYES? DIXITNUTCOMHOECNON 9VJSTADECGAENTSPERRTINEB EAT  
 2dCVTOMSED 9VHNFVRELRTEITLOUCVLOS HCAHENSECA 9VAECOVTTIEBA  
 MCTYKROTRAHETEDIXITIEJRGOTCSHVJSTNEPTLLACOVNITXATZMS  
 EPVIGTVKAEOMSEAESERVNETIL 9VAPAVPVERESENHICOMJEMPGERHA  
 HEMTTSNOBLTISCVOMFOMCAVICTOMNONSESCOMPERH2AVBEISCOJONO  
 VILICROIZVRBAMV 9LTAEXCTOMVDACTST 9VTATLOITCESTXETVENE  
 2KVN TNONHPROTEPRTESUMETANTOMMSEDVTLVZARVOPUTACR  
 EH\*TYVCEMKEUSCTAOUITAOMORRTVTSCHOGTT2VKERVNT2HVTECP  
 RVTNCTPEJSSACEKCDOTVOMVOTETL2K2RVOMTNAKRFCTKRENTY  
 CVTACOMVLTTPROPYTKTILXVM22HTHONTCXVGT2AETSNETCRCD  
 DCB2NTINTESVM

NO 7 IS

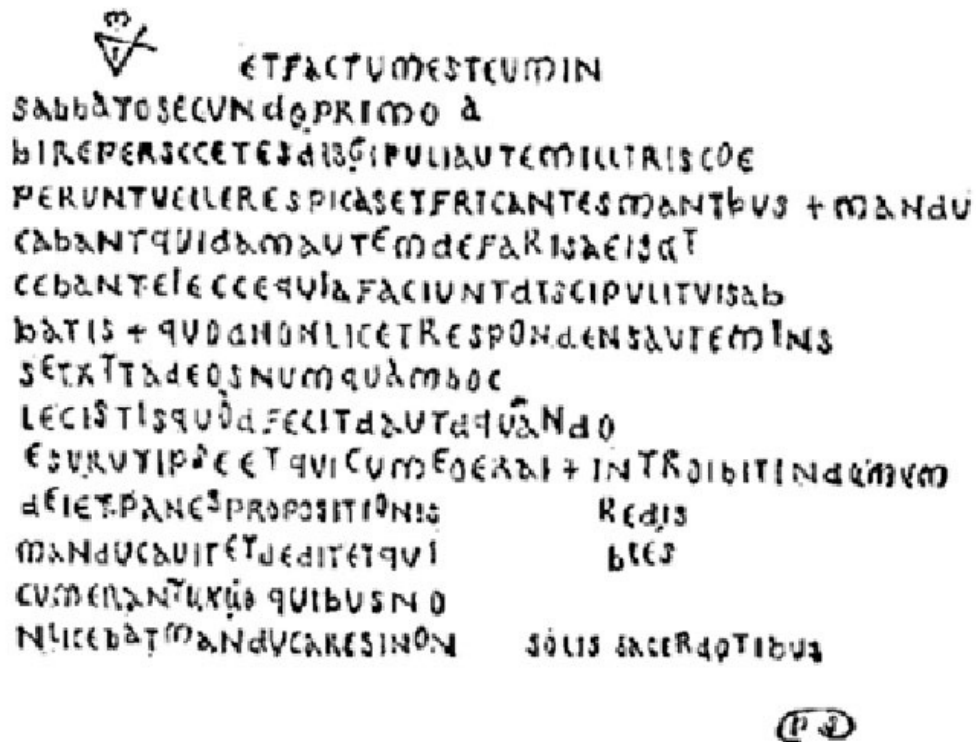
JESV. MCD E LA . VV LN EKVOM + SPES . VNA . PAXITENTIVOM .  
 PER . MAGDALAN2 . IACHYMAS + PCCATA . NOSTRA . DILVAS .

15. El Pergamino Largo

El otro documento, el Pergamino Corto, correspondía a un extracto del Evangelio de Juan (12, 1-12), y era mucho más sencillo: las letras elevadas respecto a la línea de las frases formaban un mensaje coherente:

A DAGOBERT II ROI ET A SION CE TRESOR ET IL EST LA MORT<sup>[7]</sup>

(Este tesoro pertenece al rey Dagoberto II y a Sion y él se encuentra allí muerto).



16. El Pergamino Corto

### La verdad, entre líneas

El problema de esos textos en clave es que son falsificaciones realizadas en los años sesenta.

Fueron confeccionados, como él mismo reconocería años después —por ejemplo, en un panfleto de 1978 titulado *L'Énigme de Rennes*—, por el marqués Philippe de Chérissey, socio y amigo de nuestra querida *éminence grise*, Pierre Plantard. En una de las ocasiones en las que reconoció la autoría —entre varias explicaciones que fue dando a lo largo de los años— dijo que los había confeccionado en 1956 para «un breve programa de televisión<sup>[8]</sup>». Seguramente los hizo un tiempo después, a mediados de los sesenta, ya que aparecieron por primera vez en el dichoso *Dossier Secret* de Madeleine Blancasall depositado en la Biblioteca Nacional de París en 1964.

Además, como apuntan varios autores, se sabe que el texto de Juan, el del Pergamino Corto, es de una traducción de la Universidad de Oxford de 1889, con lo cual no pudo ser obra de Bigou, pues falleció décadas antes.

Pierre Plantard, interrogado al respecto por los autores de *El enigma sagrado*, en 1979, dijo que el marqués de Chérissey no los había inventado, sino que se había limitado a copiar los originales, añadiendo algunos puntos y marcas para que fuesen más fáciles de leer.

Mentía.



Y es que el mensaje descriptado de esos supuestos pergaminos era fundamental para enlazar el asunto de Rennes-le-Château y la trama merovingia que proponía Plantard en los *Dossiers Secrets* y en las obras en las que colaboró aportando información «confidencial». Aquel supuesto viaje a París que realizó Saunière no se habría producido —al menos, no en los términos que se propone en las obras del Mito—. Así que tampoco habría comprado los cuadros aquellos en el Louvre, ni habría relación alguna con Poussin, ni habría conocido a Emma Calvé. Pero además, como más adelante comprobaremos al analizar los *Dossiers Secrets*, estos pergaminos, junto a los otros documentos, se dice que sirvieron para que unos expertos genealogistas realizasen una serie de genealogías que demostraban la continuidad del linaje merovingio tras la muerte de Dagoberto II.

Sin pergaminos, en definitiva, no hay relación entre Rennes-le-Château y el Mito creado por Plantard. Son la prueba de cargo, la clave del arco sin la cual el edificio se desmorona.

Y, lamentablemente, nunca existieron.

Ahora bien, de ser auténticos, como muchos autores siguen manteniendo a día de hoy, ¿cómo los habían conseguido Plantard y De Chérissey, que fueron quienes se los entregaron a Gérard de Sède? Pues se inventaron una truculenta historia afirmando que, después de quedar en posesión de las personas a las que se los había llevado Saunière a París, habían sido comprados fraudulentamente en 1946, tras ser robados de la biblioteca de Émile Hoffet poco después de morir este, y que habían ido a parar a la Liga de Libreros Anticuarios de Londres mediante dos señores: Roland Stansmore y *sir* Thomas Frazer. Después estuvieron custodiados en una caja fuerte del Lloyds International Bank en Londres hasta que fueron trasladados a París, donde estaban de vuelta en 1979, siempre según Plantard.

En un documento del 22 de enero de 1981 —recordemos que Saunière murió un 22 de enero...— se informó a la prensa de que Pierre Plantard había sido elegido gran maestro del Priorato de Sion —¿por qué publicar esto en prensa?—. En el texto se decía que era el legítimo descendiente de los merovingios y que «su linaje queda legalmente demostrado por los pergaminos de Blanca de Castilla que descubrió el párroco Bérenger Saunière en Rennes-le-Château (Aude) en 1891 [recordemos también que fue en 1987 cuando se cambió el altar...]. Estos documentos, que la sobrina del sacerdote vendió en 1955 al capitán Ronald Stansmore y a *sir* Thomas Frazer, se depositaron en una caja fuerte del Lloyds Bank Europe Limited en Londres<sup>[9]</sup>». Ahora se dice 1955...

Plantard aportó a Baigent, Leigh y Lincoln, a principios de los ochenta, unas fotografías que correspondían a declaraciones certificadas mediante notario. Una de ellas, del 5 de octubre de 1955, iba dirigida al consulado francés en Londres por parte de tres señores: el vizconde Frederick Leathers, el mayor Hugh Murchison Clowes y el capitán Ronald Stansmore Nutting —que conste que antes se había mencionado como Roland, no como Ronald—. Estos pedían exportar del país «tres pergaminos



cuyo valor no puede calcularse, que nos han sido confiados, a efectos de investigación histórica, por *madame* James, residente de la localidad francesa de Montazels (Aude). Pasaron legalmente a manos de dicha señora en virtud de una herencia de su tío, el abate Saunière, cura de Rennes-le-Château (Aude)<sup>[10]</sup>». Los documentos en cuestión eran la genealogía de 1244, la de 1644 y el testamento de 1695, y se afirmaba de ellos que «contienen pruebas de la descendencia por línea directa, a través de la línea masculina, de Sigiberto IV, hijo de Dagoberto II, rey de Austrasia, a través de la casa de Plantard, condes de Rhedae, y no deben ser reproducidas de ninguna forma<sup>[11]</sup>». De hecho, esos documentos nunca han sido reproducidos.

En otra de sus entregas, Plantard les confió otra fotocopia en la que un tal Roundell Cecil Palmer, conde de Selborne —del que se aportaba una partida de nacimiento verificada por el notario Patrick J. Freeman, que también había verificado las firmas del documento anterior—, con fecha del 23 de julio de 1956, se dirigía al cónsul general de Francia pidiendo permiso para retener ciertos documentos franceses, donados por *madame* James, y afirmando que después de veinticinco años volverían legalmente al señor Pierre Plantard, conde de Rhedae y conde de Saint-Clair, aunque en caso de que este no los reclamase, pasarían a formar parte de los archivos nacionales franceses. El conde de Selborne mencionaba además que los textos en cuestión habían sido depositados por el capitán Nutting, el mayor Clowes y el vizconde Leathers en la Liga Internacional de Libreros Anticuarios, y que iban a ser trasladados al Lloyds Bank Europe ese mismo día.

¡Menudo lío!

Resumamos: tres tipos, Nutting, Clowes y Leathers, en 1955, obtienen, al parecer, tres de los cuatro pergaminos hallados por Saunière, cedidos por *madame* James, la sobrina de este. Y pidieron permiso para llevárselos (exportarlos) a Inglaterra. El 5 de octubre de ese año comparecieron ante un notario, el tal Freeman, para certificar oficialmente su solicitud. Un año después, en 1956, el conde de Selborne pide permiso al mismo cónsul para retenerlos allí. Y veinticinco años después regresarían a Francia, a manos nada más y nada menos que de Pierre Plantard.

Así explican, en definitiva, cómo acabaron esos papeles en poder de nuestra *éminence grise*. Pero esto es claramente falso. En primer lugar, porque nunca existieron. Pero, además, porque se encontraron pruebas que demostraban la falsedad de todos esos supuestos documentos notariales: Baigent, Leigh y Lincoln, los autores de *El enigma sagrado*, se pusieron en contacto con el tal Patrick J. Freeman, el notario que supuestamente había atestiguado todas estas peticiones. Este encontró en sus archivos que, en efecto, en 1955 se había realizado una transacción con Nutting, Clowes y Leathers, y que él mismo había certificado que las firmas eran auténticas. Pero es que resulta que estos tres señores habían sido consejeros de una compañía aseguradora, la Guardian Assurance, y en aquellos tiempos el gobierno francés ordenaba que toda persona que representase a una compañía de seguros en Francia

tenía que presentar una firma certificada ante notario. También afirmó haber reconocido la firma del conde de Selborne en 1959.

Curiosamente, los archivos del notario Freeman no contenían nada sobre unos pergaminos o unas genealogías en relación con ninguno de los dos reconocimientos de firmas<sup>[12]</sup>. Y, por supuesto, este señor no sabía nada de toda la trama en la que se le había implicado.

Resulta que Lincoln y compañía descubrieron que el 5 de octubre de 1955 (fecha del primer documento) se había celebrado una reunión extraordinaria en el consejo de administración de la Guardian Assurance<sup>[13]</sup>. En las actas de aquella reunión aparecían las firmas de Nutting, Clowes y Leathers, pero no coincidían para nada con las del documento aportado por Plantard. Además, descubrieron que el Lloyd Bank Europe, el banco en el que el conde de Selborne había depositado los documentos el 23 de julio de 1956, ¿no existía aún! En ese año, las sucursales europeas se llamaban Lloyds Band Foreign, y no fue hasta 1964 cuando pasó a denominarse Lloyd Bank Europe<sup>[14]</sup>. Por lo tanto, era imposible que el documento datase de 1956.

Todo esto deja claro que aquellos documentos notariales, que, supuestamente, indicaban la ruta que habían seguido los dichosos pergaminos, eran falsos. Aunque, eso sí, se había trabajado sobre material auténtico, usando, por ejemplo, las firmas y el texto del notario Freeman, el timbre del consulado francés y la firma de lord Selborne. A estos documentos reales se les había añadido el texto, precisamente lo que hablaba de los dichosos pergaminos y genealogías.

Plantard y/o De Chérisey, en definitiva, habían usado documentación real que por algún motivo que desconocemos poseían, y habían añadido todo este embrollo de la exportación de los supuestos pergaminos de Francia a Inglaterra, y viceversa. ¿Con qué objeto? Obviamente, fundamentar su existencia de una forma legal.

Manipular y alterar información y documentación real para justificar la veracidad de las propuestas.

Como veremos, esta fue una práctica habitual de nuestro querido Plantard.

No es la primera vez que la empleó (recuerden, por ejemplo, su participación en *Los templarios están entre nosotros*).

Ni la última.

## CAPÍTULO 11

### La Losa de los Caballeros

Continuemos con la historia de Bérenger Saunière. Íbamos diciendo que en julio de 1886, tras su exilio en Narbonne, y con los mil francos de la condesa de Chambord más los seiscientos que le había dado el ayuntamiento, se puso a hacer las reparaciones más urgentes en la iglesia y en la casa parroquial. Y también que en 1887 había cambiado la piedra del altar, que había sido pagada por la monárquica señora Marie Cavailhé, como cumplimiento de una promesa que tenía con Rennes-le-Château. Además, ese año se instalaron las nuevas vidrieras —no sabemos si todas o solo alguna—, compradas a la empresa de un tal Henri Feur, de Bordeaux, por un valor de mil trescientos cincuenta francos, que serán pagados en cuatro cómodos plazos a razón de uno por año (30 de septiembre de 1887, 12 de abril de 1897, 26 de abril de 1899, y 7 de enero de 1900). Sabemos este dato preciso gracias a un documento firmado de 1905 en el que da fe de ello el propio Henri Feur<sup>[1]</sup>. La vidriera central, detrás del altar, está dedicada a la Magdalena y muestra el encuentro que tuvo con Cristo en la mañana de Pascua. En otra se muestra la resurrección de Lázaro, hermano de María de Betania, asociada siempre con la Magdalena. La última, la de la sacristía, muestra a Cristo en la cruz.

Con estas vidrieras sucede algo sumamente curioso: en invierno, a mediodía, cuando la luz penetra a través de ellas, se produce un efecto óptico que han descrito algunos como una especie de «manzanas azules». Lo cual tiene que ver con aquello que se decía en el texto en claro de uno de los falsos pergaminos...

Poco sabemos de lo que pasó durante los años siguientes.

Sí sabemos que entre el 4 de mayo de 1890 y el 12 de junio de 1891 compaginó su trabajo en Rennes-le-Château con dar misa los domingos en Antugnac, una localidad cercana, mientras se nombraba un nuevo párroco. Algunos de sus sermones en esta época fueron recogidos en la obra *Mon Enseignement à Antugnac, 1890*, recopilados por el padre Bruno de Monts<sup>[2]</sup> en 1984.

Por esa misma época Marie Dénarnaud, junto a sus padres y su hermano, se trasladó a vivir con Saunière en la casa parroquial, ya algo adecentada. Hay que recordar que la criada oficial del abad era su madre, Alexandrine Dénarnaud, si bien Marie ayudaba en todas las tareas domésticas. Todos los Dénarnaud, incluida Marie,

dormían en la planta alta, mientras que Saunière vivía en la planta baja; y así lo hicieron siempre. Esto es importante mencionarlo, ya que en muchas obras se dice que Saunière y Marie vivían juntos, insinuando que vivían en pareja, lo que no es cierto en absoluto. Claro que eso no quita que se produjese algún que otro encuentro furtivo en el campo durante las excursiones aquellas...

El 21 de junio de ese año, 1891, Saunière instala en los jardines de la entrada de la iglesia una imagen de Nuestra Señora de Lourdes sobre el pilar visigótico que antiguamente sujetaba el altar, en una ceremonia a la que asistieron varios lazaristas de la cercana iglesia de Nôtre-Dame de Marceille, de la cercana localidad de Limoux; una iglesia que tendrá cierta relación con este misterio. En dicha ceremonia, además, se celebró la comunión de veinticuatro niños de la parroquia y se llevó en procesión por las calles del pueblo la imagen, a hombros de cuatro vecinos, entre ellos Antoine Captier, el campanero y jardinero de Saunière. «Este bello momento familiar terminó con un entusiasta discurso dado por el venerable padre, con tres brindis en honor de la Virgen María, y con la bendición del Sagrado Sacramento<sup>[3]</sup>». Estaban presentes los curas de Couiza, Espéraza y el abad Fournès.

Sobre este tema del pilar y la imagen de la Virgen de Lourdes se ha hablado mucho y se ha escrito aún más. El pilar visigótico<sup>[4]</sup>, que en realidad era carolingio, fue instalado —cinco años después de ser quitado de debajo del antiguo altar y tras haber sido restaurado— para soportar la imagen, aunque lo colocaron boca abajo —curioso, porque la cruz queda entonces invertida.





© Fernando López Angulo, 2013

17. Pilar visigótico

En el pilar hay dos inscripciones: «PENITENCE, PENITENCE», arriba, y «MISSION 1891», abajo. La primera alude a la Virgen de Lourdes, aunque algunos han indicado que en realidad está relacionado con las apariciones de La Salette<sup>[5]</sup>. Curiosamente, solo está

tallado por tres de sus lados —permanece sin tallar el que hoy en día da a la Villa Betania—, lo que ha llevado a pensar a algunos, como Descadeillas, que igual no era el que estaba debajo del altar. De hecho, no hay ninguna prueba que demuestre ni una cosa ni la otra; aunque, eso sí, el relieve de las inscripciones nuevas está menos erosionado que los otros relieves del pilar y, por tanto, es más reciente.

Algunos iluminados plantean que aquello de «MISSION 1891» es en realidad MIS «colocado», y SION, es decir, «colocado por Sion» en 1891. Pura especulación.

También por esta época, Saunière decide derribar el antiguo púlpito de la iglesia, estilo Luis XIV, para cambiarlo por uno nuevo. Se produce aquí un nuevo hallazgo del que hemos hablado en varias ocasiones: Antoine Captier (1833-1903), el campanero y jardinero de Saunière, encuentra entre los escombros el balaustre de madera (de castaño) sobre el que se asentaba el antiguo púlpito, artísticamente labrado, de un metro de alto y con un capitel corintio que lo coronaba. Cuando se dispuso a levantarlo, algo se cayó de su interior: se trataba de una pequeña cápsula de cristal que se encontraba en un pequeño hueco que había en el interior del balaustre, en el capitel. Se había roto, y entre los cristales aparece un pequeño pergamino. Decide entregárselo al cura, que, según sus palabras, se pasó toda la noche intentando descifrarlo.

El balaustre en cuestión aún se conserva y ha pasado a ser parte del legado de Antoine Captier, nieto del campanero, y Claire Corbu, hija de Noël Corbu, matrimonio que vive en la localidad y que ha aportado mucho material de su patrimonio para el museo de Rennes-le-Château. Por algún motivo que desconocemos, el abad le prestó mucha importancia al balaustre y lo conservó toda su vida, primero en la pequeña biblioteca que en septiembre de 1891 construyó al lado de la puerta del cementerio —que también hizo las veces de capilla durante las obras de la iglesia, así como de depósito de agua—, y luego en la nueva biblioteca situada en la Torre Magdala.

La primera vez que se mencionó este hallazgo fue en el informe que en 1967 realizó el profesor Jacques Cholet, en el que recoge sus conclusiones acerca de las excavaciones que llevó a cabo entre 1959 y 1963. Resulta curioso que Corbu, quien, como recordarán, se hizo eco de la historia unos años antes, no contase nada sobre el balaustre ni sobre Antoine Bigou. El supuesto pergamino hallado por Captier le indicó a Saunière, según Cholet<sup>[6]</sup>, que debía excavar justo delante del altar, debajo de una extraña losa diferente en tamaño y forma a todas las demás.

Se trataba de la conocida Losa de los Caballeros.

Muchos consideran que el hallazgo del pergamino que se encontraba en el balaustre fue el detonante que lanzó a nuestro abad a las extrañas maniobras que posteriormente llevaría a cabo en el cementerio, y sería, pues, el que iniciaría su ascenso a la fortuna. Los que consideran esto desestiman el supuesto hallazgo de los otros pergaminos en el pilar de piedra del altar. Igual hay un término medio. Igual en ambos pilares, el de madera del púlpito y el de piedra del altar, había documentos. Lo



que no quiere decir, en cualquier caso, que tuviesen algo que ver con la fortuna que hizo Saunière. Lamentablemente, nunca lo sabremos.

Lo que sí sabemos es que todo cambió a continuación.

El 21 de septiembre de 1891 Saunière escribió en su diario una entrada que ha dado mucho que hablar y que todos consideran el inicio de su aventura. Dice lo siguiente: «Lettre de Granes. Découverte d'un tombeau, le soir pluie» (Carta de Granes. Hallazgo de una tumba. Lluvia por la noche<sup>[7]</sup>).

¿Una tumba?

Sabemos que por esa época los albañiles habían comenzado a levantar todas las losas del suelo de la iglesia para reemplazarlas por unas nuevas. Hay quien piensa que este cambio se hizo, precisamente, porque en el pergamino que encontró Captier en el balaustre se indicaba que había «algo» escondido bajo el suelo de la iglesia. Hay quien piensa, sin embargo, que el citado pergamino indicaba exactamente el lugar en el que había que excavar, bajo una pesada losa que se encontraba a los pies del altar, de unos sesenta centímetros de ancho por ciento veinte de largo, que no destacaba en nada respecto a las demás —no tenía ni inscripciones ni dibujos—, excepto por su tamaño.

Sea como fuere, o por indicación del pergamino del púlpito o por una mera casualidad al ir a cambiar el suelo de la iglesia, así fue como se encontró la Dalle de Chevaliers, la Losa de los Caballeros.

Saunière, acompañado de dos operarios, Adrien Marre y Félicien Marceau (según menciona en su obra Jean-Luc Robin<sup>[8]</sup>), levantó la pesada losa y descubrió, atónito, que alguien en el pasado le había dado la vuelta, ya que la cara oculta estaba labrada con un motivo ornamental magnífico, un bajorrelieve de época carolingia —algunos han propuesto que es anterior, de época merovingia, como veremos—, compuesto por dos representaciones humanas bajo dos arcos romanos: a la izquierda aparece un caballero de pie que da de beber a su montura; a la derecha, un caballero montado a caballo con la brida y el escudo sujetos con una mano y una lanza o una espada en la otra.

Sobre esta extraña lápida tampoco dijo nada en su pionera versión del misterio Noël Corbu, aunque sí los siguientes autores: Jacques Cholet, el ingeniero que estuvo excavando en los sesenta, la menciona en su informe de 1967; De Sède, en *El oro de Rennes*, dice que lo primero que hace tras regresar de París con la traducción de los pergaminos es levantar esta losa y excavar una fosa de un metro de profundidad en la que se encuentran dos esqueletos y una olla con objetos brillantes; y años después se contará algo parecido en *El enigma sagrado*.

Por desgracia está absolutamente destrozada, en parte por el paso de los años, pero, sobre todo, porque misteriosamente Saunière decidió ponerla fuera de la iglesia, delante del calvario —una cruz de metal que se encuentra en los jardines de acceso a la iglesia—, según algunos, o en la misma entrada, según otros. En la actualidad se puede contemplar en el museo de Rennes-le-Château, adonde regresó en los sesenta,



tras pasar muchos años en el Museo de Lápidas de Carcassonne.



© Óscar Fábrega Calahorro, 2013

18. La Losa de los Caballeros, tal y como se conserva en el museo de Rennes-le-Château

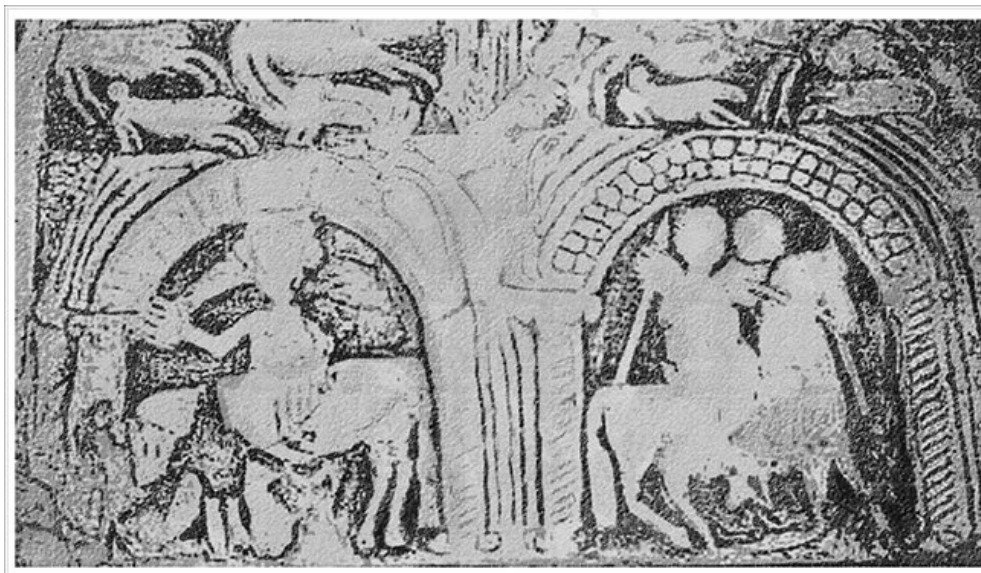
Algunos han visto en la imagen de la derecha, la del señor a caballo con sus armas en ristre, una representación templaria. De hecho, la Orden del Temple usaba un sello, muy común y conocido en el que aparecían dos caballeros sentados a lomos del mismo caballo, acompañados en muchas ocasiones de la leyenda «Sigillum Militum» (sello de los soldados) o «Sigilem Militum Xpisti» (sello de los soldados de Cristo). En el contexto templario, los dos jinetes podrían representar al monje y al caballero, la unión de la función guerrera y la sacerdotal, característica de esta orden. Pero también podría ser una representación de la pobreza. ¿Podría ser templaria, pues, la dichosa losa que Saunière encontró frente al altar? Aunque ¿cómo podría una losa de época carolingia, del siglo IX aproximadamente, representar a los templarios, cuya orden no aparecerá hasta tres siglos después? Se podría decir «Igual no es carolingia», a lo que se podría responder sin problemas «Tampoco se ven dos caballeros en el bajorrelieve»...

Otros han ido más allá...

¿Y si se trata de una representación merovingia, algo que sí podría encajar con la época y el estilo de la piedra y el bajorrelieve? Podría ser, aunque el argumento que se suele aportar es tremendamente provocador: los autores de *El enigma sagrado*, Baigent, Leigh y Lincoln, que de merovingios hablan mucho, se plantean si lo que se ve en el relieve de la derecha no representa en realidad a un señor a caballo llevando un bebé en brazos. Y la verdad es que visto desde esa perspectiva, aunque sea pura pareidolia<sup>[9]</sup> parece efectivamente la representación de un caballero con un niño en brazos. Así, estos autores, que en su obra proponen que los merovingios no se extinguieron con Dagoberto II, plantean la posibilidad de que esta losa sea una

representación de Sigeberto IV, su hijo, al ser rescatado —cuando era un bebé— para evitar su asesinato. Aquella idea, propuesta también por De Sède, que se inspiró a su vez en la obra de Blancasall, planteaba que el pequeño Sigeberto IV fue refugiado en la antigua Rhedae —para algunos Rennes-le-Château— y que allí «tomó el título de conde del Razès, dejó descendencia, murió y fue enterrado, en el 758, en la iglesia, bajo la losa llamada “de los Caballeros<sup>[10]</sup>”». Este linaje se habría mantenido oculto en la clandestinidad hasta el día de hoy. Serían, según plantean De Sède y Lincoln y compañía, los legítimos herederos del trono francés, con Pierre Plantard a la cabeza.

Henri Buthion, el propietario de la finca desde 1964 —fecha en la que se la vendió Noël Corbu— hasta 1993, creía también posible que aquella cripta fuese en realidad la tumba de Sigeberto IV, el hijo del último merovingio, Dagoberto II. Estaba convencido de que Saunière, además, había descubierto en su interior dos coronas de oro junto con una gran cantidad de joyas.



© Octavio Martínez González, 2013

19. Reproducción de la Losa de los Caballeros

### ***La tumba de los señores***

Sea como fuere, lo cierto es que los testigos, los dos albañiles, Adrien Marre y Félicien Marceau, contaron posteriormente que después de levantar la losa y de excavar un poco, encontraron varios esqueletos entre fragmentos de ataúdes. ¿Serían los de los antiguos señores de Rennes-le-Château? Puede ser. No hay que olvidar que la iglesia actual era en la antigüedad la capilla del castillo aledaño de los señores de Rennes, y que era tradición en aquella época que los nobles fuesen enterrados en las iglesias. Pero además, como informa Jean-Luc Robin en el libro de actas de Antoine Bigou, el antiguo abad, se indica claramente que «la tumba de los señores que esté cerca del balaustre<sup>[11]</sup>...».

Efectivamente, en la colección de documentos de Captier y Corbu —fruto de la herencia de ambos, especialmente la de Corbu, que es a su vez la herencia de Marie Dénarnaud— se encuentra el registro parroquial de 1781. En una de las entradas de ese año se aporta el certificado de defunción de la marquesa de Blanchefort, Marie de Nègre, en el que podemos leer: «Por maese Michel, párroco de Saint-Just (Le Bézu), en mi presencia y con mi consentimiento, ha sido inhumada el treinta y uno del antedicho mes en la iglesia de este lugar, en la tumba de los señores que está cerca del balaustre, en presencia del antedicho maese Michel, párroco de Saint-Just, y de maese Antoine Delmas, párroco de Bains<sup>[12]</sup>...».

Significativamente hay que decir que este registro parroquial se conserva porque Saunière lo guardó celosamente, quizá para evitar que nadie leyese aquello de la tumba de los señores.

Jacques Cholet, aquel que entre 1959 y 1963 excavó en la zona y del que hemos

hablado en capítulos anteriores, consiguió el permiso para excavar al aportar un escrito de principios del siglo XVIII con un texto del tío de Antonie Bigou, Jean Bigou, que fue párroco antes que él. Esto es lo que decía: «Bajo el altar de la iglesia de Rennes-le-Château existe una cámara en la que se encuentran las tumbas de los tiempos de los antiguos reyes y ciertos documentos que no deben ser del dominio público. Con este propósito, yo mismo me he encargado de que se selle el acceso a dicha cripta<sup>[13]</sup>».

La fachada de la iglesia, por otro lado, puede aportar una aclaración al respeto de este tema: está atravesada por un filete funerario, una especie de moldura que rodea el edificio, hoy en día muy deteriorado. Esto quiere decir que dentro guarda o guardaba los restos de alguna personalidad importante de sangre azul —o azulada.

¿Encontró, en definitiva, Bérenger Saunière la tumba de los señores de Rennes y la saqueó? Puede ser, qué duda cabe...

Y es que, además de hallar los esqueletos y los restos de ataúdes, según los testigos, encontraron una olla llena a rebosar de monedas de oro y alhajas, a las que restó importancia el abad, aludiendo a que eran solo medallitas de la Virgen de Lourdes. Sobra decir que la noticia se extenderá rápidamente por la localidad —y por las localidades vecinas—, «noticia que, durante años, constituirá la explicación para las gentes de la región de la repentina fortuna del abate, de sus despilfarros y del tren de vida fastuoso que mantendrá hasta la declaración de guerra de 1914<sup>[14]</sup>», como comenta Robin.

Entre las cosas que encontró allí se menciona un antiguo cáliz labrado que le regaló Saunière al abate Grassaud, de Saint-Paul-de-Fenouillet, y que aún se conserva en la parroquia de dicha localidad. Posiblemente sea el cáliz con el que oficiaba misa el abate Bigou.

Sea como fuere, lo significativo es que justo después de este hallazgo, Bérenger Saunière detiene las obras y manda a los obreros a su casa. O al menos eso fue lo que dijo a los albañiles, ya que, parece ser, él siguió trabajando a escondidas...

## CAPÍTULO 12

### **El cementerio**

Según el propio diario de Saunière, tras la críptica entrada aquella en la que decía haber encontrado una tumba (del 21 de septiembre de 1891), se marchó de viaje, como demuestra la anotación del día 29 en la que dice: «Vi al párroco de Néviau —chez Gélis —Chez Carrière— Vi a Cros y secret». Néviau es un lejano pueblo cercano a Narbonne. Gélis era el párroco de la cercana localidad de Coustaussa y tiene una relación particular con esta trama, ya que fue asesinado el 31 de octubre de 1897, seis años después, de una forma bastante misteriosa... Más tarde hablaremos de él.

Regresaría a su parroquia días después, pero no retomó las obras hasta mitad de octubre; eso sí, como dice de nuevo en su diario, llegó a un acuerdo con albañiles nuevos, algo evidentemente significativo. ¿Por qué sustituyó a los antiguos obreros? ¿Será porque habían visto la localización de la cripta?

Por desgracia, los diarios de Saunière solo llegan hasta el 12 de abril de 1892, fecha en la que se detienen bruscamente. Esto complicará aún más el misterio. Sus actividades durante los dos siguientes años serán una incógnita, ya que no hay constancia documental de lo que hizo nuestro abad hasta 1895, año en el que la historia cogerá un nuevo rumbo.

A principios de ese año, o a finales de 1894, Saunière, acompañado de la fiel Marie Dénarnaud, se dedicará a una tarea tremendamente sospechosa y extraña: según la versión más extendida de la historia, durante varias noches realizarán excavaciones en el cementerio aledaño a la iglesia, ante la indignación de los vecinos, que irán a quejarse a las autoridades locales. Removerán tumbas, sacarán huesos y cambiarán lápidas de sitio.

No hay nada que demuestre que esto sucediese de noche, pero sí que, efectivamente, nuestro protagonista realizó extraños trabajos en el camposanto ante la indignación de los lugareños. Tenemos constancia documental de ello gracias a dos cartas enviadas a la prefectura del Aude, con fecha del 12 y 14 de marzo de 1895. En ellas varios vecinos de Rennes-le-Château se quejaban de que el abad Saunière estaba realizando modificaciones en el cementerio, según sus declaraciones, para limpiarlo y reorganizarlo, debido a que se estaba quedando pequeño y el ayuntamiento no quería



hacer nada al respecto. Había decidido a título personal hacer un osario en el que colocaría los restos más antiguos, lo que permitiría tener unas cuantas plazas más disponibles. O al menos eso es lo que utilizó como excusa.

Esta es una de las cartas mencionadas:

*Rennes-le-Château, 12 de marzo de 1895*

*Queremos informarle de que, con el acuerdo del consejo municipal de Rennes-le-Château, en la reunión que tuvo lugar el domingo 10 de marzo de 1895 a la una de la tarde en la sala municipal, nosotros los electores queremos protestar por la decisión que da derecho al cura a continuar sus obras. No tiene sentido y además deseamos ser libremente responsables de arreglar las tumbas de nuestros parientes. El señor cura no tiene derecho a remover, aumentar o recolocar ningunos ornamentos, cruces o coronas de donde las hemos colocado.*

*Firmado*

*SARDA, GAVIGNAUD, DELMAS...*

Y esta, la otra:

*14 de marzo de 1895*

*No estamos en absoluto contentos con las condiciones imperantes en el cementerio. Las cruces son removidas, al igual que las lápidas, y este trabajo nada tiene que ver con reparaciones ni hay una buena razón para ello.*

*Firmado*

*BAUMORE, ROUSSET, BOUTEILLE...<sup>[1]</sup>*

Como era de esperar, el prefecto del Aude acabó ordenando al abad Saunière que detuviese las obras que estaba realizando en el cementerio, fuese lo que fuese lo que estuviese haciendo, y además le instó a recolocar todo y a dejarlo tal y como estaba, corriendo con los gastos el propio sacerdote, por supuesto. Eso sí, el osario ya estaba hecho y varias tumbas habían sido modificadas, entre ellas, supuestamente, la de la marquesa de Blanchefort, de la que hablaremos a continuación.

Por todo esto resulta irónico que la tumba de Saunière, en un espacio adquirido en esta misma época por el abad, junto a otro reservado para Marie Dénarnaud, fuese saqueada y profanada varias veces por los dichos buscadores de tesoros durante los años sesenta y setenta. Visto con perspectiva, más irónico aún resulta que en 2005 el ayuntamiento decidiese transferir sus restos al parque de la finca, en el que le construyeron una sepultura mucho más digna y cara, dejando a la pobre Marie sola en

el cementerio.

No deja de ser curioso que en la actualidad Saunière no repose en camposanto...

Pues bien, continuando con la trama, tuvo que ser por esta época cuando Saunière centró su atención en la tumba de la antigua señora de Rennes. Ya en 1956 hablaba de ello Noël Corbu en sus artículos para *La Dépêche du Midi*, asegurando que, durante aquellos extraños trabajos en el cementerio, Saunière destruyó la tumba de la marquesa de Blanchefort y borró la inscripción de su lápida. Un tiempo después, en 1962, durante aquella famosa entrevista radiofónica con Robert Charroux, Corbu amplió aquella subtrama: ahora resulta que había dos losas en la tumba de la marquesa, además de una tercera y enigmática piedra, la ya comentada Piedra de Coumesourde, que no tendrá relevancia especial en la historia posterior. La existencia de ambas losas funerarias había sido documentada, según Corbu, por un tal Ernest Cros, que además se las llevó consigo a París.

Es necesario, en este punto de nuestra narración, aclarar de una vez por todas este asunto de las lápidas funerarias de Marie de Nègre, marquesa de Blanchefort y señora de Rennes. Comencemos por la auténtica...

### ***La primera lápida***

De la única lápida de la que tenemos constancia documentada por fuentes fiables —y aun así, hay ciertos problemas con esas fuentes, como luego veremos— es de aquella a la que Saunière borró las inscripciones, no se sabe muy bien con qué objetivo. Afortunadamente sabemos lo que tenía escrito gracias a que el 25 de junio de 1905 un grupo de arqueólogos locales, encabezados por un tal Elie Tisseyre, miembros de la Société d'études scientifiques de l'Aude (Sociedad de Estudios Científicos del Aude), visitaron Rennes-le-Château y realizaron una copia de la lápida. Sería publicada un año después en el boletín de dicha sociedad<sup>[2]</sup>, y se volvería a publicar en 1931 en una versión folleto que fue depositada en la Biblioteca Municipal de Carcassonne.



© Óscar Fábrega Calahorro, 2013

20. Lápida de Marie de Nègre, en el museo de Rennes-le-Château

Antes de continuar, es necesario mencionar que esta copia de la inscripción se realizó, como hemos comentado, en 1905, época en la que Saunière ya parecía haberse hecho rico, con lo cual, si la borró él —como dice la tradición—, lo tuvo que hacer en una fecha posterior. Esto es sumamente importante y curioso, ya que si tenía algo que ocultar borrándola —por ejemplo, no levantar la sospecha de los vecinos por haber saqueado la tumba de la última noble del pueblo—, no lo hizo hasta varios años después de su supuesto hallazgo. Algo falla en todo esto...

La inscripción de aquella lápida era la siguiente:

CT GIT NOBLE M  
ARIE DE NEGRE  
DARLES DAME  
DHAUPOUL DE  
BLANCHEFORT  
ANTE SEPT ANS  
DECEDEE LE  
XVII JANVIER  
MDCOLCXXXI  
REQUIES CATIN PACE

(Aquí yace la noble Marie de Nègre d'Arles, señora de d'Hautpoul de Blanchefort, de sesenta y siete años, fallecida el 17 de enero de MDCOLCXXI. Descanse en paz).

Aunque los datos que aporta son correctos, contiene errores importantes y curiosos: se omiten letras, otras son incorrectas, unas son más pequeñas que otras, algunas son minúsculas... Por ejemplo, en vez de aparecer el segundo apellido de la marquesa, d'Ablès, aparece d'Arles. La fecha del año está mal escrita, ya que donde aparece una O debería ir una C. Por otro lado, al principio debería poner CY, no CT. Además «descanse en paz» es «REQUIESCAT IN PACE», no como aparece aquí (REQUIES CATIN PACE). Algunos han advertido que *catin*, en francés, es una forma de llamar a las prostitutas.

Las letras minúsculas se pueden explicar perfectamente como letras que faltaban y que se transcribieron así por Tisseyre, lo que parece bastante posible —aunque no lo mencione en su crónica—. Los otros errores han llevado a muchos a pensar que se trata de un texto codificado por su autor, supuestamente, el padre Bigou. Posiblemente, se trata también de errores de los arqueólogos que la transcribieron: la Y de CY pudo confundirse fácilmente con una T; la O de la fecha (MDCOLCXXXI) pudo confundirse con una C; y la R de DARLES pudo confundirse con una B.

El texto, por otro lado, es un anagrama perfecto del texto en claro del Pergamino Largo, aquel que decía lo de «BERGERE PAS DE TENTATION QUE POUSSIN...». Pero claro, para que fuese perfecto, esos errores de la tumba tenían que estar con anterioridad a la transcripción de Tisseyre, ya que, supuestamente, había sido confeccionado por el antiguo párroco, Antoine Bigou, en el siglo XVIII. Pero no solo eso: para que el anagrama fuese total habría que añadir «PS PRAECUM». De cualquier modo, todo esto es absurdo, pues sabemos con seguridad que ese pergamino se realizó a mediados del siglo XX. De hecho, como pueden comprobar en el apéndice, la propia inscripción es una de las claves que hay que usar para descifrar el pergamino.



© Octavio Martínez González, 2013

21. Reconstrucción de la lápida de Marie de Nègre

Tisseyre, en su crónica de 1905, dice que, tras visitar la iglesia, «cuyo interior es excelente, con bonitos cuadros, frescos y agradables<sup>[3]</sup>», intentaron localizar algún vestigio del pasado, y finalmente, en «un pequeño jardín junto a la iglesia, uno de nosotros notó una losa esculpida burdamente que data del siglo v. Desafortunadamente estaba siendo utilizada como peldaño en un tramo de escaleras y había sido erosionado, por lo tanto, parcialmente. Hubiera sido mejor situarla en el interior de la iglesia en lugar de los paneles barnizados y dorados<sup>[4]</sup>». Esto hace referencia, obviamente, a la anteriormente comentada Losa de los Caballeros, que

Saunière había colocado frente a los peldaños del calvario —aunque otros dicen que fue en la entrada de la iglesia.

Sobre la dichosa lápida de Marie de Nègre, dice: «Una visita al cementerio nos hizo descubrir en un rincón un gran bloque, roto en el medio, donde se puede leer una inscripción muy burdamente grabada. Esta losa mide 1,30 metros por 0,65 metros<sup>[5]</sup>».

Por otro lado, hay algo inquietante en esta publicación del *Bulletin de la Société d'études scientifiques de l'Aude* y en la narración del viaje a Rennes-le-Château por el tal Elie Tisseyre<sup>[6]</sup>. Se menciona que desde «una torre de reciente construcción» habían admirado las vistas que incluían la villa de Couiza y el castillo en ruinas de Coustaussa, entre otras localidades. Dejando al margen que nada de esto se ve desde ninguna parte de la finca de Saunière, lo más curioso es que la Torre Magdala, supuestamente aquella torre de reciente construcción, no estuvo terminada hasta el año siguiente, 1906... ¿A qué «torre de reciente construcción» se refería entonces si aún no estaba levantada la famosa Torre Magdala? ¿Será falso este informe? Seguramente Tisseyre la encontró en obras, pero en su informe dijo que estaba terminada... Aunque muchos han querido ver aquí una prueba de que esta lápida, siempre dada por auténtica, es también una falsificación; no lo creemos.

Sea como fuere, nuestro querido Corbu en su primera narración de la epopeya mencionó la existencia de la lápida (solo de esta) y afirmó que había sido borrada por Saunière. Lamentablemente, siempre quedará la duda sobre la veracidad de su supuesta inscripción transcrita, aunque, si partimos de que los errores que contiene pudieron ser cosa de los arqueólogos que la copiaron, poco interés tendría.

Excepto, naturalmente, por el hecho de que Saunière la borró... ¿Por qué?

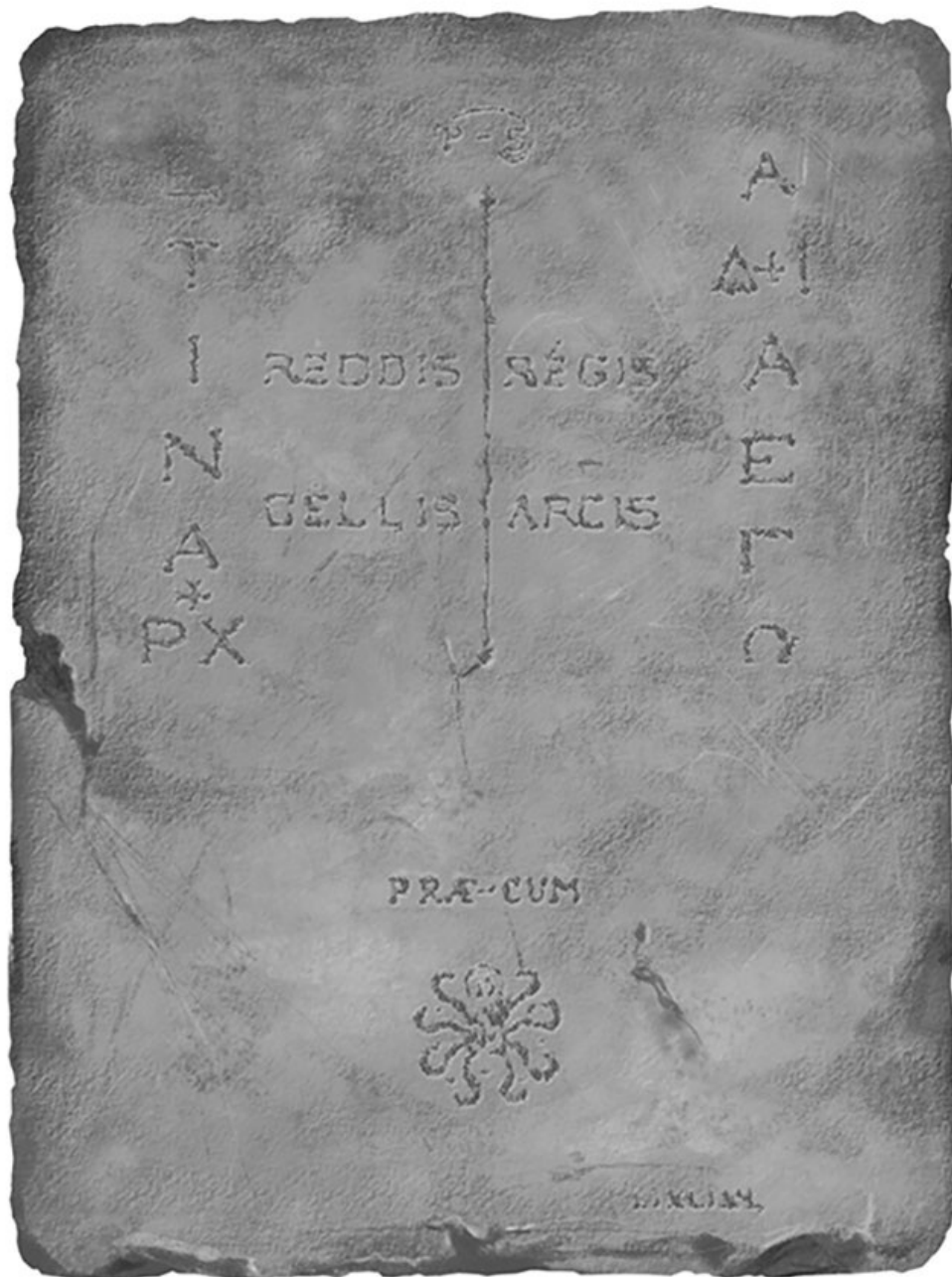
## ***La segunda lápida***

En *El oro de Rennes*, De Sède dijo lo siguiente: «Allí, pegadas a la iglesia, alzábanse dos piedras sepulcrales que señalaban la sepultura de Marie de Negri d'Ables, esposa de François d'Hautpoul, marqués de Blanchefort, señor de Rennes. Dicha dama había fallecido poco antes de la Revolución y el párroco Antoine Bibou (sic), su capellán y confesor, había redactado con cariño su epitafio<sup>[7]</sup>». De Sède afirma que, aunque Saunière borró una de ellas y se deshizo de la otra, esto no le sirvió de nada, ya que un tiempo antes «habían sido copiadas» por arqueólogos locales. «Una de ellas fue reproducida en el *Bulletin de la Société d'études scientifiques de l'Aude* y la otra figura en la obra (difícilísima de encontrar hoy) de Eugène Stüblein, *Pierres Gravées du Languedoc*<sup>[8]</sup>». Y a continuación, adjunta las imágenes de las dos lápidas sepulcrales.

Aquí, pues, De Sède, como también hizo Corbu con anterioridad, menciona la existencia de dos lápidas, la documentada por los citados arqueólogos locales y otra que SOLAMENTE aparece en la dichosa obra, «difícilísima de encontrar hoy», de un tal



Eugène Stüblein. Pero ¿cómo consiguió De Sède dar con ella si tan difícil era encontrarla? Pues, como ya mencionamos en el capítulo dedicado a *El oro de Rennes*, gracias a otro sacerdote local, el abad Joseph Courtauly, párroco de Villarzel-du-Razès, que le dijo en 1963 que «Las losas sepulcrales de Rennes-le-Château fueron copiadas por Stüblein, cuyo libro ha sido destruido sin que se sepa exactamente por qué. Yo soy probablemente el único que tiene ese libro. Era de la época del padre Mocquin<sup>[9]</sup>...». Oportuna la intervención de este cura, más que nada porque fueron, «sin duda, los últimos en haber hablado de los enigmas de Rennes con el anciano padre Courtauly; este había de morir al año siguiente, en noviembre de 1964<sup>[10]</sup>».



© Octavio Martínez González, 2013  
22. Reconstrucción de la segunda lápida

Resumiendo: la existencia de esta segunda lápida, que ahora analizaremos, solamente está documentada por esta supuesta obra de Eugène Stüblein, de cuya veracidad dudamos —mucho, mucho—. De hecho, como veremos más adelante, esta obra no existió nunca. Mejor dicho, fue un documento elaborado por Plantard y depositado en la Biblioteca Nacional de París en los sesenta. Uno más de los famosos *Dossiers Secrets*.

La supuesta losa sepulcral tenía unas inscripciones talladas sumamente interesantes. Las horizontales formaban lo siguiente: «P.S. REDDIS CELLIS REGIS ARCIS PRAECUM». Pero en los laterales aparecen dos líneas que De Sède en su momento no supo o no quiso interpretar. Será Henry Lincoln el que lo haga años después, como

cuenta en su obra *La clave del enigma sagrado* (1997), obra en la que describe a modo de autobiografía cómo fue sumergiéndose en el misterio de Rennes-le-Château. Lincoln comenta que la columna derecha parece griego y la izquierda, latín. En realidad, dice: «El texto completo viene en latín, pero las columnas verticales están escritas en una especie de alfabeto griego. El “ocultamiento” es tan simple como eso y todo consiste en traducir al alfabeto romano. Las letras E, T, I, N y A siguen siendo iguales, pero la P se convierte en la R, la X en K (o C fuerte)... y así sucesivamente. Las dos columnas sencillamente dicen “ET IN ARCADIA EGO”..., la misma inscripción que los pastores del cuadro de Poussin contemplan en la tumba<sup>[11]</sup>».

Algo que hubiese sido realmente fascinante e interesantísimo si esta segunda lápida hubiese existido alguna vez. Pero, por desgracia, no es así: fue una burda invención más de Pierre Plantard y compañía.

Sea como fuere, ya va siendo hora de hablar un poco de dos personajes secundarios pero recurrentes de todo este embrollo, plenamente implicados en toda esta trama de las lápidas y los pergaminos: la marquesa y el cura enterrador.

### ***Antoine Bigou y Marie de Nègre***

Desde 1422, el señor de Rennes-le-Château fue Pierre-Raymond d’Hautpoul, al casarse con la última heredera de los anteriores señores, los Voisins, y heredar el título. Y desde entonces lo fueron sus descendientes, la familia Hautpoul. En el siglo XVIII, esta familia, además, se apropió el título de marqueses de Blanchefort, por unas extrañas ruinas cercanas —a unos cuatro kilómetros de Rennes-le-Château— a las que llaman *castillo*, pero que ni de lejos parecen haberlo sido alguna vez.

El último señor de este linaje fue François d’Hautpoul, que se casó con nuestra protagonista, Marie de Nègre d’Ablès, en 1732. François falleció en 1753, y dejó tres hijas (Marie, Elizabeth y Gabrielle) con las que su viuda mantendría una mala relación. Es necesario mencionar aquí una curiosidad importante: él falleció en la localidad cercana de Limoux y fue enterrado en el panteón familiar que estaba en aquella población. En cambio, la marquesa de Blanchefort, Marie, falleció el 17 de enero de 1781 —a los sesenta y siete años, ya que había nacido en 1714—, es decir, veintiocho años después de su marido, y fue enterrada, sorprendentemente, en el cementerio de Rennes en vez de junto a su marido en Limoux. Por otro lado, también es extraño que fuese enterrada en el cementerio, ya que el certificado de defunción de la marquesa, incluido en la colección de documentos de Antoine Captier y Claire Corbu, dice que fue «inhumada el treinta y uno del antedicho mes en la iglesia de este lugar, en la tumba de los señores que está cerca del balaustre, en presencia del antedicho maese Michel, párroco de Saint-Just, y de maese Antoine Delmas, párroco de Bains<sup>[12]</sup>...».

Es decir, si la cripta que se encontraba bajo la iglesia de Rennes era la tumba de

los señores de la zona, surgen dos incógnitas: ¿por qué fue enterrada la marquesa en el cementerio? Y ¿por qué se dice que el panteón familiar se encontraba en Limoux? Todo esto es profundamente desconcertante.

Sea como fuere, al morir Marie de Nègre, su heredera será su única hija soltera, Elizabeth, algo de lo que pudo disfrutar solo ocho años, ya que en 1789 estalló la Revolución francesa, que acabaría con el Antiguo Régimen y con todos los privilegios de la nobleza. Las antiguas posesiones de la familia Hautpoul fueron expropiadas y a mediados del siglo XIX ya estaban en otras manos.

\* \* \*

Por otra parte, el párroco de Rennes-le-Château por aquel entonces era el ya conocido Antoine Bigou, que desde 1774 ejercía en la localidad. Este sería, según el Mito, el que dirigió las exequias de la marquesa de Blanchefort y el que hizo levantar su lápida. Y también sería —según De Sède y los autores de *El enigma sagrado*, entre otros— el autor de los dichosos pergaminos que aparecieron a mediados de los sesenta.

Pero ¿quién fue realmente Antoine Bigou? ¿En verdad hizo todo aquello? Sabemos a ciencia cierta que fue un predecesor de nuestro protagonista, es decir, cura de Rennes-le-Château, entre 1776 y 1794. Sabemos que nació en 1719, por lo que tendría cincuenta y siete años cuando tomó posesión de este cargo, en el que sustituyó a su tío Jean Bigou (1702-1776), al que conocemos por los registros parroquiales que mencionan su nombre al morir François d'Hautpoul en 1753 y con el que, al parecer, tenía una gran amistad.

Curiosamente, y al igual que Saunière, Antoine Bigou fue párroco, antes de llegar a Rennes, de la pequeña aldea de Le Clat —una localidad cercana, todo sea dicho, al lugar de nacimiento de la marquesa, Niort-de-Sault.

Así que, efectivamente, Bigou era el cura de Rennes-le-Château cuando falleció Marie de Nègre en 1781.

Hagamos un poco de historia ahora, antes de continuar. La Revolución francesa estalla en 1789 —ocho años después de la muerte de la marquesa— con la autoproclamación del tercer estado como Asamblea Nacional. Los Estados Generales estaban formados por los representantes de cada uno de estos tres estamentos: los nobles (primer estado), el clero (segundo estado) y la burguesía (el tercer estado). Serán los burgueses los que liderarán el cambio, deseosos de acabar con el Antiguo Régimen, enfrentándose a la monarquía, a los aristócratas y al clero. El 20 de junio de 1789 se produce el famoso Juramento del Juego de la Pelota, en el que se comprometen a elaborar una nueva constitución y se nombra la asamblea a sí misma como Asamblea Nacional Constituyente.

El rey, Luis XVI, no estaba dispuesto a tolerar esta agresión y prometió poner orden. Pero el pueblo parisino, como muestra de apoyo hacia sus representantes, y

contra la posible represalia del rey, se echó a las calles y asalta el 14 de julio de 1789 la fortaleza de la Bastilla, una prisión que se había convertido en símbolo del absolutismo monárquico. Ese mismo día comenzaron las decapitaciones...

La revolución se fue extendiendo por el país al reconocerse en multitud de ayuntamientos la autoridad de la Asamblea Nacional Constituyente. En muchas zonas rurales, como revancha por los privilegios que habían tenido los aristócratas durante siglos, se quemaron títulos señoriales sobre servidumbres, derechos y propiedad de tierras, así como muchas de las posesiones de los nobles locales. Será lo que se conoce como le Grande Peur (el Gran Miedo). Esto se verá refrendado por la Asamblea, que decide suprimir el feudalismo, los diezmos y las justicias señoriales. Así, nobles y curas perdieron sus privilegios. A partir de entonces, la Iglesia pasaría a depender del Estado, y solo un año después, en 1790, se confiscarán sus bienes —eran los mayores terratenientes del país— y los clérigos se convirtieron en empleados estatales.

El 27 de agosto de 1789 se aprobó la famosa Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, que establecía los principios de libertad, igualdad y fraternidad como bandera de la Revolución. Esto aumentó, aún más si cabe, el malestar de los nobles y del monarca, quienes encabezaron, sin éxito, varios movimientos antirrevolucionarios.

Finalmente, el 3 de septiembre de 1791 se aprobó la Constitución. Al rey le quedó poco espacio en esa nueva monarquía constitucional, ya que tenía que compartir su poder con la Asamblea, pero todavía mantenía el poder de veto y la potestad de elegir a sus ministros. La nueva Asamblea se reunirá por primera vez en octubre de ese año.

La cosa se pone chungu en 1792: el 10 de agosto el pueblo asaltó el Palacio de las Tullerías. El gobierno pasó a manos de la Comuna Insurreccional, que abolió la monarquía y proclamó la República; el poder pasaría a manos de la Convención. Mientras tanto, Austria y Prusia estaban planteándose invadir Francia para evitar una extensión de la revuelta en sus tierras e intentar el restablecimiento de la monarquía. El rey será visto como un conspirador, y el 17 de enero de 1793 será condenado a muerte y ejecutado cuatro días después.

Vendría a continuación una fase conocida como el Terror, pero esto poco tiene que ver con nuestra historia, así que dejamos este pequeño interludio histórico por ahora.

Sigamos.

El 26 de agosto de 1792 se aprobó una ley importante para nuestra trama: para poder continuar ejerciendo el sacerdocio, los curas, que habían pasado a ser considerados empleados estatales, han de jurar fidelidad a la Constitución de la República. Muchos se negarán a hacerlo y serán guillotinado. Antoine Bigou, el cura de Rennes-le-Château, lo hizo, pero los lugareños conocían sus ideas monárquicas y lo denunciaron ante el Comité de Salud Pública de la zona, que declaró inválido su juramento por ser un cura reaccionario.

Decidió huir, como ya habían hecho varios sacerdotes del episcopado de Alet-les-Bains —luego el obispado pasará a Carcassonne—, entre ellos el propio obispo, Charles de la Cropte, que se marchará a Terrasa, localidad catalana cercana a Sabadell. Así, en septiembre de 1792, cuando contaba setenta y tres años, Antoine Bigou salió huyendo de Rennes-le-Château, donde dejó todas sus posesiones. Le acompañará el párroco de Bézu, otro reaccionario monárquico, y se reunirá con su obispo en Sabadell. A partir de entonces, le perdemos la pista.

Siempre se ha dicho que falleció el 21 de marzo de 1794 en Sabadell, donde efectivamente está enterrado el obispo Charles de la Cropte y donde, por otro lado, no hay evidencias de su muerte. Recientemente algunos investigadores<sup>[13]</sup> han argumentado que en la iglesia de Collioure existe un certificado de defunción que indica que fue enterrado en el cementerio de dicha localidad, pero tampoco hay evidencias de esto. Es importante mencionar que aquella localidad fronteriza era española en aquellos precisos momentos: fue tomada, durante las guerras de la Convención, en diciembre de 1793. Volvió a manos francesas a finales de mayo de ese mismo año<sup>[14]</sup>. Curiosamente, en esa misma localidad fue donde falleció el poeta español Antonio Machado en su huida de España, el 22 de febrero de 1939.

Otros autores, como Patrice Chaplin, en su obra *La Cité des Secrets* (La ciudad de los secretos), proponen que estuvo viviendo en Girona, donde acabaría muriendo, y que fue enterrado en la cercana localidad de Besalú, al norte de aquella ciudad catalana. Esta señora planteaba además que existía una conexión entre la historia de Rennes-le-Château y Besalú, donde habría una sociedad secreta, la Sanch, que también tenía sede en Perpignan y que conectaría posteriormente a Saunière con Bigou.

El 1 de marzo de 1793 fueron confiscados todos sus bienes en Rennes-le-Château, aunque en realidad no encontraron apenas nada. Algunos argumentan que había puesto todo lo que tenía a buen recaudo, por si se producía un giro político que le permitiese volver... De ahí los supuestos indicios que dejó en la iglesia, pero no hay nada que indique que esto fue así.

Hay quien propone que antes de marcharse escondió la entrada a la cripta bajo la iglesia con la Losa de los Caballeros, dejó un mensaje codificado en las lápidas de la tumba de Marie de Nègre, escondió los pergaminos bajo el altar —dos de los cuales los haría él mismo: los dos famosos pergaminos codificados que posteriormente De Chérisey y Plantard dirán que copiaron, o que fabricaron, según se mire— y el pequeño pergamino escondido en la botellita dentro del balaustre del púlpito. Según esta versión, la más extendida y la que se plantea en *El oro de Rennes* y en *El enigma sagrado*, Marie de Nègre antes de morir le había donado su fortuna y sus archivos, entre los que se encontraba el testamento aquel al que hemos hecho referencia en más de una ocasión, el de Henri d'Hautpoul, así como las dos genealogías de 1244 y 1644 que, según la tesis de estas obras, demostrarían la supervivencia de la estirpe merovingia. Como ya hemos comentado, todos estos documentos son tremendamente



sospechosos y su veracidad es nula, con lo cual esta historia no se sostiene de ninguna manera. Además se sabe que la herencia de la marquesa pasó en realidad a su hija soltera, Elizabeth.

Hay quien plantea que no solo recibió la fortuna de Marie de Nègre, sino que también le confiaron sus riquezas varias familias nobles de la zona que al comienzo de la Revolución tuvieron que huir. Tampoco hay evidencias de esto.

Otros proponen, rizando el rizo, que dejó escrito en el registro parroquial, varias veces además, la frase «Jésus de Gallilée n'est point icy» (Jesús el Galileo no está aquí), queriendo ver en ello algo relacionado con la tumba del Nazareno, cuando, de ser cierta esa frase, se refería a que los curas habían sido abandonados por su Dios durante esos años oscuros de la Revolución francesa.

Como podemos deducir, después de todo lo dicho, no sabemos prácticamente nada con seguridad de los últimos tiempos de Bigou, salvo que en 1792 huyó hacia España, donde acabaría falleciendo. Si dejó o no algún tesoro o alguna documentación escondida en Rennes-le-Château, no lo sabemos. Así que igual es cierto, y esa pequeña o gran fortuna fue lo que hizo rico a Saunière.

Lo que sí sabemos es que todos esos documentos —unos confeccionados por él, otros custodiados— de los que se viene hablando desde hace décadas, que relacionan toda esta historia nada más y nada menos que con la supervivencia de la estirpe merovingia, son falsos y forman parte de la maraña tendenciosa que creó sobre el misterio real de Rennes-le-Château nuestro querido Pierre Plantard en los años sesenta.

De hecho, antes de la aparición de Plantard-De Sède en el tema, nadie había mencionado para nada a Antoine Bigou —excepto Jacques Cholet, que aportaba un supuesto documento, también dudoso, del que hemos hablado anteriormente y que mencionaba la existencia de una cripta bajo la iglesia, nada más—; lo que hace pensar que todo esto —pergaminos, lápidas, testamentos, genealogías—, todo, es una gran mentira urdida por aquellos bromistas que inventaron el Priorato de Sion...

## CAPÍTULO 13

### Los pastores de la Arcadia

Entre 1895 y 1896, después de sus extraños movimientos de tumbas en el cementerio y antes de concluir los trabajos de la iglesia, Saunière se aficionó, como contaron en su momento los lugareños, a salir todos los días al campo, acompañado siempre por su inseparable Marie. Al cabo de cada jornada regresaban exhaustos y llenos de barro, sin revelar, por supuesto, dónde habían estado. El abad no daba muchas explicaciones sobre lo que hacía durante aquellas largas caminatas. Alguna vez afirmó que salían a recoger piedras para hacer una gruta en honor a la Virgen de Lourdes, gruta que efectivamente hizo, al lado del calvario, en los jardines de la iglesia. Pero no parece lógico que la realizasen ellos mismos. No hubiese costado demasiado encargársela a los jóvenes del pueblo por unos cuantos francos. Esto ha llevado a algunos investigadores a plantear que, durante aquellas salidas campestres, nuestros protagonistas iban en busca de algo que estaba escondido en la zona. Quizás salían cada día con la intención de encontrar un tesoro. Quizás lo encontraron y lo fueron expoliando poco a poco. Quizás esto explica la fortuna del abad...

Por ejemplo, Jean-Luc Robin propone en *Rennes-le-Château, el secreto de Saunière* que «cientos de testimonios afirman que sus investigaciones lo condujeron hasta más arriba del riachuelo de Couleurs, cerca de la Grotte du Fournet [gruta del Hornito], rebautizada desde entonces [adivinen] como Gruta de María Magdalena»; y plantea que desde la Torre Magdala, «si uno se sitúa en el ángulo opuesto a la garita y alinea la esquina de la torre con la ventanilla de la garita, se obtiene una alineación que coincide a la perfección con dicha gruta<sup>[1]</sup>». Robin plantea que igual había encontrado algo en las excavaciones en el cementerio que le condujo hasta allí...; no lo sabemos.

La verdad es que no hay constancia documental ni de que fuese a aquella gruta ni de que encontrase algo en el cementerio. Es más, tampoco podemos dar por seguro eso de que salía cada día acompañado de Marie a realizar «misteriosas» excursiones.

Otros introducen en este punto una posibilidad sugestiva, aunque poco fiable. Merece la pena comentarla, aunque sea nada más que por recrearnos un poco en las conexiones tan fascinantes que se han establecido en esta historia de Rennes-le-Château. Hay quien dice que iba a investigar en un lugar de la zona

marcado varios siglos antes por Nicolas Poussin, el célebre pintor, en su obra *Los pastores de la Arcadia...*; veámoslo.

Gérard de Sède, en *El oro de Rennes* (1967), afirmó que Saunière fue a París en 1893 con el objetivo de traducir los pergaminos que supuestamente había encontrado en el pilar del altar. Allí se hizo —como ya hemos comentado— con tres reproducciones de cuadros en el Louvre: un retrato del papa Celestino V<sup>[2]</sup> cuyo autor y fecha se desconoce, la obra de Nicolas Poussin y el *San Antonio Eremita* de David Teniers<sup>[3]</sup>.

Quince años después, en 1982, Baigent, Leigh y Lincoln, en *El enigma sagrado*, lo vuelven a decir. Claro, la historia adquiere ahora una especial significación, ya que en esta obra se aporta la supuesta transcripción de los pergaminos, algo que la obra de De Sède, como comentamos en su momento, no hacía. Uno de los pergaminos, el largo, contenía un supuesto mensaje secreto —aquel que decía: «Pastora, ninguna tentación. Que Poussin, Teniers, tienen la clave...»—, que relacionaba el misterio con estos dos pintores. Pero la cosa no queda aquí: en esta obra se dice también que «a principios del decenio de 1970 se localizó una tumba auténtica que era idéntica a la del cuadro. Idéntica por su ubicación, sus dimensiones, sus proporciones, su forma, la vegetación que la rodeaba, incluso por el crestón circular de roca sobre el que apoya el pie uno de los pastores de Poussin. Esta tumba se encuentra en las afueras de un pueblo llamado Arques<sup>[4]</sup>». Y no solo eso, sino que, según estos autores, el paisaje del fondo del cuadro y el que se ve desde aquel lugar coincide con exactitud.

¿Sería el modelo que tomó Poussin para su obra? ¿Cuánto tiempo tenía aquella tumba de Arques? Estos autores mencionan que, según los registros municipales de Arques, el terreno había pertenecido hasta 1950 a un americano llamado Louis Bertram Lawrence (de Boston, Massachusetts). Este fue a Francia durante la Primera Guerra Mundial (en 1916) y, una vez concluida la contienda, se quedó allí. En 1920 enterró en aquel sepulcro a su madre y cuatro años más tarde, en 1924, a su esposa. Lo que no se sabe es si fue él el que lo levantó o si ya existía. Según los habitantes del pueblo, había estado allí desde siempre, pero no hay forma de comprobarlo. El americano fallecería el 25 de julio de 1954.

A Henry Lincoln le fascinó esta vertiente paralela de la historia; tanto que consideró que en ella residía la clave del embrollo. De hecho, su segundo documental sobre Rennes-le-Château, que se estrenó el 30 de octubre de 1974, se tituló *The Priest, the Painter and the Devil*, y en él relacionaba a Poussin con todo este embrollo. Desde entonces se convirtió en un cliché más del Mito.

Pero resulta significativo ver la manera en que la información le llegó a Lincoln: como no podía ser de otra forma, fue De Sède, tal como el propio autor menciona en su obra *La clave del enigma sagrado*, en la que narra que en 1971 le «llegan los prometidos “más detalles” de Gérard de Sède. Se trata de fotografías de una tumba en un paisaje campestre [...] Al parecer, tanto la tumba como el paisaje son, sin ninguna duda, idénticos a los pintados en el cuadro de Poussin<sup>[5]</sup>». En esa misma obra,

Lincoln comenta queató cabos al darse cuenta de la sorprendente coincidencia que había entre la obra de Poussin y la segunda losa funeraria de Marie de Nègre, en la que aparecía también aquello de «ET IN ARCADIA EGO». (Hay que tener en cuenta que Lincoln no ponía en duda la existencia de esta segunda losa, algo que hace unas páginas hemos dejado más que claro: nunca existió).

Así que, de alguna manera, el misterio de Rennes-le-Château estaba relacionado con aquella extraña obra de Poussin: la tumba de la cercana Arques, los pergaminos que aluden a que Poussin tiene la clave, la inscripción de la lápida... Sea quien sea la persona que estaba proporcionando la información a De Sède y Lincoln —Plantard, por supuesto—, los quería llevar por esos derroteros.

Así, Lincoln acabó encontrando, en 1971, la dichosa tumba: «Y allí está. No hay duda. Es la “Tumba de Poussin”. Por la forma, tamaño y color, no puede ser otra cosa<sup>[6]</sup>». Y además comprueba que el paisaje también parece ser el mismo, con el Cardou y la cresta de Blanchefort, y con Rennes-le-Château al fondo. Menciona además que fue a ver a René Descadeillas, conservador de la biblioteca de Carcassonne, así como a un historiador local aficionado a este, al que ha dedicado varias obras —en aquel momento, 1971, aún ninguna—. Le enseñó las fotografías del lugar, pero no le dio especial importancia. Este señor consideraba que Saunière era un estafador, que se forró con el tema de las misas y que los pergaminos publicados por De Sède eran un fraude —«un intento patentemente inepto de reproducir una escritura antigua<sup>[7]</sup>»—, y por lo tanto todo lo relacionado con ello era pura especulación. Lincoln, por otro lado, se entrevistó con el dueño, en aquella época (principios de los setenta), del terreno donde estaba la tumba, quien le confirmó aquella historia del americano y las dos señoras enterradas; de hecho, afirmaba que la tumba no la hizo el americano, sino que ya estaba allí.

Sea como fuere, a finales de los ochenta, el propietario por aquel entonces de aquellos terrenos, harto de curiosos que se colaban en su finca para ver «la tumba de Poussin», decidió cortar por lo sano: hizo volar la tumba por los aires con explosivos.



© Óscar Fábrega Calahorro, 2013

23. Estado actual del lugar donde se encontraba la tumba en Les Pontils.

Y es que, aunque no se dice explícitamente en ninguno de estos libros, la alusión a la tumba de Arques hace suponer que ese fue el destino de los paseos de Saunière, que, según esta versión, inspirado por la traducción de los pergaminos, la inscripción «ET IN ARCADIA EGO» en la segunda lápida de Marie de Nègre y la copia que compró en París de *Los pastores de la Arcadia*, tenía que encontrar aquella tumba por algún motivo que no se menciona. Igual aquella tumba era la de Sigeberto IV, hijo de Dagoberto II, dicen unos. O la de María Magdalena, dicen otros. Incluso, proponen los más temerarios, podría haber sido la tumba de Jesucristo.

### ***El misterio de Poussin***

Dicho todo esto se hace necesario, al menos para saciar nuestra curiosidad intelectual, ver quién fue Poussin y averiguar lo que sepamos sobre ese cuadro.

Nació en Les Andelys, una localidad francesa del departamento de Eure, Normandía, en 1594. Se convertirá en aprendiz del pintor Quentin Varin hasta que a los dieciocho años, en 1612, se marcha a París, donde estudiará con los pintores Ferdinand Elle y George l'Allemand. Conocerá un tiempo después al poeta italiano Marino, que le impulsará para que en 1624 se marche a Roma, donde vivirá y trabajará hasta su muerte. Allí se introduce en el círculo de Marcello Sacchetti, que le encargó la obra *Batalla de Gedeón contra los madianitas*. Y comenzará a trabajar, ganándose poco a poco un puesto de honor entre los mejores pintores de su época.

Aunque, por otro lado, tuvo siempre una salud débil que le obligaba a apartarse durante largas temporadas de su actividad pictórica. En 1630, se casa con Anne-Marie, con la que no tendrá hijos.

Comenzará a interesarse por temas mitológicos y alegóricos, aunque sin dejar en ningún momento la temática religiosa. Su gran mecenas será el turinés Cassiano dal Pozzo, quien llegó a poseer más de cincuenta cuadros del autor, entre ellos obras clave como *El rapto de las sabinas* o *Moisés hace brotar agua de la roca*. El éxito de una serie de cuatro *Bacanales* pintadas desde 1635 para el palacio del cardenal Richelieu (1582-1642) en Poitou hizo que la Corona gala pusiera sus ojos en Poussin. En 1639, el rey Luis XIII (1601-1643) lo llama para que decore la Gran Galería del Louvre con temas de los trabajos de Hércules, a través de François Sublet de Noyers (1588-1645), superintendente de los palacios reales, y del propio cardenal Richelieu. Poussin se niega en un principio, pero termina por aceptar, y emprende el camino de París en 1640. Estará allí dos años hasta que en diciembre de 1642, cansado del ambiente cortesano francés, se marcha de nuevo a Roma para no regresar. A partir de entonces desarrollará su etapa más exitosa. Pero su enfermedad, a partir de los años cuarenta, le producía violentos temblores en la mano, y fue agravándose con el paso de los años hasta impedirle ejercer su amado arte de pintar.

No pudiendo superar la pena que le causó la muerte de su esposa, falleció Poussin en noviembre de 1665, y fue enterrado en la basílica de San Lorenzo en Lucina. Curiosamente su mausoleo muestra el busto del artista y un bajorrelieve de *Los pastores de la Arcadia*. Fue encargado por un tal François-René de Chateaubriand (1768-1848), un diplomático, político y escritor francés —al que se considera padre del romanticismo en la literatura francesa—, y se realizó hacia 1830. Uno no puede evitar ver en su nombre ecos de Rennes-le-Château...

Ahora bien, volviendo a lo que nos ocupa, este tema de la Arcadia, realizó dos versiones: una de 1627 y otra de 1637-1638. La primera perteneció a la colección del cardenal Camillo Massimi y se inspiraba en una obra anterior, de 1618, realizada por un pintor barroco italiano, Giovanni Francesco Barbieri (1591-1666), conocido como Guercino, en la que dos pastores miran una calavera de aspecto terrorífico sobre una lápida con la inscripción «Et in Arcadia ego».





24. *Et in Arcadia ego*, versión de Guercino, 1618-1622. Galería Barberini (Roma).



25. Primera versión de *Los pastores de la Arcadia* de Nicolás Poussin, de 1628-1630 (Chatsworth House).

La primera versión de Poussin situará esta escena en un ambiente melancólico, inspirándose en la obra *Arcadia* (1502) del italiano Jacopo Sannazaro, en la que se recrea poéticamente una Arcadia idílica habitada por pastores aficionados a la poesía. Estos pastores, dos, encuentran un sarcófago entre la vegetación sobre el cual pueden leer «Et in Arcadia Ego», que viene a significar «Yo, la muerte, incluso en la Arcadia estoy». En la parte superior, más disimulada, tenemos la calavera que servía de clave representativa en el lienzo del Guercino. Aparece además una pastora y un señor de espaldas que representa al dios fluvial Alfeo, un río de la mítica Arcadia, símbolo del paso inexorable del tiempo, aunque también de las corrientes ocultas.

La segunda versión, la que nos interesa, es de 1638 o 1639. En ella vemos a tres pastores y una mujer mirando la inscripción labrada en una tumba, «Et in Arcadia Ego». Esta, como las otras, es, en efecto, un *memento mori*, un recordatorio sobre la vanidad de las cosas humanas frente a la muerte, una temática muy frecuente en el barroco. Curiosamente ha eliminado la calavera que aparecía en las dos versiones anteriores, la suya y la de Guercino, por lo que más que enfrentarse a la muerte de manera directa, lo hacen descifrando el epígrafe de la tumba.





26. *Los pastores de la Arcadia*, de Nicolás Poussin, 1637-1638, obra clave en este estudio. Se dice, se cuenta, que el paisaje de la derecha representa el monte Cardoy y Rennes-le-Château (Louvre).

Debemos mencionar, por último, que la Arcadia, aparte de ser una provincia de la antigua Grecia, era un país imaginario descrito por diferentes poetas y artistas, sobre todo durante el Renacimiento y el Romanticismo, en el que reina la felicidad, la sencillez y la paz y en el que viven pastores en absoluta comunión con el medio. Un lugar utópico, en definitiva, que nos retrotrae a la mítica Edad de Oro o al Paraíso. Pero incluso allí la muerte está presente...

Dicho esto, ¿pudo inspirarse Poussin en la tumba aquella que se encontró en los setenta en las cercanías de Arques? Puede ser, pero es prácticamente imposible de demostrar. Como vemos, esta versión es de entre 1638 y 1639, época en la que Poussin estaba en Roma. Es cierto que dos años después, en 1640, marchó a París, donde estuvo hasta 1642. Ahí algunos han querido ver una posibilidad, aunque las fechas no encajen. No parece probable. Sin embargo, el parecido es realmente sobrecogedor, no tanto entre los paisajes como entre las tumbas.

Aunque claro, pudo haber sido al revés, ¿no? Igual el que construyó la tumba se inspiró en la obra de Poussin, lo que parece la explicación más sencilla si hacemos caso a Ockham y su navaja.

Claro que queda aún una cosita que añade leña al misterio: como comentábamos al hablar de *El enigma sagrado*, en esta obra se hacen eco de una misteriosa carta que en abril de 1656 el abad Louis Fouquet escribió a su hermano, Nicolas Fouquet, superintendente de Hacienda del rey Luis XIV de Francia, tras entrevistarse con Poussin. Decía lo siguiente: «Él [Poussin] y yo hablamos de ciertas cosas que con facilidad podré explicarte detalladamente, cosas que te darán, por mediación del

señor Poussin, ventajas que hasta a los reyes les costaría mucho extraer de él y que, según él, es posible que nadie más vuelva a descubrir de nuevo en los siglos venideros. Y lo que es más, estas son cosas tan difíciles de descubrir que nada que haya ahora en esta tierra puede ser de mayor fortuna ni igual a ellas<sup>[8]</sup>».

Sea lo que sea aquel secreto, lo cierto es que poco después, en 1661, Nicolas Fouquet fue detenido y encarcelado para el resto de sus días por orden del monarca Luis XIV, que además se hizo con la obra *Los pastores de la Arcadia...* Fue acusado de malversación y condenado a muerte en 1664, aunque el rey conmutó la sentencia por cadena perpetua. Todos sus amigos fueron perseguidos y juzgados; muchos fueron ejecutados. Fouquet morirá en la fortaleza de Pinerolo en 1680.

Su alta posición social y el interés del rey por encarcelarlo han hecho que numerosos autores planteen que en realidad le motivaba algo más, algo que desconocemos. ¿Era el secreto aquel del que hablaba su hermano en la carta y que decía poseer Poussin?

Sea como fuere, la historia de Fouquet inspiró, al parecer, la leyenda del hombre de la máscara de hierro, un misterioso personaje francés que en el siglo XVII fue encarcelado por razones desconocidas en la prisión de la Bastilla, donde fue cubierto con una máscara de hierro para que no se supiese quién era. Alexandre Dumas (1802-1870), por ejemplo, en su obra *Le Vicomte de Bragelonne* (El vizconde de Bragelonne), entrelaza ambas historias: el prisionero sería el hermano gemelo de Luis XIV, encerrado, y con la máscara puesta para ocultar su identidad, tras haber usado aquel parecido para reemplazar al monarca en un golpe de Estado. Será Fouquet quien, según Dumas, desenmascara el fraude y libera al verdadero rey de la prisión.

Lamentablemente, y por sugerente que nos pueda parecer toda esta historia de Poussin, la conexión con el tema de Rennes-le-Château se debe a fuentes de más que dudosa credibilidad. Los pergaminos, como hemos comentado, son falsos, y son ellos los que señalan por primera vez a Poussin. La segunda lápida de la marquesa de Blanchefort tampoco existió nunca, con lo que tampoco hay nada que relacione a Rennes-le-Château con aquello de «Et in Arcadia Ego». Y por último, el supuesto viaje a París que realizó Saunière en 1893 es algo que, aunque se ha convertido en un cliché repetido hasta la saciedad, no ha sido para nada probado. De hecho, todo parece indicar que nunca existió. Todo esto, junto con el hecho de que los que proporcionan las pistas a Baigent, Leigh y Lincoln, los primeros que hablaron de la tumba de Arques, fueron De Sède y Pierre Plantard, hace que tengamos que anular por completo esta más que curiosa y sugerente idea. Con todo el dolor de nuestro corazón.

Aunque... una última curiosidad: Nicolas Poussin nació en Les Andelys, en el departamento de Eure. Y resulta que en ese mismo departamento se sitúa un lugar clave de nuestra historia: aquel donde se encuentra el castillo que cobijaba el tesoro de los Templarios, según Gérard de Sède y Pierre Plantard en la obra *Los templarios*

*están entre nosotros* (1962), de la que hemos hablado anteriormente.

Y es que Gisors queda a solo veintinueve kilómetros del sitio en el que nació Poussin...



## CAPÍTULO 14

### La iglesia

Volvamos de nuevo a la historia de Bérenger Saunière. Nos habíamos quedado en aquellos extraños trabajos que supuestamente emprendió en el cementerio en compañía de Marie Dénarnaud, y de los que varios vecinos se quejaron, en marzo de 1895, ante el alcalde, elevando sus quejas hasta el prefecto del Aude.

Unos meses después sucede un curioso incidente: el 14 de julio de 1895 se produce un violento incendio en el pueblo que afectó a varias casas cercanas a la iglesia. Para intentar sofocarlo, los vecinos pretendieron usar la cisterna del alcalde —que había edificado en las cercanías de la puerta del cementerio, en un pequeño recinto donde también había construido una pequeña biblioteca—. Pero Saunière se negó a permitirles la entrada. Así, el 20 de julio<sup>[1]</sup> el Ayuntamiento le ordenó al cura que instalara fuera de aquellas propiedades públicas su biblioteca y además le amonestó por haberse negado a auxiliar en el incendio, más cuando aquella cisterna de agua estaba en terrenos del pueblo. ¿Por qué se negó el cura a que accediesen a aquel recinto para coger el agua de la cisterna?

Saunière seguía, por otro lado, con las remodelaciones en su iglesia, tras haber cambiado las vidrieras, el altar, el púlpito y el enlosado. Como sabemos por un presupuesto realizado por el constructor Georges Castex<sup>[2]</sup>, de Limoux, de julio de 1896, pretendía recubrir todas las paredes, bóvedas y arcos con una capa de yeso para poder pintarlo todo posteriormente. El cura tendrá que pagar doscientos francos al finalizar la obra y el resto en plazos anuales del mismo importe, lo que, al igual que en el caso de las vidrieras, demuestra que los trabajos de la iglesia los fue pagando poco a poco.

El 20 de noviembre de ese mismo año, 1896, firma un contrato con Bernard Giscard, un artesano de Toulouse especializado en imaginería religiosa. Será un total de dos mil quinientos francos, a pagar, de nuevo, en cuotas anuales de quinientos francos, y se fija la primera cuota en 1897, es decir, un año después. Irían incluidos los siguientes elementos: un bajorrelieve de terracota policromado de tres metros de diámetro titulado *Venid a mí*, con unas once o doce figuras; un viacrucis de terracota en alto relieve en color, con figuras en trajes de la época; un grupo de esculturas de terracota policromadas, que representa el bautismo de Jesucristo por Juan el Bautista;

siete estatuas de terracota, de 1,30 metros de altura, ricamente decoradas y pintadas; seis plintos variados para sostener las estatuas, cuatro de ellos con dos cabezas de ángeles y dos con solo una; y otras tres pequeñas estatuas, de 60 centímetros de altura, de la Santísima Virgen, San José y el Sagrado Corazón de Jesús.

Curiosamente, en caso de muerte, «el señor Saunière autoriza al señor Giscard a eliminar de la iglesia de Rennes todos aquellos objetos cuyo pago no se haya recibido, a menos que la comuna de Rennes o la propia fábrica se comprometan a pagar por ellos<sup>[3]</sup>».

Hay que dejar claro que todas las estatuas fueron elegidas por Saunière del catálogo de la empresa de Giscard, excepto el demonio que sostiene la pila de agua bendita, encargo que se hará un poco después y que fue realizado especialmente para el abad por Giscard, aunque, todo sea dicho, la cabeza del demonio recuerda mucho a la cabeza del dragón muerto a manos del arcángel san Miguel, que también se ofrecía en el catálogo de la empresa de ornamentación religiosa.

Como reza en el contrato, todas las estatuas y relieves serán entregados a principios de 1897. En febrero de ese año se instala también el calvario en el jardín, realizado por un tal Charles Dénarnaud, de Alet-les-Bains, justo enfrente del pilar visigótico y de la imagen de la Virgen de Lourdes. Además, a sus pies, se instalará, según algunos, la dichosa Losa de los Caballeros.



© Fernando López Angulo, 2013

27. El calvario.

Para mediados de 1897, la iglesia está lista y será consagrada durante la festividad de Pentecostés (6 de junio) por el obispo Billard. Posteriormente Saunière escribirá a Giscard comentándole lo contentísimo que ha quedado el obispo con sus estatuas y bajorrelieves, tanto que piensa recomendar al artista a sus amistades y compañeros.

Vemos, pues, que nuestro querido abad tardó nada más y nada menos que diez años en terminar todas las remodelaciones en la iglesia, desde que el 27 de julio de 1887 se cambiara el antiguo altar hasta que, en junio de 1897, se consagra el nuevo templo. Y además, como hemos ido mencionando, todo se paga a plazos.

Sobre esta extraña iglesia de Rennes-le-Château, la iglesia de Santa María Magdalena, se han vertido ríos de tinta. Y casi siempre en torno a un supuesto

simbolismo que contienen sus estatuas y bajorrelieves, plagados, según algunos, de anomalías significativas que hacen pensar que el párroco Bérenger Saunière quería comunicar algo con ello. Esto es una obviedad como un templo —nunca mejor dicho—, pues siempre se quiere transmitir un mensaje con los iconos e imágenes representados en una iglesia. El problema sería cuál fue ese mensaje. Algunos han planteado que el abad dejó pistas en la imaginería del templo sobre la localización del tesoro. Otros han visto pistas sobre su supuesto desvío respecto al dogma. Otros han llegado a ver alusiones a determinados ritos masónicos... Y es que la interpretación de una obra de arte tiene mucho de subjetivo, aunque dicha interpretación ha de estar limitada necesariamente por dos factores que muchos obvian y han obviado: el contexto de la creación y la personalidad del creador —en este caso, del «productor» de la obra.

Vamos a intentar analizar detalladamente este extraño templo: extraño por lo recargado de su decoración y por determinados elementos que son realmente perturbadores. Y vamos a ir, de paso, despejando algunas dudas y aclarando algunos clichés que cientos de publicaciones han ido extendiendo a lo largo de las décadas. Comencemos.

### ***Jardín***

A la iglesia se accede desde un pequeño jardín que pertenece al Ayuntamiento. En 1890, sin embargo, le dieron permiso a Saunière para reformarlo, que introdujo con el tiempo varios elementos significativos. A la derecha colocó el famoso pilar visigótico —en realidad carolingio— que soportaba antiguamente la losa del altar y que ahora, después de ser invertido —quedando la cruz al revés...—, soporta una pequeña imagen de la Virgen de Lourdes. Fue colocado, como ya comentamos anteriormente, el 21 de junio de 1891.

A la izquierda se levantó en 1897 el calvario del que hablábamos antes, con motivo de la nueva consagración de la iglesia cuando finalizaron las obras, que fue presidida por el obispo Félix-Arsène Billard. A esto se dedica la placa conmemorativa que hay en el pilar del calvario, en el que hay además varias inscripciones en relieve. Una de ellas ha dado mucho que hablar gracias a las fantásticas elucubraciones de los buscadores de misterios:

CHRISTUS A.O.M.P.S. DEFENDIT



© Óscar Fábrega Calahorro, 2013

28. La inscripción del calvario.

Hay quien ha querido ver en esto un misterio y la han traducido como: «Christus Antiquus Ordo Mysticusque Prioratus Sionis Defendit» (Cristo defiende a la antigua orden mística del Priorato de Sion). ¡Toma ya! Y es que se trata de algo tremendamente común en monumentos católicos. Podemos verlo, por ejemplo, en el obelisco del papa Sixto V en Roma, y en realidad quiere decir: «Christus Ab Omni Malo Plebem Suam Defendat» (Cristo defiende a su pueblo de toda maldad).

Por otro lado, en el jardín tenemos otras dos construcciones: la antigua biblioteca de Saunière, antes de construirse la Torre Magdala, que hacía también las funciones de depósito de agua y de almacenillo y que estaba situada a la izquierda de la entrada al cementerio; y una gruta hecha con piedras de la zona que es, de nuevo, un homenaje a la Virgen de Lourdes. En la actualidad, hay una pequeña imagen de escayola en su interior, pero en su época Saunière instaló una estatua de bronce de María Magdalena de rodillas, como menciona Jean-Luc Robin<sup>[4]</sup>, que hace tiempo desapareció. Además en esa gruta hay una curiosa inscripción con piedrecitas realizada por el propio abad, según argumentan algunos investigadores, en un banco al fondo; en ella pone: «XXSLX».

Pero sí hay algo tremendamente curioso en la disposición de esta plaza ajardinada que nos recibe en la iglesia de Rennes-le-Château: parece haber sido confeccionada para ser simétrica con la planta de la iglesia y para que algunos elementos coincidan perfectamente. Serían, para entendernos, dos plantas de la iglesia similares; así, el pilar carolingio invertido quedaría exactamente en el lugar del confesionario que hay a la entrada a la iglesia, a la izquierda, y se produce una curiosa asociación con la inscripción del pilar: «Penitencia, penitencia». Por otro lado, el calvario está en el lugar correspondiente, con total exactitud, al altar. Ambos, altar y calvario, serían el centro de una circunferencia que en la iglesia correspondería con el ábside y en el



jardín, con el seto que rodea el calvario. Y encajan perfectamente, como se puede comprobar en el plano.

Pero, además, hay una curiosidad bien significativa: la citada Losa de los Caballeros se encontró a los pies del altar, y aunque el lugar exacto se desconoce, siguiendo la simetría planteada por Saunière, es interesante mencionar que esa misma losa fue posteriormente colocada, con el relieve hacia arriba, en la escalinata del calvario, que, como hemos dicho, coincide con el altar...

### ***La entrada***

Mucho se ha hablado, y también desafortunadamente, sobre el pórtico de la iglesia. Un pequeño tejado a dos aguas cobija la puerta de entrada, coronada por un arco y un tímpano con un bajorrelieve de la Magdalena, con una cruz y una cinta con la inscripción «IN HOC SIGNO VINCES» (Por este signo vencerás). Como ustedes sabrán, esto hace referencia a la leyenda de la visión de una cruz en el cielo que tuvo el emperador Constantino (272-337) durante la batalla de Majencio, un 28 de octubre del 312, en el puente de Milvius, cerca de Roma. Tras aquella visión tuvo un sueño en el que se le ordenaba poner aquel símbolo, la cruz, en su estandarte. De hecho, a partir de entonces el lábaro de Constantino estaba formado por una cruz y el monograma de Cristo, compuesto por las dos primeras letras, *ji* y *ro* (XP), de esa palabra en griego. Curiosamente, en el conjunto escultórico de la pila de agua bendita aparece de nuevo esta inscripción, aunque traducida al francés y con una variación curiosa: «PAR CE SIGNE TU LE VAINCRAS» (Por este signo le vencerás).

Justo debajo de la estatua de la Magdalena encontramos la siguiente inscripción:

REGNUM MUNDI ET OMNEM ORNATUM SOECULI CONTEMPSI PROPTER ANOREM DOMINI MEI  
JESU CHRISTI QUEM VIDI QUEM ANAVI IN QUEM CREDIDI QUEM DILEXI.

(Desprecio el reino de este mundo y todos los atractivos de este siglo [de esta época] a causa del amor de mi señor Jesucristo que vi, que amé, que creí y que escogí).





© José María de la Portilla López, 2013

29. Pórtico de entrada.

Y algo más abajo, encima del arco de la puerta, una inscripción que se ha hecho famosa, más que nada por lo tergiversado de su interpretación:

TERRIBILIS EST  
LOCUS ISTE.

(Este lugar es terrible).

Esto ha inquietado a muchos. ¿Por qué pondrá eso en una iglesia? Clara manifestación de su heterodoxia dogmática, por no llamarlo *herejía*, dirán algunos — han dicho, de hecho—. A ambos lados de esta inscripción hay otras dos: «DOMUS MEA DOMUS» y «ORATIONIS VOCABITUR», que juntas quieren decir «Mi casa será llamada casa de oración». Son las supuestas palabras pronunciadas por el Nazareno cuando marchaba hacia el templo, según Marcos 11, 17: «Y les enseñaba, diciendo: “¿No está escrito: Mi casa será llamada casa de oración para todas las naciones?”». Pero, curiosamente, falta la continuación del texto evangélico: «Mas vosotros la habéis convertido en cueva de ladrones».



© José María de la Portilla López, 2013

30. Terribilis est locus iste.

A los lados del arco de la puerta hay otras dos inscripciones: «HIC DOMUS DEI EST» y «ET PORTA COELI» (He aquí la casa de Dios y la puerta del cielo). Esto se remite a otra referencia bíblica clara, el Génesis 28, 16-17, donde se narra el extraño episodio de Jacob, el ángel y la escalera al cielo, y tiene que ver con lo de TERRIBILIS EST LOCUS ISTE: «Despertó Jacob de su sueño, y se dijo: “Ciertamente está Yahvé en este lugar, y yo no lo sabía”. Y atemorizado, añadió: “¡Qué terrible es este lugar! No es sino la casa de Dios y la puerta de los cielos”». El versículo 17 en latín sería: «Pavensque: “Quam terribilis est, inquit, locus iste! Non est hic aliud nisi domus dei et porta coeli”». A eso se refería aquello de «Este lugar es terrible»... Aunque muchos hayan visto en esto una muestra de herejía...

En la fachada, aparte de varias inscripciones con fechas y algunos escudos, hay un elemento al que la tradición del Mito también ha dado importancia: una inscripción con fecha de 1646, un año después de aquel acontecimiento legendario del pastorcillo de Rennes-le-Château, Ignace Paris; aquel que, según comentan las leyendas locales, en 1645 encontró un tesoro cuando fue a buscar a una oveja descarriada. Hay quien ha relacionado el relieve del frontón del confesionario de madera con esto; aunque en realidad se refiere a la parábola aquella de la oveja descarriada que aparece en Lucas, 16 y Mateo 18, 10.

Para concluir, una última curiosidad que aparece en esta puerta de entrada: la iglesia, como sabemos, está consagrada a María Magdalena, que en francés sería Marie Madeleine. Pues bien, aquí aparece el nombre en castellano. ¿Por qué?

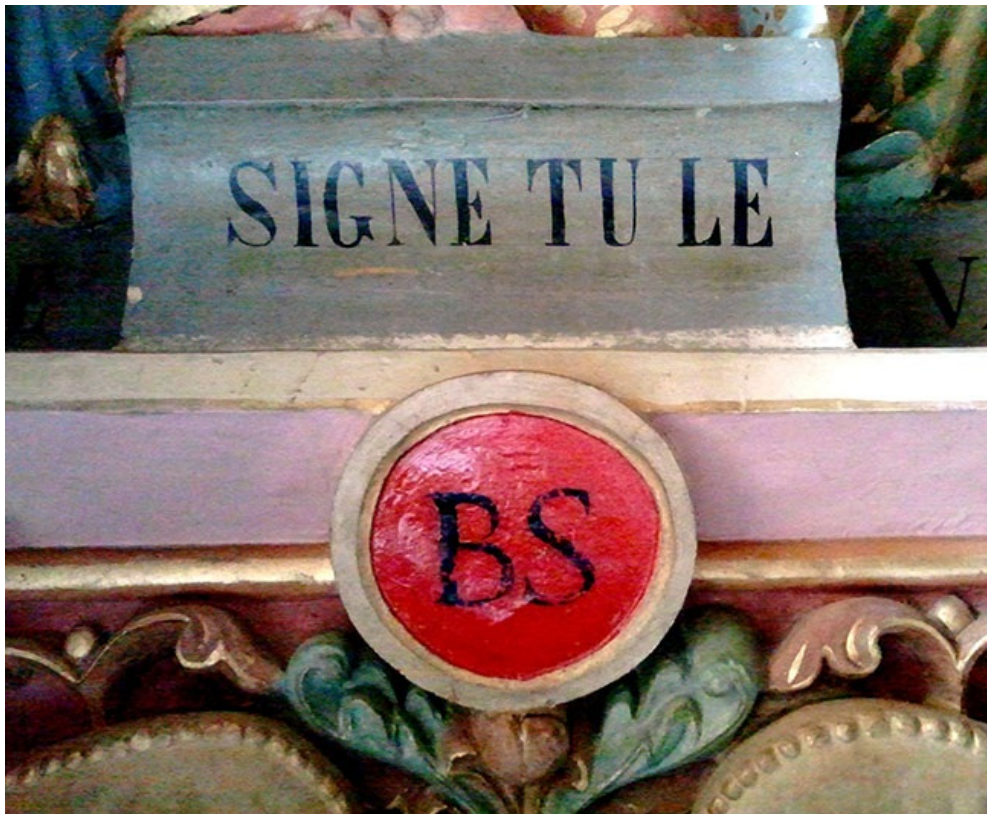
### ***La pila de agua bendita***

Si hay algo que identifica a Rennes-le-Château, aparte de la famosa silueta de la Torre Magdala, es el singular personaje que nos recibe nada más entrar en la iglesia, a la izquierda: el diablo que soporta con un espantoso gesto de dolor el peso de la pila de agua bautismal. Se trata en realidad de un conjunto escultórico formado por tres piezas: el demonio, la pila de agua bendita sobre él y la escultura de cuatro ángeles que forman la señal de la cruz con sus manos. Y entre la pila de agua bendita y el grupo de ángeles, aparece una inscripción: «PAR CE SIGNE TU LE VAINCRAS» (Por este signo le vencerás), traducción afrancesada del famoso adagio de Constantino que comentábamos antes, «IN HOC SIGNO VINCES». Y justo debajo de esta, un bajorrelieve con dos salamandras y las letras «BS» dentro de una moldura roja. ¿Podría referirse a Bérenger Saunière?



© José María de la Portilla López, 2013

31. Grupo escultórico de la pila bautismal de la iglesia de Rennes-le-Château.



© Fernando López Angulo, 2013

32. BS.

Pero el personaje más importante es el extraño demonio que, tradicionalmente, se ha identificado como Asmodeo, un demonio mencionado en el Libro de Tobías, en el Talmud y en algunas obras de demonología, y que posiblemente procede de las tradiciones del zoroastrismo persa. De hecho, el nombre deriva de *ashtma-daeva*, algo así como «el demonio de la ira». En la primera obra, el Libro de Tobías —un libro aceptado como canónico por la Iglesia romana, aunque no es considerado parte del Tanaj judío—, es un demonio enamorado de una tal Sara, hija de Raquel. Cada vez que esta contraía matrimonio, el demonio Asmodeo mataba al marido. Así ocurrió siete veces, hasta que se promete con Tobías, que, gracias a la ayuda del arcángel Rafael —que le enseña cómo librarse del demonio— consigue deshacerse de él. Asmodeo huye a Egipto, donde es encadenado por el arcángel, sin que se sepa nada más de su suerte. Aquí se le asocia con el pecado carnal y es que, en realidad, mataba a los maridos de Sara porque consumaban el matrimonio la primera noche<sup>[5]</sup>.

En el Talmud aparece en varias ocasiones, unas veces relacionado con Salomón, especialmente con la construcción del templo —una leyenda dice incluso que el rey engañó al demonio para que lo construyese en un tiempo récord—; otras veces como rey de todos los demonios y como amante de Lilith<sup>[6]</sup>, la primera mujer, después de que esta abandonara a Adán, con la que engendrará miles de demonios.

En la obra conocida como *Testamento de Salomón*, un antiguo grimorio de entre los siglos I y IV d. C., también aparece Asmodeo: es el archienemigo del monarca, que lo puede controlar gracias a un anillo que mantiene a raya a los demonios. Hasta

que un día Asmodeo le quitó el anillo y lo tiró al mar, además de arrojar a Salomón al desierto y designarse a sí mismo como rey. Tras mil peripecias, este vuelve a encontrar el anillo y termina derrotando al demonio. En esta obra se le asocia con la lujuria —algo que seguirá ocurriendo durante la Edad Media, cuando también se decía que era el favorito de las brujas—, y se encarga de ensuciar la mente de los casados y de las vírgenes. También es mencionado en otro grimorio de estos, *Las clavículas de Salomón*, en el que se dice que era el guardián del tesoro del templo.





© Melissa Carmona, 2013

33. El demonio.

Dicho esto, ¿es realmente Asmodeo el que aparece en la iglesia de Rennes-le-Château ? Pues, lamentablemente, no hay nada que lo indique, excepto, quizás, su cojera, signo asociado con este demonio. El primero en proponerlo fue Gérard de Sède en su obra *El oro de Rennes*, aunque probablemente influido por Plantard y compañía, como demuestra el hecho de que en uno de los *Dossiers Secrets*, el titulado *Le Serpent Rouge* —depositado en la Biblioteca Nacional de París en 1967—, se le menciona:

### *Cáncer.*

Las losas del suelo de mosaico del lugar sagrado pueden ser, alternativamente, blancas o negras, y JESÚS, al igual que ASMODOEO, observa su alineación; mi vista parece incapaz de ver la cumbre de donde se esconde la maravillosa durmiente. Si no es HÉRCULES con poderes mágicos, ¿cómo van a descifrarse los misteriosos símbolos que grabaron los observadores del pasado? En el santuario, la pila del agua bendita, la fuente del amor de los creyentes, refresca el recuerdo con estas palabras: CON ESTE SIGNO LO VENCERÁS<sup>[7]</sup>.

Sea como fuere, lo cierto es que posiblemente Saunière no quiso representar a ningún demonio específico, sino al diablo genérico o Satán en persona. Y además con gran empeño, pues, como hemos mencionado anteriormente, esta obra se hizo según sus indicaciones y deseos, ya que en el catálogo de la empresa que elaboró las imágenes, Giscard, no aparecía, aunque sí su cabeza, que es exactamente la misma que la de un dragón fulminado por el arcángel san Miguel. Sin duda, el objetivo del abad era impresionar a sus feligreses, ya que, como dice Jean-Luc Robin, «aunque no todos creyeran en Dios, todos creían en el diablo<sup>[8]</sup>».

Pero, por otro lado, también parece claro que aquel conjunto escultórico, el demonio sometido por la pila de agua bendita y el signo de la cruz, hace referencia al tema político que tanto afectaba a Saunière: la República sería el demonio vencido por el signo de la Religión. Esto es más evidente si se pone en relación con las esculturas aledañas de Juan bautizando a Jesús, que se puede entender como una metáfora de la monarquía.

Aunque hay quien ha interpretado esto de otra manera: si se comparan ambos conjuntos, Asmodeo y Cristo ocupan el mismo lugar, y ambos están siendo «bautizados»...

Cabe mencionar, por último, que en 1997 se produjo un terrible acto de vandalismo cuando alguien desconocido le cortó la cabeza al demonio. En su lugar se realizó una nueva cabeza que, lamentablemente, no conserva la terrible expresión de la original. Un tiempo atrás ya le habían robado el tridente que sostenía con la mano derecha.





© Melissa Carmona, 2013

34. ¿Asmodeo?

### ***Las estatuas***

Justo al entrar en la iglesia, al frente, está el citado grupo escultórico que mencionábamos antes, que muestra a Juan el Bautista bautizando a Jesús. Es significativo que tanto el Nazareno como Asmodeo miran hacia el mismo punto del suelo, un ajedrezado compuesto por losas blancas y negras. (Ahora todo el suelo de la iglesia es así, pero parece que en un primer momento solo eran sesenta y cuatro losas que formaban exactamente un tablero de ajedrez, orientado además hacia los puntos

cardinales).

Aparte de este conjunto y el de la pila bautismal, hay varias estatuas más en la iglesia, todas ellas compradas del catálogo de la tienda de Giscard, que, sin tener especial relevancia, son dignas al menos de mencionar.

Tenemos, por un lado, a santa Germana de Pibrac, representada como una pastora y acompañada de dos ovejas. Esta santa, Germaine Cousin, nacida en la localidad de Pibrac (cerca de Toulouse) en 1570, es muy venerada en Francia y tuvo una vida marcada por las desdichas. Hija de Laurent Cousin, alcalde de Pibrac entre 1573 y 1574, quedó huérfana de madre al poco de nacer y tenía una malvada madrastra que la maltrataba. Padecía una malformación en las manos y en el rostro, lo que le complicaba mucho a la hora de encontrar esposo y que hizo que fuese repudiada por sus vecinos cuando era niña. Pero su fe le hacía soportar todo. Germaine se convirtió en una gran predicadora en una época especialmente convulsa de la historia de la cristiandad —en el contexto de las guerras de religión del siglo XVI—, y fue considerada ya en vida como una santa. La leyenda cuenta que en una ocasión robó un trozo de pan para ayudar a los pobres del pueblo, pero la cogieron, y cuando fueron a abrir el delantal en el que supuestamente estaba el pan, solamente encontraron rosas —de ahí la decoración del paño que lleva la estatua, tradicional en su iconografía—. Fallece en 1601 (curiosamente, un 17 de enero...). Cuarenta años después, su cuerpo aún no se había corrompido. Fue declarada santa en 1867 por Pío IX (1792-1878) y se convirtió en la patrona de la diócesis de Toulouse.

También tenemos a san Antonio Ermitaño, «segundo patrón de la parroquia», según dice el contrato firmado por Saunière con Giscard<sup>[9]</sup>, que aparece con una Biblia en su mano derecha y con un bastón en la izquierda, coronado por una campanilla atada en la parte superior y con un cochino a sus pies. También conocido como san Antonio Abad, fue un monje cristiano nacido en Comas, cerca de Heraclea (en el Alto Egipto), en el 251, que cuando tenía unos veinte años decidió vender todas sus posesiones, entregó todo el dinero a los pobres y se convirtió en un asceta. Además, ayudó y guio a otros que, como él, decidieron emprender el camino de los eremitas; por eso se le considera el fundador de la tradición monacal cristiana. En el 311 dejó su retiro para predicar contra el arrianismo. Era conocido además como patrón de los animales y se le relacionaba especialmente con los cochinitos debido a una curiosa leyenda: en una ocasión se le acercó una jabalina con sus jabatos, que estaban ciegos. Antonio curó la ceguera de las crías y desde entonces la madre se convirtió en su fiel escudera. Con el tiempo, y dado que el cerdo es considerado un animal impuro, se hizo costumbre representarlo dominando la impureza, por lo que le colocaban un cerdo domesticado a sus pies. Fallecería, supuestamente, en el 356 —¡a los ciento cuatro años de edad!—. Significativamente también, un 17 de enero, fecha que como vemos no para de repetirse en este misterio y que se convirtió en el día de su celebración.

Según *La leyenda dorada* de Santiago de la Vorágine (siglo XIII), fue tentado por

el diablo durante su estancia en el desierto, tema que se convirtió en uno de los favoritos para los pintores del Medievo y del Renacimiento, como, por ejemplo, en la obra del Bosco *Tríptico de las tentaciones de san Antonio*, de 1501, o la versión de David Teniers *La tentación de san Antonio*, de 1663.

Por último, hemos de recordar en relación con este santo un curioso dicho típico de la zona del Bajo Aragón:

San Antón era un francés que de Francia a España vino y lo que tiene a los  
pies es un hermoso tocino.

Tenemos también a san Antonio de Padua, monje portugués nacido en 1195 con el nombre de Fernando Martins, hijo de Martín de Alfonso, un caballero portugués que era nada menos que descendiente de Godofredo de Bouillon —el mítico fundador del Priorato de Sion—. Se trata también de un santo muy venerado por la cristiandad. Aparece con un libro en su mano derecha y sobre este un niño Jesús, y en la otra mano con un ramo de azucenas blancas. Hacia 1219 se hizo miembro de una comunidad eremita de Coímbra, y cambió su nombre a Antonio, precisamente como homenaje a san Antonio Ermitaño. Falleció en 1231. Como curiosidad, fue la persona que más rápidamente canonizó la Iglesia de Roma: 352 días después de su muerte, el 30 de mayo de 1232.

San Roque es otro de los santos representados en las esculturas de Giscard, un peregrino occitano del que poco se conoce. Nació en Montpellier entre 1295 y 1350 —las fechas no son nada concluyentes, como pueden ver—. Se sabe que se pasó la vida difundiendo el mensaje de la Iglesia y cuidando a los pobres y a los enfermos allí por donde iba. Por eso es el santo protector de la peste y las epidemias, así como de los peregrinos, de los enfermeros y de los... perros. Suele aparecer representado vestido de peregrino con bordón, sombrero y capa, herido en una pierna, normalmente la izquierda —aunque en Rennes-le-Château es la derecha—, y acompañado de un perro o un ángel, o ambos en algunas ocasiones. Falleció entre 1317 y 1379.

En el ábside, junto al altar, aparecen las estatuas de San José y la Virgen María, ambos llevando en brazos a un niño Jesús, lo cual ha sido interpretado por algún que otro iluminado como representación de la leyenda apócrifa de que el Nazareno tenía un hermano gemelo.

La iglesia, como ya hemos comentado, está dedicada a María Magdalena, por lo que no es de extrañar que esté presente en varios lugares de ella: en la estatua del costado del interior de la iglesia, en una de las vidrieras, en el bajorrelieve del altar y en el mismo frontón de la puerta de entrada. En la citada estatua, también de Giscard, aparece representada con sus iconos tradicionales: la cruz rústica, la copa, el cráneo y el libro abierto.

Esta proliferación de elementos relacionados con la Magdalena, así como el

nombre que dio Saunière a su casa palaciega (la Villa Betania) y a la torre en la que instaló su biblioteca (la Torre Magdala), han hecho que algunos echen a volar su imaginación en busca de una explicación al supuesto misterio que nos ocupa, y plantean teorías tan disparatadas como que aquella señora se encuentra enterrada allí mismo o en las inmediaciones, o que se le da esa importancia porque era en realidad la esposa de Jesús de Nazaret y/o madre de su descendencia.

Debemos mencionar —a modo de curiosidad y para demostrar hasta qué punto llega la desbordante imaginación de los místicos y de los buscadores de tesoros— que hay quien ha propuesto que, si cogemos un plano de la iglesia y trazamos una M uniendo los puntos en los que están ubicados las estatuas, obtenemos la palabra GRAAL (San Graal o Santo Grial) con la primera letra de los nombres de los santos: Germana, Roque, Antonio (de Padua), Antonio (Abad) y Lucas —sobre el coro.

### ***Viacrucis***

Por otro lado, también se ha escrito mucho sobre algunas de las estaciones del viacrucis, obra también del taller de Giscard. Como sabrán, estos viacrucis (camino de la cruz) suelen representar en varias imágenes —tradicionalmente catorce, aunque desde la reforma de Juan Pablo II son quince— el camino del calvario de Jesucristo durante la Pasión, desde que es condenado a muerte hasta que es llevado a la sepultura. La costumbre es hacer un recorrido deteniéndose en cada estación y rezando una oración en cada una.





© Melissa Carmona, 2013

35. Cuarta estación del viacrucis de la iglesia de Rennes-le-Château.

En Rennes-le-Château aparece el tradicional viacrucis de catorce estaciones. Hay quien ha destacado que en esta iglesia está dispuesto en sentido contrario a las agujas del reloj —normalmente se recorre de izquierda a derecha—. También se han señalado diferentes anomalías, ninguna realmente significativa. Por ejemplo, en la primera estación, en la que Jesús es condenado a muerte, aparece un muchacho negro, algo que a muchos les ha parecido perturbador, pero que para nada es raro en la iconografía religiosa de la época. También se dice que en la octava estación, en la que Jesús consuela a las mujeres, aparece un niño de la mano de una mujer que lleva un mantón con los colores típicos escoceses y, a su lado, otra mujer de negro que besa la túnica de Jesús. Algunos han querido ver en esto una relación con la masonería,

especialmente con el Rito Escocés, tanto por la mantita del chaval como por la señora de negro, una viuda —supuestamente, y según esta delirante versión—. Como ustedes sabrán, los masones se suelen llamar a sí mismos como los *hijos de la viuda*, en alusión a Hiram Abif, arquitecto del templo del rey Salomón, hijo de una viuda de la tribu de Neftalí y mítico patrón de los masones; aunque también consideran a Jesús como un *hijo de la viuda*. Esta asociación con la masonería es algo tendenciosa y no hay suficientes elementos para demostrarla. El manto del niño puede parecer escocés, pero no es nada obvio, y la supuesta viuda representa claramente a María, madre de Jesús. Cosas de los iluminados.

Por último, es muy llamativo lo que se suele decir de la última estación, la catorce, donde se muestra a los discípulos bajando a Cristo de la cruz para llevarlo a la sepultura. Esto, según la versión de los Evangelios, sucedió al mediodía, pero en la obra parece representarse por la noche —como demuestra la luna llena que aparece sobre un cielo oscuro—. Esto ha llevado a algunos a pensar que no se trata del descendimiento, sino que en realidad muestra cómo alguien esa noche sacó el cuerpo de Jesús de la tumba, muerto o vivo... Pero esto tiene una explicación clara en los Evangelios: en Mateo 27, 45, por ejemplo, leemos que durante la crucifixión se produjo una oscuridad, cuando era el primer día de Pascua y entre la hora sexta (el mediodía) y la hora nona (las tres de la tarde). Hay quien ha dicho que se trató de un eclipse, pero eso es imposible: tal fenómeno no puede ocurrir durante la Pascua, ya que siempre cae en luna llena, por lo que la Tierra estaba entre dicho satélite y el Sol, y no al revés. Claro que ahí está el milagro. Con lo cual, lo representado en esta estación catorce es ni más ni menos que el oscurecimiento mencionado por Mateo (y los otros evangelistas).

Lo cierto es que este viacrucis, por mucho que han querido señalar los iluminados de turno, era un producto escogido del catálogo<sup>[10]</sup> de la compañía Giscard, lo que para nada lo convertía en exclusivo ni especial. De hecho, hay quien ha señalado el gran parecido que hay entre este viacrucis y el de Saint-Jean d'Alcas, un pueblo del Larzac francés.

### ***Mural y bajorrelieve del altar***

Justo encima del confesionario hay un enorme y precioso bajorrelieve, también obra de Giscard, que representa la famosa escena del sermón en la montaña, aquella que según los evangelistas (por ejemplo, Mateo 5, 1 y 7, 28) narra cómo el Nazareno dio un discurso a varios de sus seguidores en una montaña en el que se mencionan varios de los principios claves de sus enseñanzas. El que dice aquello de «Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos...».

En este mural, Jesús aparece en el centro de la composición, rodeado por cuatro hombres, seis mujeres, un niño y un bebé; todos sobre una montaña. Debajo del

Nazareno hay un elemento curioso, un saco roto del que parece salir algo: unos lo interpretan como espigas de trigo; otros, como oro. Hay quien ha querido ver las modernas vestimentas de dos muchachos que aparecen a la izquierda del conjunto como una rareza, pero en realidad se trata de anacronismos habituales en las representaciones religiosas. A los lados del grupo, en perspectiva, se muestran unos paisajes, curiosamente con una luz distinta a cada uno de los lados de Jesús: a la izquierda, aparece un castillo o un monasterio sobre una colina, en un paisaje claramente otoñal; a la derecha, en cambio, el paisaje es invernal y se ve un pueblo en ruinas y una enigmática señora que parece apoyarse sobre un paraguas. Hay dos elementos más, notablemente extraños: un capitel corintio similar al del balaustre que sujetaba el púlpito y en el que, supuestamente, encontró Antoine Captier un pergamino; y una extraña caja de madera con una apertura en el centro que no se sabe muy bien qué representa.



© José María de la Portilla López, 2013

36. El mural.

En el nuevo altar que Saunière colocó, también quiso tener una imagen de su apreciada María Magdalena. Así, puso un bajorrelieve en el que aparece representada arrodillada, con los dedos de las manos cruzados, así como con sus habituales atributos: una cruz rústica, un libro y un cráneo. Se ha dicho que fue realizado y/o pintado por el propio Bérenger Saunière. Algo que no está para nada demostrado y que parece poco probable, si bien, por otro lado, se sabe que no se lo encargó a Giscard y se desconoce su autor. Hay quien ha querido ver en el paisaje lugares de la zona, o quienes han creído reconocer la silueta de la cueva en cuevas cercanas... Pura especulación. De hecho, parece ser que la pieza está basada en una obra tremendamente parecida de un tal Johann Gebhard Flatz, un pintor alemán del siglo XIX especializado en imágenes religiosas<sup>[11]</sup>. Además, en la iglesia de Puichéric hay una vidriera con una representación prácticamente igual a estas dos.





© José María de la Portilla López, 2013

37. El bajorrelieve del altar.

Justo debajo del bajorrelieve había una antigua plaquita de madera con una inscripción en latín, que fue, desafortunadamente, robada en 1970. Decía lo siguiente:

JESU MEDELA VULNERUM + SPES UNA POENITENTIUM.  
PER MAGDALANAE LACRYMAS + PECATA NOSTRA DILUAS.

(Jesús, remedio para nuestras penas y esperanza única para nuestro arrepentimiento. Es gracias a las lágrimas de Magdalena que se borran nuestros pecados).

Hay alguna falta de ortografía (es *paenitentium*, no *poenitentium*), pero nada más destacable.

Por otro lado, hay quien dice que la melena de la Magdalena en esta imagen del altar representa el curso del río Aude, y los pliegues del manto, las estribaciones de los cercanos Pirineos. Sería una especie de mapa de la zona, pero en realidad ni está tan claro ni parece tener relevancia.

Hay que mencionar, para acabar con esta descripción de la «extraña» iglesia de Rennes-le-Château, una curiosa habitación secreta con forma de cuarto de círculo que nuestro abad se construyó al lado de la sacristía, a la derecha del altar, y a la que solo se podía acceder desde esta. Hay quien plantea que se construyó para disimular la entrada a la supuesta cripta de la familia Hautpoul que Saunière habría descubierto bajo la iglesia —cripta que, según los registros parroquiales, tuvo que existir realmente, aunque hoy en día probablemente no quede nada de ella—. Incluso hay quien va más allá y propone que esta cripta también comunicaba con el cementerio, al que se podría acceder, pues, directamente desde la habitación secreta de la sacristía.

## CAPÍTULO 15

### **Dos curas más...**

Como hemos comentado, la iglesia de Rennes-le-Château estaba totalmente restaurada a mediados de 1897. Durante la festividad de Pentecostés (6 de junio) de ese mismo año fue bendecida por el obispo Billard. Cinco meses después, el día 1 de noviembre, apareció el cadáver del cura de Coustaussa, brutalmente asesinado en su casa parroquial. Muchos han relacionado esta muerte con el enigma de Bérenger Saunière, y llegó a plantearse, incluso, que estaba involucrado. Se llamaba Antoine Gélis y será, junto a Henri Boudet, párroco de Rennes-les-Bains, uno de los actores secundarios de este Mito en el que, en realidad, parece que poco tuvieron que ver.

Gélis nació el 1 de abril de 1827 en Villesèque. Tras servir como sacerdote en Lanet y Durban, fue nombrado párroco de Coustaussa y Cassaignes en 1857, dos pequeñas localidades del Languedoc cercanas a Rennes-le-Château. Daría misa en ambos municipios durante cuarenta años, acompañado gran parte de ese tiempo por su hermana Marianne, que se convirtió en su ama de llaves. Cuando ella falleció pasó a vivir solo, aunque su sobrina Marie Marlot le ayudaba en lo posible. Era un hombre callado, introvertido y solitario, y levantaba cierta desconfianza entre sus feligreses y vecinos por sus extrañas maneras. Tenía la casa siempre cerrada a cal y canto, incluso con las persianas bajadas aunque fuese verano. Apenas recibía visitas y no se le conocían amigos, excepto algunos párrocos de las localidades vecinas.

En septiembre de 1897, cuando contaba ya setenta años, se planteó retirarse. Habló con un sobrino suyo, Maurice, cura de Grèzes, para que le buscara una casa para retirarse. Y se la consiguió. Debía mudarse el mismo día 1 de noviembre.

Nunca lo hizo.

Esa mañana fue encontrado muerto por otro sobrino suyo sobre el suelo de la cocina de la casa parroquial, con el cráneo partido a golpes y en medio de tres enormes charcos de sangre. Además, estaba en una extraña posición: yacente, completamente vestido y con su sombrero clerical, con los brazos cruzados sobre el pecho y una pierna flexionada. Las paredes y el techo de la cocina estaban salpicados de sangre, por lo que parece que hubo resistencia, pero no había huellas ni pistas. De hecho, los informes policiales afirman que la casa estaba completamente revuelta, con papeles y documentos tirados por el suelo y con las maletas, que tenía preparadas



para mudarse, abiertas y con toda la ropa desparramada. Se forzó incluso la caja de caudales. Pero, sorprendentemente, el asesino no se llevó su dinero, ya que se encontró una gran cantidad en la casa en sitios bastante visibles: seiscientos ochenta y tres francos en su oficina y ciento seis en su cómoda. Pero, además, durante la investigación se encontró una nota del propio sacerdote en la que hacía inventario de varios lugares donde tenía escondido más dinero, un total de trece mil francos, que fueron encontrados en diferentes sitios de la casa, la sacristía y la iglesia, a excepción de mil francos que nunca aparecieron. Esto invalidaba, al menos en parte, la idea de que el móvil fuese el robo. Si fueron a robar algo, no parece que fuese dinero.

La única pista fue un librito de papel de fumar de la marca Le Tsar con una nota escrita a lápiz en uno de los papeles que decía «Viva Angelina». Antoine Gélis no fumaba, y esa marca en concreto no se vendía en la zona, así que debía ser de alguien de otro departamento.

Durante la investigación se dedujo que había recibido alguna visita, a la que tuvo que abrir personalmente, ya que la puerta no estaba forzada —lo que indica que conocía a la víctima—. Se supuso que el sacerdote estaba sentado, junto a su visita, cerca de la chimenea, y que en algún momento su asesino se levantó y le asestó varios golpes con las tenazas. Aun así, no murió instantáneamente. Consiguió levantarse y dirigirse hacia la ventana que daba a la calle para intentar pedir ayuda. Pero su asesino lo evitó, atizándole varios golpes con un hacha que fueron definitivos. Se puede pensar que el crimen fue fruto de un ataque de ira, pero es curioso cómo el asesino se tomó su tiempo para dejar el cadáver expuesto en la posición en la que se encontró y para borrar todas las huellas que pudiesen incriminarle. Además, parece que antes de acabar definitivamente, le estuvo torturando, como si intentase obtener del sacerdote alguna información. Esto significa que sabía perfectamente lo que hacía. No era un enajenado, ni tampoco tenía prisas por abandonar la escena del crimen, ya que se quedó en la casa todavía un buen rato.

Eso sí, en la habitación del sacerdote se encontraron dos pequeñas huellas de sangre. Allí también había un maletín con documentación del abad que había sido forzado, al igual que una pequeña caja fuerte en la que también se encontraron documentos.

La autopsia reveló que la muerte se había producido entre las tres y las cuatro de la madrugada. Curioso, porque el reloj del abad se encontró parado, aunque no a esa hora. Marcaba las 00:15.

El juez acusó a un sobrino político del sacerdote, Joseph Pagès, marido de su sobrina Marie, el 13 de abril de 1898. Este tenía problemas económicos y, al parecer, había acosado varias veces a Gélis para que le diese dinero. Pero fue liberado el 2 de agosto. Resulta que pudo demostrar que aquella noche no estaba allí, sino en Luc-sur-Aude, donde precisamente acababa de dar a luz su mujer.

Durante la investigación, su sobrina Marie dijo que dieciocho días antes, el 13 de septiembre, el párroco había recibido una visita inusual: lo vio acompañado de un

hombre al que no pudo reconocer, ya que su tío se mostró esquivo y la echó antes de que pudiera identificarle. Los vecinos afirmaron, además, que ese día vieron a dos extraños merodeando por el pueblo.

Todo un misterio sin resolver.

Pero ¿qué tiene que ver con todo esto Bérénger Saunière? Pues probablemente nada, por mucho que algunas mentes calenturientas hayan planteado que esa visita que recibió días antes era el abad, o que ambos eran copartícipes, junto a Henri Boudet, párroco de Rennes-les-Bains, de un oscuro secreto que los había hecho ricos y que por ese motivo fue asesinado por algún desconocido.

Ni siquiera podemos saber a ciencia cierta si eran amigos. Sí se conocían, como demuestra el hecho de que el 29 de septiembre de 1891, seis años antes de la muerte de Gélis, mencione Saunière en una entrada de su diario que lo había visto. Resulta curioso, porque es justo una semana después de aquella otra nota en el diario en la que afirmaba haber encontrado una tumba... De todos modos, como compañeros de oficio que eran en pueblos muy cercanos, lo más normal es que se conociesen, y esto hace bastante probable que tanto Boudet como Saunière asistiesen a su entierro, como algunos han afirmado, que se celebró el 3 de noviembre de 1897.

En realidad, la inclusión de Antoine Gélis y su terrible muerte en toda esta historia se produjo desde que en 1967 se mencionó el caso en *El oro de Rennes*. En esa obra hay un capítulo titulado «Cierta peligro» en el que se señalan varios casos de muertes extrañas de curas de la zona, muchos relacionados entre sí o con el misterio que nos ocupa. Por ejemplo, menciona que el 27 de mayo de 1732 se encontró al párroco de Niort-de-Sault, un tal Bernard Mongé, muerto con la cabeza aplastada. Su asesino, un tal François de Montroux, fue el tutor, precisamente, de Marie de Nègre, la marquesa de Blanchefort<sup>[1]</sup> Menciona, además, el caso de Gélis, añadiendo el detalle, no corroborado, de que años atrás ya habían intentado robarle. Y, por supuesto, afirma que al entierro, entre los asistentes «figuraban dos colegas de la víctima: los curas de Rennes-les-Bains y Rennes-le-Château, los padres Boudet y Saunière<sup>[2]</sup>».

## **Boudet**

Como vemos, Henri Boudet es un lugar común en nuestra investigación. Y esto se debe, en parte, a su aparición en *El oro de Rennes*, donde se le considera parte protagonista del misterio, casi al mismo nivel que Bérénger Saunière. De hecho, en ese mismo capítulo que comentábamos antes se menciona la supuesta muerte misteriosa de Boudet, en boca de otro cura del que ya hemos hablado y con el que supuestamente se entrevistaron en 1963 Plantard y/o De Sède —y que curiosamente falleció unos días después—: Joseph Courtauly. De él hablamos en el capítulo dedicado a las losas sepulcrales de la tumba de la marquesa de Blanchefort: fue el que

supuestamente les pasó una copia de un libro en el que estaba registrada la única imagen de la segunda lápida, la que tiene la inscripción «ET IN ARCADIA EGO». Según Courtauly, Boudet dejó Rennes-les-Bains en 1914 por problemas con el obispado, y fue sustituido por el padre Rescanière. Rescanière intentó averiguar lo que se traían entre manos su predecesor y Saunière, pero recibió una extraña visita de dos desconocidos y amaneció muerto al día siguiente, el 1 de febrero de 1915. Pues bien, la muerte de Boudet sucedió solo dos meses después, el 30 de marzo, tras padecer una dolorosa agonía. Resulta que «aquel mismo día había recibido la visita de dos hombres<sup>[3]</sup>...».

La intención de De Sède al narrar todas estas extrañas muertes es clara: alguien estaba eliminando a los curas de determinadas parroquias de la zona por algún motivo que se desconoce, pero que, supuestamente, ha de estar relacionado con el hallazgo de Saunière.

¿Realmente tenía Henri Boudet alguna relación con esta historia, como se empeña en demostrar el libro de De Sède? Veamos un poco su historia, a ver si encontramos alguna conexión.

Jean-Jacques Henri Boudet nació en la cercana localidad de Quillan un 16 de noviembre de 1837. Aunque su padre era el director de la fundación de Quillan, la familia nunca tuvo muchos recursos y vivieron en la pobreza. Sin embargo, la inteligencia que desde pequeño demostró tener hizo que un amigo de la familia, el sacerdote Émile Cayron, financiase, supuestamente<sup>[4]</sup>, sus estudios en el Seminario de Carcassonne. Fue un alumno destacado: manejaba con facilidad el griego, el latín y el sajón, y además obtuvo una licenciatura en Inglés. Fue ordenado sacerdote el 25 de diciembre de 1861, y el 1 de enero de 1862 fue nombrado cura de Durban, cargo que desempeñó hasta el 16 de junio de 1862, cuando fue transferido a Caunes-Minervois. Allí permanecerá durante cuatro años, tras los que pasará por varias parroquias, hasta que el 16 de octubre de 1872 acaba en Rennes-les-Bains para reemplazar al anterior cura, Jean Vié, fallecido el 31 de agosto de ese mismo año.

Su hermana Antoinette será su ama de llaves hasta que falleció en 1896. Su hermano Edmond, notario, colaboró con Henri, haciendo dibujos y mapas, en el libro que publicó en 1886 este abad: *La Vraie langue Celtique et le Cromleck de Rennes-les-Bains*. De esta extraña obra solo se editaron quinientos ejemplares, pagados por Boudet: noventa y ocho fueron vendidos, cien fueron distribuidos por librerías y doscientos entre los visitantes de las aguas termales del pueblo. Los ciento dos restantes, cuentan las leyendas locales, fueron destruidos por el propio Boudet en 1914.

Henri Boudet permaneció en Rennes-les-Bains hasta el 30 de abril de 1914, cuando decide marcharse a la casa familiar en Axat, gravemente enfermo de un cáncer de intestino. Allí falleció el 30 de marzo de 1915. En su tumba —en la que se enterró junto a su hermano Edmond— aparece una singular escultura que representa un libro abierto con una extraña inscripción: «IXIOE».



38. Portada del libro de Henri Boudet.

Sin duda era un cura extraño, al menos por todo lo relacionado con aquel libro, *La Vraie langue Celtique et le Cromleck de Rennes-les-Bains*, un delirante tratado en el que expone la teoría de que el inglés antiguo —el hablado por los celtas— es el idioma primigenio y origen de todas las demás lenguas, incluido el hebreo y el latín. Las pruebas que ofrecía parecen casi chistes de los Monty Python: por ejemplo, *Sodoma* procedería de las palabras inglesas *sod*, «tierra», y *doom*, «condena»; o cuando dice que los sajones descienden de los semitas, argumentando para ello que *sajón* viene de «Isaac-sons», (los hijos de Isaac)... Sin duda, una teoría osada, más aún si tenemos en cuenta que había sido formulada por un licenciado en Inglés que, además, era miembro de la Société d'études scientifiques de l'Aude y era una persona reconocida por su amplia cultura y erudición. Pero es que, por otro lado, en esa obra se hace un surrealista estudio de los antiguos monumentos megalíticos de la zona,

erigidos por los antiguos pueblos celtas que la habitaron, así como de determinados accidentes geográficos, cuyos nombres pone en relación con su teoría sobre el inglés primigenio. Además, planteaba que alrededor de Rennes-les-Bains existe un crómlech gigante marcado por menhires y piedras extrañas que recoge y enumera en su libro.

El libro es tan alocado y surrealista que no es raro que muchos piensen que oculta un mensaje encriptado —el cual, de existir, aún no ha sido descubierto, y mira que le han dado vueltas—; ni que se haya convertido en una pieza esencial de todo este puzle. Hay quien plantea, como Gérard de Sède en *El oro de Rennes*, que en realidad se trata de una guía para encontrar un tesoro escondido; más o menos lo mismo que sería la iglesia de Rennes-le-Château, en cuya decoración muchos consideran que intervino el propio Boudet.

Lo cierto es que en la obra demuestra conocer la zona a la perfección.

Precisamente cuando hablábamos de esa obra de Gérard de Sède mencionamos lo curiosa que era la introducción de Henri Boudet en la historia, más que nada porque Noël Corbu no le menciona para nada. En *El oro de Rennes* se convierte en colaborador y socio en los extraños quehaceres de Bérenger Saunière y Marie Dénarnaud. Como veremos, esto tiene su origen en los dichosos *Dossiers Secrets*.

Por cierto, aunque el libro estuvo perdido durante décadas, en 1978 apareció una versión facsímil con un prólogo de, nada más y nada menos, ¡Pierre Plantard!, que también fue el coordinador de la edición... Pero no solo eso: algunos autores afirman que tenía tierras en la zona de Rennes-les-Bains y que —cito textualmente— «en el cementerio de la iglesia que fue de Boudet puede verse un testigo que indica la parcela reservada por Plantard de Saint-Clair para su propio enterramiento<sup>[5]</sup>». Cuando murió fue cremado y, que se sepa, no se enterró allí. De hecho, nosotros mismos estuvimos investigando aquel «precioso» cementerio y no encontramos ninguna tumba a nombre de Pierre Plantard.

## CAPÍTULO 16

### De viaje

Ya hemos visto que, tras acabar con sus misteriosos trabajos en el cementerio, a Saunière le dio por salir al campo en busca de no se sabe muy bien qué, aunque él aseguraba que salía a buscar rocas para la gruta dedicada a la Virgen de Lourdes que estaba construyendo al lado del calvario, en la iglesia de Rennes-le-Château. Lo curioso es que por esta misma época, aunque quizás desde 1895, comenzó a ausentarse durante días del pueblo, sin explicar a nadie —excepto, quizá, a Marie— adónde iba. De hecho, se sabe que le dejaba a Marie unas cartas preparadas solo para que la chica rellenase la fecha y el nombre de a quién iba dirigida, y las mandase. Todas seguían más o menos esta fórmula:

*Rennes-le-Château, a día \_\_\_\_\_.*

*Monseñor \_\_\_\_\_.*

*He leído con el más humilde de los respetos la carta que habéis tenido el honor de escribirme y a la cual presto toda mi atención. Creed que el interés del asunto que mencionáis no me había pasado inadvertido, pero merece la pena reflexionar sobre el mismo. También sucede que, ocupado en un asunto urgente, pospongo algunos días mi respuesta.*

*Os ruego que aceptéis mis respetos, Monseñor \_\_\_\_\_.*

*Firmado*

*BÉRENGER SAUNIÈRE<sup>[1]</sup>*

O esta otra:

*Rennes-le-Château, a día \_\_\_\_\_.*

*Querido Hermano.*

*Le agradezco la misiva que me ha remitido. Desgraciadamente, debo personarme de urgencia ante el lecho de un hermano que está enfermo, por lo que le responderé más detenidamente en cuanto regrese.*



### ***Budapest. Conexión Habsburgo***

Pero ¿adónde iba?

Hay quien ha planteado, como por ejemplo Jean-Luc Robin, que se marchaba a Budapest, a dos días de camino, lo que explicaría que sus ausencias fuesen en la mayor parte de los casos de entre cinco y siete días. Robin se plantea esta posibilidad por algo que él mismo pudo descubrir entre las pertenencias de la familia Captier-Corbu, heredadas de los archivos de Saunière vía Marie Dénarnaud. Resulta que el abad tenía un montón de sobres previamente impresos y dirigidos al Banco Fritz Dörge de Budapest, una plaza importante para las finanzas en aquella época —se guardaba secreto bancario, como en Suiza—, finales del siglo XIX, en la que los Habsburgo estaban en todo lo suyo. Aunque, ¿por qué un banco de Budapest? Por un lado, por confidencialidad, y por otro, puestos a elucubrar, para mantener el dinero alejado de sus superiores.

Robin plantea que allí le pagaban los Habsburgo por sus hallazgos («que también podrían ser de tipo arqueológico, ya que los Habsburgo eran grandes coleccionistas de arte<sup>[3]</sup>»), y es que este autor cree que de alguna manera existe una conexión entre esta familia real y el misterio de la fortuna del abad. Plantea que estos le pagaban para que buscase o custodiase algo que estaba en su iglesia... Sobra decir que no hay la más mínima prueba de ello, excepto aquella misteriosa donación que la condesa de Chambord, una Habsburgo, realizó en 1896 —no sabemos si siguió dándole más dinero posteriormente—, o un personaje que la tradición suele comentar como asiduo de Rennes-le-Château y de nuestro abad: Johann Salvator de Habsburgo-Lorena, emperador del Imperio austrohúngaro, príncipe de Toscana y archiduque de Austria, y primo de Francisco José I (1830-1916). En *El enigma sagrado*, por ejemplo, se dice que «los estados de cuentas bancarias revelaron que Bérenger Saunière y el archiduque habían abierto cuentas consecutivas en el mismo día y que el archiduque había cedido una suma sustanciosa al sacerdote<sup>[4]</sup>» —aunque curiosamente no mencionan el banco.

El caso es que, haciendo un punto y aparte, aunque no sepamos si en realidad este archiduque Habsburgo visitó o no Rennes-le-Château, merece la pena comentar las curiosas circunstancias vitales de este señor. Hijo menor del gran duque Leopoldo II de Toscana, nace en Florencia en 1852. Con siete años tiene que emigrar, junto con toda su familia, a la corte imperial de Viena. Allí comienza su carrera militar y se hace íntimo amigo de Rodolfo, el príncipe heredero —hijo, dicho sea de paso, de

Francisco José I y Sissi Emperatriz, Isabel de Baviera (1837-1898)—. Tendrá grandes éxitos militares, tantos que estuvo a punto de ser nombrado rey de Bulgaria tras independizarse esta del Imperio otomano. No lo consiguió.

Pero algo sucedió el 30 de enero de 1889: *el incidente de Mayerling*, como se conoce, en el que el heredero, Rodolfo, falleció en extrañas circunstancias. Resumiendo: en 1888 Rodolfo conoce a una tal María Vetsera, una condesita de dieciocho años que se convierte en su amante. Poco después, el 30 de enero del año siguiente, fueron encontrados muertos en el dormitorio del pabellón de caza del príncipe en Mayerling. Supuestamente se habían suicidado. Pero hay quien plantea que aquello fue consecuencia de un complot en el que estaba implicado Johann Salvator: la condesa Larish, madre de la muchacha, dijo que Rodolfo le había confiado la custodia de un cofre de acero sellado para que se lo diese a la persona que utilizase la contraseña R.I.O.U. Pues bien, el día del funeral de Rodolfo, la condesa recibió un mensaje de Johann Salvator con la contraseña: fue él quien recogió el cofre.

El 16 de octubre de ese año, 1889, renunció oficialmente a sus títulos, su posición y sus privilegios. Enfurecido su primo, el emperador, renegó de él y le prohibió volver a pisar Austria. Este se cambió el nombre por Juan Orth y se marchó a Inglaterra, donde se casó con su amante, Mili Stubel, una cantante de ópera. Juntos, el 26 de marzo de 1890, se marcharon a América de viaje: pasaron por Argentina, Uruguay, Chile..., hasta que un buen día de julio desapareció para siempre el barco, el Saint Margaret, a la altura del cabo de Hornos.

El emperador promovió varias búsquedas infructuosas del buque, y el archiduque Juan fue declarado desaparecido. Muchos argumentaron que no había muerto en realidad, sino que se había escondido y cambiado de identidad. No se sabe nada. Once años después, en 1911, fue declarado oficialmente muerto.

Lo cierto es que esos dos años escasos en los que cambia toda su vida —desde enero de 1889, con el incidente Mayerling, hasta julio de 1890, fecha en que desaparece— son años de gran efervescencia en la actividad de Saunière en Rennes-le-Château. De ahí que muchos investigadores, como Descadeillas, Robin o los autores de *El enigma sagrado*, vean posible su relación con el tema que nos ocupa. De hecho, los lugareños, efectivamente, hablaban de las visitas de alguien a quien denominaban l'Étranger (el Extranjero) o el Austriaco. Lynn Picknett y Clive Prince plantean que aquellas visitas alertaron a la prefectura, por motivos políticos, seguramente, ya que en aquella época había gran tensión entre Francia y Austria, tanto que en una ocasión llegaron a entrevistarlo, reconociendo ser Johann Salvator de Habsburgo. Y esto siempre en 1889 y 1890<sup>[5]</sup>. Estos mismos autores suponen que sus visitas podían deberse a nuevas donaciones de la condesa Chambord, por aquel entonces exiliada en Frohsdorf, Austria. ¿Y si era aquí adonde se dirigía Saunière durante sus prolongadas ausencias?

Evidencia de esto no tenemos, desde luego. Y aunque algunos han querido ver en

el misterioso cofre que el heredero al Imperio austrohúngaro le dejó a Johann Salvator algo relacionado con lo que pudo encontrar Saunière, tampoco tenemos la más mínima evidencia. Aunque como hipótesis de investigación —y más teniendo en cuenta el tema de los viajes de Saunière y de los sobres del banco de Budapest— sea bastante interesante.

Para terminar, un detalle perturbador: Lynn Picknett y Clive Prince, en su obra *La revelación de Sion*, afirman que en 1975 el archiduque Rodolfo de Austria visitó Rennes-le-Château y Carcassonne. Según estos autores, confirmó que Johann Salvator había estado en Rennes y que «su objetivo era fundar una casa de retiro para “artistas ancianos<sup>[6]</sup>»». Recordemos que Saunière argumentó ante el obispado que la Villa Betania iba a ser una casa de retiro para sacerdotes...

## **París**

Igual iba a París durante aquellas prolongadas y secretas ausencias de Rennes-le-Château, se plantean algunos. Igual iba a la capital parisina para ver a su amante, Emma Calvé (1858-1942), aquella que conoció en 1893 —o 1892, según quien lo diga— cuando fue a traducir los pergaminos. Igual iba para cambiar el oro que había encontrado por moneda, aprovechando para comprar vestidos de las mejores *boutiques* y joyas para Marie. Al fin y al cabo, ya había ido, dicen...

Desgraciadamente, no hay nada que lo corrobore, aunque la tradición afirma que efectivamente así fue. De hecho, el propio Corbu en las primeras versiones de la historia, allá por 1956, ya planteaba que el abad había ido a la capital gala para intentar descifrar los pergaminos encontrados en el altar. En 1967, Gérard de Sède, en *El oro de Rennes*, profundiza en el tema: va a la capital siguiendo órdenes de su obispo, monseñor Billard, con el objetivo de llevar los pergaminos al padre Bieil, director del Seminario de la iglesia parisina de Saint-Sulpice, que junto a Émile Hoffet serán los que supuestamente los decodifiquen. Allí comprará las reproducciones de los cuadros en el Louvre y conocerá, gracias a Hoffet, a Emma Calvé, la diva operística. «Quizá fuera Hoffet quien puso en relación a Emma Calvé y Saunière. En efecto, Hoffet y la cantante eran ambos íntimos del compositor Claude Debussy, en casa del cual pudieron así haberse conocido<sup>[7]</sup>». En 1982, *El enigma sagrado* va más allá: cuenta la misma historia que De Sède y sitúa el viaje en 1893, aunque introduce la idea de que Hoffet, que por aquel entonces tenía solo veinte años —había nacido en 1873—, estaba relacionado con el ambiente esotérico de la capital y mantenía relaciones con diversos grupos, sectas y sociedades secretas relacionadas con el ocultismo. Este conocía a gente como el escritor belga Maurice Maeterlinck (1862-1949), el compositor Claude Debussy (1862-1918)<sup>[8]</sup> o Emma Calvé, todos amantes del ocultismo.

Posteriormente veremos como Émile Hoffet será un personaje con una

importancia trascendental en todo lo relacionado con el linaje merovingio que defendían los *Dossiers Secrets*, creados, como creemos, por Pierre Plantard y el marqués de Chérissey. Aunque no solo eso: también se le relaciona con el caso de Gisors —se dice que fue él quien le dio información a Roger Lhormoy sobre la capilla con el tesoro—. Lamentablemente, no es posible que Saunière lo conociese. En primer lugar, porque ese viaje a París nunca se realizó, ya que el motivo era traducir unos pergaminos que nunca existieron. Por otro lado, de producirse, no hubiese sido en 1893, ya que el altar se modificó en 1887, como hemos demostrado con pruebas fehacientes. ¿Por qué se trasladó el viaje a 1893? Para que encajase con la edad de Hoffet, nacido en 1873, y que tenía solo catorce años en 1887. Pero, por otro lado, hay algo más que demuestra su falsedad: Émile Hoffet, tras estudiar en el Seminario de Nôtre-Dame de Sion (en Sion-Vaudémont, Lorraine), un lugar con especial importancia en nuestra historia, se fue en 1892 a estudiar a Sint Gerlach, Holanda, y entró en la Orden de los Oblatos de María Inmaculada en agosto de 1892, para acabar siendo ordenado sacerdote en Liège, Bélgica, en 1898.

Aunque queda una duda: ¿por qué la insistencia en este señor? Pues tal vez por su relación comprobada con los grupos esotéricos y ocultistas de París. En efecto, era amigo de Debussy y de Calvé, aunque seguramente es porque el creador de la mentira, Pierre Plantard, sabía bastante de él gracias a su mentor y amigo, Georges Monti. De ello hablaremos posteriormente.

Así que ni está demostrado que fuese a París en 1893 ni que conociese a Hoffet o a Emma Calvé, y ello a pesar de que se da por hecho en muchas obras que había mantenido una relación sentimental con ella. ¿De dónde procederá este rumor? La primera vez que aparece es en el capítulo dedicado al misterio de Rennes-le-Château en la obra *Tesoros ocultos: enterrados, emparedados, sumergidos* de Robert Charroux, publicada en 1962. En esta se dice, en boca de Noël Corbu, que fue amante de Saunière, sin dar muchas explicaciones. Lo mismo se dirá en *El oro de Rennes y El enigma sagrado*, así como en los *Dossiers Secrets*, lo que ha hecho pensar que quizás Pierre Plantard ya estaba relacionado con el misterio que nos ocupa en 1962, como ya planteamos al hablar de la obra de Charroux.

Lo cierto es que no hay ninguna prueba de esa supuesta relación entre Saunière y Calvé. Ni siquiera hay nada que indique que se conocieron, por mucho que la tradición afirme que iba a menudo a Rennes-le-Château o que se veían en París. No hay el más mínimo indicio de fuentes ajenas a Plantard. Jean-Luc Robin se plantea que el origen de la inventiva puede deberse a una colección de cromos, editada por la marca de chocolate Guérin-Boutron, sobre famosos artistas de la ópera que incluía, como es lógico, a Emma Calvé. «Mucho me temo que Gérard de Sède, autor de *Trésor Maudit* [El oro de Rennes] en la década de 1960, se dejó llevar por una cierta extravagancia romántica. Al igual que yo, tuvo acceso a los archivos de Saunière y asimismo encontró ese cromo. Era demasiado tentador como para no establecer una asociación entre el cura y el destino de la atrevida cantante<sup>[9]</sup>». Robin ignora la

mención a la cantante que aparece en el libro de Charroux cinco años antes. Probablemente la introducción de Calvé en esta historia puede tener algo que ver con esto del cromo, pero con quien seguro lo tiene es con Émile Hoffet, al que de una manera u otra había que meter en la trama.

También se habló de una supuesta foto de Saunière en París, que durante mucho tiempo se ha tenido como una prueba de su viaje, pero que resultó pertenecer a su hermano menor, Alfred. De Sède asegura que tenía papeles de Hoffet entre los que se menciona una reunión con Saunière en París, pero no está tampoco contrastado.

## **España**

Budapest y París han sido los destinos que han apuntado como posibles para intentar explicar adónde fue en aquellas ausencias misteriosas de varios días. Otro destino propuesto, curioso y tentador para nosotros, es España, país que no dista en más de cien kilómetros de Rennes-le-Château. Ya Noël Corbu y Gérard de Sède plantearon que, entre otros sitios, visitó nuestro país, no se sabe muy bien para qué.

Una posibilidad la mencionan los escritores españoles Lorenzo Fernández Bueno y Josep Guijarro Triado en su obra *Rex Mundi*. Estos se hacen eco en su libro de una información aportada por la investigadora Mercedes Izquierdo sobre unas supuestas cartas que Saunière había enviado al cura de la localidad toledana de Ajofrín —que curiosamente tiene una iglesia dedicada a la Magdalena—. En esas cartas afirmaba haber visitado Barcelona, Madrid, Toledo, Ajofrín, Puertollano (Ciudad Real), Jaén, Fuencaliente (también de Ciudad Real) y Martos (Jaén)<sup>[10]</sup> en torno a 1900. Todos esos lugares, según estos autores, estaban relacionados con el misterio de la Mesa de Salomón y en alguno de ellos se contaban historias de curas que de la noche a la mañana se habían hecho ricos y/o estaban relacionados con alguna sociedad secreta.

La Mesa de Salomón, como ustedes sabrán, es un mítico objeto en el que, cuenta la leyenda, aquel rey escribió todo el conocimiento del universo y aportó las claves para conocer el nombre verdadero de Dios, que no puede escribirse jamás. El propietario obtendría el conocimiento absoluto al desvelar ese nombre, pero activaría, al mismo tiempo, la cuenta atrás hacia el fin del mundo. Otros, como los musulmanes de Al-Ándalus, piensan que en realidad se trataba de la Tabla Esmeralda de Hermes Trismegisto<sup>[11]</sup> Sea como fuere, al parecer este objeto era parte del tesoro del Templo de Jerusalén, trasladado a Roma por el emperador Tito y posteriormente llevado a Carcassonne por los visigodos, como parte de lo que se conoce como el *tesoro Antiguo*. Desde allí, en su huida hacia el sur, pasaría por Barcelona y Toledo, hasta llegar a Medinaceli —«de ahí que, según la leyenda, fuera llamada “Medina Talmeida” (Ciudad de la Mesa) y “Medina al-Shelim” (Ciudad de Salomón)<sup>[12]</sup>»—. Desde la conquista musulmana de la Península se desconoce su paradero.

Hay quien plantea, como estos autores o Juan Eslava Galán, que pudo acabar en



Jaén o en algún municipio cercano. Esto, además, estaría en relación con un obispo de aquella ciudad durante el siglo XVI, Alonso Suárez de la Fuente del Sauce: este, obispo de Mondoñedo (1493), Lugo (1494-1499) y Málaga (1499) antes de llegar a Jaén en 1500, desde que llegó a esta ciudad comenzó a construir numerosas iglesias y capillas por toda su diócesis, además de llevar a cabo importantes remodelaciones, entre ellas la de la propia catedral de Jaén. Tal era su afán por construir que se le llegó a llamar *el obispo constructor*, sin que se supiese de dónde sacaba los fondos necesarios, que parecían ser inagotables. De hecho, se decía que había descubierto el secreto de la Mesa de Salomón, la cual habría encontrado, y que esto era lo que le proveía de riquezas. Cuando falleció en 1520, fue enterrado en la capilla mayor de la catedral. Pero en 1635, por unas obras de rehabilitación que se hicieron en el templo, su cuerpo fue trasladado provisionalmente a la sacristía. Una vez finalizadas las obras, el cabildo quiso enterrarlo en el coro, que es donde normalmente se les da sepultura a los obispos, pero la familia estaba en contra, ya que su deseo fue descansar en la capilla mayor. Esto llevó a un pleito que hizo que, nada más y nada menos que durante cuatro siglos, su cuerpo permaneciese sin sepultar. Se hizo hace poco, el 13 de mayo de 2001. Así lo recuerda el texto escrito sobre su lápida, con la fecha de su enterramiento y la inscripción que reza en latín «Yace por fin inhumado».

La catedral de Jaén se construyó sobre una antigua mezquita cuando Fernando III el Santo (1199-1252) tomó la ciudad en 1246. En aquel entonces era solo una iglesia, que sería destruida por un incendio en 1368, fecha en la que se decide hacer la nueva catedral. Será a partir de 1500 cuando el obispo Alonso impulse definitivamente las obras. Allí, se dice, «cifró simbólicamente parte de sus secretos sobre la Mesa de Salomón<sup>[13]</sup>». Y efectivamente, en la puerta norte de la catedral hay dos curiosas estatuas dedicadas a Salomón y a David. Por otro lado, como en Rennes-le-Château, el suelo es ajedrezado.

Pues bien, allí, en la catedral de Jaén, afirman los autores de *Rex Mundi* que existe una prueba —más que dudosa, por cierto— sobre la estancia de Saunière en la ciudad: en uno de los asientos del coro, construido por el extraño obispo, en el reposabrazos, aparecen grabadas dos letras, «BS». «¿Se trataba de Bérenger Saunière? [...] Además, hay documentos gráficos que muestran al abad acompañado de varios personajes anónimos, en un lugar clásico para los miembros de las sociedades secretas en las postrimerías del siglo XIX: la Casa-Taberna del Gorrión<sup>[14]</sup>». Sobre la primera pista, hay poco que decir. La segunda sería más interesante si se aportase esa prometida documentación..., y es que esa supuesta fotografía de nuestro protagonista en Jaén sería realmente reveladora y tiraría por tierra parte de la hipótesis de este trabajo. Por desgracia, repito, la fotografía no aparece en *Rex Mundi*... ¿Por qué?

Se dice además que en aquella época conoció al canónigo Manuel Muñoz Garnica, una persona de una enorme cultura y gran conocedor de la historia de Jaén, al que algunos consideran iniciado en sociedades secretas y que se convirtió en rico



aparentemente de la nada, como Saunière. Fue además canónigo lectoral de la catedral, capellán honorario y predicador real. Lorenzo Fernández Bueno, en la obra *Las claves del Código Da Vinci*, plantea que pertenecía a un extraño grupo llamado *Los que buscaron la cava*<sup>[15]</sup>, como demostraría una supuesta lista de sus integrantes encontrada en los sesenta en los archivos diocesanos de Jaén, entre los que estaba este señor y el antiguo obispo, Alonso Suárez de la Fuente del Sauce. ¿Qué era aquella «cava»? ¿Acaso una cueva secreta en la que se encontraba algo que los hizo ricos? Fernández Bueno propone además que Muñoz Garnica era miembro de una extraña sociedad secreta conocida como La Gorrionera, llamada así por su lugar de reunión: la casa-taberna del Gorrión.

Sea como fuere, si Saunière fue a Jaén, tuvo que hacerlo en tiempos de este canónigo, se plantean estos autores. Pero hay algo que falla y que hace desmoronarse todo el castillo de naipes: el canónigo Manuel Muñoz Garnica, nacido en Úbeda en 1820, falleció en 1876. No pudo, pues, conocer a Saunière en 1890.

Hay quien ha querido ver en el hallazgo, real, en 1926, del tesoro visigodo de Torredonjimeno, una localidad cercana a Jaén, una prueba de que por aquellas tierras, efectivamente, había estado el gran tesoro de los Godos, y, probablemente, la Mesa de Salomón.

Lorenzo Fernández Bueno y Josep Guijarro Triado mencionan, además, una cosa sorprendente: en otra capilla de la localidad se encuentra la capilla de San Andrés, una antigua sinagoga judía conocida, afirman, como la capilla de los Masones. Les cedo la palabra a los autores: «Averiguamos que una de las denominaciones de la hermandad que gestiona la iglesia es Cofradía de la Santa Capilla de Sion y que entre sus escasos visitantes anduvo un tal Pierre Plantard de Saint-Clair, el pretendido gran maestro del moderno Priorato de Sion<sup>[16]</sup>».

Una afirmación rotunda y trascendental de la que, de nuevo, no se aporta la más mínima prueba, lo que es realmente una pena.

Hay otro dato más que aportan estos autores y que tiene que ver con la provincia de Jaén y Rennes-le-Château: en la iglesia de Villanueva de la Reina, en el valle del Guadalquivir, aparece también la inscripción «Terribilis est locus iste». Nada extraño. También aparece en la catedral de Palma, y en muchos lugares más.

### **Gerona. Chaplin**

Una propuesta más que sugerente es la que realizó la escritora Patrice Chaplin, nuera de Charles Chaplin —se casó con su hijo—, en la obra de 2007 *La Cité des Secrets*. Según esta obra, Bérenger Saunière viajó a la catalana ciudad de Girona en 1888, solo tres años después de llegar a Rennes-le-Château. ¿Qué argumenta para ello? Pues en esa obra, supuestamente autobiográfica, Patrice Chaplin afirma haber encontrado pruebas, entre la correspondencia de Saunière, de estos viajes. Entre ellas

aporta una carta fechada el 13 de mayo de 1897 de una mujer que Saunière habría visitado en Girona, en la que dice sentirse muy sola tras su marcha. ¿Quién es esta señora? Según Patrice Chaplin, se trataría de una tal Marie Tourdes, una francesa de la cercana localidad de Quillan con la que Saunière, según esta versión, se reunió varias veces. ¿Cómo conoció Chaplin esta historia? Pues mediante Josep Tarrés, un catalán con el que tuvo un romance. Este era miembro de una sociedad secreta llamada Le Sang (La Sangre), que practicaba rituales relacionados con el Santo Grial. Fue el que le contó la extraordinaria historia de Marie Tourdes y su relación con Saunière.

Supuestamente, durante sus estancias en Girona, el abad se alojó en la antigua *domus canon* (la casa de los canónigos), cercana a la catedral. Justo al lado había antiguamente una torre que Chaplin considera gemela de la Torre Magdala de Rennes-le-Château, aunque anterior en el tiempo, ya que fue construida en 1851 por un tal Joaquim Massaguer i Vidal, que posteriormente sería alcalde de Girona entre 1869 y 1872. Años después, en 1932, fue comprada por un francés, Roger Mathieu. En 1962, finalmente, sería derruida y queda intacto solo el jardín. Efectivamente, el parecido entre ambas torres es notorio, pero no tan determinante como para establecer que la de Girona inspiró a Saunière —si fue así, que puede ser, no la copió piedra por piedra.

Patrice Chaplin aporta también una carta de 1888 que es esencial en su argumentación y cuyo contenido hace suponer que ese año fue la primera vez que Bérenger Saunière fue a Girona. En ella, un tal Tomás le dice que le está esperando Juli Tarrés, un librero especializado en libros antiguos y raros, y le explica dónde está la casa, reconocible gracias a la torre. En otra carta, esta de 1901, Saunière pide una copia de los planos, supuestamente, de la torre.

Cómo acabó esta señora en Girona no está muy claro, pero en 1907 se casó con Roger Mathieu, aquel que compró la casa y la torre; y al morir él, en 1940, heredó la finca. Cuando Chaplin entra en escena, hacia 1955, María ya no vive allí, sino que se había marchado a su apartamento de París. Será allí donde conocería, a principios de los sesenta, a Gérard de Sède, y se convertirá, según esta versión, en una de sus principales fuentes —aunque este no la mencionaba para nada en sus obras.

La escritora plantea que el motivo de su interés por Girona es algo que encontró en el código creado por Antoine Bigou, y la clave fue la misteriosa torre. Plantea, además, que fue Bigou quien le dio el dinero a Marie para comprar la casa —aunque esta compra se produjo mucho tiempo después, en 1932—. Se insinúa también que hubo un romance entre Saunière y esta señora, y menciona una curiosa historia sobre un anillo, con la inscripción «BS», muy apreciado por Marie Tourdes durante toda su vida.

En realidad nada parece encajar en esta trama, excepto el parecido, más que evidente, de las dos torres. La teoría final de Chaplin viene a ser que Saunière construyó la Torre Magdala para lograr un equilibrio magnético con la torre de

Girona. Se trata, pues, de algún tipo de rollo mágico, de canal telúrico que se pretendía activar o desactivar. Y en ello estaba involucrada la extraña sociedad secreta aquella a la que pertenecía el novio de Patrice Chaplin, Josep Tarrés, Le Sang... (Por cierto, Chaplin afirma que este señor sería, nada más y nada menos, que el nieto de Bérenger Saunière y Marie Tourdes...).

No vamos a juzgar nosotros esta teoría, pero sí, desde un punto de vista científico, hemos de señalar que ninguna de las pruebas aportadas por la nuera de Chaplin son fiables y contrastadas, en parte porque muchas de ellas son relatos de personas que ya no existen, y esto hace que las visitas de Saunière a Girona haya que ponerlas en entredicho.

Tras todo esto, seguimos sin saber adónde se dirigía nuestro querido abad durante aquellas misteriosas —y tampoco demostradas— desapariciones de varios días. Ni está demostrado que fuera a Budapest, como apunta con bastante criterio Jean-Luc Robin, siguiendo la conexión de los Habsburgo, ni está demostrado que fuera a París ni a España. Aunque todo esto sirve, al menos, para dejar clara una cosa: se ha vertido una cantidad enorme de osadas ideas camufladas de verdad en muchos libros sobre el tema, afirmándose cosas tremendas —como que Plantard estuvo en una capilla de Jaén o que Saunière dejó escrita una inscripción en el coro de la catedral de dicha ciudad, o, yendo aún más lejos, que Saunière dejó descendencia en Girona— sin aportar la más mínima prueba. Esto no solo demuestra el poco rigor científico de algunos, sino que deja muy claro cómo funcionan determinados narradores mercenarios de misterios. Dejan la piedra caer para que la recoja un público no demasiado interesado en la verdad histórica y mucho en disfrutar con enigmas más allá de la lógica científica, esperando que nadie los interroge en busca de argumentos. En cambio, aquí no nos agarramos a clavos ardiendo ni pretendemos encontrar verdades trascendentales. Nuestros únicos aliados son los datos, comprobados y fehacientes. Por desgracia, no todos pensamos igual.

## CAPÍTULO 17

### Construcciones

Lo cierto es que a partir de 1898, al menos, Saunière comenzó a tener dinero, como demuestra el hecho de que ese año, en diferentes fechas (27 de abril, 20 de julio, 16 de agosto y 22 de octubre)<sup>[1]</sup>, se hizo con varias parcelas cercanas a la iglesia y a la casa parroquial, las cuales conformarían lo que se conoce en la literatura sobre este tema como *le domaine du Saunière* (el dominio de Saunière). Jean-Luc Robin, en cambio, propone que fue en 1899 cuando se realizan estas compras. Sea como fuere, lo que sabemos con seguridad es que esas tierras fueron puestas a nombre de Marie Dénarnaud, que desde un tiempo atrás había dejado su trabajo como sombrerera en Espéraza para servir al sacerdote.

Saunière paga, pero no lo pone a su nombre. ¿Por qué? Seguramente como medida de precaución. Por un lado para evitar rendir cuentas a sus superiores, pero, sobre todo, lo hizo para poner sus bienes a buen recaudo en caso de que el Estado pretendiese expropiárselos. (Recordemos que en aquellos tiempos y en aquel contexto político, la Tercera República francesa, las relaciones entre Estado e Iglesia eran más bien tirantes, algo que se concretará con la ruptura oficial entre ambas en 1905).

Poco después de esta adquisición comenzará a construir en ella, para lo cual contrata los servicios del arquitecto Tiburce Caminade, de Limoux, y del contratista de obras Élie Bot, y todo el proyecto será dirigido metódica y meticulosamente por Saunière. Las cifras que se manejan son realmente asombrosas para la economía de un cura rural con un sueldo bajísimo, aunque, por desgracia, no sabemos en realidad cuánto costaron aquellos terrenos ni aquellas construcciones que haría posteriormente. Eso sí, simplemente con ver lo que queda hoy en día se puede concluir que era algo fuera del alcance de una persona con pocos recursos; basta con compararlo con las casas de alrededor. Quien haya estado allí lo entenderá.

Solo los trabajos de adecentamiento y allanamiento de las parcelas duran más de un año, como plantea Robin<sup>[2]</sup>, y será necesario traer piedras y tierra desde el valle para igualar los terrenos.

En mayo de 1901 comienzan los trabajos de construcción de una casa palaciega que será llamada posteriormente Villa Betania, aunque algunos, como Paul Smith, proponen que en un principio iba a llamarse Villa de Marie. La situará justo enfrente

de la casa parroquial y tendrá delante unas zonas ajardinadas. Se trata de una mansión neogótica de cuatro plantas: un sótano, donde estaba la bodega; la planta baja, con el comedor, una sala de estar y la cocina; y dos plantas superiores con varias habitaciones. En la primera había dos, cada una con un cuarto de baño, así como una pequeña habitación que hacía de oficina privada del abad. En la segunda había otras dos, con un baño común. En realidad la casa no era demasiado grande —salvo, claro está, que la comparemos con las casas del pueblo—; eso sí, estaba ricamente decorada y amueblada.

Aunque las obras principales finalizaron en 1902, la casa no estuvo totalmente terminada hasta tres años después, en 1905, cuando se harían los últimos remates, como demuestran las facturas del papel pintado de las paredes.



© José María de la Portilla López, 2013

39. La Villa Betania.

Bérenger Saunière nunca viviría, por cierto, en esta mansión: siempre residió, junto a Marie, en la casa parroquial. Incluso tras la muerte de nuestro protagonista, Marie siguió viviendo allí. ¿Por qué, entonces, la construyó? El abad siempre dijo que la había construido como una residencia para sacerdotes ancianos jubilados, pero lo cierto es que ningún cura llegó a pisarla. Los únicos que pudieron disfrutarla en tiempos de Saunière fueron los invitados a las fastuosas comidas y cenas que organizaba a menudo y, años después, los posteriores propietarios de la finca, la familia Corbu y Henri Buthion, que la convirtieron en un hotel.

Sobra decir que la casa, al igual que la iglesia, estaba dedicada a María Magdalena, a la que la tradición asimila con María de Betania<sup>[3]</sup>, la hermana de Marta y de Lázaro, aquel al que, cuenta la leyenda, Jesús resucitó. Sería aquella que ungió al Nazareno con perfume, lo que la asocia de nuevo con la Magdalena — representada en muchas ocasiones con un frasco de perfume.

Existe cierta tradición en Francia según la cual María de Betania (o la Magdalena), junto a Lázaro y Marta, salió de Jerusalén huyendo de las persecuciones poco después de morir Jesús, y llegaron hasta la Provençe, a un lugar que se llama Saintes-Maries-de-la-Mer, cerca de Marseille. Desde allí comenzaría a predicar el mensaje de Cristo —convirtiéndose en una apóstol, papel que no le adjudica la Iglesia de Roma— hasta que acabó convirtiéndose en una ermitaña y se retiró a la cueva de Sainte-Baume, también cerca de Marseille, donde acabó muriendo. Según esta leyenda, cuando llegó la hora de su muerte fue llevada por los ángeles a Aix-en-Provence, al oratorio de San Maximino, donde su cuerpo fue sepultado,



supuestamente.

Sus reliquias fueron escondidas en el 716 durante la invasión musulmana y estuvieron desaparecidas durante siglos, hasta que en 1270 fueron encontrados sus restos por Carlos II de Anjou (1254-1309), que construyó en ese lugar un gran monasterio dominico de estilo gótico, uno de los más famosos de Francia. Sus supuestas reliquias fueron profanadas durante la Revolución francesa, aunque aún queda la cabeza, venerada en la actualidad en aquel lugar.

Otras tradiciones, como por ejemplo la ortodoxa, dicen que se marchó a Éfeso con la Virgen María y el apóstol Juan, donde moriría y sería enterrada.

Sea como fuere, nuestro querido Bérenger Saunière sentía especial devoción por la Magdalena, algo que en realidad no es demasiado raro en Francia, donde se acabó convirtiendo en una de las santas más veneradas. Y de nuevo lo volvió a manifestar con la construcción de una torre —hoy en día emblemática— que se llamó Torre Magdala, en honor supuestamente al lugar donde nació la santa, una localidad situada en la costa occidental del lago Tiberíades. Aunque puede que fuese en realidad un juego de palabras del bromista de Saunière: Migdal, el nombre hebreo de la ciudad, significa en ese idioma «torre». Así que esta construcción se llamaría la Torre Torre; por otro lado, en un primer momento barajó otros nombres: Tour de l'Horloge (Torre del Reloj) o Tour du Midi (Torre del Mediodía).



© José María de la Portilla López, 2013

40, 41 y 42. Diferentes perspectivas de la Torre Magdala.

No está muy claro cuándo comenzó su construcción, aunque por lo general se considera que fue en 1901, al igual que la Villa Betania. Hay quien retrocede aún más y propone que se empezó a construir en 1899; otros, al contrario, dicen que fue en 1905. Lo cierto es que estaba terminada en 1906. Se trata de una torre neogótica situada en la esquina oeste de la finca del abad, que Saunière proyectó para que fuese su biblioteca, con la intención de sustituir a la pequeña biblioteca que había construido al lado del cementerio, en terrenos municipales, y que no podía usar desde el dichoso incendio —aquel en el que no quiso abrir las puertas de ese local, que también servía de depósito de agua, para que se usase para apagarlo—. La torre, como la Villa Betania, fue construida por el arquitecto Tiburce Caminade, de Limoux, y el contratista de obras Élie Bot.

Y, como siempre, el abad fue el que lo diseñó todo meticulosamente.

Una vez terminada, instaló una chimenea y recubrió la habitación con unas carísimas estanterías de madera que rellenoó con miles de libros, además de sus colecciones de sellos y postales. De hecho, para poder ordenar la enorme cantidad de papeles, legajos, revistas y libros que tenía, hizo llamar a un tal Henri Baret, un librero de Castelnaudary, que estuvo allí durante tres meses encuadernándolo y catalogándolo todo. Desgraciadamente, todo fue vendido por Marie tras la muerte de Bérenger Saunière. Hubiese sido maravilloso que se hubiese conservado todo aquel patrimonio, más que nada para saber las inquietudes intelectuales de nuestro protagonista. Desde aquella habitación se accede, mediante una escalera de caracol —con veintidós escalones—, a la terraza del torreón, desde la que se puede disfrutar de unas vistas extraordinarias del valle del Aude.

Saunière hizo varias construcciones más en su finca: aparte de los jardines que situó frente a la Villa Betania, construyó un parque repleto de árboles exóticos entre la Villa Betania y lo que se conoce como *el mirador*. Este consiste en una terraza elevada que comienza en la Torre Magdala y que está formada por dos rectas unidas por un arco de circunferencia —en vez de una esquina de noventa grados—. Al otro extremo de la terraza hizo una curiosa construcción que, de nuevo, nos vuelve a mostrar el inquietante gusto por la simetría del abad: una torre de cristal que sirvió de invernadero. Pues bien, desde esta se accede a una sala subterránea tras bajar una escalera de caracol, de nuevo con veintidós escalones<sup>[4]</sup>. ¿Adónde vamos con esto? Pues a que las dos torres, la Torre Magdala y el invernadero, son el positivo y el negativo de la misma torre.



© Óscar Fábrega Calahorro, 2013

43. Invernadero.

Pero la cosa aún va más lejos: ambas torres forman los extremos de dos lados exactamente iguales —el mirador—. Es decir, serían los dos vértices de un cuadrado perfecto. Si planteamos ese cuadrado sobre un plano, vemos que la superficie sería exactamente sesenta y cuatro veces el área de la Torre Magdala y del invernadero. Como ustedes sabrán, el tablero del ajedrez tiene sesenta y cuatro casillas. Pues bien, la posición de las dos torres coincidiría con la de la torre negra de la izquierda (¿la Torre Magdala?) y con la torre blanca de la derecha (¿el invernadero?). Algo realmente sorprendente y comprobable.

Claro que a Saunière le encantaban estas cosicas, como ya hemos visto al hablar del jardín situado enfrente de la iglesia, réplica exacta de la planta del templo, en la que hasta los monumentos coinciden. Además, en esta iglesia, justo en el punto al que dirigen sus miradas el demonio de la pila de agua bendita y el Nazareno bautizado por el Bautista, hay también un tablero de ajedrez perfecto. Y, para terminar con esto, cabe mencionar que el suelo de la Torre Magdala está compuesto por sesenta y cuatro baldosas de cemento pintado.

¿Cuánto costó todo aquello? Durante el posterior proceso al que se vio sometido por el obispado, del que hablaremos más adelante, presentó un estado de cuentas en el que la suma se elevaba a más de 190 000 francos de la época, incluyendo la compra de los terrenos. Jacques Rivière, en su obra *Le Fabuleux trésor de Rennes-le-Château. Le Secret de L'Abbé Saunière*, de 1983, propuso una cifra similar, cifra a la que dan credibilidad autores como Paul Smith.

Hay que tener en cuenta que la moneda francesa de aquel entonces, el franco de

oro, era mucho más cara de lo que sería solo unos años después, durante la Primera Guerra Mundial, época en la que se acuñó mucho dinero para sufragar los gastos de la contienda, produciéndose una devaluación constante hasta los años sesenta<sup>[5]</sup>. Todo esto, añadido a que el valor de las cosas y los salarios no eran lo mismo entonces que cuarenta años después, hace que esa cifra de 190 000 francos sea bastante elevada.

Una suma realmente cuantiosa, pero mucho más accesible que aquella tremendamente fantástica que planteó Corbu: este dijo, en uno de sus artículos de 1956, que «siempre según los archivos que proporcionan una lista del tesoro, este se componía de dieciocho millones y medio de monedas de oro, el equivalente a unas ciento ochenta toneladas de oro, además de numerosas joyas y objetos religiosos. Su valor intrínseco, según dicha lista, es de más de cincuenta mil millones. Por el contrario, si tenemos en cuenta su valor histórico, al equivaler la moneda de oro de aquella época a 472 000 francos, se obtiene un total de cuatro billones<sup>[6]</sup>». Por otro lado, Gérard de Sède, en *El oro de Rennes*, afirma que Saunière entregó al obispo Beauséjour durante su proceso judicial unos gastos aproximados de 193 000 francos, lo que no supone, según este, «ni la quinta parte de los gastos reales<sup>[7]</sup>». Es decir, De Sède planteaba una cifra de un millón de francos.

Ni tanto ni tan poco. Desgraciadamente es difícil precisar con exactitud cuánto costaron esas obras, aunque una cosa está clara: Saunière no pudo pagar todo aquello con su modesto sueldo de cura rural ni con lo que recogía de sus feligreses. Tuvo que recibir dinero de otro sitio, ya sea por donaciones anónimas —como él mismo afirmaría—, traficando con misas —de lo que fue acusado y que algunos autores defienden—, o porque realmente encontró un pequeño tesoro.

Sea como fuere, aun con dinero, Saunière escatimó hasta el último franco en sus construcciones, como demuestran sus cuadernos de notas, en los que supervisa hasta el más pequeño detalle de los gastos de las obras. Además, cuando pudo, pagó a muy cómodos plazos —como hemos visto en los casos de las vidrieras y las estatuas de la iglesia, que pagó en plazos anuales— o retrasó al máximo sus vencimientos de cobro. Un ejemplo de este afán ahorrador lo aporta Jean-Luc Robin en su obra *Rennes-le-Château, el secreto del abad Saunière*: los cristales multicolor que colocó en la capilla que se fabricó al lado de la Villa Betania no son así por ningún motivo decorativo. Se aprovecharon de una ganga de un taller de cristalería que acababa de cerrar<sup>[8]</sup>.

Esto no parece propio de alguien que maneja cantidades tan fantásticas como las que proponen algunos.

Lo que está claro es que Saunière desde finales del siglo XIX —desde que terminó las obras de su iglesia, en 1897, o quizás desde antes— se fue haciendo rico poco a poco, como demuestran no solo los enormes gastos, para su época y su sueldo, que acometió con las construcciones, sino también todo lo que gastó en muebles, cuadros, tapices, cuberterías, vajillas y otros objetos de decoración para la casa, así como las colecciones de libros, sellos y postales que almacenó en la Torre Magdala..., sin

contar con los numerosos banquetes que ofrecía a amigos, vecinos y visitantes que se alojaban, además, en la Villa Betania. Aunque muchos han hablado de personajes ilustres e importantes, no hay la más mínima prueba del paso de personajes así, pero lo cierto es que sí gastaba cantidades ingentes en comidas opíparas y en bebidas caras.

Por otro lado, curiosamente, no le quiso dar ni un solo céntimo a su familia: por ejemplo, sabemos que el marido de una de sus hermanas, Mathilde, le cita en septiembre de 1905 ante el juez de paz de Couiza para que pase una pensión a su madre o se haga cargo de ella durante tres meses. Esto respondió, por carta, Saunière, aunque en palabras de Marie, que la redactó: «Ante la separación de Iglesia y Estado, al no percibir ya el señor cura ningún sueldo, a las exigencias del tutor responde que sus recursos no le permiten de ninguna manera ingresar los tres francos diarios<sup>[9]</sup>».

El juez, como era de esperar, ordenó a Saunière que pagase la suma.



## CAPÍTULO 18

### El proceso

Pero volvamos un poco atrás en el tiempo: el 13 de mayo de 1902 —cuando Saunière estaba en plena época de delirio constructivo—, monseñor Paul-Félix Beuvain de Beauséjour (1839-1930) reemplaza a Félix-Arsène Billard en el cargo de obispo de la diócesis de Carcassonne. Se trata de un eclesiástico moderno, de los que, siguiendo las recomendaciones de León XIII, van a intentar reconciliarse con la República, con la que la tensión va en aumento.

El 9 de junio del año siguiente, 1903, el nuevo obispo reitera su prohibición a Bérenger Saunière de que haga solicitudes masivas de misas. (Un tiempo antes, el 1 de marzo y el 16 de mayo de 1901, el obispo Billard ya se lo había ordenado. Se ve que no hizo caso). El 14 de agosto de 1904, Beauséjour lo volverá a hacer.

El 9 de diciembre de 1905 la cosa se complica: se aprueba la Ley de Separación de la Iglesia y el Estado por el Congreso francés. A partir de enero de 1906, se deberán apartar de los presupuestos de todas las administraciones las partidas anteriormente dedicadas a la religión, es decir, la Iglesia dejará de ser financiada por el Estado. Se insta también a realizar un exhaustivo inventario de las posesiones, muebles e inmuebles, de la Iglesia: todo pasará a ser del Estado y los gobiernos locales, aunque, eso sí, el Gobierno pone tales edificios a disposición de las organizaciones religiosas sin costo para estas, siempre que sigan usándolos con fines de culto. Otros artículos de la ley incluyen la prohibición de fijar símbolos religiosos en edificios públicos, y establecen también que la República no nombrará más obispos o arzobispos. El efecto final de todo esto fue el de incapacitar a la religión católica como una fuerza institucional en la vida pública, al negarle a esta, o a cualquier otra religión, la financiación gubernamental.

Así, el 12 de marzo del año siguiente, 1906, se realizó un inventario de la iglesia de Rennes-le-Château, que nuestro abad, por cierto, se negó a firmar.

Pasa el tiempo, y el abad sigue sin hacer demasiado caso a sus superiores. Tres años después, el 15 de enero de 1909, recibe una carta del vicario general en la que le informa que va a ser transferido a la iglesia del pequeño pueblo de Coustouge desde el día 1 del siguiente febrero, como castigo por no obedecer las órdenes del obispado. Saunière se trasladó al pueblecito para ver lo que le esperaba allí y se encontró con

una comunidad aún más pobre que Rennes-le-Château. No estaba dispuesto a irse. Así que el 28 de enero decide responder al obispo lo siguiente:

*Ante la decisión que ha tomado Su Ilustrísima en lo referente a mi traslado, me queda una opción que, además, Su Ilustrísima misma le sugirió a los representantes de la comunidad al hablarles de mí: «Que se jubile». Por todo ello, ruego tenga Su Ilustrísima a bien aceptar mi dimisión y me borre a partir del 1 de febrero del cuerpo de sacerdotes de su diócesis que ejercen el sagrado ministerio<sup>[1]</sup>...*

El obispo no acepta la dimisión de Saunière mientras no deje Rennes-le-Château. Y eso a pesar de que el propio consejo municipal de la villa le escribe a principios de febrero al obispado para manifestarse en contra del traslado.

Así, el 2 de julio de 1909 es nombrado un nuevo párroco, Henri Marty, que llegará a la localidad el día 4 de ese mes y que será sacerdote del pueblo hasta diciembre de 1912. Pero lo hará ante una iglesia vacía, ya que Saunière —que sigue siendo sacerdote, aunque sin parroquia— puede seguir dando misa, algo que hará en una pequeña capilla que levantará entre Villa Betania y el parque a principios de 1910.

Todo esto no hará más que indignar, más aún, al obispo Beauséjour.

De ahí que el 27 de mayo de 1910, la corte del Obispado de Carcassonne dé comienzo a una investigación sobre las actividades de Bérenger Saunière en Rennes-le-Château, en la que le acusan de tráfico de misas, desobediencia al obispo, y de un gasto exagerado e injustificado al que se han dedicado los fondos obtenidos con las misas que no se han dado.

Pero ¿qué es esto de traficar con misas?

A ver, un sacerdote cobra dinero, si quiere, por celebrar misas por un objetivo determinado —homenaje, recordatorio de funeral, para que se cure un enfermo, etcétera—, aparte de las misas sacramentales —bautizos, bodas, comuniones, entierros...—. De las primeras solo se podían celebrar, en aquella época, tres al día como máximo, y la tarifa la establecía el obispado. Por aquel entonces cada misa costaba un franco, aunque al final de los días de Saunière el precio había subido a 1,5 francos. Si un sacerdote recibe más solicitudes de misas de las que puede realizar, tiene que pasarle el excedente a algún colega con menos suerte, vía obispado. Saunière nunca lo hizo. Además, parece ser que se promocionó, poniendo anuncios en revistas religiosas en los que pedía fondos para su maltrecha iglesia.



© Óscar Fábrega Calahorro, 2013

44. Interior de la Villa Betania, con las posesiones de Saunière.

El 16 de julio de 1910 fue la primera audiencia. Saunière no asistió. Se aplazó hasta el día 23. Tampoco asistió. Así que es condenado a un mes de suspensión como sacerdote y a que restituya las cuotas de las misas que no ha dicho, «una cantidad que no podemos determinar, ya que no hemos podido recabar ni un solo justificante<sup>[2]</sup>», dijo el obispado...

El 23 de agosto se le cita para otra audiencia, a la que de nuevo no asiste. Se aplaza hasta el 5 de noviembre y será esta la única ocasión en la que irá, acompañado de su abogado, el doctor Huguet —recomendado por su colega el abad Eugène Grassaud—. Allí escuchará los cargos de los que le acusan: de haber traficado con misas desde 1896, solicitando honorarios por todas partes —honorarios con los que se ha dedicado a construir en Rennes-le-Château—, y de haber desobedecido al obispo en 1909, cuando le instó a que aclarase sus cuentas y dejase de comerciar con misas, y no lo hizo. Saunière admite haber realizado tales misas y no objeta la cifra planteada por la acusación, pero afirma que parte de sus ingresos se deben a donaciones de particulares cuyos nombres no puede dar bajo secreto de confesión.

Por todo esto, se le condena a retirarse durante diez días a una casa de retiro sacerdotal o a un monasterio de su elección, y le otorgan una prórroga para que presente las cuentas al obispo. Sin duda, una condena bastante indulgente.

Cumplirá su retiro de diez días en el monasterio de Prouilhe.

Pero la cosa no quedó aquí. El obispo Beauséjour parecía haberse calmado, al menos en parte, pero la batalla se reavivará por culpa del abogado de Saunière, el tal Huguet, que le convence para que apele a Roma. Es evidente que el letrado había visto una sustanciosa fuente de ingresos que no podía desestimar. Así, el 17 de diciembre de 1910 enviaron una carta a la Sagrada Congregación del Concilio en Roma para pedir la reincorporación a su puesto como sacerdote en Rennes-le-Château.

Tres meses después, el 3 de febrero de 1911, se publica en la *Semaine Religieuse de Carcassonne* una nota en la que se informa de que el sacerdote había estado traficando con misas, además de decir que ya no está autorizado a darlas, ni tampoco a administrar los sacramentos.

El 18 de febrero y el 9 de marzo le escribe el obispado pidiéndole formalmente que presente sus cuentas ante el obispo de Carcassonne, que por otro lado había creado una comisión para examinar las cuentas del abad, comisión dirigida por el vicario general, Jean Saglio. Presentará (el 25 de marzo de 1911) una relación de gastos, aunque solo de los dos últimos años, y una lista con sus ingresos desde que llegó a Rennes-le-Château. Plantea que parte de sus ingresos vienen de la familia Dénarnaud, que había acogido en su casa, y cuyos sueldos se sumaban al montante familiar —serían, según Saunière, trescientos francos al mes durante veinte años, es decir, 52 000 francos—. También dice haber recibido fondos gracias a una serie de treinta y tres postales que había puesto a la venta y gracias a donaciones de diferentes fuentes: de turistas que habían venido a tomar baños en Rennes-les-Bains, algunas conseguidas por su hermano y otras cuantas anónimas de personas que no puede mencionar. En total, sería un montante de 193 150 francos, según podemos ver en la relación completa que transmitió al obispado<sup>[3]</sup>.

Curiosamente esta cifra coincidirá con otra lista que poco después (el 14 de julio de 1911) remite al obispo: una lista sobre los gastos de sus construcciones, incluyendo la reparación y ornamentación de la iglesia, así como la compra de terrenos —dejando claro que no están a su nombre— y la construcción de la Villa Betania y la Torre Magdala. Sería un total de 193 050 francos<sup>[4]</sup>.

Está claro que Saunière ha ajustado sus ingresos a los gastos.

El 4 de octubre la comisión que está investigando el caso presenta un informe<sup>[5]</sup> sobre las cuentas del abad: ni se creen sus ingresos ni se creen sus gastos, ya que, consideran, no hay pruebas fehacientes de las relaciones aportadas por Saunière. Dejan claro, además, que no ha aceptado recibirlos en Rennes-le-Château para ofrecerles una explicación oral, alegando problemas de salud, y hacen especial hincapié en que la mayor parte de los gastos, exceptuando los de la reparación de la

iglesia, se han hecho para beneficiar a la propietaria de la finca, Marie Dénarnaud, con lo cual no pueden ser computados como gastos suyos, y de serlo, se estaría cometiendo una grave irregularidad.

Así que vuelve a ser citado, el 21 de noviembre y el 5 de diciembre de 1911, para dar explicaciones. Como no se presenta, siguiendo los consejos de su abogado, se produce una sentencia en su ausencia: lo condenan a una suspensión *a divinis* por tres meses «que continuará también hasta que haya hecho efectivo en manos de a quien, de derecho y según las fórmulas canónicas, le corresponda la restitución de los bienes por él malversados<sup>[6]</sup>».

Obviamente, la suspensión era de por vida, pues Saunière no podrá nunca hacer lo que le piden como condición para que sea retirada (devolver el dinero). Esto tendrá un grave efecto en su salud física y mental. Entró en una grave depresión que ni siquiera las enormes cantidades de alcohol que consumía consiguieron calmar.

Por esta misma época, Bérenger Saunière y Marie Dénarnaud hacen testamentos legando todo al que quede vivo en caso de muerte, es decir, se nombran herederos mutuamente. «Hago entrega a Marie Dénarnaud de todos estos bienes sin que ello cree precedente para un inventario, del que es mi expreso deseo librar a mi heredera universal», escribe Saunière; «Mi expresa voluntad es que no se realice inventario alguno al producirse mi deceso<sup>[7]</sup>», escribe Marie.

Mientras tanto, Huguet intenta conseguir algo en Roma, reabriendo el caso y pidiéndole dinero para llevar a cabo sus actividades. Desde 1912 hasta 1915 el caso seguirá abierto. Además, siguiendo los consejos de su abogado, se opone a cualquier acuerdo. De hecho, llega a demandar que se repare un artículo publicado el 3 de julio de 1915 en la *Semaine Religieuse de Carcassonne*:

*Para la administración diocesana de Carcassonne constituye una profunda pena, aunque también un imperioso deber, informar a los fieles de que el abate M. Saunière, antiguo párroco de Rennes-le-Château y que actualmente reside en dicho lugar, ha sido privado, según sentencia del provisorato con fecha de 5 de diciembre de 1911, de todas sus potestades sacerdotales; que, por lo tanto, ya no debe celebrar el santo sacrificio y que, desde ese momento, no podrá cobrar los honorarios de las misas que se le soliciten<sup>[8]</sup>.*

Aunque algunos han afirmado que finalmente Roma le absolvió de cargos por falta de pruebas, esto no es cierto. La suspensión *a divinis* de 1911 solo terminó con su muerte, seis años después, en 1917.

## CAPÍTULO 19

### Muerte

Sus problemas de salud van de mal en peor y en el anochecer del 17 de enero de 1917, al salir de la Torre Magdala, se desploma víctima de un ataque cerebral. Lo encontrará Marie después de un rato. Vive, pero está gravemente enfermo y sabe que le queda poco tiempo. Hay quien dice que en su agonía le pidió a Marie que quemase sus archivos secretos. Hay quien dice que lo hizo, pero lamentablemente no hay constancia de nada de eso.

El 21 de enero hace llamar al abad Jean Rivière, párroco de Espéraza, para que le administre la extremaunción. Ve la muerte cerca. La leyenda cuenta que la confesión se alargó varias horas durante toda la tarde, y que, al terminar, el abad Rivière salió conmovido de allí, tanto que no llegó a darle finalmente los últimos sacramentos —se le darán *post mortem*, dicen—. Robin afirma que «según la sobrina del abate Rivière, él, que siempre había sido un hombre jovial y al que le gustaba la buena vida, desde entonces se encerró obstinadamente tras un muro de silencio hasta su muerte. ¿Es que a partir de ese momento era él también partícipe de un secreto demasiado fuerte<sup>[1]</sup>?». Nada nuevo. Ya en 1967 Gérard de Sède en *El oro de Rennes* decía lo siguiente: «Rivière, cuando se separó de su amigo moribundo, estaba lívido y profundamente emocionado. Su emoción no fue fugaz; se convirtió en un hombre encerrado en sí mismo, taciturno y mudo. Nunca más se le volvió a ver reír. ¿Qué terrible secreto había recibido en confidencia<sup>[2]</sup>?». Como ya vimos anteriormente, en respuesta a estas afirmaciones de De Sède, el vicario general de Carcassonne, Georges Boyer, dijo a finales de 1967, en un artículo publicado por *L'Indépendant*<sup>[3]</sup>, que era imposible que el abad Saunière hubiese recibido dos días después de muerto los últimos sacramentos, y que aquella historia de que su último confesor, el abad Rivière, nunca volvió a reír y se convirtió en un personaje huraño es totalmente falsa, pues él mismo asegura haberlo visto varias veces desde entonces absolutamente normal. Otro mito más que no parece haber sido real. Y no será el último.

Finalmente, a las once de la mañana del 22 de enero de 1917, Bérenger Saunière fallece, como demuestra el certificado de defunción firmado, entre otros, por el abad Rivière<sup>[4]</sup>. La leyenda cuenta que fue subido a un trono en el mirador de su finca,



junto a la Torre Magdala, y «envuelto en una manta con madroños encarnados. Toda la aldea desfiló para rendirle un último homenaje, y cada uno cortaba un madroño y se lo llevaba como recuerdo<sup>[5]</sup>». La famosa historia de la manta con pompones que ya contó Corbu doce años antes y de la que se hicieron eco Baigent, Leigh y Lincoln en *El enigma sagrado*. Jean-Luc Robin, que como sabrán tuvo acceso durante años a las propiedades y archivos de Saunière, dice que todo esto es una mistificación. Explica que en realidad se le tapó con un tapete con pompones rojos porque al morir había manchado su ropa y aquel tapete fue lo primero que Marie encontró para taponarlo. Tampoco se le llevó al mirador, sino a una habitación de la Villa Betania, donde se realizó su velatorio.

Fue enterrado el 24 de enero en la parcela que años atrás había comprado en el cementerio y donde reposó durante años, hasta que recientemente fue trasladado a los jardines de su finca.

Tristemente, Saunière no aparece como sacerdote difunto en la columna de obituarios de la *Semaine Religieuse de Carcassonne* con fecha del 27 de enero.

Otra leyenda más: algunos han comentado que Marie había encargado el féretro de Saunière unos días antes de su muerte, dando a entender que igual no murió naturalmente. Por ejemplo, en *El enigma sagrado* se dice: «Lo que hace más sospechosa la apoplejía de Saunière el 17 de enero es el hecho de que cinco días antes, el 12 de enero, sus feligreses declarasen que, para un hombre de su edad, parecía gozar de una salud envidiable. Pese a ello, el 12 de enero, según un recibo que obra en nuestro poder, Marie Dénarnaud había encargado un ataúd para su señor<sup>[6]</sup>». Esto es totalmente falso. De hecho, Marie no pagó el ataúd hasta el 12 de junio de 1917, unos meses después de la muerte del abad, lo que pone en tela de juicio la supuesta fortuna que había heredado. Simplemente confundieron *juin*, «junio», con *jan*, de *janvier*, «enero».



© Óscar Fábrega Calahorro, 2013

45. Tumba de Bérenger Saunière en la actualidad.

Marie se quedó sola.

Se dice que hasta que le llegó la muerte, en 1953, fue a diario a visitar la tumba de Saunière.

Lo cierto es que desde entonces se aisló del resto de vecinos. Y comenzó a tener problemas económicos, en parte porque no podía soportar los enormes gastos que supone mantener una finca de ese tamaño. Pide préstamos, constituye hipotecas, vende prácticamente todo lo que había de valor, pero, aun en la ruina, se niega a vender la finca. De hecho, al año siguiente de la muerte del abad recibe una primera oferta, a través del abad Grassaud, de unos inversores americanos e ingleses que ofrecen doscientos mil francos<sup>[7]</sup>.

La historia sigue, tal y como les comentábamos al principio de este libro, con la llegada en los años cuarenta de Noël Corbu y su familia, que no solo conseguirá convencer a Marie para que venda, sino que será el que lance esta historia que con los años se convertirá en un mito moderno.

## CAPÍTULO 20

### Tesoro

En 1926 un labrador de Torredonjimeno, una pequeña localidad cercana a Jaén, llamado Francisco Arjona, encontró, mientras cavaba los olivos de la finca de un señorito, en un paraje denominado Majanos de Garañón —cerca de la actual ermita de la Virgen de la Consolación—, una serie de objetos dorados cubiertos de tierra y escondidos en una pequeña obra de mampostería ruda. No les prestó demasiada atención, y durante años el tesoro estuvo abandonado en el desván de su casa. Hasta que en 1933, unos compradores de oro y antigüedades de Porcuna dieron con aquel escondrijo y se llevaron un primer lote que fue adquirido por un chamarilero de Córdoba, quien a su vez lo vendió al Museo Arqueológico Nacional por una pequeña cantidad. A partir de entonces se encontraron nuevos restos que acabaron conformando lo que se conoce como el *tesoro de Torredonjimeno*. Se trataba en realidad de varios ajuares de una necrópolis visigoda del siglo VII y se encuentra actualmente repartido entre los museos arqueológicos de Madrid, Barcelona y Córdoba.

En 1858, unas lluvias torrenciales causaron el desmoronamiento del terreno donde estaba la iglesia del monasterio de Santa María de Sorbaces. Un vecino de la cercana localidad de Guadamur (Toledo) descubrió allí una fosa que albergaba una buena colección de coronas, cruces, piedras preciosas y varios objetos litúrgicos. Se las llevó a su casa y posteriormente las vendió a un platero de Toledo que fundió la mitad de los objetos. La otra mitad fue comprada por un militar francés que la llevó a París, donde la vendió al Museo Cluny. Pero otro lugareño, Domingo de la Cruz, que tenía una huerta en las proximidades, vio cómo encontraban aquellas joyas y decidió investigar a ver si había más. Así encontró junto a la fosa vacía otra nueva e intacta y que contenía también numerosos objetos de oro y piedras preciosas. Dos años después, en 1860, este señor se presentó en el Palacio Real de Aranjuez, junto a su tío, Juan Figueroa, maestro, con el propósito de ofrecer a la reina una de las coronas que habían hallado. La reina, Isabel II (1830-1904), los recibe y al enterarse de que tenían más objetos mandó a un consejero para que los recuperase a cambio de una suculenta recompensa. Recibió por todo el tesoro cuarenta mil reales y una pensión anual de cuatro mil reales más. Actualmente las piezas que forman los dos tesoros de

Guarrazar, como son conocidos, están repartidas entre el Museo Cluny de París, la Armería Real de Madrid y el Museo Arqueológico Nacional, también de Madrid. De nuevo se trataba de un tesoro visigodo de antes de la invasión de los musulmanes (siglo VIII).

¿Adónde quiero ir con esto? Pues a plantear, simplemente, que no sería tan extraño que Bérenger Saunière hubiese encontrado un tesoro que le permitiese disponer de una pequeña fortuna con la que pudo levantar su ostentosa finca señorial. En realidad, no tuvo ni siquiera que ser demasiado grande. Y tampoco tuvo que ser —como ha planteado la optimista imaginación de alguno de los investigadores de este tema— un tesoro con mayúsculas, tipo el tesoro de los Cátaros, o el tesoro de los Visigodos, o el tesoro de los Templarios. Pudo, simplemente, ser UN tesoro de los visigodos, de los templarios, de los cátaros o de alguna familia local con posibles. Un tesoro normalico de los muchos, muchísimos, que se han encontrado y que han sido expoliados, vendidos, fundidos y dispersados. Igual Saunière se topó con, imaginemos, un pequeño tesoro local, y en vez de informar a sus superiores o a las autoridades locales, que sin duda habrían querido quedárselo, decidió callarse, esconderlo y buscarse la vida para ir fundiéndolo o cambiándolo poco a poco —lo que, por otro lado, igual explica sus viajes y sus ausencias de varios días.

Jean-Luc Robin, en su obra *Rennes-le-Château, el secreto del abad Saunière*, propone que lo que encontró fue un «tesoro» escondido por su antecesor de un siglo antes, Antoine Bigou, formado en parte por la herencia de Marie de Nègre, pero también por sus propios ahorros y los de varias familias de la zona que se los legaron antes de huir por culpa de la Revolución francesa. Claro que este autor también propone que Saunière sabía que tenía que buscar algo, y que había sido pagado para hacerlo: unos documentos de especial trascendencia para la casa de Habsburgo, que se encontrarían entre las pertenencias de la marquesa de Blanchefort.

Esta versión peca, como la mayoría, de pretenciosa, y no se diferencia mucho de las que forman el corpus clásico de la tradición del misterio de Rennes-le-Château, la trama de los merovingios expuesta por la tríada De Sède-Plantard-Lincoln —para ser exactos, Lincoln junto a Baigent y Leigh, autores de *El enigma sagrado*, piedra fundacional de este mito moderno—. Según esta versión, lo que encontró, también relacionado con la dichosa Marie de Nègre, fue una documentación que probaba que aquella famosa estirpe de reyes francos había perdurado en secreto. Por ella también fue pagado generosamente, aunque, además, encontró un tesoro, cuyo origen ya no está tan claro y se les asigna a muchos de los sospechosos habituales de esta trama (templarios, cátaros, etcétera).

Incluso el bueno de Noël Corbu, el primero que lanzó el tema, apuntaba que había encontrado el fascinante y enorme tesoro de la reina Blanca de Castilla, quien había decidido trasladar —mira tú por dónde— gran parte del tesoro real a Rennes-le-Château, donde quedaría perdido tras olvidarse su paradero. Corbu, aunque exagerado, no planteaba que aparte del tesoro monetario hubiese un tesoro

documental. Su visión del misterio era más mundana y, posiblemente, cercana a la nuestra: Saunière encontró un tesoro que lo hizo enormemente rico, sin que hubiese de por medio ningún tipo de documentación interesante para nadie, ni ningún tipo de secreto por el que quién sabe quién podía pagar fortunas enormes. Simplemente, encontró oro, lo vendió y se forró.

Con esto no quiero decir que creamos que Bérenger Saunière encontrase realmente un tesoro. Sencillamente porque no tenemos ninguna prueba que nos permita afirmarlo. Pero los gastos que acometió para reformar la iglesia, comprar terrenos y construir la Villa Betania y la Torre Magdala —junto con los suntuosos bienes muebles que contenían— tampoco se corresponden ni con el tráfico de misas del que le acusó la Iglesia ni con las fuentes que él mismo reconoció durante dicho proceso —donaciones, sueldos suyos y de la familia Dénarnaud...—. La cantidad gastada, fuera cual fuese, es tan elevada que nada de esto parece encajar. De hecho, con que nos quedemos simplemente con las cifras que el mismo Bérenger Saunière presentó a sus superiores, que ascendían a unos 196 000 francos (de aquella época, principios del siglo xx), tanto el tráfico de misas como las donaciones parecen insuficientes para explicarlas. Y además, como podemos elucubrar, seguramente lo que gastó fue aún más, ya que esa relación, como hemos comentado, es la que presentó ante la comisión que le estaba investigando y con la que, necesariamente, tenía que mostrarse conservador en las cifras. (Cuanto más dinero afirmase haber gastado, más dinero tenía que justificar).

Además, es posible —que conste que seguimos elucubrando— que se diesen todas estas circunstancias a la vez: que Saunière trapichease con las misas —como evidentemente parece que fue y ha sido más que demostrado, aunque no alcance a explicar la totalidad de su fortuna—, que recibiese donaciones de particulares y que encontrase un pequeño tesoro. (Un tesorillo similar a los de Torredonjimeno y Guarrazar, localidades relacionadas entre sí por haber pertenecido a los visigodos, así como, supuestamente, Rennes-le-Château en la antigüedad).

Lo fantástico de todo esto es cómo, en un momento determinado de esta historia, a comienzos de los años sesenta, alguien se enteró de esta historia y, en un derroche orgásmico de imaginación desbordada se inventó una rocambolesca historia que implicaba a la antigua casa de David, el tesoro del rey Salomón, los merovingios, los templarios, la masonería y a varias de las casas reales y aristócratas de Europa. Y no solo eso: elaboró, solo o en compañía de otros, una complicadísima trama que fue poco a poco filtrando a varios investigadores que, ávidos de encontrar verdades ocultas que permitan vender libros como rosquillas, se dejaron seducir por los delirios de un inteligentísimo megalómano.

Pero es que, encima, estos mismos investigadores retroalimentaron la leyenda, engrandeciendo hasta proporciones descomunales los pilares que la imaginación y, todo sea dicho, la erudición del creador de este Mito habían establecido.

Así que, sin más preámbulos, con todos ustedes, nuestro otro protagonista



principal: Pierre Plantard de Saint-Clair.  
*La éminence grise...*

## TERCERA PARTE

### El creador del mito

Una verdad sin interés puede ser eclipsada  
por una falsedad emocionante.

ALDOUS HUXLEY

La mentira más común es aquella con la que un  
hombre se engaña a sí mismo.  
Engañar a los demás es un defecto  
relativamente vano.

FRIEDRICH NIETZSCHE

En enero de 1964 se depositó en la Biblioteca Nacional de París un folleto con el pretencioso y enigmático nombre de *Généalogie des Rois Mérovingiens et Origine des diverses Familles Françaises et Etrangères de Souche Mérovingienne d'Après L'Abbé Pichon, le Docteur Hervé et les Parchemins de l'Abbé Saunière de Rennes-le-Château (Aude)*, de Henri Lobineau. En la portada, sin embargo, se afirma que fue impreso en Ginebra en 1956, nueve años antes de que fuese depositado.

En este folleto se dice que, gracias a los estudios de Pichon y Hervé y a los pergaminos de Saunière, de los que hemos hablado anteriormente y cuya veracidad hemos puesto muy en duda, aportados por Émile Hoffet —aquel que supuestamente conoció Bérenger Saunière durante su viaje a París de 1893, cosa que también hemos puesto en entredicho—, se pudieron confeccionar una serie de genealogías que demostraban la supervivencia del linaje merovingio tras su supuesta extinción, a través de varias casas nobles francesas que mantuvieron el linaje en secreto. Vamos, la conocida historia que se expone en *El enigma sagrado*.

Y resulta que todo acaba desembocando en una familia, los Plantard, cuyo último vástago era un tal Pierre Plantard...

Pero pongámonos en situación. En enero de 1964 se entrega este panfleto, con lo

cual debió ser realizado como mínimo en 1963. Hasta ese momento solo existía una obra que hablase del misterio de Saunière y de Rennes-le-Château, aquella de *Trésors du Monde enterrées, emmurés, engloutis*, de Robert Charroux, publicada en 1962. Aunque ya seis años antes, en 1956, Noël Corbu había publicado los famosos artículos de *La Dépêche du Midi* de los que hablábamos al comienzo de esta obra. Nadie, hasta ese momento, había hablado de HOFFET, ni de merovingios, ni de la relación de estos con los pergaminos.

Hum, curioso. ¿Será ese tal Plantard el mismo que a principios de los sesenta se puso en contacto con Gérard de Sède y le proporcionó documentación vital para su libro *Los templarios están entre nosotros*, publicado en 1962? Aquel señor decía pertenecer a una sociedad secreta que poseía información privilegiada concerniente a la historia de Francia. De hecho, aquel señor escribió un apéndice de aquel libro; ¿será aquel del que hablaban los autores de *El enigma sagrado* que aseguraba ser el gran maestro de una sociedad llamada el Priorato de Sion? Sin duda era él, como todos ustedes imaginarán.

Pero ¿quién es el tal Pierre Plantard del que tantas veces hemos hablado?

Vayamos pues a exponer lo que sabemos de este apasionante personaje, centro y cerebro de una fantasía histórica de proporciones increíbles y absolutamente maravillosa y embriagadora.

## CAPÍTULO 21

### **Plantard**

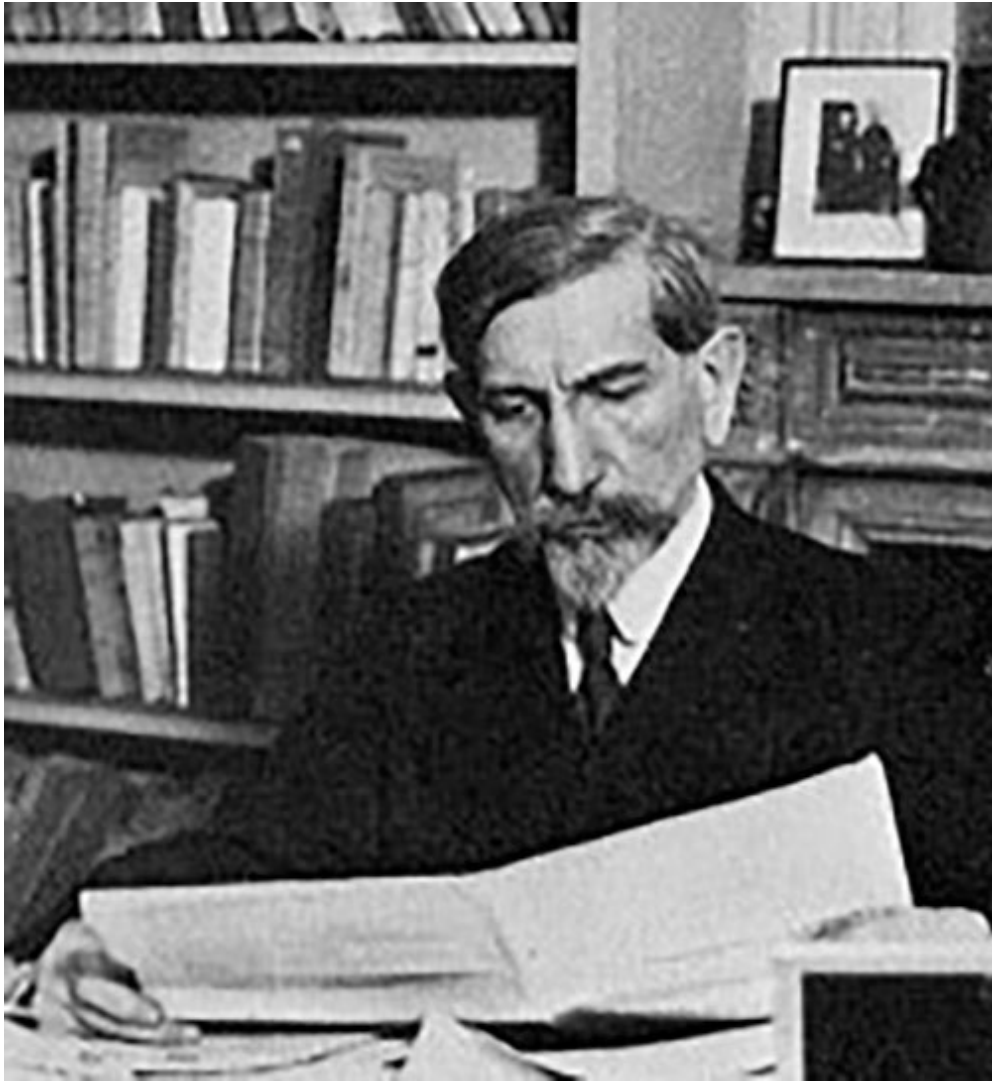
El 18 de marzo de 1920 nació en París Pierre Athanase Marie Plantard. Sus padres fueron Pierre Plantard y Amélie Raulo. Años después afirmaría llamarse en realidad Pierre Plantard de Saint-Clair, pretendiendo con ello ser descendiente de la conocida familia de origen normando St. Clair o Sinclair, muy relacionada con el origen de la masonería, los templarios y la famosa, enigmática y escocesa capilla Rosslyn (construida por Guillermo Saintclair en el siglo xv). Afirmaría además ser conde de Saint-Clair —de Saint-Clair-sur-Epte, un pueblo cercano a París— y conde de Rhedae —nombre que lleva sin utilizarse un milenio y título que no parece haber existido nunca—. Desgraciadamente, para él no era así: su padre era un mayordomo y su madre, cocinera, viuda solo dos años después del nacimiento de Pierre —tras morir su padre, supuestamente, en un accidente de trabajo—. En los ochenta entregó una partida de nacimiento a los autores de *El enigma sagrado* en la que su padre aparecía con aquel título, pero estos investigadores dieron con la partida real y no decía nada de eso. Plantard se justificaría diciendo que durante la ocupación nazi modificaron la partida original y la sustituyeron para ocultar su estatus a los alemanes —algo que efectivamente se hacía.

Sea como fuere, si eran de sangre noble, no ejercían como tales. Desde 1927 vivirá en un modesto apartamento de París junto a su madre, el cual pagaban gracias al sueldo de esta como cocinera y a una pequeña paga de viudedad que le quedó.

No se sabe mucho sobre sus primeros años. Hay quien dice que fue a la universidad a estudiar Arqueología tras acabar sus estudios primarios en 1939, que allí conocería a Philippe de Chérissey, su socio en los posteriores embustes. Pero no está del todo claro y, desde luego, nunca presentó un título académico. Por otro lado, se dice que en su adolescencia trabajó como sacristán en la iglesia de Saint-Louis d'Antin de París.

Sí sabemos que su adolescencia se desarrolló en una época tempestuosa para Francia: el período de entreguerras, una época oscura y nihilista en la que la sociedad francesa necesitaba un nuevo renacer. Además, en el contexto internacional el comunismo había triunfado en Rusia y el fascismo en Italia. Y pronto lo haría Hitler en Alemania. El mundo estaba cambiando, y la sociedad con él. Y eso mismo fue lo

que buscaron determinados movimientos que, apelando con especial ahínco a la juventud, pretendían cambiar el país. Tenemos, por ejemplo, la Action Française de Charles Maurras (1868-1952), un grupo católico, antisemita y de extrema derecha que, a pesar de fundarse en 1899, triunfó en esta época, y que contaban con su propia sección juvenil, los Camelots du Roi (Vendedores del Rey). O la muy exitosa organización juvenil llamada États Généraux de la Jeunesse (Estados Generales de la Juventud), fundada en 1935 por Jeanne Canudo, otra organización ultraderechista que gozó de muchos seguidores y afiliados durante esta época.



46. Charles Maurras.

La situación política, muy polarizada entre las derechas y las izquierdas —algo que también estaba sucediendo en esos mismos momentos en España—, dio un giro determinante cuando en junio de 1936 llegó al gobierno la coalición de izquierdas conocida como Frente Popular, dirigida por Léon Blum, judío, masón y de izquierdas. Todo un acicate para las derechas, que comenzaron a actuar cada vez más en la clandestinidad. Sobra decir que en ese año comenzó la Guerra Civil española, tras el levantamiento de la extrema derecha contra el legítimamente elegido gobierno de izquierdas, formado por una coalición con el mismo nombre que la francesa, el Frente Popular.

Europa estaba a punto de volver a arder y Francia se hallaba en todo el centro.

### ***Fundando sociedades...***

Pues bien, en este contexto, en 1937, con solo diecisiete primaveras, Pierre Plantard fundó una organización denominada *Rénovation Nationale Française* (Renovación



Nacional Francesa), que, según apuntan algunos<sup>[1]</sup>, llegó a tener diez mil miembros. Otros, como Luis Miguel Martínez Otero<sup>[2]</sup>, afirman que eran dos mil en 1939, una cifra menor pero significativa. Eran aún menos, como veremos. También fundó la Groupement Catholique de la Jeunesse (Agrupación Católica de la Juventud). Ambos proyectos fueron conocidos como Union Française (Unión Francesa) y Jeunesse de France (Juventud de Francia), respectivamente. Se tratará de una organización de ultraderecha, antisemita y antimasónica, influida, sin duda, por la Action Française de Maurras y otros movimientos juveniles como el de Canudo, y que organizaba reuniones y campamentos de verano —como el que organizó en 1939, en el que tomó a su cargo a setenta y cinco adolescentes, en Plestin-les-Grèves (Côtes-du-Nord), una población de la Bretagne francesa.

Y esto cuando nuestro protagonista tenía solamente diecisiete años...

¿Cómo sabemos esto? Pues porque conocemos todas estas actividades iniciales de Plantard gracias a un informe policial del 8 de febrero de 1941 —cuando tenía veintiún años— que se elaboró sobre su persona. Y es que resulta que en diciembre de 1940, utilizando el apodo de Varran de Vérestra, mandó una carta al mariscal Pétain<sup>[3]</sup>, entonces presidente de lo que quedaba de país, en la que le pedía ayuda para luchar contra la conspiración judeomasónica que amenazaba Europa y ofreciéndose a sí mismo y a una centena de hombres más que, dice, le siguen, para defender a Francia... Lo hizo a través de un tal *monsieur* de Brinon y se dice que «el envío de esta carta no era más que una especie de subterfugio diseñado para atraer la atención del jefe de Estado a la persona que la envió<sup>[4]</sup>».

En ese informe, al que hemos tenido acceso<sup>[5]</sup>, se mencionan sus orígenes, así como esas organizaciones que había creado. *Rénovation Nationale Française* solo tenía, según esta investigación, cien miembros en aquel momento —número que contradice las optimistas cifras mostradas por algunos y que parece mucho más probable—. El informe revela que en 1938 solicitó permiso para publicar un periódico de la organización titulado *La Rénovation Française* (La Renovación Francesa), solicitud que fue rechazada. Aun así lo editó y publicó como un panfleto gratuito, con una tirada de diez mil ejemplares —quizá venga de aquí la idea, a nuestro entender errónea, de que contaba con diez mil afiliados—. Después, tras la ocupación, intentó volver a publicarlo, pero se le denegaría el permiso.

Además lo definen como un tipo visionario y pretencioso. El informe policial afirma, literalmente, esto: «De hecho, Plantard, quien se jacta de tener vínculos con numerosos políticos, parece ser uno de esos hombres iluminados y pretenciosos jóvenes que dirigen grupos más o menos ficticios en un esfuerzo para parecer importantes y que se están aprovechando de la actual tendencia hacia la adopción de un mayor interés por los jóvenes con el fin de atraer la atención del Gobierno. La vida privada de Plantard no ha dado lugar a ningún comentario. No tiene antecedentes penales<sup>[6]</sup>».

Así pues, en diciembre de 1940, con solo veinte años, había fundado ya dos

asociaciones juveniles ultraderechistas, reaccionarias, antisemitas y antimasónicas, y se había dirigido directamente al jefe de Estado, Pétain, en plena guerra, para prestarle su ayuda y, a la vez, pedirla.

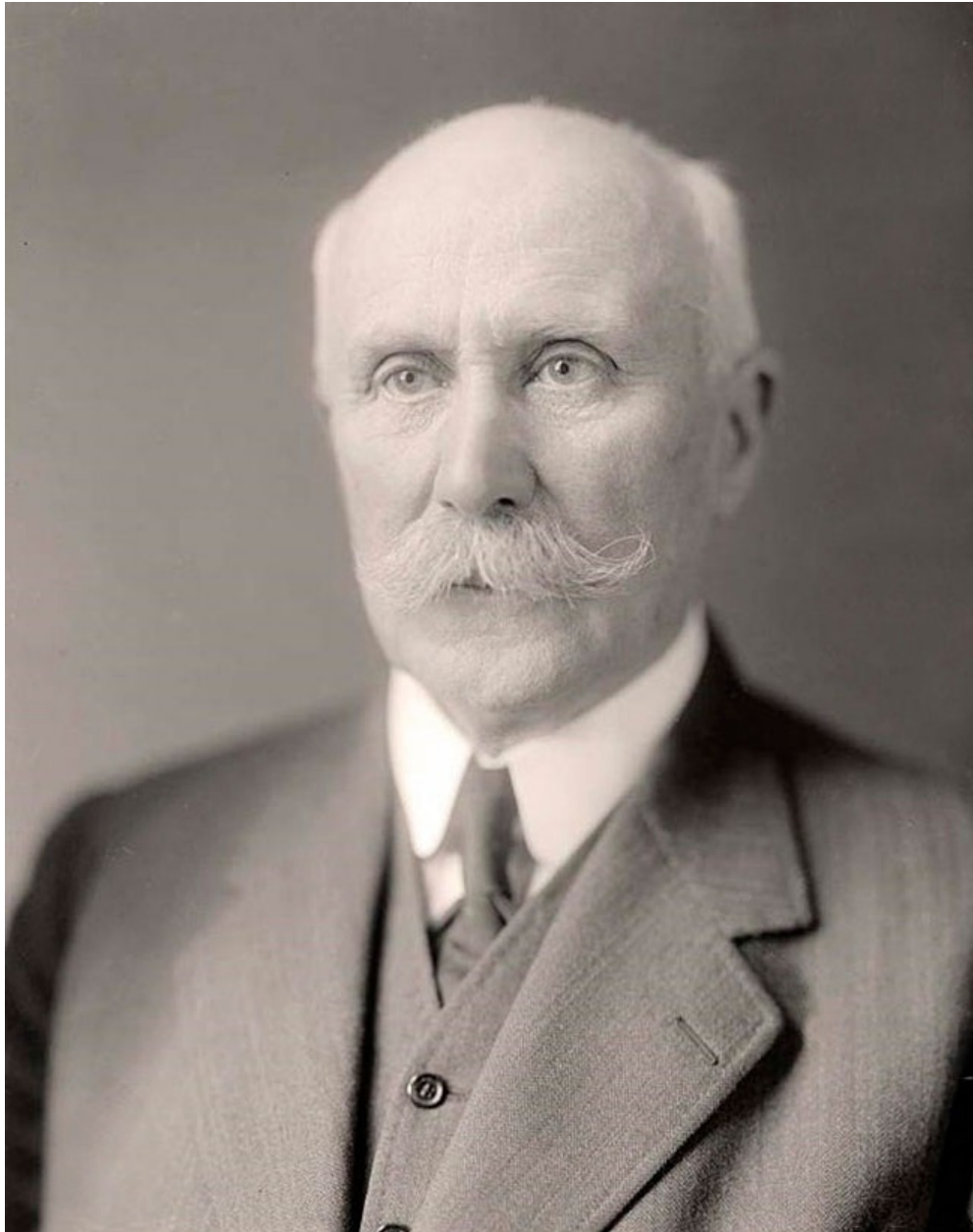
Ya apuntaba maneras...

### ***Contexto histórico***

Antes de seguir, un poquito de historia para que entendamos mejor el contexto en el que se desarrollaron estos años de la vida de Plantard.

El 1 de septiembre de 1939, las tropas de Adolf Hitler (1889-1945), que llevaba casi siete años al mando en Alemania, invaden Polonia; dos días después, el Reino Unido y Francia le declararon la guerra. Comienza así la Segunda Guerra Mundial. El 17 de septiembre, la URSS, que tenía un acuerdo secreto con Alemania, invade a su vez Polonia por el este. Tras un breve paréntesis durante el invierno, el 9 de abril de 1940, Hitler invade Dinamarca y Noruega, con su dichosa *Blitzkrieg* (guerra relámpago). Un mes después, el 10 de mayo de 1940, invade Luxemburgo, Bélgica y Holanda. Francia sería la siguiente y, aunque presentó resistencia, sería inevitablemente invadida por las tropas alemanas e italianas (Mussolini había entrado en el conflicto el 10 de junio atacando Francia por el sur).

Así, el 22 de junio de 1940 Francia se rinde, y tiene que aceptar que los nazis ocupen dos tercios de su territorio. En el otro tercio se establecerá un gobierno marioneta dirigido desde el 17 de junio por el mariscal Philippe Pétain (1856-1951), antiguo héroe de la Primera Guerra Mundial, que instaló su sede en la ciudad-balneario de Vichy, en principio como medida temporal hasta su supuesto regreso a París. Se trata de aquello que se conoce como la Francia de Vichy, que acabó con la Tercera República francesa.



47. Pétain.

Pétain fue impuesto, tras la renuncia del entonces presidente del Consejo de Ministros, Paul Reynaud (1878-1966), por el líder derechista Pierre Laval (1883-1945), al que se le encargó la formación de un gabinete. El objetivo era establecer un armisticio con los alemanes, algo con lo que no todos estaban de acuerdo. Así, el día de su nombramiento, el viceministro de Defensa y general de brigada Charles de Gaulle (1890-1970) huye al Reino Unido, manifestando su rechazo hacia el acuerdo de paz. Al día siguiente, el 18 de junio de 1940, realizó su mítica emisión radiofónica, conocida como L'Appel (La llamada), en la que instaba al pueblo francés a que resistiese ante el invasor nazi. De Gaulle se proclamaba así líder de la Francia Libre.

El régimen de Vichy se mostró inmediatamente muy cercano a las políticas fascistas: repudió la democracia parlamentaria, persiguió a la masonería y modificó la Constitución. Además cambió el nombre del país a Estado francés, quitando aquello

de República. Pétain fue proclamado jefe del Estado francés y Pierre Laval, presidente del Consejo de Ministros. Las intrigas de los colaboracionistas franceses hicieron que Laval renunciase en diciembre de 1940, y fue sustituido por François Darlan (1881-1942), de tendencias aún más proalemanas.

El relativo autogobierno de la Francia de Vichy duró hasta el 11 de noviembre de 1942, fecha en que las tropas alemanas tomaron el control directo de todo el territorio francés como respuesta a la invasión aliada del norte de África (francés). Desde entonces, aunque Pétain mantuvo el cargo junto a su gobierno, eran los alemanes los que decidían.

El 6 de junio de 1944 las tropas aliadas desembarcan en Normandía.

A finales de agosto, París había sido liberada, en parte por las tropas aliadas, en parte por la propia Resistencia francesa. Charles de Gaulle fue nombrado jefe del Gobierno provisional de la República francesa, cargo que ocuparía hasta 1946. Pétain fue condenado a muerte, pero su pena fue conmutada por cadena perpetua gracias a De Gaulle. Fallecería en la isla de Yeu en 1951, donde estaba preso. Pierre Laval, en cambio, no tuvo esa suerte y fue fusilado en 1945.

Cabe mencionar, por último, que aunque la historia ha convertido a De Gaulle en el gran héroe francés y a Pétain en el cobarde vendido a los nazis, en realidad la cosa no fue del todo así. O, al menos, no lo pensaban así los franceses en esos tiempos. Pétain era considerado por muchos —incluso por muchos de izquierdas— como el que había permitido a Francia cierta independencia y autogobierno —al menos durante dos años—, enfrentándose a Hitler para ello. De hecho, después de la guerra, muchos franceses pensaban que ambos, De Gaulle y Pétain, habían contribuido a la supervivencia de Francia, aunque de dos maneras distintas. Además hay que tener en cuenta que el pensamiento político de Charles de Gaulle no se diferenciaba mucho del del mariscal: ambos eran monárquicos, católicos y de derechas. Incluso se sabe que habían sido amigos; tanto que Pétain fue el padrino de Philippe de Gaulle, el hijo de Charles de Gaulle.

Además, ambos personajes estuvieron relacionados con los tejemanejes de nuestro protagonista, Pierre Plantard, que, como hemos comentado, en diciembre de 1940, solo unos meses después de la conquista alemana, escribió a Pétain pidiéndole ayuda ante la supuesta existencia de una conspiración judeomasónica. Unos meses después, en febrero de 1941, fue investigado por el gobierno de Vichy por esa dichosa carta. Tenía entonces solo veintiún años.

## CAPÍTULO 22

### Vaincre

Estas organizaciones que Plantard había creado antes de la guerra fueron la antesala y el campo de prácticas para un proyecto más ambicioso, aunque al parecer existía también desde 1937: la Orden Alpha-Galates (Alfa Gálatas), a su vez antecesor del futuro Priorato de Sion. Como vemos, a este señor le chiflaba crear sociedades secretas.

El nombre, Alpha-Galates, se refiere a los primeros gálatas, aquellos a los que san Pablo dedicó una de sus epístolas que aparece en el Nuevo Testamento. Se trataba de un pueblo de origen galo que se estableció en Asia Menor, en una región central de Anatolia de nombre Galacia. Es curioso este nombre, ya que estos gálatas habían sido evangelizados, según dice esta epístola, por el propio Pablo durante su segundo viaje misionero (hacia el año 50 d. C.), pero más tarde habían sido perturbadas por otros predicadores cristianos procedentes de Jerusalén que se consideraban respaldados por Santiago, el «hermano del Señor» (Gálatas 1, 19), uno de los pilares del incipiente cristianismo, junto a Pedro y Juan (Gálatas 2, 9). En definitiva, los gálatas no reconocían el apostolado de Pablo y además defendían el apego a la tradición y a la ley judía, exigiendo que los nuevos fieles convertidos tenían que seguirlas. Es decir, no consideraban el cristianismo como un nuevo credo, sino como una evolución del judaísmo. Pablo, en cambio, consideraba que el Nazareno había iniciado un camino nuevo alejado del judaísmo tradicional: era la ley de Cristo contra la ley judía.

Los estatutos de la sociedad Alpha-Galates aparecieron en su propia publicación, un boletín con el título de *Vaincre* (Vencer): un folleto gratuito de pocas páginas, de extrema derecha, que dirigía —y redactaba en gran parte— Pierre de France, como firmaba en aquel entonces Plantard, supuesto gobernador general de la Orden de los Alpha-Galates. Tenía su sede en el número 10 de la Rue Labouteux del distrito 17 de París; nada más y nada menos que... ¡el domicilio de Plantard!

Se publicaron seis números de *Vaincre* entre septiembre de 1942 y febrero de 1943 —ya en plena ocupación alemana—. Uno cada mes. Y con unas tiradas que pasaron de mil cuatrocientos a cuatro mil quinientos ejemplares.

Esos estatutos, publicados en septiembre de 1942, están fechados el 27 de diciembre de 1937, algo que para nada quiere decir que sean realmente de esa época,

ya que hasta 1942 no se sabe nada de esta sociedad. Lo cierto es que oficialmente fue registrada en septiembre de 1944, tras la liberación, pero no en 1937 ni anteriormente. Recordemos en este punto que desde el 1 de junio de 1901 todas las asociaciones y sociedades —incluso las «secretas»— estaban obligadas a registrarse públicamente. Esto dice la ley:

*Toda asociación que desee conseguir personalidad jurídica en virtud del artículo 6 se hará pública por el cuidado de sus fundadores. La declaración se realizará previamente en la prefectura o la subprefectura de la región donde la asociación tenga su sede. Se incluirá el nombre y el propósito de la asociación, la sede de las instituciones y los nombres, direcciones y ocupaciones y nacionalidades de los que, de algún modo, son los responsables de su administración. Una copia de los estatutos se adjuntará a la declaración<sup>[1]</sup>...*

Esta ley tendrá importancia en la historia posterior, cuando en 1956 Plantard vuelva a registrar una nueva asociación, el Priorato de Sion...

Se trataba, pues, de una organización que pretendía un renacer nacional espiritual y religioso de Francia, uno de tantos de esos movimientos que surgieron en aquella época, y era la clara continuación de las intentonas anteriores de Plantard, como *Rénovation Nationale Française*. Querían rescatar a Francia y situarla «donde realmente le pertenece, al servicio de “su verdadera misión”», y para ello tenían que «erradicar de su alma los elementos patógenos, los falsos dogmas tales como el secularismo, el ateísmo, y los principios corrompidos de la vieja democracia judeo-francmasónica. De este modo, nuestra orden servirá como un laboratorio para una nueva patria ardiente, orgullosa y respetada, exactamente como la queremos construir. Queridos amigos, tal es nuestro propósito. Alpha-Galates os espera<sup>[2]</sup>». Esto aparece como declaración de intenciones en el primer número de *Vaincre*, del 21 de septiembre de 1942, y está firmado por Plantard.

Como vemos, esta sociedad, como muchas otras de su época, denunciaba el internacionalismo judeomasónico al que tanto temían las derechas reaccionarias. En los propios estatutos se dice: «La orden está rigurosamente cerrada a los judíos y a cualquier miembro reconocido como perteneciente a la orden judeo-masónica<sup>[3]</sup>». Curioso todo esto si ponemos la historia en perspectiva: años después, en la época del Priorato de Sion, afirmarán ser los custodios del linaje de la tribu de Benjamín —judía—, y habrá muchas, muchas relaciones con individuos reconocidos dentro del mundo de los masones. Pero además, el propio nombre de la organización, Alpha-Galates, recuerda a aquellos cristianos que apelaban al cumplimiento de la ley judía. ¿A qué juega Plantard? Pues, a mi entender, ni más ni menos que a arrimarse al mejor árbol para tener la mejor sombra. En esa época, afirmar que se era antimasón y



antisemita era un pase vip para cualquier círculo reaccionario que se precie, además de un salvoconducto político en esos tiempos oscuros de la Francia de Vichy, en la que masones y judíos eran perseguidos.

Por eso no es justo decir, como algunos han insinuado, que Plantard era un nazi. En realidad era un nostálgico nacionalista francés de ultraderecha, con tendencias megalómanas y grandes proyectos que solamente podía realizar si se apegaba al poder imperante de aquel momento, Pétain, que comulgaba bastante con su credo particular. Antisemita era, claro, pero en aquella época, lamentablemente, no dejaba de estar muy extendido. De hecho, su principal problema lo tenía con los masones. Y por supuesto, como francés nacionalista que era, estaba en contra de la ocupación alemana, aunque considerase a los alemanes aliados ideológicos. En definitiva, era un facha pero no un nazi.

*Vaincre*, en definitiva, estaba al servicio de Pétain. Curioso, porque años después diría Plantard que era un periódico de la Resistencia —diría, incluso, que contenía mensajes e instrucciones cifradas—, que, curiosamente, también editaba un folletín llamado *Vaincre*.

Los estatutos de la Orden Alpha-Galates muestran también cómo era la estructura de la supuesta organización: nueve grados, desde el Hermano, el más bajo, al más alto, Su Druídica Majestad; y dos secciones, la Legión y la Falange. El papel de la primera se desconoce, pero la segunda se dedicaba, supuestamente, a la investigación filosófica y a la instrucción de los futuros «caballeros». Por otro lado, se organizaba a nivel nacional, pretenciosamente, en arcos y provincias —como posteriormente haría el Priorato de Sion.

Alpha-Galates fue fundada, según se argumentaba en *Vaincre* —por Plantard—, por un tal conde de Moncharville y Georges Monti tras la fecha clave del 6 de febrero de 1934<sup>[4]</sup>. El segundo, Monti, sería gran maestro de la Orden hasta su muerte, en 1936. Le sustituye el conde de Moncharville, quien a su vez fue sustituido en septiembre de 1942 —justo cuando aparece por primera vez *Vaincre* y cuando se hace pública la sociedad y sus estatutos— por Pierre Plantard, según relata en la propia revista un tal Louis le Fur (en el número 4, del 21 de diciembre de 1942, meses antes de morir...). ¿Quiénes son todos estos? Vamos a verlo.

El conde era Maurice Moncharville, un profesor de Derecho que durante años vivió en el Lejano Oriente francés, en la Indochina. Poco más se conoce de su vida, aunque su nombre aparece firmando varios artículos de *Vaincre* —lo cual no quiere decir que lo hiciese en realidad...—. Georges Monti fue, según el propio Plantard, su mentor. De hecho, afirmaba que cuando solo tenía catorce años (1934) le fue presentado por un amigo de su familia, Camille Savoie —un destacado físico y filósofo masón que (se dice) también perteneció a la Orden Alpha-Galates—. Monti estuvo íntimamente relacionado con el mundo del ocultismo de principios de siglo. Nació en Toulouse en 1880 y fue secretario de un conocido esoterista, Joséphin Péladan. Llegaría a relacionarse con nombres tan importantes de este mundillo como

Gérard Encausse (Papus) o el británico Aleister Crowley —quien dirigió la Ordo Templi Orientis (OTO) en las décadas de los veinte y los treinta—, del que fue su representante en Francia. Fallecería en París en octubre de 1936, justo unos días después de que la Gran Logia de Francia lo acusara de impostor y de espía. Plantard, según dijo, fue iniciado por Monti, pero tuvo que serlo —dada su muerte en 1936— cuando tenía solo dieciséis años, lo que resulta raro y desconcertante...

El tercero, Louis le Fur, es un personaje de lo más normal, aparentemente. Nacido en 1870, fue un reconocido jurista francés que dio clases de Derecho en la Universidad de París. Además escribió varios libros y llegó a ser nombrado por Pétain miembro del Comité del Instituto de Estudios Corporativos. Fue un destacado apologista de la unidad europea como solución a los males del continente; y, por supuesto, fue pro-Pétain. Fallecería en 1943, un año clave, como veremos a continuación.

En realidad todo esto parece una artimaña de Plantard para disimular que la Orden había sido realmente creada por él. Eso explicaría que con solo catorce años hubiese conocido a Monti o que con solo veintiuno fuese gran maestro de aquella. Algunos, confiados, consideran que es al revés: que fue elegido por estas eminencias como el líder de un movimiento juvenil que levantaría una nueva Francia. La pregunta es: ¿por qué? ¿Por qué elegir a un muchacho de clase media sin demasiadas relaciones, o ningunas, con elementos poderosos, para eso? ¿Cómo lo conocían?

Plantard creó la Orden Alpha-Galates en 1942, justo el año en el que afirmaba haber sido nombrado gran maestro, después de que el conde de Moncharville le ceda el cargo. Y se inventó un pasado de alta alcurnia, contando además con que los tres (Monti, Moncharville y Le Fur) habían muerto hacia 1943. Como veremos, este tipo de invenciones y estratagemas y esta afición por vincularse a nombres con los que probablemente nunca se relacionó será una constante en esta trama.

Claro, queda una pregunta: ¿Cómo conoció a esta gente? Pues tan sencillo como que Monti era conocido en los ambientes ocultistas de París, donde se movía Plantard, y que Le Fur era profesor de la Universidad de Derecho, donde se dice que estudió nuestro protagonista en 1939.

Por otro lado, ¿cómo es que Camille Savoie, conocido masón, estaba en la Orden si esta prohibía expresamente la entrada a los masones? La respuesta parece estar en el tipo de masonería que Savoie practicaba, el Rito Escocés Rectificado, que, como veremos, tiene mucho que ver en esta trama. Y es que la masonería francesa no era para nada un cuerpo homogéneo, sino que albergaba varias formas opuestas: la rama más fuerte era el Gran Oriente de Francia —la que fue objeto del ataque de Vichy—, pero también estaban la Gran Logia de Francia y la Gran Logia Nacional Francesa. Durante la ocupación, surge la Gran Logia de Rito Rectificado, que representa a este rito heterodoxo relacionado con la conocida Estricta Observancia Templaria fundado por el barón Karl Gotthelf von Hund. (De esta rama hablaremos luego, pues tiene mucho que ver con el posterior Priorato de Sion). Es posible, resumiendo, que la

Orden no aceptase a un tipo de masones —los ateos del Gran Oriente—, pero sí a estos. Aunque en realidad parece que Plantard, con esa norma de los estatutos que prohibía el acceso a masones y judíos, simplemente se dejaba llevar por el *zeitgeist* del momento. En aquellos tiempos, desafortunadamente, ser antisemita aún no estaba tan mal visto —el Holocausto aún no había tenido lugar— y, además, tenía que congratularse con el Gobierno de Vichy...

Además, en *Vaincre* se menciona a otros personajes relacionados con la Orden, algunos con biografías sumamente interesantes. Por ejemplo, aunque no se dice expresamente que sea miembro, se menciona varias veces la obra de Paul le Cour (1871-1954), un conocido astrólogo y esoterista francés que, aparte de defender la existencia de la mítica Atlántida, también proponía un renacer en Francia bajo una nueva Orden de Caballería tradicional, nacional y cristiana que lideraría a su pueblo. En su obra de 1937 *L'Ère du Verseau* (La era de Acuario) afirma que estamos en la etapa final de un ciclo astronómico y que vamos a entrar en uno nuevo: el sol está pasando del signo zodiacal Piscis a Acuario, y esto conllevará cambios radicales en la evolución de la civilización, sobre todo en el ámbito religioso. Se convirtió en un libro fundacional de lo que se conoce como New Age o Nueva Era. Curioso que se le mencione y se le dé tanta importancia en *Vaincre*. Plantard debió estar influido por estas ideas milenaristas, como demuestra su especial interés por estos temas y, especialmente, por el zodiaco.

Otro de los «supuestos» colaboradores fue Robert Amadou (1924-2006), un conocido escritor de temas esotéricos y masónicos muy relacionado con la Orden Martinista, una sociedad esotérica fundada en 1890 por Papus (Gérard Encausse), pero inspirada en las doctrinas de Martines de Pasqually y Louis-Claude de Saint-Martin, de quien toma el nombre. Pertenecía al Rito Escocés Rectificado.

Se menciona también a Hans-Adolf von Moltke (1884-1943), al que describen como «maestro de nuestra orden» y quien apoya a Plantard, tal y como comenta Paul le Cour en el número de enero de 1943 de *Vaincre*: «Tengo el placer de anunciar, antes de partir hacia España, que nuestra orden ha encontrado por fin un jefe que merece serlo en la persona de Pierre de France<sup>[5]</sup>...». Este señor fue embajador alemán en Polonia desde 1931 —antes de que los nazis subiesen al poder en Alemania— hasta la invasión en 1939. Después fue nombrado embajador en la España de Franco. Fallecería en Madrid, de apendicitis, en 1943. Pero este señor guarda especial relación con una historia sorprendente. Helmuth James von Moltke (1907-1945), su primo, fue uno de los fundadores del Círculo de Kreisau, un extraño movimiento de resistencia dentro de Alemania que tenía también contacto con la resistencia militar y que pretendía acabar con Hitler desde dentro. Fue detenido en enero de 1944, pero muchos de los miembros del grupo se unieron a otros focos de resistencia, como el de Claus von Stauffenberg (1907-1944), que el 20 de julio de 1944 intentó matar a Hitler con una bomba..., sin éxito, como sabemos. Después del malogrado atentado, muchos miembros del Círculo fueron detenidos y algunos de

ellos ejecutados, como Von Moltke.

Curiosamente, entre los principios de este Círculo de Kreisau estaba la idea de crear una Europa Federal unida para acabar de una vez por todas con las guerras intestinas. Curiosamente, esta era una de las aspiraciones de Alpha-Galates y, posteriormente, del Priorato de Sion: los États-Unis d'Occident (Estados Unidos de Occidente), como rezaba aquella famosa ilustración, que apareció en *Vaincre*, de un caballero a lomos de su montura con una bandera —en la que se ha representado el que será el logo del Priorato de Sion...— hacia un sol que se levanta por el signo de Acuario —otra referencia a la New Age—, con el año 1946 grabado —el camino comienza en 1937, por cierto—. La idea de unos Estados Unidos de Europa aparecería reiteradamente en *Vaincre*.

### ***Tras Vaincre***

Sea como fuere, el sexto y último número de *Vaincre* fue el de febrero de 1943. No sabemos muy bien por qué. En aquella época, Alemania ya había tomado el control total sobre Francia: quizá sus actividades no estaban tan cubiertas y protegidas como lo estaban con Vichy. En *El legado mesiánico*, Baigent, Leigh y Lincoln se hacen eco de un papelajo que les entrega Plantard y que estaba escrito por un tal Poirier Murat, un exoficial galardonado de la Resistencia. Decía conocer a Plantard desde 1941, y «afirmaba que el señor Plantard había dirigido una revista de la Resistencia llamada *Vaincre*, entre 1941 y 1943. Y añadía que [...] había sido internado por la Gestapo en la prisión de Fresnes, donde permaneció desde octubre de 1943 hasta febrero de 1944<sup>[6]</sup>». Es más, en 1989 dijo que «había sido encarcelado por ayudar a los judíos a obtener papeles falsificados y que fue liberado gracias a la intervención del conde Helmuth James von Moltke<sup>[7]</sup>». El colmo del cinismo y de la contradicción... No hemos encontrado evidencia documental de ese supuesto arresto. Eso sí, se descubrió que había sido la empresa del tal Poirier Murat la que había impreso las seis publicaciones de *Vaincre* y, por supuesto, que para nada estaba relacionada con la Resistencia, como hemos visto.

Además, Pierre Plantard les dijo a Baigent, Leigh y Lincoln que entre el último número de *Vaincre* y su entrada en prisión había sido iniciado en el Priorato de Sion, el 10 de julio de 1943. Y no solo eso; en la carta de dimisión que presentó en 1984, en la que renunciaba al cargo de gran maestro del Priorato de Sion, Plantard mencionaba esto mismo, afirmando además que había sido iniciado por un personaje interesante, el abad François Ducaud-Bourget (1897-1984), capellán de la Orden de Malta (sociedad heredera de los hospitalarios del Medievo) entre 1947 y 1961, así como miembro activo de la Resistencia, motivo por el que fue condecorado. Pero también era un favorito de Pétain y un monárquico fundamentalista. Esto, como hemos dicho, lo dijo *a posteriori*, y se trata de una justificación de su megalómana

idea. El Priorato no existía en esa época, ya que lo fundó él mismo trece años después. Se trata de otra de sus oscuras maniobras para legitimar sus invenciones.

El 13 de febrero de 1945 la policía emite un informe referido a la solicitud de registro de la Orden Alpha-Galates. En él se dice que era una organización de asistencia a los «jóvenes que han sufrido la opresión alemana (trabajos forzados, deportación, encarcelamiento<sup>[8]</sup>)», mediante cursos, estudios y convivencias. Había sido registrada el 5 de septiembre de 1944, ajustándose a la famosa ley de asociaciones de 1901 que antes comentábamos. El domicilio social es de nuevo la casa de Plantard, que aparece como presidente. Pero lo más importante es que no menciona que hubiese sido encarcelado ni que tuviese antecedentes penales, aunque sí se le vuelve a tachar de iluminado: «Plantard parece ser un extraño joven que se ha salido de los raíles, y que parece creer que él y solo él es capaz de proporcionar a los jóvenes franceses un liderazgo efectivo<sup>[9]</sup>».

Ese mismo año, en diciembre, se casó con Anne-Léa Hisler (1930-1971), con la que vivió hasta 1971 (fecha de su muerte), a pesar de que Plantard diría que se habían divorciado en 1956. El rastro de Pierre Plantard parece diluirse durante los siguientes años, algo que misteriosamente pasará varias veces. Al parecer se fue a vivir a Suiza, cerca del lago Léman, en 1947, según mencionan algunos<sup>[10]</sup>. En 1951, según otro informe policial de 1954<sup>[11]</sup>, regresaron a Francia y se establecieron en Annemasse, una comunidad de la Haute-Savoie a escasos kilómetros de la frontera suiza, donde, al parecer, ejerció como delineante.

Por esta época estuvo relacionado, supuestamente, con un turbio asunto que tuvo que ver con unas operaciones financieras sospechosas, por las que fue de nuevo a prisión —si es que había ido anteriormente, algo que, como suele ser normal en este personaje, no está del todo claro—. En diciembre de 1984, Baigent, Leigh y Lincoln, como narran en *El legado mesiánico*, recibieron un legajo de una página que pretendía ser el anuncio de un libro de un tal Jean-Luc Chaumeil —esbirro de Plantard durante un tiempo hasta que se pelearon—, de próxima publicación, en el que iba a desenmascarar a Plantard y al Priorato de Sion. De ello hablaremos más tarde; por ahora, quedémonos con un fragmento de ese relato que tiene relación con este momento de la trama. Se dice en él que «en 1952, Pierre Plantard efectuó ilícitamente la transferencia de Francia a Suiza (a la Union de Banques Suisses) de lingotes de oro por valor de más de cien millones [de francos]<sup>[12]</sup>» y que «tuvo que comparecer ante el Tribunal Correccional por fraude<sup>[13]</sup>». Además, dice que esto no salió a la luz gracias a que Plantard era, a principios de 1958, «un agente secreto de De Gaulle, y se hizo cargo del secretariado de los Comités de Seguridad Pública<sup>[14]</sup>».

Este legajo —que no se ha demostrado que sea cosa de Chaumeil— en realidad lo que pretende es relacionar a Plantard con el tema de la reinstauración en el poder del general Charles de Gaulle, de lo que hablaremos a continuación, con lo que a su vez estarían relacionadas esas enormes transferencias de oro. Eso mismo les diría a los

autores de *El enigma sagrado* cuando se entrevistaron con él en los ochenta. De hecho, en esta obra se menciona una carta del alcalde de Annemasse, que aparece en el archivo del Priorato de Sion de subprefectura de Saint-Julien, con fecha del 6 de junio de 1956, en la que se declara que fue condenado a seis meses de prisión por malversación de fondos. Pero nada más.

Sea como fuere, en este punto de la historia, la mira de Plantard apunta hacia otro objetivo: como hemos mencionado, pretenderá haber sido una cabeza importante de un complot político-militar que quería devolver el poder al general De Gaulle, algo que efectivamente logró en 1958. En realidad, creemos que se trata de otra hábil manipulación de nuestro protagonista, que pretendió erigirse *a posteriori* en una *éminence grise* de alta categoría.

Lamentablemente, las pruebas, como siempre, las aportó él mismo.



## CAPÍTULO 23

### **De Gaulle**

Charles-André-Joseph-Marie de Gaulle, nacido un 22 de noviembre de 1890, fue — como hemos comentado— el líder heroico de la Resistencia francesa que, tras la liberación de París y de Francia, en agosto de 1944, fue nombrado presidente provisional de la República francesa, cargo que ostentó hasta el 20 de enero de 1946. En noviembre de ese año se aprobó una nueva Constitución, inaugurándose lo que se conoce como Cuarta República francesa. Se aprobaba un modelo similar al de la Tercera República, con un presidente con poco poder político y un primer ministro supeditado al Parlamento. De Gaulle no estaba de acuerdo con ese sistema y quería que se concentrase mayor poder en el presidente y se les restase al Parlamento y los partidos políticos, quienes habían hecho fracasar, a su entender, el régimen anterior a la guerra por culpa de gobiernos inestables y poco duraderos.



48. De Gaulle.

De hecho, esto es lo que pasó de nuevo: hasta 1958, cuando regresó, hubo más de veinticuatro gobiernos y diecisiete primeros ministros.

En 1947 fundó su propio partido, el Rassemblement du Peuple Français (Agrupación del Pueblo Francés, [RPF]). Pero fracasó y en 1952 De Gaulle decidió retirarse del circo político, con gran dolor para las fuerzas armadas y sus admiradores, que lo reclamaban, más aún teniendo en cuenta los gobiernos caóticos de la Cuarta República que se habían ido sucediendo. En realidad, esperaba su momento, que finalmente llegó...

En mayo de 1954 Francia perdía Indochina. Pero este fue solo el primer golpe: unos meses después, los nacionalistas de Argelia comenzaron a rebelarse e iniciaron una revuelta. Francia, empeñada en no perder esta querida provincia, mandó a miles

de militares para evitarlo. La contienda se prolongó durante ocho años, y afectó enormemente a la estabilidad de la propia metrópoli. En Argelia aparecieron varios movimientos creados y financiados por miembros importantes del Ejército —entre los que estaba el Organisation de l'Armée Secrète (OAS), un grupo terrorista radical, y los Comités de Salut Public (Comités de Seguridad Pública o Comités de Salud Pública, según las traducciones), a imagen de los creados durante la Revolución francesa— que querían impedir a toda costa la independencia de Argelia y que empezaron a presionar para que De Gaulle asumiera el gobierno, aunque fuese mediante un golpe de Estado. Al parecer surgieron también comités en la propia Francia, donde fueron apoyados por el Partido Republicano Social, en el que estaba Michel Debré (1912-1996), ministro de Justicia posteriormente con De Gaulle y primer ministro entre 1959 y 1962.

La cosa se puso chungu en abril de 1958, cuando el Gobierno francés se planteó acabar de una vez por todas con el enquistado conflicto y concederles la independencia a los argelinos. El 13 de mayo, los Comités de Salud Pública dieron un golpe de Estado en Argel y formaron su propio gobierno. Además, apelaron a que De Gaulle cogiese las riendas del país. Los comités metropolitanos también empezaron a actuar, movilizando a la población, que ya pedía a gritos el regreso de De Gaulle.

Finalmente, el 28 de mayo dimitió el gobierno de Pierre Pflimlin (1907-2000), tras unas cuantas semanas en el poder. El día siguiente, 29 de mayo de 1958, Charles de Gaulle se presentó en París, aclamado por multitudes, aceptó la Presidencia y formó gobierno. Además, puso a su equipo a trabajar en una nueva constitución que sería aprobada por referéndum el 28 de septiembre de ese mismo año. Se iniciaba así la Quinta República francesa.

En esa Constitución se otorgaba mucho más poder al presidente, que asumía el poder ejecutivo. Pero además, la elección de este se haría mediante un colegio de aproximadamente ochenta mil grandes electores: diputados, senadores, consejeros generales, alcaldes y delegados de los consejos municipales. En realidad, este sistema solo se usó una vez, el 10 de diciembre de 1958, para elegir a De Gaulle; en 1962 se cambió de nuevo y desde entonces es elegido directamente por el pueblo por sufragio universal. Se usó por primera vez en 1965 y volvió a vencer De Gaulle —frente al conocido François Mitterrand.

A todo esto, Argelia consiguió finalmente la independencia en julio de 1962. Esto fue considerado como una traición por los militares que lo encumbraron en el poder y por los franceses argelinos emigrados al sur de Francia, que desde entonces lo vieron como su principal enemigo. Francia dejaba atrás su pasado colonial y se centraba en la construcción europea: el 22 de enero de 1963 De Gaulle y el presidente alemán, Konrad Adenauer (1876-1967), firman el Tratado del Elíseo, mediante el que ambos países se reconcilian y marcan el primer paso hacia el Mercado Común Europeo.

La famosa revuelta conocida como Mayo del 68 marcará el punto final de la

actividad política de De Gaulle, que dimite en 1969. Solo un año después, el 9 de noviembre de 1970, murió de un aneurisma.

## Way

Regresemos a la trama. En 1964 Anne-Léa Hisler, la mujer de Plantard, escribe, supuestamente, un folleto que se depositó en la Biblioteca Nacional de París en el que afirmaba lo siguiente: «Bajo la autoridad del mariscal Alphonse Juin, la sede del Secretariado General de los Comités de Salud Pública en la Francia metropolitana se encontraba en Aulnay-sous-Bois [un suburbio de París]. Este comité estaba dirigido por Michel Debré, Pierre Plantard, conocido por el nombre de Way, y André Malraux<sup>[1]</sup>». Cita también una supuesta carta que el general De Gaulle mandó a nuestro protagonista el 3 de agosto de 1958, un mes después de su regreso al poder:

*Mi querido Plantard:*

*En mi carta del 29 de julio de 1958 le decía lo mucho que apreciaba la participación de los Comités de Salud Pública en la labor de renovación que he emprendido. Ahora que las nuevas instituciones han sido establecidas y permitirán que nuestro país descubra su legítima condición, creo que los miembros de los Comités de Salud Pública pueden considerarse liberados de las obligaciones que hasta ahora han asumido, y pueden desmovilizarse<sup>[2]</sup>.*

Se dicen aquí varias cosas importantes: Pierre Plantard estaría al frente del Comité de Salud Pública de París junto a dos personalidades como Michel Debré (1912-1996) y André Malraux (1901-1976). Debré fue colaborador de De Gaulle, así como ministro de Justicia (1958-1959), primer ministro (1959-1965), ministro de Economía (1966-1968) y ministro de Asuntos Exteriores (1968-1969), y bajo su sucesor, Georges Pompidou (1911-1974), ministro de Defensa (1969-1973). Malraux fue ministro de Cultura con De Gaulle desde 1958 hasta 1969, además de novelista, aventurero y héroe de la Resistencia. Es decir, Plantard se colocó entre los favoritos del presidente. Más aún, pues en la carta se asegura que solo dos meses después de su regreso a París y de retomar el poder, el 29 de julio de 1968, el general De Gaulle... ¡le escribió a Plantard! Pero además se dice que el jefe era el mariscal Alphonse Juin (1888-1967), un conocidísimo militar íntimamente relacionado con el general — tanto que el día de la liberación de París entraron juntos en la ciudad y, de hecho, hubo también quien lo propuso como presidente, en caso de que De Gaulle no aceptase—, que, precisamente, estaba retirado de la actividad desde 1956.

Pero pongámonos en perspectiva: esto se dice en una carta depositada por su mujer, Anne-Léa Hisler, en 1964 en la Biblioteca Nacional. Obviamente esas cartas de De Gaulle nunca se han visto. Todo parece un fraude.

Pero Baigent, Lincoln y Leigh, investigando esto, reciben una curiosa información de parte del director de Instituto Charles de Gaulle, al que habían preguntado por Plantard o por el tal Way. Resulta que en la edición del 18 de mayo de 1958 —dos semanas antes de que el general tomase el poder—, el diario *Le Monde* publicaba un artículo titulado «¿Un Comité de Salud Pública clandestino en París?», en el que se decía lo siguiente: «La agencia norteamericana United Press ha difundido el texto de un llamamiento proveniente de un Comité de Salud Pública de la región de París en apoyo al general De Gaulle [...] El llamamiento no llevaba ni dirección ni firma<sup>[3]</sup>».

El 6 de junio de 1958 —es decir, una semana después de que De Gaulle recuperase el poder— aparece otro artículo en *Le Monde* titulado «¿Cuántos Comités de Salud Pública hay en Francia?». En él se incluye un comunicado del supuesto Comité de París que lleva la firma de un tal capitán Way. Y tres días después, el 9 de junio, aparece un tercer artículo en el mismo periódico que se titula «Hay Comités de Salud Pública bien establecidos en París, en la región de París y en los catorce departamentos». En él hay un nuevo comunicado del capitán Way, que citaba el primer artículo, el del 18 de mayo, y que menciona una carta del 29 de mayo, dirigida a De Gaulle y firmada por Plantard, en la que afirma someterse a las directrices del general.

Finalmente, el 29 de julio de 1958 —el día de la supuesta carta de De Gaulle a Plantard que mencionaba su esposa en el panfleto de 1964— aparece un cuarto artículo en *Le Monde* en el que se anuncia la disolución del Comité de Salud Pública de París mediante otro comunicado firmado por el capitán Way, del que además se dice: «El “capitán Way”, signatario de este comunicado, ya ha publicado, durante el mes de mayo, varios llamamientos y declaraciones en nombre del Comité Central de Salud Pública de París. Tal como hemos indicado, se trata del señor Pierre Plantard, quien, junto con ciertos amigos, tomó la iniciativa de crear este comité<sup>[4]</sup>».

Visto así, parece que efectivamente Pierre Plantard, alias capitán Way, había estado metido en todo este tema del Comité de Salud Pública de París. Pero hay una cosa curiosa: el primer artículo de *Le Monde*, el del 18 de mayo, no está firmado. Los tres siguientes, el del 6 y 9 de junio y el del 29 de julio, se producen una vez que De Gaulle ya está en el poder, y en estos sí se menciona a Plantard-Way como firmante de los comunicados y creador del Comité.

Dicho esto, nos preguntamos: ¿podría ser que los tres últimos artículos fuesen una invención de Plantard que, tras leer el primero, decidió, en uno de sus habituales alardes megalómanos, asociarse con tan digno movimiento? Lo sorprendente hubiese sido que hubiese alguna mención a Plantard-Way en el primer artículo, que se publicó antes del triunfal regreso de De Gaulle.

Es muy posible que esto sea así. Más aún si tenemos en cuenta algunas cosicas que todavía no hemos contado. Resulta que dos años antes, el 20 de julio de 1956, había registrado el Priorato de Sion, de lo que hablaremos a continuación, siguiendo

la ley de asociaciones de 1901. Además el seudónimo aquel de Way ya ha sido mencionado anteriormente. ¿Se acuerdan de aquella historia del castillo de Gisors donde un tal Roger Lhormoy dijo haber encontrado un tesoro en marzo de 1946, cuando hablábamos del libro *Los templarios están entre nosotros* de Gérard de Sède? Entonces comentábamos que, tras escribir un artículo en 1960, se puso en contacto con él Pierre Plantard, quien, desde entonces, le filtró un material tremendamente determinante para demostrar la tesis de aquel libro. También decíamos entonces que en 1962 el Ministerio de Cultura, dirigido precisamente por André Malraux —al que menciona Anne-Léa Hisler en su folleto de 1964 como jefe, junto a Plantard, del Comité Central de París en 1958—, había decidido excavar allí. Pues bien, De Sède se inclinaba por pensar que Malraux tenía pruebas de la existencia del tesoro, entre ellas un manuscrito latino del año 1500 que menciona la existencia de treinta cofres, y que «estas pruebas les habían sido remitidas por un personaje envuelto en las intrigas de mayo de 1958 que se hacía llamar el “capitán Way”, ya que se le podía llamar por teléfono en ese momento formando las siete letras WAY.PAIX<sup>[5]</sup>».

¡Toma ya! O sea, que en 1962, en el libro *Los templarios están entre nosotros* ya se asociaba a Plantard con el capitán Way y con los acontecimientos de 1958. Y estamos hablando de una obra en la que, como hemos demostrado, Plantard falsificó información descaradamente, aduciendo, además, que era información privilegiada que había obtenido de «determinadas sociedades», más concretamente de la Orden de Sion, que por primera vez menciona en esta obra y que en realidad había sido creada por él mismo seis años antes, en 1956.

Queda claro, pues, que aquel folleto de Anne-Léa Hisler —si es que fue ella quien lo escribió—, del que hablamos al principio de este capítulo, no era más que una falsificación tendenciosa dirigida a relacionar a Plantard con aquellos movimientos de 1958, como ya había hecho el libro de De Sède. Y poco dudamos de que aquellos tres artículos de *Le Monde* —los posteriores al nombramiento de De Gaulle— sirvieron para lo mismo.

Al fin y al cabo, en 1964 Pierre Plantard comenzó a depositar una serie de panfletos en la Biblioteca Nacional de París en los que se relaciona por primera vez con el misterio que nos ocupa, el enigma de Rennes-le-Château, y que tres años después desembocarán en otra obra de De Sède, *El oro de Rennes*.

Lo curioso es que ocho años antes de ese folleto de Anne-Léa Hisler, en 1956, Plantard registró públicamente una sociedad para cumplir con la dichosa ley de asociaciones de 1901: el Priorato de Sion...



## CAPÍTULO 24

### El Priorato de Sion

En el Boletín Oficial de la República Francesa del 20 de julio de 1956 (n.º 167, p. 6731), se menciona el registro legal de una sociedad llamada Priorato de Sion, presidida por Pierre Plantard y con domicilio en el Bâtiment B, Sous-Cassan, 74 100, Annemasse (Haute-Savoie).

El registro se había realizado ante la subprefectura de Saint-Julien-en-Genevois (también en la Haute-Savoie) el 25 de junio de 1956, ajustándose con la ley de asociaciones de 1901. El 7 de mayo de 1956 se había solicitado la autorización de esa sociedad con dos objetivos declarados: la constitución de una sociedad católica destinada a restituir la antigua caballería, y realizar estudios y proporcionar ayuda mutua entre los asociados.

Además, en la solicitud se acompañaban los supuestos estatutos de la sociedad, en los que se declaraba que la orden funcionaba con el subtítulo de Chevalerie d'Institutions et Règles Catholiques, d'Union Indépendante et Traditionaliste. La abreviatura de esta pomposa denominación era CIRCUIT, nombre, a su vez, de la revista que la sociedad pretendía editar como boletín interno.

En los estatutos se menciona la estructura de la Orden, notablemente parecida a la que tuvo la anterior sociedad fundada por Plantard, Alpha-Galates. Por un lado se dividía en dos grupos —la Legión, «encargada del apostolado», y la Falange, «custodia de la tradición»— y también en «729 provincias, 27 encomiendas y un Arco designado como “Kiria”. Cada una de las encomiendas, así como el Arco, debe estar constituido por cuarenta miembros, y cada provincia por trece miembros<sup>[1]</sup>». Pero además había una jerarquía de nueve grados, a saber:

- **a) En las 729 provincias:**
  - 1) *Novices*: 6561 miembros.
  - 2) *Croisés*: 2187 miembros.
- **b) En las 27 encomiendas:**
  - 3) *Preux*: 729 miembros.
  - 4) *Écuyers*: 243 miembros.

- 5) *Chevaliers*: 81 miembros.
- 6) *Commandeurs*: 27 miembros.
- **c) En el Arco Kyria:**
  - 7) *Connétables*: 9 miembros.
  - 8) *Sénéchaux*: 3 miembros.
  - 9) *Nautonnier*: 1 miembro<sup>[2]</sup>.

Lo que hace un total de 9841 miembros posibles...

Además se mencionaba a cuatro hombres, a efectos oficiales, que firmaban la solicitud de registro y que formaban parte de un consejo de veinte miembros: André Bonhomme (presidente), Jean Delaval (vicepresidente), Armand Defago (tesorero) y Pierre Plantard (secretario general). El primero era, según la solicitud entregada el 7 de mayo de 1956, un corresponsal de prensa; el segundo, un técnico de Annemasse; y el tercero, un delineante de Ginebra, como nuestro protagonista, que había adoptado el seudónimo de Chyren —un nombre bien curioso, tomado de las profecías de Nostradamus y que se refiere al Gran Monarca, descendiente de los merovingios, que en los últimos tiempos instaurará su reinado...— y que en aquella época era también delineante —aunque en la solicitud decía ser periodista.

Ninguno de los tres primeros tendrá más relación con la historia, aunque en 1996 André Bonhomme hizo unas declaraciones sorprendentes a los realizadores del documental *History of a Mystery*, de la BBC, emitido en septiembre de ese año: «El Priorato de Sion ya no existe. Jamás realizamos ningún tipo de actividad de naturaleza política. Solo éramos cuatro amigos que formaron una sociedad para divertirse. Nos pusimos el nombre de Priorato de Sion porque había una montaña cercana con el mismo nombre. No he visto a Pierre Plantard desde hace más de veinte años y no sé a qué se dedica en este momento, pero siempre ha tenido una imaginación desbordante. No entiendo por qué la gente ha armado tanto escándalo por una tontería<sup>[3]</sup>». Además, parece ser, en 1973 envió una carta a la subprefectura de Saint-Julien en la que declara que había dimitido como presidente de la asociación.

Pero ¿cuál era el objetivo del Priorato de Sion?

En la primera página de los estatutos entregados en la Saint-Julien el 7 de mayo se dice que el objetivo es «la constitución de una orden católica consagrada a recuperar, bajo una forma moderna pero conservando su carácter tradicional, la caballería antigua, que, a través de sus actos, fomente un ideal de elevada moral y constituya el elemento de mejora constante de las normas de la vida y de la personalidad humana<sup>[4]</sup>». Para ello publicará un boletín, *CIRCUIT*, y establecerá «un Priorato que sirva de centro de estudio, meditación, descanso y oración» en el monte de Sion. Como decía Bonhomme en 1996, se pusieron el nombre por esa montaña que estaba al lado de donde vivían, en Annemasse; más tarde, como veremos, se dirá sin embargo que el origen está en la abadía de Nôtre-Dame du Mont Sion, fundada en

Jerusalén por Godofredo de Bouillon durante la primera cruzada.

En el artículo 6 se menciona que «la asociación está abierta a todos los católicos mayores de veintiún años que reconozcan los fines y acepten las obligaciones previstas en los presentes estatutos<sup>[5]</sup>». Curiosa la diferencia entre esta cláusula y la que aparecía en los estatutos de Alpha-Galates, cuyo artículo 7 decía que «la Orden está rigurosamente cerrada a los judíos y a cualquier miembro reconocido como perteneciente a la orden judeo-masónica<sup>[6]</sup>». Sea como fuere, para ingresar en la orden —y esto es importante— hay que apoquinar, «estando fijada la cantidad en 500 francos» y luego, una vez se es admitido, «la cotización mensual es de 100 francos<sup>[7]</sup>», que también pueden ser abonados en cómodas cuotas trimestrales de 300 francos.

## **Circuit**

Como hemos comentado, el Priorato de Sion tenía una publicación llamada *CIRCUIT*, acrónimo de su nombre real, Chevalerie d'Institutions et Règles Catholiques, d'Union Indépendante et Traditionaliste. Los investigadores han encontrado dos series de dicho boletín, una de 1956 y otra de 1959. La primera serie perturba por su aparente y extraña temática. Parece una publicación de una asociación de vecinos: habla de casas de alquiler, protestas entre inquilinos y propietarios, construcción de pantanos, concursos para los niños de un bloque de casas, mezclado con anuncios de bolígrafos, listas de panaderos o las farmacias de guardia los domingos.

Pero, eso sí, hay una curiosa referencia relacionada con Plantard, un solitario artículo sobre un nuevo sistema zodiacal que contendría trece signos en vez de doce. En el apéndice de *Los templarios están entre nosotros* se habla de una sociedad llamada Ormus relacionada con el Priorato, y se dice: «Desde 1188, el número de miembros ha sido trece, el mismo que el de los signos del zodiaco. El maestro supremo, llamado Nautonnier<sup>[8]</sup>...». Este tema del decimotercer signo, Ofiuco<sup>[9]</sup>, será un *leit motiv* a lo largo de todas las intrigas de Plantard.

Pero aparte de esto, en aquella primera tirada de *CIRCUIT*, no hay ningún otro artículo con temática esotérica, histórica o política. Es de un mundanal que desconcierta, lo que ha provocado que algunos, leyendo imaginativamente entre líneas, hayan pensado que se trata de información codificada, posiblemente para los dichos Comités de Salud Pública metropolitanos durante la movida aquella de De Gaulle que comentábamos antes. Por desgracia esos comités se formaron después, y además, dudamos de que Plantard estuviese implicado realmente en aquel asunto.

Pero ¿qué tiene que ver todo aquel mejunje de quejas de vecinos y viviendas de alquiler subvencionadas con la supuesta orden de caballería moderna que decían ser?

La segunda serie, la de 1959 —tres años después— es otra cosa: en el primer

número, del 1 de julio de ese año, se indica que el director es Pierre Plantard. Pero, curiosamente, aquí no dice estar relacionada con el Priorato de Sion, sino que se declara órgano oficial de la *Fédération des Forces Françaises* (Federación de Fuerzas Francesas), de la que se aportaba un teléfono falso —o inventado, según se mire— y una dirección bien curiosa: el 116 de la Rue Pierre Jouhet, en Aulnay-sous-Bois, en la que no había nada relacionado con ninguna publicación, según afirman los autores de *El legado mesiánico*, que lo investigaron a principios de los ochenta. Lo curioso es que en el legajo aquel que dejó la mujer de Plantard, Anne-Léa Hisler, en 1964 en la Biblioteca Nacional, en el que le relacionaba con los Comités progauillistas y en el que mencionaba la supuesta carta del general en persona a Plantard, se dice que la sede del Comité Central de París estaba, precisamente, en Aulnay-sous-Bois, un suburbio de París. Además, en 1962, cuando De Sède fue a visitar a Plantard, tras una llamada telefónica de este en la que le invitaba a ir a verlo, dijo que se encontraba «a un cuarto de hora en coche de París<sup>[10]</sup>...».

Seguramente esa era la dirección de Plantard en aquella época, 1959, y seguiría siéndolo hasta, al menos, 1961, fecha en que fue a verle De Sède. Cabe plantearse si esta nueva sociedad —que no fue registrada siguiendo la dichosa ley de 1901, como sí lo había sido el Priorato— no era una intentona de hacer otra nueva organización. Es posible que esos tres años que pasan entre ambas series de *CIRCUIT* (1956-1959) se deban a que Plantard se mudó de Annemasse a Aulnay-sous-Bois, y perdió el contacto con sus antiguos colegas fundadores del Priorato. El hecho es que Plantard, en 1962, si no antes, vivía allí. El motivo de la mudanza, por desgracia, no lo sabemos.

De hecho, en el segundo número de *CIRCUIT* de 1959 se menciona que el señor Plantard ha recibido una carta de agradecimiento del general De Gaulle, fechada el 27 de junio de 1959 —un año después de la vuelta al poder de este—. Curioso. El legajo de Anne-Léa Hisler —recordemos, de 1964 y, por tanto, cinco años posterior a esta serie de *CIRCUIT*— hablaba de dos cartas enviadas por De Gaulle a Plantard, una del 29 de julio de 1958 y otra del 3 de agosto del mismo año.

Lo que para algunos —Lincoln y compañía, por ejemplo— es una clara prueba de que la *Fédération des Forces Françaises* es una continuación del aparato administrativo de los dichosos Comités de Salud Pública, para nosotros es una prueba más de una línea general que poco a poco va quedando clara: Plantard estaba manipulando la historia para que todo girase en torno a su persona. Recuerden lo que les comentábamos en el capítulo anterior sobre aquellas cartas que envió a *Le Monde* en las que decía ser un tal capitán Way, portavoz de uno de esos comités.

Sea como fuere, este nuevo *CIRCUIT* era bien distinto al anterior de 1956. Aunque, eso sí, guardaba mucha relación con *Vaincre*, la publicación (1942-1943) de Plantard, supuestamente boletín de la Orden Alpha-Galates. Al igual que aquella, *CIRCUIT* apelaba al patriotismo y hablaba de la necesaria Unión Europea. Hay que tener en cuenta que el 25 de marzo de 1957 —un año después de la primera serie de

*CIRCUIT*— se firman los tratados de Roma, en los que Alemania, Bélgica, Francia, Italia, Luxemburgo y los Países Bajos crearon la Comunidad Económica Europea (CEE). Lo que en 1942 era una aspiración de *Vaincre*, ahora era un hecho. Lo fácil sería establecer una relación causa-efecto, pero lo cierto es que aquel ideal europeo lo tenían muchos más en los años cuarenta, aparte del iluminado Plantard, y el hecho de que se consiguiese en 1957 no tiene nada que ver con él. Lo que sí es cierto es que la historia le dio la razón y, de nuevo, la aprovechó para su conveniencia.

Además había, como en *Vaincre*, artículos sobre esoterismo —unos firmados por Plantard (de nuevo con el seudónimo Chyren, con el que firmó los estatutos del Priorato), otros por su mujer, Anne-Léa Hisler—, entre los que destaca uno sobre Ofiuco, el decimotercer signo zodiacal del que hablábamos antes.

¿Saben qué es lo más curioso? Pues que hasta este momento (finales de los cincuenta, principios de los sesenta) el Priorato de Sion aún no tiene nada que ver con el tema de los merovingios, ni con los templarios, ni con Rennes-le-Château. En aquel entonces solo se trataba de un nuevo renacer de aquel rollo caballeresco, nacionalista y católico que surgió en 1942 —cuando Plantard tenía veintidós años— con *Vaincre/Alpha-Galates*, su primera invención importante. En aquella época, declarándose antisemita y antimasónico, se arrimó al mejor postor, la Vichy de Pétain. Sin duda, en aquella época, pensaba que Hitler iba a ganar la guerra, y había que llevarse bien con él por lo que pudiera pasar.

Catorce años después, en 1956 —cuando Plantard tenía treinta y seis años—, retoma aquello, aunque modificado, con el Priorato de Sion-CIRCUIT. Y, curiosamente, ya no se acerca a la extrema derecha reaccionaria próxima a Pétain. Ahora el mejor postor es el general De Gaulle y la nueva democracia de la Quinta República. Porque había que llevarse bien con él por lo que pudiera pasar.

Pero, insistimos, aún nada de merovingios ni de templarios.

## ***Templarios***

Estos últimos harán acto de presencia en la primera obra en la que el Priorato de Sion salió a la luz pública, *Los templarios están entre nosotros*, publicada en 1962 y escrita por Gérard de Sède. De ella hablamos al principio de esta obra, pero en este punto de la vida de Plantard es necesario retomarla y aclarar algunas cosas.

En aquella obra, recordemos, De Sède planteaba que la supuesta cámara subterránea que Roger Lhormoy había encontrado bajo el castillo de Gisors (marzo de 1946) contenía el mítico tesoro de la Orden del Temple, que antes de su detención, en 1307, fue puesto allí a buen recaudo. Cuando comentábamos la obra nos planteamos la posibilidad de que esta teoría templaria le hubiese llegado a De Sède gracias a Pierre Plantard, que se puso en contacto con él tras leer un artículo suyo sobre este tema publicado en el diario *Ici Paris* (1960). «Su reportaje está muy

logrado [...] Pero mucho me temo que, sin quererlo, haya metido las narices en un asunto al que no conviene darle publicidad. A veces hay, usted tiene que saberlo, coincidencias muy extrañas. Si quiere tener una idea, venga a verme; estos son mi nombre y dirección<sup>[11]</sup>». Efectivamente, se vieron, y en aquella ocasión Plantard le enseñó un plano que poseía y que coincidía con el que había hecho un delineante con Lhormoy: «Mire lo que poseo desde hace varios años: un plano. Siempre he buscado en vano el lugar al que podía referirse; y, sin embargo, le juro que ardía en deseos de saberlo, pues los documentos adjuntos a este plano aseguran que designa un lugar en el que fueron puestos a cubierto, en el siglo XIV, los más importantes secretos de la Orden del Temple. No les mostraré esos documentos dado que no estoy autorizado para ello. Pero mire este plano, creo que le interesará<sup>[12]</sup>». El plano de marras llevaba la *croix pattée* de los templarios.

Fue el comienzo de una efímera amistad. Y es que Plantard colaboró activamente en la obra de De Sède, ya que fue él quien le proporcionó las dos pruebas de cargo para demostrar, supuestamente, su teoría. Recordémoslas. En el libro se habla de un manuscrito de unas cien páginas, fechado en 1906, titulado *Notas sobre la historia de Gisors* y escrito por un tal Alejandro Bourdet. De este documento secreto hubo dos copias: una la tenía un vicario de Gisors, que arrancó desde la página 82 hasta la 91; la otra copia es la que llegará a los autores del libro, gracias a un tal abad Petit, vicario de la iglesia de la Santa Trinidad en París, «que tuvo a bien dejárnoslo conocer» y contenía las páginas arrancadas, precisamente las que hablan de «la existencia bajo el torreón de construcciones subterráneas<sup>[13]</sup>», algo clave para sustentar la relación con el hallazgo de Lhormoy. Pues bien, casi al final de la obra se deja claro que el que consiguió ese manuscrito «secreto» fue nuestro protagonista: «El señor Pierre Plantard encontró en Sceaux, en 1961, en la biblioteca de un eclesiástico (el abad Maurice Petit, vicario de la iglesia de la Santa Trinidad en París), un ejemplar completo del manuscrito Bourdet<sup>[14]</sup>». Y, sin duda, este fue el plano que le mostró Plantard a Gérard de Sède en su primer encuentro en 1961.

La otra prueba de cargo también parece proceder de Plantard: en 1938 el cura decano de Gisors, un tal M. Vaillant, escribió a un arquitecto parisino «al que le había sido confiado un paquete de antiguos archivos de la colegiata», pidiéndole que le devolviese «el documento latino del año 1500 de los treinta cofres de hierro de la iglesia de Gisors<sup>[15]</sup>». Esto lo usa De Sède para demostrar que aquello que mencionó Lhormoy sobre los treinta cofres que había en la cámara subterránea, bajo el castillo de Gisors, era cierto. En una típica maniobra de Plantard, aporta una fotocopia de esa supuesta carta, cuya veracidad había sido comprobada por el abad Adelina, cura decano de Gisors en ese momento, que ratificó su autenticidad. «He comparado la escritura de la fotocopia con la escritura de las actas redactadas por el canónigo Vaillant en 1938: es ciertamente la misma escritura y la misma firma; no hay ninguna duda posible<sup>[16]</sup>», decía este señor en la obra de De Sède. Como veremos más



adelante, cuando analicemos los *Dossiers Secrets*, esta maniobra de presentar un documento y legitimarlo con aportaciones de otras personas es un método recurrente.

Pierre Plantard es mencionado, además, en *Los templarios están entre nosotros* como asesor de Lhormoy durante las excavaciones que se hicieron en los sesenta<sup>[17]</sup> y como la persona que aportó las pruebas que convencieron a André Malraux, ministro de Cultura en aquel entonces (con De Gaulle), para iniciar nuevas excavaciones en Gisors. El dichoso capitán Way<sup>[18]</sup>.

Pero es que, además, en la obra aparece un apéndice escrito por Pierre Plantard, que se presenta a sí mismo como arqueólogo y hermeticista, en el que afirma, entre otras cosas, que Gisors es importante por ser el punto más al norte de un triángulo equilátero proyectado sobre Francia. Los otros dos vértices serían Montrevel-en-Bresse (cerca de la frontera suiza) y Jarnac, junto al Atlántico. Habla de alquimia, de Isis, de simbología, de astronomía, de arquitectura, y siempre con reiteradas referencias a «iniciados» y «determinadas sociedades».

También, por primera vez, menciona la abadía de Nôtre-Dame du Mont Sion de Jerusalén, de la que fueron llevados a Francia, según él, algunos monjes por Luis VII a su regreso de las cruzadas, instalándose en el priorato de Saint-Samson de Orléans, unos, o uniéndose a la Orden del Temple, otros. Cuenta además cómo, según «los archivos secretos, propiedad de determinadas sociedades, afirman que en 1188, “se taló el olmo” y que una de sus ramas, Ormus, que tiene por emblema una cruz roja y una rosa blanca, daría lugar a los rosacruces. En 1188 los miembros de Ormus se instalaron en Saint-Jean-le-Blanc, en el priorato del Monte Sion, bajo la protección del Priorato de Saint-Samson de Orléans<sup>[19]</sup>».

Está hablando del Priorato de Sion, del que adelanta datos que en 1962 aún no habían sido tratados en ninguna obra: menciona que los grandes maestros de la Orden, el *nautonnier*, «siempre ha adoptado el nombre de Juan. El primero adoptó el nombre de Juan II. En la actualidad, nos encontramos en el vigésimo primer reinado de Juan», y dice también que tras la caída del Temple, «el Arca, el barco del Nautonnier, se escondió en un lugar secreto, quizá Gisors<sup>[20]</sup>».

Por primera vez, pues, en esta obra, Plantard afirma que la Orden que había inscrito en el registro en junio de 1956 era en realidad la heredera de una mítica orden que tenía casi mil años.

Lo hizo, pues, en 1961 o 1962, cuando colaboró con De Sède en aquel libro. Veremos, dentro de un rato, cómo la historia antigua de este Priorato de Sion se complicará y se hará mucho más extensa y barroca con los años, especialmente con los dichosos legajos que fueron apareciendo posteriormente en la Biblioteca Nacional de París, los famosos *Dossiers Secrets*.

Todavía ni una palabra de merovingios —el momento aún no había llegado—, para lo cual utilizaría la historia de un pequeño cura rural que se hizo rico de la noche a la mañana...

## CAPÍTULO 25

### Rennes-le-Château

¿Cuándo entró en contacto con el tema central de este libro, el misterio de Rennes-le-Château? ¿Y cómo?

Sobre esto tenemos dos posibilidades sobre una base certera.

La base certera es que en 1965 ya conocía el tema.

Las posibilidades son las siguientes: o bien lo conocía antes, o bien después de la aparición del libro de Robert Charroux *Trésors du Monde enterrés, emmurés, engloutis* (abril de 1962), en cuyo capítulo XIX («Setenta y cinco tesoros en una abadía: ocho mil millones en una tumba») dedica unas páginas al tema de Rennes-le-Château, y tiene como principal fuente de referencia el relato que personalmente le transmitió Noël Corbu.

Lynn Picknett y Clive Prince, por ejemplo, dicen en su libro *La revelación de Sion* que «Pierre Plantard pasó bastante tiempo en la zona de Rennes a partir de 1959, unas veces solo y otras acompañado de Philippe de Chérissey, explorando el área y familiarizándose con los lugareños más destacados, como Noël Corbu y el abate Joseph Courtauly, que había conocido a Saunière<sup>[1]</sup>». También, sin aportar ninguna prueba, dicen que «llegó a los alrededores de Rennes-le-Château [...] cuando todavía estaba publicando la segunda versión de *CIRCUIT*<sup>[2]</sup>», lo que de nuevo nos lleva a 1959. Antoine Captier, esposo de Claire Corbu y nieto del campanero que encontró aquel pergamino en el balaustre que sustentaba el púlpito de la iglesia de Rennes-le-Château, afirma que «Según un documento de 1959, el señor Corbu ya estaba en contacto con el señor Plantard. No dijo por qué vino a Rennes-le-Château ni cómo conocía la historia<sup>[3]</sup>». El mismo Plantard diría en la obra *Le Triangle d'Or* (El triángulo de oro), de Jean-Luc Chaumeil, que la primera vez fue en 1938, con solo dieciocho años.

Nosotros hemos encontrado indicios sospechosos en el cambio que se produce entre la versión narrada por Noël Corbu en el libro de Charroux (1962) y lo que había contado seis años antes en los artículos para *La Dépêche du Midi* (1956). En su narración, Corbu afirmaba que poseía información privilegiada, pero que no podía afirmar quién se la había proporcionado: «No puedo revelar las fuentes de mi

información, pero puedo asegurar que se trataba del tesoro de la Corona de Francia: dieciocho millones en quinientas mil monedas de oro, joyas, objetos del culto, etc. El cura vuelve a Rennes, sin conocer con exactitud el lugar del escondrijo, pero con indicaciones precisas y suficientes<sup>[4]</sup>». ¿Qué fuentes son esas? Pero además, afirma Charroux que alguien «que sin duda mucho sabe» le había dicho que «el secreto del cura de los millones está al fondo de una tumba; solo se trata de saber en cuál<sup>[5]</sup>». Esto de la tumba parece una clara alusión a algo de lo que no se hablará hasta años después: la dichosa tumba de Arques que tanto se parece a la que pintó Nicolas Poussin en *Los pastores de la Arcadia*.

Pero es que hay una pista aún más clara de la presencia de Plantard en Rennes-le-Château, al menos en 1961-1962: en julio de 1962 se grabó el programa de radio sobre el misterio de Rennes-le-Château, en el que Charroux entrevistó a Corbu. Aquí menciona, por primera vez, la piedra con las inscripciones «P.S. Reddis cellis regis arcis praecum», aquella que pertenecía, supuestamente, a la segunda lápida de Marie de Nègre, dejando más que claro que fue un invento de Plantard. Ahora bien, si esta es la primera vez que se menciona esa losa, no hay duda de que esa información se la había pasado Pierre Plantard a Noël Corbu, a más tardar, en 1962.

Así pues, tenemos constancia de que desde 1962 Plantard estuvo interesado en el misterio de Rennes-le-Château, aunque, posiblemente, la visitó antes. Ahora bien, ¿por qué? ¿Cómo se había enterado de aquella historia?

La única fuente anterior procede de los artículos de enero de 1956 publicados por Corbu en *La Dépêche du Midi*. Pero también, como mencionamos al comienzo de esta obra, en febrero de 1956, un mes más tarde, otro diario, *Le Détective*, que se publica a nivel nacional, vuelve a hacerse eco de la historia con el mismo titular. Igual tuvo acceso a alguno de estos artículos —no sabemos cómo— y esto le motivó a informarse de aquella historia. Algo parecido le pasó con Gérard de Sède, con el que contactó tras leer su artículo en *Ici Paris* (1960), y le dio información sobre el tema de Gisors.

Sea como fuere, Pierre Plantard, tras su papel estelar en la trama de *Los templarios están entre nosotros*, centró su atención en Rennes-le-Château y en la historia de Bérenger Saunière, provocando un terremoto que la convertiría en un mito moderno.

## CAPÍTULO 26

### *Dossiers Secrets*

#### *Lobineau*

El primer paso se dio en enero de 1964, cuando se depositó en la Biblioteca Nacional de París un folleto titulado *Généalogie des Rois Mérovingiens et Origine des diverses Familles Françaises et Etrangères de Souche Mérovingienne d'Après L'Abbé Pichon, le Docteur Hervé et les Parchemins de l'Abbé Saunière de Rennes-le-Château (Aude)*, de Henri Lobineau.

Es importante aclarar, antes de seguir, que ni este ni otros documentos posteriormente «depositados» vieron la luz pública hasta que alguien informó a determinados autores (De Sède, Lincoln, Chaumeil) de su existencia. No eran documentos publicados ni comercializados: eran legajos mecanografiados acompañados de fotocopias mal hechas.

Quiere esto decir que nadie hubiese tenido acceso a ellos si no es porque alguien que conocía su existencia —seguramente su autor— se lo comunicó a los investigadores.

Sigamos.

Este texto pretende haber sido editado en Ginebra en 1956. Muchos han dado por válida esta fecha. Sin embargo, no hay pruebas de que lo sea, y todo parece indicar que es de 1964 o 1963. ¿Por qué 1956? Porque, como hemos visto, ese fue el año en que se registró en Annemasse, a solo nueve kilómetros de Ginebra, el Priorato de Sion. Así trabaja Plantard.

El autor es un tal Henri Lobineau. No se sabe quién es ni si ha existido realmente. Posiblemente es un pseudónimo. Hablaremos de él más tarde.

El texto está compuesto por una serie de genealogías con notas aclaratorias. Se trata de unas tablas confeccionadas por dos señores, el abad Pichon y el doctor Hervé —que, parece ser, fueron auténticos genealogistas—, que pudieron ser completadas gracias a los pergaminos encontrados por el abad Saunière. ¿Cómo las consiguió el tal Lobineau? «Nos las facilitó amablemente el abate Hoffet, 7 Rue Blanche de París

(9.º) en 1942<sup>[1]</sup>». ¿Se acuerdan de quién era el tal Hoffet? Se trata de Émile Hoffet, el abad aquel al que le llevó Saunière los pergaminos durante su supuesto viaje a París en 1893, según De Sède y *El enigma sagrado*. 1942, año clave en el que se fundó la Orden Alpha-Galates...

Lo que Lobineau pretende demostrar es que la dinastía de los merovingios no acabó con Dagoberto II, como ha afirmado tradicionalmente la Historia, sino que continuó en la sombra gracias a que su hijo, Sigeberto IV, supuestamente asesinado siendo un bebé, no falleció, sino que sobrevivió y dio lugar a una estirpe que se ha ido mezclando con varias de las familias nobles más importantes de Francia, entre ellas la casa de los condes de Lorena, la casa de los condes de Bar, la de Plantard, la de Saint-Clair y la de Bouillon, cuyas genealogías aparecen en la obra relacionadas con los merovingios.

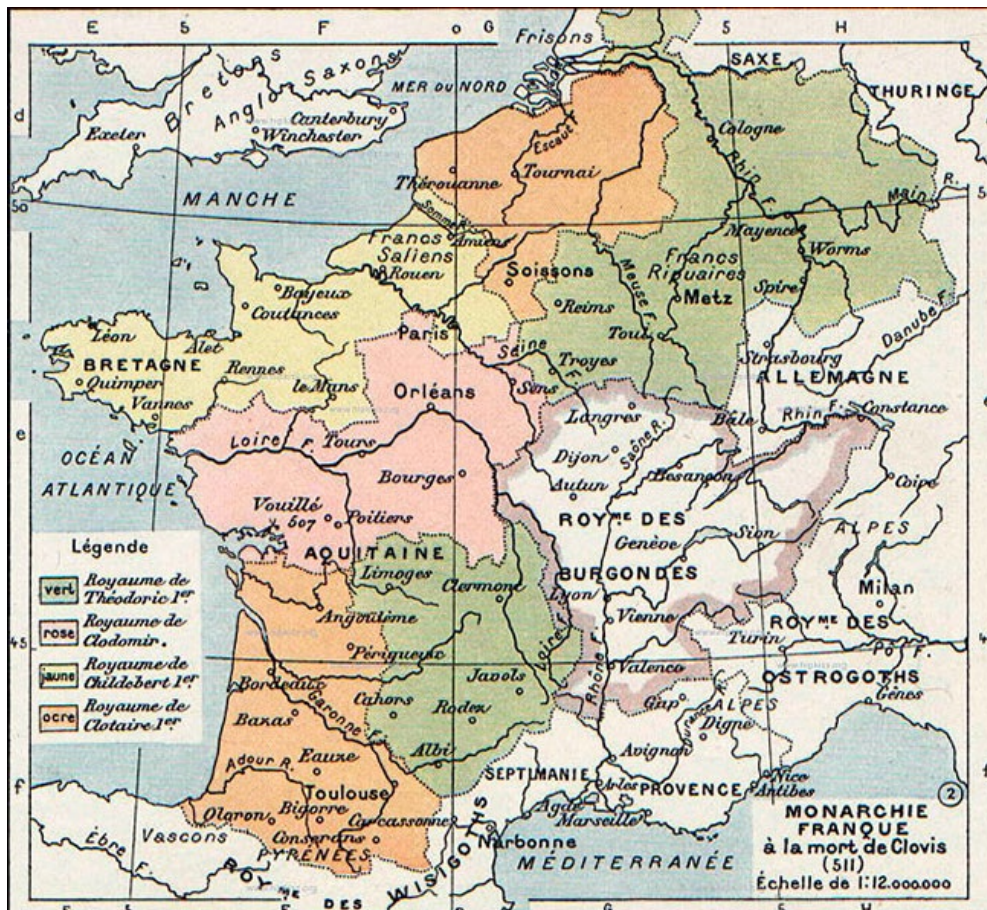
## ***Merovingios***

Antes de seguir, otro poquito de historia. ¿Quiénes fueron, realmente, estos dichosos merovingios?

Pues fueron uno de los pueblos germánicos, y durante los siglos v y viii gobernaron en una zona que comprendería parte de la actual Francia (el norte), así como partes de Bélgica, Suiza y Alemania. Ellos mismos afirmarían ser descendientes de los sicambrios —un pueblo germánico que habitó en lo que actualmente es el Estado alemán de Renania del Norte-Westfalia—, aunque no está muy claro que sea así. De hecho, el origen de los francos es un misterio, aunque lo cierto es que fueron una coalición de pueblos que se unieron en su avance hacia el oeste desde la zona del bajo Rin, en torno al siglo iii de nuestra era.

Sea como fuere, el primer rey merovingio fue Childerico I (436-481), nombrado monarca en el 457. Su padre, según la leyenda, fue un tal Meroveo, que se proclamó rey, supuestamente, en el 448, aunque su existencia histórica no está demostrada. Lo cierto es que será el que dé nombre a esta estirpe de reyes, ya que todos ellos se reconocerán como sus legítimos descendientes. El hijo de Childerico I será Clodoveo I (481-511), durante cuyo reinado se consolidó su estirpe sobre el resto de reyezuelos francos. La aplastante victoria alcanzada por Clodoveo sobre los alamanes (496?) y su bautismo católico por el obispo de Reims (498) convirtieron al nuevo soberano nacional franco en el poder político-militar más importante de las Galias. Sus rivales eran los godos y los burgundios. Se alió con los segundos y derrotó militarmente a los visigodos (matando a su rey, Alarico II), que se vieron desplazados hacia el sur, conservando una franja de terreno en la costa mediterránea, la Septimania o Narbonense.





49. Mapa de los reinos francos a la muerte de Clodoveo (511).

Al morir Clodoveo, dividió el reino en cuatro partes iguales, una para cada uno de sus hijos: Clotario I, rey de Soissons, de Reims y de los francos; Childeberto I, rey de París; Clodomiro I, rey de Orléans, y Teodorico I, rey de Reims. Este último completaría la expansión franca en las Galias conquistando el reino burgundio y anexionando la Provenza ostrogoda.

A partir de entonces, la cosa se pone confusa. Los diferentes reinos merovingios (Neustria, Austrasia y Burgundia) se pelearon entre sí en intestinas guerras civiles. Solo se volvería a alcanzar cierta estabilidad con Clotario II (584-629), hijo de Chilperico I. Este, al final de sus días, consiguió unificar todos los reinos, que fueron heredados por su hijo, Dagoberto I (603-639). A partir de entonces sucede un fenómeno curioso: los mayordomos de palacio, que eran realmente los que gobernaban, fueron poco a poco adquiriendo poder y convirtiéndose en una casta paralela que al final accedería al trono de los francos. Y en parte se debió a que los hijos de Dagoberto I eran aún muy pequeños cuando este falleció, y durante un tiempo los mayordomos ocuparon la regencia. Además, el reino se había dividido de nuevo, ahora entre Neustria y Austrasia.

Finalmente, Pipino II de Heristal (635-714), mayordomo de Austrasia, accedió al trono durante los reinados de Teodorico III (654-691) y de Dagoberto II (652-679). Así comenzaba el ascenso paulatino al trono de la casa de Heristal, que se vería confirmado por su hijo ilegítimo, Carlos Martel (686-741), mayordomo de palacio de



varios reyes merovingios (Dagoberto III, Chilperico II y Teodorico IV), que llegó incluso a gobernar en dos ocasiones sin ser rey. Además, en el 732 Carlos Martel derrotó a las fuerzas musulmanas del califato omeya en la famosa Batalla de Poitiers, frenando el avance de estos por aquella zona, lo que le dio gran popularidad.

Los hijos de Carlos Martel, Pipino el Breve (715-768) y Carlomán (715-754), heredaron el cargo de mayordomo en Neustria y Austrasia, respectivamente, tras la muerte de su padre en el 741. Ambos serían los senescales del último merovingio, Childerico III (714-755). En noviembre del 751, Pipino lo derroca y se hace coronar, y será rey de los francos hasta su muerte, en el 768.

El reino lo repartió entre sus dos hijos, siguiendo la costumbre de los francos: Carlomán I (751-771) y Carlomagno (747?-814), que, tras la muerte de su hermano se convirtió en rey de todos los francos, iniciándose así la dinastía carolingia, y que fue proclamado emperador del Sacro Imperio Romano el día de Navidad del año 800 d. C.

Hasta aquí la historia de esta mítica casta que gobernó parte de lo que actualmente consideramos como Francia a lo largo de dos siglos y pico... Aunque en realidad en pocas ocasiones llegaron a dominarla entera. (Dagoberto I, por ejemplo, sí lo hizo. Su nieto, Dagoberto II, en cambio, solo fue rey de Austrasia). De ahí lo absurdo de considerarlos reyes de Francia, ya que Francia como tal no existía. Sería lo mismo que considerar a Don Pelayo rey de España, cuando en realidad fue rey de Asturias. Más absurdo sería reivindicar unos supuestos derechos al trono francés, o español, amparándose en una supuesta descendencia secreta. Pero, como veremos, Plantard lo hizo...

## ***El linaje***

Por ahora sigamos con lo que dice el texto de Henri Lobineau sobre los merovingios: hay algo muy curioso en la tabla genealógica número 5 que aporta este *Dossier Secret*. En ella se menciona el linaje desde Meroveo hasta Dagoberto I, pero arriba aparece un extraño encabezado que tendrá una importancia posterior bastante grande: «Un día, los descendientes de Benjamín dejarán sus tierras, algunos se quedarán. Dos mil años después, Godofredo IV se convertirá en rey de Jerusalén y fundará la Orden de Sion<sup>[2]</sup>». Esto es sumamente llamativo: dice que proceden de una de las tribus de Israel, los benjaminitas, lo que les daría un origen semita. De ahí la alusión a Godofredo de Bouillon, del que se insinúa que será un descendiente merovingio — algo que tampoco se ha demostrado—, y que al conquistar Jerusalén regresaría, según esta historia, a la tierra de sus antepasados. Pero algo falla: no fue rey de Jerusalén. Es cierto que se lo propusieron, pero le cedió el cargo a su hermano, Balduino I (1171-1205). Aunque en la práctica ejerció el cargo durante un año, entre el 1099 y el 1100, nunca fue coronado. De esto seguiremos hablando más adelante.

En esta obra se propone una curiosa historia sobre la supervivencia merovingia: en vez de plantear que continuó a partir del último rey, Childerico III, se van más atrás y proponen que el último merovingio legítimo fue Dagoberto II. Este falleció el 23 de diciembre del 679, asesinado seguramente por orden del mayordomo de palacio, Pipino II de Heristal. Su hijo, Sigeberto, falleció también tras la muerte de su padre —aunque históricamente ni siquiera está claro que existiese realmente—. Pero Lobineau introduce aquí el cambio trascendental: propone que en realidad Sigeberto no falleció, sino que logró escapar gracias a la familia de su madre, que en el 681 le llevó a un lugar seguro —tachán, tachán—: ¡Rhedae o Rennes-le-Château! Y es que su madre era de allí. Gisèle era la segunda esposa de Dagoberto II e hija de Bera II, conde del Razès —sobra decir que esto es un añadido del que no hay constancia histórica alguna, añadido, por otro lado, esencial—. Sigeberto IV, como lo llama Lobineau, sucedería a su abuelo como conde del Razès y daría comienzo al linaje que plantea la obra, una «nueva estirpe procedente de los reyes merovingios, los Plant-Ards o Rejeton-Ardent<sup>[3]</sup>» (Retoño Ardiente, como dice que fue llamado Sigeberto). Posteriormente, en el siglo XIII, la rama principal, la merovingia, había quedado reducida a «simples campesinos»; los Plant-Ards, una rama lateral, segundona, en cambio, daría a Godofredo de Bouillon. Desde entonces, el linaje merovingio se ha ido mezclando con los Habsburgo, los Gisors, los Saint-Clair...

Toda esta secuencia se pudo conseguir gracias a los pergaminos encontrados, dice Lobineau, por Bérenger Saunière en Rennes-le-Château. De hecho, si recuerdan, el texto decodificado de uno de ellos decía lo siguiente: «Este tesoro pertenece al rey Dagoberto II y a Sion y él se encuentra allí muerto». Curiosamente, Lobineau también explica la fortuna de Saunière: según él, se debe al tesoro que Dagoberto II había llevado a Rennes-le-Château, parte de su fortuna, para financiar la conquista de Aquitania, centro y sur de Francia. Pero afirma, además, que el tesoro estaba maldito: solo el descendiente legítimo de Ursus (Sigeberto V, supuesto último conde del Razès) podía tocarlo sin caer en la desgracia —cosa que explicaría la mala fortuna del abad en sus últimos años...

Es curiosa la importancia que se le da a este rey, Dagoberto II, del que se dice que fue el último rey merovingio, pero que en realidad no lo fue —el honor le correspondería a Childerico III—. De hecho, tampoco fue rey de los francos, como su abuelo Dagoberto I, sino solo de Austrasia. Así que, ¿por qué se le da tanta importancia? Pues probablemente porque Dagoberto II fue santificado por la Iglesia doscientos años después de su muerte, ya que, cuenta la leyenda, su cuerpo, enterrado en Stenay, evitó un ataque vikingo. De ahí que sus reliquias se convirtiesen en objeto de culto y lo nombrasen santo.

Lo curioso es que Dagoberto II era igualmente un impostor: su padre, supuestamente, fue Sigeberto III de Austrasia. Como no tuvo hijos, adoptó a Grimoaldo, su mayordomo, y lo nombró heredero. A la muerte del rey, en el 656, Grimoaldo nombró rey a su hijo Childeberto, pero en el 676 un joven llegó desde las

islas británicas reclamando el trono. Decía ser Dagoberto, hijo de Sigeberto III, y planteaba que después de que su padre adoptase al mayordomo, su madre había quedado embarazada. Grimoaldo lo secuestró, fingió su muerte y mandó al niño a Irlanda. Y veinticinco años después, regresó para reclamar lo que era suyo. Pero todo esto es bien raro. Si Grimoaldo quería evitar que reclamase el trono, ¿por qué, sencillamente, no lo mató? ¿Era de verdad este joven el hijo de Sigeberto III?...

Por este motivo resulta más que paradójica la historia que nos cuenta Lobineau sobre el linaje merovingio iniciado por el hijo de Dagoberto II, que, a todas luces, parece un impostor...

Una curiosidad antes de continuar. En una obra llamada *Jules Verne, initié et initiateur*<sup>[4]</sup>, de Michel Lamy, se menciona una extraña coincidencia relacionada con esto de los merovingios: existe una obra poco conocida de Jules Verne titulada *Clovis Dardentor* que contiene ciertas referencias, curiosas, a los merovingios. El mismo título es singular. *Clovis* es «Clodoveo» en francés, y *Dardentor* es «de ardiente oro», lo que guarda un gran parecido con aquello de Rejeton-Ardent (Retoño Ardiente), título con el que se conocía supuestamente a Sigeberto IV, el hijo de Dagoberto II. El título, según los *Dossiers*, sería el que reclama Pierre Plantard —Plantard está formado por *plant*, «retoño», y *ard*, «ardiente»—. Lo curioso es que la novela trata sobre quién va a conquistar la herencia del tal Clovis..., y habla de un grupo de viajeros franceses que van hacia África en un barco llamado Dardentor, al mando del capitán Bugarach, el nombre de una montaña cercana a Rennes-le-Château. Una bonita curiosidad..., o no.

Concluyendo: ya en este primer *Dossier* tenemos recogidos, aunque todavía como meros esbozos, muchos de los elementos que, con las obras posteriores, formarán el mito de la supervivencia merovingia y del Priorato de Sion.

## **Blancasall**

En agosto de 1965 se deposita otro panfleto en la Biblioteca Nacional de París. Se trata de otra obra comentada en páginas anteriores, *Les Descendants Mérovingiens ou l'Énigme du Razès Wisigoth*, de Madeleine Blancasall, traducida del alemán por Walter Celse-Nazaire. Todos seudónimos: Madeleine, por la Magdalena; Blancasall, por los dos ríos que pasan por Rennes-les-Bains, el Blanque y el Sals; Celse-Nazaire, por los dos santos patronos de ese pueblo, Saint Nazaire y Saint Celse... Esta obra y la anterior de Lobineau son dos partes de la misma trama. La primera decía estar publicada en Ginebra. En esta se dice que estaba dirigida a la 1.<sup>a</sup> Association Suisse Alpine (Asociación Suiza Alpina), órgano rector de la Gran Logia Alpina suiza.

Este panfleto, ahondando aún más en el tema de Rennes-le-Château, propone que la familia Hautpoul, los señores de Rennes, conocía la historia aquella de la supervivencia merovingia. Marie de Nègre, viuda de François de Hautpoul, le

confiaría el secreto a Antoine Bigou, el párroco del pueblo y su capellán. Y afirma algo realmente sorprendente: la marquesa llevó al párroco hasta la antigua iglesia de San Pedro en Rennes-le-Château, hoy en día desaparecida, donde le dio «dos tubos de madera sellados con cera<sup>[5]</sup>» con cuatro pergaminos en su interior, entre ellos los dos codificados, que pudieron ser descifrados gracias a otro documento que le dio la marquesa. Cuando llegó el momento de huir —a causa de la Revolución francesa—, los volvió a esconder, dejándolos en el dichoso pilar visigótico bajo el altar.

El documento, además, aporta por primera vez las imágenes de las dos lápidas de Blanchefort supuestamente hechas por Bigou, de las que ya hemos hablado, y menciona lo siguiente: «El texto escondido es el anagrama del texto aparente, que contiene, en sí mismo, la manera de descifrarlo. Una estela funeraria es grabada y levantada en el cementerio. Es el mensaje<sup>[6]</sup>». Con esto quiere decir que el texto y la lápida dicen lo mismo, como de hecho sabemos... Entonces, ¿por qué codificarlo?

Por otro lado, introduce también, por primera vez, al abad Henri Boudet de Rennes-les-Bains —recuerden que estamos en 1965, dos años antes de la publicación de *El oro de Rennes*, de la que Boudet es coprotagonista, y tres después de la obra de Charroux, en la que no se le menciona para nada—. De él se dice que «llamó la atención del Obispado de Carcassonne sobre su persona, debido a los incontables donativos que hacía a los pobres que acudían, numerosos, a su puerta<sup>[7]</sup>». En 1891, cuando ya estaba Bérenger Saunière en Rennes, dos miembros del Priorato fueron a verle y le revelaron «la existencia, en su parroquia, de un “secreto” y la extraordinaria leyenda de un “tesoro”, señalándole, de paso, la extraña inscripción que subsiste en el cementerio<sup>[8]</sup>». Informa a su obispo de la singular visita, y este le dice que no se preocupe y además le «presta a Saunière, el libro de Boudet, *La Vraie langue Celtique*<sup>[9]</sup>». Saunière lo lee y se pone a buscar... Gracias a eso, poco después (en febrero de 1891) encontró los pergaminos. Enteradas las autoridades locales, le visita el alcalde y le pide que, antes de venderlos —como había dicho Saunière que iba a hacer—, «haga un calco de los documentos<sup>[10]</sup>».

Acto seguido, como en las versiones posteriores, llegaría a París por encargo del obispo Billard para traducir los pergaminos. Allí conoce a Émile Hoffet, que será el que hizo posible que el abad Saunière descubriera el secreto de Rennes. Pero es que además afirma que es Hoffet, «cincuenta años más tarde, visitando Gisors, quien da al guardián Roger Lhormoy las indicaciones a propósito de los famosos treinta cofres depositados en una capilla<sup>[11]</sup>...». Además, sería Hoffet quien ordenó a Saunière que comprase en el Louvre las obras de Poussin y Teniers, ya que aparecían en el texto codificado de los pergaminos, que justo después citan.

Esta será la primera vez que aparece el texto en claro, ya que, curiosamente, en la obra de De Sède, *El oro de Rennes*, no aparece. Hoffet, por otro lado, pasará su vida investigando el linaje perdido de los merovingios, cuyo último exponente, Sigeberto IV, y sus dos sucesores, Sigeberto V y Bera III, están enterrados bajo la

iglesia de Rennes-le-Château, en la cripta tapada con la Losa de los Caballeros —que rememora el viaje de Sigeberto siendo niño a Rhedae.

A partir de entonces, con las instrucciones de los textos codificados, empieza a investigar por la zona hasta que, gracias a la colaboración de Boudet y su extraño libro, acaba encontrando algo que le hace enormemente rico. Madeleine Blancasall afirma que la extraña decoración de la iglesia era en realidad una forma de desviar la atención y ocultar cualquier pista que hubiese dejado Bigou. Pero también menciona que a Saunière, en sus últimos años, se le fue la cabeza: «A finales de 1916, el párroco de Rennes tomó una importante decisión: predicaría una “religión nueva” y emprendería una cruzada en el departamento<sup>[12]</sup>», algo de lo que ni hay constancia ni vuelve a aparecer posteriormente en la trama. Menciona además los supuestos gastos (ocho millones de francos) que al final de su vida pretende realizar, construyendo una «carretera a través de la montaña en dirección de Couiza», dotar de agua caliente al pueblo y construir una nueva capilla y «una torre de más de cincuenta metros de altura, desde la cual hablará a sus fieles<sup>[13]</sup>...». Si recuerdan, esto ya lo mencionaba Corbu...

Por otro lado, Blancasall dice que cuando estaba a punto de morir, Saunière pidió que fuera a verle Juan XXIII, el gran maestro del Priorato, en aquellos tiempos Jean Plantard, primo del padre de Pierre Plantard. Además aporta varias listas genealógicas nuevas de Henri Lobineau en las que se une el linaje con un tal Pierre V, el padre de Plantard.

Tras la muerte de Saunière, Marie queda sola y años después le cede la propiedad a los Corbu. Se dice que quemó todo su dinero cuando se produjo el cambio de moneda —lo que no es cierto en absoluto— y que antes de morir «hizo un esfuerzo para revelar el secreto del Razès y del tesoro. ¿Realmente lo conocía? Un sacerdote de Carcassonne reveló que obtuvo de Marie tres palabras: pan, sal, y jarrón (florero)<sup>[14]</sup>».

*Desde entonces, por comandos, los dragones vienen a olisquear la pista del «cura rebelde». Unos llevan sotanas, otros, el escudo de la rosa y la cruz. Algunos, también, diversos diplomas. Saquean la biblioteca, roban una buena parte de la correspondencia, arrancan páginas en los libros de cuentas, se llevan los sellos y rompen la placa-escudo de la casa del párroco, que tenía un mensaje en la parte trasera. A pesar de que el contenido sea conocido, su interpretación es siempre un desafío a la sagacidad. ¿Y qué más? En el cementerio, su lápida está rota en tres partes<sup>[15]</sup>.*

Menciona, además, para deleite de los buscadores de tesoros, que «La existencia del tesoro del Razès no da lugar a dudas. Se sabe de su importancia, constituida por dos partes: una de 19 500 000 francos-oro y la otra 25 000 000 de grandes objetos y oro



puro. A pesar de las numerosas personas que probaron de este “maná”, se cree, de fuente bien informada, que quedan aún algunos millones de francos-oro escondidos por la zona<sup>[16]</sup>». ¡Toma ya! ¡Ahí es nada!

Bueno. ¿Qué tenemos aquí? Pues así de primeras, la misma historia que contarán Gérard de Sède en *El oro de Rennes* y Michael Baigent, Richard Leigh y Henry Lincoln en *El enigma sagrado*, entre otros cientos de libros que se han escrito sobre el tema inspirados por esta fuente primigenia, versión adulterada de Pierre Plantard de la historia propuesta por Corbu nueve años antes en los artículos de *La Dépêche*.

Pero, significativamente, hay elementos que no vuelven a aparecer después. Por ejemplo, aquí se menciona que fueron dos miembros del Priorato los que le informaron a Saunière de que había un tesoro y un secreto en su iglesia. Además se insinúa que el obispo Billard, el abad Boudet y Émile Hoffet estaban en el ajo, puesto que pertenecían o, al menos, conocían el Priorato de Sion. Por otro lado, se dice que en sus últimos momentos solamente ofrecía lealtad a Juan XXIII, el último merovingio, gran maestro del Priorato, al que quiso ver en su lecho de muerte.

¿Por qué no aparecen estos elementos de la historia en versiones posteriores? Es como si, de alguna manera, fuese demasiado obvia la conexión con el supuesto Priorato. Así que, cabe imaginar, los borraron para que los interesados intuyesen la presencia de la Orden sin que fuese tan explícita. De hecho, en el libro de De Sède apenas se le menciona... El Mito está en construcción y, llegado el momento, sus creadores decidirán que es mejor dar las pistas justas y dejar el resto en manos de la imaginación desbordada de los buscadores de misterios.

Se nota que su autor investigó el tema, se pateó los archivos locales y se entrevistó con los lugareños —entre ellos, Noël Corbu—. Sorprende, por ejemplo, que la tal Madeleine haya dado con el supuestamente perdido libro de Henri Boudet, al que introduce en la trama por primera vez. Pero, como sabemos, la historia que cuenta de Saunière no es lo que realmente pasó y los añadidos son absolutamente tendenciosos. Todo encaja para justificar la idea del linaje merovingio en la sombra que un año y medio antes ya proponía Lobineau con sus genealogías. Y todo encaja gracias a los dichosos pergaminos que encontró Saunière, que, por algún motivo, poseían la clave que faltaba para poder establecer esas genealogías. Para ello, para que todo encajase, tuvo que modificar la historia: así Saunière encontraría los pergaminos en el pilar visigótico en 1891 en vez de en 1887, que fue cuando realmente cambió el altar. Sin duda esa maniobra se hizo para que el hallazgo encajase con la vida de Émile Hoffet, que había nacido en 1873, pues si Saunière hubiese ido a verle en 1887, Émile hubiese tenido solo catorce años. Por eso atrasaron el hallazgo hasta 1891, cuando tendría dieciocho años, una edad más verosímil. Pero ¿por qué implicar a Hoffet en esto? Pues simplemente porque era un tipo muy conocido durante el período de entreguerras dentro del mundillo del esoterismo parisino, donde Plantard tuvo que haber oído de él. Qué mala suerte que, como ya vimos hace tiempo hablando de los viajes de Saunière, Hoffet estuviese en



aquel entonces (1891-1893) estudiando en Holanda.

Aunque surgen varios interrogantes. Por ejemplo, si el Priorato de Sion era una poderosa y milenaria sociedad, ¿por qué necesitaba los servicios de un cura rural para encontrar esos pergaminos? Además, si de verdad era la custodia de ese linaje perdido, ¿para qué necesitaba los pergaminos? ¿Y por qué no los tenía ya en su poder?

Surge otro interrogante más: ¿por qué esta obsesión con los merovingios, una estirpe desaparecida mil doscientos años antes? No se sabe muy bien, pero seguramente se deba a que el tema merovingio estaba en los ambientes esotéricos y nacionalistas en los que se movió Plantard en los años treinta. De hecho, Lynn Picknett y Clive Prince plantean que el germen de todo esto pudo estar en un Partido Merovingio que en aquella época fundó en París un tal Lionel de Roulet. Este señor fue alumno de, nada más y nada menos, Jean-Paul Sartre, y además se casó con la hermana de Simone de Beauvoir, pareja del filósofo durante toda su vida. Simone, en su autobiografía (*La Force de l'âge*, 1960), dice que en 1934, cuando Sartre se ausentaba, ella misma le daba clases a Lionel. Este, «junto con unos amigos, había fundado el denominado Partido Merovingio que abogaba, mediante carteles y panfletos, por el regreso al trono de los descendientes de Childerico. Lo regañé por dedicar demasiado tiempo a semejante tontería<sup>[17]</sup>...».

¿Sería posible que Pierre Plantard fuese uno de los amigos de Roulet y, por lo tanto, miembro de aquel Partido Merovingio? Al fin y al cabo vivía en París en aquella época. Es más que probable, aunque, por desgracia, no tenemos datos que lo corroboren.

## **Fotocopias**

En mayo de 1966 se entrega un nuevo legajo en la Biblioteca Nacional. En esta ocasión, algo sumamente curioso, como veremos. Se llama *Un Trésor Mérovingien à Rennes-le-Château* (Un tesoro merovingio en Rennes-le-Château) y fue escrito, aparentemente, por un tal Antoine l'Ermite —Antonio el Ermitaño, uno de los santos de los que hay estatuas en la iglesia de Rennes, y aquel del que, se dice, Saunière compró un cuadro que lo representaba, de David Teniers—. Según lo que reza en la portada, la obra fue publicada en 1961 por la «1.<sup>a</sup> Alpina», supuestamente la 1.<sup>a</sup> Association Suisse Alpine, como las dos anteriores obras, la de Lobineau y la de Blancasall.

En realidad se trata de, nada más y nada menos, parte del capítulo XIX, «Setenta y cinco tesoros en una abadía: ocho mil millones en una tumba», de la obra de Robert Charroux *Trésors du Monde enterrés, emmurés, engloutis*, de la que hablamos al principio de este libro, y que se dedicaba al misterio de Rennes-le-Château, con Noël Corbu como principal fuente de información. Pero curiosamente este libro de

Charroux, el primero en hablar del tema para el gran público, es de 1962. Por eso llama la atención que el panfleto diga haber sido editado en 1961...

Aparte de este capítulo de *Trésors du Monde enterrées, emmurés, engloutis*, se intercalan reproducciones (fotocopias del documento anterior) de las dos lápidas de Marie de Nègre, con la intención clara de relacionarlas con la historia narrada por Corbu. Pero en la segunda lápida, la que lleva las inscripciones «P.S. REDDIS CELLIS REGIS ARCIS PRAECUM» y «ET IN ARCADIA EGO», y que sabemos que es falsa, escribe la siguiente nota: «Ilustración extraída de *Pierres Gravées du Languedoc* de Eugène Stüblein, impresa en Limoux (1884). Biblioteca del abate Joseph Courtauly de Villarzel-du-Razès (Aude)<sup>[18]</sup>». Para ser exactos, la página 189 de esa supuesta obra. Sin embargo, en la obra de Blancasall, donde también aparece el dibujo de la lápida, no se dice nada de esto.

Hagamos memoria. Cuando hablábamos en capítulos anteriores de la obra de Gérard de Sède, *El oro de Rennes*, en la que aparecen también las dos lápidas, se dice: «Una de ellas fue reproducida en el *Bulletin de la Société d'études scientifiques de l'Aude*, y la otra figura en la obra (dificilísima de encontrar hoy) de Eugène Stüblein, *Pierres Gravées du Languedoc*<sup>[19]</sup>», que había conseguido gracias al abad Joseph Courtauly, que le dijo, supuestamente, en 1963, que «Las losas sepulcrales de Rennes-le-Château fueron copiadas por Stüblein, cuyo libro ha sido destruido sin que se sepa exactamente por qué. Yo soy probablemente el único que tiene ese libro. Era de la época del padre Mocquin<sup>[20]</sup>...». Oportuna la intervención de este cura, más que nada porque fueron, «sin duda, los últimos en haber hablado de los enigmas de Rennes con el anciano padre Courtauly; este había de morir al año siguiente, en noviembre de 1964<sup>[21]</sup>», como ya hemos comentado.

Como vemos, todo lo que dice De Sède sobre la lápida, esencial en la trama, ya lo decía este panfleto de Antonio el Ermitaño...

Esta obra introduce, además, un par de genealogías más en las que aparece un dato nuevo, que también está presente en la obra de De Sède y que pasará a formar parte del conjunto de pergaminos que, según aseguró siempre, encontró Saunière — tras haberlos escondido Bigou un siglo antes—: el dichoso testamento de François-Pierre d'Hautpoul de 1644, que, según esta obra, contenía las genealogías de los supervivientes merovingios. Aparecerán en la obra de Antonio el Ermitaño como «Actes Captier» —por el nombre del notario que, supuestamente, dio fe de aquel testamento— y fueron entregadas por el dichoso abad Courtauly a la 1.<sup>a</sup> Alpina. Cada vez está más claro que detrás de la «Alpina» se esconde Pierre Plantard.

Vemos como poco a poco, *dossier a dossier*, se va construyendo la historia, con pequeños añadidos que van formando un cuerpo coherente dentro de su lógica interna.

Algo similar ocurre con la siguiente obra: en junio de 1966, un mes después, se deposita otro legajo de documentos en la Biblioteca Nacional de París. Se trata de una serie de fotocopias del supuesto libro de Eugène Stüblein, *Pierres Gravées du Languedoc*, del que ya comentamos que contenía la reproducción de la segunda lápida y que era «difícilísimo de conseguir». El folleto, de diez páginas, contiene una tendenciosa introducción del propio abad Courtauly:

*El libro de Eugène Stüblein, Limoux, edición de 1884, se ha convertido en una obra muy difícil de conseguir y soy quizá una de las pocas personas que lo tienen en su biblioteca. Por eso me veo obligado a satisfacer las múltiples solicitudes de los investigadores para que haga una copia de las ilustraciones del libro, núms. 16 a 23, en los pueblos de Rennes-les-Bains, Rennes-le-Château y Alet.*

Abril 1962

Abad JOSEPH COURTAULY

Villarzel-du-Razès (Aude)<sup>[22]</sup>.

En el panfleto aparecen varias reproducciones de supuestas piedras grabadas de la zona, algunas sin trascendencia y otras ya conocidas por nosotros: la Losa de los Caballeros y las dos lápidas de Marie de Nègre.

La imagen de la primera, la Losa de los Caballeros, aparece retocada, pero en realidad, como en los anteriores panfletos de Madeleine Blancasall y Antoine l'Ermitte, está sacada del *Bulletin de la Société d'études scientifiques de l'Aude* de 1927 (tomo XXXI, página 197). En la nota adjunta a la imagen<sup>[23]</sup> se dice que fue realizada por un tal Henri Guy a raíz de un boceto enviado por el pintor M. Ourtal, y que fue encontrada en Rennes-le-Château entre 1884 y 1885, a los pies del altar, con la parte tallada hacia abajo. En esta ocasión, aunque la imagen es la misma que en el boletín y en los *Dossiers* anteriores, la nota ha sido borrada y en su lugar pone: «Rennes-le-Château (Aude) 771, lápida del sepulcro de los príncipes Sigeberto IV, Sigeberto V y Bera III en la iglesia de Santa María Magdalena<sup>[24]</sup>». Otra muestra más de cómo los autores de estos panfletos modificaron la historia para que cuadrara con sus planteamientos. En los dos *Dossiers* anteriores, esa página del boletín aparece directamente fotocopiada.

La manipulación está clara, pero además hay dos incoherencias: Bérenger Saunière llegó a Rennes en 1885, pero hasta 1891 no encontró esta losa, al cambiar el suelo de la iglesia. El error es comprensible pues el boletín es de 1927, y por esa época el abad ya había fallecido. Más curioso es que el supuesto libro de Stüblein sea de 1884, un año antes de que Saunière llegase a Rennes, por lo que no entendemos cómo podía saber Stüblein que se trataba de la tumba de los últimos merovingios si

estaba del revés hasta que Saunière la encontró...

Lo cierto es que el tal Eugène Stüblein existió realmente. Vivió entre 1832 y 1899 y escribió sobre las antigüedades de la zona, incluyendo dos libros sobre Rennes-les-Bains, de 1884 y 1886. Pero no hay constancia de que haya escrito este libro, *Pierres Gravées du Languedoc*.

## **Pique**

La cosa cambia con el siguiente documento: se trata de una fotocopia del *Semaine Catholique Genevoise* —el cual, por cierto, ni existe ni ha existido nunca—, con fecha del 22 de octubre de 1966 —el documento se depositó el 5 de noviembre—, que contiene un escrito de un tal Lionel Burrus. Este, que dice pertenecer a algo llamado Juventud Cristiana Suiza, afirma que Henri Lobineau es en realidad Leo R. Schidlof, quien, curiosamente, había fallecido el 17 de octubre de ese mismo año, a los ochenta años. Este señor no tenía nada que ver con genealogías, como años después demostrarían los estudiosos, sino que era en realidad un experto en miniaturas<sup>[25]</sup>. Burrus lo defiende de los ataques que el tal Schidlof ha sufrido por un *Boletín Católico Romano*, que se ve que le acusó de «prosoviético, masón, preparar a la monarquía popular en Francia<sup>[26]</sup>», pero que en realidad se debe al odio de la curia romana hacia los merovingios, cuyas genealogías y descendencia había estudiado Lobineau/Schidlof.

Pero ¿por qué ese odio? El texto afirma que el *Boletín Católico Romano* aquel declaraba que «los descendientes merovingios fueron la base de todas las herejías, empezando por el arrianismo, siguiendo con los cátaros y los templarios, y terminando en la masonería<sup>[27]</sup>». Curioso. Además, Burrus dice que Lobineau/Schidlof obtuvo los datos gracias a Émile Hoffet, que «a la edad de diecinueve años tomó la misión de traducir los pergaminos de Bérenger SAUNIÈRE, cura de RENNES-LE-CHÂTEAU<sup>[28]</sup>», pero aumenta la historia contada hasta entonces aportando elementos nuevos que aparecerán en las versiones posteriores de la trama: dice que Saunière fue en realidad a ver al padre Bieil, de Saint-Sulpice, y a su sobrino Ané. Esto le lleva a decir que «¡Henri Lobineau no ha escrito jamás que Saunière, para traducir esos pergaminos, acudiese al abad Hoffet, que aún no había sido nombrado sacerdote<sup>[29]</sup>!».

Como vemos, la trama se retroalimenta, y además, conforme evoluciona, se van corrigiendo errores anteriores, como lo de Hoffet —antes no se entendía cómo Saunière pudo ir a ver a un joven de diecinueve años sin experiencia en paleografía y criptografía—. Lo magnífico es que lo hacen mediante falsos artículos de prensa redactados, además, por personas fallecidas... Y es que, como más tarde descubrieron los investigadores, el tal Lionel Burrus había fallecido en un accidente de coche en septiembre de 1966, con veinte años de edad, un mes antes de redactarse este

supuesto escrito...

Pero no queda aquí la movida: en el mismo *Dossier* se añade una respuesta a este artículo, escrita por un tal S. Roux y titulada *L'affaire de Rennes-le-Château, réponse à Lionel Burrus* (El asunto de Rennes-le-Château, respuesta a Lionel Burrus). Menciona que el *Semaine Catholique Genevoise* es una obra editada por el padre de Burrus —como hemos dicho, la publicación no existe—, con una tirada de solo doscientos cincuenta ejemplares gratuitos —queda claro que pretenden demostrar su existencia y, de paso, lo difícil que es conseguirla, al ser un boletín casero—. Dice además que el abad Courtauly «donó unas reproducciones de la genealogía de los descendientes de san Dagoberto al señor Fatin<sup>[30]</sup>, de Rennes-le-Château, a la Ligue Internationale de la Librairie Ancienne, 29, Great Russell Street, Londres, a Antoine l'Ermitte, etc... Este último reprodujo dicha genealogía en el opúsculo *Un Trésor Mérovingien à Rennes-le-Château*<sup>[31]</sup>» —las actas Captier de las que hablábamos anteriormente.

Afirma también que Lobineau/Schidlof era un «dignatario de la Gran Logia Alpina en Suiza, y que no escondía sus sentimientos ni su amistad por los Estados de Oriente, lo que no le impedía ser un buen agente secreto helvético y un hombre íntegro y bueno<sup>[32]</sup>».

Por otro lado, habla de los merovingios. Afirma que Clodoveo (*Clovis* en el original) era de origen sicambrio, un pueblo que vino «a través de la Arcadia<sup>[33]</sup>» hasta llegar al Rin. Dice además que, por la traición que cometió la Iglesia al apoyar el nombramiento de la dinastía carolingia, «los descendientes de Dagoberto II fueron agitadores secretos contra el poder real en Francia, y contra la Iglesia, y ellos fueron los sostenedores de todas las herejías. El retorno de un descendiente merovingio al poder sería para Francia la proclamación de un estado popular aliado con la URSS con el triunfo de la francmasonería, así como la desaparición de la libertad religiosa, algo que el señor Lionel Burrus, de la Juventud Católica, no ha pensado<sup>[34]</sup>...».

¿Qué es todo esto?

En este debate —falso, como es obvio— entre las dos versiones se da información jugosa, que es lo que se pretende en realidad: por un lado, se identifica al tal Henri Lobineau con Leo Schidlof, del que se dice que es masón y de la logia que estaba publicando los *Dossiers* (una novedad). Se insinúa que su intención es ayudar a que los merovingios recuperen el trono de Francia, lo que jodería bastante a la Iglesia de Roma, ya que ellos siempre han estado detrás de todas las herejías (otra novedad). Se corrige un poco el error de Hoffet y, además, se introduce una importante novedad: se dice que Courtauly facilitó las genealogías a la Ligue Internationale de la Librairie Ancienne, 29, Great Russell Street, Londres, es decir, la International League of Antiquarian Booksellers...

***Le serpent***

El 20 de marzo de 1967 se entrega en la Biblioteca Nacional el *dossier* más extraño de todos: *Le Serpent Rouge* (La serpiente roja), con el perturbador subtítulo de «Apuntes sobre Saint-Germain y Saint-Sulpice de París». Sus supuestos autores son Pierre Feugère, Louis Saint-Maxent y Gaston de Koker. Y curiosamente, a diferencia de otros *Dossiers Secrets*, este parece haber estado disponible para comprar: se citan tres direcciones donde se podía conseguir —las direcciones de sus autores—, y el precio: tres francos.

Pero hay una cosa bien curiosa que merece la pena destacar: en la portada pone que se editó el 17 de enero de 1967, pero el sello es del 20 de marzo. Esto se debe a dos motivos: el primero, la especial predilección por esa fecha, el 17 de enero (día de la muerte de Marie de Nègre, festividad de san Antonio el Ermitaño y de santa Germaine, así como el día en que Saunière sufrió su *shock* cerebral). Pero el motivo más importante es que los tres autores habían muerto cuando se depositó: la noche del 6 al 7 de marzo de 1967 los tres aparecieron ahorcados. Lo curioso es que los tres, cuyas direcciones aparecen en la portada, vivían en suburbios de París. Obviamente, alguien aprovechó estas casuales muertes para introducirlos en la trama como autores de este panfleto, algo que, como venimos viendo, se ha convertido en típico de los que realmente hicieron los *Dossiers*.

La obra<sup>[35]</sup> contiene un poema en prosa compuesto por trece estrofas, una por cada uno de los trece signos del zodiaco. Vemos aquí cómo de nuevo aparece el decimotercer signo, Ofiuco, del que hablamos anteriormente y del que Plantard escribió un artículo en *CIRCUIT* (1959). En el largo poema se introducen, relativamente encriptados, algunos lugares relacionados con Rennes-le-Château o Rennes-les-Bains. Por ejemplo, la sexta estrofa, con el signo Cáncer, dice: «Las losas del suelo de mosaico del lugar sagrado pueden ser, alternativamente, blancas o negras, y JESÚS, al igual que ASMODEO, observa su alineación», clara referencia a la iglesia de Rennes; y continúa: «La pila del agua bendita, la fuente del amor de los creyentes, refresca el recuerdo con estas palabras: CON ESTE SIGNO LO VENCERÁS<sup>[36]</sup>». Pero también se mencionan ramas paralelas de la historia como, por ejemplo, en la octava estrofa, dedicada a Virgo, donde se dice: «Soy como los pastores del famoso pintor POUSSIN. ¡Estoy perplejo ante el acertijo: ET IN ARCADIA EGO<sup>[37]</sup>!».

Tampoco deja de haber alusiones a la iglesia de Saint-Sulpice de París y a su constructor, Jean-Jacques Olier, así como a las obras del pintor Eugène Delacroix en esa iglesia. De hecho, el mismo título lo dice. El caso es que las constantes referencias a este templo parisino tienen como objetivo relacionarlo como sea con el tema de Rennes-le-Château. Recordemos que en los *Dossiers* se dice que en 1892 Saunière fue a enseñarle los pergaminos al padre Bieil, director del Seminario de Saint-Sulpice. Pero ¿por qué? Pues porque, como muchos de ustedes sabrán, esta pequeña iglesia parisina, dedicada a san Sulpicio —cuya festividad es también el 17 de enero...—, está muy relacionada con el mundo del esoterismo y el ocultismo. De



hecho, como recordarán los que hayan leído la obra de Dan Brown, la iglesia tiene un mecanismo, en realidad una tira de latón, que marca el meridiano norte-sur, obra de Henry Sully (1727), que servía para medir los solsticios y los equinoccios. Pero es que, además, este gnomon estaba relacionado con el meridiano o antes de que se estableciese en 1884 el de Greenwich, Inglaterra.

Por lo demás, este texto no tiene especial interés. Al contrario que el siguiente, que es la piedra angular de toda esta trama...

### ***Les dossiers secrets***

Sin duda este es el más importante, trascendental y conocido de todos los *Dossiers Secrets*. Se trata de otro paquete de documentos variados que fue depositado en la Biblioteca Nacional de París a finales de abril de 1967 bajo el nombre de *Les Dossiers Secrets d'Henri Lobineau* (Los *dossiers* secretos de Henri Lobineau), atribuidos a un tal Philippe Toscan du Plantier —recordemos por el *Dossier* anterior que el tal Lobineau, supuestamente *alter ego* de Leo Schidlof, había fallecido el 17 de octubre de 1966; de ahí que se tengan que buscar otro autor—. Este tipo fue detenido el 11 de abril de 1967 por posesión de LSD. La noticia salió en prensa, lo que explica que los autores de este panfleto lo conociesen —una táctica que emplearían a menudo—. Y salió en prensa porque el tal Philippe era miembro de una familia relacionada con el mundo del cine, cuyo representante más conocido fue Daniel Toscan du Plantier, un productor cinematográfico relativamente conocido<sup>[38]</sup>.

Este mismo Philippe firma una curiosa dedicatoria que, como podemos deducir, iba dirigida a Pierre Plantard: «A Monseñor el conde de Rhedae, duque de Razès, el legítimo descendiente de Clovis I, Rey de los Francos, serenísimo retoño ardiente del “rey y santo” Dagoberto II, su humilde servidor presenta esta colección que forma el *Dossier Secret* de Henri Lobineau<sup>[39]</sup>».

En esa misma página se menciona de nuevo, en una introducción firmada por un tal Edmond Albe, que el difunto Leo Schidlof, «un destacado genealogista», era en realidad Henri Lobineau. Se hace eco del artículo de Lionel Burrus y de la respuesta de S. Roux, al que ahora se le identifica con el abad Georges de Nantes —un sacerdote católico y conservador que calificó de hereje al papa Pablo VI—. Curiosamente, en esta introducción se relaciona el tema de Rennes-le-Château con los movimientos nacionalistas occitanos que habían aflorado en Francia desde mediados del siglo xx. Y, además, se menciona de nuevo el tema de los pergaminos encontrados por Bérenger Saunière en «febrero de 1892 en un pilar del altar de su iglesia<sup>[40]</sup>», que serían, por un lado, las dos genealogías —una de ellas del testamento aquel de 1644— y, por otro, los dos pergaminos con extractos de dos Evangelios, con fecha de entre 1781 y 1791, con un texto codificado por el anciano cura del lugar, el abad Antoine Bigou. (Vemos cómo ha cambiado la historia respecto a *dossiers*

anteriores, en los que Bigou no los realizó, sino que le fueron entregados por la marquesa de Blancheport). Estos fueron llevados a París, confiados a M. Bueil, director de Saint-Sulpice, para caer en manos de Émile Hoffet finalmente. Y luego se hace una afirmación extraordinaria: «Los documentos citados pasaron fraudulentamente en 1948 a la International League of Antiquarian Booksellers de Inglaterra, para terminar en los archivos de la Orden de Malta<sup>[41]</sup>». Esta institución ya aparecía mencionada en el *dossier* anterior, pero aquí, aparte de en la introducción, aparece también en una curiosa carta, fechada el 2 de julio de 1966 y dirigida a M. Marius Fatin (el dueño del castillo de Rennes desde 1946), que dice lo siguiente:

*Después de nuestra visita de la semana pasada a su castillo en Rennes, y antes de dejar Francia, tenemos el gran placer de informarle de que su castillo es en efecto históricamente el más importante de Francia, ya que fue el refugio en el 681 del príncipe Sigeberto IV, hijo del rey Dagoberto II, convertido en san Dagoberto, y de sus descendientes, los condes de Rhedae y los duques de Razès.*

*Esto lo demuestran dos pergaminos con el sello de la reina Blanca de Castilla (que nunca se quitó del Razès) que iban con el testamento de François Pierre d'Hautpoul, registrado el 23 de noviembre de 1644 por Captier, notario de Espérasa (Aude), documentos que compró en 1948 nuestra League como parte de una partida de la biblioteca del abad Hoffet, 7, Rue Blanche de París, que consiguió esos documentos del abad Saunière, cura de Rennes-le-Château.*

*La lápida de Sigeberto IV aparece en el libro de Stüblein, edición de Limoux de 1884, y se encontró en la iglesia de Santa María Magdalena en Rennes-le-Château, y está en nuestros días en el museo lapidario de Carcassonne.*

*¡Vuestro castillo es entonces doblemente histórico<sup>[42]</sup>!*

De nuevo se menciona en esta carta, fraudulenta a todas luces, que los dichos documentos encontrados por Saunière acabaron en la International League of Antiquarian Booksellers de Londres. Pero hay una diferencia respecto a lo que se dice en el *dossier* anterior: ahora no es Courtauly el que se los envía a la League, sino que estos los obtuvieron fraudulentamente. Y de nuevo recurren al truco del muerto que no puede hablar: Marius Fatin falleció a principios de 1967, un tiempo antes de que se depositase este *Dossier*...

Pero en la introducción se va aún más allá. Se dice que este asunto de Rennes-le-Château «afecta a todo el Languedoc y que es, incluso, una pequeña guerra entre servicios secretos<sup>[43]</sup>», y propone un ejemplo realmente perturbador: «La desaparición del maletín de Leo Schidlof que transportaba un tal Fakhar-ul-Islam, y

que contenía las actas y los archivos secretos de Rennes de entre 1600 y 1900, tenían que ser entregados el 17 de febrero de 1967 a un agente delegado por Ginebra en Alemania del Oeste, pero Fakhar fue expulsado y se encontró en Orly el... 16 de febrero [...] El 20 de febrero se encontró el cuerpo de Fakhar-ul-Islam sobre las vías del tren de Melun. Se había caído del expreso París-Ginebra, sin rastro del maletín... Este es uno de los múltiples episodios de esa guerra secreta. Aquí el silencio es regla de oro. Cuestión de vida o muerte<sup>[44]</sup>». El tal Fakhar-ul-Islam acababa de ser expulsado de Alemania y efectivamente apareció muerto en las vías del tren; de ello se hicieron eco los medios de comunicación. Otro embuste para mitificar aún más si cabe todo el tema. ¡Ahora estaban detrás los servicios secretos y todo! Otro muerto más que aprovechan para tejer esta cada vez más enrevesada trama.

Aparte de esa introducción, aparecen varios documentos: unas cuantas genealogías, mapas que muestran la evolución de las zonas merovingias, un recorte de prensa sobre la independencia de Occitania, una imagen del escudo de armas de la familia Plantard, una escueta carta firmada por Noël Corbu que no aporta nada importante, el obituario del abad Cayron de Saint-Laurent (fallecido en 1897, que al parecer se hizo extrañamente rico y que también reformó su iglesia. Este Cayron es el que, según De Sède, financió los estudios de Henri Boudet, algo no demostrado), una lista de curas fallecidos en 1896 y una página de una publicación titulada *Le Hiéron du Val d'Or*, del 24 de junio de 1926, cuyo único interés viene a ser un símbolo que aparece a modo de firma, un pulpo, que se parece bastante a la imagen grabada en la segunda lápida de Marie de Nègre —sin duda, la intención es que se haga esta relación.

Y otro folio más, un folio que por sí solo ha sido el causante de decenas de libros y teorías...

Se trata de la famosa página que menciona la lista de los grandes maestros del Priorato de Sion por primera vez y en la que, *grosso modo*, se narra la historia de la Orden. Lo curioso es que presume de ser una colección de extractos del «Libro de las Constituciones. Éditions des Commanderies de Ginebra. Agosto de 1956. In 16<sup>[45]</sup>». Y además, se deja claro que «desde el 5 de junio de 1956, Boletín oficial del 20 de julio de 1956, n.º 167, es de nuevo reconocido oficialmente en Francia el poder del Priorato de Sion, orden masónica de la Rosa Cruz<sup>[46]</sup>».

En la parte superior se dice que «En marzo de 1117, Balduino I, que debía su trono a Sion, fue obligado a negociar en Saint-Léonard d'Acre (sic) la separación de su esposa, Adélaïde de Sicile, y la constitución de la Orden del Temple<sup>[47]</sup>». Es decir, Balduino I, rey de Jerusalén, obligado por (el Priorato de Sion), crea la Orden de los Caballeros templarios. De lo que se deduce, de primeras, que Sion era anterior al Temple. Y justo después se aporta una lista de los grandes maestros de esta Orden entre 1188 y 1190, dejando claro antes que, de los ocho fundadores, cinco «eran miembros de la Orden de Sion<sup>[48]</sup>» (el líder, Hugo de Payns, curiosamente, no lo era). Serían estos:

Hugo de Payns, 1118-1131.  
 Robert de Bourgogne, 1131-1150.  
 Bernard de Tremblay, 1150-1153.  
 Bertrand de Blancafort, 1153-1170.  
 Janfeders Fulcherine, 1170-1171.  
 François Othon de Saint Amand, 1171-1179.  
 Théodore de Glaise, 1179-1184.  
 François Gérard de Riderfort, 1184-1190.

A continuación se dice que «en 1158 Gisors es confiada a los templarios. En 1159 Thomas Becket va a Gisors y contacta con Jean de Gisors. En 1188, la tala del olmo en Francia, Gisors (Eure), separación del Temple, ciertos miembros fundan Ormus bajo la protección de Saint-Samson d'Orléans<sup>[49]</sup>». ¿Recuerdan que en capítulos anteriores hablábamos de Gisors, del tesoro y de «la tala de Olmo»? Pues bien, aquí se plantea que, sea lo que sea lo que sucedió allí, supuso una ruptura en los templarios y que una parte de ellos fundaron una nueva sociedad, Ormus, que era en realidad el Priorato de Sion, como se dice a continuación: «Entre 1188 y 1306, la Orden adopta el nombre de ORMUS, ya que una parte de sus miembros vivieron con los monjes del Priorato del Monte Sion. Desde 1306 solo existe una orden, el Priorato de Sion, que sustituyó al pequeño Priorato del Monte Sion y a Ormus; los miembros de grados 5.º y 6.º, a causa de sus escudos de armas, fueron los célebres Rosa Cruz<sup>[50]</sup>». Además, para terminar de atar cabos, se mencionan los supuestos treinta cofres que encontró Roger Lhormoy en la capilla subterránea del castillo de Gisors, aunque aquí se dice que eran «treinta cofres de archivos del Priorato de Sion<sup>[51]</sup>», que fueron ocultados allí en el siglo XVI.

Y a continuación aparece la famosa lista de los grandes maestros del Priorato (Ordre du Rose-Croix Veritas, como se le llama también aquí), que contiene nombres bastante jugosos:

Jean de Gisors	1188-1220 JEAN II
Marie de Saint-Clair	1220-1266 JEANNE I
Guillaume de Gisors	1266-1307 JEAN III
Édouard de Bar	1307-1336 JEAN IV
Jeanne de Bar	1336-1351 JEANNE II
Jean de Saint-Clair	1351-1366 JEAN V
Blanche d'Evreux	1366-1398 JEANNE III
Nicolas Flamel	1398-1418 JEAN VI
René de Anjou	1418-1480 JEAN VII
Yolande de Bar	1480-1483 JEANNE IV

Sandro Filipepi	1483-1510	JEAN VIII
Leonardo da Vinci	1510-1519	JEAN IX
Connétable de Bourbon	1519-1527	JEAN X
Ferdinand de Gonzague	1527-1575	JEAN XI
Louis de Nevers	1575-1595	JEAN XII
Robert Fludd	1595-1637	JEAN XIII
J. V'alentin Andrea	1637-1654	JEAN XIV
Robert Boyle	1654-1691	JEAN XV
Isaac Newton	1691-1727	JEAN XVI
Charles Radclyffe	1727-1746	JEAN XVII
Charles de Lorena	1746-1780	JEAN XVIII
Maximilien de Lorena	1780-1801	JEAN XIX
Charles Nodier	1801-1844	JEAN XX
Victor Hugo	1844-1885	JEAN XXI
Claude Debussy	1885-1918	JEAN XXII
Jean Cocteau	1918-	JEAN XXIII

En el lado izquierdo de esa página se habla de la supuesta «Orden de Sion (1090-1187), abadía de Nôtre-Dame du Mont Sion de Jerusalén. Fundador, Godofredo de Bouillon en 1090»; se dice que tras la «traición de Ridefort, gran maestro del Temple, en 1187 [Jerusalén] cae en manos de Saladino», lo que provocó que «los monjes iniciados de Sion regresasen a Francia. A su retorno de las cruzadas, a Luis VII le acompañaron 95 miembros de la Orden de Sion. Estos religiosos se establecieron en el gran Priorato de Saint-Samson de Orléans<sup>[52]</sup>». Y a continuación menciona una lista de los miembros de esa orden entre 1152 y 1281.

Por último, también en el lado izquierdo, se menciona cómo era la estructura del Priorato allá por 1481. Se diferencia de la que se propuso en los estatutos de 1956, pero tampoco es algo especialmente digno de analizar.

¿Qué les parece?

Este documento es trascendental en la mitología del misterio de Rennes-le-Château y su versión extendida, gracias a la introducción de la fantástica Orden del Priorato de Sion. De hecho, lo referente a Rennes ha quedado como un mero capítulo secundario de una monumental historia y su único aporte queda en aquellos pergaminos que encontró nuestro querido cura y que ayudaron a aclarar las dichas dinastías de los descendientes merovingios.

Aquí, en una sola página, está concentrada la historia mítica que Plantard se inventó para dotar de alta alcurnia a aquella orden que fundó en 1956. Hasta este momento sabíamos que tenía que ver con el linaje secreto de los merovingios y con el tema del hallazgo de Saunière, como nos mencionan los dos primeros *Dossiers* —el de Lobineau y el de Madeleine Blancasall—. Ya en el duelo dialéctico entre Lionel

Burrus y S. Roux se mencionaba que la descendencia merovingia había estado detrás de todas las grandes herejías, desde los cátaros a los masones, pasando por los templarios. Ahora, en este monumental documento inventado, se deja claro que el Priorato de Sion, con sus diferentes nombres, había estado detrás de la fundación de la Orden del Temple, hasta el punto de que los nueve primeros maestros de ambas órdenes fueron los mismos.

Pero a partir de 1188, tras la «tala del Olmo» de Gisors, que entra en la historia de nuevo, las órdenes se separan: el Temple sigue por su camino y el Priorato de Sion, por el suyo. Lo curioso es que de la historia en sí del Priorato no se dice apenas nada más. Solo se aporta una enorme carnada para que los investigadores de los años siguientes completen la obra definitiva. Y es que lo más hábil de toda la trama que se inventó Plantard —y compañía— es la prodigiosa lista de supuestos grandes maestros del Priorato que se aporta aquí, al margen de su dudosísima veracidad, ya que, como pudieron demostrar perfectamente Michael Baigent, Richard Leigh y Henry Lincoln en *El enigma sagrado*, todos esos nombres tienen varias cosas en común: casi todos estuvieron relacionados con su antecesor y su sucesor; unos por vía familiar, otros por amistad, otros por pertenecer a los mismos colectivos en las mismas épocas. Muchos de ellos, sobre todo a partir del siglo XVI, están relacionados con el ocultismo, la alquimia, las sociedades secretas y la masonería. Y todos estuvieron relacionados con lugares claves de la historia (Gisors, Orléans, Bourges, Stenay...).

Estaría muy bien analizarlos aquí, pero no es el objetivo de esta obra entrar en detalles pormenorizados de esto. Pero que conste que nos quedamos con las ganas...

Sea como fuere, lo que hay que reconocer es que detrás de este papelajo hay un trabajo enorme de erudición. Quienquiera que lo hiciese tuvo que investigar sobre los primeros años de los templarios y aportar una lista de grandes maestros —curiosa, como veremos—, la historia de la abadía aquella del monte Sion de Jerusalén, y la otra del Priorato del Saint-Samson en Orléans. Pero además tuvo que empaparse en la historia de varias familias locales —los de Bar, los Saint-Clair, los Anjou—, y en la de varios personajes famosos pertenecientes tanto al mundo de la alquimia —Nicolas Flamel, Robert Fludd— como al de las sociedades secretas —J. Valentín Andrea, Charles Radclyffe, Charles Nodier, Claude Debussy—, o al mundo del ocultismo en general —Isaac Newton, Leonardo da Vinci, Robert Boyle, Victor Hugo.

Y la verdad es que, desde su lógica interna, casi todo encaja.

Es una pena que sea una grandísima mentira.

Una grandísima mentira que no se detendrá aquí, pues el mismo año que salió este documento, 1967 (en abril), iba a ver la luz la obra fundacional del mito de Rennes-le-Château: *El oro de Rennes*, de Gérard de Sède.

***El oro de De Sède***



Se conocieron en 1960. Plantard se puso en contacto con el escritor tras leer un artículo suyo en el diario *Ici Paris* sobre el tema del tesoro de Gisors, como ya hemos comentado anteriormente. Y a partir de entonces, nuestro protagonista colaboraría con el escritor en su futura obra sobre el tema, *Los templarios están entre nosotros*, que se publicó en 1962. Como ya sabemos, la tesis principal de aquel libro —que el tesoro que encontró Lhormoy era el tesoro del Temple— y las pruebas principales —claramente fabricadas— fueron aportadas por Plantard. Pero, además, Plantard usó aquella obra para exponer por primera vez a la luz pública el Priorato de Sion, aquella orden que había inscrito en el registro en junio de 1956 y que entre 1964 y 1967 fue desarrollándose en los *Dossiers Secrets*.

Por otro lado, el último de los *Dossiers* aparece en abril de 1967. Ese mismo año se publica *L'Or de Rennes ou la Vie insolite de Bérenger Saunière, curé de Rennes-le-Château*, escrito por Gérard de Sède, claramente inspirado por algunos de estos *Dossiers*<sup>[53]</sup>. Como podemos comprobar, la versión ofrecida en el libro de De Sède coincide totalmente con la dada por los *Dossiers* sobre el tema de Rennes-le-Château... Excepto en una cosa: no se menciona la implicación directa de miembros del Priorato de Sion. Curioso esto. Es más, al Priorato apenas se le menciona.

Pero hay que tener en cuenta que estos documentos no estaban al alcance de cualquiera ni habían sido editados comercialmente. En 1967 solo los que los habían depositado en la Biblioteca Nacional de París tenían acceso a ellos. Y solo pudieron ser ellos los que se los filtraron a De Sède, que en su libro dice, al hablar de la posible teoría merovingia, que fue inspirada por «dos obras muy singulares publicadas en estos últimos años en Ginebra con una tirada muy pequeña y cuyos autores se disimulan bajo seudónimos evidentemente simbólicos<sup>[54]</sup>» —se refiere, por supuesto, a la obra de Blancasall y a la primera de Lobineau.

Por otro lado, al hablar de los pergaminos, menciona que «me confiaron tras muchos titubeos dos documentos, jurándome que los mismos me pondrían sobre la pista del más insólito asunto que darse pudiera. Eran las copias de dos de los pergaminos hallados por Bérenger Saunière bajo el altar<sup>[55]</sup>...». Sin duda, como sabemos, fue Plantard quien le filtró también los dichosos pergaminos.

Queda claro que en esta obra colaboró muy activamente Pierre Plantard, suministrando, como en la ocasión anterior sobre el tema de Gisors, material supuestamente confidencial que marca los puntos clave del libro de De Sède. Pero la cosa en realidad fue un poco más allá: Plantard cobró dinero por su trabajo. Según mencionan algunos autores<sup>[56]</sup>, en el contrato con la editorial parisina Juillard, una parte de los derechos de autor iban para nuestro protagonista. Incluso hay quien asegura que un 60% iba para Plantard y un 40% para De Sède, ya que el primero fue el verdadero autor del montante del libro<sup>[57]</sup>. Y además, parece ser que De Chérisey también cobraba un poquito por el tema de los pergaminos. Pero cuando salió en 1968 la edición de bolsillo con la editorial J'Ai Lu, De Sède se quedó todos los

beneficios. Desgraciadamente, no hemos encontrado constancia documental de esto; pero sí de que Plantard se quejó de varias modificaciones en la obra, entre ellas la manipulación de algunas fotografías.

La relación entre ellos acabó mal. Tanto que años después Gérard de Sède escribió varias obras (como *Rennes-le-Château: les dossiers, les impostures, les phantasmes, les hypothèses*, de 1988) en las que pretendía descalificar a Plantard, aunque siempre manteniendo que a él le habían engañado y que había caído en una trampa..., cuando lo cierto es, parece ser, que fue un fiel colaborador en la trama y que llegó a intentar estafar en alguna que otra cosilla, como veremos más adelante.

## CAPÍTULO 27

### Inspiración

Pero queda una cuestión. ¿Quién es el autor real de todos estos documentos? Lógicamente, detrás de ellos está Pierre Plantard, pero sabemos que no los hizo solo, sino que fueron realizados en colaboración con Philippe de Chérisey, un colega suyo del que alguna vez hemos hablado y que se va mereciendo un pequeño estudio.

Resulta que este señor, nacido el 13 de febrero de 1923 en el seno de una familia pudiente y noble de la Lorraine, se convirtió en actor, en contra de los deseos de sus padres, en 1946, y apareció en varias decenas de películas en papeles secundarios (entre ellas *Juegos prohibidos*, de René Clément, 1951). Era una persona con formación y de hecho se sabe que comenzó a estudiar Derecho, aunque no terminó la carrera.

Además, como Gérard de Sède, estuvo relacionado con movimientos surrealistas, y fue miembro de lo que se conoce como el Colegio de Patafísica, un extraño movimiento cultural francés de mediados del siglo xx inspirado en la obra de un tal Alfred Jarry *Gestas y opiniones del Doctor Faustroll, patafísico*, que la describe como «la ciencia de las soluciones imaginarias». Se trataba de una irónica oposición a las academias de arte y ciencias, y en ella, más que apoyarse en las reglas generales que marcan la ciencia, se apoyaba en las excepciones, en lo particular, en lo absurdo. Se trata de relativizar el fundamentalismo académico con una apelación a lo ridículo, al instinto, al surrealismo. Así, se dedican a maquinar estudios eruditos sobre ciencias inventadas o inútiles, como la Liricopatología, la Cocodrilogía o el Alcoholismo Estético. Publicaban pequeñas revistas, de tirada muy limitada, en las que dejaban enigmas, incongruencias y misterios, en medio de estudios supuestamente eruditos, para que el lector le diese vueltas a la cabeza. Viene a ser un juego alocado en el que se pretende apelar a la emoción dejando a un lado la razón. Uno de los principales miembros de este curioso movimiento patafísico fue nuestro Fernando Arrabal, pero también tenemos a gente de la categoría de Eugène Ionesco, Joan Miró, Umberto Eco o Marcel Duchamp.

¿Os suena de algo todo esto? ¿Es posible que esta fuese la intención original de la participación de De Chérisey en todo este embrollo? La verdad es que, sabiendo esto, da que pensar su intención al colaborar con Plantard en toda esta trama...

Sea como fuere, poco después de esto, Philippe de Chérisey comenzó a relacionarse con Pierre Plantard —aunque hay quien afirma que se conocían desde la época de la universidad—. Se sabe que a principios de los sesenta ambos estuvieron en Rennes-le-Château y en la zona. Y sabemos también que ambos tuvieron que ver con el tema de los pergaminos. De hecho, Plantard reconocería que los pergaminos que aparecieron en los sesenta habían sido hechos por De Chérisey, aunque eran copias exactas de los originales a los que había añadido varias marcas y subrayados. A final de los setenta, Henry Lincoln se reunió con él y le preguntó a qué se debían aquellas marcas que había hecho en los textos codificados. De Chérisey dijo: «Para entretener a los laicos». «Pero ¿por qué?», le preguntó Lincoln. «Soy un artista<sup>[1]</sup>».

En 1978, en su propia obra titulada *El enigma de Rennes*, De Chérisey dijo lo siguiente al respecto:

*Estando en Rennes-les-Bains en 1961, me enteré de que, después de la muerte del abate, el ayuntamiento de Rennes-le-Château se había quemado (con sus archivos) y aproveché la oportunidad para inventarme que el alcalde había hecho una copia de los pergaminos que había descubierto el abate. Entonces, a propuesta de Francis Blanche [¿?], me dediqué a elaborar una copia codificada inspirada en pasajes de los Evangelios y a descodificar lo que había codificado. Al final conseguí que los frutos de las largas horas dedicadas llegaran a Gérard de Sède. Este hecho incluso superó mis expectativas<sup>[2]</sup>.*

Falleció repentinamente el 17 de julio de 1985, por unas complicaciones relacionadas con una operación rutinaria.

Ese mismo año, Pierre Plantard envió una carta al investigador Pierre Jarnac, que en su obra *Histoire du Trésor de Rennes-le-Château* propuso que era el autor de los *Dossiers*, y culpaba a De Chérisey del tema. Dijo: «¿Por qué me asocia con semejante certeza con las obras del señor Philippe de Chérisey? ¿Por qué intenta atribuirme una docena de obras y publicaciones excéntricas<sup>[3]</sup>?». Plantard, de hecho, un año antes, en su supuesta carta de renuncia como gran maestro —de lo que hablaremos más adelante— también repudiaba estos textos.

Lo más probable es que, en realidad, como en el tema de los pergaminos, ambos, Plantard y De Chérisey, trabajaran juntos y fueran los autores de los *Dossiers*. Entre los dos crearían una compleja fábula con delirantes pretensiones históricas. Y puede que De Chérisey lo hiciera con una sonrisa cínica, rememorando aquellos viejos tiempos de la patafísica.

Por cierto, existe otro curioso movimiento literario francés que entroncaría con este: se trata de lo que se conoce como Oulipo (en francés, Ouvroir de Littérature Potentielle), creado en noviembre de 1960 por Raymond Queneau y François Le

Lionnais, y secundado por un variopinto grupo de escritores, matemáticos y pintores relacionados con el Colegio de Patafísica. Pretendían crear complejas obras literarias en las que se incluyen criptogramas, códigos, símbolos, juegos de palabras y mentiras mezcladas con verdades, construyendo una estructura lógica interna con la única intención de perturbar e inquietar al lector. Claro, una de las claves es no decir nunca que se trata de una farsa. Los miembros solían definirse con frases como «Ratas que deben construir ellas mismas el laberinto del cual se proponen salir»...

Llegados a este punto, surge una cuestión. ¿De dónde sacaron toda esta información? ¿Hubo algún precedente en el que se inspiraron?

Vayamos por partes e intentemos comprender de dónde le vino a Plantard la idea de toda esta trama y cuáles fueron sus fuentes de información, en la medida de lo tremendamente difícil que es desenredarla, dada la escasa información que tenemos sobre nuestro protagonista y lo escurridizo de sus actuaciones.

### ***Templarios y Masones***

Comencemos con los templarios. Como hemos visto en nuestro análisis de los *Dossiers Secrets*, el supuesto Priorato de Sion pretende haber estado relacionado con la desaparecida Orden del Temple. Tanto que incluso se dice que fue una creación suya. Pero en realidad esta idea —asociar la extinta orden con una sociedad secreta moderna para dotar de esplendor un supuesto pasado, en la mayoría de los casos, inexistente— se había dado anteriormente, especialmente en sociedades relacionadas con la masonería.

De hecho, muchos investigadores consideran que en el origen de la masonería estaba la herencia templaria. Hay quien considera que algunos templarios sobrevivieron en Escocia y que posteriormente, en el siglo XVII, llegaron a Inglaterra, cuando subió al trono el rey escocés Jacobo VI (1566-1625). Sea como fuere, si hay una relación, tiene que ser muy antigua, lo que dificulta las pruebas.

Un personaje esencial en esta asociación entre masonería y templarios fue el barón Karl Gotthelf von Hund und Altengrotkau (1722-1776), que aseguró que en 1743, en París, había sido iniciado en una orden masónica del Temple, donde se le hizo entrega de la auténtica «Historia de la masonería» y donde, además, se le autorizó para fundar logias en base a tal línea de autoridad. Su nuevo Rito de Estricta Observancia Templaria tuvo bastante éxito: su primera logia la formó en Kittlitz en 1754, y de ahí se extendió rápidamente por Alemania, Francia, Suiza y Rusia.

Aquella supuesta «Historia de la masonería» le había sido proporcionada, según afirmó, por unos contactos anónimos a los que llamó *los superiores desconocidos*, y entre otras cosas afirmaba que tras la disolución del Temple, muchos de sus miembros se alojaron en Escocia. Allí se asentaron y crearon escuela, y tiempo después estuvieron relacionados con la causa jacobita<sup>[4]</sup> en París, un movimiento

político que intentó restaurar en los tronos de Inglaterra y Escocia a los miembros de la casa de Estuardo. Además, presentó una lista de los grandes maestros de la Orden templaria, tanto de los anteriores a la disolución como de los posteriores.

¿Y saben una cosa? La lista es idéntica a la que aparece en los *Dossiers Secrets*, algo sumamente curioso, ya que pocos investigadores se ponen de acuerdo sobre la historia primigenia de la Orden del Temple. Esto demuestra que, sea quien sea el que elaboró estos textos, estaba al tanto de la lista de Von Hund, que no era especialmente fácil de conseguir.

Sea como fuere, Von Hund fundó las bases de una masonería templaria que perdurará hasta la actualidad a partir de nuevos ritos y obediencias, pero su sistema no perduró, en parte por culpa de aquellos supuestos *superiores desconocidos*, que restaban credibilidad a su propuesta y le dificultaban demostrar esos orígenes templarios. Por otro lado, otras formas de masonería, sobre todo francesas, no estaban muy de acuerdo con esa relación con el Temple —consideraban a la Orden como subversiva y pensaban que un renacer conllevaría problemas con sus enemigos declarados, los culpables de su caída: la monarquía francesa y el Vaticano.

Fruto de esto surgen dos conferencias masónicas, una en Lyon (1778) y otra en Wilhelmsbad (1782), en las que se rechazó el Rito de la Estricta Observancia Templaria, y en las que se creó uno nuevo, el Rito Escocés Rectificado, en el que se renunciaba a la filiación templaria. Aunque solo supuestamente, ya que este nuevo rito tiene una orden interna llamada Caballeros Bienhechores de la Ciudad Santa que apela a los pobres caballeros de Cristo que fundaron el Temple, aunque renunciando a la orden rica y poderosa en que sus sucesores la convirtieron a lo largo del tiempo. El principal responsable de este nuevo rito fue Jean-Baptiste Willermoz (1730-1824), que creó la estructura del régimen y su doctrina. (Recordemos, por otro lado, que algunos investigadores han propuesto que Bérenger Saunière pertenecía a este rito, al igual que algunos de los colaboradores de Plantard en *Vaincre...*). Este Rito Escocés Rectificado, claramente cristiano y caballeresco, tenía relación además con otro movimiento, la Orden Martinista, una orden cristiana esotérica en la que el poder de Cristo se mezcla con la presencia de «espíritus» de orden superior —con los que pretendían contactar...— y que surge a raíz de las actividades de dos señores: Louis-Claude de Saint-Martin (1743-1803), conocido como el Filósofo Desconocido, y Joachim Martinès de Pasqually (1727-1774), fundador de una orden semimasónica y semimágica llamada Orden de los Cohen Elegidos (*cohen* significa «sacerdote» en hebreo), en la que el primero destacó enormemente. Esta orden es considerada por los masones del Rito Escocés Rectificado como uno de sus pilares espirituales, y el propio Willermoz fue iniciado en ella. Posteriormente, en 1890, Papus (Gérard Encausse) y Augustin Chaboseau crearon la Orden Martinista, inspirados por las enseñanzas de Saint-Martin y Pasqually y con elementos del Rito de la Estricta Observancia de Von Hund. Tuvo una gran difusión, y se crearon logias en Francia, Gran Bretaña, Estados Unidos y Sudamérica.



Resumiendo: el Rito Escocés Rectificado es el Rito de la Estricta Observancia Templaria de Von Hund con un envoltorio distinto y con elementos martinistas.

Por otro lado, hay que decir también que el barón Von Hund no fue el primero que introdujo a los templarios en la masonería. Unos años antes, hacia 1750, surge el primer relato documentado de esta relación, procedente de la Orden de la Rosacruz de Oro de Alemania, la primera sociedad rosacruz conocida. En realidad esto de los rosacruces venía de atrás: entre 1614 y 1615 circularon por Alemania dos obras anónimas, *Fama Fraternalitatis* y *Confessio Fraternalitatis*, en las que se relata la vida y obra de un personaje legendario llamado Christian Rosenkreutz (alemán nacido, supuestamente, en 1378) que durante años se dedicó a viajar —entre otros sitios, por Tierra Santa y Egipto— estudiando las ciencias ocultas. En 1407, a su regreso, fundó la Orden Rosacruz. Fallece en 1484 —será enterrado en un lugar secreto iluminado por un «Sol Interior»— y la Orden desaparece con él. Pero supuestamente, en 1604, su tumba fue descubierta y la Orden renació. En 1616 aparece una tercera obra, *Las bodas alquímicas de Christian Rosenkreutz*, en la que se introducen elementos relacionados con la alquimia y que se ha atribuido a Johann Valentin Andreae (1586-1654), al que también se le atribuyen los anteriores opúsculos y que aparece como gran maestro del Priorato en los *Dossiers Secrets* —junto con Robert Fludd o Isaac Newton, habitualmente relacionados con los rosacruces y la alquimia—. Sea como fuere, estos supuestos rosacruces tuvieron bastante que ver con el florecimiento posterior de la masonería y con el tiempo ganaron una gran presencia, con una enorme proliferación de logias, sobre todo desde mediados del siglo XIX.

Y tuvieron mucho que ver también con Plantard, que incorporó esta tradición del rosacruz al Priorato, el cual, no en vano, era llamado Ordre du Rose-Croix Veritas. De hecho, se dice que «Desde 1306 solo existe una orden, el Priorato de Sion [...] [cuyos] miembros de grados 5.º y 6.º, a causa de sus escudos de armas, fueron los célebres Rosa Cruz<sup>[5]</sup>».

Todos estos ritos y sociedades (Rito Escocés Rectificado, rosacruces, martinistas y templarios) convergen en el Priorato de Sion, que de alguna manera pretende convertirse en la «orden nodriza» de todas, pero que, sin embargo, utilizó elementos de ellas para crearse. En realidad, todas esas órdenes y ritos están relacionados entre sí.

Pero Plantard y Von Hund no fueron los únicos en apropiarse del antiguo esplendor templario para justificar sus creaciones. En 1804, un tal Bernard-Raymond Fabré-Palapat (1773-1838) fundó la Orden Antigua y Militar del Templo de Jerusalén (OAMT). Este señor aseguraba tener una carta, conocida como Carta de Larmenius, escrita por un tal Johannes Marcus Larmenius, que, según se cuenta, había sido nombrado maestro de la Orden por el mismísimo Jacques de Molay (1244-1314, último gran maestro del Temple). Además, el documento llevaba las firmas y nombres de todos los siguientes grandes maestros, secretos. Obviamente, los historiadores lo consideraron una estafa. Es curioso que aquella carta repudiase a los

desertores templarios escoceses —junto a los hospitalarios, herederos de parte de la fortuna del Temple—, y jurase vengarse de ellos. Es decir, renegaba de la tradición masónico-templaria escocesa. Este señor, además, aseguraba tener un documento llamado *Levitikon*, que sería una versión del Evangelio de Juan con matices gnósticos que dijo haber encontrado casualmente en una librería. Este documento le sirve de base para crear unos años después, en 1828, la Iglesia Neotemplaria de San Juan, con la que pretendía apelar a un cristianismo de origen en el que Cristo se muestra como un maestro iniciado en los misterios de Osiris, no como hijo de Dios; pero también esta Iglesia se declaraba juanista, como su propio nombre indica, ya que, según planteaban, san Juan fue el discípulo que heredó los conocimientos y saberes de Cristo y el que creó una escuela secreta que perduró hasta la época de Fabrè-Palaprat y que, además, tuvo que ver con la creación de los templarios...

Los parecidos entre las propuestas de este señor y las de Plantard son más que significativos. Y posiblemente aquel, como este, era un mero estafador oportunista que se sacó de la manga unos papeles creados por él mismo o por algún secuaz para montarse un negocio.

Por último, cabe mencionar otra orden templaria interesante y con bastantes semejanzas con el Priorato de Sion: la OTO, Ordo Templi Orientis (Orden de los Templarios de Oriente), fundada por Karl Kellner y Theodor Reuss a finales del siglo XIX, y que apelaba, como suelen hacer las organizaciones masónicas de reciente creación, a un pasado esplendoroso relacionado con todos (templarios, gnósticos, caballeros de San Juan, caballeros de Malta, rosacruces, Rito de Memphis, Rito de Mizraím, martinistas, Rito Escocés...), y que, por otro lado, también tenía maestros prestigiosos, como Goethe, Wagner, Nietzsche, entre los contemporáneos, o Mahoma, Osiris, Simón el Mago o Apolonio de Tiana, entre los antiguos. Entre sus grandes maestros (reales) se cuenta, por cierto, al gran Aleister Crowley (1875-1947) y a un personaje relacionado con Pierre Plantard, Georges Monti, supuesto fundador de Alpha-Galates.

Por cierto, uno de estos ritos tiene que ver con la historia de Rennes-le-Château: el Rito de Memphis, que luego se fusionó con el de Mizraím, fue fundado en 1838 por Jacques-Étienne Marconis de Nègre (de la misma familia que Marie de Nègre, marquesa de Blanchefort).

### ***Priorato del Monte Sion***

Siguiendo nuestro estudio sobre las influencias y fuentes de Plantard, según los *Dossiers Secrets*, el Priorato de Sion fue creado por Godofredo de Bouillon, quien fundó en Jerusalén la abadía de Nôtre-Dame du Mont Sion en el 1090. En los *Dossiers* se dice que la caída de Jerusalén, en 1187, provocó que «los monjes iniciados de Sion regresasen a Francia. A su retorno de las cruzadas, a Luis VII le

acompañaron 95 miembros de la Orden de Sion. Estos religiosos se establecieron en el gran Priorato de Saint-Samson de Orléans»; y a continuación menciona una lista de los miembros de esa orden entre 1152 y 1281. Se trataría de la sociedad llamada Ormus: «Entre 1188 y 1306 la Orden adopta el nombre de ORMUS, ya que una parte de sus miembros vivieron con los monjes del Priorato del Monte Sion. Desde 1306 solo existe una orden<sup>[6]</sup>».

Bueno, pues resulta que esta historia ya se contaba, como señalan Lynn Picknett y Clive Prince<sup>[7]</sup>, un tiempo antes: en 1887 un historiador francés, el barón Emmanuel-Guillaume Rey (1837-1916), publicó un artículo —transcripción de una conferencia suya— titulado «Los estatutos de la abadía del monte Sion». En dicho artículo contaba exactamente la misma historia: Godofredo fundó la Orden de la Abadía de Sion, pero tras la caída de Jerusalén, algunos de sus monjes se trasladaron a Francia y fundaron el Priorato de Saint-Samson en Orléans. De hecho, este historiador proporcionó datos sobre las propiedades de esta orden y sobre los abates que la gobernaron gracias a su investigación en los archivos del propio priorato real. ¿Y saben qué? Esa lista coincide exactamente con la lista de grandes maestros de la Orden que aportan los *Dossiers Secrets*.

No cabe duda de que esta es la fuente que usó Plantard.

Pero hay una cosa curiosa: a Emmanuel Rey le ayudó en su investigación un señor llamado Jules Doinel (1842-1902), un archivero y masón que tiempo después se interesó por el gnosticismo, tanto que en 1890 fundó su propia iglesia gnóstica, con tendencias cercanas al catarismo, de la que se autoproclamó patriarca y que tuvo bastante éxito en los salones ocultistas de París de finales del XIX y principios del XX —Papus, por ejemplo, fue también ordenado obispo de esta iglesia—. Pero como hemos dicho era archivero, y desde 1890 fue nombrado conservador de los Archivos Departamentales del Aude, en Carcassonne, puesto que ocupó hasta su muerte. Además, fue secretario de la Société des Arts et des Sciences de Carcassonne, aquella a la que perteneció Henri Boudet. Allí, durante su estancia en Carcassonne, escribió sobre los merovingios una obra (*Note sur le roi Childéric III*, 1899) en la que acusaba a los carolingios de haberles usurpado el trono, y otra anterior sobre Blanca de Castilla (*Histoire de Blanche de Castille*, 1887). Por cierto, en esta época estaba ya Bérenger Saunière en Rennes-le-Château...

Sin duda, una gran parte del mito creado en los *Dossiers Secrets* por Pierre Plantard tuvo que sustentarse en los archivos de Doinel, a los que tuvieron acceso en los sesenta, ya que formaban parte de los Archivos Departamentales del Aude.

Ah, por cierto. En el Priorato de Saint-Samson de Orléans estudió Émile Hoffet, personaje altamente recurrente en esta trama...

Por otro lado, el nombre Ormus, que adoptó el Priorato entre 1188 y 1306, procede del Rito de Memphis, aquel rito egipcio creado en 1838 por un familiar de Marie de Nègre, Jacques-Étienne Marconis, y relacionado con el Rito Escocés Rectificado. En su cosmogonía se dice que el maestro primigenio de esta escuela fue

un sacerdote egipcio de Serapis, Ormus, que fue convertido al cristianismo por san Marcos y que fundó una sociedad, los Hermanos de Ormus, para desarrollar esta forma a mitad de camino entre cristianismo y religión egipcia. Supuestamente su símbolo era una cruz roja (rosa-cruz).

### «*Et in arcadia ego*».

Por último, una curiosidad que igual puede explicar la utilización por parte de Plantard de la dichosa inscripción de la obra de Poussin *Los pastores de la Arcadia*, «ET IN ARCADIA EGO», convertida en eslogan del Priorato y de la familia Plantard. En una colección de ensayos del político y escritor francés Maurice Barrès (1862-1923), titulada *Le Mystère en pleine lumière* (publicada póstumamente en 1926), se habla de una sociedad mística y antigua compuesta por artistas —entre los que se encontraba, por ejemplo, Delacroix— que se caracterizaban por hablar o mostrar ángeles en sus obras —hay quien ha querido ver aquí una referencia a la Sociedad Angélica a la que se dijo pertenecía Jules Verne—. Curiosamente, el código que emplean, según Barrès, para identificarse los miembros de esa supuesta sociedad es «Et in Arcadia ego», que siempre debía aparecer en alguna parte de sus pinturas o en algún momento de sus textos.

Esto no sería raro si no fuese porque este autor, relacionado también con los ambientes masónicos y ocultistas de principios de siglo xx en París —era amigo de Debussy y de Papus—, es mencionado en varias ocasiones por su implicación en este misterio. De hecho, tiene una obra muy conocida titulada *La Colline inspirée* (La colina inspirada), de 1913, en la que se habla de la abadía del monte Sion-Vaudémont, un centro de peregrinaciones de la Lorraine francesa que se vio muy afectado por la Revolución francesa. Hacia 1830, los tres hermanos Baillard (Léopold, François y Quirin), todos sacerdotes, decidieron dedicar su vida a reconstruirla. Curiosamente, los tres hermanos se hicieron seguidores del místico Eugène Vintras (1807-1875), el fundador de la secta conocida como El Monte Carmelo, por lo que fueron excomulgados. La obra de Barrès habla precisamente de la expulsión de esa fraternidad religiosa, los Oblatos de Sion, de una montaña llamada también Sion; entre otras cosas, se dice que parte de las obras de reconstrucción de los hermanos Baillard fueron pagadas por donaciones de los Habsburgo...

## CAPÍTULO 28

### La historia continúa

Tras el enorme éxito de *El oro de Rennes* (1967), hay un extraño parón en la historia de Plantard, cuyos motivos desconocemos. Sabemos que su mujer, Anne-Léa Hisler, falleció en 1971 y que, poco después, se casó con una tal France Germaine Cavaille, con Philippe de Chérisey como padrino. De este matrimonio nacería su hijo, Thomas Plantard (futuro y supuesto gran maestro del Priorato). Por esta época entra en acción un personaje trascendental en la trama, el guionista televisivo Henry Lincoln, que en 1969, durante unas vacaciones de verano en Francia, se topó con el libro de De Sède y se quedó enganchado al misterio de Rennes-le-Château. Tanto que consiguió convencer a la BBC para que produjese un documental sobre el tema, como comentábamos en capítulos anteriores. Así, tras reunirse con De Sède y visitar el pueblo, rueda el documental, que se estrenó con gran éxito el 12 de febrero de 1972. Se tituló *The Lost Treasure of Jerusalem*.

Pero al año siguiente, 1973, el Mito renace. Y además se muestra a un público cada vez más mayoritario. Así, el 13 de febrero de 1973 en *Le Midi Libre* apareció un extenso reportaje sobre el Priorato de Sion, Saunière y el misterio de Rennes-le-Château, en el que se incluía una novedosa afirmación: el último vástago de la casta merovingia y, por lo tanto, candidato al trono de Francia era el político Alain Poher (1909-1996), que había sido presidente interino de Francia durante unos meses en 1969 tras la dimisión del general De Gaulle —y también presidente del Parlamento europeo entre 1966 y 1969—. Además, al año siguiente, 1974, volvió a ser presidente provisional unos meses tras la muerte de Georges Pompidou, y entre 1968 y 1992 fue presidente del Senado francés —de hecho, lo era en la época en la que apareció el artículo—. El caso es que en las genealogías de Lobineau aparecían los condes de Poher. Y este no dijo nada al respecto. Igual ni se enteró.

Ese mismo año, 1973, Gérard de Sède regresó al tema con una obra fascinantemente perturbadora: *La Race Fabuleuse. Extra-Terrestres et Mythologie Mérovingienne*, en la que plantea una teoría brutal y desconcertante. Resulta que los merovingios son descendientes de extraterrestres, de ahí su sangre sagrada... En esta obra se saca de la manga un supuesto informador, el marqués de B., cuya identidad se desconoce, y que, entre otras lindezas, dice cosas como que «Si la sangre sagrada de

los merovingios, que conlleva unos rasgos genéticos hereditarios tangibles, da fe de un cruce de especies muy antiguo, cuya evolución comenzó en otro planeta y continuó en el nuestro durante un tiempo, entonces, por muy sorprendente que parezca, descendientes de extraterrestres gobernaron Francia en el pasado<sup>[1]</sup>». Por otro lado, en esta historia no se menciona para nada el tema de Rennes-le-Château.

En octubre de 1973 —vemos que este fue un año importante para el desarrollo del Mito—, la famosa revista *Le Charivari* propone a Jean-Luc Chaumeil —un poeta y pintor mediocre que escribiría varias obras sobre el tema, entre ellas *El tesoro del triángulo de oro* (1979)— que colaborase en un artículo sobre el Priorato. La cosa se manifestó en un número especial dedicado al tema, en el que se incluía una entrevista con Pierre Plantard. Pero, además, incluía unas fotografías que, aseguraban, eran las del tesoro de Rennes-le-Château, que había sido vendido por Saunière a los Habsburgo a través del Banco Fritz Dörge. En realidad se trataba de un montaje, pues las fotografías correspondían a un tesoro del siglo VI que se había encontrado en Petrossa (Rumania) en el siglo XIX. Curiosamente, en esta historia está implicado Gérard de Sède, que unos meses antes había intentado vender las fotografías a Henry Lincoln, como veremos dentro de unas páginas.

En aquella edición de *Le Charivari*, además, aparece un pequeño perfil de Pierre Plantard escrito, al parecer, por su esposa, Anne-Léa Hisler, para *CIRCUIT*. En ella se dice que «Este psicólogo (sic), era amigo de personajes tan diversos como el conde Israël Monti, uno de los hermanos de la Santa Vehm, Gabriel Trarieux d'Egmont, uno de los trece miembros de la Rose-Croix, Paul Le Cour, el filósofo de la Atlántida, el abate Hoffet, del servicio de documentación del Vaticano...», pero además se le considera un «doctor en ciencias arcanas [...], un místico de la paz, un apóstol de la libertad, un asceta cuyo ideal es servir al bienestar de la humanidad<sup>[2]</sup>».

Por aquella época aparecieron varios reportajes en la revista que editaba Chaumeil, *Pégase*, con entrevistas a Plantard y De Chérissey, en los que se ahondaba en el Mito sin ofrecer nada nuevo. Eso sí, en aquella época Plantard no se cortaba en decir que era el descendiente legítimo de Dagoberto II y, por lo tanto, heredero al trono francés.

Por otro lado, tras el éxito del primer documental de Lincoln, la BBC se decidió a realizar una segunda parte, que se estrenaría el 30 de octubre de 1974, con el título de *The Priest, the Painter and the Devil*. Finalmente, cinco años después, gracias a una gran cantidad de información nueva que había recopilado —ya en colaboración con Michael Baigent y Richard Leigh—, verá la luz un tercer documental, *The Shadow of the Templars*, que se estrenó el 27 de noviembre de 1979.

## ***Le Cercle D'Ulysse***

En 1977 aparece un nuevo panfleto, sumamente interesante, en la Biblioteca



Nacional, elaborado por un tal Jean Delaude —un claro pseudónimo, ya que sabemos que en realidad fue obra de Philippe de Chérisey— y titulado *Le Cercle d'Ulysse*. El texto comienza planteando que detrás de la obra de René Descadeillas, *Rennes et ses derniers seigneurs*, y de *El oro de Rennes* de Gérard de Sède, se esconde otro autor real, cuyo nombre no se menciona. (Curioso, porque sobre la obra de De Sède sabemos de la implicación de Plantard, pero no hay constancia de que interviniese en la de Descadeillas). A continuación pasa a contar la que denomina «auténtica historia» de Rennes-le-Château: propone que en 1885 Bérenger Saunière recibió la visita de un representante de la condesa de Chambord, viuda del candidato al trono francés, Carlos X (1757-1836), que, asegura, había formado un movimiento merovingio que aún existiría y que se llamó Le Cercle du Lys, formado por trescientos cincuenta fieles. A nuestro abad le pagaron tres mil francos para que buscara unos documentos en su iglesia de Santa María Magdalena —así como varios pagos posteriores, que llegaron a un total de veinte mil francos—; así que el cura se pone a remodelar el templo, y encuentra en el suelo frente al altar tres pergaminos y una marmita llena de piezas de oro que venderá a un orfebre de Perpignan. «Las piezas de oro pasaron a un extranjero, un relativamente conocido numismático: Leo SCHIDLOF, que donó algunas en 1908 a un joven seminarista llamado Joseph COURTAULY<sup>[3]</sup>». Nombres comunes, lugares comunes...

Los pergaminos encontrados serían las mismas genealogías que mencionan los *Dossiers Secrets*. Saunière marcha a París con ellos, en 1892, a ver al abad Bieil de Saint-Sulpice, siguiendo las órdenes del obispo Billard —afirma incluso que hay pruebas de ello en el libro de registro del abad, donde firmó Saunière—. Allí conocerá a Émile Hoffet, que estaba pasando unos días en la capital francesa —así solucionan el problema de que en aquella época no estaba en París, sino estudiando en Holanda—. Además conocerá a Debussy, que a su vez le presentará a Charles Plantard, «con el que mantendrá posteriormente correspondencia<sup>[4]</sup>», y a Emma Calvé.

Menciona aquí una novedad sustancial que tiene relación con la historia posterior: dice Delaude que al morir Saunière, en 1917, legó a su sobrina *mademoiselle* James «unos viejos papeles (pergaminos)» que años después «en octubre de 1955, vendió por 250 000 francos a dos ingleses, el capitán Ronald STANSMORE y Sir Thomas FRAZER, de la Ligue Internationale de la Librairie Ancienne<sup>[5]</sup>». Menciona además que en «agosto de 1938, el pequeño hijo de Charles Plantard [Pierre Plantard] pasó una semana con Marie Dénarnaud, la antigua criada del abad Saunière. Ella le donó toda la correspondencia de su señor, así como otros archivos<sup>[6]</sup>».

Y luego hace una afirmación contundente: «Los supuestos pergaminos presentados por Gérard de Sède son falsos. Los originales fueron fabricados en 1961 por el marqués Philippe de Chérisey y fueron depositados donde el maestro Bocon-Gibot, y así Gérard de Sède se hará con una fotocopia que reproducirá en su libro». Y

dice además que en junio de 1971 De Chérisey publicó una obra sobre Rennes, «con la decodificación original, llamada CIRCUIT<sup>[7]</sup>».

Habla a continuación de Poussin y de la tumba de Arques, «que está situada sobre el meridiano cero», asegurando que antiguamente «tenía una piedra vertical con la inscripción “ET IN ARCADIA EGO”, y que fue transportada en 1789 al cementerio de Rennes-le-Château. Así es exacto que Poussin representó esta misma piedra». De esa forma, «entre 1789 y 1895 esta piedra se convirtió en la losa sepulcral de la tumba de la marquesa de Blanchefort [...] Esta piedra, tratada con un reactivo y fotografiada con infrarrojos en septiembre de 1996, reveló el texto original<sup>[8]</sup>». Propone además que la piedra original de la lápida de Marie de Nègre no era la que todos conocemos, sino una sin ninguno de los errores que la caracterizan.

A continuación narra la historia de la pervivencia merovingia, modificando elementos sustanciales: «Aunque es correcto que Sigeberto recibió el nombre de “Retoño Ardiente”, nunca se ha escrito que fuera hijo de Dagoberto II de Austrasia. Por el contrario, no cabe duda de que era hijo de Bera II y nieto de Wamba, nombrado rey de los visigodos<sup>[9]</sup>». Y propone que Henri Lobineau era en realidad un tal Henri de Lenoncourt, que en 1956 vivía en la Rue Lobineau de París y que era proveedor de Leo Schidlof en medallas y miniaturas... También menciona a Philippe Toscan du Plantier, el que firma el *dossier* titulado *Les Dossiers Secrets d’Henri Lobineau*, del que dice que era un profesor de Filosofía interesado en el tema de los merovingios, pero también en el LSD y la heroína, motivo por el cual tuvo problemas policiales.

Pero hace una afirmación aún más trascendental: «La totalidad de las genealogías fueron publicadas en marzo de 1939 por el abad [¿abad’] Pierre PLANTARD, vicario de la basílica de Santa Clotilde en París. La prueba es simple: el nombre del descendiente actual no aparece en ninguna de las otras obras. El motivo es que el abad Pierre Plantard las codificó en 1939 con el hijo de Pierre V, muerto el 30 de agosto de 1922. Sus descendientes están pura y simplemente excluidos de la genealogía y todos los que la copiaron tuvieron el mismo error<sup>[10]</sup>».

Hablando sobre el Priorato de Sion, menciona una cosa interesante: después de la muerte de Jean Cocteau, en 1963, el siguiente gran maestro, que hasta ahora desconocíamos, es el abad François Ducaud-Bourget (1897-1984). Y dice a continuación lo siguiente: «¿Para qué se está preparando el Priorato de Sion? No lo sabemos, pero representa un poder capaz de enfrentarse al Vaticano en los días que vendrán. Monseñor Lefebvre es un miembro de lo más activo y formidable, capaz de decir: “Tú me haces papa y yo te haré rey<sup>[11]</sup>”».

¿Qué es todo esto? De alguna forma las cosas están cambiando en la historia. Por un lado, se niega ahora que Sigeberto sea hijo de Dagoberto II; reconoce que los pergaminos son falsos; se dice que Plantard es el último heredero de la línea y que en 1939 conoció a Marie Dénarnaud... Pero, además, se menciona a Ducaud-Bourget,

del que, posteriormente, afirmará Plantard que fue el que le inició en el Priorato, y al arzobispo Marcel Lefebvre (1905-1991), del que se asegura que es miembro de la Orden, pero que es conocido por haber criticado abiertamente al papa Pablo VI y rebelarse contra las decisiones del Concilio Vaticano II<sup>[12]</sup>, al igual de Ducaud-Bourget. Ambos, a mediados de los setenta, estuvieron a punto de ser excomulgados. De hecho, Lefebvre fue suspendido *a divinis* en 1976 y años después, en 1988, el papa Juan Pablo II le excomulgó. El papa Pablo VI, refiriéndose a él, dijo en 1972: «Por alguna fisura, había entrado el humo de Satanás en el templo de Dios<sup>[13]</sup>».

Está claro que el autor de este folleto los quería introducir aquí por sus ideas heterodoxas respecto a Roma, aunque fundamentalistas.

¿A qué estaban jugando estos dos? No lo sabemos, pero esta obra de De Chérisey guarda curiosas conexiones con el siguiente documento.

### ***La vraie langue celtique...***

Al año siguiente de aparecer esta obra de Jean Delaude, en 1978, Plantard se encargó de relanzar la extraña obra de Henri Boudet *La Vraie langue Celtique et le Cromleck de Rennes-les-Bains*, publicada originalmente en 1886 y que, desde entonces, estaba supuestamente perdida. Aparecerá a finales de los setenta en la colección «Clásicos del Ocultismo» de la editorial de Pierre Belfond, y en ella estaba incluido un extenso prólogo del mismísimo Pierre Plantard. Este prefacio, firmado el 24 de junio de 1978 por Pierre Plantard de Saint-Clair, es un material valiosísimo, primero por lo que dice, y segundo porque se trata de algo escrito y reconocido por el mismo Plantard.

«Mi abuelo Charles, sucesor legítimo de los condes de Rhedae, aceptando la invitación que le dirigió el abad Berenguer Saunière, cura de Rennes-le-Château (Aude), le visitó el 6 de junio de 1892. Entre los presentes se encontraba el abad Henri Boudet y M. Élie Bot. En sus notas mi abuelo dejó constancia de su paso: un mono, llamado Méla, regalo de una cantante de ópera, jugando con un joven perro de nombre Pomponet animaban el desayuno<sup>[14]</sup>...». Así comienza el relato de Plantard —que ya vemos cómo enlaza con la historia contada por Jean Delaude el año anterior en *Le Cercle d’Ulysse*, en la que se decía que el abuelo de Plantard y Saunière se habían conocido en París en 1892.

Plantard compara a los dos curas, Saunière y Boudet, afirmando que eran la antítesis uno del otro: uno era culto, modesto y humilde; el otro, derrochador, vicioso y altivo. Aun así, Boudet también tenía posibles, diciendo que había «poco para comer, cierto, pero con cubiertos de plata maciza<sup>[15]</sup>». Boudet, a pesar de ser un gran erudito, no tenía una biblioteca muy grande, aunque sí con «obras que no se encontraban en las librerías<sup>[16]</sup>». El 7 de junio de 1892 —menciona— su abuelo recibió de manos del propio Boudet un ejemplar dedicado de su obra, «del que esta obra es una reproducción exacta<sup>[17]</sup>».

Pasa a continuación a narrar la vida de Henri Boudet, con algunas cosas inventadas —como que el abad Cayron costeó sus estudios— y algunos errores —Billard fue nombrado obispo de Carcassonne en 1881, pero Plantard dice que nombró a Boudet cura de Rennes-les-Bains en 1872—. Cuenta cómo se interesó poco a poco por la historia del pueblo y sus alrededores, fruto de lo que nacerá su obra, que tiene terminada en 1880 y decide publicar él mismo —será seis años después, en 1886, y saldrán quinientos ejemplares—. Menciona Plantard que de esa tirada se venderán noventa y ocho, se regalarán trescientos y que el resto, ciento dos, serán destruidos en 1914 siguiendo instrucciones del propio Boudet. «¡Una edición que ha costado la suma total de 5382 francos-oro al sacerdote de Rennes-le-Bains por 98 obras vendidas<sup>[18]</sup>!».

Una pregunta surge aquí. ¿De dónde sacó Plantard la obra si, como dice, no quedaba ninguna disponible? Pues parece ser que tuvo acceso a una obra auténtica de Boudet, aunque la historia aquella de que el cura se lo entregó a su abuelo es claramente falsa. Esta obra se trata de una versión facsímil de un ejemplar aportado por Plantard, y su veracidad ha sido comprobada por investigadores serios. El caso es que se sabe que existen varias copias, entre ellas una depositada en la biblioteca de Carcassonne.

En 1914 Boudet dejó Rennes y se retiró a Axat. Fallecerá un año después, el 30 de marzo de 1915, de un cáncer de intestino, y será enterrado en el cementerio de Axat junto a su hermano Edmond. «En la lápida, ejecutada siguiendo las instrucciones del abad, llama la atención del visitante un pequeño libro cerrado esculpido a pie de piedra. Es habitual encontrarse un libro “abierto” sobre una tumba, por lo que este libro “cerrado” manifiesta una voluntad particular. En el lomo, se puede leer: “I.X.O.I.E.”, palabra de apariencia griega que los diccionarios no recogen. La grafía y los puntos que se intercalan entre las letras señalan que deben ser iniciales de un conjunto por descubrir. Ese libro cerrado es el último mensaje que los hermanos han dejado al iniciado que pasa a saludar sus venerables despojos<sup>[19]</sup>».

«Sabido por adelantado que su texto dejaría perplejo al descendiente de los condes de Rhedae, el abad Boudet consideró conveniente indicarle una forma de leerlo que, como mostraré en las páginas siguientes, efectivamente es bastante particular<sup>[20]</sup>...», dice Plantard; y es que el libro entero estaba codificado. Así, tras aparentes delirios e historias sin sentido —«trata las condiciones en las que Ezequiel tomó parte en la fundación del primer Templo de Jerusalem, de un suceso publicado en un periódico español, o de cómo se las apañaban los galos para explicar que el estómago del camello está siempre lleno de agua<sup>[21]</sup>...»—, existe un complejo código y para comprenderlo «el lector debe situarse en el tiempo en el que vivía, al final del siglo XIX. No es preciso ser historiador para leer la obra, pero sí soñar en las mismas condiciones en las que fue escrito<sup>[22]</sup>». Afirma además conocer el lenguaje de este libro y «puedo afirmar que el autor está más ansioso por revelar un secreto que por guardarlo: los errores tienen por objetivo atraer al lector hacia los lugares que

queremos que visite sin falta<sup>[23]</sup>». Así, la transcripción tiene que ver con la numerología, el tarot, la astrología y la historia de los celtas, y todo ello estará relacionado con lugares de la zona. Entre ellos se menciona la tumba de Arques, «aquella de *Los pastores de la Arcadia*<sup>[24]</sup>».

Asimismo, menciona que parte de la información que Boudet pretendía dar, aunque codificada, se encuentra en la iglesia de Rennes-le-Château, que, dice, fue subvencionada por Boudet: «Durante varios años Marie Dénarnaud ha recibido sumas considerables que permitieron al abad Bérenger Saunière construir y vivir como un multimillonario... Pero llegó el día en que se agotaron los dones: “El plan Boudet estaba acabado”. El abad Saunière no tenía nada suyo, era incapaz de descifrar él mismo la obra maestra y tuvo que echar mano de otros recursos para subsistir<sup>[25]</sup>». Sugiere, por ejemplo, que el conjunto de la pila bautismal (Asmodeo y los cuatro ángeles) fue hecho por ambos: «Los dos sacerdotes firmaron este trabajo. Encima del diablo, sostenido por dos basiliscos (pequeños reyes) unidos por un anillo, se encuentra un sello rojo con unas letras de oro “B.S.”, iniciales de Boudet-Saunière<sup>[26]</sup>».

Sin duda considera que la *éminence grise* que había detrás de Bérenger Saunière era Boudet, como demuestran, por ejemplo, estas citas: «El gran maestro de Rennes-les-Bains es efectivamente el humilde abad Boudet, y el soberbio abad Saunière es su segundo», o «Los primeros sentimientos siempre son verdaderos. Mi abuelo Charles captó por instinto en 1892 que el abad Boudet presentaba un interés que el abad Saunière no tenía. Personalmente no conocí ni al uno ni al otro y las anécdotas sobre la vida de ambos me fueron contadas por *mademoiselle* Marie Dénarnaud, sirvienta del difunto abad Saunière<sup>[27]</sup>». Retoma aquí de nuevo lo propuesto en *Le Cercle d’Ulysse*, en el que se mencionaba que en 1938, con solo dieciocho años, fue a Rennes-le-Château: «En agosto de 1938, me dirigí a Rennes-le-Château para recuperar las cartas que el abad Saunière había recibido de mi abuelo. Eran vacaciones y aún no tenía veinte años. Marinette, como se la conocía por la zona, me ofreció su amable hospitalidad en Villa Betania; me quedé tres días. Celebramos el 70 cumpleaños de la anciana damisela. A lo largo de esos tres días, mi anfitriona evocó un retrato de los desaparecidos Boudet-Saunière. Así fue como el abad Saunière se me apareció como un vividor, un hombre basto y astuto, de cultura somera, nada que ver con el ardor intelectual y la pasión por el saber que animaban a su colega de Rennes-les-Bains. Me resultó imposible mantener la promesa que hice a *mademoiselle* Marie Dénarnaud de volver a visitarla el año siguiente<sup>[28]</sup>».

Y a continuación, hace una afirmación que hemos demostrado que es falsa: «Los acontecimientos [...] no me permitieron volver a mi tierra del Razès y volver a Rennes-le-Château hasta 1965. El marqués Philippe de Chérissey me acompañaba. Es un amigo que conozco de hace mucho y que está muy interesado por la historia de Rennes<sup>[29]</sup>». Allí fueron recibidos por Noël Corbu, que les contó la historia con



detalles que desconocían. Aporta a continuación un más que curioso diálogo entre ellos que no puedo resistirme a transcribir entero:

—*Chérisey: ¿Ha leído el libro del abad Boudet?*

—*Noël Corbu: No, ¿lo acaban de publicar?*

—*Ch.: Lo fue en el año 1886; su iglesia es su ilustración.*

—*N.C.: ¿No creerá en el tesoro de Rennes?*

—*Yo [Plantard]: No hay tesoro alguno sobre el territorio de Rennes-le-Château.*

—*N.C.: ¿Desaprueba las excavaciones?*

—*Yo: Desapruebo a los buscadores de tesoros que no dejan de saquear las propiedades. Agujereando en Roc-Nègre, en Blanchefort, en la Madeleine, en las minas de azabache o en Diable no descubrirán nada. Ahí solo se encontrarán puntos de referencia que les permitirán «geometrizar» ciertos lugares<sup>[30]</sup>.*

Para terminar, hay que decir que, aunque Bérenger Saunière le acompañó en su lecho de muerte, durante los seis o siete años anteriores no se hablaba con Boudet. Esta retomada relación tiene que ver con una serie de grandes proyectos que iba a emprender, pero que no llegó a realizar, al morir el 22 de enero de 1917, cuando «conocía el secreto del abad Henri Boudet. Este se lo confió en sus últimos instantes de vida<sup>[31]</sup>».

Menciona además que los libros de cuentas de Boudet se han salvado por su lujosa encuadernación, aunque falta el intervalo de 1891 a 1894. «Aquí tienen un resumen del contenido de este conjunto: desde 1885 a 1901, el abad Boudet (salvo intervalo citado) abona a Mons. Arsène Billard sumas considerables: 7 655 250 francos, que el obispo de Carcassonne destina a la fundación religiosa de Prouilhe y distintas obras como los niños de Saint-Vincent-de-Paul. Desde 1887 hasta 1901, el abad abona a *mademoiselle* Dénarnaud sumas muy importantes: 3 679 431 francos que financian la reparación de la iglesia de Rennes-le-Château y otros trabajos. Desde 1894 hasta 1903, el abad Boudet entrega también a *mademoiselle* Dénarnaud otras sumas, pero mínimas: 837 260 francos. No se encuentra la más mínima cantidad para el abad Saunière; sin embargo, se anotan cuatro pequeñas entregas a nombre de Alfred Saunière, hermano del abad, 10 000 y 15 000 francos en 1901, y dos veces 15 000 francos en 1903<sup>[32]</sup>...»

Por supuesto, de estos libros no hay ni una sola constancia.

Resumiendo, podemos decir que este prólogo da un nuevo giro de tuerca a la historia: ahora Boudet no es solo el que inspira a Saunière en su búsqueda y en sus obras, sino también una enorme fuente de financiación, como atestiguan esas gigantescas y supuestas cifras que expone Plantard. Además, queda más que claro



que a nuestro protagonista le interesa tanto, o más, la vida de Boudet como la de Bérenger Saunière. Y por supuesto, como principal novedad, vemos que tanto Pierre Plantard como su abuelo estuvieron, según dice, en Rennes-le-Château.

### ***Lincoln y cía.***

A estas alturas de la historia, Pierre Plantard es ya un personaje conocido que no se oculta ni ante los investigadores ni ante los periodistas. De hecho, sus años de esplendor vendrán a partir de esta época gracias en parte al tremendo éxito de *El enigma sagrado*, en 1982. Pero antes, en 1979, apareció otro libro de gran éxito, aunque en el ámbito estrictamente francés, en el que de nuevo colaboró aportando información «secreta». Se trata de la obra de Jean-Luc Chaumeil *Le Trésor du triangle d'or* (El tesoro del triángulo de oro), una obra continuista y claramente influenciada por lo contado en los *Dossiers Secrets*. Aunque introduce en la mitología del Priorato un elemento nuevo y curioso: cuenta que Godofredo de Bouillon, en Tierra Santa, contactó con una sociedad llamada Frères de la Croix Rouge (Hermanos de la Cruz Roja) o Frères d'Ormus, fundada por un tal Ormus, un egipcio convertido al cristianismo por san Marcos en el año 46 d. C. Ormus fundó además otra sociedad llamada Sages de la Lumière (Sabios de la Luz). Con todo esto lo que se nos quiere decir es que Godofredo de Bouillon —el que supuestamente creó la Orden de Sion— tuvo contacto con varios grupos iniciáticos judíos y egipcios. Y dice: «Antiguamente su antepasado Clodoveo había sido la espada y el escudo de la Iglesia: aquellas llaves había confiado Cristo al apóstol Pedro y que terminó estableciendo su sede en Roma. Él se convertirá en la espada y el escudo de la Iglesia de Juan, más cercana al espíritu. Así fue como nació la Orden de Sion<sup>[33]</sup>», y cómo nacieron después los templarios.

¿La iglesia de Juan? ¿De qué están hablando? Seguramente la cosa tiene que ver con la especial simpatía que tanto Juan el Evangelista como Juan el Bautista despiertan entre determinadas sociedades secretas, como la masonería. ¿Pero a qué se debe esto? Pues seguramente a que, en el cristianismo, las fiestas de los dos Juanes están en relación directa con los dos solsticios: la del Bautista el 24 de junio, solsticio de verano, y la del Evangelista, el 27 de diciembre, unos días después del de invierno. De hecho, los masones celebran ambas fiestas y ambos Juanes se han convertido en sus patronos. Lo curioso es que la fiesta que todos celebramos como conmemoración del solsticio de invierno, la Navidad —antigua celebración del Sol Invictus en Roma—, coincide con el nacimiento de Jesús. Sin embargo, los masones no lo celebran ese día, sino dos días después.

Sin duda esta iglesia de Juan se refiere a la masonería, y además, si relacionamos esto con el tema del Priorato de Sion, explicaría el motivo por el que todos los grandes maestros se llaman Juan o Juana. De hecho, en su obra, Chaumeil plantea que varios de los curas relacionados con este misterio (Saunière, Boudet y Hoffet) eran

afiliados a la masonería del Rito Escocés Rectificado, cuyos grados más altos, según el autor, eran los más bajos del Priorato. Esto lo plantearán otros autores posteriormente, pero, por desgracia, no hay nada que lo corrobore.

Ese mismo año, 1979, salió a la luz el tercer documental escrito por Henry Lincoln para el programa de la BBC *Chronicle* —esta vez ya con Michael Baigent y Richard Leigh como colaboradores, a quienes conoció en 1975—, *The Shadow of the Templars*, que contaba con una novedad significativa: en él aparecían Pierre Plantard y su hijo. Fruto de esta colaboración verá la luz en 1982 *The Holy Blood and The Holy Grail*. Y en 1987, *The Messianic Legacy*, su segunda parte.

En su obra autobiográfica de 1997, *Key to the Sacred Pattern: The Untold Story of Rennes-le-Château* (La clave del enigma sagrado: la historia no contada de Rennes-le-Château), Henry Lincoln explica cómo se produjo el primer contacto con Pierre Plantard. Resulta que andaban detrás de él para intentar averiguar la fuente que proveía de información a Gérard de Sède no solo para su primer libro de 1967, *El oro de Rennes*, sino también a principios de los setenta. De hecho, en 1971, cuando Lincoln trabajaba aún para el primer documental, De Sède le envió un paquete de documentos con fotografías de Saunière, ilustraciones del libro y algunos dibujos. «Los reversos de casi todas las ilustraciones están selladas en púrpura con la palabra “PLANTARD”. ¿Qué o quién es Plantard? Pero tendrán que pasar varios años antes de que encuentre la respuesta a esta pregunta<sup>[34]</sup>».

De Sède continuará aportándole información. Y, entre otras cosas, le advierte, hacia 1972, de la existencia de los dichosos *Dossiers Secrets*: «Me alegra mucho la sugerencia de G. de S. para que le acompañe a la Biblioteca Nacional, donde se guarda una considerable cantidad de documentación relacionada con la historia<sup>[35]</sup>». Además le insta a que intente conseguir la obra de Henri Boudet, del que asegura solo existen dos ejemplares, uno en la Biblioteca Nacional y otro en una provincial (Carcassonne). Lo consigue sin problemas. Cada vez le va quedando más claro que hay alguien detrás de De Sède, alguien que a su vez le va filtrando la información.

En abril del año siguiente, 1973, De Sède escribe a Lincoln una carta en la que afirma haber «encontrado el tesoro que descubrió Bérenger Saunière y que, en realidad, se trata de un tesoro visigótico que incluye el famoso missorium. Asimismo, disponemos de fotografías en color del mismo. Si es de interés para usted, estamos dispuestos a proporcionar a la BBC las siete fotografías en color de las siete piezas del tesoro sobre la base de un estricto contrato<sup>[36]</sup>». Lincoln, dudoso, le pide más información. De Sède insiste en que puede proporcionar las fotografías a un módico precio, e incluso una entrevista de diez minutos sobre cómo se encontró el dichoso tesoro. Pero Lincoln no se fía y rechaza la oferta.

Resulta que estas fotografías son las que aparecieron en octubre de 1973 en la edición de otoño de la revista *Le Charivari*, de la que hablamos anteriormente, con un texto escrito por Jean-Luc Chaumeil. El artículo se titula «El tesoro existe, nosotros lo hemos visto», y cuenta cómo fueron llevados a una localidad cerca del lago

Léman, donde vieron el fabuloso tesoro. Pero resulta que era un fraude: se trataba en realidad del tesoro de Petroasa, encontrado en 1837 por dos labradores de aquella localidad rumana de los Cárpatos. La cosa era tan burda que simplemente se habían molestado en imprimir las fotografías invertidas... Años después, De Sède, en una obra en la que pretende contar toda la verdad sobre el *affaire* de Rennes-le-Château, culpó de aquello al pseudoperiodista Chaumeil, aunque sin decir en ningún momento que él mismo intentó lucrarse con aquel fraude.

Finalmente, una investigadora parisina contratada por la BBC, Jania MacGillivray, consigue localizar, en marzo de 1979, al «confidente» de Gérard de Sède gracias a otro escritor, Jean-Luc Chaumeil: se trata un tal Pierre Plantard, cuyo apellido aparecía en aquellas fotografías unos años atrás. Así, Jania consigue una entrevista con él en la que, además, le proyectarán el segundo documental de Lincoln, *The Priest, the Painter and the Devil* (1974) en un teatro privado de París. Allí, entre otros supuestos miembros del Priorato, conocerán a nuestro protagonista. «Es alto, delgado y reservado y adopta una pose de tranquila autoridad, aunque distante<sup>[37]</sup>». Plantard se sienta en primera fila junto a su más cercano colega, el marqués Philippe de Chérisey. Y Lincoln, sentado justo detrás de ellos, observa las reacciones de ambos. Al terminar, los dos se acercaron a Lincoln, y Plantard, sorprendentemente, le dijo que los pergaminos eran fabricaciones de su colega De Chérisey. Bueno, en realidad, copias modificadas de unos originales que estaban en su poder...

Pierre Plantard quedó encantado con el documental y se mostró dispuesto, cómo no, a colaborar personalmente con ellos, nombrando a «un miembro de su entorno para que hable en nombre del Priorato<sup>[38]</sup>». Además, acepta ser entrevistado para el tercer documental, en el que ya estaban trabajando por aquel entonces.

Resulta que el «miembro de su entorno» que hará las veces de portavoz es Jean-Luc Chaumeil —el colega de De Sède en el trapicheo aquel de las fotografías del tesoro de Petroasa—, el mismo que poco después editará el libro que comentábamos antes, *El tesoro del triángulo de oro* (1979). Queda claro, pues, que, al menos en esa época, De Sède y Chaumeil actuaban como portavoces del Priorato o, mejor dicho, de Plantard. De hecho, el rodaje de la entrevista<sup>[39]</sup> de Plantard se hará, según Lincoln, en una «pequeña galería de arte que pertenece a la madre de Chaumeil<sup>[40]</sup>». Plantard deseaba, por otro lado, que en la cinta apareciese su hijo pequeño, Thomas, así que lo filman paseando con él cogido de la mano. En ella afirmará ser el descendiente merovingio de Dagoberto II y, por lo tanto, digno heredero del trono de Francia, y declaró que el Priorato era el custodio del tesoro del Templo de Salomón. Eso sí, se negó a comentar nada sobre los supuestos planes políticos del Priorato ni sobre sus actividades actuales —aunque sí dijo que pronto se iba a dar un cambio en Francia que iba a preparar el camino a la restauración monárquica—. Sobre el tema de Saunière no se mojó mucho; solo dijo que el secreto «no solo está en Rennes-le-Château, sino también en los alrededores de Rennes-le-Château<sup>[41]</sup>».

Plantard seguirá comunicándose con ellos durante los años siguientes, aportando información y contestando preguntas durante la preparación de *El enigma sagrado*. Pero por otro lado, ahora convertido en un personaje famoso gracias a los múltiples artículos de prensa y libros y, sobre todo, por el documental de la BBC, nuestro protagonista seguirá dando pasos en su megalómana trama novelesca.

### **Gran maestro**

El 22 de enero de 1981 aparece un artículo de prensa —publicado en obras locales y regionales— en el que se recoge, atención, el nombramiento de Pierre Plantard como gran maestro del Priorato de Sion en un congreso celebrado el 17 de enero. Y dice además que «Esta elección señala un paso decisivo en la evolución de la concepción y el espíritu de la orden en relación con el mundo, porque los 121 dignatarios del Priorato de Sion son en su totalidad eminencias grises de las altas finanzas y de las sociedades políticas o filosóficas internacionales, y Pierre Plantard es el descendiente directo, a través de Dagoberto II, de los reyes merovingios. Su descendencia ha sido demostrada legalmente por los pergaminos de la reina Blanca de Castilla descubiertos por el abate Saunière en su iglesia de Rennes-le-Château (Aude) en 1891. En 1965 la sobrina del sacerdote vendió estos documentos al capitán Roland Stansmore y a Sir Thomas Frazer y quedaron depositados en una caja fuerte del Lloyds Bank Europe Limited de Londres<sup>[42]</sup>». Cuatro años antes, en 1977, la obra aquella de Jean Delaude/Chérisey, *Le Cercle d'Ulysse*, había afirmado que el gran maestro, desde después de la muerte de Jean Cocteau, en 1963, había sido el abad Ducaud-Bourget —que a su vez, dice Plantard, fue quien le inició en la orden en 1944.

Pero no está muy claro esto. Unos meses antes, en agosto de 1980, en una revista llamada *Bonne Soirée* aparece un artículo de Jania MacGillivray —la investigadora parisina que había conseguido contactar con Pierre Plantard, para la BBC, un tiempo antes— que había escrito en 1979. Pero aparece modificado —aparte de traducido del inglés original—: se han añadido determinados datos nuevos como, por ejemplo, que desde 1963 hasta 1981 el Priorato había sido dirigido por un triunvirato formado por Plantard, un tal Gaylord Freeman (un banquero estadounidense) y Antonio Merzagora (un banquero italiano). Además, en el texto modificado del artículo de Jania se introdujo a un misterioso personaje, llamado lord Blackford, al que se dice que se le entrevistó.

Sea como fuere, Plantard afirma que en enero de 1981 había sido nombrado gran maestro.

Pero, además, por esta época, se produce otra novedad curiosa que el marqués de Chérisey compartió con Baigent, Leigh y Lincoln: este afirma ahora que los estatutos de 1956 eran falsos, y aporta una nueva lista, con la firma de Jean Cocteau, con algunas novedades. Por un lado, ahora son solo 121 miembros como máximo (antes

eran 9841), y además, ya no está dirigida solo a católicos, sino que «está abierta a todas las personas adultas que reconocen sus miras y aceptan las obligaciones que se especifican en su actual constitución. Los miembros son admitidos sin tener en cuenta su sexo, raza o ideas filosóficas, religiosas o políticas<sup>[43]</sup>». Por otro, su estructura también cambia: ahora son solo cinco grados (*nautonnier, croisé, commandeur, chevalier y écuyer*). Tampoco se llama ya Chevalerie d'Institutions et Règles Catholiques, d'Union Indépendante et Traditionaliste, sino Sionis Prioratus; ni se cobra como antes (quinientos francos de entrada y cien francos mensuales), sino que se entrega una cantidad simbólica —no querían cerrar el posible afluente de dinero— anual. Por último, dos curiosas nuevas normas: «Al ser admitido, el miembro debe proporcionar un certificado de nacimiento y una muestra de su firma»; y la segunda, «la repudiación de la pertenencia al Priorato de Sion, manifestada públicamente y por escrito, sin causa o peligro personal, incurrirá en la exclusión del miembro, la cual será pronunciada por el convento<sup>[44]</sup>».

En *El enigma sagrado* proponen que esto se debe a algún tipo de cisma interno de «alrededor de 1956, fecha en que los “documentos del Priorato” empezaron a aparecer por primera vez<sup>[45]</sup>». Aquello ya lo mencionaba el artículo modificado de Jania MacGillivray; en él se adjunta una declaración del tal lord Blackford, del que hablábamos antes, que dice lo siguiente: «[El priorato de Sion] tenía existencia jurídica, estaba inscrita en el Journal Officiel, se disolvió tras los acontecimientos habidos en Francia en 1958, cuando Plantard de Saint-Clair era secretario general de los Comités de Salud Pública. Esta organización nueva de 1956 reflejaba una crisis interna [...] Fueron las reformas de Jean Cocteau en 1955 las que provocaron la creación [de la nueva organización] al negar el anonimato a los miembros de la orden. En aquel momento, se obligó a todos los miembros a presentar una partida de nacimiento y una firma certificada por un notario<sup>[46]</sup>».

Claro que, para esto, debería existir previamente el Priorato. Parece, más bien, que esta estratagema de Plantard de modificar los estatutos de 1956 se debe a una adaptación a los tiempos.

Poco después vería la luz la famosa obra de Michael Baigent, Richard Leigh y Henry Lincoln *El enigma sagrado*, de la que hemos hablado extensamente en capítulos anteriores. Aquí, como sabrán, se propone la descabellada teoría de que los merovingios, en algún momento del pasado, se mezclaron con la estirpe descendiente de María Magdalena y Jesucristo —que había llegado a Francia tras el exilio de la Magdalena—, dando lugar a un linaje real sagrado. Por otro lado, los merovingios serían descendientes de la tribu perdida de Benjamín. El Priorato de Sion, con Pierre Plantard a la cabeza, sería el custodio de este secreto que podría remover los cimientos de la Iglesia de Roma. Y ese secreto sería en realidad el Santo Grial del que hablan los mitos, aunque en realidad debería llamarse, según estos autores, la Sang Raal o Sangre Real.

Pero claro, según esta teoría, Pierre Plantard sería entonces descendiente de Jesús



y la Magdalena... Imagínense cómo debió sentirse este embaucador megalómano al leer aquello. Su creación, los *Dossiers Secrets*, no proponía aquello ni por asomo, pero la imaginación de algunos desbordó por completo sus pretensiones. Y encima la obra se convirtió en un pelotazo internacional, vendiéndose millones de copias, lanzando a la fama la historia de Rennes-le-Château, que hasta entonces había quedado circunscrita a Francia, al Priorato y al mismo Plantard.

Como era de esperar, Plantard negó ser descendiente de Cristo. Eso sí, se mostró encantado con el libro. No es para menos.

Además, el éxito de *El enigma sagrado* provocó la aparición de decenas de nuevos libros dedicados al misterio, entre ellos algunas obras de nuevo patrocinadas por nuestro protagonista, como *Rennes-le-Château: capitale secrète de l'histoire de France*, de Jean-Pierre Deloux y Jacques Brétigny, un claro folleto propagandístico que llegó a vender doscientas mil copias en Francia. Estos dos publicaban además una revista llamada *L'Inexpliqué*, según algunos fundada y financiada por Plantard. De hecho, como veremos, ambos aparecieron por esta época acompañando a Plantard a modo de súbditos...

Sobra decir que los autores de *El enigma sagrado* pecaron de crédulos. Creyeron al pie de la letra las informaciones aportadas por los *Dossiers Secrets*, tanto en lo referente al mítico Priorato como en lo relacionado con el *affaire* de Bérenger Saunière. Imagino que sucumbieron ante lo que podemos llamar *el tremebundo poder de la información confidencial*. Pensaron que tenían en sus manos una información valiosísima y desarrollaron una demencial, aunque preciosa, teoría que llevó al extremo las alocadas aspiraciones de Plantard.

Y en su obra siguiente, *El legado mesiánico*, aunque se mostrarán más críticos, seguirán dando por sentadas determinadas mentiras reconvertidas en verdades para ellos. Para la confección de esta segunda obra se entrevistaron de nuevo con Plantard —que además, cómo no, les aportó nuevas informaciones—. Aunque su antiguo acólito, Jean-Luc Chaumeil, ya no estaba presente. Ahora el intermediario era un tal Louis Vazart, otro escritor, que acompañaba a Plantard en sus reuniones con Baigent, Lincoln y Leigh, junto a otros «discípulos», como Jean-Pierre Deloux y Jacques Brétigny (los autores de *Rennes-le-Château: capitale secrète de l'histoire de France*, 1982). Algo había pasado con Chaumeil, porque al preguntar por él a Plantard (en abril de 1982) se mostró perturbado y algo ofendido. Al parecer había desaparecido material del Priorato y culpaban a este escritor de habérselo llevado... En aquella entrevista, entre otras cosas, dijo que el Priorato en aquellos tiempos no tenía ambiciones políticas, aunque «en el pasado sí<sup>[47]</sup>», y que durante la ocupación nazi, emisarios de Heinrich Himmler le habían ofrecido el título de duque de Bretaña si prometía obediencia a Hitler. Se negó. Además, se quejó de lo poco oportuno de la aparición del libro en 1982, no se sabe muy bien por qué.

En una entrevista posterior, en mayo de 1983, Plantard habló de nuevo de los pergaminos. En 1981, se decía que estos documentos «que la sobrina del sacerdote



vendió en 1955 al capitán Ronald Stansmore y a Sir Thomas Frazer, se depositaron en una caja fuerte del Lloyds Bank Europe Limited en Londres<sup>[48]</sup>» —recuerden que otra versión decía que habían sido robados del archivo de Émile Hoffet en 1946—. Ahora, en 1983, dijo que otros tres señores, Ronald Nutting, Hugh Muchirson Clowes y el vizconde Leathers (los tres consejeros de una compañía aseguradora, la Guardian Assurance), obtuvieron en 1955 los pergaminos y pidieron permiso para llevárselos a Inglaterra. Y un año después, en 1956, el conde de Selborne le solicita mismo cónsul retenerlos allí. Veinticinco años después regresarían a Francia, a manos nada más y nada menos que de Pierre Plantard. En realidad, Ronald Stansmore y Ronald Nutting son la misma persona (Nutting es su segundo apellido), pero no está muy claro quiénes, en definitiva, fueron los que se llevaron aquellos supuestos documentos de Francia.

Una trama ridículamente compleja y con errores nunca aclarados del todo, como ya analizamos en capítulos anteriores al hablar de los dichosos legajos.

A finales de ese año, 1983, apareció un panfleto anónimo que fue enviado a varios investigadores del tema y que pretendía ser un anuncio de una nueva obra de Jean-Luc Chaumeil —aquel al que veladamente, en 1982, Plantard había acusado de sustraer información del Priorato, y que hasta poco tiempo antes había sido representante suyo ante la prensa—, de cinco tomos, que nunca se publicó y que supuestamente se iba a titular *La doctrina del Priorato de Sion*. Entre otras cosas, en el opúsculo anónimo se decía que Chaumeil fue «manipulado por el Priorato de Sion para que escribiera mi obra *Le Trésor du triangle d'or*», además de asegurar que «*El enigma Sagrado* no es más que un engaño sin ningún fundamento serio<sup>[49]</sup>», y que quien dirige el tema no es Plantard, sino una tal Ann Evans, que era la agente literaria de los autores de *El enigma sagrado*. Acusa a Plantard de haber estado implicado en el asunto de Gisors —junto a De Chérissey— y afirma que en 1952 Plantard efectuó aquella transferencia de cien millones de francos en oro de Francia a Suiza, asunto que fue ocultado porque a principios de 1958 nuestro protagonista era un «agente secreto de De Gaulle<sup>[50]</sup>». Y todo esto aderezado con descalificaciones e insultos varios.

Curiosamente, aunque se pretende desacreditar a Pierre Plantard, lo que se hace es lo contrario: engordar su figura diciendo cosas como que era un agente secreto o que había movido cantidades enormes de dinero. Además, convierte al Priorato en una poderosa y oscura entidad que manipula a la gente y que controla en la sombra determinados movimientos políticos. Chaumeil siempre negó tener nada que ver con esto. En realidad, parece que pretendieron incriminarlo logrando, de paso, aumentar el aura del Mito. De hecho, Plantard mandó a los autores de *El legado mesiánico* una copia de una carta suya a Chaumeil en la que le acusaba de haber escrito el opúsculo, le exigía una retractación pública y oficial y le amenazaba con demandarle judicialmente. Nunca lo hizo.

Pero unos días después, el 17 de enero de 1984 —de nuevo ese día que tanto se

repite en esta historia—, recibieron un nuevo paquetito de nuestro protagonista con más documentos, entre los que se encontraba un texto de dos páginas titulado *Mise en Garde* (Precaución). Se trataba de un supuesto escrito, destinado a los miembros del Priorato, en el que se informaba de las acciones que habían tomado contra Chaumeil (una denuncia legal), y apelaba a la precaución y a que evitasen cualquier contacto con el susodicho. Hablaba también de dos cajas de archivos de entre 1935 y 1955 — cuando aún no existía el Priorato— que «fueron robadas en 1967 del domicilio que a la sazón tenía nuestro hermano Philippe de Chérisey<sup>[51]</sup>», y que contenían cartas de Jean Cocteau, Alphonse Juin y André Malraux, entre otros. «¿Fue el profano J. L. Chaumeil, pues, el receptor de estos artículos robados? Sea como fuere, también trató de endosárselos a nuestro amigo Henry Lincoln<sup>[52]</sup>». Esto último es falso, como el mismo Lincoln reconoce. Todo lo demás, sobra decirlo, también.

Además no estaba solo firmado por Pierre Plantard, sino por tres personas más: Gaylord Freeman, John E. Drick y A. Robert Abboud. Los tres eran, o fueron, altos ejecutivos del First National Bank de Chicago. Pero, curiosamente, Drick había fallecido dos años antes. ¿Cómo explicar su firma en un documento? Sin problemas: Plantard diría que las firmas no eran reales, sino hechas con sellos de caucho, que seguían usándose hasta que el difunto era sustituido en la orden... ¿Cómo argumentar la presencia de estos banqueros en supuestos papeles del Priorato? Nada más y nada menos que diciendo que determinados banqueros y empresarios americanos estaban involucrados en el Priorato porque apoyaban el concepto de los Estados Unidos de Europa. Por último, ¿de dónde habían sacado aquellas tres firmas? Pues resulta que, según relatan en *El legado mesiánico*, se habían sacado de un informe anual del banco del 10 de febrero de 1975, distribuido a todas las sucursales y a todos los accionistas: así se explica cómo pudo conseguirlas Plantard. De hecho, no eran falsificaciones, sino copias exactas perfectas. Una simple fotocopia añadida a la *Mise en Garde*...; claro que esto tardaron un tiempo en descubrirlo los investigadores.

A principios del mes siguiente, febrero de 1984, Lincoln se reúne de nuevo con Plantard. Este le reconoció que una de las acusaciones del opúsculo de Chaumeil era cierta, aquello de los fondos enviados a Suiza, aunque explicó que se trataba de la financiación de los Comités de Salud Pública implicados en la conspiración para devolverle el poder a De Gaulle, que sería el que habría ordenado dichas transacciones. Además, les informó de un libro, *El libro de los compañeros secretos: la enseñanza secreta del general De Gaulle*, de un tal Père Martin, en el que un grupo secreto, los Quarante-Cinq (los Cuarenta y Cinco), habían trabajado en la sombra para el general. Plantard le dio, además, una reseña de prensa firmada por un tal Bayard sobre el dichoso libro, en la que se especulaba si podía tener que ver con el Priorato de Sion: «Hay numerosas referencias a esta orden, a la que nunca nombra [...] como si al hablar de los “Quarante-Cinq” deseara hacernos pensar en los cuarenta y cinco miembros franceses del Priorato de Sion durante el período en que Jean Cocteau fue su gran maestro, cuando el mariscal Juin y André Malraux eran

*croisés*. Después de la muerte de Cocteau en 1963 y la del mariscal Juin en 1967, quedaron solamente cuarenta y tres miembros franceses. Fue entonces cuando, ante la insistencia del general De Gaulle (que no era miembro del Priorato de Sion), Pierre Plantard de Saint-Clair fue elevado al rango de *croisé*<sup>[53]</sup>». La reseña, obviamente escrita por Plantard, continuaba diciendo que tras morir Malraux, en 1976, los norteamericanos de la Orden estaban en mayoría. «¿No es esto un intento de influir en el equilibrio interno del Priorato de Sion al atribuir a la rama francesa una norma de actuación que no es suya..., justo en el momento en que trata de contrapesar la influencia norteamericana e inglesa y restaurar un equilibrio natural<sup>[54]</sup>?».

Delirios de grandeza. Plantard, el autor claro de esta reseña, no solo pretende relacionarse con los «cuarenta y cinco» esos de los que hablaba aquel libro, que nada tienen que ver con el Priorato de Sion, sino que encima habla de problemas internos en la Orden entre miembros, además, de varios países... Tanto esto como aquel opúsculo atribuido a Chaumeil y la respuesta a este del Priorato, la *Mise en Garde*, son claramente maniobras de Plantard para hacer creer a quien crea fácilmente que era un conspirador del carajo y que había estado involucrado en el complot aquel del general De Gaulle. De hecho, llevaba años con aquella cantinela, desde que su mujer en 1964 depositara ese panfleto en el que aseguraba que había sido uno de jefes del Comité de Salud Pública de París. Lo dicho: delirios de grandeza.

Unos meses después, en octubre de 1984, aparece una nueva campaña difamatoria, centrada en esta ocasión en el Priorato. Se trataba de un folletín firmado por un tal Cornelius y titulado *Los escándalos del Priorato de Sion*, en el que se relacionaba a la Orden con la mafia y con la logia masónica P2, envuelta en años anteriores en oscuros episodios.

## **Renuncia**

Curiosamente, ese mismo mes, después de una nueva visita a Plantard en septiembre en la que le preguntaron, entre otras cosas, por el nuevo nombre que usaba desde 1979, Pierre Plantard de Saint-Clair —nombre que no constaba en su partida de nacimiento—, y por la historia aquella de las firmas de los tres banqueros, recibieron un nuevo paquete de documentos, entre los que estaba su carta de renuncia como gran maestro del Priorato y como miembro de la Orden, firmada el 10 de julio de 1984 —antes de que se entrevistase con Lincoln, y eso que en su reciente reunión no comentó nada de esto.

¿Por qué renunciaba Plantard?

Si, como creemos, el Priorato había sido una invención suya, esto era un movimiento extraño. Por algún motivo quería acabar con la farsa... El caso es que alegaba motivos de salud y de «independencia personal y familiar<sup>[55]</sup>». Se adjuntaba una carta del propio Plantard a los supuestos miembros del Priorato en la que

afirmaba llevar cuarenta y un años en la Orden, después de haber sido iniciado por François Ducaud-Bourget el 10 de julio de 1943 —o lo que es lo mismo, trece años antes de existir el Priorato realmente—, dato que hasta entonces no se había dado. En la carta además afirmaba que había dimitido, aparte de por los motivos antes citados, por «ciertas maniobras de nuestros hermanos británicos y estadounidenses<sup>[56]</sup>» y por «la publicación en prensa, en libros y en folletos fotocopiados depositados en la Biblioteca Nacional, de documentos falsos o falsificados que me conciernen (como la partida de nacimiento, la reproducción de documentos del Priorato de Sion, con firmas de hace diez años, 1973-1974, adjuntas a la mía<sup>[57]</sup>...)».

La supuesta retirada de Plantard se debía, sin duda, a que los investigadores habían llegado bastante lejos descubriendo firmas auténticas de ejecutivos del First National Bank de Chicago o de la Guardian Assurance fotocopiadas en documentos falsos del Priorato, lo que podría conllevar acciones penales.

Igual había visto que la trama se le estaba escapando de las manos y decidió saltar del barco antes de que se hundiese. Sea como fuere, tras esta dimisión hubo un parón en nuestra historia.

## CAPÍTULO 29

### El truco final

Durante un tiempo reinó el silencio.

Y de pronto, en 1989, Pierre Plantard reaparece —y lo hace también su antigua revista *Vaincre*— cambiando por completo la historia que hasta entonces nos había contado y renegando de parte del Mito que él mismo había creado.

En una carta del 6 de julio de ese año, dirigida supuestamente a los miembros del Priorato, dice: «Durante este corto tiempo he podido poner las cosas en orden en nuestros antiguos archivos [...] por fin he podido concluir las investigaciones sobre el origen del Priorato de Sion. He podido acabar con una “mitología” de falsos grandes maestros, con los que se pretendería formar una cadena que llegara hasta la Orden del Temple e incluso hasta Jesús<sup>[1]</sup>». ¿Cómo? Se culpaba de la trama a Philippe Toscan du Plantier, cuya imaginación estaba alterada por las drogas —recuerden que unos meses antes de aparecer *Los Dossiers Secrets de Henri Lobineau*, firmados por el tal Philippe, había sido detenido por conducir bajo los efectos del LSD.

«El Priorato de Sion es reciente, ya que las actas encontradas en Barcelona prueban su creación en 1681 en Rennes-le-Château, lo que queda muy lejos de la desaparición de la Orden del Temple en 1314<sup>[2]</sup>», sigue diciendo en aquella carta. ¿Cómo? ¿1681?

«En su origen, el Priorato se inspiró en el espíritu de los caballeros de la época de Godofredo VI, dicho el Piadoso, duque de Bouillon, hacia el año 1099. Luego vino el impulso de los hijos de San Vicente, que canalizó a los adeptos de la Compañía del Santo Sacramento disuelta en 1665. La Orden guarda su ritual secreto y los grados, copiados en 1934 por Georges Monti, cuando la fundación de Alpha-Galates<sup>[3]</sup>...».

¿Qué había pasado aquí? ¿Ahora resulta que la Orden no fue fundada en el siglo XI, sino en el XVII? ¿Ya no tiene nada que ver con los templarios, su supuesto brazo militar? ¿Y qué pasa con los merovingios? ¿La lista de los grandes maestros es falsa? Y todo lo que había contado durante años, ¿qué? ¿Mentira podrida?

En el número 1 de la nueva *Vaincre*, del 1 de abril de 1989, Pierre Plantard dijo lo siguiente: «La fundación del Priorato de Sion no se remite a las cruzadas, ni a la declaración en la subprefectura de Saint-Julien-en-Genovois en 1956, ni incluso a la

venerable institución de la masonería que data de Hiram [fundador del Templo de Jerusalén], ni existía más que AMORC (que fue creada en 1915) en el Egipto de los Faraones. Conforme a los archivos que poseemos, que son los de *monsieur* de Saint-Hillier (tío abuelo de Philippe de Chérisey) y que proceden del castillo de Lys, el Priorato de Sion fue fundado el 19 de septiembre de 1738 en Rennes-le-Château por François de Hautpoul y Jean-Paul de Nègre. Si existen otras conexiones antedatadas, ciertamente no tenemos conocimiento de ellas<sup>[4]</sup>».

¿Egipto? ¿La «venerable institución de la masonería», aquella que cuarenta años antes repudiaba?

De hecho, en una carta posterior, del 4 de abril de 1989, decía que «la mayoría de los miembros de Sion creen, como yo mismo, que la fundación del Priorato remonta al 17 de enero de 1681, en Rennes-le-Château. Sin embargo, pese a nuestras investigaciones, estamos en la imposibilidad de dar con un documento que pruebe y confirme esta fecha. Lo que tenemos en mano es un pliego del cardenal de Fleury, entonces ministro de Luis XIV, por el que hace entrega al abate Jean-Paul de Nègre, antiguo gran vicario del Obispado de Alet, de unas sumas importantes para el Priorato de Sion el 19 de septiembre de 1738<sup>[5]</sup>...». Asimismo afirmaba que la constitución del Priorato fue redactada por Victor Hugo el 14 de julio de 1870. Curiosamente aquel día el escritor francés y sus dos nietos plantaron una bellota en el jardín de su casa en Guernsey y Hugo dijo: «Cuando este roble sea fuerte, los Estados Unidos de Europa coronarán el Antiguo Mundo<sup>[6]</sup>».

En la carta de julio, como decíamos, aseguraba ya tener la información necesaria, gracias a los supuestos «archivos de Barcelona». Pero es que, en esa carta, volvía a dimitir como gran maestro, asegurando que había aceptado de nuevo el cargo durante un tiempo y que cedía el puesto a su único hijo, Thomas Plantard de Saint-Clair: «Visto mi estado de salud y mi edad, es deber mío dejar el cargo a mi hijo Thomas, quien, estoy convencido, asumirá con gran firmeza, entrega y competencia la pesada tarea de continuar nuestra obra por la unidad y por la paz<sup>[7]</sup>». En la edición de *Vaincre* del 3 de septiembre de 1989 se confirmó la supuesta elección.

Un artículo firmado supuestamente por Thomas Plantard, del n.º 3 de la renacida *Vaincre*, se adentraba aún más en el tema de los «archivos de Barcelona», depositados al parecer allí por un tal conde de Saint-Hillier para guardarlos ante la inminente Segunda Guerra Mundial. Decía: «Ahora ya somos capaces de establecer oficialmente que el PRIORATO DE SION no tiene conexión directa ni indirecta con la ORDEN DEL TEMPLO, ni con la fantástica sucesión de grandes maestros que le han atribuido autores como Philippe Toscan, Mathieu Paoli, Henry Lincoln, Michael Baigent, Richard Leigh... y que derivan meramente de la imaginación de la gente y del reino de la fantasía<sup>[8]</sup>». Y pasa a comentar que en realidad la Orden procede del Razès y es «solamente un más o menos directo sucesor de los hijos de San Vicente y (probablemente) de la Compañía del Santísimo Sacramento [...] Ahora sabemos que



el PRIORATO DE SION se remonta al 17 de enero de 1681, teniendo como fundador a Jean-Timoleon Négri d'Ables<sup>[9]</sup>».

Cuenta además que los archivos de la Orden fueron pasando de manos, entre ellas las de Victor Hugo y los Habsburgo, hasta que estos últimos «entraron en contacto secreto con los abates Bérenger Saunière y Henri Boudet (de los dos Rennes) entre los años 1890 y 1914».

¿Qué es todo esto?

Pues por algún motivo, en 1989, Pierre Plantard decidió volver al candelero, y lo hizo deconstruyendo todo lo que había construido durante más de treinta años. Aniquiló y repudió todo el pasado templario, inventando un nuevo pasado más verosímil, aunque de nuevo falso, en el seno de los Hautpoul de Rennes y en el siglo XVII.

Quizás el motivo fue que se había dado cuenta de lo tremendamente ridícula que era la versión anterior.

## ***Pelat***

Por otro lado, Plantard, en aquella carta del 6 de julio, aseguraba haber realizado ciertas reformas que habían neutralizado el peligro que representaba la facción estadounidense y mencionaba los dos grandes maestros desde su anterior dimisión, en 1984: Philippe de Chérisey (fallecido en 1985) y Roger-Patrice Pelat.

Al primero lo conocemos, pero el segundo, que había fallecido, casualmente, el 7 de marzo de 1989, es un personaje nuevo en la trama. Resulta que se trataba de un íntimo amigo de François Mitterrand<sup>[10]</sup> desde la época de la Resistencia. De hecho, fue el que le presentó al futuro presidente a su esposa, Danielle Gouze-Rénal, con la que se casó en 1944. El nombre de Pelat, efectivamente, aparecía en la nueva lista de grandes maestros del reinventado Priorato de Sion que se publicó en la nueva *Vaincre*. La lista era la misma que la anterior desde Charles de Lorena, aunque se incluían tres nombres anteriores (Jean Negrè d'Ables, François d'Hautpoul y André-Hercule de Rosset) y los que siguieron a Cocteau: François Balphagon, John Drick, Pierre Plantard, Philippe de Chérisey, Patrice Pelat, Pierre Plantard (de nuevo) y Thomas Plantard<sup>[11]</sup>.

Pelat era, como decíamos, un íntimo amigo de Mitterrand. Resulta que antes de morir ya estaba siendo investigado por corrupción y tráfico de influencias, pero no se pudo demostrar nada y la investigación quedó paralizada. Sin embargo, el 1 de mayo de 1993 ocurrió un hecho sorprendente: el ex primer ministro, Pierre Bérégovoy (1925-1993), murió de un disparo a quemarropa en la cabeza, realizado con la pistola de su guardaespaldas. Rápidamente se estableció la tesis del suicidio y la idea de que aquella tragedia era fruto del tormento íntimo de quien había sufrido una humillante derrota electoral apenas dos meses antes. Su muerte nunca estuvo del todo clara, ya

que, al parecer, estaba implicado en asuntos turbios. De hecho, en una investigación posterior se demostró que unos años antes había recibido un préstamo de un millón de francos de Patrice Pelat para comprar un piso en París<sup>[12]</sup>.

En octubre de ese año, 1993, el juez Thierry Jean-Pierre, que estaba estudiando la muerte de Bérégovoy y su relación con Pelat dentro de un proceso más amplio en el que se investigaban diversos escándalos financieros de este último, mandó registrar la casa de Pierre Plantard y lo citó como testigo. Ante el juez tuvo que admitir que todo lo que había dicho sobre Pelat y sobre el Priorato había sido una farsa.

Resulta que el juez se había enterado de aquella carta redactada por Plantard en 1989 en la que decía que había regresado temporalmente como gran maestre tras la muerte de Patrice Pelat, que había ocupado el cargo, supuestamente, desde 1985. Como estaba investigando asuntos turbios relacionados con este, no es de extrañar que la noticia de que pertenecía a una sociedad secreta alarmara al juez.

Lamentablemente se encontró con un anciano de setenta y tres años que reconoció que todo había sido una gran mentira. El hecho fue reconocido incluso por la prensa (el 27 de octubre de 1993 el diario *France-Soir* publicó un informe sobre el encuentro).

A partir de entonces, Pierre Plantard desaparece para siempre. Cualquier intento de localizarlo o de ponerse en contacto con él fue nulo. De hecho, hasta su propia muerte fue utilizada como le hubiese gustado: su hijo anunció el fallecimiento en abril del año 2000, pero había muerto en realidad dos meses antes, el 3 de febrero.

Curiosamente, en 2003 apareció un comunicado del Priorato de Sion, firmado por un tal Gino Sandri, Pierre Plantard —fallecido tres años antes— y G. Chyren, en el que se decía, entre otras cosas, que «a las puertas del profético año 2003, está todo preparado para el apogeo de Sion, ya que la presencia de la Mujer es indispensable<sup>[13]</sup> ...».

No tendrá nada que ver, pero ese año se publicó *El código Da Vinci*, la superexitosa novela de Dan Brown que catapultó al Priorato a la fama internacional. Imaginen el placer que hubiese supuesto para Pierre Plantard ver cómo aquella invención suya de 1956, evolucionada durante más de treinta años con un sinfín de historias nuevas, se convertía finalmente en parte de la cultura popular y era reconocida por todo el mundo.

Recordemos ahora aquellas palabras que se decían a modo de introducción en la obra de Dan Brown:

*El Priorato de Sion —sociedad secreta europea fundada en 1099— es una organización real. En 1975, en la Biblioteca Nacional de París se descubrieron unos pergaminos conocidos como los Dossiers Secrets, en los que se identificaba a numerosos miembros del Priorato de Sion, entre los que destacaban Isaac Newton, Sandro Boticelli, Victor Hugo y Leonardo da Vinci<sup>[14]</sup>.*

Qué pena que Plantard no pudiese leerlas.

## EPÍLOGO

Hago más las palabras del anciano Pierre Plantard: todo había sido una mentira. Pero, eso sí, no lo reconoció hasta que temió ser relacionado con un turbio asunto judicial.

Una gran, trabajada y maravillosa mentira.

Bueno, no todo. Siempre nos quedará Rennes-le-Château y la fascinante historia de Bérenger Saunière, aquel cura rural que de la noche a la mañana se hizo inmensamente rico. Y siempre nos quedará el misterio del porqué de su fortuna, por mucho que, como creo que hemos demostrado, ni se hiciese tan rico como tantos han asegurado, ni tuvo que encontrar un tesoro fabuloso para convertirse en el millonario que, de hecho, se convirtió.

Y siempre nos quedará Pierre Plantard, aquel megalómano excéntrico y pretencioso que durante años fue creando este fascinante y atractivo mito moderno, en colaboración, todo sea dicho, con un puñado de escritores que, como yo mismo, se engancharon a aquella interesante historia de Rennes-le-Château. Y lo hizo engañando, manipulando y falsificando la realidad, cierto, pero de una forma fascinante, elegante, ingeniosa y única.

Y es que, como suelo decir al hablar de este tema, parece fácil, pero hay que hacerlo.

Siempre me gusta comparar a Pierre Plantard con Elmyr de Hory (1906-1976), un húngaro que se convirtió en uno de los mayores falsificadores de cuadros de la historia y al que el gran director de cine Orson Welles le dedicó una película documental en 1973, *F for Fake* (*Fraude* se llamó por aquí). Aquel señor se dedicó durante años a pintar cuadros imitando a la perfección el estilo de Picasso, Matisse, Modigliani o Renoir, tanto que algunas de sus obras han sido «colocadas» en museos de gran importancia. En aquel documental de Welles, el propio Elmyr se cuestionaba por qué sus falsificaciones eran inferiores a las obras auténticas de los artistas que imitó: si de hecho solo se diferenciaban en la firma, él, sin duda, también estaba haciendo arte. Exactamente el mismo arte que el de los pintores a los que plagiaba. Se cuenta, incluso, que el propio Picasso llegó a dar por válida una obra de De Hory hecha en su estilo.

Plantard fue alguien así.

Al igual que el falsificador de cuadros, falsificó la realidad, pero dándole apariencia de realidad. Una buena copia.

Lo que inventó podría haber pasado realmente y los protagonistas de su mitología

inventada, casi todos reales, podrían haber estado envueltos en una trama como la que creó, sin que nada, en realidad, resultase extraño.

Además, gran parte del Mito no fue obra suya. En realidad su forma de trabajar consistió en activar la curiosidad de determinados escritores a los que engatusó con un ingenioso truco: aportando información «secreta» proveniente de una sociedad «secreta». Claro, ese tipo de información confidencial es lo más goloso que se le puede presentar a un escritor interesado en algún tipo de misterio histórico. Todos pensaron que habían contactado con un gran personaje de la historia oculta, un hombre que pertenecía a una sociedad que, desde el *backstage*, manipulaba el escenario de la realidad. Todos pensaron que habían encontrado su «garganta profunda» particular.

Pero todo era mentira.

El problema empieza cuando los cuadros son comprados por los museos y pasan a ser considerados obras reales —volviendo al tema del falsificador de cuadros—. El problema empieza cuando las mentiras de Plantard fueron consideradas verdades tanto por los primeros embaucados como por las decenas de autores posteriores que, por culpa de la poca motivación crítica que demostraron, o por un exceso preocupante de imaginación y de ansias de ver misterio donde no lo hay, han seguido reproduciendo la historia de una u otra manera.

Pero, a pesar de todo, aún sigue quedando algo de misterio aquí. Aún seguimos sin saber qué es lo que encontró Saunière, si es que encontró algo. Y aún seguimos sin saber qué motivaba realmente a Pierre Plantard, algo que, para mí, es lo más intrigante.

Desgraciadamente, creo que nunca lo sabremos.

## APENDICE 1

### Cómo fabricar un texto codificado<sup>[1]</sup>

#### Paso 1:

Cogemos las 128 letras sobrantes del Pergamino Largo de Rennes-le-Château —en realidad serían 140 letras sobrantes, pero 12 de ellas forman una frase con sentido: AD GENÉSARÉTH (Hacia Genesareth).

VCPSJQRO VYMYYDLT PEFRBOXT ODJLBKNJ FQUEPAJY NPPBEFEI ELRGHIIR Y BTTCVTGD  
LUCCVMTE JHPNPGSV QJHGMLFT SVJLZQMT OXANPEMU PHKORPKH VJCMCATL VQXGGNDT

#### Paso 2:

Cogemos la clave, necesaria para la codificación. Serán las ocho letras anómalas de la lápida funeraria de Marie de Nègre: T, e, M, e, R, e, p, O. Con estas letras formamos las siguientes palabras: **MORT épée**, que de forma muy asombrosa significan en castellano «muerte» y «espada».

#### Paso 3:

Añadimos otra clave más, pa' ponerlo chungo. Será la inscripción completa de la citada lápida, incluyendo —porque si no, la cosa falla— la PS y PRAE CUM:

CT GIT NOBLE MARIE DE NEGRE DARLES  
DAME DHAUPOUL DE BLANCHEFORT AGEE DE  
SOIT ANTE SEPT ANS DECEDEE LE XVII  
JANVIER MDCOLXXXI REQUIESCAT IN PACE  
(P.S.) PRAECUM

Y encima la ponemos al revés:



MUCEARP SP ECAP NI TACSEIUQER IXXXLOCDM  
 REIVNAJ IIVX EL EEDECED SNA TPES ETNA TIOS  
 ED EEGA TROFEHCNALB ED LUOPUAHD EMAD  
 ESLRAD ERGEN ED EIRAM ELBON TIG TC

Paso 4:

Apliquemos a las letras del alfabeto francés (sin la w) un valor numérico:

<b>A</b>	1	<b>F</b>	6	<b>K</b>	11	<b>P</b>	16	<b>U</b>	21
<b>B</b>	2	<b>G</b>	7	<b>L</b>	12	<b>Q</b>	17	<b>V</b>	22
<b>C</b>	3	<b>H</b>	8	<b>M</b>	13	<b>R</b>	18	<b>X</b>	23
<b>D</b>	4	<b>I</b>	9	<b>N</b>	14	<b>S</b>	19	<b>Y</b>	24
<b>E</b>	5	<b>J</b>	10	<b>O</b>	15	<b>T</b>	20	<b>Z</b>	25

Paso 5:

Ahora viene lo bueno. Cogemos las letras sobrantes del Pergamino Largo (paso 1), la clave extraída de las letras anómalas de la lápida (paso 2), repetida hasta completar 128 letras, el mismo número que las letras sobrantes del pergamino, y con las letras de la inscripción de la lápida al revés (paso 3), y las ponemos así:

<b>Pergamino:</b>	VCPSJQRO VYMYDYLT PEFRBOXT ODJLBKNJ FQUEPAJY NPPBEFEI ELRGHI...
<b>Clave 1:</b>	MORTEPEE MORTEPEE MORTEPEE MORTEPEE MORTEPEE MORTE...
<b>Clave 2:</b>	MUCEARPS PECAPNITA CSEIUQERI XXXLOCDM REIVNAJI IVXELEED E...

Paso 6:

Ahora asignamos el valor numérico según el paso 4 y sumamos en orden las letras de cada fila. El resultado lo sustituimos de nuevo por letras según el paso 4. Por ejemplo: V, M y M, que serían 22, 13 y 13, sumadas dan 48; 48 sería una X (en la segunda vuelta). Al hacerlo con todas las letras obtenemos lo siguiente:

XNLSPANN ASITTIAT EXRRPBTE UCAEENIR XTGEENDE LORSIAAO ELEFSDQR PEDCUP  
 GXAIEMUID OCEJDNME GMCOCEEP DSHRXAIA DHATMOA ESEBICEL ERNEEAIE EDLVEVUL DC

Paso 7:

Ahora creamos dos tableros de ajedrez, es decir, dos cubos de 8 x 8 (64 casillas). Y en las 128 casillas (64 + 64) vamos colocando las letras obtenidas en el paso 6:

<b>8</b>	X	N	L	S	P	A	N	N	<b>8</b>	A	I	E	M	U	I	D	O

7	A	S	I	T	T	I	A	T	7	C	E	J	D	N	M	E	G
6	E	X	R	R	P	B	T	E	6	M	C	O	C	E	E	P	D
5	U	C	A	E	E	N	I	R	5	S	H	R	X	A	I	A	D
4	X	T	G	E	E	N	D	E	4	H	A	T	M	O	A	E	S
3	L	O	R	S	I	A	A	O	3	E	B	I	C	E	L	E	R
2	E	L	E	F	S	D	Q	R	2	N	E	E	A	I	E	E	D
1	P	E	D	C	U	P	G	X	1	L	V	E	V	U	L	D	C
	<b>a</b>	<b>b</b>	<b>c</b>	<b>d</b>	<b>e</b>	<b>f</b>	<b>g</b>	<b>h</b>		<b>a</b>	<b>b</b>	<b>c</b>	<b>d</b>	<b>e</b>	<b>f</b>	<b>g</b>	<b>h</b>

Paso 8:

Ahora juguemos a un juego. Pongamos la pieza del caballo en cualquier posición de un tablero vacío, y luego, moviéndolo, tenemos que pasar por todas las casillas. Dependiendo de dónde se ponga inicialmente y de cómo lo movamos, hay millones de posibilidades. Pero nos vamos a quedar con dos. Estas:

8	60	15	46	29	62	17	44	31	8	25	50	11	56	23	52	39	54
7	47	28	61	16	45	30	63	18	7	12	57	24	51	38	55	22	41
6	16	59	6	3	8	1	32	43	6	49	26	37	10	35	40	53	20
5	27	48	9	36	5	34	19	64	5	58	13	4	7	2	21	42	33
4	58	13	4	7	2	21	42	33	4	27	48	9	36	5	34	19	64
3	49	26	37	10	35	40	53	20	3	16	59	6	3	8	1	32	43
2	12	57	24	51	38	55	22	41	2	47	28	61	16	45	30	63	18
1	25	50	11	56	23	52	39	54	1	60	15	46	29	62	17	44	31
	<b>a</b>	<b>b</b>	<b>c</b>	<b>d</b>	<b>e</b>	<b>f</b>	<b>g</b>	<b>h</b>		<b>a</b>	<b>b</b>	<b>c</b>	<b>d</b>	<b>e</b>	<b>f</b>	<b>g</b>	<b>h</b>

Paso 9:

Ahora sustituimos las casillas, empezando por el tablero de la izquierda, del paso 7 por las del paso 8, empezando por el número y siguiendo en orden: el número 1 (f6), sería la B, el número 2 (e4) sería la E, y así con el resto. Obtenemos, después de todo este complicado proceso, el texto decodificado:

BERGERE PAS DE TENTATION QUE POUSSIN TENIERS GARDENT L CLEF PAX DCLXXXI PAR LA CROIX ET CE CHEVAL DE DIEU JACHEVE CE DAEMON DE GARDIENT A MIDI POMMES BLEUES

¿Qué podemos decir después de analizar el método con el que Philippe de Chérisey en los sesenta confeccionó el texto codificado de los pergaminos? Pues, simple y llanamente, que es imposible de decodificar, a no ser que se sepa el método y las claves. O sea, para poder hacerlo necesitamos saber que la parte de la clave está en la lápida de Marie de Nègre, de la que necesitamos tanto la inscripción completa (que además hay que ponerla al revés) como las letras anómalas (ver paso 5 y 6). Pero

además tenemos que saber cuáles de las múltiples posibles son las dos soluciones al juego del caballo de ajedrez, ya que una simple variación altera enormemente el resultado final.

Dicho de otro modo, para que alguien hubiese podido traducirlo debería saber dos claves (una de ellas al revés) y dos soluciones al juego del caballo (entre las muchas posibles). Claro que se podría decir que en algún sitio estaban las soluciones a los pergaminos y que el que los hizo (supuestamente, el padre Bigou) las escondió. Pero, entonces, ¿para qué codificarlos? ¿Por qué emplear un método tan ridículamente complejo?

Sin duda, el texto oculto solo lo podía descifrar la misma persona que hizo el pergamino.

Bien, ¿no? Pues no.

Resulta que todo esto es un error... un error en el que, todo sea dicho, caímos y del que nos percatamos gracias a una magnífica obra de reciente aparición, *El Caballo del Diablo: Jaque mate a los pergaminos de Rennes-le-Château*, escrita por Alex Loro y Xavi Bonet y publicada en diciembre de 2013, unos meses después de salir a la calle en formato digital este libro.

En su obra, estos jóvenes investigadores catalanes analizan pormenorizadamente la codificación de los pergaminos, así como las claves y los métodos empleados. Y lo hacen pasando del resto de estudios sobre este tema, comenzando desde el principio y sin ideas preconcebidas. Y así, alejándose de la inercia acomodaticia de muchos investigadores que han dado por buena la historia de estos pergaminos y su supuesto texto en claro —entre los que me veo obligado a incluirme, ya que, como ahora comentaré, tampoco me molesté en analizar exhaustivamente esta cuestión para descubrir lo que ellos sí consiguieron—, han logrado demostrar que nada de esto es como pensábamos. Me explico:

Resulta que aquella secuencia de 128 letras que, tradicionalmente, se ha venido afirmando que eran las que aparecían como sobrantes en el Pergamino Largo, no son realmente esas. Hay cuatro letras erróneas. ¿Qué importancia tiene esto? Pues, sencillo: si tenemos cuatro letras erróneas en la secuencia inicial, la secuencia final decodificada tampoco es igual (es decir, aquello de BERGERE PAS DE TENTATION...). ¿Qué pasa entonces? Pues que, si aplicamos todo el proceso con las 128 letras que aparecen realmente en el pergamino, el texto en claro sería el siguiente:

BERGET(R)E PAS DE TENTATION QUE POUSSIN TENIERS GARDENT L CLEF S(P)AX  
DCLXH(X)XI PAR LA CROIX ET CE CHEVAL DE DIEU JACHEVE CE DAEMON DE  
Y(G)ARDIENT A MIDI POMMES BLEUES

Así, con las letras correctas, el texto se convierte en algo distinto: por un lado, la fecha que tanto ha dado que hablar (DCLXXXI, 681), y que ha querido relacionarse con

los merovingios, pasa a ser un galimatías sin sentido: DCLXHXI. Los otros tres errores, sin tener importancia especial, sí que ayudan a dejar claras dos cosas: ni el texto en claro es real, ni las 128 letras sobrantes del Pergamino Largo son un anagrama, como se ha comentado tradicionalmente, de la lápida de la marquesa. De hecho, el problema viene a ser que se ha dado esto del anagrama por válido sin molestarse en comprobarlo. Y es que, si iniciamos la secuencia con las letras que tenemos en la lápida (añadiendo, como ya hemos comentado PS PRAECUM, frase que aparecía en la segunda losa sepulcral de la marquesa), sí que sale el texto en claro que tradicionalmente se ha publicado. «Este hecho demuestra que la frase original “Bergère...” fue creada a partir del epitafio y que por ello no se trata realmente de un mensaje secreto revelador de un antiguo tesoro, sino de un anagrama escondido entre las dos lápidas, la lápida original de la marquesa, de 1905, y la losa horizontal de 1967, que convenientemente apareció por este motivo<sup>[2]</sup>».

En definitiva, el texto que supuestamente aparecía al decodificar el Pergamino Largo es falso, y lo es porque el autor o los autores erraron, de una forma burda y poco seria, al confeccionarlo. Una evidencia más de que todo esto de los pergaminos es una gigantesca patraña.

Por otro lado, en esta obra, Alex Loro y Xavi Bonet ofrecen una curiosa propuesta que tiene que ver con esa idea que comentábamos antes de que era imposible que alguien que desconociese el método (el Salto del Caballo) y las claves empleadas pudiera conseguir obtener el mensaje secreto del Pergamino Largo. Proponen, un poco arriesgadamente, que en la propia iglesia de Rennes-le-Château se ofrecía una pista clave: el demonio (Asmodeo, según algunos) fija su mirada sobre un tablero de ajedrez perfecto que se forma en el suelo del templo con losas blancas y negras, lo que ya podría ser un indicio. Pero van más allá y apuntan la idea de que el demonio «se nos revela observado desde un determinado ángulo, como una perfecta cabeza de caballo, como si de una pieza de ajedrez se tratara<sup>[3]</sup>» —de ahí, precisamente, el título de su libro—. Todo esto sería un posible indicador del método de encriptación utilizado, es decir, el Salto del Caballo.

Además, proponen que el punto inicial para comenzar los movimientos del caballo de ajedrez que acabarían formando el texto codificado, viene dado, precisamente, por un lugar común en todo el misterio de Rennes-le-Château: el dichoso número 22, presente en varios lugares del Domaine de Saunière (las almenas o los escalones de la Torre Magdala o del Invernadero...). Así, si contamos 22 casillas del tablero, comenzando en A8, tendríamos la casilla F6 como punto de partida, algo que es abrumadoramente exacto.

Queda claro, visto lo visto, que la mente pensante que elaboró estos pergaminos se inspiró en el propio misterio de Rennes-le-Château, y especialmente en algunos de los elementos de la iglesia de Santa María Magdalena, para elaborarlos: el demonio con forma de caballo, el ajedrez en el suelo, el número 22, las lápidas de la marquesa etc... Todos estos elementos son fruto de las remodelaciones que hizo el bueno de

Saunière, lo que ha llevado a que los autores de esta obra, Alex Loro y Xavi Bonet, se planteen la posibilidad de que el abad encontrase realmente OTROS pergaminos: «los manuscritos hallados por Saunière bien podrían resolverse mediante las relaciones que hemos encontrado entre el decorado de la iglesia y la forma de descifrar el mensaje, utilizando los mismos pasos, la losa, la clave o el salto del caballo. Quizá el abad introdujo todos estos elementos en el decorado del lugar para recordar el proceso que le llevó a descifrar los manuscritos auténticos. ¿Qué otro significado puede tener un demonio con forma de caballo de ajedrez, posado sobre un suelo de ajedrez y mirando fijamente a un solo tablero de ajedrez? Y... ¿Por qué no dos tableros como usamos nosotros<sup>[4]</sup>?».

Personalmente, no considero que ese fuese el objetivo de Saunière al colocar el demonio en la entrada de su iglesia, y pienso que, aunque es sumamente sugerente, la identificación de esta estatua con la forma de un caballo de ajedrez es una pareidolia curiosa, pero no intencionada. Además, no tenemos evidencia alguna que avale que los supuestos pergaminos que pudo haber encontrado Saunière estuviesen codificados. El primero en afirmarlo fue Corbu y, como ya hemos comentado anteriormente, lo hizo en una época en la que la nube tóxica de Pierre Plantard ya andaba haciendo de las suyas por Rennes-le-Château.

## APENDICE 2

### La generación del 2013

En nuestro país, a excepción de las obras de Lorenzo Fernández Bueno (*Los guardianes del secreto: la revelación del mayor enigma de Occidente; Rex Mundi*), Josep Guijarro (*Rex Mundi*) o Luis Miguel Martínez Otero (*El Priorato de Sion*), la bibliografía sobre Rennes-le-Château brillaba por su escasez. Pero en el 2013, el año en que fue publicado este libro en formato digital por Ediciones Tagus (el 12 de julio), vieron la luz dos obras más sobre el tema, así como las investigaciones independientes de algunos «buscadores» que han venido a aportar interesantes novedades a la cuestión que nos ocupa. Y lo curioso es que todas estas obras se confeccionaron sin que sus autores se conociesen ni estuviesen en contacto.

La primera que se publicó fue la obra del investigador catalán Enric Sabarich, titulada *El secreto de Rennes-le-Château: un viaje iniciático al origen de la leyenda* (Círculo Rojo), que vio la luz en abril de 2013 y que se trata de una magnífica reconstrucción de toda nuestra querida trama, con algunas incorrecciones fruto de la pasión, pero con un sentimiento crítico que la hace seria y rigurosa. Una especie de guía de viajes centrada en este misterio en la que va desgranando y describiendo uno por uno todos los elementos de la trama, mientras, por el camino, vamos conociendo los lugares donde todo aconteció. Pero además, ofrece una propuesta novedosa e interesante: ¿Y si lo que encontró Saunière fue algún tipo de documento susceptible de ser ocultado a los ojos inquisitoriales de la Iglesia católica? ¿Pudo encontrar algún tipo de manuscrito o evangelio prohibido? Pues igual sí, nos plantea este autor. Y es que considera que tenemos suficientes indicios para aventurar que nuestro querido abad estaba relacionado con algún tipo de grupo esotérico u ocultista influido por las doctrinas gnósticas cristianas de los primeros siglos de nuestra era (como por ejemplo, los masones, los rosacruces, los martinistas, etc...). Igual el hallazgo del abad fueron algunos antiguos y secretos escritos de estos grupos heréticos (siempre según Roma) conservados durante siglos en la clandestinidad. Igual alguien le pagó para que no viesen nunca la luz, lo que podría explicar el origen de su fortuna.

Recordemos que, en aquella zona, los cátaros desarrollaron una propuesta religiosa bastante inspirada por algunos de los principios de aquellos antiguos gnósticos, que proponían, por ejemplo, una versión distinta de Jesús, cuya papel para



con la humanidad consistía, más que en un redentor de nuestros pecados, en un guía, en un maestro, que explicase a los que estaban dispuestos a escuchar el camino de la salvación, que pasaría más bien por la renuncia a este mundo material y por la búsqueda interior del conocimiento verdadero (la gnosis) sobre la divinidad y el universo, en vez de convertirse en el redentor de nuestros pecados, como plantea el dogma católico. Los cátaros, que se caracterizaron por su acentuado dualismo y que sin duda tienen su origen en estos movimientos gnósticos, criticaron duramente a la Iglesia de Roma... y lo pagaron caro, como todos ustedes sabrán. Pero algo quedó en aquella tierra. Igual algún libro secreto de los cátaros se escondió en algún remoto lugar de la zona y fue encontrado siglos después por nuestro modesto cura rural...

Quizá, se plantea este autor, la especial devoción que sentía Saunière hacia María Magdalena sea un indicio de aquellos conocimientos prohibidos a los que había accedido. Y esto se debe a que en algunos de los Evangelios gnósticos que se han conservado, como el *Evangelio de Felipe* o el *Evangelio de Tomás*, a la Magdalena se le da un papel mucho más importante del que tiene según los Evangelios canónicos: se la describe como la favorita de Jesús y la custodia de sus auténticas enseñanzas. Aunque muchos han querido ver en estos textos una clara alusión a un posible matrimonio entre ambos personajes, en realidad se trata de obras altamente simbólicas y nada de lo que dicen debe ser interpretado literalmente: la Magdalena representaría a la Sabiduría, a la gnosis, al saber que marca el camino de la salvación. Y, por otro lado, representaría la pareja simbólica y gnóstica de Jesús, el Salvador. En palabras de este autor: «María Magdalena era considerada el apóstol más importante de Jesús, el “apóstol de los apóstoles”; la compañera a la que Jesús había revelado los secretos más ocultos de su doctrina; en definitiva, la personificación terrena de la gnosis<sup>[1]</sup>».

Otro indicio que apoya, siempre según Sabarich, esta idea de que Saunière pertenecía a algún grupo de orientación gnóstica, sería, por ejemplo, la supuesta referencia al gemelo de Jesús del que hablan determinados autores, que estaría representado en la iglesia de Rennes-le-Château en las dos esculturas de san José y la Virgen María, a ambos lados del altar, con un niño en brazos cada una. Desde una perspectiva simbólica, este «gemelo» de Jesús representaría el objetivo final a conseguir con los trabajos gnósticos: encontrarse a sí mismo mediante la gnosis, el conocimiento de lo divino, para convertirse en el mismísimo Cristo.

Plantea, incluso, que la trama de Saunière podría tener algo que ver con la curiosa historia de san Antonio el Ermitaño, uno de los santos representados en la iglesia de Rennes-le-Château y cuya festividad, significativamente, se celebra el 17 de enero, una fecha clave en todo este embrollo. El tal Antonio fue un cristiano eremita egipcio del siglo III, considerado uno de los fundadores de la vida monástica cristiana y muy venerado en Occidente. Resulta que en el año 1005 varios nobles franceses, dirigidos por el barón Jocelyn de Chateauneuf, viajaron a Egipto para buscar las reliquias del santo y llevárselas (expoliarlas) para Francia. Parece raro que estos señores, que

acabarán formando la Orden de los Antonianos, viajasen hasta el país de las pirámides solo para buscar los restos del ermitaño, lo que ha llevado a pensar que el objetivo era algo secreto que desconocemos. Sabarich propone que igual se trataba de alguna colección de documentos gnósticos (doctrina imperante en el Egipto del siglo III), similares a los encontrados en los años cuarenta en Nag Hammadi (un lugar, precisamente, muy cercano a alguno de aquellos primeros monasterios egipcios), que habrían sido puestos a buen recaudo por el bueno de san Antonio. Estos documentos, sin duda, tendrían un gran valor para las corrientes subversivas y subterráneas que propugnaban una serie de creencias heterodoxas contrarias a la ortodoxia romana (véase, por ejemplo, a los templarios o a los cátaros, o a los más tardíos francmasones o rosacruces). Y es aquí donde Enric se propone, aventurando siempre y dejando claro que no hay evidencia de ello, que estos documentos pudieron llegar hasta Saunière mediante Marie de Nègre, la marquesa de Blancheport (relacionada familiarmente con varias obediencias masónicas, como ya hemos comentado anteriormente). «Así pues, todo parecía indicar que a finales del siglo XVIII, parte del “secreto” de los Evangelios gnósticos procedentes de los monasterios egipcios fundados por san Antonio el Ermitaño, se encontraban en posesión de la marquesa de Blancheport, Marie de Nègre, la última depositaria del testamento de los Hautpoul<sup>[2]</sup>», concluye este autor.

La propuesta de Enric, si bien no está apoyada y construida sobre una evidencia definitiva y contundente, es sumamente interesante y sugerente, aunque, a mi entender, bastante improbable. Sobre todo por un motivo: no acaba de explicar el origen de la fortuna económica de Saunière. Pero claro, recuerden, este es el enigma siempre sin resolver de Rennes-le-Château. Aun así, esta obra es un aporte excelente a la bibliografía sobre el tema y su autor será sin duda toda una referencia en el futuro al hablar de este misterio.

Curiosamente, conocí a Enric por esos mundos virtuales de las redes sociales, en un foro de Facebook, creado por él<sup>[3]</sup>, que se ha convertido en el punto de encuentro de muchos investigadores y aficionados a esta trama, tanto españoles como franceses. Allí también conocí a Xavi Bonet y Alex Loro, los autores de *El Caballo del Diablo: Jaque mate a los pergaminos de Rennes-le-Château*, obra de la que hablamos en el apéndice anterior, y que también son miembros de esto que he venido en llamar, a modo de broma, la Generación del 2013, ya que su libro también vio la luz ese año.

Y allí, también, se han desarrollado multitud de debates, enriquecedores unos, esperpénticos otros, en los que muchos de los mitos y leyendas sobre este tema han ido sucumbiendo por el buen hacer de muchos de los participantes. Aunque, por otro lado, el Mito, en sus diversas y variadas manifestaciones, sigue presente y activo, tanto en la mente de muchos vendedores de misterio que siguen negando la evidencia y continúan repitiendo una y otra vez historias ya de sobra desmentidas, gracias a lo

que obtienen sugestivas remuneraciones económicas, ya sea por la venta de libros o por la de rutas «misteriosas»; como en la de muchos interesados en el tema que, o no han tenido la suerte de acceder a la bibliografía adecuada, o simplemente niegan la evidencia y se agarran como a un clavo ardiendo a bonitas historias de linajes sagrados, lugares de poder y Jesucristos enterrados en cunetas del sur de Francia.

Afortunadamente, hay mucha gente seria trabajando y estudiando esta historia. Mucha más de la que, sinceramente, pensaba que había cuando comencé a trabajar en mi investigación. Gente como Enric, Xavi o Alex. O como el investigador francés Patrick Mensior, toda una eminencia y un documentalista ejemplar. O como el vallisoletano Juan Carlos Pasalodos, que, desde su web [Quaerendo-invenietis<sup>\[4\]</sup>](#), ha realizado una labor excelente que merece ser reseñada brevemente: Pasalodos, en vez de centrarse en qué fue lo que encontró Saunière, centra sus pesquisas en el dónde, en qué se esconde bajo el subsuelo de la iglesia de Rennes-le-Château. Recordemos que nuestro abad, durante las obras de restauración del templo, levantó del suelo una gran losa rectangular, la famosa Losa de los Caballeros, bajo la que encontró, parece ser, la entrada a la antigua cripta de los señores de Rennes. Poco tiempo después, presuntamente, se interesó también por la famosa tumba de Marie de Nègre, la marquesa de Blanchefort, que se encontraba en el cementerio y de la que ya hemos hablado largo y tendido por aquí. Ambos elementos tienen relación con la propuesta de Juan Carlos: plantea que el abad, una vez descubierto el acceso a la cripta subterránea, encontró dos accesos más, mediante escaleras: uno en dirección norte y otro en dirección sur. Pero ambos accesos estaban bloqueados. Uno de ellos estaría, precisamente, en la tumba de la marquesa, lo que quizá explique porque esta señora no se enterró en la cripta correspondiente a los señores de Rennes, como hubiese sido lo normal... y de camino, esto aclararía porque Saunière se empeñó en destruir aquella lápida (si es que realmente esto sucedió). El otro acceso a la cripta estaría en la habitación secreta que hizo construir Saunière junto a la sacristía. ¿Qué evidencia tenemos de esto? Pues por un lado, el registro parroquial de 1705, en el que se recoge la inhumación de Anne Delsol en la tumba de los señores, que estaba cerca del balaustre, además de registrarse el enterramiento de la marquesa de Blanchefort en el cementerio. Por otro lado, durante las excavaciones del profesor Cholet en 1967, este mostró un documento del siglo XVIII, redactado por un antiguo párroco de la iglesia, Jean Bigou, tío de Antonine Bigou, en el que también se mencionaba la existencia de una cripta en la iglesia cuyo acceso había sido tapado. Además, en su informe, Cholet afirma haber encontrado el inicio de una escalera en la habitación secreta y otra que iría hacia el cementerio desde el subsuelo cercano al púlpito. Por último, la investigación con georradar ha demostrado que existe, al menos, una cámara subterránea bajo la iglesia, aunque también podrían ser dos: una cripta y la tumba de los señores de Rennes. Sea como sea, no podemos dar por válida esta propuesta hasta que de una vez por todas se permita excavar, con los medios disponibles hoy en día, bajo el subsuelo de la iglesia de Rennes-le-Château... pero ya saben, está prohibido

excavar en este pueblo...

Afortunadamente, hay esperanza. Gracias a esta nueva generación de investigadores el tema ha vuelto a ponerse sobre la mesa y muchas de las mentiras y las medias verdades aceptadas y extendidas por muchos investigadores de este extraño mundo del misterio han ido sucumbiendo una tras otra. Sin duda esta generación del 2013 dará mucho que hablar.

## Prometo estar agradecido

Esta obra la vais a poder leer gracias al esfuerzo colectivo de cientos de personas que durante dos meses y medio apoyaron mi sueño de verla publicada en el concurso Operación Tagus. Prometí estar agradecido, y ahora, llegado el momento de la verdad, os lo digo bien alto y claro: muchas gracias, camaradas, compañeros, «paloqueños» y demás amigos por vuestra generosidad, fidelidad y entrega. Como podíamos hacerlo, lo hicimos.

Pero tengo muchos, muchos más agradecimientos, término que igual se queda un poco corto para abarcar la inmensa deuda de gratitud que he contraído con una cantidad enorme de personas.

Por un lado, eternamente agradecido a los que habéis colaborado activamente en la elaboración de esta obra. Gracias a Carmen Caballero Clemente y Jérôme Stédile por su inestimable ayuda al traducir de un francés difícilísimo obras clave para este estudio: el prólogo de la obra de Henri Boudet y el folleto de Madeleine Blancasall (uno de los famosos *Dossiers Secrets*), respectivamente.

Gracias a Alma Leonor López y José M.<sup>a</sup> de la Portilla, a Melissa Carmona y Rafael López, y a Fernando López Angulo por sus geniales fotografías de Rennes-le-Château, que han aportado un necesario complemento visual a este libro.

Y, por supuesto, gracias a mis grandes amigos Octavio Martínez y Manuel Castro. Al primero, por su genial trabajo artístico en esta obra, desde las impresionantes recreaciones de las lápidas de Marie de Blanchefort hasta los planos, indispensables, de nuestro querido pueblo, Rennes-le-Château. Al segundo, por ser el primer lector de esta obra y por sus tremendamente sabios y necesarios consejos. El próximo juntos, Móser.

Eternamente agradecido a Jesús Callejo, que se lanzó a la arena y decidió apoyar esta locura escribiendo un prólogo maravilloso. Y gracias, por supuesto, a Enrique de Vicente por sus sabios consejos y su gran apoyo. Mil gracias, maestros.

A mis compañeros del programa de radio *Candil insólito*: Antonio, María José, Juánkar y Lilith; a mis camaradas de la página *Una pizca de cine, música, historia y arte*, Paco y Celia, compañeros en el camino y en la lucha constante por difundir cultura contra viento y marea. Y, cómo no, a mis lectores y compañeros

administradores de *Pa lo que hemos quedao*, nuestro frente de batalla particular en Facebook que tantas ilusiones y alegrías me ha proporcionado: Lili, Jesús, Hugo, Ismael y, de nuevo, Alma Leonor, un millón de gracias.

Por otro lado, jamás podré dar las gracias suficientemente alto y claro a ese reducido cónclave secreto de locuelos maravillosos que desde un pequeño e irreductible rincón de la red social me han apoyado en esta quimera. Algunos ya han sido nombrados, otros lo serán ahora mismo: gracias Fulgen y Delia, Marisa Castro, Gio, Oz, Ro Soliño, Esperanza, Marie Louise, Elmo, Selene, Jorge Burrezo, María Dolores, Rosa Lolo, Alma Libre, David Ramone, Ro Chacana, las hermanas Gloria y Susana, Claudia, Christa, Maribel, Extrenikito el Grande, Lolimar, Matilde, Eusebio, Néstor, Concha Malasombra The One, Rita, Beatriz, Evelyn, Idril, Maribel Lis, Pepe Flip...

Gracias a muchos otros que, de una manera u otra, han aportado su granito de arena a esta aventura. Son muchos. Digo algunos: Alberto Marín, Eva Weed, Joanna, Tino y Upe, Lourdes (la cuñadísima), *Miss D'Atri*, Juan C. París (y su bella mujer), Jordi y Carmencita, Isabel Córdoba, Adlemi, Edgardo Lines, Rosa Rosae, Conxa Matesanz, Ander, Nando, Gema López, Geni, Julia Díez, Miguel Ángel Calahorro (los dos), José Apolo, Javier Sanz, Antonio Giménez... A todos, gracias de nuevo.

Gracias, siempre y de todo corazón, a mi madre, María, y a mis hermanos, Antonio y Celia, el primero sanguíneo, la segunda espiritual.

Por último, gracias a Raquel. Sin ti esto no hubiese sido posible. Perdona, de nuevo, por las horas robadas...

Creo que no falta nadie. Si falta, lo siento, para la segunda edición.

Gracias y salud, que la suerte ya vendrá.

OSKARELE

### **Actualizando:**

Tempus fugit. El tiempo se escapa. Y es que, aunque parezca mentira, ha pasado más de un año desde que este libro fue publicado en versión digital por Ediciones Tagus. Un año, he de reconocerlo, en el que han pasado muchas cosas maravillosas que ni en mis mejores sueños podía haber imaginado. Y todo se debe a la estupenda acogida que desde el primer momento tuvo *Prohibido excavar en este pueblo*, que encabezó durante meses la lista de los ebooks de no ficción más vendidos en la web de Casa del Libro y que fue llegando a cada vez más gente. Sin duda, gran parte de su éxito se ha debido al apoyo que he recibido de una gran cantidad de medios, especialmente programas de radio, dedicados al curioso mundo este del misterio. Programas como *La Escóbula de la Brújula*, dirigido por Jesús Callejo, autor del prólogo de esta obra, e integrado por Carlos Canales, Miguel Zorita, Javier Sánchez Barba, Juan Ignacio



Cuesta Millán, Marcos Carrasco, Marta Teodoro, David Sentinella y Alberto Bernabeu; *El Último Peldaño*, con Joaquín y Juan José Abenza; *Despertar del Cementerio*, con José Méndez; *Misterio Directo EDENEX*, con Alberto Guzmán; *Angulo 13*, con Juanca Romero Hasmen; *Cuadernos de Bitácora*, con Carlos Ruiz, Paco Máñez y Sara Bethencourt; *Freqüència Ocultaron* Marc Riera Fort; *La Calle de los libros*, con Antonio Giménez; *Enigma '03*, con Fran Recio... a todos ellos, muchas muchas gracias por el apoyo.

También quiero agradecer el apoyo prestado por el personal de Casa del Libro de la Gran Vía de Madrid y de la Casa del Libro de Rambla Catalunya, en Barcelona, donde presenté el libro en octubre de 2013, así como a Raquel Vicario, que me facilitó la presentación en Almería gracias a la Fundación Cajamar, en el famoso Edificio de las Mariposas. No me quiero olvidar, además, del equipo de *Divulgadores del Misterio*, María José Fernández y Federico Bravo, que inmortalizaron en vídeo la presentación de Madrid.

Y, por supuesto, un millón de gracias a todos los que han comprado este libro en formato digital. Gracias a ustedes, ha podido ser, finalmente, publicado en papel. Mi más sincero agradecimiento.

Nos leemos en el siguiente...



ÓSCAR FÁBREGA CALAHORRO (Almería, 1976).

Andaluz de nacimiento y apasionado de los misterios, además de un incansable buscador de la verdad y el conocimiento.

Licenciado en Humanidades, amante de la Filosofía y la Antropología, siente especial predilección por la Literatura y la Historia, así como por todo lo relacionado con el mundo de las religiones. Ha desarrollado una amplia trayectoria literaria como *blogger* y articulista en diversos medios de la red, aunque desde hace varios años se centró en el proyecto cultural colectivo «Pa lo que hemos quedao», un pequeño rincón dedicado a la cultura en la red social Facebook, para el que ha escrito infinidad de artículos y que cuenta con más de 48 000 seguidores en la actualidad.

Crítico y escéptico por definición, defiende la búsqueda del saber sin límite haciendo suya aquella frase del físico estadounidense Richard Feynman: «Hay que tener la mente abierta. Pero no tanto como para que se te caiga el cerebro». Actualmente forma parte del equipo del programa de «Tempus Fugit», de Candil Radio (Huércal de Almería).

# Notas

[1] Este diario regional no tenía tirada nacional. Se distribuía en varios departamentos de la región de Midi-Pyrénées y de Aquitaine y en el departamento de Aude, en el Languedoc, escenario de nuestra historia. Estas tres regiones, junto con la Provence, forman lo que se conoce como «Midi», el Mediodía francés, el Miègjorn occitano. Lo que viene siendo el sur de Francia, y que más o menos coincide con la Occitania. <<

[2] Un millardo son mil millones, palabra incluida por la Real Academia de la Lengua para evitar que la palabra inglesa *billion* —que se refiere también a mil millones— no fuese traducida erróneamente por «billón», es decir, un millón de millones. <<

[3] En francés: «D'un coup de pioche dans un pilier du maître-autel, l'abbé Saunière met à jour le trésor de Blanche de Castille». <<



[1] Un caso parecido es el de la ciudad musulmana de Medina Azahara, desaparecida durante tiempo; tanto que se consideraba que su ubicación se correspondía con la antigua ciudad de Córdoba, hasta que a principios del siglo xx comenzaron las excavaciones y se esclareció que aquellas ruinas pertenecían realmente a la antigua ciudad palaciega edificada por Abderramán III en el siglo x. Otro ejemplo podría ser la ciudad visigoda de Recópolis, situada en las inmediaciones de la localidad española de Zorita de los Canes (provincia de Guadalajara), construida por Leovigildo y que fue un floreciente centro urbano hasta que acabó desapareciendo en las sombras del tiempo. En este caso sí se ha podido encontrar esta «ciudad perdida». De hecho, aún se está excavando en el yacimiento. <<

[2] Robin, J. L.: *Rennes-le-Château, el secreto del abad Saunière*, Barcelona: Ediciones Obelisco, 2007, 176. <<

[3] Robin, J. L., *op. cit.*, 180. <<

[4] Robin, J. L., *op. cit.*, 180. <<

[5] Robin, J. L., *op. cit.*, 180. <<

[6] Este apellido aparece de diferentes maneras según la fuente consultada: De Sède, por ejemplo, lo cita como «Negri»; en otras obras aparece como «Negre» o «Nègre». Nosotros emplearemos esta última versión, «De Nègre», la más extendida entre los investigadores del tema, excepto cuando citemos obras de terceros, en las que aparecerá el apellido según lo usen ellos. La familia escribía su apellido como «De Négri». <<



[7] Unos años después de la muerte de San Luis, en 1291, los cristianos pierden su último bastión en Tierra Santa, al caer en manos de los musulmanes San Juan de Acre. <<

[8] Robin, J. L. *op. cit.*, 185. <<

[9] Texto original francés: «A la sortie de Couiza, une route monte vivement à gauche, c'est le chemin de Rennes-le-Château, sur l'arête du plateau, se découpe un décor singulier: des maisons en ruine, un château féodal délabré, surplombent et se confondent avec la falaise calcaire, puis des villas, des tours à véranda, neuves et modernes contrastent étrangement avec ces ruines: c'est la maison d'un curé qui aurait bâti cette demeure somptueuse avec l'argent d'un trésor trouvé, disent les paysans!». (Smith, P.: <http://www.rennes-le-chateau-rhedae.com/rlc/jeangirou.html>).

<<

[10] *Le Soir Illustré*, pp. 16-22 (n.º 819; marzo 1948). De aquí: <http://www.rennes-le-chateau-rheda.com/rlc/rennes-le-chateau-timeline.html>. <<

[11] *Le Soir Illustré*, op. cit. <<

[12] Sède, G. de: *El oro de Rennes*, Barcelona: Plaza y Janés Editores, 1980, 204-5.

<<

[13] Conforme avance nuestra narración, veremos que esto no fue del todo así, ya que ese hallazgo se realizó en realidad en un balaustre del púlpito. <<



[1] Para más información sobre la obra de Charroux, recomiendo visitar este blog:  
<http://coleccionrealismofantastico.blogspot.com.es/2009/09/robert-charroux.html>. <<

[2] La imagen la pueden ver en <http://www.rennes-le-chateau-rheda.com/rlc/metaldetector.html>. <<

[3] Tiene el valor de firmar este libro como «Robert Charroux, Presidente del Club Internacional de Buscadores de Tesoros». <<

[4] Charroux, R.: *Tesoros ocultos: enterrados, emparedados, sumergidos* [descarga], 1964, 188. <<

[5] Charroux, R., *op. cit.*, 188. <<

[6] Charroux, R., *op. cit.*, 189. <<

[7] Charroux, R., *op. cit.*, 189. <<



[8] Charroux, R., *op. cit.*, 189. <<

[9] Charroux, R., *op. cit.*, 189. <<

[10] Charroux, R., *op. cit.*, 189. <<

[11] Charroux, R., *op. cit.*, 189. <<

[12] Charroux, R., *op. cit.*, 190. <<

[13] Charroux, R., *op. cit.*, 190. <<

[14] Charroux, R., *op. cit.*, 190. <<



[15] Charroux, R., *op. cit.*, 193. <<

[16] Charroux, R., *op. cit.*, 193. <<

[17] Charroux, R., *op. cit.*, 193-4. <<

[18] Charroux, R., *op. cit.*, 194. <<

[19] En la página web del investigador Ben Hammott se pueden encontrar numerosas imágenes de *La Roue Tourne*: <http://www.benhammott.com/la-rue-tourne-noel-corbu.html>. <<

[20] En la página web Rhedesium.com, disponen de una transcripción parcial del programa radiofónico en inglés: <http://www.rhedesium.com/the-stegravele-of-blanchefort-and-noel-corbu.html>. <<

[21] Sède, G. de: *El oro de Rennes*, Barcelona: Plaza y Janés Editores, 1980, 130. <<



[1] Fue durante su reinado cuando se construyó, en 1070, la famosa Torre de Londres.

<<

[2] Vizconde de Exmes, conde de Ponthieu y de Shrewsbury. <<

[3] El padre de ambos, Guillermo el Conquistador, dividió los dominios normandos entre sus dos hijos mayores: tras su muerte en 1087, Roberto heredó el ducado de Normandía, y Guillermo, el reino de Inglaterra. El primero tomó rápidamente las posesiones de su hermano mayor, lo que los llevó a un enfrentamiento constante mientras vivieron. <<

[4] Los dos últimos fueron los dos principales consejeros de Plantagenêt, además de maestros del Temple en Inglaterra. <<

[5] Sède, G. de: *Los templarios están entre nosotros*, Málaga: Editorial Sirio, 2002, 245. <<

[6] Clemente V (1264-1314), nacido Bertrand de Got, fue el papa que en 1307 apoyó al monarca francés Felipe IV el Hermoso y ordenó la supresión de la Orden del Temple. <<

[7] Esta localidad, Lieoux, se encuentra en el departamento francés de Haute-Garonne, en la citada región de Comminges. <<



[8] Fue un movimiento político conservador y monárquico fundado en 1898 por el profesor de Filosofía Henri Vaugois y el escritor Maurice Pujo, como consecuencia del famoso caso Dreyfus. <<

[9] El Frente Popular ganó los comicios del 3 de mayo de 1936, lo que permitió la creación del primer gobierno socialista en la historia de la Tercera República francesa. <<

[10] Llamado así por una frase del poeta francés Arthur Rimbaud, «La main à la plume vaut la main à charrue». (La mano que escribe es igual a la mano que ara). <<

[11] Sobre el apellido de este señor existe un curioso problema: en unas fuentes se le menciona como «Lhormoy», pero en otras como «Lhomoy». Por lo general usaremos Lhormoy, que es el nombre que emplea De Sède en su obra. <<

[12] Como veremos más adelante, en la lista de los grandes maestros del Priorato de Sion, aparece como Jeanne III. <<

[13] Sede, G. de: *Los templarios están entre nosotros*, Málaga: Editorial Sirio, 2002, 26. <<

[14] Sede, G. de: *Los templarios están entre nosotros*, Málaga: Editorial Sirio, 2002, 31. <<



[15] Sede, G. de: *Los templarios están entre nosotros*, Málaga: Editorial Sirio, 2002, 32. <<

[16] Sede, G. de: *Los templarios están entre nosotros*, Málaga: Editorial Sirio, 2002, 34. <<

[17] Sede, G. de: *Los templarios están entre nosotros*, Málaga: Editorial Sirio, 2002, 42. <<

[18] Sede, G. de: *Los templarios están entre nosotros*, Málaga: Editorial Sirio, 2002, 42. <<

[19] Sede, G. de: *Los templarios están entre nosotros*, Málaga: Editorial Sirio, 2002, 43. <<

[20] La *croix patée* o cruz patada es aquella cuyos brazos son estrechos en el centro y se ensanchan en los extremos. De hecho, el nombre proviene de ahí, ya que los brazos de este tipo de cruz parecen patas de animales. Ha sido utilizada por los caballeros teutónicos, los templarios y los masones, aunque también aparece, por ejemplo, en las carabelas con las que Cristóbal Colón llegó a América, y se ha asociado siempre con el Imperio alemán. Es significativo que la cruz patada es emblemática de la región del Vexin francés, donde se encuentra Gisors. <<

[21] Picknett, L. y C. Prince: *La revelación de Sion*, Madrid: Ediciones Martínez Roca, 2008, 181. <<



[22] La película de 2004 *La búsqueda*, dirigida por Jon Turteltaub y protagonizada por Nicolas Cage, crea una ficción sobre esta hipótesis, que plantea que el secreto de la localización del Tesoro de los Templarios en Estados Unidos habría sido custodiado por los Padres Fundadores de aquel país, masones todos ellos. <<

[23] Picknett, L. y C. Prince: *La revelación de Sion*, Madrid: Ediciones Martínez Roca, 2008, 288. <<

[24] Picknett, L. y C. Prince: *La revelación de Sion*, Madrid: Ediciones Martínez Roca, 2008, 288. <<

[25] Picknett, L. y C. Prince: *La revelación de Sion*, Madrid: Ediciones Martínez Roca, 2008, 346. <<

[26] Picknett, L. y C. Prince: *La revelación de Sion*, Madrid: Ediciones Martínez Roca, 2008, 289. <<

[27] Picknett, L. y C. Prince: *La revelación de Sion*, Madrid: Ediciones Martínez Roca, 2008, 291. <<

[28] Picknett, L. y C. Prince: *La revelación de Sion*, Madrid: Ediciones Martínez Roca, 2008, 311. <<



[29] Picknett, L. y C. Prince: *La revelación de Sion*, Madrid: Ediciones Martínez Roca, 2008, 311. <<

[30] Picknett, L. y C. Prince: *La revelación de Sion*, Madrid: Ediciones Martínez Roca, 2008, 322. <<

[31] Picknett, L. y C. Prince: *La revelación de Sion*, Madrid: Ediciones Martínez Roca, 2008, 189. <<

[32] Picknett, L. y C. Prince: *La revelación de Sion*, Madrid: Ediciones Martínez Roca, 2008, 189. <<

[33] Picknett, L. y C. Prince: *La revelación de Sion*, Madrid: Ediciones Martínez Roca, 2008, 189. <<

[34] Hay que mencionar aquí que en francés *olmo* es *orme*. <<

[35] Sede, G. de: *Los templarios están entre nosotros*, Málaga: Editorial Sirio, 2002, 212. <<

[36] Posteriormente hablaremos de esto, pero ese término aparece por primera vez en los estatutos de 1956 del Priorato de Sion, aportados cuando fue inscrita la sociedad en el registro francés. <<



[1] Significa, literalmente, «pies negros», y hace referencia a los ciudadanos de origen europeo, sobre todo franceses, que residían en Argelia y que se vieron obligados a salir del país tras la independencia. La mayor parte de ellos se trasladó a Francia, aunque muchos se establecieron en España, especialmente en la provincia de Alicante. <<

[2] Fanthorpe, L. y P. Fanthorpe: *El secreto de Rennes-le-Château y el misterio del tesoro de los templarios*, Madrid: Editorial Edaf, 2005, 262. <<

[3] Robin, J. L., *op. cit.*, 207. <<

[4] Robin, J. L., *op. cit.*, 207. <<

[5] En la entrada correspondiente a la serie en la base de datos de IMDB aparece más información sobre esta producción: <http://www.imdb.es/title/tt0278225/>. <<

[6] Publicada en España con el título *El misterio del Priorato de Sion* en el año 2005 por Roca Editorial de Libros S. L. <<

[1] Como él mismo afirma en los créditos de la obra. <<

[2] Sède, G. de: *El oro de Rennes*, Barcelona: Plaza y Janés Editores, 1980, 25. <<



[3] Sède, G. de: *El oro de Rennes*, Barcelona: Plaza y Janés Editores, 1980, 24. <<

[4] Sède, G. de: *El oro de Rennes*, Barcelona: Plaza y Janés Editores, 1980, 28. <<

[5] Sède, G. de: *El oro de Rennes*, Barcelona: Plaza y Janés Editores, 1980, 30. <<

[6] Sède, G. de: *El oro de Rennes*, Barcelona: Plaza y Janés Editores, 1980, 34. <<

[7] En aquel entonces, en el museo de Carcassonne; hoy en día, en el de Rennes-Le-Château. <<

[8] Sède, G. de: *El oro de Rennes*, Barcelona: Plaza y Janés Editores, 1980, 38. <<

[9] Sède, G. de: *El oro de Rennes*, Barcelona: Plaza y Janés Editores, 1980, 38. <<

[10] Sède, G. de: *El oro de Rennes*, Barcelona: Plaza y Janés Editores, 1980, 39. <<



[11] Sède, G. de: *El oro de Rennes*, Barcelona: Plaza y Janés Editores, 1980, 43. <<

[12] Sède, G. de: *El oro de Rennes*, Barcelona: Plaza y Janés Editores, 1980, 51. <<

[13] Sède, G. de: *El oro de Rennes*, Barcelona: Plaza y Janés Editores, 1980, 55. <<

[14] Sède, G. de: *El oro de Rennes*, Barcelona: Plaza y Janés Editores, 1980, 63. <<

[15] Sède, G. de: *El oro de Rennes*, Barcelona: Plaza y Janés Editores, 1980, 69. <<

[16] Sède, G. de: *El oro de Rennes*, Barcelona: Plaza y Janés Editores, 1980, 69. <<

[17] Sède, G. de: *El oro de Rennes*, Barcelona: Plaza y Janés Editores, 1980, 102-3.

<<

[18] Sède, G. de: *El oro de Rennes*, Barcelona: Plaza y Janés Editores, 1980, 119. <<



[19] Sède, G. de: *El oro de Rennes*, Barcelona: Plaza y Janés Editores, 1980, 119. <<

[20] Este nombre aparece en las fuentes de distinta forma: Sigisberto, Sigeberto, Sigiberto... Nosotros emplearemos la versión más aceptada en el ámbito académico, Sigeberto, excepto cuando aportemos citas textuales de otros autores. <<

[21] Sède, G. de: *El oro de Rennes*, Barcelona: Plaza y Janés Editores, 1980, 120. <<

[22] Sède, G. de: *El oro de Rennes*, Barcelona: Plaza y Janés Editores, 1980, 125. <<

[23] Sède, G. de: *El oro de Rennes*, Barcelona: Plaza y Janés Editores, 1980, 126. <<

[24] Sède, G. de: *El oro de Rennes*, Barcelona: Plaza y Janés Editores, 1980, 139. <<

[25] Sède, G. de: *El oro de Rennes*, Barcelona: Plaza y Janés Editores, 1980, 140. <<

[26] Sède, G. de: *El oro de Rennes*, Barcelona: Plaza y Janés Editores, 1980, 143. <<



[27] Ver Apéndice. <<

[28] Sède, G. de: *El oro de Rennes*, Barcelona: Plaza y Janés Editores, 1980, 140. <<

[29] Sède, G. de: *El oro de Rennes*, Barcelona: Plaza y Janés Editores, 1980, 143. <<

[30] Sède, G. de: *El oro de Rennes*, Barcelona: Plaza y Janés Editores, 1980, 165. <<

[31] Sède, G. de: *El oro de Rennes*, Barcelona: Plaza y Janés Editores, 1980, 166. <<

[32] Sède, G. de: *El oro de Rennes*, Barcelona: Plaza y Janés Editores, 1980, 166. <<

[33] Sède, G. de: *El oro de Rennes*, Barcelona: Plaza y Janés Editores, 1980, 198. <<

[34] Sède, G. de: *El oro de Rennes*, Barcelona: Plaza y Janés Editores, 1980, 199. <<



[35] Sède, G. de: *El oro de Rennes*, Barcelona: Plaza y Janés Editores, 1980, 200. <<

[36] Lincoln, H.: *La clave del enigma sagrado: la historia nunca contada de Rennes-le-Château*, Madrid: Equipo Difusor del Libro, 2011, 25. <<

[37] Sede, G. de: *El oro de Rennes*, Barcelona: Plaza y Janés Editores, 1980, 166. <<

[38] Sede, G. de: *El oro de Rennes*, Barcelona: Plaza y Janés Editores, 1980, 16.. <<

[1] *Semaine Religieuse de Carcassonne*, del 1 de junio de 1967. En las páginas 363 y 364 aparece un escrito suyo. Lo pueden leer íntegro, en inglés, en la página web de Paul Smith: [http://www.rennes-le-chateau-rheda.com/rlc/georgesboyer\\_translation.html](http://www.rennes-le-chateau-rheda.com/rlc/georgesboyer_translation.html), y aquí el original en francés: <http://www.rennes-le-chateau-rheda.com/rlc/georgesboyer.html>, fotocopiado. <<

[2] Smith, P.: *A clarification and a warning*: [http://www.rennes-le-chateau-rheda.com/rlc/georgesboyer\\_translation.html](http://www.rennes-le-chateau-rheda.com/rlc/georgesboyer_translation.html). <<

[3] El artículo citado, publicado el 9 de diciembre de 1967, se puede leer completo en: <http://www.rennes-le-chateau-rhedae.com/rlc/independant.html>. <<

[4] Descadeillas, R.: *Mythologie du Trésor de Rennes: Histoire véritable de l'abbé Saunière, curé de Rennes-le-Château*, Carcassonne: Éditions J. M. Savary, 1974, 17..

<<



[5] Descadeillas, R., *op. cit.*, 31.. <<

[6] Véase capítulo 2. <<

[7] Descadeillas, R., *op. cit.*, 76. <<

[8] La obra en cuestión, tal y como vemos en la bibliografía del libro de De Sède, es *Notice sur Rennes-le-Château et l'abbé Saunière*, de 1962. <<

[9] Sède, G. de: *El oro de Rennes*, Barcelona: Plaza y Janés Editores, 1980, 203-4. <<

[1] Lincoln, H.: *La clave del enigma sagrado: la historia nunca contada de Rennes-le-Château*, Madrid: Equipo Difusor del Libro, 2011, 16. <<

[2] Baigent, M., R. Leigh y H. Lincoln: *El enigma sagrado*, Madrid: Ediciones Martínez Roca, 2006a, 35. <<

[3] Lincoln, H.: *La clave del enigma sagrado: la historia nunca contada de Rennes-le-Château*, Madrid: Equipo Difusor del Libro, 2011, 24. <<



[4] Lincoln, H.: *La clave del enigma sagrado: la historia nunca contada de Rennes-le-Château*, Madrid: Equipo Difusor del Libro, 2011, 25. <<

[5] Lincoln, H.: *La clave del enigma sagrado: la historia nunca contada de Rennes-le-Château*, Madrid: Equipo Difusor del Libro, 2011, 42. <<

[6] Baigent, además, es un masón reconocido y ha escrito bastante sobre la masonería.

<<

[7] Y también del suyo, por cierto. <<

[8] *El mundo,* 08-04-2006.  
<http://www.elmundo.es/elmundo/2006/04/07/cultura/1144419888.html>. <<

[9] Brown, D.: *El código Da Vinci*, Barcelona: Umbriel Editores, 2003, 315. <<

[10] Baigent, M., R. Leigh y H. Lincoln: *El enigma sagrado*, Madrid: Ediciones Martínez Roca, 2006a, 34. <<

[11] Baigent, M., R. Leigh y H. Lincoln: *El enigma sagrado*, Madrid: Ediciones Martínez Roca, 2006a, 35. <<



[12] Baigent, M., R. Leigh y H. Lincoln: *El enigma sagrado*, Madrid: Ediciones Martínez Roca, 2006a, 35. <<

[13] Lincoln, H.: *La clave del enigma sagrado: la historia nunca contada de Rennes-le-Château*, Madrid: Equipo Difusor del Libro, 2011, 62-3. <<

[14] Baigent, M., R. Leigh y H. Lincoln: *El enigma sagrado*, Madrid: Ediciones Martínez Roca, 2006a, 38. <<

[15] Baigent, M., R. Leigh y H. Lincoln: *El enigma sagrado*, Madrid: Ediciones Martínez Roca, 2006a, 40. <<

[16] Baigent, M., R. Leigh y H. Lincoln: *El enigma sagrado*, Madrid: Ediciones Martínez Roca, 2006a, 43. <<

[17] Baigent, M., R. Leigh y H. Lincoln: *El enigma sagrado*, Madrid: Ediciones Martínez Roca, 2006a, 44. <<

[18] Baigent, M., R. Leigh y H. Lincoln: *El enigma sagrado*, Madrid: Ediciones Martínez Roca, 2006a, 50. <<

[19] Baigent, M., R. Leigh y H. Lincoln: *El enigma sagrado*, Madrid: Ediciones Martínez Roca, 2006a, 52. <<



[20] Baigent, M., R. Leigh y H. Lincoln: *El enigma sagrado*, Madrid: Ediciones Martínez Roca, 2006a, 54. <<

[21] Baigent, M., R. Leigh y H. Lincoln: *El enigma sagrado*, Madrid: Ediciones Martínez Roca, 2006a, 63. <<

[22] Baigent, M., R. Leigh y H. Lincoln: *El enigma sagrado*, Madrid: Ediciones Martínez Roca, 2006a, 127-9. <<

[23] Baigent, M., R. Leigh y H. Lincoln: *El enigma sagrado*, Madrid: Ediciones Martínez Roca, 2006a, 129. <<

[24] Baigent, M., R. Leigh y H. Lincoln: *El enigma sagrado*, Madrid: Ediciones Martínez Roca, 2006a, 143. <<

[25] Baigent, M., R. Leigh y H. Lincoln: *El enigma sagrado*, Madrid: Ediciones Martínez Roca, 2006a, 144. <<

[26] Picknett, L. y C. Prince: *La revelación de Sion*, Madrid: Ediciones Martínez Roca, 2008, 189. <<

[27] Brown, D., *op. cit.*, 11. <<



[28] Baigent, M., R. Leigh y H. Lincoln: *El enigma sagrado*, Madrid: Ediciones Martínez Roca, 2006a, 309. <<

[29] Benjamín era el hijo menor del patriarca Jacob y de Raquel, su mujer, que murió tras el parto. (De ahí que, por extensión, se le llame *benjamín* al hijo menor de una familia). Esta tribu se asentó al oeste del Jordán, y englobaba las ciudades de Jericó, Gabaón y Jerusalén. El primer rey de Israel, Saúl, pertenecía a este linaje. La Biblia relata cómo se produjo una guerra civil con el resto de las tribus, que terminó con la casi total destrucción del pueblo de Benjamín. El motivo, al parecer, fue que algunos miembros de esta tribu habían violado y matado a la mujer de un levita. <<

[30] Baigent, M., R. Leigh y H. Lincoln: *El enigma sagrado*, Madrid: Ediciones Martínez Roca, 2006a, 426. <<

[31] Baigent, M., R. Leigh y H. Lincoln: *El enigma sagrado*, Madrid: Ediciones Martínez Roca, 2006a, 439. <<

[32] Baigent, M., R. Leigh y H. Lincoln: *El enigma sagrado*, Madrid: Ediciones Martínez Roca, 2006a, 321. <<

[33] Habría que aclarar que esta cita no ha podido ser verificada históricamente y que se trata de una carta dirigida al cardenal Pietro Bembo, y que Pico della Mirandola (1463-1494) atribuyó a este pontífice. <<

[34] Baigent, M., R. Leigh y H. Lincoln: *El enigma sagrado*, Madrid: Ediciones Martínez Roca, 2006a, 45. <<

[35] Recordemos aquí que el vocablo griego *christós* significa precisamente eso, «el ungido». <<



[36] El culto al Sol Invictus fue un culto solar. Su festividad principal se celebraba durante el solsticio de invierno, para conmemorar el «renacimiento» del Sol. Este culto estaba asociado, por otro lado, a divinidades solares, como Mitra o Helios. <<

[37] Baigent, M., R. Leigh y H. Lincoln: *El enigma sagrado*, Madrid: Ediciones Martínez Roca, 2006a, 201. <<

[1] En la siguiente página web se pueden revisar, en inglés, algunos de ellos:  
<http://www.rennes-le-chateau-rhedae.com/rlc/sermons.html>. <<

[2] Fanthorpe, L. y P. Fanthorpe, *op. cit.*, 12. <<

[3] Robin, J. L., *op. cit.*, 108. <<

[4] Picknett, L. y C. Prince: *La revelación de los templarios*, Madrid: Ediciones Martínez Roca, 2006, 327. <<

[5] Se trata de una relación o proporción entre segmentos de rectas que se da, curiosamente, tanto en la naturaleza como en algunas figuras geométricas. Así, dados dos segmentos ( $a$  y  $b$ ) de una recta, la proporción áurea se daría cuando la longitud  $a+b$  respecto al segmento  $a$  sea la misma que la del segmento  $a$  respecto a  $b$ . Matemáticamente sería:  $a+b/a = a/b$ . <<

[6] Para profundizar en este tema recomendamos la lectura de dos obras de Henry Lincoln: *La clave del enigma sagrado: la historia nunca contada de Rennes-le-Château* (1997) y *La isla secreta de los templarios: los caballeros, el sacerdote y el tesoro* (2006), escrita esta última junto al investigador danés Erling Haagensen, en la que plantean una asociación entre las formaciones geométricas de la zona de Rennes con las que se dan en la isla de Bornholm, en el mar Báltico, donde existen una serie de extrañas iglesias realizadas, al parecer, por los templarios. <<



[7] Lincoln, H.: *La clave del enigma sagrado: la historia nunca contada de Rennes-le-Château*, Madrid: Equipo Difusor del Libro, 2011, 252. <<

[8] Lincoln, H.: *La clave del enigma sagrado: la historia nunca contada de Rennes-le-Château*, Madrid: Equipo Difusor del Libro, 2011, 304. <<

[9] Lincoln, H. y E. Haagensen: *La isla secreta de los templarios*, Madrid: Equipo Difusor del Libro, 2006, 162. <<

[10] Otros autores, como David Wood en su obra *Genesis*, de 1985, plantean también esta idea de que existen formas geométricas y alineamientos en la zona de Rennes-le-Château, ya sea entre elementos naturales o entre construcciones humanas.

<<

[1] Sus otros dos hermanos varones tuvieron también estudios universitarios: uno de Medicina (Joseph) y otro de Derecho (Martial). <<

[2] Se dice que aquí pasó algunos años, durante su infancia, Michel de Nôtre-Dame (1503-1566), más conocido como Nostradamus. De hecho, hay quien dice que su familia era de allí y que su casa se conserva aún en el pueblo —incluso se puede visitar. <<

[3] Bandera utilizada durante la Restauración borbónica, que consistía en un paño blanco con flores de lis doradas. <<

[4] Hay que recordar que en aquel momento el sufragio no era universal, sino solo masculino. De hecho, fue en 1848 —apenas cuarenta años antes— cuando se abolió el sufragio censitario, y hasta una fecha tan tardía como 1944, en plena Segunda Guerra Mundial, no podrán votar las mujeres. (Eso sí, las mujeres musulmanas de la Argelia francesa no pudieron votar hasta 1958). <<



[5] Pueden consultarse aquí, en la genial web de Paul Smith: <http://www.rennes-le-chateau-rhedae.com/rlc/leaflet1885.html>. <<

[6] Robin, J. L., *op. cit.*, 26. <<

[7] Traducción propia del documento en inglés que el investigador Paul Smith ha publicado en la siguiente página web: <http://www.rennes-le-chateau-rhedae.com/rlc/suspension.html>. Ambas cartas fueron publicadas en la obra *Les Cahiers de Rennes-Le-Château N.º1*, de 1984, y corresponden a los archivos del abad Bruno de Monts. <<

[8] Véase nota anterior. <<

[9] Véase nota anterior. <<

[10] Robin, J. L., *op. cit.*, 29. <<

[11] Robin, J. L., *op. cit.*, 29. <<

[12] Picknett, L. y C. Prince: *La revelación de Sion*, Madrid: Ediciones Martínez Roca, 2008, 254-5. <<



[1] En francés: «D'un coup de pioche dans un pilier du maître-autel, l'abbé Saunière met à jour le trésor de Blanche de Castille». <<

[2] Robin, J. L., *op. cit.*, 108. <<

[3] Baigent, M., R. Leigh y H. Lincoln: *El enigma sagrado*, Madrid: Ediciones Martínez Roca, 2006a, 34. <<

[4] Lincoln H.: *La clave del enigma sagrado: la historia nunca contada de Rennes-le-Château*, Madrid: Equipo Difusor del Libro, 2011, 262-3. <<

[5] Baigent, M., R. Leigh y H. Lincoln: *El legado mesiánico: ¿hubo más de un Cristo?*, Madrid: Ediciones Martínez Roca, 2006b, 341. <<

[6] Baigent, M., R. Leigh y H. Lincoln: *El legado mesiánico: ¿hubo más de un Cristo?*, Madrid: Ediciones Martínez Roca, 2006b, 35. <<

[7] Baigent, M., R. Leigh y H. Lincoln: *El legado mesiánico: ¿hubo más de un Cristo?*, Madrid: Ediciones Martínez Roca, 2006b, 35. <<

[8] Baigent, M., R. Leigh y H. Lincoln: *El legado mesiánico: ¿hubo más de un Cristo?*, Madrid: Ediciones Martínez Roca, 2006b, 339. <<



[9] Picknett, L. y C. Prince: *La revelación de Sion*, Madrid: Ediciones Martínez Roca, 2008, 372. <<

[10] Baigent, M., R. Leigh y H. Lincoln: *El legado mesiánico: ¿hubo más de un Cristo?*, Madrid: Ediciones Martínez Roca, 2006b, 344. <<

[11] Baigent, M., R. Leigh y H. Lincoln: *El legado mesiánico: ¿hubo más de un Cristo?*, Madrid: Ediciones Martínez Roca, 2006b, 344. <<

[12] La notaría de Freeman, por cierto, era la que utilizaba el Lloyds Bank International, donde en teoría habían sido depositados los otros dos pergaminos con las citas bíblicas. <<

[13] Baigent, M., R. Leigh y H. Lincoln: *El legado mesiánico: ¿hubo más de un Cristo?*, Madrid: Ediciones Martínez Roca, 2006b, 361. <<

[14] Baigent, M., R. Leigh y H. Lincoln: *El legado mesiánico: ¿hubo más de un Cristo?*, Madrid: Ediciones Martínez Roca, 2006b, 366. <<

[1] Lo pueden revisar aquí, en la web de Paul Smith: <http://www.rennes-le-chateau-rheda.com/rlc/img/windows.jpg>. <<

[2] En la siguiente página web pueden revisar, en inglés, algunos de ellos:  
<http://www.rennes-le-chateau-rhedae.com/rlc/sermons.html>. <<



[3] Existe un informe oficial en el que se da cuenta de este acontecimiento. Se puede consultar en: <http://www.rennes-le-chateau-rhedae.com/rlc/mission.html>. <<

[4] El original se encuentra en la actualidad en el museo de Rennes-le-Château y el que podemos ver en la entrada de la iglesia es una copia. <<

[5] El 19 de septiembre de 1846, supuestamente, la Virgen María se les apareció a dos pastorcillos, Mélanie Calvat y Maximin Giraud, en La Salette, un pequeño pueblo de la región de Rhône-Alpes. Como en el caso de Lourdes —cuyas apariciones son posteriores, de julio de 1958—, la Virgen entregó a estos niños un mensaje secreto en el que advertía sobre acontecimientos futuros. Entre otras cosas, aquel mensaje avisaba de la futura corrupción del clero, del triunfo del materialismo y del ateísmo y del consecuente próximo día del Juicio Final. En la siguiente página web tienen más información sobre este tema: <http://www.revelacionesmarianas.com/La%20Salette.htm>. Aquello de «Penitence, penitence» parece ser que era lo que pedía la virgen a aquellos niños. <<

[6] Significativamente, Cholet aseguraba poseer un documento sumamente interesante, del que hemos hablado en páginas anteriores: una nota de un cura de la parroquia, tío del abad Bigou, de finales del siglo XVIII, en la que se menciona la existencia de una cripta bajo la iglesia cuyo acceso había sido cegado. <<

[7] Robin, J. L., *op. cit.*, 54. <<

[8] Robin, J. L., *op. cit.*, 54. <<

[9] Ya saben, ese fenómeno psicológico en el que un estímulo visual se percibe erróneamente como una forma reconocible, lo que sucede con mayor probabilidad con sugestión de por medio... <<

[10] Sède, G. de: *El oro de Rennes*, Barcelona: Plaza y Janés Editores, 1980, 120. <<



[11] Robin, J. L., *op. cit.*, 57. <<

[12] Robin, J. L., *op. cit.*, 36. <<

[13] Robin, J. L., *op. cit.*, 61. <<

[14] Robin, J. L., *op. cit.*, 59. <<

[1] El texto de ambas cartas se ha extraído de la siguiente página web y traducido por nosotros mismos: <http://www.rennes-le-chateau-rheda.com/rlc/lettersofcomplaint.html>. En la bibliografía usada solo otra obra las menciona, la de Lorenzo Fernández Bueno y Josep Guijarro, *Rex Mundi* (2006, 78-9). Comparando ambas versiones hemos preferido utilizar las de la página web citada por el conocido perfeccionismo metodista de su administrador, Paul Smith, un importante y serio estudioso sobre el tema. Aun así, las versiones no difieren en lo sustancial. <<

[2] En el *Bulletin de la Société d'études scientifiques de l'Aude*, volumen xvii, 1906, pp. 98-103. (La lápida aparece reproducida en la página 101). Aquí se puede leer este boletín completo:  
[http://www.archive.org/stream/bulletin02carcgoog/bulletin02carcgoog\\_djvu.txt.m](http://www.archive.org/stream/bulletin02carcgoog/bulletin02carcgoog_djvu.txt.m).  
<<

[3] Tisseyre, E.: *Excursion du 25 juin 1905 à Rennes-le-Château*, <http://www.renneslechateau.com/francais/excursion-1905.htm>. Traducción propia. <<

[4] Véase nota anterior. <<



[5] Véase nota anterior. <<

[6] Se puede encontrar una transcripción del citado informe en <http://www.renneslechateau.com/francais/excursion-1905.htm>. <<

[7] Sède, G. de: *El oro de Rennes*, Barcelona: Plaza y Janés Editores, 1980, 38. <<

[8] Sède, G. de: *El oro de Rennes*, Barcelona: Plaza y Janés Editores, 1980, 39. <<

[9] Sède, G. de: *El oro de Rennes*, Barcelona: Plaza y Janés Editores, 1980, 200. <<

[10] Sède, G. de: *El oro de Rennes*, Barcelona: Plaza y Janés Editores, 1980, 200. <<

[11] Lincoln H.: *La clave del enigma sagrado: la historia nunca contada de Rennes-le-Château*, Madrid: Equipo Difusor del Libro, 2011. <<

[12] Robin, J. L., *op. cit.*, 36. <<



[13] El investigador francés Jean-Claude Debrou afirmó haber descubierto ese certificado de nacimiento en el año 2009. Más información aquí: [http://www.perillos.com/death\\_bigou.html](http://www.perillos.com/death_bigou.html). <<

[14] Aquí tienen información sobre la conquista de Collioure:  
[http://www.historyofwar.org/articles/siege\\_collioure.html](http://www.historyofwar.org/articles/siege_collioure.html). <<

[1] Robin, J. L., *op. cit.*, 66. <<

[2] Pietro Angeleri di Murrone, posteriormente Celestino V (1215-1296), fue un monje italiano que se hizo asceta y fundó la Orden de los Celestinos, aprobada por el papa Urbano IV en 1264. Curiosamente, en 1294 fue nombrado papa —tras dos años en los que la Silla de Pedro quedó vacía por disputas intestinas—, aunque estuvo en el cargo durante solo cinco meses, y renunció voluntariamente al papado para retornar a su antigua vida de ermitaño. Pero no lo consiguió: fue retenido por su sustituto, Bonifacio VIII, y acabó preso tras intentar escapar. Fallecería en la torre del Castel Fumone el 19 de mayo de 1296, tras permanecer diez meses encerrado. <<

[3] No está muy claro de qué obra se trata, ya que David Teniers (1610-1690), un artista holandés maravilloso, heredero de El Bosco y Brueghel el Viejo, realizó varias obras dedicadas a San Antonio, entre ellas *Las tentaciones de San Antonio* (entre 1633 y 1667), *La tentación de San Antonio* (h. 1665) o *San Antonio y San Pablo en el desierto* (de fecha desconocida). <<

[4] Baigent, M., R. Leigh y H. Lincoln: *El enigma sagrado*, Madrid: Ediciones Martínez Roca, 2006a, 54. <<

[5] Lincoln, H.: *La clave del enigma sagrado: la historia nunca contada de Rennes-le-Château*, Madrid: Equipo Difusor del Libro, 2011, 63. <<

[6] Lincoln, H.: *La clave del enigma sagrado: la historia nunca contada de Rennes-le-Château*, Madrid: Equipo Difusor del Libro, 2011, 74. <<



[7] Lincoln, H.: *La clave del enigma sagrado: la historia nunca contada de Rennes-le-Château*, Madrid: Equipo Difusor del Libro, 2011, 78-9. <<

[8] Baigent, M., R. Leigh y H. Lincoln: *El enigma sagrado*, Madrid: Ediciones Martínez Roca, 2006a, 52. <<

[1] Aquí se puede leer la declaración del Pleno del Ayuntamiento de aquel día:  
<http://www.rennes-le-chateau-rheda.com/rlc/bastilleday.html>. <<

[2] Aquí pueden leer el presupuesto: <http://www.rennes-le-chateau-rheda.com/rlc/castex.html>. <<

[3] El contrato lo pueden consultar en <http://www.rennes-le-chateau-rheda.com/rlc/contract.html>. Las citas textuales están extraídas también de ese enlace. Traducción propia. <<

[4] Robin, J. L., *op. cit.*, 66. <<

[5] Tobías, aparte del rito que le enseña el arcángel, se abstiene de acostarse con su esposa durante las tres primeras noches. Curiosamente, esta práctica de tres días de abstinencia sexual era conocida en la Edad Media como *las tres noches de Tobías*, y era signo de virtud el guardarlas. De hecho, hay testimonios de su observancia hasta fechas muy recientes en zonas rurales muy tradicionales de Francia y Alemania. <<

[6] Lilith es un personaje sumamente interesante, aunque olvidado por la tradición cristiana. Según las antiguas leyendas judías, fue la primera mujer de Adán, antes de Eva, y abandonó el Edén por propia iniciativa. Y curiosamente fue creada como Adán, no a partir de una costilla, como Eva. Está relacionada con los súcubos, «demonias» nocturnas que tientan por la noche a los varones. En la Biblia solo aparece en Isaías 34,14-15, donde se dice: «Perros y gatos salvajes se reunirán allí, y se juntarán allí los sátiros. También allí Lilith descansará y hallará su lugar de reposo. Allí hará su nido la serpiente y pondrá, incubará y sacará sus huevos». <<



[7] Picknett, L. y C. Prince: *La revelación de Sion*, Madrid: Ediciones Martínez Roca, 2008, 636-7. <<

[8] Robin, J. L., *op. cit.*, 74. <<

[9] <http://www.rennes-le-chateau-rhedae.com/rlc/contract.html>. <<

[10] Se puede descargar un catálogo de las imágenes que vendía Giscard, aunque del año 1914, aquí: [http://www.rlcresearch.com/wp-content/uploads/catalogue\\_giscard\\_1914.pdf](http://www.rlcresearch.com/wp-content/uploads/catalogue_giscard_1914.pdf). <<

[11] Aquí pueden ver esta versión: <http://www.rlcresearch.com/wp-content/uploads/2007/11/magdalenac.jpg>. <<

[1] Sède, G. de: *El oro de Rennes*, Barcelona: Plaza y Janés Editores, 1980, 195. <<

[2] Sède, G. de: *El oro de Rennes*, Barcelona: Plaza y Janés Editores, 1980, 195. <<

[3] Sède, G. de: *El oro de Rennes*, Barcelona: Plaza y Janés Editores, 1980, 199. <<



[4] Según cuenta De Sède, hecho que por desgracia no ha sido contrastado. <<

[5] Picknett, L. y C. Prince: *La revelación de los templarios*, Madrid: Ediciones Martínez Roca, 2006, 307. <<

[1] Fernández Bueno, L. y J. Guijarro Triado: *Rex Mundi*, Madrid: Aguilar, 2006, 82.

<<

[2] Robin, J. L., *op. cit.* 70. <<

[3] Robin, J. L., *op. cit.* 69. <<

[4] Baigent, M., R. Leigh y H. Lincoln: *El enigma sagrado*, Madrid: Ediciones Martínez Roca, 2006a, 40. <<

[5] Picknett, L. y C. Prince: *La revelación de Sion*, Madrid: Ediciones Martínez Roca, 2008, 242. <<

[6] Picknett, L. y C. Prince: *La revelación de Sion*, Madrid: Ediciones Martínez Roca, 2008, 244. <<



[7] Sède, G. de: *El oro de Rennes*, Barcelona: Plaza y Janés Editores, 1980, 34. <<

[8] Cabe mencionar que Debussy aparece en los *Dossiers Secrets* como uno de los grandes maestros del Priorato de Sion (entre 1885 y 1918). Sería, pues, gran maestro, supuestamente, durante la supuesta visita de Saunière a París. <<

[9] Robin, J. L., *op. cit.*, 100. <<

[10] Fernández Bueno, L. y J. Guijarro Triado, *op. cit.*, 242. <<

[11] Nombre griego de un personaje mítico asociado con la divinidad egipcia Thot, el dios heleno Hermes y el Abraham bíblico. De ahí lo de «Trismegisto», que significa en griego «el tres veces grande». Tendrá gran influencia durante la Edad Media con el desarrollo de lo que se conoce, en su honor, como *pensamiento hermético*. <<

[12] Fernández Bueno, L. y J. Guijarro Triado, *op. cit.*, 243. <<

[13] Fernández Bueno, L. y J. Guijarro Triado, *op. cit.*, 244. <<

[14] Fernández Bueno, L. y J. Guijarro Triado, *op. cit.*, 245. <<



[15] Fernández Bueno, L. y J. Guijarro Triado, *op. cit.*, 245. <<

[16] Fernández Bueno, L. y J. Guijarro Triado, *op. cit.*, 248. <<

[1] Como propone el genial investigador Paul Smith, un detallista y concienzudo ratón de archivos, en su cronología publicada *online* en la web: <http://www.rennes-le-chateau-rheda.com/rlc/rennes-le-chateau-timeline.html>. <<

[2] Robin, J. L., *op. cit.*, 115. <<

[3] Betania era un pequeño pueblo situado en las cercanías de Jerusalén. <<

[4] Hay quien ha señalado además que la escalinata que sirve para acceder al mirador está compuesta por dos tramos, cada uno de los cuales tiene once escalones que sumados hacen de nuevo veintidós. <<

[5] Tanto que en 1960 se creó el *nuevo franco* con un valor de 1/100 francos. En la actualidad la moneda es el euro, como en España, y el cambio se fijó a 6,55 francos por euro. <<

[6] Robin, J. L., *op. cit.*, 106. <<



[7] Sède, G. de: *El oro de Rennes*, Barcelona: Plaza y Janés Editores, 1980, 55. <<

[8] Robin, J. L., *op. cit.*, 167. <<

[9] Robin, J. L., *op. cit.*, 135. <<

[1] Robin, J. L., *op. cit.*, 150. <<

[2] Robin, J. L., *op. cit.*, 160. <<

[3] Puede consultarse aquí, en la página web de Paul Smith, que se hace eco de una lista publicada en la obra de Jacques Rivière, *Le Fabuleux Trésor de Rennes-Le-Château, Le Secret de L'Abbé Saunière*: <http://www.rennes-le-chateau-rheda.com/rlc/donors.html>. En ese mismo enlace hay dos listas más, pertenecientes a redacciones de Saunière sobre sus gastos. <<

[4] Puede consultarse en el siguiente enlace, de la página web de Paul Smith, que se hace eco de una lista publicada en la obra de Jacques Rivière, *Le Fabuleux Trésor de Rennes-Le-Château, Le Secret de L'Abbé Saunière*: <http://www.rennes-le-chateau-rheda.com/rlc/hg/depense.html>. <<

[5] En el siguiente enlace pueden consultar el informe completo: <http://www.rennes-le-chateau-rheda.com/rlc/saglioreport.html>. <<



[6] Robin, J. L., *op. cit.*, 164. <<

[7] Robin, J. L., *op. cit.*, 165. <<

[8] Robin, J. L., *op. cit.*, 166. <<

[1] Robin, J. L., *op. cit.*, 69. <<

[2] Sède, G. de: *El oro de Rennes*, Barcelona: Plaza y Janés Editores, 1980, 60-61. <<

[3] El artículo citado, publicado el 9 de diciembre de 1967, se puede leer completo en el siguiente enlace: <http://www.rennes-le-chateau-rhedae.com/rlc/lindependant.html>.

<<

[4] Lo pueden leer en el siguiente enlace: <http://www.rennes-le-chateau-rheda.com/rlc/certificate.html>. <<

[5] Sède, G. de: *El oro de Rennes*, Barcelona: Plaza y Janés Editores, 1980, 60. <<



[6] Baigent, M., R. Leigh y H. Lincoln: *El enigma sagrado*, Madrid: Ediciones Martínez Roca, 2006a, 41. <<

[7] Pueden consultar la carta en la que el abad Grassaud informa de esta operación a Marie en: <http://www.rennes-le-chateau-rhedae.com/rlc/grassaud.html>. <<

[1] Picknett, L. y C. Prince: *La revelación de Sion*, Madrid: Ediciones Martínez Roca, 2008, 100. <<

[2] Martínez Otero, L. M.: *El Priorato de Sion: los que están detrás*, Barcelona: Ediciones Obelisco, 2007, 87. <<

[3] La pueden ver en el siguiente enlace:<http://priory-of-sion.com/psp/gap/petain.html>.

<<

[4] Citas tomadas del enlace siguiente:<http://priory-of-sion.com/psp/gap/feb41.html>.

<<

[5] Puede consultarse en:<http://priory-of-sion.com/psp/gap/feb41.html>. <<

[6] Véase nota anterior. <<



[1] Artículo 5 de la Ley de Asociaciones, aprobada el 1 de junio de 1901. La pueden ver aquí: <http://www.legifrance.gouv.fr/affichTexte.do?cidTexte=LEGITEXT000006069570dateTexte=vig>. <<

[2] Martínez Otero, L. M., *op. cit.*, 93. <<

[3] Martínez Otero, L. M., *op. cit.*, 94. <<

[4] El 6 de febrero de 1934 tuvo lugar una manifestación en París contra el Parlamento, organizada por diversos grupos de extrema derecha —entre ellos, la Action Française de Maurras—, que terminó como el rosario de la aurora: finalmente se producen unos disturbios en los que fallecen diecisiete personas, además de contarse más de dos mil trescientos heridos. Las consecuencias principales serían la radicalización de la derecha, cada vez más paramilitarizada, y la unidad de la izquierda. <<

[5] Picknett, L. y C. Prince: *La revelación de Sion*, Madrid: Ediciones Martínez Roca, 2008, 120. <<

[6] Baigent, M., R. Leigh y H. Lincoln: *El legado mesiánico: ¿hubo más de un Cristo?*, Madrid: Ediciones Martínez Roca, 2006b, 432. <<

[7] Picknett, L. y C. Prince: *La revelación de Sion*, Madrid: Ediciones Martínez Roca, 2008, 130. <<

[8] Citas tomadas de aquí: <http://priory-of-sion.com/psp/id163.html>, enlace en el que está la versión en inglés del citado informe. <<



[9] Véase nota anterior. <<

[10] Picknett, L. y C. Prince: *La revelación de Sion*, Madrid: Ediciones Martínez Roca, 2008, 131. <<

[11] Lo pueden leer en el siguiente enlace:<http://priority-of-sion.com/psp/gap/may54.html>. <<

[12] Baigent, M., R. Leigh y H. Lincoln: *El legado mesiánico: ¿hubo más de un Cristo?*, Madrid: Ediciones Martínez Roca, 2006b, 375. <<

[13] Picknett, L. y C. Prince: *La revelación de Sion*, Madrid: Ediciones Martínez Roca, 2008, 132. <<

[14] Baigent, M., R. Leigh y H. Lincoln: *El legado mesiánico: ¿hubo más de un Cristo?*, Madrid: Ediciones Martínez Roca, 2006b, 375. <<

[1] Baigent, M., R. Leigh y H. Lincoln: *El legado mesiánico: ¿hubo más de un Cristo?*, Madrid: Ediciones Martínez Roca, 2006b, 451. <<

[2] Baigent, M., R. Leigh y H. Lincoln: *El legado mesiánico: ¿hubo más de un Cristo?*, Madrid: Ediciones Martínez Roca, 2006b, 451. <<



[3] Baigent, M., R. Leigh y H. Lincoln: *El legado mesiánico: ¿hubo más de un Cristo?*, Madrid: Ediciones Martínez Roca, 2006b, 452-3. <<

[4] Baigent, M., R. Leigh y H. Lincoln: *El legado mesiánico: ¿hubo más de un Cristo?*, Madrid: Ediciones Martínez Roca, 2006b, 455. <<

[5] Sède, G. de: *Los templarios están entre nosotros*, Málaga: Editorial Sirio, 2002, 322. <<

[1] Baigent, M., R. Leigh y H. Lincoln: *El enigma sagrado*, Madrid: Ediciones Martínez Roca, 2006a, 284. <<

[2] Baigent, M., R. Leigh y H. Lincoln: *El enigma sagrado*, Madrid: Ediciones Martínez Roca, 2006a, 285. <<

[3] Picknett, L. y C. Prince: *La revelación de Sion*, Madrid: Ediciones Martínez Roca, 2008, 327. <<

[4] Pueden revisar esta página de los estatutos en el siguiente enlace:<http://priory-of-sion.com/psp/posd/st1.jpe>. <<

[5] Martínez Otero, L. M., *op. cit.*, 148. <<



[6] Martínez Otero, L. M., *op. cit.*, 146. <<

[7] Martínez Otero, L. M., *op. cit.*, 148. <<

[8] Picknett, L. y C. Prince: *La revelación de Sion*, Madrid: Ediciones Martínez Roca, 2008, 189. <<

[9] Ofiuco, también conocido como el Portador de la Serpiente o Serpentario — debido a que parece un hombre rodeado por una serpiente—, es una de las ochenta y ocho constelaciones modernas, y una de las cuarenta y ocho mencionadas por Ptolomeo. En la mitología griega se le asocia con Asclepio, hijo de Apolo y Corónide, aquel que por increíbles dotes para la medicina fue capaz de resucitar a los muertos, motivo por el que Zeus le castigó, situándolo en el cielo rodeado por una serpiente, símbolo de la vida renovada. Hay quien reivindica —por ejemplo, Plantard— la idea de que aparezca como parte integrante del zodiaco, que pasaría a tener trece signos en lugar de los doce característicos. Su período sería del 30 de noviembre al 17 de diciembre. <<

[10] Sède, G. de: *Los templarios están entre nosotros*, Málaga: Editorial Sirio, 2002, 42. <<

[11] Sède, G. de: *Los templarios están entre nosotros*, Málaga: Editorial Sirio, 2002, 42. <<

[12] Sède, G. de: *Los templarios están entre nosotros*, Málaga: Editorial Sirio, 2002, 43. <<

[13] Sède, G. de: *Los templarios están entre nosotros*, Málaga: Editorial Sirio, 2002, 288. <<



[14] Sède, G. de: *Los templarios están entre nosotros*, Málaga: Editorial Sirio, 2002, 346. <<

[15] Sède, G. de: *Los templarios están entre nosotros*, Málaga: Editorial Sirio, 2002, 289. <<

[16] Sède, G. de: *Los templarios están entre nosotros*, Málaga: Editorial Sirio, 2002, 291. <<

[17] Sède, G. de: *Los templarios están entre nosotros*, Málaga: Editorial Sirio, 2002, 311. <<

[18] Sède, G. de: *Los templarios están entre nosotros*, Málaga: Editorial Sirio, 2002, 322. <<

[19] Picknett, L. y C. Prince: *La revelación de Sion*, Madrid: Ediciones Martínez Roca, 2008, 189. <<

[20] Picknett, L. y C. Prince: *La revelación de Sion*, Madrid: Ediciones Martínez Roca, 2008, 189. <<

[1] Picknett, L. y C. Prince: *La revelación de Sion*, Madrid: Ediciones Martínez Roca, 2008, 257. <<



[2] Picknett, L. y C. Prince: *La revelación de Sion*, Madrid: Ediciones Martínez Roca, 2008, 172. <<

[3] Picknett, L. y C. Prince: *La revelación de Sion*, Madrid: Ediciones Martínez Roca, 2008, 173. <<

[4] Charroux, R., *op. cit.*, 189. <<

[5] Charroux, R., *op. cit.*, 193-94. <<

[1] Picknett, L. y C. Prince: *La revelación de Sion*, Madrid: Ediciones Martínez Roca, 2008, 268. <<

[2] Picknett, L. y C. Prince: *La revelación de Sion*, Madrid: Ediciones Martínez Roca, 2008, 268. <<

[3] Picknett, L. y C. Prince: *La revelación de Sion*, Madrid: Ediciones Martínez Roca, 2008, 268. <<

[4] Martínez Otero, L. M., *op. cit.*, 38. <<



[5] Blancasall, M.: *Les Descendants Mérovingiens ou l'Énigme du Razès Wisigoth*, [descarga], 1965. Traducción propia. <<

[6] Blancasall, M., *op. cit.* <<

[7] Blancasall, M., *op. cit.* <<

[8] Blancasall, M., *op. cit.* <<

[9] Blancasall, M., *op. cit.* <<

[10] Blancasall, M., *op. cit.* <<

[11] Blancasall, M., *op. cit.* <<

[12] Blancasall, M., *op. cit.* <<



[13] Blancasall, M., *op. cit.* <<

[14] Blancasall, M., *op. cit.* <<

[15] Blancasall, M., *op. cit.* <<

[16] Blancasall, M., *op. cit.* <<

[17] Picknett, L. y C. Prince: *La revelación de Sion*, Madrid: Ediciones Martínez Roca, 2008, 296. <<

[18] Antoine l'Ermitte: *Un Trésor Mérovingien à Rennes-le-Château* [descarga], 1966.  
Traducción propia. <<

[19] Sède, G. de: *El oro de Rennes*, Barcelona: Plaza y Janés Editores, 1980, 39. <<

[20] Sède, G. de: *El oro de Rennes*, Barcelona: Plaza y Janés Editores, 1980, 200. <<



[21] Sède, G. de: *El oro de Rennes*, Barcelona: Plaza y Janés Editores, 1980, 200. <<

[22] Stüblein, E.: *Pierres Gravées du Languedoc*, 1966. Traducción propia. <<

[23] La pueden ver en el siguiente enlace:<http://jhaldezos.free.fr/societesavantes/sesa/images/dalleduchevalier.html>. <<

[24] Stüblein, E.: *Pierres Gravées du Languedoc*, 1966. Traducción propia. <<

[25] Aquí pueden ver una de sus obras, *The Miniature in Europe*:  
<http://www.bonhams.com/auctions/15263/lot/3/>. <<

[26] Burrus, L.: *Faisons le Point* [jpg], 1966. Traducción propia. <<

[27] Burrus, L., *op. cit.* <<

[28] Burrus, L., *op. cit.* <<



[29] Burrus, L., *op. cit.* <<

[30] El señor Fatin es Marius Fatin, dueño del castillo de Rennes desde 1946. <<

[31] Roux, S.: *L'affaire de Rennes-le-Château: réponse à Lionel Burrus* [jpg], 1966.  
Traducción propia. <<

[32] Roux, S., *op. cit.* <<

[33] Roux, S., *op. cit.* <<

[34] Roux, S., *op. cit.* <<

[35] Pueden leer la obra completa  
aquí:[http://jhaldezos.free.fr/elements\\_insolites/Serpent%20Rouge.pdf](http://jhaldezos.free.fr/elements_insolites/Serpent%20Rouge.pdf). <<

[36] Picknett, L. y C. Prince: *La revelación de Sion*, Madrid: Ediciones Martínez Roca, 2008, 636-37. <<



[37] Picknett, L. y C. Prince: *La revelación de Sion*, Madrid: Ediciones Martínez Roca, 2008, 637. <<

[38] Aquí tienen más datos sobre él: <http://www.imdb.fr/name/nm0869099/>. <<

[39] Toscan du Plantier, P.: *Les Dossiers Secrets d'Henri Lobineau* [descarga], 1967,  
2. Traducción propia. <<

[40] Toscan du Plantier, P., *op. cit.*, 3. <<

[41] Toscan du Plantier, P., *op. cit.*, 3. <<

[42] Toscan du Plantier, P., *op. cit.*, 14. <<

[43] Toscan du Plantier, P., *op. cit.*, 3. <<

[44] Toscan du Plantier, P., *op. cit.*, 3. <<



[45] Curiosamente en la edición que estamos usando de este *Dossier Secret*, no aparece, precisamente, esta página. La hemos obtenido de aquí: [http://www.rlcresearch.com/wp-content/gallery/7-les-dossiers-secrets/ds\\_12.jpg](http://www.rlcresearch.com/wp-content/gallery/7-les-dossiers-secrets/ds_12.jpg). <<

[46] Véase nota anterior. <<

[47] Véase nota anterior. <<

[48] Véase nota anterior. <<

[49] Véase nota anterior. <<

[50] Véase nota anterior. <<

[51] Véase nota anterior. <<

[52] Véase nota anterior. <<



[53] De hecho, en su biografía se mencionan todos excepto el de Antoine l’Ermitte — que curiosamente es el único que no aporta nada nuevo. <<

[54] Sède, G. de: *El oro de Rennes*, Barcelona: Plaza y Janés Editores, 1980, 119. <<

[55] Sède, G. de: *El oro de Rennes*, Barcelona: Plaza y Janés Editores, 1980, 139. <<

[56] Picknett, L. y C. Prince: *La revelación de Sion*, Madrid: Ediciones Martínez Roca, 2008, 328. <<

[57] Martínez Otero, L. M., *op. cit.*, 89. <<

[1] Lincoln, H.: *La clave del enigma sagrado: la historia nunca contada de Rennes-le-Château*, Madrid: Equipo Difusor del Libro, 2011, 222. <<

[2] Picknett, L. y C. Prince: *La revelación de Sion*, Madrid: Ediciones Martínez Roca, 2008, 333. <<

[3] Picknett, L. y C. Prince: *La revelación de Sion*, Madrid: Ediciones Martínez Roca, 2008, 260. <<



[4] Toma su nombre del rey católico Jacobo II de Inglaterra y VII de Escocia (1633-1701), destronado en 1688 por el protestante Guillermo de Orange (Guillermo III, 1650-1702), casado con María Estuardo (1662-1694), hija de Jacobo.

<<

[5] Curiosamente, en la edición que estamos usando de este *Dossier Secret* no aparece, precisamente, esta página. La hemos obtenido de aquí: [http://www.rlcresearch.com/wp-content/gallery/7-les-dossiers-secrets/ds\\_12.jpg](http://www.rlcresearch.com/wp-content/gallery/7-les-dossiers-secrets/ds_12.jpg). <<

[6] Véase nota anterior. <<

[7] Picknett, L. y C. Prince: *La revelación de Sion*, Madrid: Ediciones Martínez Roca, 2008, 462-7. <<

[1] Picknett, L. y C. Prince: *La revelación de los templarios*, Madrid: Ediciones Martínez Roca, 2006, 360. <<

[2] Baigent, M., R. Leigh y H. Lincoln: *El enigma sagrado*, Madrid: Ediciones Martínez Roca, 2006a, 310-11. <<

[3] Baigent, M., R. Leigh y H. Lincoln: *El enigma sagrado*, Madrid: Ediciones Martínez Roca, 2006a, 3. <<

[4] Baigent, M., R. Leigh y H. Lincoln: *El enigma sagrado*, Madrid: Ediciones Martínez Roca, 2006a, 3. <<



[5] Baigent, M., R. Leigh y H. Lincoln: *El enigma sagrado*, Madrid: Ediciones Martínez Roca, 2006a, 3-4. <<

[6] Baigent, M., R. Leigh y H. Lincoln: *El enigma sagrado*, Madrid: Ediciones Martínez Roca, 2006a, 4. <<

[7] Baigent, M., R. Leigh y H. Lincoln: *El enigma sagrado*, Madrid: Ediciones Martínez Roca, 2006a, 4. <<

[8] Baigent, M., R. Leigh y H. Lincoln: *El enigma sagrado*, Madrid: Ediciones Martínez Roca, 2006a, 4. <<

[9] Baigent, M., R. Leigh y H. Lincoln: *El enigma sagrado*, Madrid: Ediciones Martínez Roca, 2006a, 5. <<

[10] Baigent, M., R. Leigh y H. Lincoln: *El enigma sagrado*, Madrid: Ediciones Martínez Roca, 2006a, 8. <<

[11] Baigent, M., R. Leigh y H. Lincoln: *El enigma sagrado*, Madrid: Ediciones Martínez Roca, 2006a, 8. <<

[12] Este concilio, celebrado entre 1962 y 1965, supuso una cierta renovación de la liturgia cristiana —entre otras cosas se aprobó que las misas ya no fuesen en latín—, generando cierto enfrentamiento entre la vieja escuela y los teólogos innovadores. <<



[13] <http://www.libertaddigital.com/opinion/pedro-fernandez-barbadillo/el-concilio-vaticano-ii-o-la-fe-en-el-progreso-65963/>. <<

[14] Boudet, H.: *La Vraie langue Celtique et le Cromleck de Rennes-les-Bains* [en línea], 1978, 1. Traducción propia. <<

[15] Boudet, H., *op. cit.*, 1. <<

[16] Boudet, H., *op. cit.*, 1. <<

[17] Boudet, H., *op. cit.*, 2. <<

[18] Boudet, H., *op. cit.*, 2. <<

[19] Boudet, H., *op. cit.*, 3. <<

[20] Boudet, H., *op. cit.*, 4. <<



[21] Boudet, H., *op. cit.*, 4. <<

[22] Boudet, H., *op. cit.*, 4. <<

[23] Boudet, H., *op. cit.*, 4. <<

[24] Boudet, H., *op. cit.*, 5. <<

[25] Boudet, H., *op. cit.*, 9. <<

[26] Boudet, H., *op. cit.*, 9. <<

[27] Boudet, H., *op. cit.*, 9. <<

[28] Boudet, H., *op. cit.*, 9. <<



[29] Boudet, H., *op. cit.*, 9. <<

[30] Boudet, H., *op. cit.*, 10. <<

[31] Boudet, H., *op. cit.*, 10. <<

[32] Boudet, H., *op. cit.*, 10. <<

[33] Picknett, L. y C. Prince: *La revelación de Sion*, Madrid: Ediciones Martínez Roca, 2008, 369. <<

[34] Lincoln, H.: *La clave del enigma sagrado: la historia nunca contada de Rennes-le-Château*, Madrid: Equipo Difusor del Libro, 2011, 69. <<

[35] Lincoln, H.: *La clave del enigma sagrado: la historia nunca contada de Rennes-le-Château*, Madrid: Equipo Difusor del Libro, 2011, 103. <<

[36] Lincoln, H.: *La clave del enigma sagrado: la historia nunca contada de Rennes-le-Château*, Madrid: Equipo Difusor del Libro, 2011, 169. <<



[37] Lincoln, H.: *La clave del enigma sagrado: la historia nunca contada de Rennes-le-Château*, Madrid: Equipo Difusor del Libro, 2011, 212. <<

[38] Lincoln, H.: *La clave del enigma sagrado: la historia nunca contada de Rennes-le-Château*, Madrid: Equipo Difusor del Libro, 2011, 214. <<

[39] La entrevista se puede ver completa en el documental *The Shadow of the Templars* (La sombra de los templarios). <<

[40] Lincoln, H.: *La clave del enigma sagrado: la historia nunca contada de Rennes-le-Château*, Madrid: Equipo Difusor del Libro, 2011, 216. <<

[41] Lincoln, H.: *La clave del enigma sagrado: la historia nunca contada de Rennes-le-Château*, Madrid: Equipo Difusor del Libro, 2011, 220. <<

[42] Baigent, M., R. Leigh y H. Lincoln: *El enigma sagrado*, Madrid: Ediciones Martínez Roca, 2006a, 301-2. <<

[43] Baigent, M., R. Leigh y H. Lincoln: *El enigma sagrado*, Madrid: Ediciones Martínez Roca, 2006a, 304. <<

[44] Baigent, M., R. Leigh y H. Lincoln: *El enigma sagrado*, Madrid: Ediciones Martínez Roca, 2006a, 305-306. <<



[45] Baigent, M., R. Leigh y H. Lincoln: *El enigma sagrado*, Madrid: Ediciones Martínez Roca, 2006a, 307. <<

[46] Baigent, M., R. Leigh y H. Lincoln: *El legado mesiánico: ¿hubo más de un Cristo?*, Madrid: Ediciones Martínez Roca, 2006b, 309. <<

[47] Baigent, M., R. Leigh y H. Lincoln: *El legado mesiánico: ¿hubo más de un Cristo?*, Madrid: Ediciones Martínez Roca, 2006b, 334. <<

[48] Picknett, L. y C. Prince: *La revelación de Sion*, Madrid: Ediciones Martínez Roca, 2008, 372. <<

[49] Baigent, M., R. Leigh y H. Lincoln: *El legado mesiánico: ¿hubo más de un Cristo?*, Madrid: Ediciones Martínez Roca, 2006b, 375. <<

[50] Baigent, M., R. Leigh y H. Lincoln: *El legado mesiánico: ¿hubo más de un Cristo?*, Madrid: Ediciones Martínez Roca, 2006b, 375. <<

[51] Baigent, M., R. Leigh y H. Lincoln: *El legado mesiánico: ¿hubo más de un Cristo?*, Madrid: Ediciones Martínez Roca, 2006b, 380. <<

[52] Baigent, M., R. Leigh y H. Lincoln: *El legado mesiánico: ¿hubo más de un Cristo?*, Madrid: Ediciones Martínez Roca, 2006b, 380. <<



[53] Baigent, M., R. Leigh y H. Lincoln: *El legado mesiánico: ¿hubo más de un Cristo?*, Madrid: Ediciones Martínez Roca, 2006b, 386. <<

[54] Baigent, M., R. Leigh y H. Lincoln: *El legado mesiánico: ¿hubo más de un Cristo?*, Madrid: Ediciones Martínez Roca, 2006b, 387. <<

[55] Baigent, M., R. Leigh y H. Lincoln: *El legado mesiánico: ¿hubo más de un Cristo?*, Madrid: Ediciones Martínez Roca, 2006b, 413. <<

[56] Baigent, M., R. Leigh y H. Lincoln: *El legado mesiánico: ¿hubo más de un Cristo?*, Madrid: Ediciones Martínez Roca, 2006b, 414. <<

[57] Martínez Otero, L. M., *op. cit.*, 102. <<

[1] Martínez Otero, L. M., *op. cit.*, 97. <<

[2] Martínez Otero, L. M., *op. cit.*, 97. <<

[3] Martínez Otero, L. M., *op. cit.*, 97. <<



[4] Martínez Otero, L. M., *op. cit.*, 56. <<

[5] Martínez Otero, L. M., *op. cit.*, 98. <<

[6] Picknett, L. y C. Prince: *La revelación de Sion*, Madrid: Ediciones Martínez Roca, 2008, 579. <<

[7] Martínez Otero, L. M., *op. cit.*, 103. <<

[8] Martínez Otero, L. M., *op. cit.*, 101. <<

[9] Martínez Otero, L. M., *op. cit.*, 101. <<

[10] Es curioso, pero Mitterrand, el 2 de marzo de 1981, durante la campaña electoral que le convertiría el 21 de mayo en presidente, visitó Rennes-le-Château, como demuestran las famosísimas imágenes suyas paseando por la Torre Magdala o mirando frente a frente a Asmodeo. <<

[11] Martínez Otero, L. M., *op. cit.*, 104. <<



[12] Aquí tienen más información al respecto:[http://elpais.com/diario/2003/05/02/ultima/1051826401\\_850215.html](http://elpais.com/diario/2003/05/02/ultima/1051826401_850215.html). <<

[13] Picknett, L. y C. Prince: *La revelación de Sion*, Madrid: Ediciones Martínez Roca, 2008, 396. <<

[14] Brown, D., *op. cit.*, 11. <<

[1] Fanthorpe L. y P. Fanthorpe, *op. cit.*, 139-146. <<

[2] Bonet, X. y A. Loro: *El caballo del diablo: Jaque mate a los pergaminos de Rennes-le-Château*, Sevilla: Punto rojo Libros, 2013, 167. <<

[3] *Ibíd.*, 2013, 146. <<

[4] *Ibíd.*, 2013, 187. <<

[1] Sabarich, E.: *El secreto de Rennes-le-Château: un viaje iniciático al origen de la leyenda*, Almería: Editorial Círculo Rojo, 2014, 307. <<



[2] *Ibíd.*, 311. <<

[3] Llamado *El secreto de Rennes-le-Château*:  
<https://www.facebook.com/groups/570595212980437/>. <<

[4] <http://www.quaerendo-invenietis.com/>. <<